

BIBLIOTECA ARTILLERÍA DEL PENSAMIENTO

Modesto Emilio Guerrero

Chávez

El hombre que desafió a la historia

2ª EDICIÓN



 Peña Lillo
 Ediciones Continente

CHÁVEZ

**El hombre que
desafió a la historia**

MODESTO EMILIO GUERRERO

CHÁVEZ

**El hombre que
desafió a la historia**

 Peña Lillo
 Ediciones Continente

Diseño de tapa: STUDIO 16
Corrección: Marcia Tezeira
Diseño de interior: Carlos Almar

Guerrero, Modesto Emilio
Chávez : el hombre que desafió a la historia. - 1a ed. -
Buenos Aires : Continente, 2013.
416 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-754-388-3

1. Política Latinoamericana. I. Título
CDD 320.80

© de la presente edición:  **Ediciones Continente**
Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (5411) 4308-3535 – Fax: (5411) 4308-4800
e-mail: info@edicontinente.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2013,
en **Cooperativa Chilavert Artes Gráficas**,
Chilavert 1136, CABA, Argentina – (5411) 4924-7676 – imprentachilavert@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

Encuadernado en **Cooperativa de Trabajo La Nueva Unión Ltda.**,
Patagones 2746, CABA, Argentina – (5411) 4911-1586 – cooplanuevaunion@yahoo.com.ar
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

Las tapas fueron laminadas en **Cooperativa Gráfica 22 de Mayo (ex Lacabril)**,
Av. Bernardino Rivadavia 700, Avellaneda, Bs. As., Argentina –
(5411) 4208-1150 – lanuevalacabril@gmail.com
(Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

*El hombre nunca es él, enteramente,
siempre inacabado, solo se completa cuando sale de sí mismo y se inventa.*

OCTAVIO PAZ

*Pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia,
no hay para qué escribirlas.*

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

A Nicolás Guerrero, mi hijo.

Agradecimientos indispensables

A la psicoanalista argentina Susana Ísola, quien leyó los capítulos correspondientes a la infancia y adolescencia; a Rogelio García Lupo, periodista magistral, escritor y editor argentino; a Ricardo Napurí, viejo revolucionario peruano, decano de los militares rebeldes latinoamericanos; a Andrés Méndez, intelectual marxista argentino; y al editor, político y mejor conversador venezolano, Manuel Vadell, con quien compartí vivencias sorprendentes de su memoria con Chávez: con todos ellos conversé sobre algunos conceptos y relatos fundamentales.

A mi hermano Alexis Guerrero y a mi amigo Carlos Mijares por ese maravilloso *viaje a la semilla* por Barinas, en el año 2005, y los apuntes a la primera edición.

A Irina Molina, socióloga maracucha, por su aporte bibliográfico y lectura del capítulo sobre la enfermedad del personaje de esta historia.

A la agrupación barrial *San Martín*, de Berazategui, en la provincia de Buenos Aires, por sus observaciones críticas al primer borrador.

A varias mujeres y hombres de la militancia revolucionaria, la literatura, la diplomacia venezolana y el periodismo, con quienes he conversado atentamente desde su publicación en septiembre de 2007 sobre la génesis y el complejo desarrollo del personaje de esta historia. Ellos reflejan vivencias tan dispares como sus lugares de vida —Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, Francia, Noruega, Uruguay y Venezuela—. Leyeron la biografía desde ángulos distintos permitiéndome contrastar conceptos y narraciones, sopesarlos y relativizar afirmaciones.

ÍNDICE

Nota del editor.....	15
Por qué esta biografía	17

PRIMERA PARTE 4 DE FEBRERO DE 1992: LA REVELACIÓN

La paradoja Chávez	29
Una proyección heroica.....	37
El enigma.....	39
¿Quién tuvo la ocurrencia?.....	41
El hombre inspirado	45
En “el ojo del huracán”.....	49
El punto de partida.....	51
El ser divino y la masa gris	52
Maquiavelo y la libido del héroe	54
Él y su circunstancia.....	57
Bastaría el peso de una pluma.....	58
Un detalle olvidado.....	59
Entre Fidel y Evita	61

SEGUNDA PARTE EL ORIGEN

Tres generaciones y una duda.....	67
Las batallas imaginarias de la abuela Rosa.....	71
El fantasma de la familia Frías.....	79
El reconcomio	81
Barinas, la transición.....	83
Un “viejo sabio y comunista”	85

El ídolo y la muerte como estigma	97
El “grupo barinés”	103
Amigos y de izquierda.....	106
Aquellas <i>Noches de Hungría</i>	109
La marca generacional	112
Ráfagas de “socialismo petrolero”	113
¿Por qué Chávez no “salió” comunista?.....	117
Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario.....	118
La sombra de Bolívar.....	122
El fantasma de la derrota.....	125

TERCERA PARTE LA LEYENDA DE MAISANTA

La vuelta del guerrillero.....	129
Chávez y los tiempos de Maisanta.....	131
La última hija de la estirpe.....	132
El escapulario redentor	134

CUARTA PARTE EL CONSPIRADOR

Adiós al béisbol.....	137
Un poco de suerte.....	139
Un “venao” por los barrios de Caracas.....	147
La “casa de los sueños azules”.....	148
Un experimento militar que salió al revés	151
Los generales fruncen el ceño	152
Modernizar o no modernizar	154
Velasco y Torrijos, el mensaje más temprano de Hugo Chávez	157
La imagen de Velasco.....	159
Un “peronista” tardío.....	163
De la mano con Néstor Kirchner.....	166
El aciago día cuando se volvió conspirador.....	169
Latencias guerrilleras en La Marqueseña	170
Malestar en la conciencia de un joven oficial	177
Pensando en la toma del poder.....	185
Cuatro soldados y un juramento	189
Sordo rumor en los cuarteles.....	193
La “R” de revolución.....	199
Extraños conjurados	202
El Caracazo, dos días sin retorno	211
Lotería conspirativa.....	215

¿Era posible una insurrección social bajo mando cívico-militar?	217
Buscando el día decisivo	219

QUINTA PARTE
1994-1998, EL DESIERTO Y LA CIMA

Solo y con un proyecto.....	227
Años radicales y resbalosos	233
El sueño americano.....	249
Ceresole, el iluminado de Buenos Aires	253
¿Qué dijo Ceresole?.....	254
La pequeña conspiración de Ceresole	256
La derrota y el sueño	257
El momento indicado	260
El “chavista duro”.....	261
1994, contacto en Buenos Aires.....	263
La <i>Palabra</i> revelada	264
Hacerse “la gran Chávez”	266
Después de ellas, el abismo	267
Buscando al general perdido	268
Amigos de sus enemigos	269
El “porteño” iluminado.....	270
Chávez derrota a Ceresole sin saberlo.....	271
“Cinco fases”, un candidato y un proceso.....	275
La ecuación social de Chávez	281
Remediando la “falla tectónica”.....	286

SEXTA PARTE
Y EN ESO LLEGÓ FIDEL

Historia de un encuentro sin misterios.....	293
Una noche cualquiera	297

SÉPTIMA PARTE
EN LA MIRA DE WASHINGTON

49 definiciones y un giro a la izquierda	303
2002, un golpe inexorable	307
¿Dónde comenzó la resistencia?	310
Acorralado en Miraflores	315
Con el canto de los gallos.....	316

OCTAVA PARTE
UNA FUERZA DESATADA POR AMÉRICA LATINA

Un vecino complicado.....	327
2007, un presidente sin apuros	333
Contra “loros” y “lacayos” del Mercosur	335
Asalto al neoliberalismo	339
Dos claves	341
El hombre intempestivo.....	345
Nuevo profeta del socialismo.....	353
2010, el mismo líder pero en apuros	361
Entre un principio y demasiados amigos.....	367
Dólares con sabor a tango.....	374

NOVENA PARTE
DESTINO

Encuentro con la muerte en La Habana.....	379
2011, inicio del drama.....	385
2012, la última victoria.....	395
El hombre que sueña	401
La maldición garciamarquiana	405

Nota del editor

Esta segunda edición actualizada de la biografía de Hugo Chávez fue editada por primera vez en el año 2007, con el título *¿Quién inventó a Chávez?* En esta oportunidad, se reedita en un momento muy delicado por el que atraviesa la salud de este gran líder latinoamericano.

Viene a cumplir una función de suma importancia: dejar testimonio de sus orígenes, de su vida, de su obra, del medio en el que creció y se desarrolló, y de cómo se fue construyendo a sí mismo a partir del entorno familiar y especialmente social y político de los años setenta. Desde hace doscientos años, patriotas como Dessalines, Bolívar, San Martín, Zapata, Martí, Sandino, el Che, Fidel y tantos otros —muchos conocidos y otros más anónimos— emprendieron una larga batalla por la construcción de una América Latina unida, solidaria e independiente de toda dominación extranjera.

Hugo Chávez es la continuidad de esa historia de rebeldías y es uno de sus protagonistas de este tiempo. Esta edición es manifestación de nuestro reconocimiento y del deseo de una recuperación plena para este revolucionario que, a los 59 años, tiene mucho para aportar, enriquecernos y continuar liderando este maravilloso laboratorio de experiencias sociales y políticas, a nivel mundial, en que se ha constituido América Latina.

Consideramos que esta biografía es un aporte valioso frente a tanta difamación y tergiversación de la realidad que producen los medios concentrados y hegemónicos de la derecha mundial. Deseamos que la visión planteada en este libro se constituya en una herramienta que aporte a la revolución cultural que debe acompañar a toda transformación social, económica y política para su consolidación.

El editor

Por qué esta biografía

A comienzos del año 1999, un ex consejero y amigo de Hugo Chávez, el intelectual nacionalista argentino Norberto Ceresole, dijo a la prensa caraqueña que él había “inventado a Chávez”. Junto a otras razones, le valió una insensata expulsión de Venezuela. Convencido de su don providencial, casi dos años después dijo lo mismo, de otra manera, en el centenario *Café Tortoni* de Buenos Aires: “Hay dos Chávez, de uno de ellos me siento responsable y no me arrepiento”. La temeridad de tales declaraciones no solo explican a un personaje oscuro como Ceresole. Al mismo tiempo confirma que alrededor del líder bolivariano se han tejido suficientes leyendas y mitos, como ha ocurrido en la historia con muchos hombres y mujeres célebres, donde la realidad se confunde con las más hinchadas proyecciones de la imaginación.

Con un sentido opuesto, cualquier venezolano o venezolana perteneciente a los movimientos sociales que sostienen a Chávez piensa y expresa sentimientos como este: “Chávez es nuestro”, un plural posesivo que entra en contradicción con el ánimo ceresoliano. Una expresión irreverente que le da continuidad en el campo afectivo a la oración anónima inventada en un barrio de Caracas en el año 1992, convertida en relicario popular en el año 1995, y que reza: “Chávez nuestro que estás en la cárcel, santificado sea tu golpe, venga (vengar) a nosotros, tu pueblo (...) sálvanos de tanta corrupción”.

Este sentimiento transmutado en convicción política de las clases oprimidas se confirmó y echó raíces con los años, incluso en dimensiones que bordean el animismo. Aunque sean distintas maneras de *ver* al personaje de esta historia, ambas son prisioneras de una subjetividad proyectiva que bordea la ficción.

Exactamente en ese punto nace la necesidad de un estudio biográfico como este.

En octubre de 2005 —entrevistando a una gente en Barinas, su provincia de origen— escuché estas frases reveladoras: “A Chávez lo mandó Simón Bolívar para salvar a este país”. Otro, un campesino, cambió de creador y simplemente sentenció: “Chávez es un enviado de Dios...”. Aquel caluroso

mediodía confirmé que estaba en el camino correcto. Tal convicción humana ponía en duda, por decir lo menos, la paternidad del sociólogo argentino sobre el origen de Chávez como su héroe particular.

Desde otros ángulos de visión ideológica y de motivación política, pero asediados por el mismo misterio, un periodista ex chavista, Miguel Salazar, opina que en realidad es “un predestinado”, alguien que sencillamente nació para ser lo que es y punto; y un político converso, ex jefe del Partido Comunista, Teodoro Petkoff, prefiere consolar su derrota personal como ex líder izquierdista acudiendo a la lotería: “Chávez es un hombre con suerte”, esto lo afirma en un libro biográfico que prologó en el año 2006.

De estas vertientes del pensamiento irracional —tanto el afectivo como el autoritario o el cargado de odio— nace la necesidad de este estudio biográfico, su idea original, sus argumentos y el título. ¿De dónde salió el hombre que ha desafiado al imperio estadounidense, exactamente en un tiempo de avance neoliberal, cuando esa potencia se creía eterna e inexpugnable? ¿Cómo se formó el líder que se atrevió a decirle al presidente más poderoso del planeta la mayor cantidad de epítetos jamás dados contra alguien tan poderoso como George W. Bush? ¿Cómo es que Chávez se convirtió en el nuevo símbolo del antiimperialismo en América Latina, el Caribe y el mundo árabe, incluso para sectores juveniles de Europa y Estados Unidos? Ese lugar lo ocupó Fidel Castro desde el año 1959 y otros, pero no por mucho tiempo, excepto el Che Guevara, quien trascendió al propio Fidel para convertirse a partir de 1970 en un ícono planetario y ejemplo de vida, como resalta el teórico marxista húngaro István Mészáros en su obra *El desafío y la carga del tiempo histórico*.

No fue una frase casual ni desmedida la que pronunció el presidente ecuatoriano Rafael Correa al llegar a La Habana, el 12 de diciembre de 2012 a la madrugada, para visitarlo en el hospital: “Chávez es un presidente histórico”. Los resultados históricos y personales muestran que lo es en varias dimensiones en el breve tiempo que le tocó actuar en la vida pública.

¿Cómo explicar a un hombre provinciano, de un país mediano del Tercer Mundo y sin gran desarrollo cultural, formado en las Fuerzas Armadas burguesas, sin alguna escuela marxista en su cabeza, que un buen día de enero de 2005 decidió invocar el socialismo y puso de moda las palabras-concepto “revolución” y “antiimperialismo”? Y lo más importante: sorprendió a la propia izquierda que lo acompaña postulando un tipo de socialismo al que apeló “del siglo XXI”, para diferenciarlo del practicado durante el siglo XX.

¿Cómo surgió el jefe de Estado de quien más se escribe, se escucha y se lee en la actualidad? Este hecho solo es comparable a lo que se ha escrito y publicado sobre muy pocos jefes de Estado o líderes políticos, algunos de ellos con trayectorias más hondas.

¿Bajo qué racionalidad podemos evaluar a un hombre que de la noche a la mañana logra que un libro ajeno sea comprado por cientos de miles o millones solo con hacerle un comentario en el podio de la ONU, en la *Aló, Presidente* o en la prensa?

¿Qué medida humana y de circunstancia usar para comprender a un líder que marcó un récord en la historia electoral hemisférica, con la mayor cantidad de pruebas electorales ganadas en el corto tiempo de trece años? No hay registro de algo similar.

¿De qué manera podemos explicar al hombre público que ha promovido la mayor cantidad de pactos y tratados binacionales o plurinacionales, en comparación con cualquier gobierno latinoamericano de los últimos treinta años, más aún si la relación la hiciéramos con cualesquiera de los gobiernos venezolanos del siglo XX?

¿Cómo debemos comprender al presidente en ejercicio que más se ha comunicado por medios radiales o televisivos? En este punto, Hugo Chávez superó todos los récords. Ni Fidel Castro en sus primeros tiempos, ni Winston Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, cuando difundía mensajes casi todos los días desde su refugio en Londres, ni el Roosevelt de las entreguerras con su popular programa de radio. Ni Juan Domingo Perón y Eva Perón, quienes también hicieron uso masivo y cotidiano de la radio y el cine noticiario. Incluso, comparado con figuras aberrantes como Leónidas Trujillo, el ególatra genocida de República Dominicana, quien solía hablar a cada rato por la *Radio Nacional* de su país, sobre todo para celebrarse a sí mismo; Benito Mussolini, el iniciador del fascismo, gran propagandista conocedor del impacto social de la radio y la prensa escrita, o Hitler, que consideraba a la palabra oral “la tea que incendia a las masas”. Ninguno, salvando las graves diferencias entre ellos, acumuló la cantidad de horas de radio y televisión que ha acumulado Chávez en funciones de gobierno. Eso ha dado origen a algunos textos de estudio sobre la semiología de su oratoria que veremos en su capítulo correspondiente. Hugo Chávez ha resultado uno de los más grandes propagandistas de la historia política contemporánea. Su oratoria es de nuevo tipo, sin la prosopopeya clásica de inflexiones y figuras gestuales o retóricas majestuosas, a lo Jorge Eliécer Gaitán o a lo Fidel Castro. En su caso, domina el tono pedagógico —un estilo “de profeta” en el buen sentido del término— y, como los oradores clásicos, se transformó en un potenciador de conciencias masivas, desde el poder político, mediante la radio y la televisión.

Potenciadores ideológicos de esta dimensión, solo se conocieron en oradores de la talla de Winston Churchill; León Trotsky; Juan Domingo Perón y Eva Perón; Fidel Castro; José María Velasco Ibarra; Martin Luther King y Malcolm X; Jorge Eliécer Gaitán; Manuel Azaña, el gran orador de la II República española; el presidente dominicano José Francisco Peña Gómez. Otros grandes oradores, útiles para una comprensión de Hugo Chávez, fueron Abraham Lincoln, Demóstenes, Robespierre, Jean Jaurès, Tertuliano, Epicuro, Jesucristo y Mahoma, pero tuvieron un pequeño problema: no tenían radio ni televisión. ¿Cómo explicar, entonces, a un líder político y jefe de Estado que mantiene relaciones mediúmnicas e ideológicas con Maisanta, Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora y, sin embargo, hace política de Estado con las fórmulas más terrenales de la existencia humana?

Siguiendo los registros de la *Wolfgang and Petra Lubitz, Annual Edition-August*, sobre los personajes históricos que más han sido tratados en la bibliografía internacional, encontramos muy pocos con la cantidad de escritos que se han hecho sobre Hugo Chávez. Uno de ellos es Charles de Gaulle, el general que condujo la liberación de Francia en el año 1945; Fidel Castro, el fundador y líder inigualable de la Revolución Cubana; León Trotsky, dirigente con Lenin de la Revolución Rusa, organizador y jefe del Ejército Rojo. El otro jefe de Estado de quien se ha escrito y leído mucho —según los archivos de las mejores bibliotecas virtuales— es John Fitzgerald Kennedy, pero más por la curiosidad que despierta su horrorosa muerte que por un heroísmo similar al que caracterizó a los otros.

En consecuencia, tiene que existir una explicación más racional que la “buena suerte” o la existencia de más universidades para que un personaje como Hugo Chávez, quien no ha concluido su obra ni tiene aún la talla histórica de estos tres predecesores, concite tanta atención. Ahora bien, si hay algo de sorprendente en la formación y conducta del personaje de esta biografía son sus paradojas, el carácter dinámico de sus contradicciones y ese don de Ave Fénix dotado de la extraña cualidad de mutar hacia adelante —o en sentido inverso— cambiando de acuerdo con la realidad. Algo poco común en la historia. Sin estos detalles específicos en su subjetividad y su vida política, Hugo Chávez sería uno más en la lista de los líderes nacionalistas del Tercer Mundo. Como se advirtió a sí mismo en el año 1995: “No quiero ser otro que lo intentó y no pudo”.

Nada de lo hecho en política pública por él hasta hoy sería racionalmente comprensible sin lo que se conformó en su imaginario personal, dentro del fragmento de historia social que le ha tocado vivir.

La contradicción de toda biografía radica en que debe explicar al individuo y sus “decisiones” más allá de él: debemos indagar en su generación, en las estructuras de su vida familiar y barrial, en sus influencias ideológicas y en las psicológicas, en las acciones sociales de su tiempo histórico, las que haya vivido directa o indirectamente, en sus relaciones personales y políticas, en la actuación de sus enemigos, en la herencia cultural de su país y en su propia formación individual derivada del acumulado de otras generaciones. En este sentido complejo creo que Irene Gendzier —la biógrafa de Frantz Fanon— tiene razón cuando escribe que los hombres suelen resolver en la “vida pública” muchas “cuentas privadas” de su historia personal. En Chávez ocurre esto.

Buenos libros pueden resultar pésimas biografías. *Hugo Chávez sin uniforme: una historia personal*, de Cristina Marcano y Alberto Barrera, del año 2005, es un caso. Ellos construyeron un personaje artificial absolutamente incomprensible en la vida real, excepto para una mirada telenovelesca. Para ellos, cuando Chávez nació, ya tenía inscripto en su código genético la maligna ambición del poder; guiados por ese preconcepto deformaron la parte útil de la información que obtuvieron. El método silogístico usado, la ausencia de dinámica en los hechos analizados y, sobre todo, el odio étnico,

político y de clase hacia el personaje que biografiaban hicieron que les apareciera un Chávez casi sin aplicación en la vida real. Es que estos autores no quisieron hacer una biografía honesta. Por eso les salió un personaje a la medida de sus necesidades ideológicas y destruyeron su propia obra.

Este tipo de biografías se sorprende de lo que es natural en la vida biológica y en la historia social: las contradicciones, los cambios, las mutaciones. Este es un fenómeno que se potencia en la vida política cuando se trata de hombres públicos o de figuras históricas. La razón es simple: están sometidos a tensiones y presiones dislocantes, o sea, a las pruebas decisivas que definen sus destinos. Estas *pruebas* son las que deciden el final de la historia de un personaje del estilo Chávez, o de un proceso revolucionario cualquiera. Ese destino no depende de las cualidades individuales, ni de la suerte, ni de las “cartas marcadas” que se lleven debajo de la manga, ni de la predestinación.

Lo importante para saber —tanto en política como en ciencia o historia— es si esa mutación ideológica, el cambio político-personal o la contradicción en la conducta fueron bien resueltos, hacia adelante, o en sentido contrario, mal resueltos y se produjo un retroceso, como fueron los casos de Juan Domingo Perón, Juan Francisco Velasco Alvarado, Getúlio Vargas, Salvador Allende, los sandinistas o, más recientemente, el del líder libio Muamar el Gadafi. Entre tantos otros, estos actores de la historia contemporánea decidieron resolver su destino *hacia atrás*. Esto lo veremos en los capítulos dedicados a evaluar, en términos comparativos, la obra de Chávez y las de otros líderes notorios como él; pues es dentro del contexto esencial de lo que es hoy —sin acudir a etiquetas pasajeras para conductas pasajeras— que analizamos sus contradicciones, límites, ambivalencias, errores.

En todo caso, lo que sostenemos es lo siguiente: el final de Hugo Chávez no lo podemos definir antes del final de Hugo Chávez. Su destino no está marcado. Ni el bueno ni el malo. Si su agotada vida biológica le impidiera completar sus propósitos, debido a la patología revelada en 2011, entonces su final, y el dramático modo que adoptó, serían apenas la vía en que su vida personal y su tiempo histórico (su obra política) decidieron interrumpir sus sueños. Sería un líder inacabado, aunque muriera o se apartara del poder. Pero en ese final habría mérito manifiesto: Hugo Chávez fue leal a lo que quiso ser y hacer hasta el fin de sus días en este mundo. No corrió su destino *hacia atrás*. Al contrario, lo último que escribió y dijo, las “Cinco Estrategias” del *Programa de la Patria* (junio de 2012) y el discurso conocido como “Golpe de Timón” (noviembre de 2012), lo revela en la medida exacta de lo que fue desde que soñaba en Barinas con ser un revolucionario bolivariano, o conspiraba en los cuarteles para tratar de serlo. En esos dos documentos Chávez propone a su gente y a su gobierno avanzar, no retroceder ni entregarse ni pactar con el enemigo. Es el líder bolivariano revelado en su máxima tensión intelectual dentro de su mayor contradicción existencial: lo que sueña, lo que dice y lo que resulta.

Hay otro tipo de biografía que no sirve —y se convierte en inútil para explicar un personaje y su actuación—, es la apologética, laudatoria, panegírica o de elogio. Estas suelen ser escritas por lustradores de palacio. Las biografías escritas con estos criterios también son negativas, tanto para el biografiado como para sus seguidores. No creo que le haga mucho favor al presidente venezolano, o a cualquier otro, que le pinten un mundo de fantasía con él en el centro, al estilo de los diarios personales que les imprimían a Juan Vicente Gómez y a Don Hipólito Yrigoyen, el caudillo argentino de aquellos mismos años. Este tipo de ilusiones no cambia la realidad. La película *Good Bye Lenin*, del director Wolfgang Becker, sobre la Alemania Oriental durante la caída del Muro de Berlín, es una buena metáfora de ese método falaz que supone poder suplantar a la realidad con una imagen.

En el mejor de los casos los apologistas no ven ninguna contradicción en las conductas, y si reconocieran alguna, la definirían como virtud. No por casualidad la palabra-concepto “apologética” es una institución medieval de la Iglesia dedicada a “proteger la integridad de la fe”. Para este tipo de razonamiento biográfico, Chávez tiene “todo calculado”, casi de la misma manera como Dios y en el libro de los Vedas calcularon la creación del mundo en tantos días, así como Ceresole la desarrolla en sus libros sagrados. Muchos funcionarios creen que el presidente “tiene todo previsto” con años de antelación y con la precisión de un astrónomo; el ministro del Poder Popular para el Trabajo y Seguridad Social del año 2007 me dijo: “Si yo estoy en este puesto, es porque hace años él lo planificó”. Entre esta visión y la predestinación casi no hay diferencia.

La irresponsabilidad de este modo de entender el rol del presidente Hugo Chávez en el Estado y en el proceso político conduce al vaciamiento social del proceso revolucionario y al aislamiento del propio presidente. Un líder convertido en la única pieza creativa de la vida institucional termina por agotarse a sí mismo, anulando al resto de las fuerzas creadoras. ¿Para qué actuar si el líder lo decidirá? Todo se va vaciando, especialmente el entusiasmo revolucionario de las masas trabajadoras.

Entre julio de 2011 y diciembre de 2012, cuando el cáncer lo asaltó de la manera más inusitada, ese dilema ha quedado al descubierto. Su grave enfermedad ha resultado una impactante lección de política para el mundo chavista o bolivariano, pero también para sus enemigos por razones opuestas. También para la más íntima conciencia de Hugo Chávez, que ha extraído sus propias lecciones sobre el “hiperliderazgo” que acuñaron los intelectuales chavistas en un congreso en 2009.

Quiero rescatar cuatro libros-reportajes fundamentales por su valor informativo. *Habla el comandante* (1995-1998) del historiador venezolano Agustín Blanco Muñoz, en él aparece el mejor Chávez, el más genuino. Lástima que a Blanco Muñoz le pasó como a Darwin, el autor de *El origen de las especies*, a quien la Iglesia de Londres lo obligó a escribir otro texto abjuratorio para negar lo que había dicho en el primero sobre el origen no divino de

los bichos vivos. En el caso del autor de *Habla el comandante*, ha resultado más grotesco. Él se ha convertido en su propia Iglesia, y todos los libros de entrevista que hizo después de 1998 son como una santa autoinquisición personalizada. Necesita demostrar(se) que todas las buenas respuestas que motivó con sus preguntas al comandante en 1995 fueron un error de lesa chavismo.

Otro buen libro de reportaje biográfico es *Chávez nuestro*, de los periodistas cubanos Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez, un laborioso paseo “familiar” por los personajes que rodearon al *personaje*. El límite de este trabajo está en que muchas de las declaraciones están determinadas por la función de Estado que ejercían sus entrevistados durante el período 2004-2005. Otro libro valioso es *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, del desaparecido Alberto Garrido, un sociólogo argentino radicado en Venezuela. Él hizo una selección rigurosa de las opiniones críticas de algunos dirigentes de la vieja izquierda venezolana que acompañaron a Hugo Chávez en sus primeros años y luego rompieron con él. Esas entrevistas reflejan la divergencia, pero también el respeto personal. Finalmente, las conversaciones realizadas por la escritora chilena Marta Harnecker —en el año 2002— en las semanas siguientes al golpe de Estado; ella logró algo parecido al libro de Blanco Muñoz: sacar de Chávez al mejor Chávez. Me gustaría leer chino mandarín para saber lo que dice el escritor chino Xu Shiceng en su obra reciente *Biografía de Hugo Chávez: de la Revolución Bolivariana al Socialismo del Siglo XXI*, editada por la Editorial Popular de China y presentada en la Embajada China en Caracas el 27 de julio de 2011. En diciembre de 2012, el editor venezolano Manuel Vadell me mostró una obra de tratamiento biográfico titulada *Los 7 pecados de Hugo Chávez*, del periodista belga Michel Collon, con más de 600 páginas, editada por Vadell y el Ministerio de la Mujer, cuyo contenido no pude conocer porque una orden “de arriba”, así me dijo el viejo Vadell, recomendó postergar su distribución.

Por las anteriores razones y criterios, esta biografía no es apologética ni condenatoria, pero tampoco es “aséptica” y menos “neutra”. Lo primero es aburrido, lo segundo es inútil y lo tercero no existe. Ninguna biografía puede ser neutra, como no lo es la toma fotográfica de un conflicto o el relato de un noticiero. La única condición es que sea honesta.

Haberme formado en la misma generación cultural y política del personaje de esta historia y haber vivido hasta los 12 años en los llanos, donde él se desarrolló, me permitieron ingresar a su historia personal casi desde mi propia historia. El acercamiento fue interior y exterior, objetivo y subjetivo. Me formé con muchos de sus códigos culturales, aunque mi formación política fue más determinada por la teoría marxista y la lucha de clases. Accedí a su desarrollo biográfico por los mismos intersticios de una generación que nos es común, con los mismos sueños, valores y figuras políticas o intelectuales de referencia. Creo que la generación del setenta fue la última de carácter romántico del siglo XX venezolano. En alguna medida, eso también explica a Hugo Chávez.

Como es inmanente al método y concepto de vida de un revolucionario marxista, al héroe de esta historia personal lo investigué, analicé y narré con criterio *crítico*, es decir, dialéctico, o sea, materialista. No tengo otra opción teórica. El pensamiento humano se conforma crítico para poder superar la compleja relación con el ambiente; solo la vida social adocena, aliena y anula parcialmente ese carácter orgánico del pensamiento, como demostraron los psicólogos de la escuela biológica de Jean Piaget, en Suiza. Todas las sociedades y civilizaciones del sistema explotador del capital basaron su desarrollo en la muerte de todo pensamiento crítico. El nazi-fascismo fue su expresión *summa*. Desgraciadamente, la vida política del siglo XX se dejó penetrar por esa maldición y se convenció, sobre todo en los regímenes estalinistas y muchos de los nacionalistas, de que el pensamiento crítico es algo extraño a la vida humana y política.

Lo que no hice ni me dio la gana de hacer —para no convertir en inútil a esta obra— es historiar a un Chávez que no existe, o exigirle *al personaje* lo que no es. Esta es la historia de Hugo Chávez tal como se ha manifestado en acciones y palabras, pero sometida a la compleja relación con la gente, las ideas y los acontecimientos que han rodeado su vida. Hablar es una conducta, igual que el hacer, pero hablar, quizá, sea uno de los mecanismos más vitales de su vida. Chávez es un hombre esencialmente oral.

Para estudiar a Chávez tuve que revisar sus contradicciones, “sin las cuales [los personajes de la historia] serían seres vacíos”, advertía el maravilloso poeta y ensayista argentino Luis Franco en su antológico estudio *Sarmiento y Martí* sobre el talento y el genio. Este método explica por qué en la primera edición no evaluó su proyecto socialista y el partido que creó para ello. Me conformé con registrar minuciosamente la siembra propagandística que hizo del socialismo en medio planeta, entre febrero del año 2005 (Porto Alegre) y la fundación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) en el año 2007. Ambas cosas apenas despuntaban como Programa de Estado. Hacerlo hubiera sido irresponsable. A casi cuatro años de echados a andar en Venezuela, y hasta donde se puede, en la Alianza Bolivariana de las Américas (ALBA), hoy tenemos material analizable, tanto en lo económico e institucional como en lo personal. Por algo, la instauración del Proyecto Nacional Simón Bolívar - Plan de Desarrollo Económico y Social 2007-2013 se apellida “Transición al Socialismo” y se puso en marcha en 2007.

La única fuente personal de información que me negué a usar fue a Hugo Chávez; por ella habrían dado cualquier cosa los hagiógrafos y jalabolas de oficio. A pesar de que dos ministros suyos me ofrecieron la posibilidad de entrevistarlo en el año 2006, tuve dos razones para no hacerlo: Chávez es una autobiografía “caminando”, quien lo quiera conocer que lo escuche; pocos personajes de su tipo han revelado con tanta franqueza su vida. La segunda razón es parte del método: la entrevista hubiera adquirido los riesgos de *transferencia* del psicoanalista ante “su paciente”, sin ganar ninguna de las ventajas del arqueólogo o el espeleólogo “ante el producto de la historia”.

Preferí, para hacerle honor a la objetiva subjetividad de este complicado trabajo, dejar que el personaje se manifestara tal cual es, ha sido y puede ser. Que fuera revelándose ante la investigación como lo hace una imagen en la cubeta de un laboratorio fotográfico, pero en sus múltiples determinaciones, complejidades y contradicciones, que son las señales vitales de uno de los líderes políticos más *sui géneris* de los últimos tiempos.

PRIMERA PARTE

4 DE FEBRERO DE 1992: LA REVELACIÓN

*Los fines que se persiguen con los actos son obra de la voluntad,
pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son (...)
A la postre encierran consecuencias muy distintas a las apetecidas.*

Federico Engels

La paradoja Chávez

Bastó una breve rebelión militar fallida en 1992 para que el teniente coronel Hugo Chávez, con 38 años encima, se encontrara convertido en lo que más había soñado: un revolucionario nacionalista, un rebelde con causa llevando a la acción ideales juveniles y frustraciones acumuladas en la vida militar. Aquella breve rebelión fue su ingreso a la política abierta y pública. Haber llegado tarde a la escena social no le impidió sentirse testamentario de la gesta bolivariana que tanto había propagado en los cuarteles. Continuator del continuador Ezequiel Zamora, aquel general que a mediados del siglo XIX retomó los pasos de los libertadores, quiso entregar tierras a los peones, democracia a los ciudadanos, pero también fue derrotado. Una rebelión, una derrota, un sueño revelado, y de repente él convertido en héroe nacional. Algo estaba rompiendo la norma histórica. Ese día se echó a andar una paradoja.

A las acciones llegó de la mano de Maisanta, su bisabuelo, a quien buscó por tantos años, difuso tutor espiritual de sus designios. Lo encontró en sí mismo, como la transmutación del héroe de sus sueños convertido en presente, latencia, vibración de un tiempo que se conecta con otro tiempo. “Durante muchos años estuve buscando la huella de mi bisabuelo”, declaró por primera vez el 28 de marzo de 1995, recién salido de la cárcel¹. Sesenta y ocho años después de la muerte de Maisanta en las mazmorras gomecistas, Hugo Chávez se encontró en Caracas tan vencido y preso como su bisabuelo sesenta y ocho años atrás. El primero terminó como una inofensiva leyenda campesina, pero el bisnieto se convirtió en un “peligro de Estado” y el enemigo público del imperialismo yanqui. Finales tan públicos después de tan drásticas derrotas, uno en la memoria rural, el otro en la política contemporánea, fue algo realmente imprevisible. La contradicción y la novedad le ganaron a la norma.

1 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, Fundación Cátedra Pío Tamayo/IIES/Faces/UCV, Caracas, Venezuela, 1998, p. 151.

“Maisanta es como el punto de encuentro de muchas cosas”, ha declarado muchas veces, de varias maneras en distintos rincones del planeta, cuando se lo han preguntado y cuando no también. Este fue el sentido mediúmnico que se le reveló en el año 1992. Algunos de los fantasmas formados en sus primeros veinte años de conspirador fueron despertados el 4 de febrero y serán sus compañías mutantes hasta el último día. El camino a la revolución, las alianzas para ello, los amigos, las derrotas, las disidencias, la traición, el poder, la muerte.

De la noche a la mañana se revelaron los rasgos de la condición heroica, como si los hubiera estado esperando. “Ser héroe es estar en permanente conflicto entre dos mundos”, recuerda el especialista Bauzá en su obra *El mito del héroe*². Esto se debe a que la condición del héroe implica “desempeñar una función social específica”. Fue por estos vericuetos invisibles en la conciencia que poco a poco se fue enhebrando la figura de Hugo Chávez. El mismo autor recuerda que “estos seres singulares, obnubilados por el propósito de querer cambiar el mundo, muchas veces no alcanzan a medir las consecuencias —en ocasiones trágicas— de sus empresas”. Su punto de partida es la transgresión, “traspasar el umbral de lo prohibido, ir más allá de los límites impuestos por la sociedad”³. En el caso nuestro, la singularidad resultó por combinación entre la necesidad y la aparición.

También fue la revelación del paradigma ideológico que venía construyendo, contenida en la fórmula patriótica conocida como “el árbol de las tres raíces”, o sea, los ejemplos de Simón Rodríguez, Simón Bolívar y Ezequiel Zamora, tres dioses intranquilos de su Olimpo personal⁴. Del primero, el ejemplo de las virtudes creadoras y pedagógicas, del sabio aventurero cuya frontera era el conocimiento, resumidas en la expresión que más le gusta usar a Chávez: “O inventamos o erramos”, aplicada por Simón Rodríguez en su larga vida de visionario y educador. De Simón Bolívar, el ejemplo del guerrero incansable y del estratega de la unidad americana, o, como lo definió Francisco Pividal, el “pensamiento precursor del antiimperialismo latinoamericano”. Y de Ezequiel Zamora, el programa de la revolución campesina y la democratización de la vida política; esto lo conectaba con la memoria del campesino pobre que fue en Sabaneta, y con el barinés adolescente que veía en Zamora al ícono espiritual de la ciudad, antecesor, además, del Maisanta de sus dudas. Tres raíces, no las únicas, de un solo proceso histórico nacional que siempre continuó, a pesar de los cortes y derrotas: el ideólogo, el creador de la Gran Colombia y el redentor del campesino pobre, tres mitos de la condición heroica.

A diferencia de la mayoría de sus compañeros de conspiración, Chávez vivió el 4 de febrero como la exaltación de quien se sentía destinado para

2 BAUZÁ, H. F., *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 2007, p. 8.

3 *Ibíd.*, pp. 5-6.

4 CHÁVEZ FRÍAS, H. R., *El libro azul*, “El Árbol de las Tres Raíces”, Publicaciones Minci, Caracas, Venezuela, 1991, p. 31.

una jornada de alto voltaje romántico. Se había preparado para ella durante casi veinte años. Una de sus amigas y admiradoras, Milagros Flores de Reyes, quien lo acusó de ser un “utópico soñador” cuando él la invitó a sumarse a la conspiración en 1991, terminó convencida, años después, de que es “el gran romántico de nuestra generación”. Ella lo ha visto inspirarse en la solemne soledad de los tepuyes guyaneses, las gigantescas piedras cuaternarias del sur amazónico de Venezuela:

Hemos estado con él en la Gran Sabana junto a los tepuyes, esos colosos de piedra acostada, donde se dice que aterrizan seres de otros planetas (...) él nos ha dicho que disfruta la energía y que disfruta de ese paisaje en soledad, dejándose acompañar solo por el sonido del viento y de los enormes saltos de agua que chocan contra las rocas. Lo hemos visto caminar descalzo, conversarle a las estrellas, repotenciarse en ellas⁵.

Esa doble dimensión —realismo y animismo— es parte sustancial de su personalidad. Es una constante de su vida pública y privada. Se le formó durante su infancia en los llanos, la región venezolana con el mayor acervo de fábulas, mitos y leyendas. Sin ellas no es posible adentrarse en él. El año 1992 contuvo ambas dimensiones, aunque él no determinara sus consecuencias ni se enterara de ellas hasta semanas después. Así, el 4 de febrero actuaron la paradoja, la singularidad y el contrasentido, recursos que la historia usa muy de vez en cuando para tallar combinaciones insospechadas. Ese día, el teniente coronel surgido de Barinas tensó el arco de su existencia más vital y, en parangón con el mito de Ulises, se enfrentó consigo mismo. En una condición similar a toda condición heroica, ese fue su punto límite, el momento subjetivo/objetivo en que la circunstancia se convierte en dilema. Pero esto no tiene nada de misterioso.

Comenzó en el instante en que los efectos del descalabro militar ingresaron a las regiones ingobernables de la conciencia social y al sentimiento masivo de los pobres. Pero esa grieta social se fue transformando en algo distinto, como si fuera el parto del absurdo. Eso ocurrió casi al mediodía del 4 de febrero de 1992, doce horas después de la asonada militar iniciada a las 10.30 de la noche anterior.

Pasado el asombro en las casi ocho millones de personas que vieron por los televisores al comandante Hugo Chávez llamando a sus camaradas a la rendición, asumiendo toda “la responsabilidad de este movimiento” y diciendo que habían fracasado, pero solo “por ahora”, ahí, en ese punto, comenzó el fenómeno de identificación social que dio paso a la paradoja histórica. El arquetipo está brotando desde el fondo del acontecimiento.

A las tres de la tarde, cuando se rindió el último bastión rebelde, en Valencia —y habían pasado tres horas desde la aparición de Chávez en la

5 BÁEZ, L. y ELIZALDE, R. M., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, Cuba, 2004, pp. 131-132.

televisión—, muchos venezolanos, de los más oprimidos, ya decían frases como estas: “Al fin alguien se atrevió”, “estos carajos sí que tienen guáramo”, “tenía que pasar algo así”⁶. No tengo duda de que otras expresiones de esa extraña sensación aparecieron en la conciencia popular. La gente sintió la acción golpista como una realización de sus deseos más profundos, una proyección heroica de sus propias luchas, una continuación de las incansables batallas que venían dando desde la insurrección del 27 de febrero de 1989. Veinticuatro horas después, lo que había comenzado como impresiones primarias de identificación sentimental con los golpistas dio paso a un tipo de conciencia más politizada. En las calles, en los sindicatos, barrios, universidades, ministerios, oficinas, quizá también en algunas zonas campesinas, mucha gente comenzaba a ponerles apellidos más definidos, como “estos golpistas son revolucionarios” o “estos carajos parecen de izquierda”. Estas manifestaciones del pensamiento social confirmaban que no existe héroe en el vacío, sin “un móvil ético de su acción fundado en un principio de solidaridad y justicia social”⁷. Esto sostiene Bauzá, en correspondencia con la afirmación del teórico argentino Nahuel Moreno cuando dice, desde el marxismo, que “a veces surge un individuo que cumple un rol social”⁸.

En el sindicato de la fábrica textil Mantex, en Valencia, dirigido por una corriente política trotskista y educado en la democracia obrera, en la mañana del 5 de febrero los trabajadores aprobaron en una asamblea por amplísima mayoría la acción rebelde. La sorpresa fue para sus dirigentes. En el volante sometido al debate de los trabajadores, la dirección sindical defendía la rebelión de los oficiales contra el régimen criticando al mismo tiempo su “método putchista” aislado de las masas. Un trabajador de nombre extraño, pero popular en la fábrica, Modulo, emigrado de las serranías de Falcón, frente al Caribe, dijo una frase que resultó reveladora de lo que estaba removiéndose en la cabeza de millones durante esas horas de intensa transformación social: “Esta gente hizo lo que uno quisiera hacer pero no puede”. Aunque la cosa no era tan simple, la definición de Modulo mostró el signo de identificación con la acción de los comandantes. También el tamaño de la angustia entre los oprimidos y explotados. Este tipo de comprensión primaria tuvo un enorme valor en la escala social de los acontecimientos.

En el libro *Los fabricantes de la rebelión*, el intelectual revolucionario venezolano Roland Dénis se hace una pregunta correcta: “¿Y por qué esa empatía directa y sin necesidad de explicaciones entre golpe y subversión social?”. Su búsqueda apunta a tres soluciones: la insubordinación de las

6 GUERRERO, M. E., *Entrevistas*, Ediciones La Chispa, Venezuela, 1992. Las entrevistas fueron realizadas en las ciudades de Caracas, Maracay y Valencia.

7 BAUZÁ, H. F., ob. cit., p. 5.

8 MORENO, N., *Conversaciones con Nahuel Moreno*, entrevistas realizadas por Daniel Acosta, Marcos Trogo y Raúl Tuny; edición, prólogo y notas de Daniel Acosta, Ediciones Antídoto, Buenos Aires, Argentina, 1986, p. 35.

bases, el rescate de la “épica bolivariana” y la identidad de clase entre los comandantes y la población⁹.

Puesto en las categorías del filósofo alemán Hegel, tendríamos que decir que el “espíritu subjetivo” (la conciencia) se fue transformando en “espíritu objetivo”, o sea, se fue objetivando en un estado de conciencia política alrededor de la rebelión de los comandantes y de la figura central de ella. Con el paso del tiempo, esa objetivación adquirió otro rango y se llamó chavismo o “revolución bolivariana”, y tuvo sus organismos e instrumentos de lucha más concretos que un espíritu. Pero esa es la historia de otro capítulo.

Tal mutación original en la conciencia de millones transformó la derrota en una forma extraña de “victoria” y a Hugo Chávez en el héroe popular más rutilante del último siglo en Venezuela. Todo ocurrió a la velocidad de la desesperación de la población, que era, al mismo tiempo, la velocidad de la crisis del régimen. La rebelión de los comandantes fue percibida como una aparición providencial bajo un cielo tormentoso. Chávez fue visto como una figura heroica, exactamente ahí, emergido de una rebelión de comandantes al mando de más de mil tropas, es decir, como un individuo que adquirió relevancia en medio de una acción colectiva. En un país habituado a la modorra soporífera de la “petrodemocracia” —lo más parecido a una “ilusión de armonía”, como definieron al país Piñango y Naim—, que desde el siglo XIX no conocía héroes nacionales, la emergencia de Hugo Chávez y el movimiento militar fue una alteración de todos sus equilibrios tradicionales. La novedad no fue su derrota, sino su inesperado triunfo personal. En el año 1998, el periodista Alfredo Meza le preguntó a Hugo Chávez cuál era su “mayor desdicha”, y este le contestó: “No haber logrado el 4 de febrero de 1992 lo que nos planteamos”¹⁰. Sin embargo, la desdicha no impidió que el año 1992 constituyera la singularidad histórica de Hugo Chávez. Su revelación como fenómeno individual en la pantalla gigante de la vida social.

Creo que nada existe en la biografía de Chávez sin el acto iniciático del 4 de febrero. Fue su nudo gordiano. Otros autores sitúan su emergencia en el triunfo electoral en diciembre de 1998, como si eso hubiera sido su búsqueda original o su parto político. Un ejemplo de esa visión superficial es el libro *Chávez sin uniforme*; los autores comienzan la historia de Chávez en la primera página, así: “La noche del 6 de diciembre de 1998 una multitud comienza a congregarse (...) Chávez cuenta con el 56 por ciento del electorado...”. Lo demás sería una anécdota periodística. En esta concepción banal del personaje que podríamos llamar “electoralista”, también cayeron varios de los amigos y seguidores del líder bolivariano dentro y fuera del país. Vieron en él, sobre todo, al “triunfador” electoral, descuidando al hom-

9 DÉNIS, R., *Los fabricantes de la rebelión. Movimiento popular, chavismo oportunidad política y sociedad en los años noventa*, Editorial Primera Línea/Editorial Nuevo Sur, Caracas, Venezuela, 2001, p. 31.

10 MEZA, A., “Cuestionario Proust a Chávez”, revista *Estampa*, en diario *El Universal*, Caracas, 9 de agosto de 1998.

bre esencial que vivió de sueños y construyó un proyecto bautizado en la lucha de clases el 4 de febrero de 1992. Este es un nudo biográfico sin el cual ni Chávez sería “Chávez” ni la historia venezolana ni latinoamericana habrían tomado el rumbo que tomaron. El conspirador del año 1982 habría quedado en el recuerdo personal y el triunfador electoral del año 1998 no habría adquirido el carácter rupturista, controversial, histórico que tuvo como presidente.

Es tan decisivo el acto revelador del año 1992 en su formación y su conducta como jefe de Estado que marcó, a fuego, dos rasgos fundamentales de su vida política: el tipo de régimen gubernamental que conformó desde el año 1999 y ese rasgo de “conspirador” que lo acompaña —sin remedio— aún en la vida pública.

Tal sorpresa de la historia fue un subproducto de las combinaciones inesperadas que depara la lucha social, pero en relación directa con el momento exacto cuando el personaje decidió actuar. Y por el estilo con que lo hizo. La insurgencia militar representó el brote eruptivo más radicalizado de la explosiva crisis social que latía. Las Fuerzas Armadas son estructuras vivas de la sociedad, a pesar de su vida endogámica. Los oficiales y suboficiales son un segmento de la clase media, vestida de verde. Simplemente, él, los otros jefes del golpe de Estado y los 2367 suboficiales y soldados insurrectos observaron que su insurgencia —a pesar de la forma golpista errada— se cruzó con la dinámica social en un instante en el que nada podía seguir siendo lo que era. A esas alturas de los acontecimientos, ni los oprimidos toleraban más sus condiciones de existencia ni los opresores podían sostener su sistema de poder. Todo podía suceder, menos permanecer inmóvil. O se avanzaba o se retrocedía. El libro *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*, escrito por el general de División Iván Darío Jiménez Sánchez, abunda en datos de la inteligencia militar que confirman este concepto marxista sobre la dinámica de los procesos revolucionarios¹¹.

En medio de ese “punto de encuentro” y desencuentro, Chávez tropezó consigo mismo y con sus fantasmas. Breves horas bastaron para convertirse en lo que nunca había pensado. Toda una revelación existencial, comparable con la que vivió el coronel Aureliano Buendía frente al pelotón de fusilamiento “... aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”¹².

La diferencia con la grandiosa metáfora garciamarquiana es que Chávez, al revés del pequeño Aureliano, había construido “su sueño” por casi veinte años con ideas, no siempre claras teóricamente, pero ideas al fin. Y se había lanzado a las armas ese 4 de febrero de 1992 porque ya no tenía otra opción. Esa era su convicción más íntima, como lo fue para los otros comandantes complotados. Igual que las masas oprimidas, o avanzaba

11 JIMÉNEZ SÁNCHEZ, I. D., *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*, Editorial Centralca, Caracas, Venezuela, 1996.

12 GARCÍA MÁRQUEZ, G., *Cien años de soledad*, Editorial Sudamericana, Edición Centenaria, Buenos Aires, Argentina, p. 9.

o retrocedía. Lo que nunca tuvo en sus cálculos es que ese día se convertiría en héroe nacional sin previo aviso. Un sueño es un sueño, a veces funciona como un combustible de las acciones humanas. Chávez fue animado por una “racionalidad” tan absoluta que los sueños alborotados —el 4 de febrero— le sirvieron para actuar como actuó y hablar como habló, y constituirse, por la insondable vía de la angustia social, en lo que la gente quería pero no sabía, o sabía pero no entendía, o ambas cosas sin saber el porqué ni para qué.

Lo que sí aprendimos —por la simple observación de la realidad de aquellos días— es que la sociedad venezolana estaba ante un dilema existencial: o daba un salto hacia una salida a la crisis nacional, o retrocedía a depresiones y derrotas irremediadas. Algo similar al tiempo de derrotas en el que peleó su bisabuelo, después de la larga caída de las rebeliones campesinas.

El año 1992 fue, entonces, “un punto de encuentro de muchas cosas”, varias de ellas desconocidas para él, otras apenas vislumbradas en formas indefinidas, como la “fusión cívico-militar” que propugnaba sin haberla definido. Fue algo así como un reencuentro imaginario con las generaciones derrotadas, la de su bisabuelo, las anteriores y las posteriores, como las divisiones de la izquierda que conoció en Barinas, entre los 13 y los 17 años, punto de partida de su búsqueda nacionalista.

Su deber —según lo intuyó junto a algunos de sus camaradas en el año 1992— era darle continuidad al proceso histórico truncado y ser una expresión militar del odio suspendido de la población. El error fue haberlo limitado a la conspiración cuartelaria sin relación con los organismos de lucha de las masas trabajadoras. El resultado fue una suerte de vanguardismo cuartelario, más similar al voluntarismo de las guerrillas de los años sesenta del siglo XX que a lo demostrado por la propia Revolución Cubana. Lo curioso es que haya salido del experimento como un héroe político, algo mucho más complejo que el destino más previsible: un golpista más.

Una proyección heroica

Que los hombres se sienten más próximos a los héroes que a los dioses.

Doctor Hugo Francisco Bauzá¹³

La conspiración del 4 de febrero de 1992 resultó la búsqueda de una segunda oportunidad histórica; un concepto difuso en su formación intelectual, pero existente en la memoria latinoamericana, o sea, también en él. “Esos movimientos tienen siglos de continuidad en las experiencias de mitad del siglo, las de Ezequiel Zamora, la traición del liberalismo, las de esta izquierda de hoy que no es de izquierda”, confesó en 1995, como si invocara el último suspiro de la novela de Gabriel García Márquez, una de las grandes metáforas de la memoria latinoamericana: “... Las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la Tierra”¹⁴. Este desvelo ideológico se le fue transformando con el tiempo en una tribulación de su existencia, reflejando dos angustias del presente: las de un sector de la clase media que sentía perder su destino y las de un pueblo pobre que desde *el Caracazo* ya no soportaba más.

No es un detalle menor, ni una declaración casual, que esa preocupación por las derrotas y el hilo de la historia la haya expresado de diversas maneras a lo largo de casi medio libro de *Habla el comandante*. Se trata de una preocupación que se puede rastrear en casi todos los reportajes y declaraciones posteriores hasta el año 2004. Desde ese año solo se refiere a esa idea esporádicamente. Es lo más parecido a una “idea fija”. Chávez contiene en su memoria lo que cualquier latinoamericano preocupado tiene, o debería tener, cuando hablamos de victorias y derrotas. Pues de eso se trata la historia.

El 4 de febrero la gente pobre y buena parte de la clase media decidieron aferrarse a él y a los comandantes con la fruición con la que un desam-

13 BAUZÁ, H. F., ob. cit.

14 GARCÍA MÁRQUEZ, G., ob. cit., p. 352.

parado se abraza a un redentor, aun sin saber quién era, qué había hecho, cuál programa político levantaba y qué tipo de gobierno proponía. Un proyecto nacionalista como el suyo no se conocía desde hacía varias décadas en América Latina. Menos aún si estaba sostenido en una alianza (aunque conflictiva) con movimientos y partidos de la izquierda ex guerrillera del país. El impacto internacional produjo desconcierto, aunque la opinión pública, los analistas y la inmensa mayoría de la izquierda latinoamericana, incluido el gobierno de Cuba, tomaron el asalto como uno más de los acostumbrados en la historia militar de nuestro continente. En el Cono Sur se les denominó como “carapintadas”, y así, con calificaciones similares, se expresaron en el resto de la vida política internacional.

En Venezuela —fuera de los grupos que ya estaban en contacto con los conspiradores militares— muy pocos comprendieron la novedad. Entre las excepciones estuvieron la Liga Socialista y el Partido Socialista de los Trabajadores-La Chispa. El resto redujo su definición al método usado, golpe de Estado, sin ver más adentro de la superficie.

El enigma

Los enemigos de Chávez explican su aparición rutilante en el escenario por dos razones. La primera asegura que fue culpa de la televisión. “El error fue haberle permitido aparecer en la televisión”, sostuvo Carlos Andrés Pérez (CAP) en 1992 a un corresponsal del *New York Times*. No faltará “especialista mediático” o de publicidad que piense lo mismo, sustituyendo el acontecimiento por el impacto de la imagen televisiva. La segunda lo acusa de tramposo. Es sostenida por generales del Estado Mayor y algunos enemigos intelectuales, como el historiador ex marxista Manuel Caballero: “Chávez se aprovechó de la derrota y se entregó, traicionó a sus compañeros y pactó para convertirse en la figura del golpe”.

Un pensamiento similar a este de Caballero fue conservado por dos destacados comandantes del golpe, Jesús Urdaneta Hernández y el capitán Luis Valderrama. Este último sostiene algo imposible en términos fácticos: que Chávez se aprovechó de la simpatía popular para erigirse en líder exclusivo y excluyente. Esto, según Valderrama, lo habría fraguado en los dos escasos meses que pasaron en el Cuartel San Carlos. “Hasta que llegaron los comandantes. Ya cuando ellos llegan de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM), y la familia empieza a decirnos del ‘por ahora’ en la calle, del ‘éxito que ustedes han tenido’, empieza a aparecer la gente que ve la posibilidad de hacer política a raíz de allí”¹⁵. Una cosa fue cierta en este remordimiento de Valderrama. Aparecieron los vivianes que aprovecharon para “hacer política” con el mito. Pero el problema no fue *hacerla*, sino lo oportunista que fue. De esta manera, sin advertirlo, el capitán Valderrama nos conduce a otro de los rasgos distintivos de la condición heroica.

Marcano y Barrera sostienen una tercera versión más pretenciosa, pero igual de falaz, según la cual Chávez “se muestra incluso como una víctima natural de la historia”, cuando contaba que él mismo se sorprendió al descu-

15 BLANCO MUÑOZ, A., *La maisantera de Chávez. Habla Luis Valderrama*, Cátedra Pío Tamayo, Caracas, Venezuela, 2005, pp. 122-139.

brir que era un fenómeno popular¹⁶. Para el pensamiento estático de autores como estos, la historia y sus procesos sociales son una “suma de cosas” sin vida, sin dinámica, sin contradicciones, y no una “suma de procesos” como reclamaba Hegel, y después de Hegel cualquier cientista social serio.

Gastar una investigación biográfica de más de trescientas páginas para concluir que usó las combinaciones sociales y subjetivas del 4 de febrero para mostrarse como una “víctima natural” de la historia es suponer que Chávez tiene, como el Dios de Einstein, la facultad de “jugar a los dados” con las cosas de este mundo. Esta gente, acostumbrada a la cultura de las trampas de la “petrodemocracia”, no concibe que un político “outsider”, como definen ellos a Chávez, tenga la capacidad de definirse tal como *su circunstancia* y su *conciencia* lo determinaron, y en una relación dinámica con ellas.

Entre los seguidores de Chávez hay varias explicaciones. Algunos creen que la clave del misterio está en el acto ético de haber asumido la responsabilidad del golpe de Estado, “en un país donde nadie se hacía responsable de nada, él dijo: yo soy responsable”, comentó la periodista, funcionaria y diputada Blanca Eekhout. Otros consideran que la identidad étnica (Chávez es mestizo tirando a mulato) y el lenguaje pueblerino del comandante funcionaron como catalizadores vitales.

Hay quienes han escrito que el secreto estuvo en haber intercalado la expresión redentora “por ahora” en medio de las 160 palabras con las que llamó a la rendición, al mediodía del día 4 de febrero. Y no faltó quien dijera que el factor fundamental de su aparición radica en esa atávica búsqueda del “coronel necesario”, tan común en la historia latinoamericana. Sin duda, algunas de estas causas cumplieron —cada una a su medida— una función parcial en la activación de la reacción hacia su figura. La identidad es una síntesis que resulta de múltiples determinaciones. Pero verlas por separado, convertirlas en factores absolutos o apreciarlas en forma estática y parcial solo conducen a acrecentar el misterio y el simplismo semirreligioso, sea a favor o en contra.

Hubo un personaje que creyó resolver en cuatro palabras esta búsqueda misteriosa del surgimiento de Hugo Chávez en el escenario. Se llamó Norberto Ceresole, un lóbrego intelectual argentino que aseguró en Caracas haberlo inventado en las páginas de un libro tres décadas y media atrás, y haberlo encontrado en 1995 en Buenos Aires. Punto. Ceresole cerró la polémica. Ni la conocida petulancia de los “porteños” de Argentina ni la extravagancia y desvaríos ideológicos de tan curioso Nostradamus rioplatense son suficientes para sostener tal atrevimiento.

16 MARCANO, C. y BARRERA, A., *Hugo Chávez sin uniforme: una historia personal*, p. 163. Tomado de “Chávez por Chávez”, en: www.pdt.org.br/internacional/hugochavez.

¿Quién tuvo la ocurrencia?

El individuo y el trozo de historia del que era protagonista se encontraron frente a frente sin identificar con claridad su rol y el momento histórico que estaba viviendo. Ese aprendizaje fue empírico por aproximaciones sucesivas. Chávez ha reconocido esa contradicción con suficiente honestidad intelectual. Él sabe que en el año 1992 fue convertido en héroe o mito social sin haberse preparado para ello. El resultado del acontecimiento no permitía —en sano juicio— creer que fue de otra manera. Se enteró de su fama de héroe de los oprimidos varios días después cuando lo visitó el capellán de la cárcel en los sótanos de la Dirección de Inteligencia Militar, donde estaban aislados del mundo. “¡Levántate!, que en la calle eres un héroe”, le habría dicho al oído en un susurro cómplice, con un tono bíblico parecido al que usó Jesús de Nazaret cuando, según dicen, le dijo a Lázaro: “¡Levántate y anda!”; varias versiones confirman este hecho¹⁷. A los diecisiete días, cuando los trasladaron al Cuartel San Carlos, descubrieron que era verdad lo que les había dicho el capellán: la gente los siguió en romería como si fueran líderes populares. Algo semejante no se veía en el siglo XX desde las décadas de los treinta y los cuarenta, cuando el famoso tribuno Jóvito Villalba era llevado a la cárcel y luego excarcelado con movilizaciones que lo vitoreaban.

Uno de los cuadros militares de la conspiración, Yoel Acosta Chirinos, contó en los términos más vívidos el descubrimiento de sí mismos que vivieron ese día, como el más inesperado bautizo político de sus vidas. “Habíamos producido un impacto de verdad”, se sorprende Yoel Acosta, y agrega esta información clave: “Había un pueblo en la calle que veía con mucha curiosidad a Chávez”¹⁸. Ese día, del que no esperaban más que una nueva celda sin las duras restricciones de la Dirección de Inteligencia Militar, se enteraron de que eran *otra cosa*.

Es importante la expresión adverbial “curiosidad”, dicha por el comandante Yoel Acosta. Ninguna palabra más adecuada a la realidad de ese momento. Con su nivel educativo, la memoria conceptual ha podido escoger otro término para definir lo que vio y sintió cuando observaba a la gente mirándolos a ellos como héroes vencidos. Pero lo que vio ese día 21 de febrero de 1992 le provocó esa palabra para asociar “pueblo” con “Chávez”, y la conexión entre ambos. Los sinónimos de curiosidad son “rareza, singularidad, originalidad, peculiaridad, capricho”, hablan por sí mismos del parto que se estaba viviendo desde el 4 de febrero.

Cada sinónimo, especialmente “capricho”, sirve para comprender el fenómeno, la combinación singular que se estaba dando en los días siguientes al 4 de febrero de 1992 en Venezuela. El biólogo y filósofo Jean Piaget ayuda a resolver este “capricho” social del surgimiento de Chávez con su teoría sobre la dialéctica entre el *invento* y el *descubrimiento*. Para él, lo *nuevo*,

17 *Ibíd.*, p. 146.

18 *Ibíd.*, p. 163.

el invento, es una construcción producida por combinación de estructuras entre el conocimiento y la realidad, una cualidad que solo los humanos desarrollamos a un altísimo nivel¹⁹. El descubrimiento no aparece solo, va de la mano de la invención, es *una construcción*. Chávez fue eso, una invención y un descubrimiento al mismo tiempo, producido en el acto social de un movimiento de masas rebeldes que buscaban una salida a su realidad.

Es inteligente y honesta la reflexión que hizo el comandante Jesús Urdaneta Hernández sobre lo que sintieron cuando estaban presos. “En esos primeros días, pensaba: a lo mejor los venezolanos están molestos por esta acción de nosotros, a lo mejor rechazan esto, nos querrán linchar. ¿Quiénes somos nosotros para tomar esta actitud? (...) Después fue que nos enteramos”²⁰. Es probable que el resto de los comandantes pensara algo similar, en todo caso, no hay registro de que alguno haya tenido una sensación opuesta.

Esos diecisiete días con sus noches en la DIM los pasaron incomunicados, como nunca en sus vidas. Bajo la tortura de luces que nunca se apagaban, solo observados por un sistema de cámaras con las que les vigilaban hasta la respiración. Chávez, al igual que sus compañeros de insurrección y celda, se enteró, diecisiete años después, que ya no era lo que había sido hasta diecisiete días antes. Que el 4 de febrero lo había transformado para siempre. Y lo más interesante: que él no se había enterado.

“Gracias por los favores concedidos”, dice el texto de una caricatura del dibujante venezolano Graterol, publicada por el diario *El Nacional* el 20 de febrero de 1992. Apenas habían pasado doce días del golpe de Estado. En la imagen de la caricatura aparece una madre nalguda con su hija, de similares proporciones corporales, encendiendo cuatro velas en una mesita cubierta con un mantel. Allí se yergue el busto del paracaidista mestizo que apareció en la televisión diciendo que “por ahora” estaban derrotados, pero que “vendrán nuevas situaciones”. ¿Cuánta resonancia de estas palabras revolotean en las mentes de esta madre y su hija? En la caricatura el dibujante no aclaró si eran mujeres pobres o de clase media. Es que fue tal el desbarajuste social del primer impacto que el sentimiento de simpatía y sorpresa cruzó las cabezas de todas las clases sociales.

Pocas semanas después —nadie ha precisado el momento exacto ni su autor—, alguien escribió una oración que comenzó “a rodar” entre vecinos de los barrios 23 de Enero y Propatria, en el oeste proletario de Caracas. Se trata de “(...)”, cuyos versos develan más misterios chavistas que muchas teorías:

19 MORENO, N., *Lógica marxista y ciencias modernas*, Capítulo I, “La epistemología de Piaget”, Centro Internacional del Trotskismo Ortodoxo (CITO), edición electrónica, 2001, publicada en: www.marxist.org.

20 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla Jesús Urdaneta Hernández. El comandante irreductible*, Cátedra Pío Tamayo, Caracas, Venezuela, 2003, p. 96.

Chávez nuestro que estás en la cárcel
santificado sea tu golpe
venga a nosotros, tu pueblo, hágase tu voluntad
danos hoy la confianza ya perdida,
y no perdones a los traidores.
Sálvanos de tanta corrupción
y líbranos de Carlos Andrés Pérez. Amén.

Como tantas veces en la historia, la política y la religión se abrazaron para reflejar, en este caso, lo que sentían millones de venezolanos en el convulsiónado 1992, tres años exactos después de la rebelión social del 27 de febrero de 1989. Dos meses después alguien le llevó a Chávez una versión de la *Oración* a la cárcel del Cuartel San Carlos. En el año 2005, dos periodistas cubanos la usaron para titular su libro-reportaje: *Chávez nuestro*.

La socióloga bolivariana Irina Molina opina que entre Chávez y el pueblo se desarrolló un extraño vínculo de *amor* pero a escala social: “Siento que entre el líder, el héroe, el hombre, el padre, el comandante y el pueblo existe, desde el primer momento del encuentro, un vínculo amoroso”. Ella arremolina las figuras que invocan ese sentimiento que —a pesar de ser difuso— se constituyó, ciertamente, en algo parecido a una argamasa relacional entre el líder y el pueblo. Esta forma primaria de relación se fue modificando con el tiempo. Fue ocurriendo con diversas expresiones que podemos acoplar con arbitrariedad en dos tipos. Por un lado, muchos chavistas se han politizado y elevado y saben discriminar entre un buen funcionario y un burócrata, entre un discurso y los hechos. Otro grupo del chavismo se ampara en el mismo vínculo amoroso, pero se niega a ver más nada, prefiere conformarse. De ambos lados surgió el fenómeno del “voto chavista congelado” que se ha manifestado en ritmo paulatino desde el Referéndum del año 2007. Como toda relación reducida al sentimiento —si no se politiza y se eleva a la conciencia *para sí*—, se disuelve ante la primera contradicción seria. O se avanza o se retrocede. De todas maneras, es fácil observar que ese lazo amoroso de extraño origen social pervive en millones de venezolanos pobres, de las zonas más pobres y menos politizadas, y en algunas minorías de profesionales chavistas de clase media. Esto ha sido una constante observable en algunos casos de la historia latinoamericana. No es un dato menor en la historia de nuestro personaje.

En los alrededores del histórico penal caraqueño —hoy convertido en centro cultural— centenares se arremolinaban, hacían cola, chismoseaban, inventaban fábulas y esperaban para tratar de mirar “al comandante Chávez” y, en el mejor de los casos, obtener de él un autógrafo o un apretón de manos. Los fines de semana se llegaron a contar hasta dos mil personas. Así fue apareciendo el mito arquetípico de una generación. Una épica estaba por nacer en la historia política venezolana. Su universo simbólico, *el chavismo*, o, en términos más amplios, *el bolivarianismo*, surgiría de esos hechos simples pero demoledores de la transformación social.

Los psicoanalistas Gerardo Moliner y Mónica Santcovsky señalan algo cierto: “Parece, pues, que en todo nacimiento de una cultura se instaure una épica, cuyo personaje es un héroe”. Se instaure “un nombre propio” y “una escena primera”. Es correcto y se puede verificar en lo que vino después²¹.

En los términos de la concepción marxista de interpretación de la historia, a cada estructura social corresponde el surgimiento de una superestructura. Este fenómeno se verifica a lo largo de la historia de la producción y el trabajo humano. A diferencia del psicoanálisis y otras concepciones, el marxismo reconoce distintas manifestaciones de esa sobreestructura. El teórico y político argentino Nahuel Moreno sostiene, por ejemplo, que “la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases con sus sectores y direcciones”. La historia ha demostrado que su desarrollo adoptó formas más complejas que las dichas en el *Manifiesto comunista*, documento fundacional del marxismo. La historia no se reduce a la lucha de clases, aunque este concepto radical sirvió para espantar los espectros idealistas que leían la historia a través de los héroes y los individuos relevantes. “Así como existen clases y sectores de clase, aclara Moreno, cada una de estas posee su dirección. A veces surge un individuo que cumple un rol social (...) En las tribus existen los jefes. Es decir, donde hay un grupo humano hay alguien que dirige, una superestructura”²². Desde las revoluciones burguesas, sobre todo desde la gran Revolución Francesa de 1789, la sociedad amplió sus estructuras ideológicas con el surgimiento de los partidos políticos. Además del jefe, del héroe, de los comandantes, existen los partidos, las organizaciones, las agrupaciones, corrientes y movimientos.

El surgimiento de Hugo Chávez como la más relevante superestructura ideológica venezolana desde el año 1992 es un hecho progresivo en sí mismo. El punto débil de ese fenómeno asombroso es que el héroe nacional no fue acompañado por una organización revolucionaria fuerte que tuviera una sólida vanguardia politizada y educada en la democracia de base. Estas condiciones hubieran permitido que el mito —con toda su fuerza propulsora— funcionara como un instrumento del poder social y la organización, y no al revés, como resultó. En lugar de un mito asociado a, y regulado por —una fuerte estructura de cuadros políticos y organismos sociales probados en la lucha y las ideas—, la historia venezolana tomó el camino del individuo sobredeterminado en el escenario. Fue lo que advirtieron con acierto los intelectuales chavistas en el año 2009, a partir del concepto “hiperliderazgo”, una suerte de perversión del *liderazgo*. La virtud histórica se convirtió en defecto político. De tal manera que el presidente Hugo Chávez y muchos de sus funcionarios más cercanos necesitaron dos largos años y el impacto paralizador de un riesgo de muerte por cáncer en julio de 2011 para aceptar este concepto.

De ambos resultados no podemos culpar a Chávez en la primera fase del proceso. Como él mismo ha dicho con franqueza intelectual: no era más

21 MOLINER, G. y SANTCOVSKY, M. I., ob. cit., p. 16.

22 MORENO, N., ob. cit., p. 35.

que una hoja en el remolino de los tiempos. Esta relación se modificó entre idas y vueltas por caminos irregulares, azarosos, en cierto modo originales. Por ejemplo, la acción revolucionaria del contragolpe del 13 de abril de 2002 fue la muestra de la debilidad del individuo fuerte y la fuerza gigantesca de la masa anónima. Así ha ocurrido en otras oportunidades a partir del año 2002. Sin embargo, el resultado a doce años de desarrollo es que el régimen político, la sociedad y el Estado terminaron girando alrededor del individuo fuerte. Esta perversión histórica tiene contrapesos en la Venezuela actual. Los Consejos del Poder Popular, los organismos de control obrero, los sindicatos clasistas de la Unión Nacional de Trabajadores de Venezuela (UNETE), las dos federaciones campesinas, la prensa comunitaria, muchas cooperativas y organismos barriales, las Comunas pueden cumplir roles de regulación social, pero tienen poca conciencia de su potencialidad.

Situados en los meses posteriores a febrero de 1992 —cuando esta realidad apenas germinaba—, el problema era otro. La movilización social desbordada en los alrededores de la cárcel del viejo Cuartel San Carlos se transformó en un “asunto de seguridad” para el gobierno. A los pocos meses los presidiarios bolivarianos, menos uno, Jesús Urdaneta Hernández, fueron trasladados a la Cárcel de Yare, a varios kilómetros del tumulto incontrolable de Caracas. Dos años después fueron excarcelados por un indulto presidencial del presidente Rafael Caldera.

El hombre inspirado

No son muchos los casos que se puedan mostrar en la historia de las revoluciones populares donde el líder resultante del proceso haya incubado su desarrollo personal y su proyecto político, evocando e invocando de manera tan fundamentalista a uno o a varios héroes nacionales. Ese ángulo biográfico lo encontramos en el inspirado Maximilien Robespierre, jefe de la Revolución Francesa durante el período 1789-1792, respecto de su mentor cuasi sagrado, Jean-Jacques Rousseau.

Casos posibles en América Latina son los de Fidel Castro, Camilo Cienfuegos, Haydée Santamaría, Huber Matos, Carlos Franqui, Armando Hart y los otros líderes cubanos del Movimiento 26 de Julio respecto del prócer y poeta modernista José Martí. El historiador conservador argentino García Hamilton rescata este detalle en un libro “bastante pobre”: “Educado por los sacerdotes jesuitas, el líder cubano Fidel Castro otorgó a su enfrentamiento con Estados Unidos un carácter casi confesional, de ‘cruzada’ contra los impíos imperialistas que ya habían sido denunciados por el profeta José Martí”²³. Pero aun ese ejemplo no implicó un encadenamiento directo entre el mentor invocado y los jefes revolucionarios, ni tuvo un carácter mediúmnico como el que le da Hugo Chávez Frías a su relación con Simón Bolívar

23 GARCÍA HAMILTON, J. I., *El autoritarismo hispanoamericano y la improductividad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 1998, p. 97.

y Maisanta. Más próxima podría ser la relación directa entre el sandinismo y la gesta de Augusto César Sandino, el “general de hombre libres”. Aquí, el hilo conductor es más inmediato entre el final, derrota y muerte de Sandino en 1934 y la creación de las primeras células sandinistas a cargo de Fonseca Amador, varios años después.

Otro ejemplo singular es el zapatismo. El subcomandante Marcos y su movimiento invocan la gesta revolucionaria de Emiliano Zapata. Desde su muerte, en 1919, ningún movimiento político social lo había reivindicado como lo ha hecho el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), desde el año 1994. Podríamos añadir el Movimiento “Alfaro Vive Carajo”, en Ecuador, de parecidas características aunque sin el mismo éxito.

Este es un dato de nuestra historia. Retomar el hilo allí donde lo dejaron los héroes nacionales es una necesidad referencial de toda resistencia a la dominación extranjera. Esa tendencia histórica justifica la proyección que hizo el revolucionario ruso León Trotsky sobre el rol de Emiliano Zapata en la vida política de México: “La Revolución Mexicana volverá a comenzar allí donde la dejó Zapata”, dijo en 1940, en sus conversaciones sobre América Latina.

Es difícil encontrar un caso parecido de inspiración heroica como el de Hugo Chávez. Tampoco aparece en los líderes nacionalistas de la corriente militar de la que Chávez es continuador. Juan Domingo Perón, Getúlio Vargas, Lázaro Cárdenas, Juan Velasco Alvarado, Omar Torrijos, Juan José Torres, por citar a una minoría de este grupo. Ninguno mantuvo relaciones de ese carácter con algún héroe nacional.

Juan Domingo Perón, por ejemplo, le rindió honores a San Martín como casi ningún otro presidente argentino lo hizo. Varios ideólogos peronistas, por cuenta propia, encadenaron al “Santo de la Espada” de la Independencia con el caudillo federalista Juan Manuel de Rosas, quien gobernó en los años cuarenta del siglo XIX, y a este, con Juan Domingo Perón. Un camino rectilíneo de difícil resolución. Pero hasta ahí pudieron extender la invocación. No tuvo mayor trascendencia espiritual. Cuando Perón conspiraba dentro del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), en el siglo XX, entre finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, no hizo de San Martín o de Rosas sus oráculos.

Emiliano Zapata, Pancho Villa, Augusto César Sandino, Farabundo Martí, Carlomagno Peralte tuvieron origen y desarrollo en ambientes rurales. Cada uno fue una personalidad, culturalmente, próxima a Maisanta y a Hugo Chávez. Todos se alimentaron con las simbologías, leyendas, el pensamiento mágico y el costumbrismo de la vida campesina. Sin embargo, ninguno cultivó una relación de inspiración mediúmnica como la de Chávez, y de ellos, solamente Zapata y Sandino hincharon la inspiración de un líder posterior en la escala y estilo que encontraremos en la formación intelectual y espiritual de Hugo Chávez.

Más allá de América Latina pocos líderes nacionalistas se inspiraron en héroes tutelares. Mao fue leal seguidor del ejemplo revolucionario democrático del doctor Sun Yat-sen, pero nada más que eso. De Ahmed Ben Bella

(Argelia), Patrice Lumumba (el Congo) y Ho Chi Minh (Vietnam) se sabe que acudieron a sus mitos locales, pero en formas tan generales que a nadie se le ha ocurrido una historia particular sobre ese aspecto. En algunos casos, como el de Frantz Fanon, se conoce que en su formación pesaron las figuras de Freud, Sartre y Trotsky, sobre todo el filósofo existencialista francés. Tampoco constituyó un dato esencial su vida de revolucionario en Argelia.

Entre las principales figuras de la gran Revolución Rusa de 1917, Lenin, Trotsky, Zinóviev, Lev Kámenev, Vera Zasulich o el liliputiense heroico Antonov-Ovsenko, tampoco encontramos rastros de algo parecido. Quizá un poco Lenin respecto del legendario anarquista Majnó. Un caso particular quizá sea el de Iósif Stalin, en la segunda línea de los bolcheviques en 1917. Él manifestó devoción por el etnógrafo, poeta y príncipe georgiano Rafael Eristavi, un buen hombre dedicado a defender a los labriegos de la campiña en la tormentosa Rusia de los zares. En su caso, más se debió al atraso cultural que marcó el terrible origen de Stalin y el peso montañoso del Cáucaso que a su limitada formación marxista. Los bolcheviques eran ateos casi todos, una condición que ahuyentaba inspiraciones mediúmnicas.

Como se sabe, la tendencia al mito está instalada en la estructura psíquica humana desde que comenzó a producir y reproducir su vida económica y social. Cada fase de su paso por este mundo contuvo mitos y héroes, reales o imaginarios. La burguesía perfeccionó este mecanismo y lo convirtió en sistema dominante desde hace tres o cuatro siglos. El actual sistema mundial de medios y *entertainment* cumplen esa tarea mitológica como en ninguna civilización anterior. De hecho, superaron al sistema educativo y a la religión, tal como lo previó en una conferencia en el año 1904 uno de los fundadores del noticiario de cine, Charles Pathé. A propósito del mito en la sociedad, los académicos gramscianos Susana Neuhaus y Hugo Calello nos recuerdan:

Así como las fantasías originarias inscriptas en la historicidad de la humanidad, según Freud, se reconocen como ejes organizadores de la realidad psíquica, así el pensamiento limitado por el miedo a ser desposeído (castrado) se mantiene dentro de los límites del “sentido común”²⁴.

En ninguno de estos líderes, héroes o jefes revolucionarios encontramos la vinculación trascendente, animista, mediúmnicamente que estableció Hugo Chávez con Maisanta y Simón Bolívar.

24 CALELLO, H. y NEUHAUS, S., *El fantasma socialista y los mitos hegemónicos. Gramsci y Benjamin en América Latina*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires, 2011, p. 13.

En “el ojo del huracán”

Todo lo que mueve a los hombres tiene que pasar necesariamente por sus cabezas, pero la forma que adopte dentro de ellas depende mucho de las circunstancias.

Federico Engels²⁵

Con Chávez o sin él, la situación venezolana de 1992 no soportaba más el vacío. Se parecía al ambiente de otro febrero célebre de Venezuela, el de 1989, cuando “los cerros bajaron” y le pusieron la historia del país burgués patas para arriba. Si no hubiera sido Hugo Chávez, otro individuo habría podido tomar su lugar y darle expresión personal al sentimiento antisistema que se desataba. Por ejemplo, el coronel Arias Cárdenas, que había triunfado en el estado Zulia, el teniente Acosta Chirino, el comandante de la aviación Luis Reyes Reyes, que tuvieron mejor suerte en Maracaibo, Maracay y Valencia. Incluso, dadas las circunstancias caóticas, teóricamente no se puede descartar que los jefes menos politizados, los de menor motivación ideológica, como Urdaneta y Valderrama, pudieran asumir el mando y la centralidad del movimiento.

Los tres primeros comandantes tenían condiciones similares de verbo, lecturas y capacidad de mando para asumir ese rol. No es el caso del comandante Urdaneta, quien ha confesado con sus propias palabras que le aburría cualquier cosa que no fuera su rol militar: “Una vez yo me molesté y dije que no iba más a esas reuniones. Cuando haya que tumbar al gobierno, me dicen y yo voy... yo no voy a perder un fin de semana hablando tonterías”²⁶.

Eso no significa que los resultados hubieran sido los mismos ni que todos hubieran actuado con los mismos modos, lenguaje, conceptos e invocaciones ideológicas. Creer algo así sería anular la subjetividad de la persona

25 ENGELS, F., *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*.

26 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, pp. 59-62.

en la vida social. Chávez es *Chávez*. Los demás son cada uno un resultado particular de su propia historia. Simplemente, en términos generales, alguien tenía que ocupar ese lugar.

A ese asunto complicado se refiere Georgi Plejánov, el primer teórico que le dio un trato desde una opción científica. Él usa el caso de Napoleón Bonaparte para demostrar esa ley de la historia. Observemos la actualidad de lo que dice, cuando lo aplicamos al 4 de febrero de 1992:

Tampoco hubieran podido ser contrarios los resultados si una bala hubiera matado a Bonaparte, por ejemplo, en la batalla de Arcole. Lo que este hizo en la campaña de Italia y en las demás expediciones lo hubieran podido hacer otros generales. Estos quizá no habrían mostrado tanto talento como aquel, ni obtenido victorias tan brillantes. Pero, a pesar de eso, la República francesa hubiera salido victoriosa.

El mismo concepto lo aplica al período de retroceso político conocido como *18 Brumario* cuando la burguesía francesa necesitaba un hombre fuerte, un dictador que pusiera “orden” en la jerarquía de clases. Plejánov sostiene que Napoleón fue una opción, pero no la única:

De Bonaparte empezó a hablarse más tarde, y si se hubiera muerto como Jourdan, ni siquiera se habría hablado de él, y habríase recurrido a cualquier otra “espada”. De suyo se comprende que el hombre llamado por los acontecimientos a jugar el papel de dictador, por su parte, tuvo que abrirse camino infatigablemente hacia el Poder, echando a un lado y aplastando implacablemente, a cuantos eran para él un estorbo. Bonaparte poseía una energía de hierro y no se detenía ante nada con tal de lograr el fin propuesto. Pero él no era el único egoísta lleno de energía, de talento y de ambición. El puesto que llegó a ocupar no habría quedado vacío²⁷.

En 1992, en Venezuela, tampoco era descartable otro final menos feliz. Por ejemplo, que la crisis nacional degenerara en un retroceso social desmoralizante, dándole al régimen y a su presidente una cuota de sobrevida. En cualesquiera de ambas hipótesis negadas, no se puede descartar *a priori* que Chávez pudo terminar como una figura con brillo propio, pero en la segunda línea. Pero eso pertenece a la imaginación. Los hechos sucedieron como sucedieron y, en ellos, a Hugo Chávez le correspondió estar “en el ojo del huracán”. Ese “huracán” estaba reconformando el imaginario popular. En este contexto y dinámica, fue clave el poder de impacto que permite la reproducción de la imagen televisiva. Pero no deja de ser un elemento subordinado. Fidel no dependió de la televisión para convertirse en un héroe nacional en 1956. Eso no le quita méritos al bendito aparato, solo lo coloca en su justo lugar. El asunto es que no se llegó hasta ese punto crítico por casualidad, por

27 PLEJÁNOV, G., *Cuestiones fundamentales del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1976.

azar o por la magia de la telemática. Paradoja no es sinónimo de suerte, sino de combinación imprevista de fenómenos objetivos y subjetivos.

La mejor explicación de Chávez se la dio él mismo cuando se vio ante el espejo de sus acciones: “Cuando uno es colocado en el ojo del huracán se le hace difícil ver las cosas (...) Soy sencillamente un elemento más que se mueve en un proceso irreversible de cambios profundos”. En esta perspectiva, hace lo correcto cuando acude a Plejánov para explicarse a sí mismo.

El punto de partida

Enigmas como el de Chávez fueron constantes entre quienes se han preocupado teóricamente por las relaciones entre el poder y el individuo en la historia. La preocupación corresponde al tamaño del enigma. En la mayoría de los casos la clave está en el modo como surgieron, en las causas de su aparición en la historia. Este fenómeno tiene profundas raíces sociales en la historia humana, pero en los últimos siglos se han perfeccionado.

En el estudio que el investigador marxista brasileño Michael Löwy dedica a la génesis del marxismo como concepción del mundo, muestra con sumo cuidado el camino recorrido por el pensamiento humano, en este caso el de Marx y Engels, para desprenderse del peso de los mitos y alcanzar la comprensión de un mundo superior, basado en la autoemancipación social de los trabajadores. Los dos jóvenes barbudos tuvieron que atravesar unos diez años de polémicas, lecturas, prácticas políticas y relaciones con el nuevo movimiento obrero de París, Londres, Bruselas, Estados Unidos y Alemania. Poco a poco fueron despejando el camino que los condujo de la superconciencia hegeliana (el Espíritu, la Idea) que domina la totalidad de la historia, pasando por el determinismo mecanicista del racionalismo, hasta pelear con sus propios amigos de la agrupación La Joven Alemania, sobre todo con el máximo filósofo y materialista Feuerbach. Una decena de filósofos jóvenes llamados los “jóvenes hegelianos” eran lo más avanzado del pensamiento superador de Hegel, Kant y Fichte. Hegel, que veía en Napoleón Bonaparte la personificación de su filosofía, lo ilustró con esta frase: “El espíritu del mundo sobre un caballo”.

Estas rupturas incluyeron a los ideólogos del nuevo comunismo popular francés de Flora Tristán, Dézamy, Cabet y Proudhon que se apoyaban en los rebeldes trabajadores y artesanos franceses; también significó el choque con el socialismo romántico de Owen y Fourier. Todos rechazaban a los dioses creadores del Olimpo griego o egipcio, y al de Galilea, incluso aceptaban el socialismo como causa y a los oprimidos como clase. Pero quedaron atrapados en la vieja y siempre reformateada idea de una *entidad* por encima de todo lo demás, algo que jerarquiza al conjunto social:

El fundamento social del mito burgués del salvador supremo se encuentra en los elementos constitutivos de la “sociedad civil”: la propiedad privada y la libre competencia que transforma a esta sociedad en un con-

junto de “átomos egoístas” en lucha unos contra otros (...) Este mito figura, implícita o explícitamente, en la mayoría de las doctrinas políticas de la burguesía en desarrollo: para Maquiavelo, es el “Príncipe”; para Hobbes, el “Soberano Absoluto”; para Voltaire, el déspota “ilustrado”; para Rousseau, el “Legislador”; para Carlyle, el “Héroe”; los puritanos ingleses del siglo XVIII creen haberlo encontrado en el “*Lord Protector*” (Cronwell); los jacobinos, en el “Incorruptible”; los bonapartistas, en el “Emperador”, resumiendo en una oración genial toda la estructura de la mitología burguesa del “Salvador”: el Verbo se hizo Carne, las fuerzas inmensas e incontrolables de la historia se encarnan en un Ser personificado.

Este mesianismo, cuenta Löwy, tuvo expresiones en el socialismo del siglo XIX y en el movimiento obrero moderno. Durante el siglo XX, ese mismo mesianismo milenarista se reformateó de varias maneras y adoptó nombres diversos: Stalin, Mao, Tito, Kim Il Sun, Gandhi, Castro, y en varios de los más destacados coroneles o generales del nacionalismo tercermundista.

El ser divino y la masa gris

Si fuera por Freud y Gustave Le Bon, dos eruditos que estudiaron la relación entre la “muchedumbre” y el “individuo”, nos conformaríamos diciendo que el 4 de febrero —y Chávez como su héroe— fueron “una manifestación de la libido (...) que vincula entre sí a los integrantes de la masa”. Para complacer a los nostálgicos del “coronel necesario” que tanto marcó la historia del nacionalismo latinoamericano, Freud les tiene una respuesta a medida en *Tótem y tabú*: “El caudillo es aún el temido padre primitivo”. Esta ideología conservadora, aplicada en la Caracas de Chávez del año 1998 a 1999, tuvo su expresión en un hombre y un modo de pensar que pudo cambiar los acontecimientos y el destino de la revolución bolivariana, y de Chávez, por supuesto.

Le Bon, a pesar de haber vivido unos 110 años antes que Ceresole, prefería buscar en fuentes más sanas: la exaltación de sentimientos en grandes sucesos determinan el proceso histórico, sostenía Le Bon. Este hombre define esa confluencia de sentimientos como “el alma colectiva, suerte de suma algebraica de atavismos, impulsos y tendencias que provienen del inconsciente”²⁸. Siendo la de Le Bon una verdad parcial, es superior a la ideología del “coronel necesario” o la igualmente reaccionaria concepción llamada “cesarismo democrático”, del sociólogo francés Édouard Laboulaye, copiada por el teórico positivista venezolano Vallenilla Lanz para justificar la dictadura del bigotudo caudillo tachirenses²⁹.

28 THÉNON, J., *Robespierre y la psicopatología del héroe*, Ediciones Meridion, Buenos Aires, 1958, pp. 19-21.

29 VALLENILLA LANZ, L., *Cesarismo democrático y otros textos*, Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1991, t. 164, p. XXI.

Así como existe un peligro, digamos, “animista” en explicaciones como las anteriores, tenemos aquellas que buscan lo mismo, pero un poco más arriba, en el cielo. Para el teólogo e historiador escocés Thomas Carlyle, que dedicó estudios al tema, era suficiente con decir: “La historia de los grandes hechos universales que los hombres han realizado en este mundo es, en lo esencial, la historia de los grandes hombres”. Esta divinización del héroe surge en una etapa en que la Inglaterra de 1850, a la que servía Carlyle, expandía su poder colonial y su poder industrial hasta los confines del planeta, lo que “vigorizó la concepción” tradicional ingenua del héroe, “símbolo del individualismo audaz y aventurero”, comentó el psiquiatra e investigador histórico argentino Jorge Thénon, en su obra clásica *Robespierre y la psicopatología del héroe*³⁰.

La contracara de esta divinización del individuo es el desprecio por la nobleza creadora de las acciones de los explotados y los oprimidos. O como dirían Marx y Engels en *La sagrada familia*:

La “relación espíritu-masa” en el pensamiento idealista no es otra cosa que la expresión *especulativa* del dogma *germano-cristiano* de la antítesis entre *el espíritu y la materia*, entre Dios y el mundo, de manera tal que unos pocos *individuos* predestinados se oponen, como espíritu activo, al resto de la humanidad, a la *masa sin espíritu*, la materia³¹.

Hubo un erudito argentino del siglo XIX que llevó la explicación positivista del héroe a su máxima expresión elitista. Fue Ramos Mejía, quien desde la psiquiatría y la sociología trató de resolver el asunto del “grande hombre” y su relación con “la multitud”, buscando en la masa encefálica de sus cráneos “las determinaciones de los acontecimientos históricos”. Ramos Mejía estudiaba los retratos de los grandes jefes, analizaba su contexto social y evolución personal, y llegaba a conclusiones basándose en sus rasgos físicos; los ángulos del rostro, las miradas, además de estudios encefálicos. Así se convenció de “la ferocidad occipital” de algún tirano, la “locura moral” de caudillos autoritarios o, en caso contrario, de “las virtudes éticas” de algún “jefe nacional” que él consideraba bueno³².

Para quienes piensen que no pasaba de devaneos de un erudito descariado, es bueno recordar que en la Venezuela bolivariana algunos siguieron sus pasos. Entre el año 2001 y el año 2002 fueron introducidas varias demandas judiciales contra el personaje de esta biografía y muchas de ellas usaron como argumentos jurídicos los mismos argumentos “científicos” de Ramos Mejía. Un conocido político venezolano, de infausto destino, llegó a decir por la televisión que “entre Chávez y Fidel se ha establecido una rela-

30 THÉNON, J., ob. cit.

31 MARX, K. y ENGELS, F., *La sagrada familia. Crítica de la crítica crítica*, Editorial Pluma, Colombia, 1980, p. 113.

32 THÉNON, J., ob. cit., pp. 30-32.

ción sexual de tipo freudiana que lo está llevando por el camino de la tiranía”. En algunos libelos judiciales se sostenía que Chávez era “un presidente inhabilitado para tan alta función, por sus patologías psiquiátricas y sus locuras temporales”³³. La fantasía opositora y el odio de clases y étnico, la peor combinación de los odios, le dieron formas más comprensibles. Dijeron que la verruga en la frente del líder venezolano y la verborragia del presidente constituían “las pruebas irrefutables de sus enfermedades mentales y su relación con el Diablo”³⁴. Algo similar a la marca mortífera “666” que condenó a Lucifer y que la literatura ha recreado en personajes maravillosos como la infinita estirpe de los Buendía, del colombiano García Márquez, o el iluminado Harry Potter, de la irlandesa J. K. Rowling.

La curiosa contradicción y superficialidad de este tipo de pensamiento, tan extendidas en la cultura burguesa asentada en mitos, se agudiza cuando aparecen “héroes” que *no son de su gusto*. Olvidan que todo lo que dicen, piensan y proyectan está atrapado en una vulgar tautología. Haciendo de la verruga de Chávez el origen de todo lo malo, lo convierten exactamente en lo que más rechazan: un semidiós, el demiurgo creador de lo que existe desde 1999.

Maquiavelo y la libido del héroe

El investigador francés actual Yves Charles Zarka, en su estudio *Figuras del poder*, señala la importancia del tema del individuo en la historia desde ángulos más terrenales, acudiendo a fuentes más lejanas, lo que le da mayor mérito a su investigación: “Se trata –dice al inicio de su libro– de su arraigo ancestral y territorial: la patria; de su fundamento antropológico: la conducta de los individuos o de los grupos; y por último, de su detentador: el príncipe como héroe político o el Estado”³⁵. Zarka toma dos nociones maquiavelianas clave para ingresar en el enigma: la *libido dominandi* (deseo de dominar) y la *libido sciendi* (deseo de conocer). Entre la una y la otra, plantea, se interpone lo que llama “la dinámica de la vida relacional”. De la relación contradictoria entre ellas surgen el poder y los héroes del poder. Pero esa relación, continúa este autor, siguiendo las obras de Maquiavelo, culmina sus definiciones cuando se resuelve el dilema entre la *virtú* y la *fortuna*: “El héroe político es aquel que está dotado de una *virtú* excepcional que le permite ganarle la partida a la fortuna hasta el punto de dominarla e inscribir en ella su acción igual que se da forma a la materia”. Este aparente monismo al servicio del individuo es relativizado por Maquiavelo con la declaración que sigue, según Zarka: “Pero, inevitablemente, esta es una situación

33 Procuraduría General de la Nación, 2002, Informes.

34 www.salvemosavenezuela.com.ve/chavez05/082002.art.

35 ZARKA, Y. C., *Figuras del poder. Estudios de filosofía política de Maquiavelo a Foucault*, Presses Universitaires de France, Biblioteca Nueva, p. 17.

provisional: el héroe político caerá bajo los golpes de la fortuna en cuanto los tiempos cambien”³⁶.

El investigador profundiza hasta llegar a la dialéctica entre *virtú*, *fortuna* y oportunidad (*occasione*), acercándonos a la “dinámica relacional” (digamos: *conflicto de la vida social*); esto condujo, en el caso que nos interesa, a la aparición subrepticia de Chávez quinientos años después de que el florentino escribiera *El príncipe*. La transtemporalidad del fenómeno demuestra, digámoslo aunque sea de paso, que se trata de un aspecto fundamental de la historia de las luchas sociales y de los individuos que se destacan dentro de ella, y no, como prefiere la superficialidad política o el animismo, de “seres elegidos” o “situaciones absolutas”. Él sostiene:

Al examinar sus acciones y su vida no vemos que hayan recibido de la *fortuna* nada más que la ocasión (*la occasione*) que les proporcionó una materia en la que introducir la forma que consideraron oportuna. Sin esta ocasión su *virtú* se habría apagado, y sin esta *virtú* la ocasión se habría presentado en vano (cita Zarka, de Maquiavelo)³⁷.

Ese es el punto de encuentro entre hombre y circunstancia. Zarka sugiere la necesidad de abordar dos conceptos del filósofo inglés Thomas Hobbes, el “deseo de conocer” y la “inquietud”, de su obra *Leviatán* para auscultar la conducta del “héroe político”. Esa “inquietud” por “conocer lo nuevo” es parte de su doble relación con la virtud y la oportunidad. No es solo intelecto o situación material, también funciona un fluido emotivo en el acto de descubrir la novedad. Se trata de algo similar al impacto emotivo que sintieron Chávez, Yoel Acosta y los otros comandantes el 21 de febrero de 1992 cuando los sacaron de los calabozos de la DIM y descubrieron que *en la calle* eran héroes populares.

Siguiendo a Maquiavelo, sostiene que entre la virtud y la fortuna decide la segunda, a través del concepto de provisionalidad. Esta perspectiva dialéctica (todo es provisional porque está sometido a la dinámica de los hechos) es muy útil, a pesar de ser desdeñada por la fama de “malo” de Maquiavelo. Sirve para entender cuál es el factor determinante en la dialéctica individuo-acontecimiento, y su relación contradictoria con los otros factores: “La concordancia ente *virtú* y *fortuna* siempre es provisional, siempre condenada a ser derribada por la fortuna. La fortuna es cambiante y la virtud del héroe triunfa en ella mientras van de acuerdo con la fortuna y se pierde en cuanto están en desacuerdo”³⁸.

Al llegar a este punto el autor ubica con precisión arquitectónica el papel del individuo en el acontecimiento social, del que nos serviremos para ayudar a comprender lo que pasó el 4 de febrero de 1992. “De ahí —dice—

36 Ibid., pp. 19-20.

37 Ibid., *El príncipe*, Capítulo VI, p. 31.

38 Ibid., p. 60.

que, en la acción, la magnanimidad y el valor ocupan el primer lugar”³⁹. A eso lo denomina la “estética del héroe”, siguiendo a Vico, Maquiavello y Hobbes. Sobre este aspecto existe una polémica planteada por algunos de los comandantes que acompañaron a Chávez en la rebelión. El capitán Luis Valderrama lo considera un “cobarde” por haberse quedado paralizado en el Museo Militar mientras el resto se la jugaba en los otros frentes. Jesús Urdaneta sostiene algo parecido sin la radicalidad verbal del anterior. Chávez siempre explicó que su parálisis en el museo, a pocas cuadras de Miraflores, se debió al corte total de las comunicaciones con el resto de los comandantes. “Estaba ciego, era como un avión sin radar”, dijo alguna vez. Como lo más improbable es la “cobardía” en alguien que había llegado hasta ese punto de decisión en su vida, entendemos que su *parálisis* fue una pieza más de una acción mal elaborada como *insurrección*, y con bastante improvisación en el terreno político-militar. Podía fallar cualquier cosa, nunca un aparato de comunicación entre el jefe de la asonada en Caracas y el resto. En realidad, la cosa es más profunda si la analizamos desde una perspectiva social y política. Ese fallo en la comunicación fue la continuación de la incertidumbre que vivió la conspiración desde diciembre. De todas maneras, en términos históricos, o sea, respecto de lo que se estaba gestando ese día, resulta una anécdota, con cierto rasgo grotesco, pero anécdota. Lo esencial estaba en el resultado de conjunto.

Esto se verificó en los días siguientes al golpe de Estado del 4 de febrero. Que Chávez haya sido derrotado en Caracas, mientras los otros seis comandantes triunfaban en Valencia, Maracaibo y Maracay, y, más aún, que haya sido Chávez quien se rindiera primero en el Museo Militar, cerca de Miraflores, es un detalle al lado de lo que se manifestó como “estética del héroe”, y eso, en principio, vale para todos los comandantes, aunque a las pocas horas se haya concentrado en una sola figura. Una “estética” que comenzó en forma colectiva por el arrojado de siete comandantes que se lanzaron contra un régimen rechazado por los trabajadores pobres. Su culminación simbólica fueron las 160 palabras reveladoras de Chávez a las 11 de la mañana.

39 *Ibíd.*, p. 61.

Él y su circunstancia

Estira el arco hasta el máximo,
Y desearás haberte detenido a tiempo.

Lao-Tse

Demoliendo y superando ideologías previas al materialismo dialéctico, el ruso marxista Plejánov ausculta por el lado de las relaciones contradictorias (sociales, dinámicas y en proceso) entre “acontecimiento” e “individuo”. Así, tanto el fatalismo objetivista como la exaltación animista del individuo providencial dieron paso a una explicación científica de un fenómeno que aún hoy busca completar sus respuestas. Plejánov, siguiendo a Engels y Marx, se pregunta sobre el desarrollo de los “movimientos históricos” y la aparición de sus “individuos decisivos”, o “héroes”, como prefirieron llamarlos la aristocracia grecorromana y los renacentistas. Es decir, Plejánov se plantea el asunto en los mismos términos que unos cien años después vivimos en la Venezuela que vio parir a Chávez y el ciclo épico de resistencia antiimperialista abierto en el continente por el movimiento bolivariano. Dice Plejánov:

El gran hombre lo es, no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le hacen más capaz de servir a las grandes necesidades de su época que han surgido bajo la influencia de causas generales y particulares⁴⁰.

Para el psiquiatra argentino Jorge Thénon, el ruso “resuelve la antinomia” entre el fatalismo que diluye en las “leyes generales”, por un lado, y el individualismo de las “acciones arbitrarias”, por otro. El falso dilema queda

40 PLEJÁNOV, G., *La concepción materialista de la historia*, Editorial Dialéctica, Buenos Aires, 1961, p. 63.

resuelto con la puesta en escena de un ser real; el que depende de sus circunstancias se transforma con ellas y ayuda a transformarlas.

Esta última es la idea central que desarrollaron Marx y Engels hasta su plenitud conceptual, en los escritos tempranos *Ludwich Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana* y *La ideología alemana*. En ellos aportan un cuerpo de ideas inevitable a la hora de analizar la relación entre el individuo, la idea y el acontecimiento. Así, en un párrafo que parece solicitado por la realidad venezolana de 1992 en adelante, Engels apunta a las leyes que rigen el movimiento histórico:

Indagar las causas determinantes que se reflejan en las cabezas de las masas que actúan y las de sus jefes –llamados grandes hombres– como móviles conscientes, de un modo claro o confuso, en forma directa o bajo un ropaje ideológico e incluso fantástico⁴¹.

Aunque no alcanza a explicar cómo aparece lo nuevo en la relación contradictoria entre voluntad humana y suceso social, señala sus partes y su dinámica: “Los fines que se persiguen con los actos son la obra de la voluntad, pero los resultados que en la realidad se derivan de ellos no lo son (...) A la postre encierran consecuencias muy distintas a las apetecidas”⁴².

Por su parte, el filósofo y militante marxista norteamericano George Novack se acerca más a este punto crítico del enigma en su libro *Para comprender la historia*, donde dedica un capítulo de profundidad sobre el tema, bajo el título “De Lenin a Castro, el rol del individuo en el proceso histórico”. Se pregunta y responde:

¿Dónde y cuándo puede un individuo ejercer su máxima influencia y convertirse en la fuerza decisiva para el resultado de la pugna? Esto solo puede ocurrir cuando el individuo interviene en el punto culminante de una evolución prolongada, cuando se han dado todos los otros factores más objetivos. Estos preparan el escenario para un rol decisivo (...) el individuo que ayuda a comenzar una nueva línea de desarrollo en cualquier campo aparece como el último eslabón en la concatenación de acontecimientos... el individuo decisivo sirve como precipitante que transforma la cantidad en calidad en el proceso mediante el cual lo nuevo reemplaza a lo viejo.

Bastaría el peso de una pluma

El intelectual Nahuel Moreno, a quien ya hemos citado, aporta una explicación que es útil para completar este recorrido. Su opinión, complementaria con la de Novack, es posterior a las de los demás autores, excepto la de Zakar; sirve para terminar de develar el enigma a partir de una visión diná-

41 Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1975, p. 75.

42 *Ibíd.*, p. 73.

mica de las relaciones sociales y los individuos. De tal manera, a la pregunta ¿cómo es que una personalidad logra alterar una situación?, la respuesta de Moreno comienza por determinar que esa situación requiere ser, de entrada, excepcional, o sea, absolutamente transitoria, inestable, vacilante, aguda en sus contradicciones sociales, incapaz de sostenerse igual por mucho tiempo. En ese punto, la intervención de **una acción** –que significa la actuación de una o varias personalidades– modificaría el cuadro de conjunto:

Yo creo que en todo momento inestable –sostiene este autor contemporáneo– el rol de la personalidad es decisivo. En el paso de una etapa de la lucha de clases a otra, ese rol es fundamental. En una balanza que tiene un perfecto equilibrio, una pluma, solo una pluma, inclina el plato para uno de los lados⁴³.

Si este autor está en lo cierto, tanto Chávez como la acción insurreccional de los comandantes bolivarianos fueron el punto de peso que modificó toda la situación. Aparecieron en uno de los momentos más tensos del período que recorrió Venezuela desde 1989 a 1992. Los primeros días de febrero el aire parecía cortarse con el filo de una navaja.

Un detalle olvidado

El resultado, a la postre, también dependió de otro fenómeno social poco observado y estudiado cuando se trata de hechos similares: el factor triunfo. Si Chávez no hubiera triunfado en forma arrasadora en las elecciones presidenciales de 1998, seis años después de su aparición, su rol histórico sería otro. Lo que comenzó con él y su movimiento militar en 1992 se habría agotado en el camino. O él se habría desdibujado con el paso de los años. La historia está llena de destinos de este tipo. El triunfo constituye un factor objetivo en el acontecimiento histórico concreto cuando se trata de personalidades y movimientos políticos.

Exactamente lo mismo podemos decir respecto de Fidel Castro y sus camaradas. Sin el triunfo del 1° de enero de 1959 el Movimiento 26 de Julio y sus figuras serían recordados en algún capítulo de algún libro de historia cubana. Pero Fidel no sería Fidel. Esto parece de perogrullo, pero se ha verificado de tal manera que muchos movimientos y líderes son subvalorados, o maltratados, por el simple hecho de que no triunfaron. Ese fue el destino que tuvieron aquellos que no pudieron triunfar. Augusto César Sandino en Nicaragua, Farabundo Martí en El Salvador, Charlemagne Peralte en Haití, Hugo Blanco en Perú, Albizu Campos en Puerto Rico, Gaitán en Colombia, Villa y Zapata en México, incluso un caso controvertido como el de Carlos Prestes en Brasil, en 1928. Novack destaca este asunto al referirse a Cuba:

43 MORENO, N., *El Tigre de Pobladora*, Raúl Veigas. Entrevista biográfica inédita, Buenos Aires, 1986.

La transformación del equilibrio de fuerzas a favor del bando progresivo por la iniciativa de un pequeño grupo de combatientes revolucionarios conscientes, demuestra dramáticamente lo decisivo que puede ser el factor subjetivo para hacer la historia. Sin embargo, las intenciones de Castro se hubieran frustrado y sus combatientes hubieran resultado impotentes sin la respuesta que recibieron, primero de los campesinos en las montañas y luego de las masas en las áreas rurales y urbanas⁴⁴.

Una perspectiva similar podemos decir de la Revolución Sandinista. Allí el FSLN entroncó, convergió, con una insurrección popular detonada por el asesinato del director del diario *La Prensa*, Pedro Joaquín Chamorro. El FSLN no había generado ni organizado la insurrección, pero terminó siendo, por obra de la sorpresa histórica, y por haberse mantenido como grupo insurgente indomable, la representación social de la rebelión social, y la dirigió exitosamente en la última fase. Sin ese triunfo el FSLN no habría salido de las sombras.

El caso opuesto lo representa la otrora guerrilla colombiana, sobre todo las FARC, la más grande organización guerrillera del continente desde 1960. Las FARC se agotaron en el tiempo, languidecieron en la descomposición que se observa desde los años noventa. El secreto es que no pudieron realizar su objetivo. Fueron víctimas de la ley que cruza a cualquier cosa viva: si no se realiza y no cambia superándose en la adaptación, se agota. Cuando se trata de la lucha de clases, o de *la política*, la clave es el triunfo. Con el cuidado del caso, conscientes de que existieron otros factores sociales decisivos, lo mismo valió para el agotamiento organizativo de dos corrientes valiosas del siglo XX: el anarquismo y el trotskismo.

El azar, las vidriosas circunstancias políticas de 1992, el arrojamiento militar y el rol personal de su jefe, *lo que dijo y cómo lo dijo* por televisión, la franca parálisis política del régimen, la angustia masiva por encontrar una solución a tanta lucha sin destino: todos estos elementos se combinaron de tal manera que hicieron de Chávez un mito social sin previo aviso, el arquetipo de una nueva épica venezolana llamada “revolución bolivariana”. De la simbiosis de ese encuentro objetivo y subjetivo, sin invitación anticipada, nació Chávez. El hombre que trascendió de anónimo teniente coronel y conspirador cuartelario a líder de un proceso que le dio vuelta al país y comenzó un nuevo ciclo en Latinoamérica. Su actuación durante las siete horas que duró la asonada y los sorprendivos resultados políticos fueron para Hugo Chávez el “hilo de Ariadna” de su laberinto personal.

Desde 1992, ese laberinto se conectó con otros laberintos que han conformado su vida pública hasta el día de hoy. Es la imagen borgeana del tiempo, pero en las complicadas regiones de la política. Así, para encontrar la primera entrada al laberinto chavista hay que retroceder hasta aquel niño que una vez escuchó a su abuela decir cosas espantosas de su bisabuelo.

44 NOVACK, G., *Para comprender la Historia*, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1975, p. 93.

Entre Fidel y Evita

Un parangón posible —guardando las diferencias necesarias— es el del asalto al Cuartel Moncada. Al frente de la juventud rebelde que lo acompañó a tamaño acto temerario, Fidel Castro tuvo un resultado similar con causas parecidas. El joven Fidel se hizo famoso y su causa ganó apoyo social. Sin embargo, él ya era un dirigente nacional del movimiento estudiantil, con una carrera política recién iniciada, pero brillante y suficiente como para ser reconocido en los ambientes de la política y en las retinas de los espías de la dictadura. No por casualidad el ascendente dirigente estudiantil cubano tuvo una activa participación en la insurrección de *el Bogotazo*, en el año 1948, cuando mataron a Jorge Eliécer Gaitán. Esa misma tarde el caudillo liberal lo iba a recibir en su despacho de la calle 9ª. Fidel había viajado a Colombia con una agrupación de estudiantes del Caribe y Centroamérica para organizar junto al movimiento estudiantil local un acto de oposición a la Conferencia Fundacional de la Organización de los Estados Americanos (OEA), una suerte de anticipación a los anti-ALCA, anti-OMC o anti-G7, que presenciamos en la última década. El joven Fidel ya era un destacado dirigente juvenil. El Fidel heroico estaba en camino.

Fue encarcelado con sus compañeros y compañeras, como encarcelaron a Hugo Chávez treinta y tres años después. Lo cierto de la comparación es que, desde el Moncada, Fidel Castro Ruz se convirtió en un héroe nacional. Y no había televisión. Eso sí, necesitó mucho más que 160 escuetas palabras y un *por ahora* para impactar en la sociedad. Habló hasta cansarse como abogado de sí mismo, con argumentaciones elocuentes que luego se convirtieron en el famoso libro *La historia me absolverá*. Cuando volvió con el *Granma* cargado de guerrilleros, ya era el peligro más conocido del régimen de Batista. Nada de esto ocurrió con Chávez.

Otro caso útil para comprender el fenómeno Chávez es el de María Eva Duarte de Perón, recordada como heroína o mito nacional con el dulce diminutivo Evita. Ella también apareció más o menos de repente en el escenario nacional, pero las circunstancias y las actuaciones personales permitían

preverlo. Los psicoanalistas argentinos Mónica Irene Santcovsky y Gerardo Moliner hacen un hermoso análisis de esta mujer provinciana, de origen humilde, bonita y con firmes deseos de figurar en la conservadora sociedad del siglo XX durante las décadas del treinta y del cuarenta. En pocos años fue convertida en un ser casi divino para los peronistas, también para los antiperonistas, pero movidos por el odio. Aquí la condición heroica, como toda cosa similar, concita la ambivalencia que estudia H. F. Bauzá, cuando dice que el héroe vive “en conflicto permanente entre dos mundos”.

Los autores asignan el carácter mitológico de Eva a su relación personal con Perón, a su rol femenino y a sus hondos deseos juveniles de relevancia social, tres causas esenciales de su conversión en mujer arquetípica de la historia argentina contemporánea:

Su camino como actriz va de la mano con el deseo permanente “de ser otra”⁴⁵. La visión psicoanalítica escoge el camino inverso de la mirada materialista, aunque se apoya en hechos similares. Ellos lo ven desde afuera hacia adentro, para dominar los aspectos irracionales.

En la obra *Un hijo ha de morir... un héroe. Ensayo psicoanalítico sobre la condición heroica*, estos psicoanalistas coinciden con Alicia Dujovne Ortiz, la mejor biógrafa de Eva Perón, en la definición según la cual “Evita se hizo sola, todo se le inventó: su vida, su belleza, su muerte”. Ahora bien, para nuestro objetivo de develar la paradoja Chávez, el caso de Evita no es equiparable aunque la escala de su mito sea superior. En Argentina la llaman Santa Evita, un título de inmortalidad que solo se adquiere con la muerte.

Veamos por qué el origen heroico de Hugo Chávez no es comparable con el que tuvo Eva Perón cuarenta y siete años antes. Cuando la joven actriz de radio y cine Eva Duarte se convirtió en heroína política ya tenía un camino recorrido como personaje en dos esferas de la vida pública. Eso es lo opuesto al caso de Chávez. Una esfera abarcaba el radio-teatro y el cine; filmó cinco películas entre 1937 y 1945, una muy conocida, *La pródiga*, con la que ganó popularidad; varias veces fue portada de revistas muy leídas como *Radio-landia* y hasta 1943 se paseaba por los salones de baile de Buenos Aires con hombres tan notorios como Antonio Ángel Díaz, un reconocido empresario de cine y folletines.

La otra esfera que le dio reconocimiento público y resultó clave en el nudo biográfico que la convirtió en la mítica Evita fue su sorpresiva relación amorosa con el secretario de Trabajo de la nación, el ascendente líder nacionalista coronel Juan Domingo Perón. El flechazo comenzó el 22 de enero de 1944 en un acto a favor de los damnificados de un terremoto en el interior y adoptó rango de pareja política en la campaña electoral de 1946. En los

45 MOLINER, G. y SANTCOVSKY, M. I., *Un hijo ha de morir... un héroe. Ensayo psicoanalítico sobre la condición heroica*, Capítulo I, Editorial Letra Viva, Buenos Aires, Argentina, 2004, pp. 31-45.

medios de comunicación y en el chismerío de la pacata burguesía porteña se sonrosaban y sorprendían de tanta transgresión. 1945 es un año crucial para comprender que no se convirtió en heroína nacional en la alquimia social, como ocurrió con Hugo Chávez en el año 1992 (...) Ese fue el año que cambió la Argentina moderna. Similar a nuestro 1989 y 1992 juntos. Allí surge el peronismo y Juan Domingo Perón se convierte en el héroe indiscutido de la nación tras unas horas de cárcel, una crisis gubernamental y una conmoción social. Así lo registran Moliner y Santcovsky en un libro: “No es muy importante el papel específico que cumplió Eva Perón el 17 de octubre de 1945”. Simbolizan en ella el papel protagónico de las mujeres en la sorprendente rebelión de ese día. Eva fue muy activa en el recorrido de los barrios obreros de la capital, “en busca de adhesiones entre los sindicatos y luego, casa por casa, con los humildes...”⁴⁶. Esa actividad pasó casi inadvertida, incluso para los historiadores.

Su primer discurso político lo pronunció en febrero de 1946, cinco meses después del parto revolucionario del 17 de octubre, en la campaña electoral que ganó Juan Domingo Perón. Los dos psicoanalistas reseñan aquel acto electoral en el escenario del *Luna Park*: “Aunque parezca mentira, en esa presentación no fue muy exitosa, ya que siendo la mayoría mujeres, todas aclamaban por su líder”⁴⁷.

María Eva Duarte de Perón no se hizo heroína el 17 de octubre de 1945. Su formación como tal fue indirecta con respecto al acontecimiento. Resultó más de su relación con el Estado, y de la labor social que hizo, que por su actuación relevante en el movimiento social.

46 *Ibíd.*, p. 42.

47 *Ibíd.*, pp. 43-44.

SEGUNDA PARTE

EL ORIGEN

Las cuestiones relativas a las razones por las que un hombre actúa como lo hace, qué fuerzas interiores se combinan para impulsarlo en una dirección y no en otra, que cuentas privadas se resuelven públicamente...

Irene L. Gendzier. *Frantz Fanon, Biografía*

Tres generaciones y una duda

Si algo ayuda a comprender al Chávez que vino después es aquel carajito que abrió sus ojos cuando escuchó a su abuela Benita Frías Frías decirle a su hija Elena Frías que el bisabuelo “Maisanta” había sido un asesino. Toda su familia cargó esa condena por tres generaciones como si se tratara de una estirpe maldita, tan maldita como la de los Buendía cuando fundaron Macondo.

Tamaña acusación la había escuchado Benita contra ella misma de parte de su madre, Marta Frías, contemporánea de Maisanta, bisabuela de Hugo Chávez. El bisabuelo terminó siendo una mancha, una duda y un estigma en el paso de medio siglo en la familia Frías. Ese día, uno más en la serena vida hogareña de su caserío en Sabaneta, nuestro personaje ingresó al primer laberinto de su corta historia individual sin habérselo propuesto ni saber cómo salir. La duda y la sombra adoptaron la forma de una bestia amenazante que mantuvo confundido al niño y al adolescente Chávez hasta los 17 años. Su Ariadna le apareció por el lado menos pensado, en el mundo militar. Allí ingresó a su segundo laberinto, la conspiración revolucionaria, del que salió en 1992 por la caverna de la insurrección militar. Tres tiempos y tres laberintos atravesados por un hombre que tuvo dos sueños y los cambió en el camino por un tercero.

Develar la duda sobre Maisanta le llevó varios años de un enrevesado camino. La primera tarea fue ubicarlo en el retrato familiar y en el mural de las luchas rurales de las dos primeras décadas del siglo XX. Por los testimonios suyos, de su hermano Adán y de su madre Elena, sabemos que de Maisanta se decían cosas horribles, como que era un hombre al que no le temblaba el pulso para matar gente. Esa leyenda tuvo su punto de partida en 1895. El adolescente de quince años habría matado a un coronel mandarán de su pueblo llamado Pedro Macías para preservar la honra de su familia, porque había embarazado a su hermana Petra Pérez Delgado. Petra era el chisme de Ospino, un pequeño infierno de calor e infidencias sobre la

imprevista barriga de la joven catira. Se cuenta que fue la madre quien lo indujo a la venganza¹.

A partir de ese hecho sangriento ingresó, sin saberlo, a los últimos treinta años de violencia que vivió Venezuela durante el siglo XIX, antes de pasar a su era petrolera forjada bajo estricto control de Estados Unidos.

Tanto el adolescente que mató al coronel Macías como el temible “general” Maisanta, que treinta años más tarde asaltaba cuarteles y palacios gubernamentales con sus centauros, contenían los signos culturales y sociales de su generación de pertenencia. La muerte era su “compañera de viaje”, como en el maravilloso relato homónimo del narrador Orlando Araujo, que pinta esa época de caudillos en Boconó. Esa imagen de un bisabuelo asesino se quedó en la memoria familiar, a falta de otras dominantes. Y la memoria, como advierte el novelista argentino Mempo Giardinelli, “... es el único laberinto del que nunca se sale”.

Las hazañas de Maisanta se transformaron en una sensación de la memoria campesina de los años treinta y cuarenta. Pero fueron otra cosa para las familias Frías e Infante. Adán Chávez, por ejemplo, recuerda:

La imagen que nosotros teníamos de niños sobre Pedro Pérez Delgado era la de un asesino, un tipo malvado, un ladrón, un cuatrero de los llanos, ¿no? Que mataba gente... En las discusiones internas de la familia, particularmente entre mi abuela materna y mi madre, se mencionaba a Maisanta, que si con razón ella tenía un carácter fuerte, pues le venía de la rama de un asesino... era el tipo de cosas que se decían y que nosotros escuchábamos al voleo, digamos de pasada².

La tercera generación de los Frías (o sea, la madre de Hugo Chávez, Elena Frías de Chávez) ha relatado cosas peores. Como esta:

Entonces mi abuela decía: “no sé por qué esa muchacha –esa muchacha era mi madre, dice Elena– se ‘ensemilló’ de la raza de ese asesino”... Decían que mi abuelo había sido un asesino y que mataba a la gente, que les cortaba el cuello y luego ponía la cabeza en el pico de la silla.

La anterior versión la escuchó doña Elena de su abuela Marta Frías, la bisabuela de Hugo Chávez, una mujer que compartió tiempo y vivencias personales con Maisanta. Elena relató en 2004 que aquellas palabras la afectaban al punto de hacerla llorar y sembrarle la misma duda de tres generaciones: “Yo lloraba y me quedaba triste; una no sabía si era verdad

1 LEÓN TAPIA, J., *Maisanta, el último hombre a caballo*, 7ª edición, Alfadil Ediciones, Caracas, 2004, p. 22. Tapia, médico de profesión, oriundo de Barinas y ex simpatizante de la dictadura de Pérez Jiménez (1948-1958), se especializó en la crónica de mitos y leyendas llaneras; ha publicado varios libros con el uso de este método auxiliar de la investigación histórica.

2 BÁEZ, L. y ELIZALDE, R. M., ob. cit., p. 30.

o mentira”. Elena, sin advertirlo, estaba recreando el estigma en un paso de su cruce generacional. “A Hugo no le gustó que me hablaran así –sigue Elena Frías– y creo que eso tuvo que ver con la decisión de salir a buscar la verdadera historia de Maisanta”³. Eso mismo advierte el hijo mayor, Adán Chávez: “No se puede negar que hay un componente sentimental en esta búsqueda de la historia familiar”, de parte de Hugo⁴.

El muchacho transitaba los 6, 7 y 8 años, y por entonces solían decirle “el Coco”, por su cabeza redondeada con pelos amarillentos rasurados, “como un coco”, según cuenta su contemporánea del barrio, Flor Figueredo. A cualquier niño en edad escolar y educado en temores judeocristianos se le formaría un embrollo moral en la cabeza si le dicen que tiene un familiar asesino, más si se trata de un abuelo. Al pequeño Hugo, ese lío se le convirtió con el tiempo en dilema existencial. Lo conformó a partir de la terrible duda sobre lo bueno y lo malo en el álbum de sus antepasados.

Bajo otra óptica, Gabriel García Márquez vivió una experiencia similar a los cinco años, al descubrir la enorme cicatriz de guerra que tenía su abuelo en la barriga. “Para el nieto fue como la auténtica revelación de todo el pasado legendario y heroico del abuelo”, reseña el escritor colombiano Dasso Saldívar en *García Márquez. El viaje a la semilla*⁵.

En el caso de Chávez funcionó como un detalle pesado en su estructura moral. En las estructuras familiares campesinas cada miembro se siente parte de una familia más extensa y lejana de la que comparte. No es necesario conocerse entre todos para saber que son muchos más de los que se conocen; las abuelas y los abuelos suelen ejercer la función de conexión “oral” entre los familiares del presente y los del pasado y entre los antepasados muertos o vivos. También se sabe que por esos puentes de la memoria humana pasan y se mezclan los hechos materiales con los de la imaginación. Algo así pasó con la imagen del bisabuelo heredada por la familia Frías y transmitida a la rama de los Chávez. Esa maraña se le instaló en la cabeza al muchacho en edad escolar, cuando andaba volando entre los sueños de ser pintor y jugador de béisbol “en las grandes ligas”. Sus dos sueños más sentidos a esa edad.

¿Quién era ese hombre, a quién había matado, por qué, cuándo, dónde? Estas preguntas del filosofar humano más elemental no lo condujeron a la especulación teórica, sino al nacionalismo revolucionario, y fue a través de los vericuetos en sus laberintos sucesivos, nacidos aquel día en que le entró la terrible duda sobre si Maisanta era “bueno” o “malo”.

Su bisabuelo y toda su descendencia habían quedado del lado de los malos del mundo. Un mundo muy reducido en referencias culturales en el caserío de Sabaneta. Maisanta el malo comenzó su existencia bajo el escar-

3 Ibid., p. 21.

4 Ibid., p. 44.

5 SALDÍVAR, D., *García Márquez. El viaje a la semilla. La Biografía*, Alfaguara, Madrid, 1997, p. 106.

nio lanzado por la abuela, y siguió viviendo en el mundo real en forma de sombra y perplejidad a través de su bisnieto. Fue el único que se quedó con la duda.

De la decena de versiones y cuentos sobre los dichos de la abuela Benita se puede colegir no solo que fueron ciertos, también que los escucharon los otros cinco hermanos de Chávez. Si este andaba entre los 7 y 8 años, o sea, que el hecho ocurrió entre 1961 y 1962, no hay duda de que el mismo cuento lo escucharon Adán, 15 meses mayor que Hugo, Narciso, 15 meses menor, y también Argenis, que tenía la misma cantidad de meses menos que Narciso.

Siguiendo los relatos de miembros de la familia Chávez y de vecinos que compartieron con ellos, se sabe que Hugo solía jugar con sus hermanos y amigos en la misma calle donde estaban ubicados los dos hogares de su infancia, el de su abuela, donde vivía con Adán, y el de su madre y su padre, donde estaban sus otros cuatro hermanos.

El reflejo que tuvo en su estructura espiritual no fue obra de la casualidad. Nuestro personaje vivía proyectando fantasías y mundos imaginarios entre sus dos sueños, los colores, el dibujo y el béisbol. Lo que hizo vivir en su cabeza la figura del bisabuelo sería incomprensible sin los relatos fabulosos de su abuela Rosa Inés Chávez y sus visiones épicas.

Las batallas imaginarias de la abuela Rosa

Así como Brígida reveló a Maisanta, Rosa Inés Chávez le enseñó quién era Ezequiel Zamora. Lo hizo de la mejor manera que se le ocurrió: contándole los cuentos que le habían contado. Ambas abuelas no podía prever que sus relatos sedimentarían una idea social en el nieto. Se trataba de dos caudillos distintos en estatura histórica, pero hijos del mismo tiempo de revoluciones perdidas. La primera sensación que tuvo de ellos se transformó en un concepto a través de las lecturas, las visiones y las vivencias sociales.

Ezequiel Zamora fue uno de los tres jefes de la Revolución Federal de 1858, que a su final, en 1863, resultó el más afortunado en fama y respeto, por sus hazañas militares, su popularidad entre campesinos pobres y medios y las leyendas que comenzaban a tejerse alrededor de su nombre. Fue una época donde la fábula cumplía funciones de registro impersonal en la construcción de la historia nacional.

Zamora pertenecía al sector comerciante dentro de la naciente burguesía post Independencia y militaba en el ala izquierda del Partido Liberal. Su persona y sus ideas reflejaron los intereses de sectores medios relegados del poder y la nueva acumulación de propiedad. Su base social fueron los pobres rurales con los que compartía en su carácter de mediano comerciante en Villa de Cura, aunque había nacido en Cúa, estado Miranda. En aquel pueblo del centro del país, a una hora de Caracas y media de Maracay, más de un siglo después, Chávez encontraría a Ana, la última hija de Maisanta, una pieza clave en la reconstrucción de su retrato familiar y en su búsqueda política. Con Ana obtendría el escapulario que heredó de Maisanta, antes de morir este.

Zamora se había alimentado de las ideas burguesas avanzadas de su época, las que en Europa comenzaban a degenerar en su fase reaccionaria, tras la Revolución de 1848, pero que en América conservaban algunas potencias progresivas. Gobernó y reorganizó Barinas y pasó por Sabaneta del Orinoco muchas veces con sus huestes guerreras, porque este poblado resul-

taba estratégico. Ambos son lugares clave en el imaginario de Chávez. Sabaneta está situado al norte de Barinas, en el cruce donde el piedemonte lleva a los Andes, por un lado, y a los terraplenes llaneros de Portuguesa, Cojedes y Apure, por el otro. Sabaneta y otros poblados cercanos fueron asiento y paso de caudillos y batallas que los campesinos transformaron en memoria popular a través de canciones, joropos, fábulas y leyendas. Barinas colinda con siete provincias, algo excepcional en un territorio compuesto por veinte estados provinciales. Los relatos de la abuela sobre Zamora fueron contados durante los mismos años y en el mismo ambiente vecinal y familiar de Sabaneta, donde la bisabuela Marta y la abuela Brígida transmitían el infeliz recuerdo que tenía de Maisanta.

Hacia 1960, en Sabaneta del Orinoco, no vivían más de 600 habitantes, “tenía solo tres calles de tierra a la orilla de un río, con casas de palma y pisos de tierra”⁶. Pocas imágenes son tan parecidas como esta y la que aparece en la página inaugural de *Cien años de soledad*: “Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”⁷.

Por este camino de la magia realista de las abuelas se le aparecieron Zamora y Maisanta en su infancia. Aunque distintos en los tiempos vividos y en sus estaturas personales, ambas figuras se fueron transformando en íconos cuasi místicos para él, como ya lo eran para los llaneros venezolanos, sobre todo en Barinas, Cojedes, Falcón y Apure. El Maisanta de Chávez es la continuación del que existía en la memoria popular. Ahora bien, por alguna razón imposible de averiguar la abuela Rosa nunca le habló de Maisanta, a pesar de haber compartido el mismo pueblo en el tiempo de la formación de su leyenda. Prefirió enseñarle al pequeño Hugo la historia de Zamora, a su manera. Muchos de los cuentos los había escuchado de su madre, pero también de su padre, que “vio trotar los caballos de Zamora en Sabaneta”, y de su abuelo, quien había participado en algunas de sus campañas militares⁸.

En un prólogo escrito por Chávez mientras pagaba pena en la cárcel de Yare en 1992, para un libro sobre la más famosa acción militar de Zamora, la *Batalla de Santa Inés*, relata:

La abuela recordaba a su vez los cuentos emocionantes que oía, comenzando la década del 20, de boca de su abuelo, que había acompañado a Zamora en su Campaña fulgurante sobre la Barinas de 1859 (...) Me parecía oír la caballería federal y los toques de corneta más allá de la calle real,

6 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 34. Otra fuente recuerda que tenía cuatro calles y que no pasaba de mil almas. En ambos casos, la diferencia no modifica lo que importa resaltar en la construcción del personaje. Efrén Jiménez, vecino de los Chávez en Sabaneta, declaración en *Chávez sin uniforme*, Mondadori, 2004, p. 36.

7 SALDÍVAR, D., ob. cit.

8 Hugo de los Reyes Chávez, en *Chávez nuestro*, p. 23.

desde las barrancas y los cañaverales de la Madre Vieja por donde corrió durante siglos el río Boconó⁹.

Rosa Inés es una figura cardinal en su primera formación. Hija de un mulato llanero que tenía por diversión colear toros y de una india alta de pelo largo y negro, llamada Inés Chávez. La soledad de la viudez casi a los 50 años, cuando se le murió el marido José Rafael Saavedra, la llevó a consagrarse a dos de sus seis nietos: Adán y Hugo. Murió en 1982 cuando el nieto andaba a medio camino de su segundo laberinto y ya era un conspirador confeso.

El peso de ella en la vida de Hugo Chávez quedó reflejado en el largo poema laudatorio que le dedicó la misma noche de enero después que la enterraron. Allí retrata su niñez de colores y sabores de árboles frutales, verdes pajonales, ríos y animales; dibuja su dolor y relaciona ambas cosas con búsquedas revolucionarias y en cada verso flotan los fantasmas de Maisanta y Zamora. Una sola memoria de realidad y relatos.

Zamora, al contrario de Maisanta, ingresó a su imaginario infantil como un ser medio mágico, más parecido a los héroes que miraba en las revistas que le regalaban su padre y su tío paterno, Marcos. El general Ezequiel Zamora se le aparecía a alguno de los superhombres que soñaba cuando se ponía a pintar y se elevaba dibujando figuras alegóricas que los niños usan para representar sus fantasías y sueños.

Los cuentos de la abuela Rosa sobre Ezequiel Zamora le alimentaron la fantasía heroica y el placer del héroe “bueno”. Su padre lo recuerda en una entrevista de 2004: “Ella les contaba a los muchachos esas historias con pasión, con orgullo, lo que seguramente despertó la imaginación de mis hijos”¹⁰. Era el mismo placer que sentía cuando viajaba en vuelos imaginarios a través de las fotografías, gráficos e ilustraciones de una enciclopedia que le regaló su papá. Al parecer, este regalo tuvo más importancia de lo anotado. Por alguna razón lo recuerda con gusto. Eran cuatro tomos de la *Enciclopedia Autodidacta Quillet* y agrega esta expresión: “Me los bebí y viajé por el mundo a través de sus ilustraciones y las historias”¹¹.

Era capaz de transportarse con la abuela Rosa por las campañas militares de Ezequiel Zamora, en un mecanismo similar al de García Márquez y el poeta nicaragüense Rubén Darío, quienes también lo hacían a la luz de los cuentos de sus abuelos y sus abuelas¹². El paralelo entre los tres personajes es útil para comprender la historia social y cultural del Caribe, como para entender algunos elementos paralelos en el desarrollo espiritual de los

9 CHÁVEZ, H. Prólogo, XII. *Ezequiel Zamora y la Batalla de Santa Inés*, Román Martínez Galindo, Vadell Hnos. Editores, Caracas 1992.

10 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, 2004, p. 23.

11 *Ibíd.*, p. 322.

12 SALDÍVAR, D., *ob. cit.*

tres. El rol de los abuelos y las abuelas y sus cuentos de guerras y héroes fueron esenciales en la formación de su estructura simbólica. Chávez se hizo conspirador y terminó político con parte del mismo alimento con que García Márquez y Rubén Darío se hicieron literatos.

Lo que se sabe es que su imaginación se hinchaba con los relatos orales sobre las batallas del general Zamora; en su cabeza se mezclaban con lo que escuchaba sobre Maisanta en la casa de su madre, a media cuadra del hogar de la abuela Rosa. Con el tiempo no supo despegar a Maisanta de Zamora y a ambos de un ideal difuso de revolución para Venezuela; esto se potenció cuando le apareció el primer sarampión de lectura, a partir de los 14 años. Se nutrió con las primeras lecturas de la historia nacional, de relatos sobre Simón Bolívar y Simón Rodríguez y, en paralelo, con la información fraccionada que tuvo de algunos textos marxistas, algo común en un adolescente interesado de su generación.

Buena parte del realismo mágico y el buen humor que Chávez usa para hacer política y conducirse en la vida personal le viene, sin duda, de su abuela Rosa Inés. Por otro lado, de sus acendradas tradiciones llaneras. Él cuenta, y no sería extraño que haya recreado el cuento, la facultad que tenía su abuela para imaginar que Zamora pasaba por el frente de la casa con sus hombres a caballo, levantando polvo y llevándose las gallinas. “Ella fue la primera persona que nos habló de la Guerra Federal y de un general al que llamaban Cara de Cuchillo” por el empinado corte de su nariz aguileña.

Cuando la abuela se entusiasmaba, era capaz de hablarles de las tropas de Zamora como si las estuviera viendo: “Una vez llegaron al pueblo los revolucionarios y eran muchos hombres a caballo. Algunos dijeron que les robaban las gallinas, pero otros que las agarraban porque las necesitaban, y las pagaban...”. Esto cuenta Adán Chávez. Esto lo dejó reseñado con un toque de poesía en un escrito de 1992: “El canto estridente de los grillos ofrecía la nota musical a los cuentos que oíamos absortos, sentados sobre el pretil de tierra que bordeaba la casa de Rosa Chávez”¹³.

Dasso Saldívar, el autor de la biografía enciclopédica sobre García Márquez, dice que la abuela del novelista, Tranquilina Iguarán Cotes, le enseñó a imaginar, porque, según sostiene Saldívar, la abuela tenía “cara de palo” para inventar historias de muertos y fantasmas y tratar con ellos como si estuvieran vivos. Es la misma “cara de palo” de Rosa Inés para hablarle al niño Hugo Chávez de batallas que le habían contado a ella. Así como le señalaba caballos que pasaban hacia el piedemonte andino, le hablaba del fin del mundo que ella había vivido en 1910, cuando hubo un eclipse que ella llamaba “la oscurana”. Adán y Hugo se sentaban en “el pretil de tierra que bordeaba la casa” para escucharle cuentos como ese. El mismo fenómeno astronómico inmanejable había llevado a la abuela del autor de *Cien años*

13 CHÁVEZ, H., prólogo a *Ezequiel Zamora y la Batalla de Santa Inés*, Román Martínez Galindo, Vadell Hnos. Editores, Caracas, 1992.

de soledad a creer cosas parecidas y contarlas para que su perplejo nieto las convirtiera en mitología literaria.

“El mundo se va a acabar...”, les decía Rosa Inés abriendo sus ojos como si fuera a ocurrir irremediablemente; pero “el mundo no se acabó, Huguito, porque al rato salió el sol”. La abuela les dijo que ese día del fin del mundo muchos vecinos quemaron las cosechas o sus casas en Sabaneta, Las Veguitas, Mijagual, Barrancas, Obispos y otros poblados cercanos. Además de la abuela de Chávez, muchos parecen haber creído que se trataba del fin del mundo. Juan Martiniano Pimentel, un anciano de 82 años de Obispo, nos contó en el año 2005 lo que le había contado su madre en los años veinte: “Mamá ordenó que se quemaran las cosechas de maíz y arroz y ahí se quemó mi hermana, que después murió”. ¿Y por qué quemaron todo eso?, le preguntamos: “Porque era el fin del mundo”, fue su respuesta. La abuela Rosa le contó a los Chávez que mientras unos quemaban “muchos corrieron para la iglesia” con el cuento de “la oscurana”.

Otras veces, esas relaciones con el mundo a través de la magia y el buen humor aparecían cuando hablaba con el viento en el silencio de la soledad de su vieja casa. Cuenta Chávez que la cazó varias veces mirando la nada y preguntando en la penumbra: “¿Cómo estás María Soledad?” y se respondía ella misma con silencio, para luego seguir sus tareas cotidianas.

Hugo Chávez abrevó muy temprano y mucho de ese mundo de fantasías reveladoras de la abuela. Y las compartía con ella en juegos en la casa. Por ejemplo, cuando él le leía palabras al revés, diciéndole que estaban derechas, y ella se iba a la casa de los padres y a los vecinos a contarles que “Huguito ya sabe leer, pero al revés”. O cuando escenificaba sobre la pequeña mesa de comer un juego de béisbol por las noches, escuchando la radio, y marcaba y gritaba cada jugada como si estuviera ocurriendo en la casa.

Con tales ocurrencias y creaciones, la abuela completaba sus días de trabajo y esmero con sus dos nietos. Una de sus principales atenciones era la educación. La abuela le enseñó al pequeño Hugo, entre los 4 y 5 años, las primeras letras. “Mi abuela me enseñó a leer y escribir antes de entrar a primer grado”, cuenta Chávez en 2004. Para ello, la abuela utilizaba revistas que el tío Marcos y Hugo el padre traían a la casa cuando volvían de Caracas o de la capital de Barinas. De todas maneras, la referencia educativa principal y la disciplina para el estudio la tomaron de Hugo de los Reyes, el padre, que era maestro.

Testimonios de familiares y vecinos coinciden en que desarrolló temprano el hábito de leer y que leía todo cuanto llegaba a sus manos. Por ejemplo, la *Enciclopedia Quillet* de cuatro tomos, que se la disfrutó en compañía de su primo Adrián. Cuentan que incluso tuvo la intención pasajera de aprender alemán mediante un curso que traía la *Enciclopedia*. Así, todo indica que disfrutaba de la lectura, del dibujo, los colores y la naturaleza, tanto como de los cuentos imaginarios de la abuela Rosa.

En su vida de adulto y ya de presidente, sigue volviendo a los llanos y a la selva cada vez que puede y dibuja cada vez que lo deja el poder. A José

Vicente Rangel le declaró a finales de febrero de 2011 que en sus ratos libres le gusta “pintar, leer y cantar”¹⁴. Un hábito que no sucumbió en Miraflores es el de la lectura, más acorde con el funcionamiento gubernamental. Solo se produjo una modificación en el tiempo que le dedica a libros y el que le dedica a documentos, expedientes, carpetas, proyectos y Puntos de Cuenta. Algunos de sus allegados en el Palacio testimonian que cuando puede, cuando lo deja la labor burocrática cotidiana, Chávez se “encierra” en la lectura de libros de autores que ya ha leído, como los de su generación setentista, o de textos sobre asuntos de actualidad que le acercan sus asesores literarios. Entre los autores más estables en sus anaqueles se puede ver a Maltus, Gramsci, Galeano, Miranda, Bolívar, Simón Rodríguez, Indalecio Liévano Aguirre, y algún texto perdido de Domingo Alberto Rangel, a quien sigue admirando a pesar de sus ácidas críticas, o del historiador comunista Brito Figueroa. Entre los autores nuevos, se notan los textos de István Mészáros, Enrique Dussell, entre otros. A comienzos de marzo de 2011 se le vio leyendo con gusto la obra biográfica *Cristina*, sobre la presidenta argentina, de la periodista Olga Wornat, o *El loco Dorrego*, del joven historiador argentino Hernán Brienza. También consulta de vez en cuando un volumen de *Filosofía del espíritu*, del alemán F. Hegel, y *La metamorfosis*, del checo Kafka. Un autor inevitable en su biblioteca, aunque acuda a él solo cuando está enfrentado a situaciones graves, como el riesgo de muerte por el cáncer en 2011, es el filósofo nihilista Friedrich Nietzsche, útil para reflexionar sobre esas situaciones de soledad irreplicable en la vida humana. Ninguna como la que nos enfrenta a nosotros mismos en nuestra esencia más simple. Amigos de conspiración en las Fuerzas Armadas han señalado lo mismo en distintas oportunidades. Pero vale destacar lo que recordó Jacinto Pérez Arcay, su maestro espiritual vivo desde la Academia Militar, un hombre viejo que lo conoce en profundidad: “Ha leído y lee tanto que yo creo que lo hace verticalmente... Usted le mira la cara a Chávez y los ojos son apenas una línea de tanto no dormir”¹⁵.

Al revés de lo que ocurrió con la antiimagen del maltratado Maisanta, a Zamora lo pudo visualizar en una forma gráfica porque estaba arriba del pizarrón en el salón de su escuela primaria. Así lo certifica su ex maestra Egilda Crespo:

Era muy observador, calladito. Yo impartía todas las asignaturas... Él estaba fascinado con la Historia. En el aula no solo teníamos el retrato de Zamora. También estaba el de Simón Bolívar y un rincón patrio, con los símbolos nacionales y fotografía de los héroes. En ese momento, la historia nacional se impartía con mucha fuerza¹⁶.

14 EFE/DominicanosHoy.com, 03-03-2011.

15 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, 2004, p. 85.

16 *Ibíd.*, p. 52.

Este recuerdo sobre la imagen de Zamora ya lo había confirmado Hugo Chávez desde la cárcel de Yare, doce años antes que su ex maestra:

... y el General Cara de Cuchillo, cuyo retrato se encontraba en la parte alta del salón de clases donde Egilda Crespo, maestra suplente de cuarto grado en el Grupo Escolar Julián Pino, nos embrujaba diariamente con sus ojazos azules, o verdosos, ya no recuerdo¹⁷.

No solo vio las imágenes de Zamora y de Bolívar, sino que los vio consagrados en un altar de héroes, mientras que a Maisanta lo conoció bajo el estigma de la mala palabra. Este conocimiento visual ocurría en el mismo tiempo y ámbito social en el que su abuela Brígida le hacía conocer a Pedro Pérez Delgado, sin que alguien le informase de la relación entre ellos. Algo extraño tratándose de Maisanta, una figura recordada en los llanos donde luchó Zamora apenas dos generaciones antes. Ni su padre, ni Egilda, maestros ambos, ni su abuela Rosa, que seguro sabía del catire Pedro Pérez Delgado, le hicieron alguna referencia.

La maestra Egilda recuerda un hecho interesante. En esos años (los primeros después de la derrota de la tiranía de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela) “la historia patria se impartía con mucha fuerza”. Es cierto. Era parte del furor patriótico que despierta toda revolución, como la del 23 de enero de 1958, cuando Chávez estaba a punto de ingresar al colegio primario. Toda nuestra generación guarda algún signo de aquel cambio, en forma directa o indirecta. De todas maneras, el ímpetu revolucionario de 1958 duró poco, no fue suficiente para revolver la historia escrita y reivindicar guerrilleros nacionalistas como Maisanta y otros, como Nicolás Patiño y Martín Espinoza.

A lo sumo, abusando de la indicación de Egilda, la Revolución de 1958 concitó en muchos dirigentes, cuadros y militantes del Partido Comunista de Venezuela la lectura de y sobre Simón Bolívar, Zamora, Simón Rodríguez y otros héroes nacionales, depreciados por ellos debido a la formación estalinista del PCV. Eso testimonia Douglas Bravo en una declaración para el profesor Alberto Garrido en 2003¹⁸.

Tan estrecha y sólida se hizo la relación con la abuela Rosa que muy temprano Adán y Hugo la comenzaron a llamar “Mamá Rosa”. En medio de la pobreza campesina, Hugo Chávez recuerda su infancia con mucho placer en poemas y reportajes. Eso, en muy buena medida, se lo debe a su abuela que le nutrió la imaginación con la misma aplicación que le alimentaba el cuerpo. En esos recuerdos, relatados por él en entrevistas y videos, están presentes todos los elementos que podían componer un ambiente de felici-

17 CHÁVEZ, H. Prólogo, XII. *Ezequiel Zamora y la Batalla de Santa Inés*, Román Martínez Galindo. Vadell Hnos. Editores, Caracas, 1992.

18 GARRIDO, A. Douglas Bravo, *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, pp. 15-16, Edición del Autor, Caracas 2002. *Guerrilla y Revolución Bolivariana*, p. 13, E. del A., Caracas, 2003.

dad sin lujos. Los juegos, muchos juegos, dentro y fuera de la casa, con la abuela, con Adán, los hermanos y con sus amigos. La educación, los frutales, las flores, los diversos animales que criaban, los olores de las yerbas buenas y de las plantas que la abuela sembraba para las comidas. La atención cariñosa de ella y una gran libertad para compartir, imaginar, dibujar, jugar y disfrutar. También el trabajo compartido para sostener la magra economía familiar, por ejemplo, vendiendo los ya famosos dulces “de araña” de lechosa, o sembrando y vendiendo topochos, entre otras actividades de la casa. Asumiendo las tendencias hiperbólicas del verbo de Chávez, esa imagen lúdica de su vida campestre, aun en la estrechez económica, la podemos apreciar en esta confesión de 2004:

Fuimos unos niños pobres, pero muy felices... La casa era bonita, con una cocina muy amplia donde la abuela siempre estaba trabajando. Tenía un patio grande que para mí era el mundo, todo el mundo. Allí lo tenía todo, y aprendí a caminar, a conocer la naturaleza, los árboles; cómo salían las flores y después las frutas. Aprendí a comer naranjas, piñas, semerucas, una fruta redondita y roja... Ahí conocí el ciruelo, el mango. Había aguacates grandotes, y también mandarinas y toronjas. Sembré maíz y supe cómo se cosechaba y se cuidaba durante el invierno, y cómo se hacía la cachapa (tortilla dulce de maíz)... el nuestro era un patio de ensueños. Todo un Universo. Desde pequeños, tanto Adán como yo nos acostumbramos a trabajar a su lado¹⁹.

Otros recuerdos imborrables para adentrarnos en su dinámica biográfica son los regalos del padre y muy especialmente los del tío Marcos, el único hermano conocido de Hugo de los Reyes Chávez. Marcos de los Reyes Chávez no ha sido suficientemente valorado en la historia personal del líder bolivariano. A él se le debe, por ejemplo, los más insistentes alientos para que se desarrollara como pintor. Era Marcos quien más le compraba papeles, cartulinas especiales y las tizas de colores para dibujar y colorear. Siempre que volvía de Barinas, donde trabajaba, le traía regalos y revistas y nunca faltaban los materiales para alimentar la fantasía. También fue Marcos el que los recibió en su casa de la capital de Barinas cuando egresaron de la primaria y tuvieron que emigrar de Sabaneta para seguir estudios de bachillerato. Primero se fue Adán en 1965, un año más tarde se agregaron Hugo y la abuela²⁰.

19 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, 2004, p. 317.

20 *Ibíd.*, p. 33 y pp. 309-323.

El fantasma de la familia Frías

Casi no se conocen testimonios de que tal excomunión del bisabuelo haya sido proferida en otras ocasiones que no fueran las de una bravata familiar, sobre todo cuando se trataba de madre con hija. Fueron las madres y las hijas de tres generaciones, Marta Frías, Benita Fría Frías y Elena Frías, las que le dieron continuidad a su leyenda en el hogar. No advirtieron que mientras más lo maldecían para expurgarlo más lo conservaban para una historia que estaba por venir y de la que no podían tener idea.

Tanto Adán como Hugo coinciden con su madre en la versión que han contado una decena de veces en libros y entrevistas de prensa: que el fantasma del bisabuelo malo aparecía cada vez que una de las madres quería recriminar a una de las hijas por ser contestataria, rebelde, empecinada, debido a alguna diferencia de opinión, de gustos o de acción. Ese “carácter fuerte” para enfrentarse a la autoridad materna era imputado al inocente código genético de Pedro Pérez Delgado. Hugo Chávez también manifestaría ese rasgo de personalidad en su vida de cadete y oficial y se ganó algunas condenas por ello. La más conocida en el mundo ocurrió en el año 2007 en Santiago de Chile, en la Cumbre Iberoamericana, cuando el rey de España, Juan Carlos de Borbón, lo mandó a callar ante las cámaras del mundo y él, impertérrito, no se calló.

En una sola entrevista Chávez asomó la posibilidad de que la sentencia póstuma de la bisabuela Marta llegó hasta la cuarta generación: la de él y sus cinco hermanos. Es en el libro *Habla el comandante*, un dilatado reportaje comentado de 640 páginas elaborado entre marzo de 1995 y septiembre de 1998, cuando ya era un rutilante candidato presidencial. Allí, en la página 29 de la segunda edición, cuenta: “Recuerdo que en mi infancia mi abuela decía, allá en las sabanas de Barinas: ‘Estos muchachos están enraizados con un asesino’...”²¹.

21 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, Fundación Cátedra Pío Tamayo, Centro de Estudios de Historia Actual/IIES/FACES, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998, p. 29.

De esta declaración se puede inferir que el “carácter fuerte” de las hijas no fue el único pretexto de la abuela para tirar la maldición sobre las cabezas de los bisnetos; también debe haber sido provocada por las diabluras cotidianas de los hermanos Chávez Frías, entre finales de la década de los cincuenta y comienzos de la del sesenta. Es muy probable que el fantasma fuera traído al hogar por más razones que peleas entre mujeres, como indica la memoria de Hugo Chávez. De lo que no quedan dudas, en un caso o en otro, es que Maisanta dejó algunas deudas afectivas dentro de la familia Frías, que al parecer no fueron cerradas hasta la tercera y la cuarta generación.

El “carácter fuerte” de las Frías era el resultado de un hecho social. Ellas constituyeron, en casi tres generaciones, el sostén material, moral y espiritual de la familia. Claro, a falta de maridos estables. Esta tendencia fue común en las familias rurales y urbanas hasta mediados del siglo veinte, agravada en tiempos de guerra civil. En la familia Frías pasó a la historia como el “carácter fuerte” de las madres y las hijas. Todas por estar “ensemilladas” con Maisanta. La madre de Chávez registra esta característica social en una entrevista: “En su casa, lo reconoce con orgullo, impuso un patriarcado. Siete hombres [incluye al marido]... esos los metía yo en cintura, y todavía los meto en cintura”²².

Luego, está el rol central de la abuela paterna, Rosa Inés Chávez, en la historia de Hugo y de Adán Chávez. Ella reforzó esa práctica de la mujer sosteniendo lo que el hombre dejaba caer. Por último, el propio Hugo Chávez, sin proponérselo, se refiere a la misma idea, por otra vía: “En una ocasión lo comenté con mi hermano: ‘Adán, nosotros no conocimos los abuelos varones, pues’”. Lo anterior lo relató en 2004, a los autores cubanos del libro *Chávez nuestro*:

Del papá de mi papá ni siquiera sabíamos su nombre, y al papá de mi mamá tampoco lo conocimos. Vine a saber un poco de su vida investigando la historia del bisabuelo. Siempre estuvimos entre abuelas: Benita, Marta Frías —que era la mamá de Benita y murió ancianita, como de cien años— y Rosa Inés. Puras abuelas, nomás²³.

Esta historia menuda de mujeres garantizando el sostén familiar de tres generaciones en la genealogía de Chávez permite comprender un hecho particular de su vida: que las fuentes iniciales de su vocación e invocación nacionalistas haya sido dos mujeres: Benita Frías Frías y Rosa Inés Chávez. Con la primera conoció a Maisanta, con la segunda a Zamora, dos de los cuatro dioses de su Olimpo personal. Visto así es más comprensible esa tentación de Hugo Chávez a la proyección heroica y a sentirse él como continuador de una épica, a veces imaginaria.

22 MARCANO, C. y BARRERA, A., *Chávez sin uniforme*, Planeta, Madrid, p. 347.

23 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, 2004, p. 320.

Parecía un designio. Pedro Pérez Delgado también había comenzado y terminado sus días con la inspiración de tres mujeres, dos reales y una de fantasía, todas de mucho valor afectivo para él. Su madre, su hermana, por quienes mató. La tercera mujer fue la Virgen del Socorro, en cuyo nombre se lanzaba a las batallas. Andrés Eloy Blanco, el poeta nacional más celebrado de Venezuela, estampó ese aspecto de su vida en el poco conocido *Corrido de Caballería* que le dedicó a Pedro Pérez Delgado en los años cuarenta:

No tiene madre ni patria,
ni un retrato de la madre
ni un retrato de la patria
(...) y junta Madre con Virgen
y junta Virgen con Patria
y en la Virgen del Socorro
de Valencia la retrata
y cuando va a la pelea pone a las tres en el anca...

En 1924, mientras Pérez Delgado esperaba la muerte en las mazmorras de El Castillo, en Puerto Cabello, también tres mujeres penaban por él en los alrededores: Petra, su hermana; Ana, su hija, y María del Rosario, la madre de esta. En aquel final trágico apareció un varón, su hijo Ramón Márquez, pero esto no fue casualidad. Había sido el único hijo que le siguió sus pasos de guerrillero; llegó preso con él a El Castillo, aunque luego lo soltaron. Estaba ahí, penando con las tres mujeres, como si fuera una excepción.

El reconcomio

Marta la bisabuela es el primer eslabón del estigma que se fue armando desde la década del treinta. La sombra de Maisanta la extendió con el tiempo a vecinos que se enteraban de su relación con el guerrillero y permitió que llegara a la siguiente generación entre las décadas de los cuarenta y los cincuenta a través de la transmisión oral del mismo cuento. Y ese fue el cuento que comenzó a escuchar un poco más tarde, desde finales de los años cincuenta, Hugo Chávez, cuando apenas transitaba los 6 y 7 años.

Excepto en esa declaración en la que Chávez recuerda a la abuela Benita imputando a los nietos la misma maldición que profería contra su hija, en todas las demás memorias registradas, la versión siempre es la misma: que la bisabuela Marta le decía a la abuela Benita lo que esta a su vez le tiraba encima a su hija Elena.

Elena no tuvo hija a quien cargarle la vergüenza familiar en una disputa que fue sobre todo entre mujeres. Sus seis hijos fueron varones sin solución de continuidad. Para mayor complicación, cada uno nació exactamente a los quince meses del anterior, como si hubieran estado marcados por una determinación matemática. La historia biológica de la familia Chávez Frías comenzó a modificar el retrato familiar. Ahora estaba dominado por varones.

Jamás pensaron que el segundo en línea, Hugo, convertiría el fantasma en una duda que terminó adoptando un valor político-histórico.

No es un dato menor que a Elena nunca no se le haya ocurrido acusar a ninguno de sus hijos de ser herederos de un bisabuelo que mataba gente. Es que para ella Maisanta era una imagen difusa en el álbum familiar: alguien despersonalizado en su memoria personal, un abuelo del que no tenía otra información que la sombría ofrecida por su madre y por su abuela. Un asunto privado entre las mujeres de la familia. De hecho, en las paredes de bahareque pintado de las casas de las tres generaciones que van desde los Infante Frías, en los años veinte, a los Chávez Frías, en los años sesenta, jamás se colgó un retrato del bisabuelo Pedro Pérez Delgado. Sin embargo, aun sin la imagen fotográfica colgada en la pared o guardada en el arcón familiar, para su madre Benita y para su abuela Marta, que lo conocieron bien, Maisanta fue una presencia dominante difícil de despegar en su memoria de mujeres. Aunque lo convirtieran en una leyenda negra. Ellas no tuvieron en cuenta la sentencia del viejo bolero caribeño: “tu mejor recuerdo es el olvido”. Es muy probable que en sus memorias femeninas se hayan mezclado reconcomios personales por las dos actividades que más le dieron fama a Pedro Pérez Delgado: sembrar mujeres y matar enemigos.

La historia se tragó las razones personales que tuvieron Marta y Benita Frías para guardar tanto encono contra Maisanta. Lo que importa destacar en el objetivo de este estudio biográfico es que esa animadversión dentro de la familia Frías convivió en extraño paralelo con una imagen opuesta en el mismo tiempo y lugar históricos. En los pueblos llaneros Pedro Pérez Delgado se convirtió en una imagen epopéyica preñada de fábulas literarias y folclóricas.

De lo que no hay dudas es de que, en algún punto de esta historia, la relación personal de Maisanta con Marta y Brígida se mezcló con su azarosa vida de hombre armado y levantisco. Ambas mujeres acudieron a hechos de su vida militar para cobrarle alguna deuda femenina. Una hipótesis posible estaría en el daño que le hizo a Brígida, Rafael Infante, el primer hijo de Maisanta, al abandonarla en el desamparo con dos menores, para irse a Barquisimeto y armar otra familia con matrimonio, apellido y todo. Pero es solo una hipótesis. Eran resentimientos muy comunes en los cruces familiares de esas décadas patriarcales. Nada de qué asombrarse si lo proyectamos a la vida social.

Chávez, que fue el mejor historiador de la familia, ayuda a adentrarse en este asunto, cuando les cuenta a Elizalde y Báez, en 2004, cómo hizo para conocer a su tío-abuelo Pedro Infante, el hijo perdido de Maisanta, hermano de Rafael, cuñado de su abuela. Fue en 1980. A Chávez se le ocurrió llevarse a la anciana Ana Domínguez de Lombano, la hija de Maisanta, desde Villa de Cura hasta las tierras donde su padre había vivido y luchado sesenta años atrás. Estaba empeñado en resolver el embrollo familiar y resolver la duda sobre Maisanta. Para ese año, tras casi una década de recorridos por los llanos y lecturas de documentos históricos, buscando la huella de

su bisabuelo, ya Chávez tenía armado el rompecabezas familiar. Conocía al detalle sus batallas, relaciones, enemigos y amigos del pasado. Había identificado con cuidado a sus familiares, los legítimos y “los otros”. Ana era un eslabón fundamental en esa historia. La entusiasmo para hacer el viaje de unas cinco horas hasta Barinas y Guanare, pasando por los estados Aragua, Carabobo, Cojedes. Para poder llegar hasta la casa donde vivía Pedro Infante, en un apartado pueblito de Guanare, tuvo que acudir a la ayuda de su tía Edilia, la única hermana de Elena, nacida de Brígida y Rafael, el hermano de Pedro. Edilia también vivía en Guanare y sabía la dirección de la casa del perdido Pedro. Chávez les aporta varias pistas a sus entrevistadores de 2004: “Ustedes saben que esos asuntos de familia son muy delicados”. Y agrega malicioso, pero sin darse cuenta de las consecuencias: “Mi papá me dejó y se fue”. Luego da un paso más y se acerca más al misterio con esta frase que habla casi por sí sola: “... y no quería saber nada de los Infante”.

Aun con esa barrera que expresaba una vieja malquerencia, Edilia lo llevó hasta la entrada misma de la casa de Pedro, pero no quiso pasar a saludarlo. Esto es lo que recuerda Chávez años después de aquel engorroso encuentro. Y, para despejar dudas de que estaba en medio de un viejo reconcomio, agrega: “Él no me conoce, porque esa familia nunca nos visitó”²⁴.

Lo que no podía sospechar aquel día del encuentro forzado la tía Edilia era que aquella visita al tío Pedro, aunque no lo quisiera saludar, resultó, sin que ella lo supiera, otra forma de compartir la más antigua “presencia” de la familia: Maisanta. Chávez, guiado por la intuición, comprendió que ese día había encontrado otro eslabón que lo conducía a Maisanta.

Barinas, la transición

A comienzos del año 1966 Adán, el hermano mayor, se mudó de Sabaneta a la capital de Barinas para estudiar bachillerato; Hugo seguiría sus pasos tras el mismo objetivo, aunque con algunas cosas en su cabeza que Adán no se llevó. Sabaneta, como muchos poblados de provincia, se había quedado detenida en una fase muy lejana del desarrollo económico social y, en vez de crecer, decrecía. Para progresar había que emigrar. Eso hicieron los hijos de Elena y Hugo de los Reyes que se transformaron en vecinos de la “Manzana B”, sobre la calle Carabobo de la urbanización obrera Rodríguez Domínguez de la vieja y orgullosa ciudad, fundada en 1576. Una de las pocas ciudades de Venezuela donde habitaron marqueses y condes extraviados de la península ibérica.

Al siguiente año de la llegada del adolescente, 1968, se les juntó la abuela Rosa Inés, que no se aguantaba un día más sin ellos. “Los tres estábamos desesperados. Nos hacíamos mucha falta”, comenta Adán²⁵. Los recibió el tío Marcos, quien, además de alimentar los sueños artísticos y deportivos del

24 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, Caracas, 1998, pp. 314-315.

25 *Ibid.*, p. 34.

muchacho en Sabaneta, multiplicó su casa y sus panes para alojar a su madre y sus dos sobrinos que querían progresar. Ninguno podía imaginar que en ese barrio y en esa ciudad Hugo Chávez encontraría el camino que lo llevaría a su bisabuelo y, con él, las claves para salir del primer laberinto de su existencia. En la cadena de hechos, personas y situaciones que condujeron a ese destino, el tío Marcos es fundamental, tanto como el barrio donde recalaron los Chávez. Allí vivía un hombre llamado José Esteban Ruiz-Guevara, que se iría a convertir en su primer mentor ideológico de carne y hueso. Allí encontró el grupo de amigos que le dio identidad social, de grupo, contención y nuevos valores al “venao” que venía de los montes frutales de Sabaneta.

Barinas fue la continuación de Sabaneta, pero al mismo tiempo su negación superadora y en esa medida el paso de transición indispensable al joven bolivariano rebelde de las Fuerzas Armadas. Allí Chávez ingresó a una vida social más amplia y compleja. Se enteró de que existía “la política” y que en la historia humana era costumbre hacer “guerras” y “revoluciones”. Poco a poco Maisanta fue ubicándose en un escenario más real. Los cuentos de Ruiz-Guevara sobre el olvidado caudillo le sirvieron para conformar ese escenario. También comenzó a entender que además de “buenos” y “malos” había enemigos y amigos que se debatían y se mataban por ideas y proyectos.

El pequeño mundo de los reconcomios familiares se le fue mezclando con las primeras señales de la historia social. Consolidó los valores de lealtad dentro de un grupo juvenil de barrio y colegio, como lo haría cualquier adolescente. Con sus amigos consiguió la fuente más sólida de desarrollo personal; en ese grupo descubrió, entre otras cosas, algunos de sus méritos diferenciales, como la improvisación oral, la entonación poética en el canto de coplas llaneras, el sentimiento sexual. También disfrutó de la sorpresa de saber que existía un mundo llamado “historia militar de Venezuela”, llena de héroes de los que guardaba imágenes difusas o fantasmales como la de Ezequiel Zamora. Los personajes-héroes apenas percibidos en su escuela primaria en Sabaneta, de la mano de su padre, de su maestra de ojos verde-azules, Egilda Crespo, y del maestro Jacinto Silva, también de su abuela Rosa. Bolívar, Zamora, Miranda, Páez comenzaron a adoptar formas y contenidos más reales en sus proyecciones. Solo faltaba el lugar de Pedro Pérez Delgado, Maisanta.

En ese ambiente nuevo el sueño de ser pintor vivió una mutación. Primero hizo un intento de acercarse más a él, al ingresar a una escuela de arte en la que comenzó a formarse en las técnicas del color, la forma y el dibujo. En horas de la tarde, después de las clases del liceo, asistía a la Escuela de Arte Cristóbal Rojas, donde al parecer no encontró lo que buscaba. Sus amigos lo recuerdan entusiasmado por el arte de pintar y dibujar, pero nunca más que su obsesión por el béisbol. Barinas fue un período de definiciones y caminos nuevos. Uno de ellos lo hizo cambiar un sueño por otro: casi al año y medio dejó de buscar fantasías en la paleta de colores y comenzó a penetrar a tientas en los libros políticos, en el canto y la poesía con su grupo de amigos, y en las charlas expansivas sobre historia y revoluciones con el viejo Ruiz-Guevara.

Un “viejo sabio y comunista”

Todo o casi todo lo que buscaba desde los doce años lo encontró en un garaje y una biblioteca que pertenecían a un hombre cultivado: José Esteban Ruiz-Guevara. Allí comenzó a tantear la salida del primer laberinto, el de Maisanta, y se enteró de señales que lo marcarían para siempre. Ese *viejo sabio y comunista* le abriría ambos caminos. Por tanto, no fueron las aulas del colegio secundario Daniel Florencio O’Leary, donde hizo su bachillerato, los crisoles de su entusiasmo intelectual, como suele suceder. Tampoco los centros culturales de Barinas, que además de muy pocos eran de limitados alcances, en un pueblo apartado de las corrientes culturales del país y el mundo.

Así tenemos que entre los 12 y los 13 años se le aparece en el camino un mentor intelectual y político. Hasta los 17 años sería su más fuerte referencia cultural e ideológica. Lo sigue siendo hasta el día de hoy, pero de otra manera, casi como una nostalgia. Ruiz-Guevara quedó en su memoria con una raíz, sin la cual el árbol no hubiera aparecido. La impronta de Ruiz-Guevara siempre está presente en el itinerario de Hugo Chávez, por ejemplo, a través de esta declaración de 1998:

Yo recuerdo mucho a un viejo comunista, llamado José Esteban Ruiz-Guevara, barinés, de Puerto Nutrias, historiador, poeta y escritor, a quien yo conocí desde muy niño; cuando yo era niño, pero él no era tan niño, Ruiz-Guevara, con sus historias sobre Maisanta y los cuentos sobre la sabana olvidada²⁶.

En ese momento, Ruiz-Guevara era un cuarentón muy respetado en el pueblo por su pasado y por su presente, prototipo en suerte que encajaba en las búsquedas del adolescente que andaba inquieto tras la sombra borrasca de su bisabuelo. Había llegado al hombre indicado. Ruiz-Guevara sabía mucho de Maisanta, entre otras cosas. ¿Quién fue este hombre medio

26 *Tribuna Popular*, Caracas, 1998.

legendario en Barinas que le metió a Chávez en la cabeza las primeras luces de la política y le aclaró su más terrible duda?

Fue militante del Partido Comunista desde 1946 y secretario general de la sección barinesa algunos años antes de 1958, según le contó al intelectual merideño José Sant Roz en una entrevista del año 2001²⁷. Guevara había tomado notoriedad desde las primeras semanas revolucionarias de 1958, al aparecer en los diarios entre los primeros de una lista de centenares de presos de la Dictadura. Pérez Jiménez lo había confinado a la impenetrable ciudadela selvática de Puerto Ayacucho, al extremo sur de Venezuela, cerca de la línea ecuatorial. Era el mismo lugar semisalvaje, llamado en su tiempo “la cárcel del diablo”, donde cuarenta y dos años antes que él Maisanta había estado peleando contra el pavoroso gobernante Tomás Funes. Entonces, en 1921, no se llamaba Puerto Ayacucho, nombre puesto por el régimen de Juan Vicente Gómez en 1924, el mismo año que Maisanta moría envenenado en Puerto Cabello. La ciudad, ubicada entre la selva amazónica, se erigió sobre el trabajo esclavo de presos políticos que abrieron la carretera para conectar el sur del país con el río Orinoco a través del pueblo de Samariapo. Cuarenta y dos años más tarde, otros presos políticos, de otra dictadura, mataban sus días de calor pegajoso en el mismo confin de muerte. Entre ellos sobrevivía José Esteban Ruiz-Guevara, cultor de la memoria de Maisanta, hombre fundacional en la historia más vital de nuestro personaje.

Allá lo habían enviado por conspirador comunista, hasta que reventó el 23 de enero y salió, pero para caer nuevamente, esta vez bajo la democracia de Betancourt. Así, de cárcel en cárcel, en su natal Barinas, donde rompió con el PC y armó las guerrillas en aquellas sabanas. Fue miembro del 2º Frente Guerrillero José Antonio Páez, liderado por el legendario combatiente Fabricio Ojeda, un ícono de la izquierda hasta 2002, cuando se convirtió en un héroe nacional rescatado por el gobierno de Chávez. A Ruiz-Guevara lo derrotaron, pero siguió irreductible. A comienzos de los setenta promovió la Causa R y siguió dedicado a la política, pero por otros medios. Uno de ellos fue la investigación documental.

El día que Chávez entró por primera vez a la casa de José Esteban Ruiz-Guevara no estaba enterado de que se estaba encontrando con uno de los hombres que más sabía sobre su bisabuelo, como quedó registrado en la dedicatoria que le hizo José León Tapia en la segunda página de su novela: *A José Esteban Ruiz-Guevara, periodista, cultor de lo nuestro y compañero de la búsqueda de Maisanta por los caminos del llano*. Efectivamente, Ruiz-Guevara había investigado facetas muy importantes de la vida de Maisanta, como la batalla de Puerto Nutrias, usando el recuerdo aún vivo de gente que había participado junto al general Pedro Pérez Delgado. Con esa información escribió una novela histórica que se negó a publicar en vida.

Además de servir de memoria para la recopilación que hizo José León Tapia en *El último hombre a caballo*, Ruiz-Guevara escribió una novela his-

27 Diario *La Razón*, Mérida, 17 de agosto de 2001.

tórica sobre el bisabuelo de Chávez. La llamó *Maisanta, el filibustero fluvial*, un dato inseguro que nos había dado en 2005 su hijo menor, el poeta Leonardo Ruiz-Tirado. Con Sant Roz, quien pudo leer trozos del original inédito en Mérida, pudimos confirmarlo. El 5 de marzo de 2001 me contó por correo electrónico:

Comencé a leer ese libro en casa de Ruiz-Guevara, y apenas recuerdo que trataba de la descripción de un río; estaba el libro medio viejo de amarillo y en unas hojas pequeñas como de 1/24. No pude sacar nada en claro porque hablábamos en ese momento de muchas cosas y el viejo no quería publicarlo por el montón de gente que aparecían allí y estaban vivas.

Ese libro fue escrito en la soledad del cautiverio de Puerto Ayacucho, a la entrada del Amazonas, “utilizando en casi todos los capítulos fuentes orales de gente que lo conoció y que estaba presa con mi padre en Puerto Ayacucho, entre 1954 y 1955, o que vivían en Barinas y Apure”, nos contó Leonardo²⁸. Por el largo y jugoso reportaje que le hizo Sant Roz en 2001, nos enteramos de que además tuvo fuentes de primera mano, como señalamos antes. Un documento valioso de esa herencia es una fotografía original del caudillo, conservada hasta su muerte por Ruiz-Guevara en sus archivos en Mérida. Su padre la heredó de Maisanta y terminó en las manos de Ruiz-Guevara, quien se la habrá mostrado muchas veces al bisnieto en el garaje de Barinas. Hasta ahora Chávez no se ha referido a esa foto de Maisanta conservada por Ruiz-Guevara, ni al regocijo que le habrá traído al alma, si es que alguna vez se la mostró. No sería un dato menor, a esa edad en esa casa, ante un hombre como Ruiz-Guevara y en medio de la duda más larga en su familia²⁹.

Ruiz-Guevara tuvo el privilegio de educarse al lado de un hombre que había colaborado con Maisanta: el intelectual antigomecista Fidel Betancourt. Este hombre lo introdujo a la pasión por la historia y le dio bastantes confidencias sobre el “último hombre a caballo”. También fue él quien lo motivó a meterse a la política a comienzos de los años cuarenta. “Él me inició en los estudios del socialismo”, contó el viejo José Esteban en 2001. Además de las narraciones de Fidel sobre Maisanta, el mentor de Chávez tuvo otras tres fuentes principales que lo habían conocido muchos años: su abuelo, su padre y su madre. Los tres compartieron con Maisanta muchas de sus andanzas, entre batalla y batalla.

Para comprender mejor el valor que tuvo la primera fuente intelectual del Hugo Chávez que luego conocimos, debemos saber que, además de comunista y guerrillero, tenía una base familiar y cultural muy sólida. Su abuelo fue uno de los cuatro abogados que tuvo Barinas por muchos años,

28 Leonardo Ruiz-Tirado, Entrevista con el autor, Barinas, 2005.

29 SANT ROZ, J., Entrevista a José Esteban Ruiz-Guevara, diario *La Razón*, Mérida, 2001.

poseía una biblioteca con miles de volúmenes. El padre de Ruiz-Guevara se hizo poeta y estudiante frustrado de medicina, además de un consumado lector de los libros del abuelo. Del tío paterno se dice que fue el verdadero progenitor del fundador del socialcristianismo venezolano, Rafael Caldera. O sea, una familia bien política y metida en lecturas. Fidel Betancourt se hizo parte de la familia Ruiz-Guevara. Era un hombre cultivado en literatura, historia y algunas lecturas de marxismo, además de eterno enemigo de Gómez, por lo que sufrió cárcel y destierro. Durante los años de López Contreras, Fidel Betancourt se hizo director de *El Libertador*, un periódico liberal de izquierda. De ese ambiente surgió el primer maestro político de Chávez. Entonces, tenemos que el adolescente Hugo Chávez recibió información privilegiada sobre el bisabuelo maldito de la familia Frías, de parte de quien había sido criado por su secretario. Esto a los 14, 15 años, cuando la figura del abuelo comenzaba a transformarse de imagen mala y difusa a una de sus dos proyecciones heroicas más definidas: el guerrillero Maisanta y el pelotero “Látigo” Chávez.

El “viejo sabio y comunista” tenía mucha cautela intelectual para tratar la figura de Maisanta. Reconocía que la obra de Tapia era “amena”, pero no más. En 2001 le dijo a Sant Roz que *El último hombre a caballo* “es simplemente una reseña de una tradición oral”. Para él no había posibilidad de un trabajo histórico sobre Maisanta, porque “no hay fuentes”. Por eso prefirió escribir una novela, en vez de una historia que no podía documentar. “A Pedro Pérez Delgado, Maisanta, lo conocieron mucho mi abuela, mi madre, mi padre, y el viejo Fidel porque anduvo con él”. En 1992, cuando su discípulo de Barinas cayó preso por el golpe, decidió publicar en el desaparecido diario merideño *El Vigilante* una parte de un capítulo de *Maisanta, el filibustero fluvial*. No tuvo trascendencia, quizá debido al corto tiraje de aquel diario y porque Mérida no fue escenario de la rebelión militar³⁰. Chávez ha llamado cariñosamente a Ruiz-Guevara “un viejo sabio y comunista”, pero en realidad es la expresión que usan muchos habitantes de Barinas para identificar al antiguo militante de barbas y conocimientos tupidos.

Barinas no fue un centro de la política venezolana en los años sesenta. Desde las devastaciones de la Guerra Federal y el caudillismo, entre mediados y finales del siglo XX, se había convertido en una provincia detenida en el tiempo, llena de olvidos, aunque enriquecida por recios joropos, grandes músicos y un acervo maravilloso de mitos y leyendas campesinas. La población de su capital, donde se formó Chávez, no superaba las 60.000 almas.

Su tradición mitológica es tan fuerte que debe ser uno de los pocos lugares del planeta donde se le rinde honor a un machetazo. En la actual Casa de la Cultura de la ciudad (antigua cárcel colonial) se puede apreciar un enorme portón colonial de madera donde el general José Antonio Páez alguna vez encajó su machete filoso en una reacción de furia. Páez fue el máximo héroe militar de Venezuela después de Bolívar, convertido luego en agente

30 SANT ROZ, J., *La Razón*, 2001.

de “La Cosiata”, el ala conservadora desde 1830, cuando el Libertador y la revolución ya estaban en retroceso. De hecho, Páez lo expulsó ese año del país y se convirtió en el primer presidente de la República en 1831.

Tanto Páez como Ezequiel Zamora fueron –y siguen siendo– las dos figuras medulares en la memoria barinesa. Siglo y medio después de ellos Chávez intenta darles continuidad, sobre todo por el deseo manifiesto de muchos adláteres oficiales de Barinas, algunos familiares y el sedimento clientelar de un sector de la población. El líder nacionalista de ahora se nutre y acude con frecuencia a la raigambre heroica de la ciudad, de cuando fue próspera.

De su esplendor pasado testimonia el cronista Alberto Pérez Larrarte, amigo de José Esteban Ruiz-Guevara. Barinas fue hasta la Independencia “una de las más opulentas, ricas y florecientes provincias de la Capitanía General de Venezuela”. Fue escogida para el asiento de algunos condes y marqueses. En un territorio del Reino donde no predominaron mortales de “sangre azul”, como en Argentina, Brasil y México. “Barinas –recuerda Pérez Larrarte– recibe la guerra de independencia con sus llanuras colmadas de ganado vacuno y caballar”.

La histórica ciudad es célebre por haber sido la fuente del Decreto de Guerra a Muerte, proclama programática con la que Bolívar reordenó objetivos, infundió moral en sus filas y derrotó a los realistas poco tiempo después. La ciudad fue, hasta el primer tercio del siglo XIX, “la segunda capital de Venezuela”³¹.

Barinas no era un emporio económico ni cultural cuando Chávez llegó. Sin embargo, fue su pista de despegue para romper con el atraso secular de Sabaneta y encontrar rumbos sociales, intelectuales y políticos más elevados en Caracas, Valencia y Maracay, centros de difusión cultural durante los setenta. Entre 1962 y 1964 Barinas fue alterada por la aparición de una militancia estudiantil nueva proyectada desde esas tres ciudades centrales, y de otras ciudades más politizadas como Coro y Barquisimeto. También por la aparición del 2º Frente Guerrillero, en el que combatió Ruiz-Guevara. Entre enero y febrero de 1962 comenzaron las primeras acciones armadas en Venezuela, inspiradas en el éxito cubano de 1959, que llevó a la división del partido Acción Democrática y del Partido Comunista. El frente insurgente de Barinas fue creado entre junio y julio de 1962.

Otro personaje que le dio resonancia a Barinas fue José Gregorio Álvarez, conocido en la historia política nacional como el “Tuco Goyo”, destacado líder estudiantil comunista, uno de los primeros desaparecidos y asesinados que cargó a su cuenta la democracia autoritaria de Rómulo Betancourt entre 1959 y 1964. A la guerrilla no le fue bien en Barinas. Sus combatientes fueron diezmados con rapidez, pero dejaron una huella que se constituiría en biográfica para Hugo Chávez, diez años después, en 1974: un auto

31 PÉREZ LARRARTE, A., *Papeles del cronista*, Fondo Editorial “Don César Acosta”, Barinas, 2005, pp. 63- 65 y 76-78.

abandonado lleno de libros. Libros y guerrilleros que fueron más que eso; significaron señales que alteraron su existencia, metido como estaba en el segundo laberinto de su historia. Para él fue como “un punto de encuentro” con otras cosas.

El ambiente político al que ingresó el joven Chávez en 1967 no estaba cruzado por estos hechos candentes y polarizadores de la vida social y la conciencia personal. Más bien, cuando llega a Barinas, después que Adán, ya la guerrilla estaba derrotada y la izquierda contenida. Incluso José Esteban Ruiz-Guevara ya no andaba huyendo; atravesaba por la misma crisis de definición que vivía el resto de la izquierda después del fracaso guerrillero.

En ese trance ideológico lo encontró el recién llegado de Sabaneta cuando comenzó a escucharlo y convertirse en su discípulo más soñador. La impronta personal de Ruiz-Guevara, desde ese punto crucial de reflexión en la izquierda venezolana, se convertiría en un dato clave para la comprensión del futuro líder del nacionalismo bolivariano.

En esos cinco años, 1967 a 1971, las barbas ideológicas de Ruiz-Guevara le resultaron una fuente ideal de conocimientos para un imberbe que buscaba luces en las penumbras provincianas. Pero al mismo tiempo, con Ruiz-Guevara aprendió a dudar y conoció que el sueño revolucionario estaba cruzado de contradicciones y derrotas. Fueron dos señales de la misma fuente, en el mismo tiempo político, tomadas de la generación de apoyo: ambas fundamentales para comprender los derroteros del Chávez posterior. Por ejemplo, los de 2002 y 2007.

Por suerte, además de su experiencia militante, Ruiz-Guevara era prolífico en conocimientos históricos, culturales y científicos. En la UCV se había especializado en periodismo científico. Fue autor de una veintena de libros de historia, política, arqueología, antropología y crónica periodística. A finales de los años cuarenta fue el primer “enviado especial” del diario *El Nacional*, el vespertino político comercial más importante del país hasta abril de 2002, fundado por dirigentes acaudalados del Partido Comunista en asociación con un grupo capitalista caraqueño. También fue el primer corresponsal de *Tribuna Popular*, el semanario del PCV desde 1946 hasta que cayó preso en 1956. Figura como cofundador de la Asociación Venezolana de Periodistas. “Era el intelectual del pueblo”, así lo define Leonardo, su hijo, en 2006, definición con la que coincide el cronista Alberto Pérez Larrarte, en su pequeño libro *Papeles del cronista*³². Un retrato de este mentor de Chávez lo dio un cronista de la región llanera de Araure en 2005, poco antes de que muriera:

Hombre de moderada estatura, casi siempre de pie y empinado hacia atrás cuando pronuncia sentencias por palabras. Las manos, una en el bastón y otra en los bolsillos de una guayabera blanca, abultada de anteojos

32 *Papeles del cronista*, p. 34.

y pequeñas notas... El pelo, liso y brillante hasta la médula, peinado hacia atrás sobre un cuello corto, alargando con singular esfuerzo una cabeza apuntada hacia arriba con su barbilla apelambrada de una barba que le cubre más de la mitad de un rostro de ojos saltones, cerrados deliberadamente para la expresión afirmativa³³.

El escritor y matemático José Sant Roz lo evalúa de esta manera:

José Esteban Ruiz-Guevara es uno de esos personajes venezolanos que en sí mismos son bibliotecas ambulantes, cargados de historia, de testimonios que no podrían recogerse ni asignándoles a tiempo completo toda una seria y formidable facultad de humanidades dotada con jóvenes y tenaces investigadores. Autor de obras como *Piedras Herradas*, edición de CorpoAndes, coautor junto con Eduardo Rivero de *Aportes para el estudio de la bibliografía humanística del estado Barinas y Codazi en Barinas*. Es, a mi parecer, uno de los más grandes coleccionistas de memorias de Venezuela: filatelista, numismático, bibliófilo. Tuvo la valentía de develar falsificaciones documentales de académicos consagrados, en su libro *Capos de toga y birrete*³⁴.

Esteban Ruiz-Guevara conservó una fabulosa biblioteca en la que guardaba documentos originales, por ejemplo, algunos manuscritos de José Antonio Páez. Murió anciano en 2006, en la ciudad andina de Mérida. Dejó un caudal de decenas de miles de volúmenes entre libros, revistas, folletos y documentos que se han convertido en biblioteca pública. Habló muy pocas veces con el Chávez presidente y mantuvo una actitud crítica dentro del apoyo que le brindaba a su antiguo discípulo. Por ejemplo, le parecía una tontería la definición de “revolución pacífica” al proceso político que comenzó en 1999. En 2001, cuando compartió con él un acto en el Complejo Teresa Carreño, le dijo: “Bueno, Hugo, ¿qué pasa aquí? Porque yo no he visto revoluciones sin presos y sin muertos”.

Hasta 2002 fue muy cauto sobre la definición de lo que pasaba en el país. Cuando el profesor Rotz le pidió una definición, lanzó este rayo: “En teoría pareciera haberla, pero en la práctica no se ve”. Sostenía duramente que los dos primeros años de gobierno predominó la confusión discursiva del presidente y entre él y sus principales ministros. Visto a la distancia parece un anuncio del divorcio que vino pocos meses después. Criticaba a Chávez por no darle coherencia a su primer gobierno. “Provoca confusión en el pueblo, y en cualquier ente pensante. Y lo agrava el hecho de que a veces él dice una cosa, y entonces un ministro plantea lo contrario”. Según Ruiz-

33 BOLÍVAR, W., Cronista de la Ciudad de Araure, Barinas, 2005, prólogo al libro *Arañazos al tiempo*, 1944, de J. E. Ruiz-Guevara (Conde Cagliostro), Fondo Editorial Don César Acosta, Instituto Autónomo Municipal del Patrimonio y Acervo Cultural, Oficina del Cronista y Fundación Museo de Barinas, 2005, p. 8.

34 Entrevista con José Esteban Ruiz-Guevara, *La Razón*, 17 de agosto de 2001.

Guevara, José Vicente y Luis Miquilena fueron la marca dominante de ese bienio inaugural. No se equivocó, aunque ambos personajes son distintos en ética y política.

Pero nadie es perfecto bajo este sol. Como tantos otros políticos y analistas en 2001, se equivocó feo ante el riesgo de golpe, que ya se anunciaba, pero pocos creyeron hasta que llegó el 11 de abril. Creyó que no era posible: “En primer lugar aquí no hay quien lo pueda dar. Esas cosas no son más que elucubraciones para entretener los programas de opinión en los medios de comunicación”. Resultó al revés, tanto en el golpe como en el rol de los medios³⁵.

Sus ácidas críticas al primer gobierno de Chávez no le impedían demostrar su admiración y respeto por el discípulo que conoció adolescente en Barinas: “En este siglo América Latina ha parido dos hombres extraordinarios: Fidel Castro Ruz y Hugo Chávez Frías, y es enorme el papel que ya le está tocando jugar en este siglo al presidente”³⁶.

Además de Hugo y Adán, de las tertulias en la casa del viejo Ruiz-Guevara participaban Wladimir y Federico Ruiz-Tirado, sus dos hijos mayores. Y no faltaba de vez en cuando el menor de los Tirado, Leonardo, un poeta vocacional que compartió con Hugo los sabores espirituales de las musas del alma.

En 2005 a Leonardo se le escapó una expresión muy útil para comprender al muchacho que conoció antes de 1970: “Chávez era sobre todo un poeta, es la imagen que guardo de él en su adolescencia”. Chávez, que lo miraba escapándose del liceo para entregarse a la lectura de poesías, solía decirle a Leonardo: “¡Cómo te envidio!”, cuenta³⁷.

A la casa de Ruiz-Guevara fue llevado por Wladimir Ruiz-Tirado, cuatro años mayor, su amigo más cercano en esa familia. En realidad, terminó introduciéndose de la mano de la amistad y las ideas del grupo de amigos que se formó entre el liceo, el béisbol, la plaza del barrio y la casa de los Guevara. En esos años, a sus 13 y 14, solían decirle “Tribilín”, por lo flaco y enjuto, aunque, al contrario del muñequito yanqui, Hugo era reservado, observador y buscador de sueños. “A veces se quedaba perplejo”, esto fue lo que le vino a la memoria a Federico en 2006. El viejo Ruiz-Guevara lo recuerda por el lado que más le gusta:

Hugo prácticamente lo que hizo en Sabaneta de Barinas fue nacer. Él se crió en Barinas, y éramos vecinos, e iba por casa que era un eterno nido de conspiración a buscar libros y a oír prédicas; como te digo, Hugo estudió con mis hijos, y se la pasaba en mi biblioteca³⁸.

35 *Ibíd.*

36 *Ibíd.*

37 GUERRERO, M. E., Leonardo Ruiz-Tirado. Entrevista con el autor, 2005.

38 Entrevista con José Esteban Ruiz-Guevara, semanario *La Razón*, 17 de agosto de 2001.

A este reducido grupo formativo comenzaron a integrarse otros amigos aparecidos en el liceo O'Leary, casi todos oriundos de pueblitos dispersos de Barinas: otros "venaos". Uno de ellos, parte de esa etapa pero no del grupo, fue Luis Reyes Reyes, que ingresó por la puerta grande de la política, en 1992. Este muchacho de piel morena no era barinés ni perteneció al grupo de los Ruiz-Guevara. Su apellido, similar al del padre de Hugo, solo es una casualidad. Luis se vino con su familia desde el lejano oriente caribeño del país porque su padre logró un empleo entre el pequeño proletariado petrolero de Barinas, donde exploraba la Mobe Oil. Reyes Reyes terminó siendo un personaje importante en la historia de Chávez. Estudiaron bachillerato y jugaron béisbol juntos en la adolescencia, y juntos se fueron a la Academia Militar en 1971 donde se volverían a encontrar como si estuvieran predestinados a seguirse encontrando en lo que vino después.

Esa relación histórica fue base de la confianza que los reunió en la conspiración pocos años después y que mantiene a Reyes Reyes como uno de los pocos oficiales que fundaron el primer núcleo y no rompieron con Chávez en 1992, en 1998 ni en 2002. Si bien no pertenece al grupo de iniciación alrededor del viejo Ruiz-Guevara, conocido en los anillos del poder como "Grupo Barinés", Reyes Reyes lo acompaña de cerca desde la Gobernación del estado Lara. En ese aspecto se aproxima a los que se reunían, con espíritu de cófrades, en la casa del jefe comunista.

En la abarrotada biblioteca y en el garaje acondicionado como sala de estar de la casa de los Ruiz-Guevara, el adolescente Chávez lo escuchaba horas enteras sin pestañear. "Casi nunca preguntaba nada a mi papá, siempre estaba calladito escuchando con los ojos abiertos", contó Federico en 2005.

El viejo les hablaba hasta el cansancio de historia, política, literatura, guerras, libros, héroes nacionales y revoluciones perdidas. Los hacía leer libros "adultos" como *El príncipe*, "pero el prologado por Napoleón Bonaparte", exigía Guevara; el *Contrato Social*, de Rousseau, *Mi delirio sobre el Chimborazo* y *La Carta de Jamaica*, de Simón Bolívar, entre otros de igual calibre. También miraban algunos sueltos de Lenin, Plejánov, Engels, Marx, Mao; algunos autores marxistas nacionales, como el filósofo venezolano Ernesto Maiz Vallenilla, el economista Salvador de la Plaza o el historiador Federico Brito Figueroa, y latinoamericanos, sobre todo de Argentina, Chile, Cuba, Perú y México. Además, los infaltables textos de historia militar venezolana. Leonardo recuerda que a Chávez le atraían mucho "los documentos históricos y los documentos originales que mi viejo había encontrado en viejas casonas de Barinas".

Los encuentros comenzaron por ser esporádicos. Algunas tardes, después del colegio, o de a ratos durante los fines de semana. Siempre, bajo el sopor de los calores del llano y al son del cuatro y las maracas. Con el tiempo, las reuniones se hicieron habituales, más desde que los muchachos le fueron tomando el gusto a la política.

Cuando Chávez y sus amigos franqueaban los 15 y 16 años, ya participaban de algunas actividades de rebeldía. Ruiz-Guevara pasó de ser una

referencia a constituir una figura de orientación ideológica más definida. “Estuvimos muy influenciados por José Esteban, que tenía una biblioteca muy grande: *El Capital*, de Marx, las obras de Lenin, *Platero y yo...*”³⁹. El profesor Sant Roz, en el reportaje citado, recuerda:

Quizás fue en casa de Ruiz-Guevara, en Barinas, donde Hugo Chávez recibió los primeros venenitos del marxismo, las historias sobre la gesta de su abuelo Pedro Pérez Delgado, Maisanta, que Ruiz-Guevara se sabe al pelo, además de los encantos revolucionarios de ese “poemario” incendiario llamado el *Manifiesto Comunista*.

No hay duda de que Hugo Chávez leyó y escuchó mucho de nacionalismo y algo de marxismo en aquella casa. De todas maneras, sería un error creer *que se formó en el marxismo*, como otros jóvenes lo hacíamos en partidos y agrupaciones. Él mismo lo ha aclarado muchas veces con suficiente honestidad, y eso ahorra el trabajo de despejar mitologías posteriores. La primera vez que aclaró en público su relación intelectual con el marxismo fue para un libro de 1995: “Yo no puedo adueñarme ahora del pensamiento marxista y declararme como tal, porque no conozco. Yo nunca leí *El Capital*. He leído elementos de marxismo, pero de forma superficial”⁴⁰.

En la cadena simbólica de Chávez, Ruiz-Guevara, con su barba de guerrillero, sus libros y las soflamas de su discursiva interminable, constituyó una pieza fundamental. Entre los vivos fue el segundo eslabón decisivo en el armado de su mentalidad y sus valores, después de las abuelas. Tuvo un rol decisivo como pocos en la base de su cultura política, aunque no haya emulado a su mentor en la militancia marxista.

El nacionalismo radical de Chávez tiene su primera fuente en el tipo de “comunismo” que Ruiz-Guevara heredaba en ese momento del país. Él le transmitió al adolescente una combinación particular del marxismo latinoamericano de la que Venezuela no escapó. No olvidemos que las matrices del marxismo latinoamericano tienen más que ver con la marca browderista de los Partidos Comunistas alimentados por Moscú y por las capitulaciones de la socialdemocracia. Como advierte Perry Anderson, la tradición clasista y anticapitalista del marxismo continental tuvo arraigo allí donde había clase obrera concentrada y alguna corriente marxista preestalinista.

Además de este precedente, las lecciones marxistas de Ruiz-Guevara, en el garaje de Barinas, estaban marcadas por las señales de la derrota de los años sesenta, por la crisis de identidad ideológica en la que quedó postrada la izquierda venezolana y por un particular patriotismo vernáculo bastante primario, basado más en formulaciones estalinistas que en la teoría científica de Marx y Engels. Esto lo señaló varias veces Ludovico Silva, parcialmente Moleiro, entre otros, pero no ha sido sistematizado en una obra

39 Jesús Pérez, entrevistado por Marcano y Barrera en *Chávez sin uniforme*, p. 56.

40 *Habla el comandante*, p. 398.

crítica de escala, como lo hicieron otros autores en Perú, Argentina y Chile, o Perry Anderson para las cinco generaciones del marxismo occidental.

En todo caso, los tres elementos que hemos mencionado le sirvieron al adolescente Chávez para convertirse en un nacionalista radical, no un marxista, aunque su primer guía fuera “un viejo sabio y comunista barinés”.

El ídolo y la muerte como estigma

El ídolo vivo de mayor peso en la formación de su psicodinamia adolescente fue la estrella beisbolera venezolana Isaías “Látigo” Chávez. Desde niño en Sabaneta era su figura mayor, motor del sueño de ser un gran deportista. Maisanta era aún una duda. Lo demás era difuso.

El “Látigo” Chávez murió en un accidente de aviación cuando su joven admirador cruzaba los 14 años, una edad sensitiva para estos sucesos. Este hecho trágico de titulares nacionales permitió develar en Hugo Chávez un rasgo distintivo de su carácter más esencial: la propensión al drama, a la exaltación ideal, al sueño heroico, a la hipérbole oral, a la proyección mediúmnica y a la pasión desbordada por lo que ama. Incluso el sentido de la muerte le entró por el lado de la trasposición trascendental de sus sueños. Este fallecimiento fue el primer quiebre espiritual de su existencia. Sus efectos fueron “demoledores”, como él mismo los llamó. El hecho le reveló corrientes profundas que actuarían sobre su desarrollo personal. Las hemos visto reaparecer en el transcurso de su vida. Tuvo tal contundencia que lo hizo abandonar uno de sus dos sueños: la pintura. Se retiró de la Escuela de Bellas Artes de Barinas en mayo de 1969: “A partir de ahí, el deseo de ser pintor fue desplazado totalmente por el de ser pelotero”⁴¹.

Al mismo tiempo, el duelo lo llevó a su primera exaltación de la muerte, una señal que lo ha acompañado desde siempre, como un signo de su vocación heroica. Como refiere Hugo Francisco Bauzá en *El mito del héroe*, “enfrentarse con la muerte... resulta la gran hazaña del héroe”⁴². Por dos días no quiso salir de su casa, ni ir a clases, ni ver a sus amigos, incluso dejó de comer. Se encerró en un cautiverio individual de martirio donde el muerto parecía él, no su tocayo el pelotero. “Fue como si por un momento me hubiera llegado la muerte”, confiesa en el reportaje *Chávez nuestro*.

41 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., *Chávez nuestro*, Casa Editora Abril, Testimonios Inéditos, La Habana, 2004, p. 323.

42 BAUZÁ, p. 17.

Vivió aquella pérdida con el mismo dramatismo que más de treinta años después le daría a las horas aciagas del golpe de abril de 2002, cuando la soledad del poder perdido lo reencontró con sus fantasmas, desde el sacrificio en las barricadas hasta el suicidio tipo Allende. Todo fue evaluado esa noche de abril. En pocas horas, el silencio y el encuentro mediúmnico con sus héroes tutelares, en un salón de Miraflores, le removieron las corrientes profundas de su conformación adolescente. Esta vez las palabras invocatorias no las puso Chávez, sino su ministro de Planificación y tutor intelectual, Giordani, que dijo, cuando se lo llevaron preso del Palacio de Miraflores: “Es la victoria de la muerte”⁴³. Chávez marcó la fecha de la muerte del ídolo beisbolero cada 16 de marzo durante cinco años seguidos. Más aún, le inventó una oración que rezó en muchas noches de reflexión solitaria en Barinas.

El mismo fantasma aparece en el conocido documental *Con los pobres de la tierra*⁴⁴. Allí habla de su muerte probable pero en una relación constructiva con el movimiento social que lo sostiene en el gobierno: “Yo puedo morir, morir por alguna razón, pero el movimiento tiene que seguir”. En este caso, le da una salida progresiva a la muerte, en un momento en que sus enemigos amenazaban con asesinarlo, luego de la derrota que sufrieron en el Referéndum de agosto de 2004⁴⁵.

En el caso de la muerte de su ídolo deportivo en 1967, no tenía una perspectiva social para evacuar su angustia. Al contrario, a sus 14 años andaba enfrascado entre la duda terrible sobre su bisabuelo y las alteradoras revelaciones ideológicas de José Esteban Ruiz-Guevara. En este primer hecho doloroso debe estar el origen del sentido de la muerte como sacrificio que desarrolló con los años. Su maestro en historia militar, Jacinto Pérez Arcay, se lo descubrió en sus años de cadete. Luego, recordó su manifestación cuando se encontró con Chávez poco después de salir de la cárcel, en 1994: “Él mencionaba mucho la muerte, en el sentido martiano, como un sacrificio... y le dije: ‘Mira Hugo, yo creo que tú te estás enamorando de la muerte. Tienes que mencionarla menos, alejarte un poquito de ella’”⁴⁶.

La muerte se le convirtió en su “compañera de viaje” desde que ingresó a la cárcel, sobre todo desde que salió. Chávez ha contado que pasó casi cuatro años con temor al asesinato. Primero, dentro de la celda, luego en sus años de militancia “ultrosa” de 1995 a 1997. Pero ya le había asomado su rostro pétreo en enero de 1992 cuando un grupo de capitanes que también conspiraban junto a él quisieron ajusticiarlo por “inseguro”, como dijeron. Lo

43 “La Revolución no será transmitida”, Irlanda-Caracas 2003.

44 Ministerio del Poder Popular para la Información y las Comunicaciones, MIPPCI, Caracas, 2005.

45 El 14 de agosto de 2004 se realizó el primer Referéndum Revocatorio de la Presidencia, establecido en la Constitución Bolivariana. Lo exigió la oposición aunque nunca logró la cantidad de votos requerida. Accedió a ese derecho después de un acuerdo mediado por James Carter, en abril de 2004, bajo la presión de una parte de la jefatura parlamentaria del chavismo, liderada por el diputado oportunista Ismael García.

46 *Chávez nuestro*, pp. 80-81.

que no se puede decir es que haya vivido asediado por el riesgo de asesinato, como vivió Fidel Castro hasta comienzos de los años setenta.

En el libro *Cuentos del Arañero*, editado en Caracas por Vadell Hnos. en 2012, donde se recopilan sus graciosos relatos orales en *Aló, Presidente*, sobre su vida provinciana, su infancia y su familia, Chávez se encuentra con la muerte en varias oportunidades, aunque sea en código de humor. El libro comienza con el cuento “del arañero” Chávez, según el cual cuando tenía menos de un año fue casi deglutido en su cuna de bebé por una enorme serpiente que en Venezuela se llama “tragavenao”. A lo largo del libro refiere varias veces sus personales encuentros con la mujer de la guadaña. Como advierten los autores cubanos que hicieron la recopilación, no está descartado que buena parte de esos “cuentos” sea inventada por el propio Chávez, haciéndole honor a su condición de llanero. Como buen cultor de la imaginación y la oralidad, creo que Chávez se habituó a la recreación de sus vivencias, sean estas propias o ajenas, reales o de la imaginación. En su caso constituye un rasgo cultural decorativo sin el cual Chávez no sería Chávez y perdería ese toque divertido, ingenioso, genuino, digamos garciamarquiano, de su vida pública.

Pero nada como el asalto que tuvo a comienzos del mes de junio en La Habana cuando el especialista le informó que tenía cáncer en el bajo vientre. Ese día la realidad, siempre dominante, superó al “sentido martiano” de la muerte, al fantasma de la DISIP siguiendo sus pasos adonde iba, la condena del Estado Mayor y Carlos Andrés Pérez, o la risueña sorpresa de Adán diciendo a la abuela Rosa que Huguito se había muerto jugando.

Esta vez, Hugo Chávez tuvo que ponerse frente a su propio espejo como lo hacen ciertos humanos notables una vez en la vida. Desde ese día cambió un aspecto de su visión del mundo. Él sabe que en adelante será más limitado. Que esa sombra pétreo lo acompañará como a todos los héroes de la historia. Ya no podrá entregar sus energías desatadas para ganar todas las campañas electorales de su gobierno, ni podrá seguir siendo el “alcalde de toda la nación”, como en 2005 Fidel le aconsejó que no siguiera siendo. Que su psicodinamia reducida por el riesgo de muerte incidiría en la dinámica de todo el régimen. El mismo fantasma le dijo al oído que debía modificar su estilo personal de gobernar. Ya no podrá sacar de la cama a ministros o viceministros a las dos de la madrugada para que acudan al Palacio a atender tareas que se le ocurrieron a esa hora, ni desbocarse por los cerros de Caracas atendiendo lo que algunos de sus funcionarios no atienden, y menos someterse a la presión de reuniones internacionales agotadoras.

Si es verdad que la muerte fue una “compañera de viaje” de Chávez desde la muerte perturbadora del “Látigo Chávez”, ahora podría convertirse en una “compañera de vida”, oxímoron que habla de la paradoja de un hombre cuyos desafíos nacionales e internacionales le exigen más vida que la que tiene desde junio de 2011.

Quizá fue eso lo que no pudo evitar: que el mundo viera la noche que leyó de “una sola pasada” el informe político que relataba algunos detalles

de su cáncer. Pocas veces más serio que esa noche, su rostro reflejaba gravedad fáustica. Contradicción ante la presencia inocultable de una enfermedad asociada con la muerte. Aunque muchos, como el ex presidente francés François Mitterrand o el paraguayo Fernando Lugo, pudieron gobernar con esa amenaza en el cuerpo. El de esa noche fue el primer discurso escrito de Chávez en su historia de discursos sin libreto. “Yo no leo discursos”, había dicho a los 24 años en un cuartel de Maracay. Pues la “vida” le jugó una carambola. Quizá, hasta esa noche de espejismos en La Habana, la imagen de la muerte no se le había aparecido vestida de verdad. Estaba obligado a verla de frente, como nos ocurre a todos alguna vez.

Aparentemente, Chávez es consciente del peso de ese elemento en su personalidad: “¿Sabe –les dice a sus entrevistadores cubanos en 2004– que a mí el dolor siempre me ha dado por escribir? Particularmente ese dolor de ausencia definitiva, ese dolor que es espiritual, pero también es físico”⁴⁷. En efecto, en sus poemas más inspirados por el dolor de la muerte, él siempre se coloca como un destinatario.

Es posible que este sentido cercano de la muerte, tan natural en la naturaleza humana, esté más atrás en su memoria personal. Puede ser que le haya nacido el día que lo dieron por muerto de verdad. Ocurrió en Sabaneta, una mañana del Día de Reyes, cuando andaba por los 8 años y había salido con Adán a comprar unos regalos. Iban corriendo por una de las cuatro calles de Sabaneta y, cuando trataron de adelantarse a un camión, Hugo, que corría detrás, se tropezó, cayó y pegó el canto de la nariz contra el filo de una vereda. El prolongado desmayo y la sangre asustaron tanto a Adán que corrió a gritarle a la madre y a la abuela que a “Huguito lo había matado un carro”⁴⁸. Todo el pueblo lo dio por muerto hasta que despertó y siguió viviendo.

Este rasgo dramático que acompaña a Chávez nunca se ha despegado de su buen humor, una mezcla incompatible en otros personajes, salvo en mamadores de gallo y fabuladores similares como Gabriel García Márquez. El 1º de agosto se divirtió mostrando su cabeza rapada por televisión, después de la primera sesión de quimioterapia. Contó, como si estuviera entre amigos y como si no tuviera una enfermedad mortal, que ahora se parecía a Yul Brynner, el famoso actor que le trajo su memoria setentista. “Saldré como Yul Brynner”, dijo, riéndose, delante de sus ministros en un acto oficial de juramentación a dos nuevos titulares del Gabinete. Como casi todo buen acto de humor, sirve como relajante psíquico y como velo del alma.

A sus biógrafos enemigos, Barrera y Marcano, tanto trascendentalismo los convenció de que se trata de un obseso que se cree “señalado por un destino de grandeza”⁴⁹. A pesar de estos biógrafos, la realidad es más simple. En 1971, cuando fue al cementerio caraqueño a “hablar con la tumba” de Isaías “Látigo” Chávez, estaba actuando el mismo muchacho inspirado y mediúm-

47 *Ibíd.*, p. 330.

48 *Ibíd.*, pp. 334-335.

49 *Chávez sin uniforme*, pp. 69-70.

nico que soñaba y proyectaba a los 16 años o el jefe de Estado que acostumbra rememorar esos hechos cada vez que puede. Es el mismo Chávez que va y vuelve por los vericuetos de su historia personal, vericuetos que lo fueron llevando de laberinto en laberinto, desde que escuchó a los 7 años que su bisabuelo había sido un asesino.

Son las mismas razones esenciales que lo convencieron de hacer a los 14 años el primer juramento de su vida, una práctica que veremos aparecer en momentos clave como 1982, 1989, 1992, 2002, 2004 y 2009. El juramento lo proclamó en medio de la oración que le escribió a Isaías Chávez; en ella le prometía “que sería como él”⁵⁰. La historia, especialmente cuando se trata de personalidades, suele ofrecer mutaciones y cambios de apariencia misteriosa. Chávez cambió sus sueños de ser pintor y deportista por el ideal de la política. Eso no estaba previsto en su horóscopo personal. Se le fue apareciendo en su vida en una cadena de circunstancias, personas, lecturas y contextos sociales que él no podía manejar. Dos eslabones clave fueron José Esteban Ruiz-Guevara y su grupo de amigos de Barinas.

50 *Chávez nuestro*, p. 323.

El “grupo barinés”

Doce años después de su ascenso al poder y unos cuarenta desde que se alejó de Barinas, Chávez sigue cultivando la amistad de su primer grupo de amigos, como si fuera un punto de origen. Los vinculaba la música, la copla llanera, el juego del béisbol, las conversaciones interminables en una esquina o en el garaje de los Ruiz-Tirado, las muchachas y, al final de la noche, los cuentos sobre apariciones, lloronas impenitentes, muertes y cortacabezas.

Nunca fue un grupo político de iniciación, pero para un personaje como el que resultó Hugo Chávez cumplió una función similar, aunque fuera más difusa. Fue ahí donde conoció las ideas llamadas “de izquierda”, supo de la existencia de eso que llaman “política”, que Bolívar y Zamora contenían otras cosas que las irradiadas por sus imágenes cuasi religiosas; ahí descubrió que su bisabuelo no había sido un asesino, mejor, que en realidad se trataba de un legendario guerrillero de los llanos, alguien con quien identificarse sin miedo ni vergüenza y que el mundo era más ancho y misterioso que la bucólica Sabaneta de los semerucos.

Chávez desarrolló en esta agrupación uno de sus recursos más usados en la vida y en la política: la oratoria de improvisación. Era uno de los copleros del grupo y, en las tradiciones musicales del llano venezolano, ser coplero significa tener capacidad para imaginar situaciones y hacerlas vivir en frases rimadas en cuarteto, a veces en sexteto. Cantaba joropos, pasajes y corridos en las casas, en alguna esquina del barrio, en el liceo y con mucha frecuencia en la plaza que ellos mismos cuidaban y pintaban, frente a la casa de Chávez. No tenía formación musical ni se destacaba por ello, pero las letras se las aprendía de memoria con facilidad. Esta es otra de las características que luego cultivó en la actividad pública. Muchas veces Chávez inventaba las letras de las canciones, soltando su facultad creativa, esa que Leonardo Ruiz-Tirado percibió como la de un poeta.

En 2004, durante una charla en la Universidad de Madres de Plaza de Mayo, en Buenos Aires, un admirador ocioso pero metódico llevó la cuenta de autores y países que recorrió en las dos horas que habló sin parar con su

mano izquierda apoyada en el hombro derecho de Hebe de Bonafini. El resultado fue una lista que lo sorprendió: 17 políticos, 5 filósofos de la antigüedad, 2 poetas, 5 ministros de su gabinete, 4 presidentes latinoamericanos y 22 escenarios donde recreaba los cuentos que echaba sobre ellos⁵¹. Esta matemática de la memoria de Chávez nos recuerda la impresión que le dio a Gabriel García Márquez en 1999, cuando habló con él en un avión que los traía a Caracas: “Tiene un gran sentido del manejo del tiempo y una memoria con algo de sobrenatural que le permite recitar de memoria poemas de Neruda o Whitman, y páginas enteras de Rómulo Gallegos”⁵².

El de Barinas no era un grupo formal, institucionalizado. Esto impide definirlo como un grupo “político” o “cultural” de esos que abundaban en aquellos años adonde uno acudía con curiosidad para iniciarse en política. Para él, un “venao” de Sabaneta, tímido y soñador, resultó un sucedáneo de varias fuentes formativas a la vez. En sus encuentros aprendió los principales valores de la vida social a través de la amistad y los primeros tanteos del compromiso social. Entre los 14 y los 17 años participó de actividades de propaganda política o asistió a marchas y actos de la izquierda local. Pero no significó una relación regular ni orgánica.

Su padre, que era miembro del partido socialcristiano COPEI, y anduvo un rato por el nacionalista Movimiento Electoral del Pueblo, no influyó ideológicamente en Chávez, lo que sugiere una débil relación entre hijo y padre. Ni siquiera el activismo de algunos de sus mejores amigos, dentro y fuera de la familia Ruiz-Tirado, lo motivaron a ingresar a una de las células de la Juventud Comunista, la única izquierda organizada en Barinas a finales de los sesenta.

Uno de esos activistas fue Rafael Simón, organizador de la JC, una personalidad sólida a corta edad que dirigía con soltura la agrupación juvenil; otro fue Wladimir Ruiz-Tirado, que estaba bien formado en algunos libros marxistas de su padre e influyó bastante en el curso izquierdista que siguió Adán en el MIR y en el PRV luego, también en Chávez de otra manera. Ambos, Rafael Simón y Wladimir, constituyeron referencias muy cercanas para el joven Chávez. Muchas veces salió con ellos a pegar afiches, a escuchar algunas charlas o a “tirar piedras” contra la guerra de Vietnam, que era un motivo frecuente. O cuando había que repudiar acciones represivas de la democracia venezolana, que cada tanto asesinaba dirigentes opositores de izquierda y derecha.

Un muchacho perdido en la historia de Chávez, con el que compartió “la política” en sus años adolescentes, fue Enrique Caballero, aunque no pertenecía al “grupo” ni participaba de las tertulias en la casa de Ruiz-Guevara. Caballero vivió tres años en la casa de los Chávez. Su condición de “venao” pobre venido de otro pueblito del interior de Barinas lo llevó, favorecido por

51 José Luis Delpino, estudiante de sociología, miembro de la Asamblea de Parque Rivadavia, Buenos Aires, 25 de mayo de 2004.

52 “El enigma de los dos Chávez”, revista *Cambio de Colombia*, Bogotá, febrero de 1999.

las relaciones de amistad entre sus familias, a compartir un cuarto en el hogar de Hugo. A finales de los años sesenta se convirtió en presidente del Centro de Estudiantes del O’Leary. Se hizo de izquierda, aunque él mismo confiesa que estaba bastante influido por el partido socialcristiano COPEI. Solía sostener largas conversaciones con Hugo en su cuarto. Hablaban de política, de chicas y de sueños revolucionarios, nada extraordinario en una generación cuyo segmento de izquierda cultivó ídolos, héroes y utopías. En la conversación que sostuve con Caballero en un viejo bar de Barinas en 2005, recordó con facilidad las conversaciones que hacían en el cuarto sobre “la revolución” y “el pensamiento universalista de unidad latinoamericana”:

Comenzábamos a hablar de la revolución y terminábamos hablando de Bolívar. Eso era inevitable con Hugo, él siempre andaba hablando de Simón Bolívar, de Ezequiel Zamora, de Francisco de Miranda, a veces los cruzaba con cosas y alguna frase de un libro del marxismo, pero siempre terminábamos en Bolívar⁵³.

Por esos años Chávez comenzó a manifestar cierta tendencia a la angustia neurótica que lo hacía hablar sin control del tiempo, una de las características que lo acompañan sin remedio hasta la fecha. Este rasgo completó su desarrollo durante la larga conspiración. Nos contó Caballero algunas conversaciones de tres y cuatro horas encerrados en el cuarto, solo alteradas por el hambre. Comenzaban hablando ambos, como en todo diálogo, “pero al rato, yo terminaba escuchándolo el resto del tiempo. Hablaba y hablaba sin descanso. Muchas veces él no se daba cuenta de que yo me había quedado dormido, y seguía hablando”⁵⁴. Esa ansiedad y necesidad de expresarse, con preocupaciones sin respuesta en su cabeza, lo llevaban a la expansión oral y al hábito de explicar todo sin medirse nada.

A estas alturas de su ingreso a la vida social y política en Barinas, su desarrollo ideológico había adoptado algunas definiciones clave para comprender al Chávez posterior. Entre los 15 y los 17 años ya se le había metido en la cabeza la idea de una revolución en Venezuela. La abrevó en forma empírica, difusa, sin ningún sostén teórico ni referencia histórica. Más bien se alimentó de un complejo de hechos e informaciones políticas que para él representaban señales de algo que no podía definir por completo, aunque estaba seguro de una cosa: la cosa se llamaba *revolución*.

El curso de las vidas personales seguido por los miembros del grupo barinés hizo que tuvieran destinos distintos, no solo en sus cabezas. Es interesante saber que, teniendo todos las mismas fuentes, ambiente, mentor y actividades, a sus amigos los condujo al enrolamiento militante en agrupaciones de la izquierda, mientras que a él lo llevaron por otro camino.

53 E. Caballero, entrevista con el autor, Barinas, octubre de 2005.

54 Ibid.

Amigos y de izquierda

Todo indica que durante la adolescencia sus energías estuvieron concentradas en tres o cuatro zonas vitales de su existencia: el béisbol, la escuela de pintura, entre los 12 y los 14 años, y los estudios secundarios. Podríamos agregar otra. Al poco tiempo, sobre los 14 y 15 años, fue cayendo víctima de la ingobernable seducción de la lectura. Un hábito aprendido en Sabaneta en la familia y en la escuela, pero consolidado en Barinas en la biblioteca de Ruiz-Guevara, entre otras razones por el peso que tuvo él en su formación.

Su pasión por leer libros se desarrolló bajo modalidades obsesivas, “leía todo lo que caía en mis manos sin orden ni sistema”, ha confesado varias veces. Quizá buscaba en ellos lo que no encontraba en la realidad política nacional, dominada en esos años por la derrota y la capitulación de las guerrillas. Quizá porque le contenía —o expandía en la ficción del acto de leer— al poeta que llevaba por dentro y no sabía como hacer andar. O, quién sabe, por la simple razón de que los libros alimentaban sus sueños de progreso y las proyecciones en sus ídolos. Es probable que haya operado una combinación desigual de esas tres motivaciones. Lo cierto es que comenzó a manifestarse en él un aceleramiento mental con toques obsesivos en sus relaciones con los amigos y los libros. Una suerte de ansiedad sin regulación, provocada por la afanosa necesidad de saber todo al mismo tiempo, la irrefrenable pasión beisbolera y su creciente devoción por héroes nacionales. Una proyección tras otra en una generación que vivía imaginando futuros.

José Esteban Ruiz-Guevara fue fundamental en el hábito de la lectura desde su casa-ateneo, no hay duda. Pero también fue alimentado desde fuentes más sociales, como el liceo, los amigos y la prensa, que traía noticias como las que suele recordar Chávez en sus frecuentes alocuciones presidenciales.

La cultura política mediática de esa generación explica que el Chávez de 50 años o más recuerde imágenes políticas imperecederas de aquellos tiempos, difundidas por los noticieros de radio y televisión, dos fuentes inevitables a la hora de valorar a alguien como él. “Había una gran discusión política y muchas lecturas. Ahí me fui interesando por el tema social...”, les dijo a los autores de *Chávez nuestro*, y agrega esta imagen de su memoria, que mejor es creérsela porque no hay manera de saber si fue real:

En 1967 tenía 13 años y estaba en el primer año de bachillerato, en Barinas... La palabra guerrilla, como les dije, nos era muy familiar. En algún momento uno oyó hablar de Fidel y del Che, y no lo olvidé más... Recuerdo haber escuchado por radio que el Che estaba rodeado en Bolivia⁵⁵.

Aquel grupo de barrio al que perteneció Chávez se fundió con las conversaciones interminables en clubes sociales como el Noches de Hungría y otros, y un sentido de pertenencia generacional y telúrico, propio en gente

55 *Chávez nuestro*, pp. 336-338.

de provincias aisladas. No es una casualidad que ese grupo humano sea el único con el que no ha sufrido rupturas dolorosas hasta comienzos del año 2011. Sigue compartiendo con ellos las viejas canciones llaneras que los juntaron en el barrio de Barinas y los recuerdos adolescentes como si fuera ayer. Chávez, ya presidente, suele sorprender a sus amigos en el lugar del mundo donde estén, con una llamada telefónica que comienza con un joropo o un pasaje llanero a las seis de la mañana⁵⁶.

De los siete amigos con los que se formó en este grupo de Barinas, todos hicieron militancia política, mucho o poco, en alguna organización de la izquierda venezolana. Wladimir Bustamante, dos años mayor que él se hizo pedagogo, pero militó en la Juventud Comunista, al igual que Wladimir Ruiz-Tirado y su hermano Federico, que también se hicieron miembros de la organización estalinista por poco tiempo. Poco después, estos dos hermanos junto con su padre fundaron en Barinas la emergente organización Causa R, otra de las derivaciones nacionalistas del Partido Comunista a finales de 1970. A mediados de los setenta, el inquieto suboficial Chávez se reunió con el gurú de la Causa R, el ex cuadro guerrillero comunista Alfredo Maneiro en un apartamento de Maracay. Federico Ruiz-Tirado sostiene que fue él quien los juntó, pero otras fuentes dicen lo contrario. Maneiro es una de las líneas de continuidad entre una y otra etapa de la embarazosa vida política de Hugo Chávez. Además de recordarlo cada vez que la ocasión lo demanda, varias instituciones llevan su nombre. La colección de ensayo de la editorial más grande del Estado, El Perro y la Rana, le rinde homenaje.

Iván Mendoza, técnico de profesión, con la misma edad de Chávez, fue miembro del MIR. Desde 1999 lo acompaña en el gobierno. Le sigue Jesús Pérez, geógrafo egresado de una universidad de Francia, que también militó en el partido fundado por Domingo Alberto Rangel, Sáenz Mérida y Moleiro. Luego ingresó a la Causa R, partido del que fue corresponsal en París. Pérez mantuvo relaciones laterales con algunas corrientes del trotskismo galo que le sirvieron para contarle a Chávez, desde mediados de los noventa, que existía una teoría llamada de la “Revolución Permanente” y un tipo al que le habían clavado una piqueta de alpinista en la cabeza por pensar diferente.

Luego tenemos a Wilfredo Rodríguez, un izquierdista sin partido como Chávez, conocido en el grupo de Barinas como “el gran jodedor”, el que los hacía reír a toda hora con sus chistes, sátiras y chanzas casi patológicas. Por último, Ángel Rodríguez, graduado de médico, en 2005 dirigía un hospital caraqueño, pero en sus años mozos también pasó por el MIR.

Por supuesto, no puede faltar en este retrato ideológico su hermano Adán. Primero militó en el MIR, luego se fue a un grupo más radical llamado en su momento PRV-Ruptura, derivado de la guerrilla, conducido por el sempiterno Douglas Bravo. Chávez reivindica la influencia de su hermano mayor como determinante en el curso que tomó su vida política⁵⁷. Sin embargo, cuando

56 Federico Ruiz-Tirado, entrevista con el autor, Buenos Aires, abril de 2005.

57 *Chávez nuestro*, p. 336.

enhebramos su historia formativa, Adán aparece como un eslabón de fuerte rasgo sentimental, más que en lo ideológico. Sus fuentes políticas en esta parte de su vida se encadenaron de una manera más compleja.

Una característica de Hugo Chávez, vista a la distancia de aquella etapa adolescente, con su grupo de amigos todos de izquierda, es que él prefirió asumir una conducta sincrética. Tomó lo que más le entusiasmaba de cada una de las ideologías que conocía. Y así comenzó su propio camino entre la penumbra.

Aquellas *Noches de Hungría*

Un escenario referente en esta fase de su desarrollo fue el club Noches de Hungría, evocativo centro de diversión del pueblo de Barinas en los años sesenta. Así lo recuerda el propio Chávez:

Me sentía muy bien en ese grupo. Nos íbamos, por ejemplo, a un bar de muchachos, cerca de la casa de mi mamá. Particularmente a uno que se llamaba Noches de Hungría, o el Capanaparo, donde cantaba Betsaida Volcán, una mujer bellísima. Estaba naciendo el MAS y yo andaba por ahí⁵⁸.

Sus amigos suelen recordarlo como un espacio de diversión donde volcaban sus preocupaciones, inquietudes sociales y deseos, que en los hechos se constituyó en un refugio libre de su despertar político e intelectual. No era el único club o bar al que asistían, pero sí el que dejó una marca simbólica en sus memorias. Y eso no es un hecho casual. Durante los años cincuenta y sesenta fue el principal centro de encuentro de las clases medias emergentes de Barinas, sus alrededores y el piedemonte andino. Por allí pasó, conversó, jugó, negoció, amó, soñó y vivió melancolías del amor lo más granado de la clase profesional. Los visitantes traían, transportaban o colaban noticias de todo tipo del orden local, nacional e internacional, todo, claro, entre cerveza y cerveza.

“Papa Blas”, uno de sus asiduos visitantes desde hace cuatro décadas (en aquel tiempo le decían “el bachaco” por su pelo medio rojizo), nos contó en 2005, junto a su esposa Mercedes Navarro Valero, “Mechi”, que el club Noches de Hungría era el lugar preferido de “gente importante que pasaba por Barinas”. Recordaron a los reconocidos abogados Tamayo, Plinio Angulo Urdaneta y Nelson Villafañe, a “Tuco Goyo”, el líder estudiantil de la ciudad. Otro que frecuentaba el club era Alfonso Gil, un conocido músico que algunas veces se encontraba con Anselmo López, una gloria musical de Ve-

58 *Habla el comandante*, p. 345.

nezuela, mejor conocido como “El rey de la bandola”. También figuran en sus memorias el padre del gobernador de Barinas en ese tiempo, Don Carrero; el doctor Orsini, que había sido un cuadro guerrillero del PC; el “Indio” Tapia, adinerado dueño de una finca de la familia del autor de la novela histórica *Maisanta, el último hombre a caballo*, o los comerciantes Pedro Mateo y Flavio Vázquez y el médico Almarza Chávez, al parecer un familiar lejano de los Reyes Chávez. El toque de “clase media” del club social Noches de Hungría se lo daban los ingenieros, técnicos y músicos de la multinacional Mobil Oil, que buscaban crudo al norte de Barinas y regocijo en este viejo bar casi mítico.

Durante los años setenta y parte de los ochenta, también fue escenario de algunas conversaciones conspirativas cuyo centro era Hugo Chávez, un oficial tan extraño a su casta militar que no tenía empacho en volver al bar de sus sueños juveniles con sus amigos de siempre. Esa identidad política, ética y cultural tuvo ese bar como un lugar de expresión. No fue el único, simplemente el que más quedó en la memoria del grupo. Siguió yendo en uniforme muchas veces. Como la mayoría de los oficiales de las Fuerzas Armadas venezolanas, no entendía mucho la distinción entre la vida de élite bélica que llevaba en la Academia Militar y la otra, la de su condición de muchacho de pueblo. Sus amigos siguieron siendo los mismos y las conversaciones sobre muchachas, ideas izquierdistas y joropos también.

Federico Ruiz-Tirado recordó en 2005 que fue en ese lugar donde algunas veces Chávez le había dado colaboración financiera para la Causa R en 1975. Ya era subteniente de artillería y llegó a Barinas. Y como era inevitable, se juntaba con sus amigos en esos fines de semanas de permiso que volvía a su casa. Recuerda un sábado en particular, uno en que salieron varios de ellos y se fueron al bar Noches de Hungría a tomar cerveza, escuchar corridos y jugar bolas criollas. Federico, que entonces entregaba sus energías a la construcción de ese partido medio laborista, medio nacionalista, le pidió “una contribución para la causa” y el subteniente le entregó 50 bolívares del sueldo que le había pagado las Fuerzas Armadas de la nación. Esa suma puede sonar a nada en la Venezuela de hoy; pero en 1975 era casi la cuarta parte de un salario mínimo nacional, que no pasaba de los 450 bolos, según el último decreto del presidente de entonces, Carlos Andrés Pérez. “A él no le importó adónde iba, aunque yo le expliqué para qué era. Para él estaba bien porque iba para la izquierda y porque se la pedía un amigo”⁵⁹.

Cuarenta años después de aquel hecho, la Causa R casi no existe y la que existe se pasó a la oposición de derecha. Pero el hecho es significativo de varias señales de lo que vino después. Un cuadro de las Fuerzas Armadas compartiendo con sus viejos amigos del barrio, que además ya eran izquierdistas, peor, que le pedían plata para mantener la militancia, y el colmo, que él se las daba gustoso. Lo mismo han contado otros ex oficiales que comandaron el golpe, como Jesús Urdaneta Hernández, Yoel Acosta y

59 GUERRERO, M. E., Federico R. Tirado, entrevista, Buenos Aires, 2005.

Luis Valderrama, en los libros-reportaje que les hizo el historiador Agustín Blanco Muñoz. El único de los conjurados que no ha contado algo parecido es el general Isaías Baduel. Por supuesto, muchos otros oficiales “normales” hicieron su carrera militar hasta la más alta graduación tomando cerveza con sus amigos en el barrio pobre del que surgieron. Pero hubo una camada de oficiales, tan venezolanos y humildes como estos, que decidieron compartir sus vidas en otros ambientes, más de clase media, en urbanizaciones apartadas, en clubes exclusivos o en lugares más sórdidos de la corrupción y los negociados. Hubo de todo, pero predominó lo primero, eso que desde 1999 es oficialmente “normal” en la vida social venezolana.

El club Noches de Hungría sufrió un cambio degenerativo similar, *mutatis mutandi*, a aquel partido que un sábado de cervezas de 1975 le pidió a Chávez 50 bolívares. En 2005 al bar lo encontramos casi abandonado y silencioso, habitado por recuerdos y algunos visitantes que de vez en cuando aparecen como si fueran fantasmas. Son los mismos espectros que pululan entre los dos árboles de mango y mamón que siguen de pie cuarenta años después. Miran en silencio la desaparición del semeruco y el caney con los que compartieron los casi 400 metros cuadrados del predio donde está la cancha de bolas de 140 metros de largo. En el mostrador, bajo un desvencijado techo de zinc, lamenta su soledad una mesa de pool y otras mesas con sillas blancas, sucias, rotas y sin botellas de cerveza. Esperan visitantes que ya no vuelven al orondo club de la vieja clase media barinés. En un rincón sobrevive enmudecida la vieja rocola *Victor* de discos de pasta y teclado codificado. En cada tecla, una letra y un número señalaban una canción.

Después de que Hugo Chávez se hizo presidente comenzó la mitificación de casi todo lo relacionado con su pasado. Era como si las cosas y lugares que tocó cobraban presencia. Uno de esos mitos podemos llamarlo “la rocola conspirativa de Noches de Hungría”. El cuento me lo echó Federico en Buenos Aires en 2005, y dice que Chávez había iniciado su primera práctica “conspirativa” en las rocolas *Victor* de Barinas. Los miembros del “grupo barinés” marcaban sus canciones preferidas con teclas que estaban codificadas, como en cualquier rocola de la época. Alguien inventó que el joropo preferido de Chávez, al parecer uno cantado por Eneas Perdomo que narraba el dolor por la mujer perdida, se marcaba con la tecla “F4”. A Federico como a otros y otras que se enteraron de esta divertida fábula chavista, les pareció un designio, una señal, un anuncio de que ese iba a ser el día y el mes de la rebelión militar de 1992. Solo faltaba que implicaran a Eneas Perdomo, desaparecido para siempre en marzo de 2004, en la fulana conspiración anunciada del bar Noches de Hungría⁶⁰.

La marca cultural de aquellos años se puede sentir en los pasillos del poder en Venezuela. El “grupo barinés” es conocido como uno de los entornos político-personales más cercanos al presidente y quizá uno en los que más confía. Algo así se puede encontrar en su relación con sus camaradas mili-

60 Ibid.

tares o, como lo llaman en los pasillos de la política venezolana, “el partido militar”. Es donde él se siente más cómodo. Algunos de los miembros de este histórico grupo de “venaos” convertidos en importantes funcionarios cumplen tareas en el exterior o en provincias. Ninguno, esté donde esté y haga lo que haga, se sorprendería si en la madrugada de un domingo suena el teléfono y, sin mediar saludo, escucha la voz del presidente de Venezuela cantándole un joropo antes de pasar a los asuntos de Estado.

La marca generacional

Chávez es una construcción particular de su generación de pertenencia. Con sus defectos y virtudes, pero con sus valores y marcas. Su nacionalismo con débiles raíces de marxismo nació en ese tronco temporal de la sociedad venezolana. Tres elementos sirvieron de base. Combinó señales de la crisis ideológica de la izquierda a finales de la década del sesenta, la adopción de Simón Bolívar y su ideario como santo de expiación de culpas y, finalmente, el paso fugaz de una “moda socialista” por Venezuela a mediados de la década del setenta.

En el tránsito cultural que va de finales de los años sesenta a comienzos de los setenta, era común encontrarse en Venezuela con miles de jóvenes ansiosos de crecimiento personal e intelectual. También era común que no tuvieran espacios profesionales o culturales de realización y los encontrarán en la izquierda. Se trataba de una franja minoritaria de jóvenes con interés por la vida política y artística. Se componía de sectores de clase media estudiantil, profesional y de barrios pobres de la capital y de ciudades grandes del interior. Nuestra generación conformaba una capa avanzada dentro de esa generación, el último filón romántico del siglo XX, antes de ingresar a la decadencia posmoderna y neoliberal.

Reflejábamos una expresión social, a escala generacional, de la redefinición que vivían la sociedad venezolana y su Estado nación. Sus efectos culturales fueron múltiples y diversos. La democracia bipartidista del Pacto de Punto Fijo superaba los doce años, cerrando la era inestable de golpes y dictaduras militares. Esto, que fue progresivo, se logró sobre hechos reaccionarios: un reforzado dominio económico y político de Estados Unidos; la sobreexplotación de la clase trabajadora regimentada por una nueva burocracia sindical; la marginación de los campesinos, mujeres e indios, convertidos en parias: una parte de ellos pobló los cerros caraqueños abarrotándolos de miseria. La delincuencia se convirtió en endemia ciudadana, como pasó en las ciudades emergentes del capitalismo europeo de los siglos XVIII y XIX.

El retroceso en la resistencia social en las vanguardias de izquierda permitió que reinara la “paz social” que tanto buscaban el imperialismo, los capitalistas y sus dos partidos principales. El control de la burguesía se concentró utilizando las instituciones tradicionales. Pero desde mediados de los sesenta se agregó una que le permitió llevar a casi todo el país en forma

simultánea las redes de sujeción de las almas y los cuerpos: los medios de comunicación. Sobre todo la televisión, que entre 1969 y 1975 multiplicó 17 veces sus usuarios en las ciudades venezolanas, según *World Media*. Rafael Caldera, presidente en esos años de tránsito, sintetizó esa configuración del país con una frase narcisista en un discurso en las Naciones Unidas, en 1972: “Venezuela es la *show-window* de América Latina”. Se la creyeron hasta que llegó *el Caracazo*. Esta estabilidad general del capitalismo venezolano permitió un hecho determinante que sirvió a la conformación de la biografía política de Hugo Chávez.

Desde 1971 el Estado decidió abandonar la vieja concepción de Escuela de Guerra por la de Academia para formar licenciados en ciencias y artes militares. Ese cambio de carácter de la institución fundamental del sistema de dominación burguesa era inexplicable sin la seguridad que sentía el Pentágono en Venezuela. No por casualidad, más bien a causa de esa confianza que el régimen bipartidista le daba a Washington, había suspendido sus funciones la oficina del Departamento de Estado dedicada a monitorear nuestro país desde mediados del siglo XX⁶¹.

Ese fue uno de los senderos que facilitaron la conspiración cuartelaria de oficiales como Willian Izarra, Arias Cárdenas o Chávez. Él mismo lo definió como uno de los “dos acontecimientos que dispararon en mí una vocación política”. En realidad, el proceso personal fue más complejo, pero sin duda la nueva Academia, su currículo de estudios y la liberalización de su vida profesional fueron un vehículo fundamental. Sus promotores no lo podían prever pero funcionó así. El cambio de diseño para formar oficiales de las fuerzas armadas y la mentalidad de los nuevos tipos de cuadros que comenzaron a salir fueron de las costuras principales que se le descosían al control imperialista del país⁶².

Ráfagas de “socialismo petrolero”

La juventud que despertaba a la política y a la vida social, cerca de 1970, sufrió los impactos de esas rupturas y reconstrucciones, en medio de la resistencia social y cultural que transitaba. A finales de los años sesenta comenzaron a surgir núcleos de iniciación política por todos lados, dentro y fuera de las universidades, sobre todo en los barrios de Caracas, Maracay, Valencia, Barquisimeto, Mérida y Maracaibo. De hecho, nutrió varios partidos importantes de la izquierda. Un verdadero efluvio de expresiones marginales en el arte y la política.

Esta reacción social tuvo el valor de contener la dispersión que conlleva toda derrota política. La resurrección de la izquierda en forma de “moda socialista” nacional fue acompañada de su multiplicación en decenas de nuevas organizaciones surgidas de dos matrices ya perimidas: el PCV (Partido

61 Diario *El Cronista*, contratapa, Buenos Aires, 1998.

62 *Chávez nuestro*, p. 337.

Comunista de Venezuela) y el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). En Venezuela aparecieron treinta y dos agrupaciones de izquierda entre 1967 y 1973⁶³.

Una primera respuesta nacional fue el surgimiento del frente electoral del Movimiento al Socialismo, el Movimiento Electoral del Pueblo, el MIR y una decena de agrupaciones menores. Si bien tuvo un carácter “institucionalizador”, funcionó como un espacio social y cultural por donde una parte grande de los que bordeábamos los 20 años hicimos nuestras primeras lecciones de anticapitalismo.

Buena parte de lo mejor de la intelectualidad del país ingresó a ese frente político electoral. Otros prefirieron organizaciones menores como la Liga Socialista, la Causa R, el PRV (Partido de la Revolución Venezolana), incluso Bandera Roja mientras cumplió su turno ultraizquierdista. La mayoría de estas organizaciones expresaron esa moda renovadora.

La izquierda que renacía se sirvió de las luces y el prestigio de figuras insuperables, como el poeta Aquiles Nazoa y su hermano Aníbal, los cantautores Alí Primera, Soledad Bravo, Lilia Vera, Cecilia Tod, el filósofo-poeta Ludovico Silva, los economistas Maza Zavala, Silva Michelena, el novelista Orlando Araujo, el historiador Manuel Caballero, el filósofo Maiz Vallenilla y otros poetas y narradores fulgurantes de esa generación.

Las principales figuras políticas provenían de las jerarquías del PCV y de AD, más tarde convertidos algunos en comandantes guerrilleros, otros en personalidades intelectuales de la izquierda: Teodoro y Luben Petkoff, Simón Sáez Mérida, Domingo Alberto Rangel, Moisés Moleiro, Pompeyo Márquez, Guillermo García Ponce, Pedro Duno, Douglas Bravo, Américo Martín, Francisco Prada, entre otros. En 1970 caminaban por las calles como héroes sesentistas, derrotados pero no vencidos. En realidad, algunos de ellos ya lo estaban, pero a comienzos de los setenta daban sus últimos suspiros inspirados en las ideas de Marx o en la Revolución Cubana.

Junto a ellos, varios de los más encumbrados artistas plásticos colaboraban a darle respeto intelectual y autoridad a aquella generación brillante: Jesús Soto, Jacobo Borges, Carlos Cruz Diez, Rafael Rengifo, Mateo Manaure, el poeta Valera Mora, Cabrujas, Chocrón, Santana o Ibsen y otros. También una decena de sacerdotes terciaristas, el más reluciente fue el intelectual jesuita Joaquín Marta Sosa, director de la revista *SIC*, aunque hubo otros más avanzados que abrazaron el marxismo. Hasta directores sinfónicos se entusiasmaron con la nueva ola socialista. Un intelectual que no es venezolano de nacimiento es el filósofo y sociólogo marxista argentino Hugo Calello, quien recaló en Caracas en 1967 cuando lo echó la dictadura de Onganía en la “Noche de los bastones largos”. En 2005 Chávez saludó a este académico reconocido en las universidades venezolanas durante ca-

63 GUERRERO, M. E., “La vieja y la nueva izquierda”, monografía, Maracay, PST, 1984. Ver también *La Izquierda, una autocrítica perpetua*, P. Heydra, UCV, Caracas, pp. 232-240.

si treinta años. En un *Aló, Presidente* emitido desde el pueblo de Jusepín, Chávez recordó el libro de Calello *Ideología y neocolonialismo* escrito en Venezuela, que había leído en la cárcel de Yare. “Chávez me sorprendió cuando aludió a este viejo libro”, me contó Hugo Calello en Buenos Aires en 2011. Él había sido invitado a esa emisión del programa presidencial. “Yo sabía que le gustaba leer de estas cosas, pero no que se interesaba por una visión marxista de este problema; me sorprendió”.

Chávez, como la mayoría de la generación que pisó los setenta con más de 15 años a cuestas, los tuvo como referencias ideológicas. Los jefes políticos se estaban moderando e institucionalizando en su mayoría, pero, en contradicción consigo mismos, ayudaron a formar a la generación del setenta en las ideas generales del socialismo. Quién no recuerda los debates o charlas de Moleiro, Teodoro o Domingo Alberto sobre los problemas clave del momento. No por casualidad el líder bolivariano suele recordarlos en algunas ocasiones, leer citas de algunos de ellos o expresarles sus respetos, como ha hecho con Domingo Alberto a pesar de que es su adversario. Incluso, que Teodoro Petkoff sea el “guía espiritual” de la oposición de derecha venezolana es una expresión del mismo fenómeno generacional que relatamos, pero por su lado grotesco.

La influencia de la moda socialista venezolana fue tal que personalidades internacionales de aquellos años, como Mikis Teodorakis, García Márquez, Vargas Llosa (aunque Ud. no lo crea), Atahualpa Yupanqui, visitaron Caracas para colaborar con sus virtudes artísticas o dinero. El novelista colombiano, por ejemplo, donó sus 100.000 dólares del premio Rómulo Gallegos de 1973 a la campaña electoral del MAS-MIR. El candidato fue el periodista José Vicente Rangel, un hilo de continuidad con esa generación, como decenas de esa generación que han ocupado cargos. Rangel fue ministro y vicepresidente de Chávez hasta enero de 2007. En la vida de Chávez siempre se podrán encontrar nudos de relación con el pasado setentista y su generación de izquierda. Sus tres presidencias consecutivas están enhebradas con personajes de ambos tiempos. Son los hilos de Ariadna de sus laberintos, aunque en varios casos han resultado más bien sus minotauros.

Con la “marea socialista” de los setenta se llenaban la Plaza de Toros de Caracas y plazas del interior con apenas dos o tres días de convocatoria. Esa corriente permitió meter docenas de diputados nacionales y regionales en dos elecciones seguidas y generó una nueva vanguardia estudiantil y, en menor medida, en la juventud sindical. La más importante expresión heredada del clasismo de aquellos años es la corriente obrerista revolucionaria conocida hoy como Marea Socialista, otro hilo de continuidad positiva. Varias prominentes figuras de AD y COPEI fueron abrazadas por esa moda. Lo sorprendente es que después de su derrota y, en medio de la dispersión, la izquierda logró entusiasmar detrás de la palabra *socialismo* a medio millón de venezolanos. Más del 12% del total sufragado en 1973. Cinco años atrás solo había obtenido 188.000 votos, menos del 4%. “Los éxitos obtenidos por el

MAS lo llevaría a hablar de ruptura de la polarización, de un nuevo cuadro político del país”⁶⁴.

Una expresión juvenil de masas que animó a nuestra generación fue la consigna que pintábamos en las franelas, en las paredes y en las tapas de los cuadernos escolares: “Soy socialista ¿y qué?”. Una irreverencia de acomodamiento en la transición. La “moda socialista” de Venezuela no fue un invento local. Además de reflejar al eurocomunismo como una expresión progresiva en nuestro país, esa corriente, contradictoriamente, era una adaptación a los Estados imperialistas de Europa. Venezuela estaba sometida al bombardeo de acontecimientos cruciales en el escenario internacional, sobre todo provenientes del vecindario latinoamericano. Nuestro continente era un hervidero social y político, junto con Asia y África. En Europa y Estados Unidos la juventud y las mujeres levantaban polvaredas antibélicas y liberadoras del sexo y la cultura. Grandes movilizaciones juveniles contra la guerra de Vietnam, la revolución cultural generacional definida como la “radicalización mundial de la juventud”, el movimiento *hippie*, el *rock*, el *reggae*, el nuevo folclore latinoamericano. Algunas señales fueron la crisis del marxismo internacional y sus organizaciones tradicionales, los OC y los PS; la emergencia de los nuevos intelectuales marxistas que rompían con la URSS por los Gulags y la invasión a Checoslovaquia; el sacrificio del Che en Bolivia; el apoyo de Pekín a Pinochet en 1973 y a la derechista UNITA en Angola, donde las tropas cubanas les hacían frente con el MPLA, aunque cometieron el error de compartir la protección de los pozos petroleros de Rockefeller; también fue una señal el respaldo de Moscú a Videla en 1976 y el lamentable silencio de La Habana. Sensaciones e impactos sobre la estructura de ideales de los que hacían vida política y artística.

La izquierda venezolana vivía una crisis con causas bien terrenales. Se trataba de jalones políticos capaces de alterar el más acerado sistema nervioso. Fue lo que alguien llamó “la década loca” de los sesenta, que en realidad fue una década rara: se prolongó hasta mediados de los setenta.

Los dos componentes de la “Venezuela saudita” (estabilidad económica y control social capitalista), así como su reverso, el “socialismo petrolero” o socialismo “institucionalizado” —como diría Mészáros en *Más allá del capital*—, facilitaron el desarrollo de la más amplia resistencia cultural que había vivido el país desde la Generación de 1928. Esta fue la expresión venezolana de la generación de Chávez. A ella le tocó atravesar el puente entre los sesenta y los setenta y se formó sobre él, con toda la inestabilidad que se siente al atravesar un puente. Ese bamboleo se reflejó sobre todo en lo ideológico. Sin embargo, a pesar de sus máculas, este tránsito generacional tuvo el mérito de haber prohijado la última camada de izquierda marxista venezolana del siglo anterior.

Hubo que esperar otra generación para el alumbramiento histórico que trajeron la insurrección del Caracazo en 1989 y el alzamiento militar nacionalista de 1992. Esta vez la marca no fue el marxismo. Es cierto. Sin embar-

64 HEYDRA, P., Ediciones UCV, Caracas, 1979, pp. 232-240.

go, la paradoja quiso que fuera un nacionalista vernáculo y bien provinciano como Chávez quien instalara de nuevo en Venezuela las dos ideas rectoras del marxismo: la revolución y el ideal socialista. Una paradoja sobre otra paradoja.

La izquierda venezolana vivió durante el siglo XX siete momentos cruciales: 1928, 1945, 1958, 1989, 1992, 1998 y 2002. Entre la primera fecha y la segunda, una insurrección estudiantil y varias crisis políticas condujeron a la formación de los partidos modernos: AD, URD, el PCV y COPEI, cuatro expresiones locales del nacionalismo aprista, del “comunismo” estalinista, el tercero, y de la Iglesia católica, en el caso del cuarto. Con la insurrección cívico-militar de 1958, la izquierda adquirió fuerza de masas y bordeó el poder. Su final fue la torpeza de adaptarse al régimen y luego hacer guerrillas como si las condiciones cubanas se hubieran trasladado intactas a Venezuela.

Pasó más de una década hasta que en 1970-1973 reapareció la izquierda al ritmo de las olas del “socialismo petrolero”, en cuyas aguas se recrearon dos o tres partidos socialistas fuertes. Finalmente, fue el ciclo de 1989-1992: este es el cruce fundacional de todo lo que vino después. Sus productos más definidos son Chávez como representación personal y el proceso que parió al movimiento social cuyas dianas antiimperialistas tomaron el camino de la búsqueda del socialismo.

La dinámica social de los años sesenta también permitió el coletazo de tibio nacionalismo de Carlos Andrés Pérez en enero de 1976, cuando se atrevió a nacionalizar el petróleo, siguiendo los pasos de Caldera, que había estatizado el gas tres años antes. Era el último suspiro de uno de los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo. Pérez, como vicepresidente de la Internacional Socialista, aprovechó ese gesto soberano y lo coronó con populismo y demagogia. Su partido, Acción Democrática, había sido, en la década de los cuarenta, la representación local del nacionalismo latinoamericano de entonces, cuyo padre fue el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), con hermanos simpáticos en Argentina (Perón), en Brasil (Getúlio), en Bolivia (Stenssoro), en México (Cárdenas), en Chile (Ibáñez), en Guatemala (Arbenz), en Cuba (1958), aunque este último resultó complejo porque, al contrario de los otros, además de echar al dictador, rompió las amarras de Washington y expropió el capitalismo en la isla.

¿Por qué Chávez no “salió” comunista?

No es ocioso preguntarse por qué Chávez no salió “comunista” o “marxista” de una madriguera ideológica dominada por una vertiente provinciana de ese ideario. Sobre todo si recordamos el peso que tuvo su mentor más sólido en ese tiempo, José Esteban Ruiz-Guevara. Más aún, porque esa influencia ocurrió en los sensibles años de la adolescencia. La respuesta es simple si la despejamos de los misterios que entusiasman tanto a sus enemigos recalcitrantes a derecha e izquierda. Los primeros creen que es un “comunista escondido detrás de Bolívar”. Los otros lo redujeron a “golpista”

y “nacionalista burgués” incorregible. Ambas opiniones fueron sorprendidas por lados distintos. Desde 1992, instaló en la mente de millones la idea de “revolución” y, desde enero de 2005, despertó de su letargo el entusiasmo por el “socialismo” cuando nadie lo esperaba.

En los doce años que median entre una y otra fecha nunca aceptó otra definición que no fuera la de *nacionalista*, *revolucionario*, o símiles ideológicos como *antiimperialista*. Esta última definición aparece después de 1999, a pesar de la contradicción absoluta que significaba usarla y al mismo tiempo ser un simpaticante de la agrupación internacional Tercera Vía, que fue referencia política de jefes imperialistas como Tony Blair, Bill Clinton y otros que se alimentaban de Anthony Giddens, un académico reconocido, que en política resultó ser un estafador ideológico. Nadie sabe qué esperanzas cifraba Chávez en su alma el día de enero de 1999 cuando lo recibió el presidente Bill Clinton. De lo que no caben dudas es de que a Clinton aquel encuentro no le modificó en nada su carácter imperialista. En cambio, a Chávez lo dejó “pegado” al imperialismo de la Tercera Vía, como mínimo hasta dos años después cuando retomó su camino original de nacionalista y rompió con la Tercera Vía y con Clinton⁶⁵.

El apellido *antiimperialista* se integró en forma cotidiana al vocabulario del presidente venezolano desde el año 2002. Antes lo usó en ocasiones esporádicas. Y, como se sabe, la palabra es uno de los principales medios de expresión humana, sobre todo en *la política*. Él era lo que creía que era y usaba las palabras adecuadas para definirse como lo que se creía. Esa sinceridad es la que facilita al historiador o al biógrafo seguir sus pasos. Esa transparencia para contar sus pensamientos se fue modificando en tiempos paulatinos desde que se hizo jefe de Estado, aunque no la perdió del todo.

Ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario

Una sociedad con poca tradición marxista y bajo nivel cultural explica no solo a Chávez, sino también a la endeble izquierda vernácula, tan acostumbrada a las mezclas de aceite con vinagres ideológicos. Así, si colocamos a Chávez en una perspectiva histórica, de la que no es responsable, tiene el mérito personal de haber empujado hacia adelante un proceso revolucionario, sin ser marxista; más aún si lo contrastamos con muchos viejos revolucionarios del país. La mayoría de ellos no alcanzó a ver más que a “un golpista” en 1992. No pudieron comprender la dialéctica entre el movimiento social emergente y su expresión personal. Con una visión tan cargada de subjetividad es inevitable que vean en él a “un tramposo” que esperó hasta enero de 2005 para declararse socialista en el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Hasta antes de esa fecha Chávez solo aceptó definirse bajo los siguientes apellidos: “revolucionario”, “nacionalista”, “bolivariano”, “nacionalista

65 Fuentes: Carta de Hugo Chávez a Bill Clinton, Miraflores, 27 de enero de 1999. Diario *NOTITARDE.COM*, Valencia, 28 de enero de 1999. Y “El viraje progresivo de Chávez en 1999”, en *Nettime-lat* {AT} *nettime.org*.

radical”, “revolucionario latinoamericano”. Se encargó de aclarar que no era “marxista ni antimarxista”, ni “comunista” ni “anticomunista”. “Ese soy yo”, ha proclamado centenas de veces, para que no le pongan ropajes que él mismo no se pone. Siempre salía con el chiste de que “el comunista es Adán”, cuando alguien lo quería encuadrar en esa corriente. Así está registrado en libros de entrevistas, diarios y videos de promoción gubernamental.

Chávez ha tenido la virtud de mutar con la realidad y transformarse. Esta dialéctica es incomprensible para mentalidades conservadoras educadas en la inmutabilidad de las cosas. A veces la mutación se le fue hacia la derecha, por ejemplo, cuando simpatizó con Clinton y con Blair, o cuando pactó con Luis Miquilena y escuchó a Norberto Ceresole. Pero luego giró hacia la izquierda en otras ocasiones decisivas de su historia. Una fue cuando salió de la cárcel y se dedicó a buscar una insurrección; otra, en 2002 sobre la ola revolucionaria que derrotó al golpe el 13 de abril; otra circunstancia clave fue la del año 2005 cuando trascendió del nacionalismo al socialismo. Más que el tradicional “giro” oportunista, lo que vemos en Chávez es una búsqueda, a veces irresuelta o mal resuelta, pero búsqueda. Es una aproximación empírica, casi por la vía de la intuición. No un zigzagueo consciente de un proyecto a otro. Sin embargo, esas ondulaciones no son las que definen a Chávez. Su primera definición la dio en 1992. Allí vimos al mismo Chávez de 2002 en adelante. En consecuencia, es un error pretender evaluarlo o estudiarlo *por lo que no es*. El resultado sería falso.

Para un pensamiento conservador (de la derecha o de la izquierda), cuando algo cambia es malo o es trampa, sobre todo si el cambio los afecta como clase privilegiada o grupos de poder. O como sectas litúrgicas. De tal manera, ninguna confesión biográfica de Chávez ha sido suficiente para que sus adversarios de derecha le crean. Al revés, esas definiciones han sido tomadas como subterfugios, maquinación de escenario para esconder al “comunista” que aseguran que “traía escondido”. El mismo cuento se conoció con la evolución ideológica del Che Guevara, de Fidel Castro y de otros jefes del Movimiento 26 de Julio en Cuba, motivo de tantas polémicas y engaños.

Un protagonista de la derecha cubana se encargó de registrar este asunto en los años iniciales de esa revolución, el periodista, abogado y diputado Ángel Fernández Varela. En 1960 escribió un folleto que confiesa desde su título ese método de pensamiento congelado: *Cuba, país comunista en 18 meses*. Es la matemática temporal de la ideología. Para Varela, tanto el Che como Castro eran “agentes encubiertos del comunismo internacional” antes del desembarco. A esta conclusión llega después de asegurar, sin que le importe la veracidad de su premisa, que “con gran frecuencia los comunistas suben al poder mediante un gobierno de coalición, que luego llegan a controlar por completo, eliminando progresivamente de él a los elementos no comunistas”⁶⁶.

66 FERNÁNDEZ VARELA, Á., *Cuba, país comunista en 18 meses*, Editorial Ciudad y Espíritu, Buenos Aires, 1961, p. 20.

Los autores Marcano y Barrera se guiaron por el mismo modo de pensar para escribir 391 páginas de frases, hechos, circunstancias y personajes, amasados para demostrar que Chávez no es otra cosa que el Fidel de Varela. Nada nuevo. En la biografía que publicaron en 2005 anuncian este razonamiento desde las primeras páginas: “¿Comunista yo?” es el título del segundo capítulo. Un comienzo y un final cuyo único objetivo es dibujar un Chávez formado toda su vida con el síndrome patológico del poder. Para ellos no fue más que un comunista encapuchado desde que nació en Sabaneta. Cada capítulo, cada frase, a veces escrita con ingenio, todo el libro fue ordenado para ese fin. Ellos se aprovechan de una imprecisión conceptual de Chávez, “No soy de izquierda ni soy de derecha”, muy propia en los nacionalistas del siglo XX. Se conforman con ella, desechan el conjunto de sus declaraciones, acciones y conducta, y por ese camino pierde toda importancia la evolución del personaje. El resultado fue la biografía menos biográfica que uno pueda imaginar.

Las mutaciones ideológicas, las transformaciones de las circunstancias que transforman a las mujeres y los hombres, su relación orgánica con el movimiento de las masas oprimidas, su aprendizaje en el enfrentamiento con el gobierno de Estados Unidos., su ruptura con la Tercera Vía a partir de un hecho monumental de la política mundial como las guerras de Afganistán e Irak; nada de eso existe en la evaluación del Chávez que analizan Marcano y Barrera. Solo un hombre inmutable, teleológicamente predestinado a la ambición del poder. Un personaje casi bíblico.

Se refieren a él como a alguien que escondió a Lenin detrás del retrato de Bolívar y que lo tuvo guardado desde que lo aprendió en la adolescencia barinesa con el comunista Ruiz-Guevara hasta 2005:

Cuesta creer que jamás se hubiera atrevido a revelar sus inclinaciones. ¿Comunista yo? Siempre lo niega. Pero su retórica navega en el idioma de una izquierda... ¿Por qué no habría de admitirlo en un mundo donde los gobiernos de izquierda son moneda corriente?... En todo caso, el presidente tiene un pasado y maneja un discurso que no hace difícil adivinar hacia dónde van los tiros⁶⁷.

Los autores deben haber bailado un chachachá con Nostradamus por haberles regalado tanta coincidencia a su favor. El libro de ellos fue escrito en 2004, antes de que Chávez se declarara socialista en enero de 2005. Es como si lo hubieran pronosticado con “precisión de lotería”. Nada más revelador para quienes los acontecimientos y sus relaciones con la conciencia humana tienen menos importancia que las adivinanzas del nigromante francés del siglo XVI.

Por mucho que sorprenda, es el mismo método que usan muchos “marxistas” que niegan toda posibilidad de cambio en las personalidades. Prefie-

67 MARCANO, C. y BARRERA, A., p. 54.

ren consagrarlos como revolucionarios desde el útero, como han hecho con el Che Guevara y Fidel Castro, negando los hechos biográficos de sus vidas reales. O lo contrario: tienen la posibilidad del cambio negada hasta el fin de sus días. No ven en ellos seres sociales que pueden transformarse con las transformaciones de la realidad, tal como postula la reveladora Tesis III de Marx sobre la filosofía de Feuerbach. Este tipo de valoración acrítica, bufonesca y acientífica de la persona relevante los lleva a la adoración mágica y la sumisión del pensamiento a la esclavitud de funcionario.

El problema de Chávez es de otro tipo. Él no encontró en la pobre versión venezolana del marxismo las respuestas que buscaba a sus inquietudes y dudas aparecidas en Barinas. No fue el único caso. Las suyas se hicieron notorias porque triunfó y se hizo famoso. Esta debilidad del socialismo venezolano se complementó en armonía concurrente con los propios límites políticos de Chávez. Él no estudió ni tuvo quien le contara las causas y le mostrara la dinámica histórica de esa debilidad del socialismo venezolano; a sus manos no llegaron los libros que le explicaran cómo llegó esa versión del marxismo hasta las playas de la primera generación de la izquierda venezolana, allá en la década del treinta. Menos cómo superarla. Tuvo que conformarse con lo que había, como casi toda su generación politizada, y lo que había era una reconfiguración de un error tan viejo como la madre que lo parió en los años veinte.

Ese error consistió en que tres generaciones de América Latina fueron educadas en las concepciones, estrategias, métodos de acción, organización y conceptos teóricos que condujeron a sus partidos y movimientos a la más triste sucesión de derrotas, fracasos y desastres durante todo el siglo XX. Desde los años treinta los marxistas latinoamericanos aplicaron políticas de “colaboración de clases” con gobiernos capitalistas a través de los Frentes Populares y Uniones Nacionales. Los casos más conocidos son los de Ecuador en 1932 y Chile en 1934; en otros países, los PC aportaron ministros –o apoyaron desde afuera– a las dictaduras militares (Cuba, 1941-1944; Venezuela, 1945; Argentina, 1976). Con esa herencia era difícil impactar positivamente en la cabeza de alguien sensato. Sobre todo en un joven como Chávez, que andaba buscando una revolución que siguiera las lecciones de Simón Bolívar y Simón Rodríguez.

La práctica del socialismo en Venezuela era una réplica de lo que se hacía en la vieja Europa y en Asia. Los partidos socialdemócratas y estalinistas europeos aplicaron el Frente Popular en Francia (1934) y España (1936). La URSS apoyó en 1939 al imperialismo nazi durante los dos años que duró el Pacto Germano-Soviético roto por Hitler en 1941; luego los PC colaboraron con Estados Unidos antes y después de los Pactos de Teherán y Yalta (1944). Cuando participaron en rebeliones fue para imprimirle un carácter de aventuras aisladas del pueblo (Cantón, 1927; Brasil, 1935; Venezuela, 1962, y otras en América Latina) o para controlarlas y burocratizarlas (Angola, Irak, Egipto, Argelia, Cuba). No era fácil tragar tanto dislate. Así, por un largo y complicado camino de medio siglo de errores, se fue conformando

la tradición y la escuela de la izquierda latinoamericana. Nació malparida porque todo lo que hizo fue para resguardar el sistema de poder de la burocracia en la URSS.

Medio siglo después nada pudo evitar el derrumbe de un sistema sostenido por una sucesión de derrotas en medio planeta y la colaboración con regímenes enemigos. La desazón de Chávez fue una expresión individual del mismo sentimiento de tres generaciones desde la década del treinta. Esa práctica condujo al marxismo dominante durante tres generaciones a oponerse –o, en su defecto, controlar– a cuanto movimiento nacionalista hacía revoluciones o resistía al imperialismo yanqui, francés o inglés. En medio de tamaño divorcio y desconfianzas de más de medio siglo, el marxismo latinoamericano no fue capaz de fundirse y ser la vanguardia revolucionaria con los procesos nacionalistas. Un caso muy conocido de ello fue Argentina, donde el PCA militó al lado de la embajada yanqui contra el movimiento nacionalista de Perón, al que condenaron *in toto* como “nazi-fascista”, sin entender nada del peronismo, menos sus lados progresivos. Con ese error fatal el PCA cavó su tumba histórica en ese país.

Hugo Chávez es una de las expresiones tardías y complejas de ese divorcio entre el “comunismo” y la socialdemocracia oficial con los trabajadores y oprimidos de medio planeta. Como a tantos latinoamericanos, lo incitó a buscar referencias e instrumentos más allá del marxismo para hacer una revolución en Venezuela.

La sombra de Bolívar

Mientras sus amigos buscaron “la revolución” a través de los nuevos reagrupamientos de la izquierda, surgidos desde 1971, él se dedicó a bucear en las fuentes y referencias del nacionalismo latinoamericano, pero enfocado en Venezuela. Su bisabuelo y Bolívar fueron los combustibles ideológicos. Chávez buscó la salida por otro camino; en esa búsqueda no era consciente del paralelo que estaba construyendo con la izquierda de su tiempo. Era un paralelo que abrevaba en fuentes similares y buscaba también una revolución, aunque él no tuviera un programa y una teoría para ella. Una parte de la izquierda venezolana venía haciendo el intento de enmaridar las concepciones, simbología y discursiva del marxismo con las raíces y héroes patrióticos. Este sano intento no los llevó a la solución del viejo problema, sino a un nuevo enredo. Fue una reacción negativa que, además de tardía, adolecía de sincretismo y banalización.

Lo central de este asunto es que desde mediados de la década del sesenta, o sea, en la fase previa al despertar político de Chávez, la mayoría de los dirigentes de la guerrilla venezolana y una parte de la que no estaba en armas comenzaron a invocar los héroes de las revoluciones republicanas del siglo XIX. Eso provocó, de inmediato, la reacción del principal partido marxista venezolano, el PCV, educado en la negación de esos ídolos. Al poco tiempo, en 1966, fueron expulsados los comunistas que se reclamaron boli-

varianos. Lo que no pudo evitar la medida coercitiva fue que Bolívar volviera a la escena de la izquierda de la mano de otros⁶⁸.

No era algo nuevo en América Latina. Al contrario, fue uno de sus desafíos peor resueltos durante el siglo XX. Mariátegui, el peruano genial, seguido más adelante por los aportes puntuales de Hugo Blanco, fue, quizá, lo más avanzado que se produjo en ese intento histórico frustrado. Contemporáneo a Mariátegui, se conocen los textos de Julio Antonio Mella desde la revista *Juventud*, seguido por los aportes de Fidel Castro. Hubo otros casos menos conocidos, como el de la corriente del trotskismo argentino agrupada en el Partido Socialista de la Revolución Nacional, en la que estudiosos marxistas como Abelardo Ramos, luego convertido al peronismo, Nahuel Moreno, Esteban Rey y Enrique Dickman lograron desarrollar un programa y un partido marxista con base obrera sobre una comprensión científica del *problema nacional*. Moreno se había adelantado en 1943 con un escrito de tesis sobre el carácter de la *Colonización de América Latina*, luego desarrollado en formato académico por Sergio Bagú en México. En el mismo sentido trabajó el reconocido académico marxista amigo del peronismo, Rodolfo Puigróss. Otro intelectual argentino, menos conocido, pero con aportes serios, fue L. Mármora en su profundo estudio sobre las Tesis sobre Oriente y el Problema Nacional, de la III Internacional⁶⁹. En Uruguay se conoció el aporte erudito del socialista Vivian Trías (*Aportes para un Socialismo nacional e Historia del imperialismo norteamericano I y II*) y en Chile, el de Luis Vitale (*Interpretación marxista de la historia de Chile*), un riguroso investigador que antes había sido asistente de Nahuel Moreno en Buenos Aires. Además de lo escrito en México, luego de la Revolución Mexicana, no hubo mucho más en América Latina.

A pesar de esos aportes encomiables, tienen razón los críticos nacionalistas, por ejemplo, desde el peronismo, en que en general predominó el divorcio y la discordancia. La natural vocación antiimperialista del marxismo quedó convertida en su contrario a causa del peso que tuvo el estalinismo y la socialdemocracia en la gestación de los partidos y cuadros del marxismo continental. Aunque Marx se equivocó mucho respecto de lo que hacía Bolívar en estas tierras, el conjunto de su obra y su conducta política fue correcta al lado de Engels. No dudaron en apoyar al nacionalismo escocés e irlandés contra el imperio británico, y a Lincoln contra los esclavistas del sur. La misma conducta se puede verificar en el marxismo de la II Internacional hasta 1914, cuando solo figuras de la talla de Rosa Luxemburgo, Lúkacs, Gramsci, Lenin o Trotsky construyeron un marxismo internacionalista anclado en las raíces culturales de las clases de cada sociedad.

Desde entonces, la mayoría de la izquierda que surgió desde 1971 integró a su original meca rusa o china los paladines de la Guerra de Independencia

68 GARRIDO, A., *Guerrilla y Revolución Bolivariana*, pp. 15-17 y *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, pp. 41-49, Ediciones del autor, Mérida, Venezuela, 2001 y 2004.

69 Dos libros muestran ese desarrollo: *Tesis sobre la colonización capitalista de América Latina*, de 1943, y *Método para comprender la historia argentina*, de 1975.

de 1810 a 1850. La resurrección bolivariana en las filas de la izquierda marxista era un fenómeno real y sostenido. Muchos de los que ingresamos a la militancia sobre esa línea generacional abrevamos en Bolívar con la misma pasión que en Marx, el Che, Fidel o Mao, aunque no todos racionalizaron la diferencia de tiempo y obra entre Bolívar y ellos.

Por desgracia, para los conductores de la opinión pública en el conjunto de la nueva izquierda, como veremos más adelante, Bolívar terminó por sustituir a Marx, tanto como antes habían usado a Marx contra Bolívar. Y por ese camino nació otra ideología equivocada, una suerte de “marxismo de patria chiquita”, o su reverso: un bolivarianismo sin tiempo ni espacio. En ambos casos ya no se sabía dónde terminaba la obra revolucionaria de uno y dónde comenzaba la del otro.

Una solución teórica intermedia a comienzos de los años ochenta la dio el historiador cubano Francisco Pividal. Su libro *Bolívar, pensamiento precursor del antiimperialismo* permitió ubicar la obra revolucionaria de Bolívar y su generación anticolonial y la labor de Marx y los marxistas para continuarla en otro tiempo contra otro tipo de imperialismo: el capitalista del siglo XX. Una obra similar, más historiográfica, pero en el mismo objetivo, la aportó el chileno-argentino Luis Vitale con el libro *De Bolívar al Che*, en los años noventa. Otra obra predecesora que aporta información para la comprensión del problema es *Historia de la Nación Latinoamericana*, del argentino Jorge Abelardo Ramos, reeditado en 2011 por Ediciones Continente, de Buenos Aires, y distribuido masivamente en Venezuela. El día que la presidenta Cristina Fernández le regaló un ejemplar de este libro al presidente Chávez, en ocasión de la fundación de la CELAC, en Caracas en 2012, a Chávez se le ocurrió decir que se trataba de un libro indispensable “para la transición al socialismo”, algo que no estaba en los planes ni en el discurso de la mandataria y compatriota del autor de *Historia de la Nación Latinoamericana*. Más sonrojo produjo en otros presidentes, como Manuel Santos o Sebastián Piñera, para quienes la invocación de la obra, el gesto de Cristina y la expresión de Chávez tenían el mismo valor que una caja de bombones.

Chávez fue atravesado por los mismos dilemas. Aunque la vida militar lo aisló de las polémicas que se daban en Venezuela sobre el tema, él hacía su propia polémica consigo mismo. Y, cuando podía, con quien lo escuchara en los rincones de la Academia Militar.

Que sus primeros contactos conspirativos hayan sido con los que reivindicaban a Bolívar y a Zamora, y no con quienes negaban su validez simbólica, debe ser retenido como un dato de importancia biográfica. En 1974 se reunió con Alfredo Maneiro, jefe de la Causa R en Maracay. Desde entonces tuvo contactos irregulares con Douglas Bravo, dirigente del PRV, y más tarde con Pablo Medina y Kléber Ramírez, entre otros jefes de la conspiración de izquierda. Esos encuentros no fueron casuales, aunque tampoco definitivos. Simbolizaban la confluencia entre representantes de una generación derrotada y un representante de su vecina temporal que andaba buscando otro camino a la revolución. Ambas tras el mismo dilema existencial. A las

citas fueron convocados Bolívar, Zamora, Rodríguez y otros compañeros de invocación, además de una revolución de la que no se sabía cuándo, ni cómo, ni con quiénes.

Chávez estuvo atravesado por las mismas contradicciones de un marxismo inoperante y un nacionalismo insuficiente. Pero en él esas contradicciones refractaron de una manera particular. No mezcló Bolívar con Marx en una nueva religión sincrética donde no se sabía qué era qué. Prefirió una liturgia más sencilla: Bolívar, Zamora, Simón Rodríguez, Maisanta y él. Su formulación empírica resultaría, a la postre, más comprensible para las amplias masas aunque no sea su remedio histórico.

En su cabeza se formó un nacionalismo popular tardío, pero adquirió un carácter muy dinámico debido a su carácter plebeyo y a su vocación insurreccional. Eso por sí solo no garantizaba la victoria, como se demostró en la asonada de 1992. Eran necesarias otras combinaciones de la realidad para que las ideas, el hombre y el movimiento se fundieran en un solo proceso. En todo caso, antes de 1992, le sirvió para abordar su principal duda: la revolución.

Los elementos rupestres de marxismo aprendidos en Barinas lo propulsaron hasta el comienzo del camino, que lo podemos situar en 1971 cuando se marcha a la Academia Militar. El resto lo fue absorbiendo de las fuentes del nacionalismo en la vida militar. Una relación empírica le fue haciendo parecer que eran más genuinas y “realistas”. A eso colaboró un hecho: las veía triunfar en Perú (1969), en Panamá (1969), en Chile (1970), en Bolivia (1971), en Vietnam (1973-1975) y en África. No es que estuviera informado de esos procesos, pero recibía sus señales cuando leía la prensa o veía los noticieros. En algunos casos, como el Perú de Velasco, la experiencia fue directa.

Por esa vía combinada de la observación, la lectura del pasado sin indagar en las causas de las derrotas, una experimentación incesante a través de la palabra y la conspiración como método, fue acercándose paulatinamente a una idea de revolución.

La *derrota* era un fantasma que Chávez cargaba a costas con el final de su bisabuelo, la traición a Bolívar, los fracasos chileno y peruano. Por ese devenir que fue de lo primario a lo complejo, tras un rodeo experimental de casi treinta años, llegó al ideal socialista en enero de 2005. Una parábola inesperada que en él fue como una vuelta a la semilla: un retorno al garaje de José Esteban Ruiz-Guevara en Barinas, donde escuchó por primera vez esa palabra.

El fantasma de la derrota

Este elemento, la derrota, se convirtió en ontológico y determinante en su biografía política. Se trata de un elemento consciente en su trayectoria. Una preocupación esencial. Es una sensación que trasciende la política, penetra sus cavernas ideológicas más profundas. Dio muestras de ello en 2004,

en el homenaje a su bisabuelo, resumido en la frase “Maisanta, más pudo Gómez” y lo relacionó con los grandes derrotados del siglo XX desde la Revolución Mexicana de 1910.

A mediados de los setenta ese fantasma lo asaltó en las aulas de la Academia Militar. Quiso hacer una tesis académica para explicar por qué había fracasado el experimento de la “revolución nacionalista” de Juan Velasco Alvarado en Perú, en 1973. De ese documento no hay rastros en los archivos de la Academia, quizá porque no lo terminó, quién sabe, pero lo ha mencionado en tres ocasiones⁷⁰.

El dilema de la derrota en la Historia lo ha acompañado siempre en los grandes desafíos políticos y personales. Él lo resume en una frase de autorretrato que resulta decisiva para comprender sus preocupaciones: “Todo aquello era para mí como llegar a un punto de encuentro de muchas cosas”.

En 1995 argumenta ante el grabador del historiador Muñoz esa misma cuestión: “Esos movimientos tienen siglos de continuidad, en las experiencias de mitad del siglo, las de Zamora, la traición del liberalismo, la de esta izquierda de hoy que no es de izquierda”⁷¹. Unas páginas más adelante completa la idea:

Una vez en Yare, acuñamos una frase en un documento que hicimos sobre el pueblo: “el pueblo es el combustible de la máquina de la Historia”. Eso es lo que puede permitirnos de verdad un cambio profundo aquí, una transformación. Si no, esto será una frustración más⁷².

En este balance de su propia derrota trató de contener todas las derrotas. Desde el año 2010 ese espectro apareció vestido de elecciones. A Chávez le costó más de un mes aceptar que su gobierno había sido derrotado en las urnas en las elecciones parlamentarias de septiembre de ese año; aunque el chavismo obtuvo mayoría de bancas en la Asamblea Nacional. El subterfugio jurídico de juntar circunscripciones favorables al gobierno se transformó en una peligrosa señal en la vida social.

Hugo Chávez, el líder político que ha ganado más elecciones en la historia electoral del continente, comenzó a aprender ese “secreto” de la historia.

70 *Habla el comandante*, p. 45.

71 *Ibíd.*, p. 62.

72 *Ibíd.*, p. 87.

TERCERA PARTE

LA LEYENDA DE MAISANTA

*Un día llegaron cien hombres con sus mujeres y sus hijos...
Al frente de ellos venía un viejo con barbas escasas...
y mirada a la vez severa y dulce.
Era un caudillo vencido.*

Orlando Araujo. *Compañero de viaje*

La vuelta del guerrillero

Casi un siglo después de su aparición en los llanos venezolanos, Maisanta volvió por el lado que más le hubiera gustado. La acción de su bisnieto, sesenta y ocho años después de su muerte, colocó su imagen en la nueva iconografía nacional. De esta manera, Hugo Chávez resolvió en la vida pública “cuentas privadas” de su vida personal, tal como las figuras públicas, según advierte la psicoanalista Irene Gendzier, biógrafa de Frantz Fanon. Esto es suficiente para que conozcamos al héroe más antiguo en el imaginario del actual presidente de Venezuela.

Millones de venezolanos conocen desde 1992 el apelativo de Pedro Pérez Delgado, pero siguen siendo contados quienes conocen al hombre y la acción que lo convirtieron en leyenda y lo llevaron al martirio el 8 de noviembre de 1924. Uno de los riesgos de la ignorancia es que conduzca a la santificación, como sucede en estos casos. Maisanta estaría feliz si se quedara encerrado en el pequeño retablo de la fábula pintoresca incomprendida que una vez apareció en los llanos venezolanos.

Frente a esa perspectiva, fue un buen punto de partida el esfuerzo del presidente venezolano por inscribirlo en la larga tradición antioligárquica de Latinoamérica. Pero el carácter del personaje, cruzado por las contradicciones de su tiempo y de su personalidad, exige más para parecer real. Su peso en el imaginario personal y en la estructura anímica de Hugo Chávez determinó que fuera uno de los factores clave de su desarrollo personal. El más lejano en su memoria.

Tres hechos hablan del valor simbólico trascendente que tiene Pedro Pérez Delgado en Chávez. En cada uno él le dio un rol consciente. Así, el viernes 4 de junio de 2004 salió del Despacho Presidencial con la decisión política de instalar un Comando Nacional que se llamaría “Maisanta”. Más que una orden ejecutiva, lo que vimos fue el efluvio anímico de un líder acorralado, tan acorralado como estuvo tantas veces su bisabuelo ochenta años atrás.

El Comando Maisanta le sirvió a Chávez para destronar al Comando Ayacucho, órgano de los jefes políticos del chavismo en los que nadie creía

porque habían entregado al enemigo el derecho al Referéndum; el nuevo Comando con su bisabuelo al frente le permitió ahuyentar dos fantasmas que suelen asediarse: la traición, la derrota, y la íntima relación entre ellas. Ese año Hugo Chávez estuvo a punto de ser derrotado por algo parecido a la traición dentro de sus propias filas.

Maisanta, su invocación, la inspiración metafísica en su memoria, su transmutación en fuente de energía reactiva lo ayudaron a ubicarse en la circunstancia y salir adelante. Pero con un detalle: eso lo hizo apoyado en el movimiento de masas y sus organizaciones de base. Las convocó a las calles dos días después. Más de 250.000 adherentes y militantes lo acompañaron el domingo 6 de junio en la Avenida Bolívar de Caracas y unas 6 millones de personas lo siguieron desde los televisores en estado de alarma frente al peligro. En tres meses, más de medio millón de personas fueron organizadas y movilizadas en la campaña denominada la “Batalla de Santa Inés”, en honor a la más famosa acción militar de Ezequiel Zamora. Tal masa de fuerza militante fue estructurada en decenas de miles de “Patrullas electorales” y Unidades de Batalla Electoral, con un desborde de energías solo conocido en tres momentos de la historia reciente: la Revolución del 23 de enero de 1958, el Caracazo y el “contragolpe” de 2002-2003. No hay duda, a la manera de Chávez, Maisanta y Zamora lo acompañaron en esta batalla.

Con la señal de Maisanta y la militancia popular, armó la palanca para modificar la realidad de los meses siguientes. El 14 de agosto ganó el Referéndum por buen margen, después de un buen susto. La derecha venezolana e internacional habían sacado fuerzas, en medio de sus dos derrotas previas, para buscar con el voto lo que no habían logrado por medios violentos. Se apoyaron en tres millones de votos antichavistas, una base social poderosa.

Dos meses y medio después de ganado el Referéndum, Chávez condujo a Maisanta desde el Comando Nacional, establecido en su Despacho de Miraflores, hasta el Teatro Teresa Carreño. Allí, en el fastuoso ámbito del principal escenario cultural del país, lo invitó a ocupar un lugar en el nuevo Olimpo que se estaba erigiendo en el país. Por más de dos horas Chávez contó la vida de Maisanta, pero esta vez tratando de ubicarlo en un rincón de la historia social latinoamericana. Era la primera vez que hacía algo semejante.

Esta ubicación, aun siendo canónica, tuvo una característica sorpresiva para quienes condenan a Chávez al infierno por anticipado. De incorpórea fábula campesina, y nombre incomprendido de un comando político, hizo pasear a su bisabuelo por más de doscientos años de lucha anticolonial, antioligárquica y antiimperialista. Decenas de héroes y mártires de la larga resistencia latinoamericana se enteraron esa noche de la existencia de Maisanta. Unos fueron precursores, otros sus contemporáneos, y también fueron citados los que le dieron continuidad a la historia después de cada derrota.

El “último hombre a caballo” apareció de repente como un caudillo campesino que saltaba desde las pantallas de los televisores a la mente de mi-

llones de venezolanos. Y lo hizo de la misma forma que había vivido: como una aparición. Desde esa noche, Pedro Pérez Delgado comenzó a tener un sentido más humano, más “político”, para una mayoría que solo conocía su nombre de fantasía.

Dos años después, en el tranquilo proceso electoral de 2006, Chávez se atrevió a más con su bisabuelo. Lo trasladó del panteón oficial a una plaza de toros repleta, lo sentó ante unas 30.000 mujeres exaltadas en un acto electoral y le declamó la poesía épica que le dedicara Andrés Eloy Blanco. Fue el 24 de octubre en la Plaza de Toros “La Monumental” de Valencia, ambientado con arpa cuatro y maracas, como en las parrandas que frecuentaba Pérez Delgado en sus ratos de “paz” en Sabaneta de Barinas, Villa de Cura, Portuguesa o San Fernando de Apure. La grabación de ese recital poético se transformó en un artículo musical de consumo masivo en Venezuela y un souvenir cargado en las maletas de muchos simpatizantes del mundo que visitan el país. Estos tres hechos, y las constantes referencias públicas de Chávez desde 1992, terminaron por colocar a Maisanta en la historia presente del país, y en la vida del personaje de este libro como una sombra con luz propia en su existencia.

Chávez y los tiempos de Maisanta

Cuando Maisanta vivió apareció una de las novelas venezolanas que mejor pintó los escenarios y leyendas en las cuales se formaron ambos, bisabuelo y bisnieto, con medio siglo de diferencia. *Cantaclaro*, de Rómulo Gallegos, una de las más importantes de la literatura nacional, escrita en 1927, tres años después de su asesinato. En esta novela campestre y costumbrista, Gallegos dibuja al llano en la forma en que mejor existe en esa parte de Venezuela: cantando coplas para redimir la soledad, acercar la infinitud de la llanura, soportar el trabajo, espantar las apariciones e invocar la lluvia como bendición del cielo. El personaje central se llama Florentino, el coplero que venció al diablo en un contrapunteo una “noche de fiero chubasco por la enlutada llanura”.

Toda la vida privada y pública de Hugo Chávez está llena de los signos de esta cultura llanera retratada en *Cantaclaro*. Fue su fuente simbólica, allí nació, se crió y nutrió su adolescencia. Su presidencia no escapa a ellos. Las tres principales políticas públicas de su gobierno hasta 2007 llevaron nombres evocadores de las leyendas del llano. La Misión Florentino, el Comando Maisanta y la Batalla de Santa Inés. Se cuenta que el alias “Maisanta” le vino del grito de guerra que usaba en cada embestida. Gritaba “¡Mai Santa!”, contracción de “Madre Santa”, y se lanzaba a la batalla. Es una de las diversas formas usadas en la vida campesina para pedir protección a algún santo ante algún desafío o peligro. “¡Madre Santa del Socorro, protégeme!” fue una de las primeras expresiones de Pedro Pérez Delgado, según José León Tapia. Botello pudo probar que la santa no era la del Socorro de Valencia sino la del Carmen.

Entre Chávez y su bisabuelo Maisanta se estableció una relación tan especial que con el tiempo constituyó un nudo imaginario que permite correr hacia delante y hacia atrás su historia familiar. Comentó en el homenaje de 2004:

Por eso, yo sí creo que había un fondo, no en Pedro Pérez Delgado como persona, sino en el tiempo y en el movimiento en el cual él se encuadró... Tiempos de Maisanta, el amanecer de los siglos... han venido acompañando los amaneceres de los siglos por tiempos de revolución, por vientos muchas veces huracanados.

La recordación de su bisabuelo fue una aproximación experimental a ese “tiempo de revoluciones” que no ha terminado porque siempre continúa. Una diferencia sustancial entre bisabuelo y bisnieto radica en que Chávez siempre se ubica entre el anochecer y el amanecer, impulsado por su progresismo optimista. Su bisabuelo, en cambio, recorrió un camino histórico opuesto, como si hubiera ido del amanecer de la revolución campesina al anochecer de su derrota. Esa visión eslabonada de su proyecto revolucionario la viene aprendiendo Hugo Chávez en forma intuitiva con cada golpe, asedio o amenaza de sus enemigos internos y externos. Pero también con la reflexión sobre las revoluciones pasadas, sus triunfos y derrotas. Maisanta es el elemento titilante en esa exploración.

Chávez invocó en el homenaje a Pedro Pérez Delgado, en el Teatro Teresa Carreño de Caracas, los héroes y las rebeliones que hicieron la historia latinoamericana. Las indígenas, las negras, las anticolonialistas y las antioligárquicas de comienzos y finales del siglo XIX. “Ya era demasiado tiempo, 300 años de imperialismo, 300 años de oscuridad, 300 años de masacre”, exaltó. Una constante de su proyecto es recuperar la memoria impersonal de esa historia continental. “Era 1924, hace ochenta años exactamente... la maravillosa iniciativa de transformar como debe ser... el personaje individual en personaje colectivo”.

Su preocupación en noviembre de 2004 era la misma de sus tiempos de adolescente: cuál es la señal de su bisabuelo, qué representa en las revoluciones que lo precedieron y lo sucedieron, qué late en él que sea útil a su gobierno. Con este interés manifiesto asume el numen que lo atrapa desde que escuchaba en Sabaneta que su bisabuelo era un asesino.

La última hija de la estirpe

Hasta la rebelión de 1992 su bisabuelo era como una señal secreta compartida con algunos familiares y amigos cercanos y con muchos de sus cofrades cuartelarios. En muchas ocasiones, la angustia lo desbordaba y el suboficial Hugo Chávez puso en riesgo su seguridad. Los oficiales superiores comenzaron a verlo como alguien “raro” por andar hablando en toda ocasión de su bisabuelo, de Zamora y de Bolívar.

Eso ocurrió después de conocer a doña Ana Domínguez de Lombano en 1979, la única hija viva del general Maisanta. Fue a verla a su casa de Villa de Cura en el estado Aragua. Unos dieciséis años atrás había muerto en ese mismo pueblo olvidado la hermana de Maisanta, Petra Pérez Delgado, en cuyo honor, dice la leyenda, su hermano mató la primera vez. Chávez llegó tarde. Se perdió el mejor tesoro que jamás hubiera soñado en su búsqueda del bisabuelo. Petra “guardaba en su casa fotos, cartas, documentos, ropa y el sable de su famoso hermano, en un viejo baúl trinitario”. Se perdieron sin que nadie sepa cómo ni cuando, como si Maisanta hubiera vuelto por sus corotos. A Petra la mató un carro en Villa de Cura cuando transitaba sus 85 años¹.

En ese pueblo abandonado Ana Domínguez vivía con su hijo Gilberto Lombano y la soledad que depara el olvido. La dirección la había conseguido casi por casualidad. Chávez estaba destacado en Maracay, donde ejercía maniobras y entrenamiento con el Batallón de Tanques. Un camarada de armas, Antonio Hernández, compañero de promoción, le contó que en el diario *El Siglo*, de Maracay, habían publicado un artículo llamado “Maisanta, el general de guerrillas”, donde se hablaba de Ana.

Hugo Chávez ha contado en público que tembló cuando su amigo le dio esa información. Lo impactó el valor testimonial, sentimental y simbólico que tenía la existencia de un pariente de Pedro Pérez Delgado. Para él era una buena razón para sentirse menos solo en su laberinto. Una manera de demostrar que su búsqueda no era tan penitente. “Lo que más me llamó la atención de aquel artículo fue la revelación de que en Villa de Cura vivía una hija de Pedro Pérez Delgado”. Así lo declaró para el libro *Chávez nuestro*. El autor del artículo era el mismo Oldman Botello, entonces el cronista oficial de Maracay. A finales de los años setenta fue diputado por el MAS y hacía pocos años, en 1974, había suspendido su investigación sobre el mismo personaje cuando leyó el libro novelado de Tapia.

Ninguno de los que atendíamos aquellas clases podíamos imaginar que pocos años después, en la misma ciudad de Maracay, un extraño teniente coronel del ejército andaría alucinado con la misteriosa figura del general Maisanta. Fue entonces Oldman Botello quien le dio la dirección de Ana de Lombano: “Me explicó y me graficó en un papelito cómo llegar a la casa de la hija de Maisanta, y nunca se me olvidó...”.

El mérito de nuestro lejano profesor Botello es mayor porque su ubicación de Maisanta no la hizo para congraciarse con nadie ni con el Estado, sino por franco amor a la historia. Su hallazgo es contemporáneo al realizado por el médico José León Tapia, cultivador de mitos y leyendas llaneras. Solo a partir de las ediciones de 1992 Maisanta comenzó a ser leído más allá de algunos curiosos. En 2004 se publicó la séptima edición con varios miles de ejemplares.

Chávez narra que la desesperación por conocer a la hija de Pedro Pérez Delgado lo llevó a solicitar todos los permisos necesarios para trasladarse a

1 BOTELLO, O., *Historia documentada*, pp. 225-226.

Villa de Cura cuanto antes. Habló con ella horas tan largas que las recuerda como interminables. Al volver al servicio se sentía excitado y henchido por haber conocido a la descendiente directa de su héroe. “En ese tiempo me pasaba la vida en los cuarteles hablando de Maisanta y declamando el poema de Andrés Eloy Blanco que habla de ese guerrillero”. En 1990 hizo imprimir 1000 ejemplares de una postal navideña con la imagen de una de las fotografías de Maisanta que le había regalado Ana y los repartió por todos los cuarteles que pudo visitar. García Lupo interpretó así esa imagen postal que vio en Caracas en 1992:

Está con un hombre más joven, tal vez alguno de sus numerosos hijos, bajo el alero de una hacienda, en posición de estanciero criollo que recuerda las fotos de Ricardo Güiraldes en San Antonio de Areco².

Se convirtió en un arma de batalla, en una arenga revolucionaria con arpa, cuatro y maracas. Imagínate tú, 200 soldados y yo ahí parado con un micrófono: “En fila india por la oscura sabana,/ meciendo el frío en chinchorros de canta,/ va la guerrilla revolucionaria”. Ahí le ponía el énfasis en lo de la guerrilla³.

En los veinte años que median entre el reconocimiento de su bisabuelo héroe a mediados de los setenta y su acto revolucionario en 1992, hubo una continuidad esencial.

El escapulario redentor

La mañana del 29 de febrero, tres semanas después de haber sido derrotado en la primera acción revolucionaria de su vida, Chávez recibió el escapulario de su bisabuelo, algo que había esperado desde siempre como si fuera su heredero predestinado. Tenía noticias de él desde 1979 cuando visitó a Ana de Lombano, la hija de Pedro Pérez Delgado. Era la señal viva del paso de su abuelo por este mundo. El encargado de entregarle el escapulario fue Gilberto Lombano Domínguez, el hijo de la hija de Maisanta. Se lo llevó a la cárcel caraqueña del Cuartel San Carlos, donde Chávez esperaba sentencia. Lombano lo había recibido en calidad de nieto de Maisanta de manos de su abuela materna María del Rosario, una mujer muy vieja que “murió de un palo de agua”. Esto relató Lombano en 2004. María del Rosario había sido a su vez la testamentaria de la insignia religiosa muchas décadas atrás. Se la dejó con todo el misterio del caso Petra Pérez Delgado ¡quién sabe por qué!

2 GARCÍA LUPO, R., “El abuelo de la nada”, *Clarín*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1992.

3 BLANCO MUÑOZ, A., op. cit.

CUARTA PARTE
EL CONSPIRADOR

*Después de cruzar un río, debes alejarte cierto
trcho de él.*

Sun Tzu. *El arte de la guerra*

Adiós al béisbol

Entre los 17 y los 20 años atravesé por un puente biográfico clave en la construcción del militar antiimperialista que apareció dos décadas después. En ese pequeño trozo de vida se eslabonaron hechos, decisiones personales, cambios psicosociales y circunstancias inadvertidas que convirtieron en conspirador al muchacho provinciano que se presentó a la Academia Militar de Venezuela el 8 de agosto de 1971. Pero no estaba predestinado para eso.

Como todo proceso real fue apareciendo poco a poco hasta que se hizo conciencia y forma de vida. La paradoja es que, yendo tras ese sueño, lo cambió por otro, dentro de la institución menos ensoñadora de las instituciones burguesas contemporáneas. Así, por el camino del contrasentido, entró sin saberlo al segundo laberinto de su vida. Tuvo que recorrer veinte años sus agrestes vericuetos para encontrar el hilo que le tendió Ariadna en 1992 en forma de rebelión militar.

La primera semana de julio de 1971 se graduó de Bachiller en Ciencias, pero con la materia de Química reprobada, la única que le “rasparon” en sus estudios secundarios. El asunto es que la Academia Militar no aceptaría su ingreso con esa falta. Pero aquel Chávez no tenía una ilusión militar en su cabeza¹. A esa edad, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor y sus propias tendencias intelectuales, quería licenciarse en Física y Matemática. Su decisión era irse a vivir con su hermano Adán a Mérida, la friolenta “Ciudad de los caballeros”, colgada a 1650 metros en la cordillera andina. Allí funcionaba la Universidad de los Andes en la que Adán cursaba esa misma licenciatura, donde se haría profesor e ingresaría a las filas del Partido de la Revolución Venezolana (PRV), otra pieza en el tablero biográfico de Chávez. “Le dije a mi papá que quería estudiar lo mismo que mi hermano... Mi papá me dijo: ‘bueno, nos vamos a Mérida a hablar con tu primo Ángel para el cupo’”. Eso quería en 1971².

1 *Habla el comandante*, p. 37.

2 BLANCO MUÑOZ, A., pp. 35-36. ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., pp. 331-332.

Dos razones se conjugaron en breves semanas para que diera la espalda al piedemonte merideño y terminara con sus huesos y su anhelo instalado en el estrecho valle caraqueño, estudiando Licenciatura en Ciencias y Artes... pero Militares. La primera fue el sueño de ser un jugador como los que admiraba, algo que no podría realizar en la andina Mérida, donde no había tradición de ese deporte, ni club que lo promoviera. “No, si no hay béisbol, no voy a Mérida, le dije a mi padre”³. La segunda razón fue una circunstancia fortuita. En la Semana Santa de ese año, o sea, unos tres meses y medio antes de pensar en “meterse a militar”, un amigo barinés de apellido Angarita que cursaba el primer año de la Academia Militar, volvió a Barinas de licencia y le dio “los folletos” para que se presentara “en los exámenes que se hicieron en Barinas”⁴.

Chávez andaba buscando qué hacer al final de su ciclo de estudiante de secundaria y de adolescente. Y era capaz de hacer cualquier cosa siempre que no lo apartara de su único deseo consciente en ese momento: ser un profesional del béisbol. De hecho, estaba a punto de serlo, pues ya había competido en los Juegos Nacionales Interestatales, como pitcher, con buenos resultados individuales.

En Barinas no había universidades. Presentó y pasó las pruebas para la Academia Militar. A los dos meses le llegó un telegrama invitándolo a presentarse el 8 de agosto y así, sin mucha vuelta, se fue solo a Caracas con un pasaje que le pagó su padre y un adiós quejumbroso de su abuela Rosa Inés. También se llevó un sueño que no lo dejaba quieto y algunas ideas políticas e inquietudes sociales difusas que apenas comenzaban a aflorar. Se fue contra la opinión de la abuela Rosa, que se negó al enterarse, y de su padre, que no estaba muy convencido, pero terminó apoyándolo. Solo su madre veía la carrera militar como una vía segura para salir de la pobreza y el atraso provinciano. Una oportunidad de ascender en la vida económica y social, algo que todo joven de su clase social buscaba.

Desde comienzos de los años setenta las Fuerzas Armadas venezolanas brindaban esa posibilidad sin el riesgo de terminar más bruto que como entrara, algo común en los egresados en la vieja Escuela de Guerra y Marina. Así fue que ingresó a la carrera militar. Al parecer no llegó solo. Los autores Barrera y Marcano afirman algo no verificado por nadie ni asentado en alguna fuente, testimonio o documento, pero que a ellos les sirve para la construcción del infecundo “Chávez” de su biografía. Aseguran que aquel muchacho de 17 años cruzó las puertas de la Academia Militar “con un ejemplar de *El diario del Che Guevara* bajo el brazo”. El propio Hugo Chávez se encargó de desmentir esa falsedad en la entrevista filmada que le hizo el ex ministro de Educación argentino Daniel Filmus, en la serie documental *Presidentes*: “Yo no llegué con ese libro en el morral, pero te puedo asegurar que me hubiera gustado salir con él”. Para desmitificar la visión conspirativa de

3 Ibid., p. 331.

4 Ibid., p. 332.

estos biógrafos, digamos que ese no era el libro más subversivo que leíamos en ese momento y menos que menos lo que sugieren los autores: señal de un designio, prueba del subterfugio guardado por años.

Dicho como lo dicen ellos, aun si hubiese ocurrido, solo sirve para construir un Chávez predestinado. Y algo más grave: un diecisieteañero que llevaba una suerte de plan secreto en la cabeza. O sea, un conspirador agazapado formado por José Esteban Ruiz-Guevara. O para decirlo con la bellaquería de estos biógrafos: “Algo más traía ya el joven Hugo consigo”⁵.

Este modo de ver las cosas humanas sin la pantalla social convierte a los individuos en bichos misteriosamente marcados por la conspiración casi desde la cuna. *El diario del Che Guevara* sería como el 666 demoníaco cargado por Chávez a la santificada Academia Militar. Este modo de ver las cosas acopla más con la maldición bíblica de la bisabuela Marta Frías que con la vida real.

Los primeros seis meses de Academia Militar contienen tres vivencias fundamentales; podríamos definir las como los “tres puentes” que lo llevaron al otro lado del Chávez que venía siendo: el descubrimiento del “mundo militar” como una revelación de novedades, el abandono del béisbol como un proyecto de vida y la entrada a una relación más madura con su pasado y su presente.

En diciembre de 1971 el muchacho provinciano ya estaba parado ante otra perspectiva en su vida. Un nuevo Chávez comenzaba a desarrollarse dentro del Chávez que venía siendo. Pero esta nueva perspectiva no surgía de la nada. Hay que verla como la mutación de una personalidad inquieta que se fue acomodando dentro de una realidad desconocida, tan desconocida y nueva que tuvo la fuerza de cambiarle la vida. No era el único caso con esas pulsiones dentro o fuera de las Fuerzas Armadas. Simplemente se hizo conocido.

El costo de ese trance fue el abandono de un propósito (el béisbol) por otro (la conspiración), confirmando un rasgo esencial de su personalidad: ir siempre tras un objetivo, movido por un deseo, aquello que Maquiavelo llamaba *libido dominandi* para casos similares y que llamaremos “sueño”. Así, la política fue su nuevo sueño desde 1974. Complotar es una forma particular de ella. Era una latencia difusa aprendida en las placenteras conversaciones con el grupo barinés en el garaje de la casa del viejo Ruiz-Guevara, y en las pocas acciones estudiantiles de las que participó entre los 13 y los 17 años. Ese cambio ocurrió en breves, intensos y alteradores meses.

Un poco de suerte

Pudo quedarse en la Academia Militar gracias al talento para el béisbol y a su personalidad fuerte. No le tuvo miedo al revés y al desafío. También es cierto que fue favorecido por esa cuota de “oportunidad” que se le aparece

5 BARRERA, A. y MARCANO, C., p. 63.

de vez en cuando en la vida, como si fuera un tren sin retorno que se para frente a él un solo instante en una estación desconocida. Así, el 9 de agosto separaron en dos grupos a los tres centenares de aspirantes. A Hugo Chávez lo pusieron entre los que tenían alguna materia aplazada. No era un trato de paria, pero se le parecía. La tranquilidad interna de las Fuerzas Armadas venezolanas, ya derrotadas de las guerrillas y sin conflicto propio, permitían la ligereza de aceptar estudiantes reprobados. La única condición era que estuvieran bien dotados para el deporte, además de pasar por un ridículo examen psicoideológico donde les preguntaban por novias y por partidos políticos de fantasía⁶.

Él era un deportista entrenado, tanto que su pasión deportiva casi lo lleva al desastre en la prueba que le hicieron el 9 de agosto. El resultado fue tan malo que le sorprendieron con un “Ud. no tiene ninguna oportunidad de pertenecer” a esta Academia. Es que tres días antes había estado compitiendo en un Campeonato Nacional de Béisbol *amateur* en Barquisimeto, y tenía el brazo izquierdo inservible. Chávez jugaba la posición de pitcher y era zurdo, una combinación que le permitía destacarse por la suma de velocidad y ondulación en el desplazamiento. Un zurdo es especial para esa combinación. Pero al zurdo Chávez le salió al revés. Tiró tan lenta y mal la pelota que se desplazó en tímidos saltos sobre el terreno; llegó al *home* como diciendo «aquí estoy, batéame». “Estaba tan descontrolado que [la pelota] daba piconazos, no llegaba al *home* y entonces me sacaron. Eso me desilusionó. Me dijeron que no servía”⁷.

Ese fracaso pudo ser determinante en ese momento en que debía comenzar a transitar hacia una vida independiente. A la soledad que significaba la ausencia total de familia, en una ciudad tan dominante y extraña como Caracas, se sumaba una característica de su generación: la adolescencia terminaba ahí, en ese momento en que estaba probando un nuevo campo para su vida social. De lo que se hiciera mal, o se hiciera bien, dependía, en buena medida, cualquier perspectiva individual. El muchacho barinés estuvo a punto de volver derrotado a su provincia y quedar paralizado hasta nuevo aviso, en ese punto invisible de la adolescencia. Lo salvaron tres elementos de su personalidad: su habilidad deportiva, la capacidad reactiva y la oportunidad, una combinación que veremos aparecer otra vez en las siguientes pruebas vitales: 1992, 1998, 2002, 2004 y 2007. “Quedé mocho joven”, fue la expresión que le saltó de la memoria en 1995 ante el grabador, pero en 1971 la sensación ha debido ser peor porque se trataba de saltar a una nueva vida. Fue allí que apareció “doña oportunidad”.

Un cadete con cierta autoridad en las pruebas deportivas de ese día, que observó su condición de zurdo, le preguntó si jugaba en otra posición. Un rato después Chávez estaba probando suerte en primera base, la única otra posición que jugaba bien. Allí se le apareció el duende del contrasentido en

6 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 35.

7 *Ibíd.*, pp. 36-37.

su vida. Cuando le tocó batear (o sea, una posición opuesta a la suya, le salió tan bien que lo dejaron directo en la Academia.

Me ponen de pitcher a un aspirante, maracucho (de Maracaibo), un moreno al que le faltaban tres dientes... y lanzaba muy duro la recta. Yo no lo conocía. Él me lanzó tres rectas y las tres las metí en la pared, tres batazos muy largos... Así entré en la Academia⁸.

En los meses siguientes tuvo que demostrar que seguía siendo bueno para el deporte y que repararía la materia aplazada. De tal manera, su pasión por el béisbol fue el “dato secreto” que lo salvó del desastre, al mismo tiempo que lo condujo a otro destino. Los testimonios de Chávez y de varios compañeros de promoción confirman que su fácil adaptación al “mundo militar” se debió a su pasión y habilidad para el deporte y el béisbol; ya hemos visto cómo y hasta dónde era capaz de llegar por él. Se trataba de una pasión decisiva en su vida. Eso lo pudo demostrar seis meses después de estos hechos, cuando ya había comenzado a cambiar el béisbol por los atractivos que vio en el “mundo militar”.

A mediados de diciembre de 1971, siendo ya un cadete militar, hizo lo que ninguno de sus compañeros de promoción podía sospechar, ese elemento interior sin el cual Chávez no es Chávez. Al salir en su primera licencia después de seis meses de encierro “sin visitas ni televisión”, se fue solitario hasta el Cementerio General del Sur a encontrarse con su ídolo deportivo, Isaías “Látigo” Chávez. Los huesos de este famoso pelotero venezolano reposaban algo cerca del Fuerte Tiuna, de donde salió esa mañana tan esperada. Pasó bajo el arco de su ancha puerta con la gala de su uniforme azul y sus guantes blancos, encontró la tumba entre muchas cruces y esa mañana, en el silencio que siempre acompaña a la muerte, se confesó a sí mismo que estaba cambiando de sueño. Una catarsis que lo liberó y lo dejó en paz para seguir un nuevo camino. Y lo hizo con el sentido dramático, embebido de solemne sacralización pagana, que acompañó sus actos graves de vida, desde aquel lejano día de su infancia en que escuchó decir que su bisabuelo había sido un asesino.

Iba porque tenía por dentro un nudo, como una deuda... y ahora que quería ser soldado... me sentía mal por eso... Me puse a hablar con la tumba, con el espíritu que rodeaba todo aquello, conmigo mismo. Era como si le dijera: “Perdón, Isaías, ya no voy a seguir ese camino. Ahora soy soldado”. Cuando salí del cementerio estaba liberado⁹.

En 1995 lo dijo de una manera más directa: “Después reparé la materia, quedé en la Academia y se me olvidó el béisbol como sueño”¹⁰. A los 18 años

8 Ibid., p. 37.

9 Ibid., p. 37.

10 Transcripción, video de VTV, 13 de agosto de 2004.

estaba abandonando su ilusión más antigua. La de ser pintor se le había ido entre los 14 y los 15. Sin embargo, dibujó y pintó, así como también cantó coplas llaneras, hasta muchos años después. Aún lo hace algunas veces. Se lo vio silbando algún pasaje llanero por los pasillos y en el cuarto de reposo de la clínica en La Habana donde estuvo convaleciente, sobre todo cuando volvió en julio para aplicarse la quimioterapia. El día de su cumpleaños número 57 se atrevió a más y bailó un joropo con una de sus hijas en el pequeño balcón de Miraflores sobre la Avenida Urdaneta. Y se lo ha escuchado tarareando en el Palacio dentro o fuera de su Despacho, entre una reunión y otra.

El cambio de medio de expresión no debe desviar la atención sobre lo esencial en su conducta: la búsqueda permanente de cauces a los ríos profundos de las pasiones y fantasías. Para un hombre sufrido como el Dante Alighieri el factor de creación se llamaba “la grande tristeza” setecientos años atrás; para casos como el de García Márquez o Chávez esa reacción creadora es asumida con toques de buen humor caribeño. Aunque en el fondo, como todo acto creativo, está teñido del mismo aliento dramático de los inspirados.

El primer medio año en el “mundo militar” fue una experiencia que revolvió el cofre oculto de sus fantasías. Lo que Chávez encontró en la disciplina castrense le resultaba apropiado a algunas tendencias de su espíritu y de sus intereses intelectuales. Esto podría parecer una contradicción debido a los rígidos y a veces crueles hábitos militares, pero no lo era para él si lo vemos desde el interior del muchacho provinciano que anda buscando mundo. Es como si anuláramos la dulce poesía de Sor Juana Inés de la Cruz porque la escribió dentro de las mohosas paredes de su encierro monacal en México. La ciencia y las artes militares encierran tanto universo de atracciones como cualquier otro ámbito de la experiencia humana. Esto no debe hacer olvidar a nadie que se trata del cuerpo especializado en represión que los opresores usan contra los oprimidos, sobre todo cuando se rebelan.

Otro efecto inmediato de su primer encierro castrense fue que lo llevó a modificar su relación con Barinas, con su familia y con su grupo de amigos. Se transformó en una relación más madura. Mediada por la distancia y la abstracción reflexiva de la palabra escrita. A Barinas la guardó como la fuente de signos culturales y raíces simbólicas más importante de su vida. El grupo barinés quedó como el refugio de confianza y amistad a prueba de bala y de tiempo. Y la familia, como la ausencia necesaria a su ingreso en la conspiración.

Una de las novedades del régimen militar fue la obligación de escribir semanalmente cartas a los familiares y amigos. Ese deber lo cultivó Chávez en forma gustosa y sistemática; esto era muy útil a un muchacho llanero acostumbrado a la improvisación oral. Resultaron cartas reveladoras de la evolución de su personalidad y sobre todo de sus búsquedas a esa edad. Poco después, en 1974, lo condujo a escribir durante siete meses continuos una modalidad especial del lenguaje escrito: un diario. Este es un dato cualitativo –despreciado por sus enemigos– del Chávez reflexivo e inspirado que comenzaba a crecer dentro del Chávez adolescente. A sus innumerables cartas

familiares y al diario debemos el favor historiográfico de saber lo que pasaba por su cabeza cada vez que tenía que confrontar la realidad social en calidad de soldado. Un caso registrado fue el de la mañana que volvieron al mismo poblado donde habían hecho ejercicios la noche anterior:

“Pasamos por la casa donde tomé café anoche. Salió la señora, ahora con dos niños y nos sacaron las manos para despedirse. Vi a los pequeños con inmensa tristeza, con su abdomen voluminoso, de seguro lleno de lombrices de tanto comer tierra, descalzos, desnudos”. De ese retrato del drama social pasa a la reflexión sobre su condición individual, base de la doble vida que comenzaría a llevar dentro de poco: “Con un cuadro así, siento como hierve la sangre en mis venas, y me convengo de la necesidad de hacer algo, lo que sea, por esa gente”¹¹.

Un aprendiz de conspirador estaba a punto de saltar de sus entrañas. Seis meses fueron suficientes para que el contacto con “su pasado” fuera más rutinario; Barinas era una provincia donde el tiempo y todas las cosas vivas o muertas andaban más lentas. Desde el ingreso a las Fuerzas Armadas descubrió que se le había despertado un gusto del que comenzó a tener noticias en la biblioteca de la casa de los Ruiz-Guevara. Pero las raíces estaban en realidad en su vocación primigenia por la fantasía de la pintura y el dibujo, y por el deleite con el que miraba revistas, rayaba cuadernos y curioseaba enciclopedias o libros que no leía ni podía comprender a esa edad. Era el mismo placer con el que escuchaba los cuentos de caballería de Mamá Rosa.

Ese incontrolable encanto por el conocimiento le reapareció en la cabeza entre 1971 y 1972 y ya no se le fue jamás. Era especial cuando se trataba de historia nacional, y más aún si era historia militar. En el centro de ese interés estaban sus dos héroes más caros: Bolívar y Zamora; a través de ellos se conectaba con su bisabuelo Maisanta, quijote oculto de su hormigueo intelectual¹². Una sustanciosa declaración de Chávez dada en 1995, el momento más original de su memoria política, resume y ahorra mayores explicaciones de esta metamorfosis del muchacho provinciano.

Recibíamos instrucción militar, pero combinada con ese curso propedéutico científico, que nos fue abriendo campo, pues la Academia tenía que cumplir con el currículo para poder optar al nivel de licenciados con validez universitaria. Allí nos fuimos acercando bastante a la sociología, la historia económica, por ejemplo. Recuerdo mucho a un coronel que está retirado, nos daba clases de historia de las ideas políticas y de la economía. Uno veía gente, profesores civiles y militares con buen nivel de preparación y con apertura, una libertad de cátedra absoluta para discutir, para buscar ciertas verdades en la historia, el proceso económico. Así nos fuimos llenando. Una vez me dijo Pérez Arcay: “tú tienes el ansia del conocimiento,

11 Citado en *Chávez sin uniforme*, p. 73.

12 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, pp. 37-38.

el desespero del conocimiento”. Porque es que uno quería saber de todo, leer de todo, quizá sin método en ese tiempo, pero queríamos inundarnos por aquello de que mientras más leo, más sé y nos damos cuenta de que no sabemos nada... Estuvimos más bien en la búsqueda de nuestras raíces. Creo que eso influyó mucho en el rumbo que después decidimos tomar¹³.

Esta formación teórica comenzó durante el primer año y se profundizó en algunos autores y temas que marcaron el siglo XX. Allí conoció por primera vez lecturas sobre Mao Tse Tung, el líder de las guerrillas campesinas que liberaron China en 1949, autor de estrategias militares que Chávez estudió. “Me lo pasaba leyendo todo lo que me llegara a las manos sobre ese tema”, le cuenta a Marta Harnecker, en 2003¹⁴. Otro libro determinante en esta fase de despertar político fue *El ejército como agente de cambio social*, de Claude Héller, un reconocido diplomático, autor y estratega político mexicano que ha contribuido en la ONU con doctrinas sobre seguridad. Héller representó teóricamente ese aspecto de la historia reciente latinoamericana donde el ejército ha cumplido un rol social sucedáneo de otros actores civiles. En su caso fue la experiencia de la Revolución Mexicana pero fundida en la forma de Estado bonapartista del PRI, cuya base la fundó el general Lázaro Cárdenas.

Muy pocos años después, en 1975, Chávez viviría algunas aplicaciones de esta tendencia en el Perú nacionalista de Juan Velasco Alvarado. De allí era José del Carmen Marín, el más respetado general del Estado Mayor que había adaptado las mismas ideas de Héller, bajo la denominación de *El ejército como potencial nacional*. Se le recuerda como el Fundador del Centro de Altos Estudios Militares. Se formó en teorías sociales en París a comienzos del siglo XX y las transformó en metodologías para relacionar al “hombre militar” con el “hombre civil” en la vida económica y social. “Las ideas se exponen, no se imponen”, era su lema.

Un capitán de aviación que recibió una cuota de sus ideas es Ricardo Napurí, que saltó de la vida militar a la acción revolucionaria en 1947 cuando se negó a ametrallar una huelga de mineros apristas. Napurí nos permite reconocer las remembranzas de esas ideas militares nacionalistas en la memoria del oficial Hugo Chávez:

Ellos sostenían esta doctrina, este “potencial” que estaría integrado por la riqueza económica y dentro ella era fundamental el trabajo humano, o sea que le daban, extrañamente, un papel preponderante a los trabajadores. Esta era una manera implícita de reconocer que la plusvalía era producida por los asalariados¹⁵.

13 Ibíd., p. 42.

14 HARNECKER, M., *Un hombre, un pueblo*, Caracas, pp. 15-16.

15 GUERRERO, M. E. Entrevista con Ricardo Napurí: “El desafío latinoamericano de Chávez y la revolución bolivariana”, Argenpress, Buenos Aires, octubre de 2005.

Entre las decenas de autores leídos en los años de escuela militar, resaltan nombres como Clausewitz, Bolívar, Páez, Napoleón, Aníbal, y de vez en cuando también se colaban lecturas sueltas e inconexas de Marx, de Engels. Al *Manifiesto comunista* y otros textos subversivos se les daba un tratamiento académico permitido por las autoridades de la Academia¹⁶. Esta furia devoradora de libros estaba complementada con el entrenamiento físico, los simulacros de guerra y actividades culturales de las más variadas: teatro, música, cine y debates (limitados, pero debates al fin, en la Sociedad Bolivariana, en pasillos universitarios y en las aulas de la Academia Militar). En la mayoría de los casos los temas se relacionaban con la historia nacional, pero era inevitable que se cruzaran con otros de actualidad o de alta densidad ideológica. Y lo más sustancial de esa experiencia: la hacían en una extrañísima relación directa con la vida universitaria civil, allí donde se batía el cobre de las ideas izquierdistas.

Así reflexionó sobre esa formación el Chávez de 1995: “Había algo novedoso que me fue absorbiendo, y así como a mí, a otros muchachos”. ¿Cuáles eran esas novedades? Así responde: “Aquella transformación del proceso educativo a nivel superior, entrar en contacto con el deporte a través de la UCV (la universidad pública) con la Simón Bolívar, el Pedagógico, la Santa María”. En esos ámbitos de vida estudiantil, política y cultural, muy profusa en la primera mitad de la década de los setenta, Chávez paseaba sus inquietudes y fantasmas. A cada paso encontraba señales que lo conectaban con las vivencias de su adolescencia barinesa a la sombra del comunista Ruiz-Guevara. Allí registró con placer las conversaciones “con los estudiantes deportistas, ir a eventos culturales en la UCV, participar en el teatro”¹⁷; o escuchar a cantantes de protesta como Lilia Vera, Gloria Martín, Soledad Bravo o Alí Primera en el Aula Magna de la UCV o en los pasillos universitarios. Presenciar conferencias y debates de intelectuales marxistas venezolanos de buen nivel como Moisés Moleiro, Joaquín Marta Sosa, Teodoro Petkoff (el *ex*), Aníbal Naza, Héctor Mujica o Ludovico Silva. Un regodeo de sensaciones que lo impulsaban a ser cualquier cosa, menos un militar de carrera enjaulado en un cuartel.

La contradicción existencial y de conciencia nacía cuando salía de esos pasillos y aulas universitarias y volvía al regimiento militar donde se formaba para otra cosa. Esa contradicción la resolvió de la manera que pudo: conspirando, un acto de fidelidad a los deseos más profundos del alma, que corresponde, en la vida militar, a los “cuernos” en la vida matrimonial. Ese mundo no tenía las virtudes formativas de un ordenado Ateneo literario, una revista teórica, ni la vivencia insustituible de un partido político marxista creativo. La particularidad del caso Chávez es que tanta vida cultural junta constituyó para él un ambiente *desalienante*, una fuente de ideas y signos ideológicos suficientemente perturbadores para una generación de

16 HARNECKER, M., *Un hombre, un pueblo*, Caracas, 2003, pp. 16-17.

17 BLANCO MUÑOZ, A., p. 38.

muchachos inquietos, entre los cuales estaban algunos inspirados como Hugo Chávez.

Esto explica, sin casualidades mágicas, que él fuera uno de los que más aprovechó y que más se destacó en esos pasadizos laterales de su “formación militar”. No fue el único caso, otros oficiales de su promoción, como Acosta Carlés, el aviador Castro Soteldo, Yoel Acosta, Arias Cárdenas o William Izarra, entre otros menos conocidos, confirman la existencia de este fenómeno generacional. Esto ha sido testimoniado en sus relatos orales desde 1995. Aquella dinámica vida “cultural” debe ser ubicada en el contexto nacional concreto de la generación del setenta y de la izquierda en particular.

Un “venao” por los barrios de Caracas

Mientras Chávez andaba asimilando estas señales resplandecía una “ola socialista” a su alrededor, más allá de las paredes del Fuerte Tiuna. Apareció en una parte de la juventud y de la clase obrera del país y se incorporizó en el surgimiento de dos partidos de masas, el MAS y el MIR, y en el fortalecimiento de una docena de otros partidos medianos de izquierda más radical. Cuando Chávez salía de licencia era común que se encontrara con miembros sueltos de esa militancia social porque, entre otras razones, varios de ellos eran sus amigos de infancia y adolescencia.

Hugo Chávez es el caso de un “setentista” que escogió el camino más complicado para hacerse hombre de izquierda: las Fuerzas Armadas, la más conservadora de las instituciones burguesas junto con la Iglesia. Sus amigos siguieron los derroteros tradicionales para hacerse socialistas: la vida partidaria y sindical. Lo que unos tomaron de la militancia consciente de nuevos partidos no estalinistas, Chávez lo hizo en el nuevo “mundo militar” al que ingresó en 1971. En ambos casos pesaron las tendencias de la misma generación: búsqueda de utopías, el valor del héroe, la revolución cubana, el ideal humano del Che, las canciones de Alí Primera.

Un amigo nuevo, hecho en los cursos militares, fue Rafael Martínez Morales, entrevistado por Marcano y Barrera. Con Rafael se internó en la vida de algunos barrios populares caraqueños. Estos autores despreciaron el dato más importante. Además de “mirar muchachas”, Chávez recibía las influencias culturales y políticas de los grupos emergentes del activismo barrial que entre 1971 y 1975 poblaron las barriadas caraqueñas pobres. Buena parte de la militancia de la generación setentista caraqueña se formó en los barrios 23 de Enero, Propatria, Flores de Catia, Petare, San Martín. Hoy son bastiones del chavismo porque desde la década del sesenta fueron bastiones de la izquierda. La influencia de los grupos “culturales” de estos barrios se extendió, durante algunos años, hasta ciudades aledañas como Los Teques, La Güaira, Miranda, Maracay, adonde iban buscando relaciones y adeptos.

Guiados por sus criterios biográficos de guionistas de culebrón, Marcano y Barrera no le dieron importancia a un detalle: el barrio que más visitó fue el 23 de Enero, de donde era su amigo Rafael, el más politizado por la izquierda desde los alumbramientos revolucionarios de la década de los sesenta.

El movimiento alternativo más influyente desde mediados de los setenta hasta mediados de los noventa fue la Causa R, una de las dos agrupaciones de izquierda con las que tuvo más relaciones el soldado Chávez. La Causa R nació y se desarrolló en Catia, de allí se expandió a la zona industrial de La Matanza, en Guayana.

Hay que ubicar en ese raro “universo militar” a un adolescente de 17, 18 y 19 años, provinciano y “venao” de origen campesino humilde, ansioso de saber cosas (además del enigma de su bisabuelo), con capacidad para la fantasía artística y habilidades para la copla llanera y el deporte. Eran elementos suficientes para impactar en su psicodinamia, en la caja secreta de su imaginario personal y hacerlo mutar a cualquier cosa nueva. En su generación de pertenencia, “la setentista”, la adolescencia culminaba en el paso de esos tres años. Las locuras del capitalismo mundial modificaron este paso generacional desde los años ochenta, haciendo prolongar esta fase de la vida hasta más allá de los 25 años. La prolongación de la adolescencia es directamente proporcional a la anulación de las libertades en la vida urbana plagada de jerarquías capitalistas. La última generación del siglo XX es víctima del desempleo crónico, la inseguridad laboral, la criminalidad callejera, el espanto del sida, el estrés masivo y la muerte de los espacios públicos: una suma de limitaciones vitales que obligaron a los “noventistas” a seguir cobijados en las faldas familiares más de lo necesario.

De allí que para Chávez su primera formación en la Academia Militar fue una suerte de descubrimiento de un “mundo nuevo” en su vida, mal que le pese a su mala fama de institución represiva. Le permitió su “salida al mar” en un momento de vida en que tenía que optar. ¿Contradicción? Sí, depende desde qué lugar humano lo veamos. La subjetivización afectuosa con la que abrevó la vida militar la reflejó conscientemente de dos maneras, a pesar de su malestar inconfeso: describiéndola con placer en las cartas a su familia y en el diario íntimo de 1974, y adoptándola como un proyecto de vida. Muy pronto se convertiría en el espacio de su “doble vida”.

Desde 1992, muchas veces ha acudido a la metáfora para embellecer aquella etapa fundadora de su vida adulta, llamando a la Academia Militar “la casa de los sueños azules”. También ha usado una conocida imagen de Mao. “Me sentía como pez en el agua”. Estas palabras contienen las simbologías de su nueva existencia independiente, sus nuevos paradigmas y la relativa facilidad con la que se adaptó a ellos.

La “casa de los sueños azules”

Una figura personal decisiva en esta etapa de transición fue el historiador y teniente general asimilado en 1971, Jacinto Pérez Arcay, director

académico de la Academia Militar. Todo confluía como en el horóscopo. Un militar heterodoxo y una fecha de cambio en la institución castrense: 1971. Sin la influencia intelectual de este especialista en historia militar y el peso de su personalidad en el joven Chávez, no es posible definir al conspirador bolivariano que estaba surgiendo de sus propias entrañas. Pérez Arcay formó a tres generaciones de oficiales de las Fuerzas Armadas de Venezuela. Sus conocimientos enciclopédicos y sus libros de historia contemporánea son fuentes ineludibles para cualquier investigador. Él descubrió –y alentó– la sed de conocimientos del muchacho barinés.

Arcay es el prototipo del militar nacionalista clásico en un país oprimido. Su antiimperialismo es connatural a su existencia y sus valores de patriotismo territorial, sin que eso implique un objetivo socialista. Él se hizo célebre entre los de su generación porque en 1957 se levantó en armas contra el dictador Marcos Pérez Jiménez cuando este pisoteó los resultados del Plebiscito que él mismo había convocado, porque les fueron adversos. “Fue una rebelión ética”, define Pérez Arcay. Su perfil del militar corporativo quedó evidenciado en la definición moral de su acción política en 1957: “No porque su gobierno fuera malo, sino por ilegítimo”¹⁸.

Siendo la autoridad académica de la institución militar, Pérez Arcay le dio a Chávez el mejor y más involuntario empujón político en sus inquietudes políticas. Era octubre de 1974, andaba cruzando los 20 años, un momento de alta sensibilidad para un joven ansioso de ideas. Estaba por vivir el acontecimiento que le cambió su percepción de la vida militar y social. Chávez estuvo a punto de ser separado de la Academia Militar. En ese momento no se trataba de un detalle en su vida.

Todo comenzó en una conferencia de fin de semana pronunciada por el doctor Acosta Rodríguez en la Sociedad Bolivariana sobre el rol de Simón Bolívar como estadista. Chávez tuvo el atrevimiento de contradecir en público al conferencista. Defendió el papel republicano de Bolívar en el Congreso de Angostura, contra la definición de “Dictador” dada por Acosta. Lo hizo con tanta solidez argumental y suficientes conocimientos que el alférez mayor Alcides Rondón se convenció de que le estaban faltando el respeto al profesor¹⁹.

Chávez se negó a retractarse y someterse al castigo que le intentó imponer Rondón. El asunto lo arbitraron los Generales Directores de la Academia Militar, dándole la razón a Chávez. Pérez Arcay defendió al alférez Chávez ante una acusación grave de indisciplina que pudo ponerlo de patas afuera de la carrera militar. Por supuesto, el oficial no podía advertir la dinámica que desataría en la cabeza de Hugo Chávez. Pérez Arcay recuerda el hecho con estas imágenes de su memoria: “Me presentaron los informes, incluido el del Alférez Chávez. Era brillante. No salía de mi asombro”²⁰.

18 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., p. 77.

19 Testimonios del General Rondón en BARRERA y MARCANO, p. 64 y del general Pérez Arcay, pp. 77 y 79 en ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L.

20 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., pp. 80-81.

No fue sancionado y menos expulsado, pero tuvo que callarse la boca en las próximas conferencias, excepto para preguntar y “mamar gallo”. Este suceso, entre otros, lo haría ingresar a un aprendizaje empírico de “doble vida” dentro de la estructura militar. Poco a poco fue aprendiendo que en la “casa de los sueños azules” faltaban libertades, sobraba autoridad y se derramaban privilegios y negocios turbios. Más nunca le callaron la boca hasta el grito del rey de España.

La novedad es que desde entonces las ideas rebeldes se las guardaría para las discusiones secretas con sus camaradas y con los camaradas de sus camaradas. “Sin embargo, después de aquel incidente, las conferencias en la Sociedad Bolivariana ya no fueron las mismas para Chávez”, recuerda Pérez Arcay. Tampoco Chávez sería el mismo para la Sociedad Bolivariana y sus alrededores²¹.

Sin la presencia de Jacinto Pérez Arcay sería indefinible la personalidad política adulta de Hugo Chávez Frías. Con él terminó de aprender el valor de las convicciones y a acerar su personalidad. En sus clases conoció en forma sistemática la historia de las guerras sociales del país; sus amplios conocimientos le sirvieron a Chávez para conectar la historia venezolana con las guerras de la antigüedad greco-romana, las del Medioevo y las de los siglos XIX y XX. Con Arcay profundizó el estudio sobre Ezequiel Zamora y la última guerra campesina de Venezuela. Su libro *La Guerra Federal: causas y consecuencias* fue –sigue siendo– texto de cabecera de Chávez y de las generaciones universitarias.

Fue este hombre erudito quien descubrió que estaba en presencia de un “autodidacto por naturaleza”, como lo llamó en 2004. Entendió que era capaz de “escuchar a todos”, captar “lo esencial” y llegar “a una conclusión; y luego buscar otras referencias”²². Esta acertada apreciación del carácter del discípulo le permitió orientarlo en la investigación documental sobre Maitana, continuada durante esos primeros años de carrera militar. El valor nutricional de este hombre sabio y viejo fue registrado por Chávez, en 1995, de una manera tan ilustrativa que vale por sí sola: “Yo profundicé con Pérez Arcay... Yo veía en él algo diferente al resto... Su mensaje era distinto, llegaba, vibraba con aquello de Zamora y la Guerra Federal”²³.

Pérez Arcay resultó en varios sentidos la reaparición corregida y aumentada del “viejo comunista” José Esteban Ruiz-Guevara, pero con una pequeña diferencia: Arcay era anticomunista. Luego reaparecerían ambos bajo otras personalidades tutelares, tan contrapuestas como las anteriores: Luis Miquilena y Fidel Castro. Chávez adopta estas relaciones como fuentes de conocimiento pero también de energía. Posiblemente sean transfiguraciones en vivo de la figura latente de su bisabuelo.

21 *Ibíd.*, p. 80.

22 *Ibíd.*, p. 81.

23 *Habla el comandante*, p. 41.

Un experimento militar que salió al revés

Nada de lo dicho hasta ahora sostendría su sentido sin considerar el penúltimo eslabón de esta cadena de factores. Nos referimos al plan de “nacionalización” y modernización de las Fuerzas Armadas venezolanas, patrocinado por el gobierno socialcristiano de entonces, permitido por el Pentágono y tolerado por el Estado Mayor en Venezuela.

Hugo Chávez le dijo a Blanco Muñoz que su generación formó parte de un experimento del cual tardaron en darse cuenta. “Nosotros éramos vistos como unos conejillos de indias”²⁴. La razón era simple: los recursos militares tenían que ser puestos al servicio de otros objetivos “de desarrollo social y nacional”. Ya no tenía sentido gastarlos contra las guerrillas, en golpes de Estado que nadie intentaba o en guerras internacionales de las que el país estaba ausente. Al revés de casi toda América Latina, Venezuela no estaba ante ninguno de esos peligros, excepto en las hipótesis de lunáticos.

El nombre escogido para esta transformación de las Fuerzas Armadas fue “Andrés Bello”. Ya el apelativo indicaba la orientación heterodoxa del cambio. Bello fue el humanista más universal que produjo Venezuela en el siglo XIX, autor de leyes, creador de universidades, además de autor de tratados de lingüística, filología, filosofía y poesía. O sea, todo lo contrario al mundo de las armas, las guerras y la muerte. Fue el menos militar de los procreadores de la República. Hubo grandes hombres en los que ambos mundos convivieron, como Domingo Faustino Sarmiento, un humanista genial de la oligarquía argentina, que fue capaz al mismo tiempo de ser un jefe militar, o León Trotsky y Winston Churchill, distintos por sus intereses de clase, pero similares en la capacidad de ejercer la estrategia militar y los asuntos de la política al mismo tiempo.

Desde ese ángulo, Bello era un nombre poco apropiado para un plan de reforma militar. Aparentemente. Con ese proyecto trataron de darle un carácter más profesional y académico; para lograrlo era necesario llevar la universidad laica y pública a los cuarteles y viceversa. Así, el antiguo “Bachiller Militar” fue sustituido por el Licenciado en Ciencias y Artes Militares, con un título universitario como el de cualquier “doctor”. Además del celo y resquemor que creó en la generación anterior al Plan Andrés Bello, comenzó a formar un oficial con una mentalidad más orientada hacia las carreras universitarias y las nuevas profesiones, algo raro en las condiciones de la Guerra Fría.

Aquella realidad ha sido reconocida por especialistas de diversos orígenes ideológicos. Domingo Irwin G., un estudioso de ideas conservadoras, escribió en su trabajo “Comentarios sobre las relaciones civiles y militares en Venezuela, siglos XIX al XXI”, lo siguiente sobre el fenómeno militar venezolano:

24 *Ibid.*, p. 41.

La reforma educativa castrense desarrollada desde la década de 1970, el denominado Plan Andrés Bello, contribuyó, por sus resultados, a crear una situación en la realidad militar venezolana que guardaba cierto parecido con los tiempos de la presidencia de Medina Angarita.

Los egresados de los institutos militares en las primeras promociones, luego de la aplicación del Plan Andrés Bello, se sentían más y mejor capacitados que sus superiores jerárquicos inmediatos. Esto contribuyó a reforzar el espíritu de cuerpo y el sentimiento gregario entre estas promociones militares, particularmente en el ejército. Dicha situación facilitó la conformación y el fortalecimiento de las ya mencionadas logias conspirativas militares.

Los generales fruncen el ceño

La primera reacción de alto nivel que se conoce contra esta transformación de la vida militar venezolana apareció en 1984. Indica que ya se venía cuajando en miembros del Estado Mayor desde varios años antes. El encargado de hacerla pública fue el general de Brigada Jacobo Yépez Daza, uno de los responsables de las Fuerzas Armadas. La forma y el medio escogido para criticar el Plan Andrés Bello constituyó casi una reacción programática al cambio. Yépez Daza escribió un ensayo para un libracó de casi mil páginas, publicado en 1984 por lo más concentrado, inteligente y ligado a Estados Unidos de la burguesía venezolana. La obra tuvo valor de diagnóstico y perspectiva general del país. Junto con otros libros y proyectos, quiso ser el nuevo paradigma para adaptar a Venezuela a los cambios del capitalismo mundial. Fue, digamos, una vía intelectual al neoliberalismo venezolano. Nos referimos a *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía* de Moisés Naim y Ramón Piñango, ambos venezolanos y expertos contratados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Naim ha sido director de la revista de inteligencia estratégica editada por la CIA, *Foreign Affairs*. Aquel proyecto neoliberal, sus sesudos libros y autores fueron desbaratados por la insurrección del Caracazo, que cinco años más tarde puso en crisis todo lo avanzado por el neoliberalismo en Venezuela desde 1979. Pero los ensayos quedaron como brillantes análisis del país que querían.

Yépez Daza se quejó en 1984 del experimento iniciado en 1971. Lo hizo por los lados que más le preocupaban: la unidad de mando y el carácter de los nuevos oficiales. En el primer caso, porque la feudalización del mando militar en Venezuela debilitaba su naturaleza: desde 1959 funcionaban unos ocho mandos centrales del poder militar, incluyendo al Ministerio de Defensa²⁵. El segundo temor del general Daza era por lo que estaban aprendiendo los oficiales en la nueva Academia Militar: “La transculturación, sin embargo, tiene efectos realmente graves a la hora de elaborar los documen-

25 *El realismo militar venezolano*, por J. Yépez Daza. En *Venezuela, una ilusión de armonía*, Ediciones IESA, 2ª edición, Caracas, 1985, pp. 340 y 430.

tos sobre directrices generales para la conducción de las Fuerzas Armadas en caso de emergencia”.

Para comprender el fondo de las preocupaciones del responsable del Alto Mando es necesario ubicarse en el tiempo en que fueron escritas estas palabras. De ellas trasciende que estaba molesto por la pérdida de identidad militar, o sea, corporativa, de las Fuerzas Armadas. De allí esta declaración que parece inspirada en la incertidumbre del nuevo tipo de oficial que estaba saliendo del cruce de cuartel con universidad. “En los actuales momentos y dada la cantidad de factores intervinientes parece poco prudente afirmar que hay un ‘tipo’ de oficial, o que se puedan anotar los rasgos predominantes del oficial venezolano”²⁶.

Otra queja del general Yépez Daza iba directamente al punto de encuentro de los nuevos oficiales con la vieja guerrilla. Esta era la preocupación del general Yépez Daza en 1984:

Lo mismo sucedió en el lapso 1970-1973 cuando se volvió, apresuradamente, a retomar el estudio de las experiencias de guerra convencional, esta vez sin incorporar en forma adecuada las enseñanzas y experiencias adquiridas en la lucha contra las guerrillas²⁷.

Este general llamó “realismo militar” al paso entre el viejo y el nuevo sistema militar venezolano, comenzado en 1971. A eso le siguió, según escribió aquel año:

... la nacionalización de la instrucción militar del Ejército. Se inicia así un movimiento de opinión entre los oficiales hacia la revisión crítica, no solo de los diez años transcurridos desde el inicio de las guerrillas, sino también de los distintos problemas, en particular los doctrinarios... En esta época se inician los proyectos para crear el Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional (IAEDEN) y la Universidad Militar... y se reemplaza la “acción cívica de los ejércitos”, calcada de los Estados Unidos, por la participación activa de las Fuerzas Armadas en el desarrollo nacional²⁸.

Aquí aparecen las señales del mexicano Héller y del peruano Del Carmen Marín, dos de las sombras doctrinarias de la formación ideológica militar del oficial Hugo Chávez. La intranquilidad del Estado Mayor venezolano a comienzos de los ochenta se debía a dos razones estrechamente ligadas. Primero, los rumores de conspiración dentro de las Fuerzas Armadas: en 1982 ya había ocurrido un evento militar menor que se repetiría como un estertor en 1988, dos signos del cambio que engendraba. Segundo, la escandalosa corrupción de la que participaban altos oficiales, facilitada por la feudalización del poder de mandos en las Fuerzas Armadas (1984 fue el año en

26 *Ibíd.*, p. 344.

27 *Ibíd.*, p. 335.

28 *Ibíd.*, p. 345.

que la prensa venezolana registró mayor cantidad de militares involucrados en negocios turbios, que en algunos casos incluyó tráfico de cocaína).

Modernizar o no modernizar

Sin que Chávez y su generación militar se enteraran, fueron parte de un fenómeno que ya se venía aplicando en otros países donde triunfaron movimientos militares nacionalistas, como el citado de Perú, México o el de Panamá. En otros países como Argentina, también se intentó pero fracasó. El coronel José “Pepe” García, presidente del Centro de Militares para la Democracia (CEMIDA), nos contó en 2007 que en el año 1974 un general argentino, de apellido Ure, quiso comenzar una modernización al estilo del que se estaba haciendo en otros países. “Envió dos oficiales a la Universidad de Buenos Aires a estudiar Desarrollo Económico en la Facultad de Ciencias Económicas, pero se asustaron por la relación con los marxistas que predominaban en la universidad”. Hasta ahí llegó el intento.

La curiosa diferencia está en que la fulana “modernización” la llevó adelante el gobierno socialcristiano de Rafael Caldera, un tanto alejado de cualquier movimiento antiimperialista, aunque también distante de vertientes derechistas como las que predominaban en el Cono Sur o América Central. Caldera había sido fascista confeso en su juventud, admirador de Primo de Ribera y de Franco, con el tiempo mutó a un demócrata burgués parlamentarista, más orientado a Europa que a Estados Unidos. Autor del *Código laboral* de 1959 y de una *Biografía de Andrés Bello*, su mentor intelectual, figura que se usó para identificar el plan de transformación de la vida militar en la que se metió, como “conejiillo de indias”, el joven Chávez en 1971.

Caldera no tenía nada que ver con Juan Velasco Alvarado o con Torrijos y la transformación nacionalista que le imprimieron a sus Fuerzas Armadas. Sin embargo, había un punto en el que estaba conectado con ellos: gobernaba un país tan oprimido como Perú y Panamá, en un momento de ascenso del antiimperialismo en el Tercer Mundo. Caldera era dirigente de la Internacional Demócrata Cristiana, en cuyos postulados, orientados desde la Alemania Occidental europeocentrista, había una relativa resistencia al modelo militar yanqui. El imperialismo europeo, por ser menor y subsidiario, participaba a su manera en la Guerra Fría; no era fanático del macarthismo ni de los golpes de Estado a mansalva tipo Henry Kissinger, aunque apoyó algunos a través de sus multinacionales, como hizo la Mercedes Benz en Argentina, Brasil y Chile.

No fue por casualidad o esquizofrenia que el Caldera que alentó la transformación de las Fuerzas Armadas era el mismo que se atrevió a gritar sus quejas en las Naciones Unidas en 1973 (no más que eso, claro) y que nueve años después, al día siguiente de la rebelión del 4 de febrero de 1992, volvió a gritar en el Parlamento que “los pobres no pueden inmolarse en nombre de la libertad” (no más que eso, claro). Es el mismo político que en 1995 quedó como el precursor del ingreso de Venezuela al Mercosur, un

intento (fallido, porque no era más que eso, claro) por despegarse un poco de la agobiadora economía de Estados Unidos. Ni le quita ni le pone a Caldera, simplemente es Caldera.

¿Descuido yanqui? ¿Error de Caldera? ¿Cálculo errado de lo que podía producir el Plan Andrés Bello en la nueva oficialidad? Ni lo uno ni lo otro. Los hechos, más que la ciencia del pronóstico, le indicaron al Pentágono y a la burguesía venezolana un cambio de rumbo en la formación militar. Ese cambio, dirigido al control social y el equilibrio de poderes, tuvo costos. Entre esos costos históricos hay que contabilizar la aparición de un fenómeno generacional: la camada de oficiales bolivarianos que llevaron hasta sus últimas consecuencias los postulados de “desarrollo social” del Plan Andrés Bello. Sin duda, algo se les escapó. La generación militar de Chávez y él en particular fueron quienes le dieron el toque personal a ese dato histórico. Ni más ni menos.

Velasco y Torrijos, el mensaje más temprano de Hugo Chávez

El último eslabón de esta cadena que comenzó en agosto de 1971 para la génesis de nuestro personaje fue el nacionalismo antiyanqui de finales de los sesenta y comienzos de los setenta. Para el alférez Hugo Chávez fueron las señales externas que completaron el giro de perspectiva que le estaba dando a su vida. Omar Torrijos y Juan Velasco Alvarado, Panamá y Perú, dos procesos antiimperialistas de importancia en aquella América Latina. Las únicas dos referencias centrales de esa corriente militar que lo influyeron.

Ambos movimientos eran parte de un escenario internacional plagado de señales de intermitencias similares en su fondo social, aunque no todas en su aspecto militar. Chile, Bolivia, Uruguay, Argentina, Perú, Panamá, Vietnam, Camboya, Grenada, Guyana, Namibia, Guinea-Bissau, Palestina, Angola, Puerto Rico, Cabo Verde, todos estos países componían un mosaico de levantamientos sociales contra las políticas imperialistas. Ellos determinaron buena parte del flujo informativo que llegaba a las cabezas de la generación de Chávez en forma de signos de que algo se movía en el mundo. Eran los coletazos finales del tercer ciclo antiimperialista del siglo, iniciado con la Revolución Cubana en 1959. Sus vientos se colaban por las ventanas de las aulas de la Academia Militar venezolana, donde, por suerte, pocos oficiales las andaban cerrando.

A Chávez lo influenciaron en forma viva la “Gran Revolución Nacional Peruana” desde 1969 hasta 1975, dirigida por el general Juan Velasco Alvarado, y la “Revolución Panameña” liderada por el general Omar Torrijos entre 1968 y 1978. Con la relatividad y cautela que impone toda comparación, fueron los dos procesos que llegaron más lejos esa década. Primero, por su duración; segundo, por las medidas radicales que aplicaron al interior de sus países. No es un dato menor que el joven Chávez haya sido afectado por estos dos hechos latinoamericanos.

Del fenómeno panameño se informó y lo vivió en forma indirecta. El “culpable” fue un Convenio entre ambos Estados que facilitó la participación

de un grupo de soldados panameños en las aulas de la Academia Militar de Venezuela, entre 1971 y 1973. “Entre ellos vino un hijo del general Omar Torrijos”, contó Chávez²⁹. Entre los estudiantes que trabaron relaciones y amistades con los jóvenes panameños estuvo el alférez Hugo Chávez. Se hicieron condiscípulos, amigos y establecieron fluidas relaciones. Uno de los resultados fue el cruce de información, que a Chávez le sirvió para hacerse una idea de lo que era una “revolución militar nacionalista”, algo similar a lo que le rondaba en la cabeza sin clara definición. Los panameños le contaban las novedades que vivía su país. Allí el movimiento de Torrijos estaba desplazando a la vieja oligarquía agraria y comercial enfeudada hasta el cuello con la banca y el Estado norteamericano. El joven cadete venezolano se impresionaba con las imágenes de las revistas panameñas donde aparecía Torrijos con su sombrero tradicional dándoles discursos a los campesinos. Varias de esas revistas se las mostró el cadete panameño Antonio Gómez Ortega, de quien se hizo amigo. Así lo contó, en 2004, a los autores cubanos Elizalde y Báez. En 1995, recién salido de la cárcel, fue más preciso en la expresión de la sensación que vivió en 1974:

Oír a aquellos muchachos hablar de su general Torrijos y de la Revolución Panameña, de la recuperación del Canal, y además comparar eso con lo que Bolívar decía que Panamá debería ser para América, lo que Corintos para los Griegos, toda aquella cosa maravillosa, que suena como a utopía, fue un impacto tremendo³⁰.

Aquí es más clara la relación entre el pasado y el presente. De todas maneras, su recuerdo sobre el caso panameño es más borroso, por haber sido indirecto. Antes de ser presidente nunca viajó a conocer ese proceso. Eso explica que le haya dado poco espacio en su relato de 1995 a Blanco Muñoz, apenas una docena de líneas, mientras que su memoria sobre el proceso peruano ocupa cinco páginas y media de reminiscencias y reflexiones³¹.

La derrota del proceso chileno y la muerte de Allende el 11 de septiembre de 1973 también deben registrarse como marcas en su formación ideológica primaria durante este, su segundo laberinto. En diversas ocasiones ha citado en declaraciones públicas su reacción contra Pinochet y “los militares gorilas”; su gobierno resalta la gesta chilena y celebra a su presidente mártir. Eso no es extraño para un venezolano politizado de su generación. La tragedia chilena la vivimos como una marca muy emotiva, superior a cualquiera otra tragedia vivida en América Latina, entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta. Esas cavilaciones son claves “secretas” que permiten comprender algunas de las tribulaciones políticas más estables de Chávez.

29 *Chávez sin uniforme*, p. 71.

30 *Habla el comandante*, p. 44.

31 *Ibíd.*, pp. 39, 44 y 45 se refiere a Torrijos y Panamá. En las pp. 38, 39, 42, 43, 44 y 45 habla sobre Velasco Alvarado y Perú. *Habla el comandante*. Segunda edición, 1998, Caracas.

El suceso político internacional es una marca de origen de Chávez. Este dato lo diferencia, en buena medida, de otros líderes nacionalistas con visiones más volcadas hacia dentro de sus naciones. Debemos anotar su tendencia por esos hechos.

La imagen de Velasco

“Fue toda una revelación”, dijo en 1995 sobre lo que había vivido en 1974 a los 20 años, en la fase final de la “Gran Revolución Nacional Peruana” de Juan Velasco Alvarado³². Hugo Chávez fue seleccionado junto con otros 11 alféreces para asistir a los actos de celebración de los 150 años de la Batalla de Ayacucho, en Perú. El presidente que presidió la ceremonia de despedida en el Palacio de Miraflores de Caracas fue el mismo que diecinueve años después sería el blanco del golpe del 4 de febrero de 1992, una acción que en buena medida nació en esa experiencia peruana. Juegos perversos de la historia.

Fue escogido entre dos centenares de muchachos de su promoción por su manía de andar hablando de Simón Bolívar todo el tiempo. “En la Academia Militar me pasaba el día hablando de Bolívar... me enviaron varias veces a dar conferencias a la tropa”. Eso bastó para convencer a los oficiales de enviar al embebido bolivariano a las serranías peruanas a celebrar una fecha tan cara a la historia venezolana.

Un comandante apellidado Sabala Carrasquero lo llamó y le dijo que se alistara para salir con el grupo hacia el Perú: “Como usted es de los bolivarianos... lo hemos escogido”. No había dudas sobre él y las razones para enviarlo³³. Esa misma noche, después de la comida, el alférez Chávez se internó en la biblioteca de la Academia y se “tragó” lo que había sobre Perú, Ayacucho y el Mariscal Sucre. Pocos días después aterrizaba en Lima. Compartieron con el general Velasco Alvarado una recepción en el Palacio de Gobierno. Luego del breve discurso presidencial, Velasco les regaló dos libritos: *La Revolución Nacional Peruana* y *El Manifiesto del Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada de Perú*. “Me bebí los libros hasta aprenderme de memoria algunos discursos casi completos”³⁴. Estos materiales los perdió el 4 de febrero de 1992 cuando allanaron su casa de Mariara en las afueras de Maracay.

Al volver de Perú ya estaba convencido de hacer cosas, aunque no tenía claro cuáles. Aquel viaje revelador fue el primer paso del muchacho que tres años más tarde se convertiría en oficial rebelde. “Regresamos cargados de cosas y de material. Cuando salimos a los pocos meses de subtenientes ya íbamos dispuestos a empeñarnos en algo, de lo que teníamos idea **pero que no lográbamos precisar**”³⁵. Esta declaración es fundamental a la hora de

32 *Ibíd.*, p. 43.

33 *Chávez nuestro*, p. 341.

34 *Ibíd.*, p. 341.

35 *Ibíd.*, p. 39. Resaltado nuestro.

seguir los pasos que en forma acelerada lo estaban llevando sin conciencia de su destino a convertirse en un militante del nacionalismo revolucionario.

En las celebraciones de Ayacucho en Perú también estaban presentes algunos jóvenes de las menguadas Fuerzas Armadas de la Bolivia del general Juan José Torres, uno de los personajes más avanzados del nacionalismo de esos años. A los mismos actos asistían los representantes del ejército chileno del general genocida Augusto Pinochet, que un año y cuatro meses antes había protagonizado un golpe sangriento. Con ellos también mantuvo conversaciones, aunque en vez de simpatía le produjo lo contrario. “El derrocamiento de Allende generó en mí y en los otros muchachos un gran desprecio hacia los militares gorilas que dirigieron el golpe. Pinochet nos resultaba repulsivo”³⁶.

En medio de las conversaciones en Ayacucho hizo comparaciones que molestaron. En 2004 recordó esta: “Torrijos sí tiene un gobierno popular, distinto, progresista; pero Pinochet no es el camino, porque es exactamente el otro extremo”. Chávez sostiene que a esa edad, 20 años, “ya andaba yo ubicado, pues”³⁷. Pinochet le sirvió para confirmar que no todo era un “sueño azul” en la casa militar. Había militares “gorilas”, “dictadores”, y militares de otro tipo que se juntaban con campesinos, indios y se llamaban populares.

Es difícil precisar si al volver de Perú ya estaba “ubicado”. Debemos advertir que esto lo dijo treinta años después de aquel viaje decisivo, lo cual arroja serias dudas acerca de la seguridad que pudo tener en aquel encuentro de jovencuelos. Es más probable que esos contactos, las discusiones y comparaciones entre Pinochet, Torrijos, Velasco, Juan José Torres, le hayan comenzado a “abrir los ojos” sobre las diferencias que habitaban en el “mundo militar”. Eso ya sería bastante para él que andaba buscando una idea social desde las Fuerzas Armadas venezolanas. En el mejor de los casos, si la memoria de Chávez fue fiel en 2004, se trató de una “ubicación” difusa. En realidad representaba una parte sustancial de sus búsquedas en la nueva perspectiva a la que había ingresado desde diciembre de 1971. Perú fue una luz y una sombra al mismo tiempo. Al ser su experiencia internacional más importante a esa edad, la analizó hasta donde le daba su base teórica. En la Academia Militar escribió un ensayo sobre la experiencia velasquista para la materia Ciencias Políticas:

Una de las conclusiones señalaba que esa experiencia se fue esfumando progresivamente, debilitando, hasta en los términos utilizados, el propósito revolucionario... Si uno se pone a analizar el discurso de Juan Velasco del 68, parecía Fidel Castro, pero ya en los años finales era el reformismo en pasta... Una de las conclusiones era esa, la falta de un proyecto popular. Tomamos conciencia de eso³⁸.

36 *Chávez nuestro*, p. 340.

37 *Ibíd.*, p. 341.

38 *Habla el comandante*, p. 45.

Las mismas dudas asaltaron a sus camaradas de conspiración. Pero comenzaron en 1982, cuando se embarcaron en un plan de organización militante dentro de las Fuerzas Armadas. Volvieron más adelante, antes de 1992, "... cuando vimos que era inminente que ya no podíamos retroceder, que nos arrastraba aquello, estudiábamos el caso Torrijos y el proceso panameño desde el punto de vista militar y político"³⁹.

Es una curiosidad histórica y biográfica que el asunto central debatido en esas conversaciones, reflexiones y trabajos escritos haya sido mal resuelto en la acción de 1992. En esta rebelión predominó la técnica *putchista* del asalto sin mediación de organismos sociales. Una acción generalmente nocturna para la sorpresa, más ubicada dentro de la tradición blanquista que en el tipo de insurrecciones que promovieron Lenin, Mao, Castro, incluso distante de la rebelión popular-militar que se conoció en Venezuela el 23 de enero de 1958. Desde el punto de vista técnico y político se pareció más a lo pautado por Cursio Malaparte en su libro *Técnicas del golpe de Estado*, donde todas las acciones se ordenan alrededor del asalto.

El académico español contemporáneo Jesús de Andrés analiza exhaustivamente el asunto en su trabajo *El voto de las armas: golpes de Estado en el sistema internacional a lo largo del siglo XX*: "En principio los golpes de Estado (...) consisten en la alteración o destrucción del orden político por parte de las élites políticas o de determinados cuerpos de la Administración, generalmente de las Fuerzas Armadas"⁴⁰. El análisis de Jesús de Andrés debe ser completado con otros elementos aparecidos en el siglo XX, por ejemplo, el fenómeno de los partidos-ejército y el carácter de los golpes de Estado que expresan fenómenos sociales progresivos. El argentino Nahuel Moreno, en su folleto "Las revoluciones del siglo XX", analiza este espinoso asunto:

Es normal que el partido-ejército tenga una estricta disciplina y centralización ya que sin ello es imposible ganar una guerra moderna (...) Pero (...) transforman esta disciplina militar en disciplina política. Dentro de los partidos-ejército no hay la menor democracia para discutir de política (...) Al revés de la Revolución Rusa, el poder no va a instituciones democráticas del movimiento obrero, sino al partido-ejército y solo a él, que domina la escena política como quiere, arbitrando entre las clases como un bonapartismo fuerte, poderoso⁴¹.

El 4 de febrero no se apoyó en la mediación de movimientos ni organismos sociales, que en ese momento tenían tomada "por asalto" la realidad venezolana. O sea, no fue una insurrección social, aunque funcionó como la expresión militar radicalizada de tres años de batallas sociales, desde el Caracazo. No contuvo ese elemento distintivo que separa al golpe de asalto

39 Ibid., p. 45.

40 Ediciones Catarata, Madrid, 2000.

41 Ediciones Antídoto, Cuadernos de solidaridad, Buenos Aires, 1986, pp. 58-59.

de un grupo de la conspiración apoyada en organizaciones de los oprimidos y los explotados. Por grande que sea la agrupación que da el asalto y legítimas sus motivaciones originales, el resultado, como mostró el siglo XX, no es una realidad política superior (más democrática y autodeterminada), sino formas institucionales que están contenidas en los métodos usados para alcanzar el poder. Esto no niega el otro hecho, también conocido en el siglo pasado: los golpes de Estado “progresivos”. Fueron aquellos que expresaron grandes fenómenos sociales de avanzada y que al triunfar generaron poderosos movimientos de masas. El torrijismo, el peronismo, el velasquismo, el nasserismo panárabe y otros casos del siglo XX son ejemplos de ello. En ese sentido, el golpe de 1992 en Venezuela se parece, con la diferencia de que no llegó al poder como en los otros casos. Sobre su resultado institucional solo se puede especular. Sin embargo, por una curiosidad histórica inédita, produjo un fenómeno superior a los otros: la aparición de un movimiento social antiimperialista súper democrático en sus formas de organización, que luego determinó las características del régimen de Chávez, desde que alcanzó el poder por las elecciones, seis años después.

El chavismo superó todo lo conocido hasta entonces como régimen nacionalista de origen militar. Pero no por los alcances de sus medidas económicas iniciales, sino por la profunda democratización de la vida política y la independencia de los organismos sociales y los medios de información que sostienen al Gobierno. La Constitución Bolivariana es su más avanzada expresión democrática. En este punto, y en el carácter atípico de su líder, está la originalidad de la “revolución bolivariana”. Sin embargo, y para ahondar las contradicciones, insurrección o golpe había sido uno de los debates más regulares del movimiento bolivariano desde mediados de la década de los ochenta, según recuerda Francisco Arias Cárdenas, el otro jefe de la rebelión. Chávez lideraba la tendencia insurreccionista o, como se decía, “de una fusión cívico-militar”. Arias Cárdenas jefeara la otra opción, prefería concentrar las acciones y decisiones en el aparato militar. Más o menos eso pensaban Jesús Urdaneta y otros jefes militares de 1992. “A los civiles los llamamos después”, decía Arias Cárdenas en 1988⁴².

Un factor que explica esta contradicción entre lo que debatieron y lo que hicieron fue la peliaguda relación con la izquierda guerrillera en las semanas previas a la rebelión del 4 de febrero. Ni Causa R, ni el PRV o Bandera Roja (ni otra corriente de la izquierda venezolana) tuvieron capacidad operativa o condición político-teórica para organizar y conducir una insurrección como la del 1º de enero en La Habana o la del 17 de octubre en Petrogrado. Por citar solo dos casos.

Otra razón que pudo actuar en esa distancia entre las reflexiones y las acciones fue que los rebeldes bolivarianos habían estudiado poco, o muy poco, las grandes revoluciones contemporáneas. A lo sumo redujeron sus

42 GARRIDO, A., *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, Edición del Autor, Mérida, 2002, pp. 126-128.

lecturas a los aspectos militares de algunas de esas experiencias. Eso es lo que explica Chávez que hizo él respecto de la “Revolución Nacional” de Velasco Alvarado. No se conoce registro documental o testimonial que indique lo contrario.

Por otro lado, las reflexiones de Chávez sobre el triste final de aquellos procesos tiene su punto germinal en la imagen de su bisabuelo Maisanta y en el “tiempo de derrota” que envolvió su trágico fin en 1924. La concreción de esta tribulación ideológica llenó el contenido de su charla en el Teatro Teresa Carreño cuando se refirió, en forma expresa y consciente, a “Maisanta”, en “un tiempo de derrotas”, donde “más pudo Gómez”⁴³. Chávez siempre se preguntó *por qué*, pero no solo en la útil abstracción del pensamiento, también en relación directa con dos vivencias de su grupo de generación en la Barinas de finales de los sesenta. Así, tratando de asimilar esa lección después de su segunda derrota en abril de 2002, declaró a los pocos días de su vuelta a Miraflores: “Esta revolución es pacífica pero no desarmada”.

En el caso de Velasco Alvarado fue muy notorio, no solo porque lo había conocido con sus propios ojos, sino también por lo que representó como experiencia del nacionalismo militar latinoamericano. Después de Cuba y de la revolución de Bolivia en 1952 fue uno de los movimientos que más lejos llegó en la resistencia al imperialismo y en la expropiación de la burguesía interna. Al final cayó víctima de su principal contradicción, no llevar el proceso nacionalista hasta el final.

Chávez no definió en 1995 lo que le faltó al experimento peruano para que terminara en la derrota en que terminó. Limitó la explicación a una fórmula algebraica que habría escrito en 1974 para un trabajo en la Academia: “La faltó de un proyecto popular”. El curso personal y político de Chávez y el resultado de la “Revolución Nacional Peruana” convergieron en el tiempo y su memoria. Eso convirtió en inevitable que años después tuviera ese peliagudo problema entre sus manos, como si Perú hubiera sido un designio de su tiempo en este mundo.

Un “peronista” tardío

Juan Domingo Perón y el peronismo entraron tarde a la vida de Chávez. Dicho de otra manera, con el mismo resultado, Chávez es un velasquista temprano y un peronista tardío. Hubo que esperar hasta el año 2003 para que la simbología peronista se integrara al discurso del líder bolivariano, cuando su estructura ideológica ya estaba marcada por el velasquismo y el torrijismo, además de Bolívar, Zamora, Rodríguez, algunos líderes de “las guerrillas” venezolanas, el Che Guevara y la proeza cubana. Por eso se convirtió en un dato biográfico curioso. En apariencia contradice lo que señala el sentido común del latinoamericano actual y su expresión en las redes de

43 Homenaje a Pedro Pérez Delgado, Teatro Teresa Carreño, 8 de noviembre, CONAC, Caracas, 2004.

Internet. En el imaginario de cualquier persona medianamente formada por los medios masivos aparece lo contrario. Chávez “es peronista”, o es “como Perón”, su “continuador”, etcétera.

El mismo Chávez ayudó a conformar ese sentido común declarándose peronista cada vez que puede sin explicar desde cuándo ni en qué.

Los movimientos juveniles kirchneristas le pusieron música propia a ese sentido común: “Chávez, Perón, un solo corazón”, es la consigna pegajosa que cantan en sus actos cuando visita Argentina, o cuando ellos pisan Caracas, como ocurrió durante las elecciones presidenciales del 7 de octubre de 2012. Esa fue la consigna cantada por el nutrido grupo de militantes kirchneristas en el acto realizado por el Comando Carabobo en el Teatro Municipal, dos horas antes del fin de las votaciones. Después de la medianoche de ese día de celebración, desde el Balconcito del Pueblo, en Miraflores, ante centenas de miles de chavistas y visitantes externos, el líder bolivariano se atrevió a dedicarle su triunfo a la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, arrancando el mismo canto de la consigna a los enviados de sus movimientos en la Avenida Urdaneta, frente al Palacio.

Cualquier búsqueda por la Internet dará como resultado que “la gente” cree que Chávez es “igual” o “sigue los pasos” de Perón. En el común de los casos se cree que son más las similitudes que las diferencias. Veamos una de las innumerables versiones aparecidas en las redes sociales de la web. Por ejemplo, el mensaje enviado por un tal Peter John en el blog *Psicofxp*, el 30 de junio de 2008 a las 11.39 hs. Ante la pregunta “*Diferencias y Similitudes entre ambos personajes: #6 Re: Chavez Y Peron, Un Solo Corazon?*”, el mensajero hizo esta cuidadosa lista. Incompleta y sobre todo inexacta en sus conceptos, como confundir “estatismo” con “socialismo”, o no saber diferenciar entre la simpatía de Perón por los regímenes de la Italia fascista y de la Alemania nazi, y el régimen que condujo en su país, que fue autoritario, pero no nazi ni fascista; aun así, es un esquema ilustrativo.

Similitudes

- Militares de origen.
- Se ganaron mucho el favor de las clases populares.
- Nacionalistas.
- Pretendían una unidad latinoamericana.
- Se oponían a las políticas de Estados Unidos, razón por la cual los yanquis no los ven.
- Ambos enemigos de la oligarquía local de sus respectivos países.
- Ambos formaron parte de sublevaciones militares.
- Ambos sufrieron golpes de Estado.
- Ambos produjeron cambios sociales en sus países.
- Ambos llevaron a cabo planes de alfabetización con textos en cierta forma proselitistas.
- Ambos tenían tratados económicos con Estados Unidos por petróleo.
- Cierta autoritarismo.

Diferencias

- La sublevación del 43 fue exitosa, la de Chávez del 92 no.
- Perón fue derrocado y debió exiliarse, Chávez a las pocas horas asume de vuelta.
- Perón buscaba apartarse de la URSS, Chávez es cercano a Rusia y elogia a la ex Unión Soviética.
- Perón tenía simpatías con el nazismo y el fascismo, Chávez no.
- Perón tomaba medidas socialistas pero no se denominaba así, Chávez hace ambas cosas.
- Perón buscaba una tercera posición, Chávez simplemente alinearse con los antiimperialistas⁴⁴.

Es como si el legendario caudillo argentino hubiera vuelto para reemplazar a Velasco y Torrijos juntos en la memoria política de Chávez. La historia, como siempre, es más rica y compleja que el sentido común. Esta comparación es superficial además de incompleta. La curiosidad nace de un hecho llamativo: hasta el año 2003 no hay registro periodístico o testimonial de Perón como un signo integrado al discurso de Chávez. En ninguno de los discursos archivados en la página *gobiernoenlínea.org.ve*, anteriores a 2003, encontramos registro de algo similar. Es posible que hasta esa fecha alguna vez haya dicho alguna cosa sobre Perón y el peronismo; nada que permita definir una identificación. Para Hugo Chávez esta filiación comenzó en 2003 y se consolidó en noviembre de 2005. La Cumbre del ALCA en Mar del Plata fue un dato decisivo.

El interés es mayor porque sabemos que el venezolano tenía noticias sobre la obra política de Perón desde 1995. Ese año viajó a Argentina patrocinado por personajes del peronismo. Tres conocidos miembros de ese movimiento fueron sus anfitriones en Buenos Aires por varios días; suficientes para hablar de Perón y el peronismo: el capitán de navío Sagastizábal, conocido “carapintada” del putchismo militarista argentino; el ultraperonista conservador Norberto Ceresole y el peronista progresista Spilimbergo, entre otras figuras menores.

Es posible que antes haya escuchado algo sobre Perón. Cuando algunos de sus amigos argentinos lo visitaron en la cárcel de Yare le deben haber llevado algún libro, biografía, fotografía o discurso de Perón. A pesar de que no existen registros de esto, no puede ser descartado *a priori*. La mayoría de quienes asistieron a escucharlo en las charlas que dio en la capital de Argentina en 1995 eran peronistas o allegados, según me contaron el camarógrafo “Chango” Arrieta y el ingeniero y promotor cultural peronista Jorge Venturini, que fue operador durante esa visita. A quien conozca la cultura peronista no le cabe duda de que Chávez debe haber sido abarrotado de libros y citas peronistas. Esto lo sugiere Ceresole en

44 <http://www.psicofxp.com/forums/politica-economia-sociologia.146/767602-chavez-y-peron-un-solo-corazon>.

2001 cuando le declaró al profesor de la ULA Alberto Garrido: “Le preparé una caja de libros”.

El 23 de abril de 2001 asistió como “jefe de Estado invitado” a la Cumbre de Presidentes del Mercosur en Bariloche, Argentina. Allí conversó con varios políticos de tradición peronista, entre ellos Carlos “Chacho” Álvarez, especialista en el tema, quien le habló de las virtudes del peronismo.

El asunto es que no se conocen referencias documentales o periodísticas, escritas o audiovisuales, en las que Hugo Chávez aluda a Perón o a Evita como lo ha hecho desde hace ocho años con tanta insistencia y convicción. Así, si nos guiáramos por el mismo sentido común, que es el peor de los sentidos humanos, deberíamos concluir que antes de 2003 “Chávez no fue peronista”. Ese sería un planteo tan absurdo como creer que Chávez es la continuación de Perón.

De la mano con Néstor Kirchner

El “peronismo” de Hugo Chávez nació en 2003 porque no podía nacer antes; con Menem no era posible. Por el camino del peronismo ceresoliano el chavismo casi llega al estallido en 1999. Quienes lo recibieron en Buenos Aires en 1995 eran desprendimientos minúsculos y derrotados de décadas perdidas del peronismo. Incluso el interregno sombrío de Eduardo Duhalde entre enero de 2002 y mayo de 2003 no encontró a Chávez en las mejores condiciones de hacerse peronista. El peronismo derecho de Duhalde hacía incompatible una aproximación de un presidente que ese año anduvo revolucionando sus creencias y actuaciones, montado como estaba en la ola revolucionaria que derrotó al golpe de abril.

Sin las condiciones del año 2003 el peronismo no ofrecía soluciones a los desafíos que se planteó Chávez desde 1995. Menos aún cuando levantó su apuesta política y personal tras la derrota revolucionaria del golpe de 2002, y su ingreso al proyecto socialista en noviembre de 2004. En la larga preparación de la rebelión de 1992 el peronismo y Perón no podían ser paradigmas o memorias para el joven Hugo Chávez. Su nacionalismo no nació de un Estado burgués como ocurrió con el peronismo en 1945, ni Chávez era hombre de ese tipo de Estado como lo fue Perón desde 1943 hasta que murió. El chavismo que lidera Chávez es de base social plebeya, con pegotes de burgueses fracasados como Miquilena o Dávila. La ruptura de Hugo Chávez con la sombra de la burguesía en abril de 2002 fue, al mismo tiempo, la ruptura general de la burguesía venezolana con Chávez. Es lo inverso del peronismo, que siempre fue la expresión de un sector muy fuerte del capitalismo argentino apoyado en la burocracia sindical y el voto de la clase obrera.

Hay otro dato histórico que impidió la entrada de Perón en el imaginario de Chávez en su fase juvenil conspiradora, incluso hasta el año 2003. Para cualquier venezolano o venezolana de izquierda o adeco-copeyana, Perón quedó asociado a la memoria ominosa de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, quien lo recibió y lo protegió en la Orchila en medio de festicholas

vagabundas con Ma. Estela de Perón y la Miss Universo Susana Djuin. Venía de ser protegido del sátrapa paraguayo Alfredo Stroëssner. De Caracas se fue a Santo Domingo, donde lo cubrió de honores Rafael Leónidas Trujillo, conocido como el “Chacal del Caribe”, y terminó en la España de Franco. Era muy difícil para cualquier demócrata o izquierdista caribeño entender a Perón como una referencia progresista. Ese recorrido hizo que todo lo progresivo y nacionalista que fue su régimen entre 1946 y 1955 quedara empañado por amigos tan indeseables.

Fue en las condiciones existentes alrededor del año 2003 cuando Perón pudo entrar al discurso político de Chávez. El sendero fue abierto por Néstor Kirchner, pero en medio de un acontecimiento internacional: la batalla contra el ALCA. El entusiasmo *peronista* de Chávez no es comprensible sin la compenetración entre ambos presidentes en el álgido escenario geopolítico de Mar del Plata. Fue una aproximación estratégica entre ambos Estados y entre dos líderes que se cayeron bien desde el 25 de mayo de 2003. Eso explica la facilidad con la que se hicieron amigos desde entonces y el grado de encuentro político en las más diversas áreas de la política nacional e internacional. También hace racional la frase que le dejó picando Néstor Kirchner al sorprendido venezolano, al final de la batalla de Mar del Plata, cuando celebraban la estampida de Bush y Fox: “Estimado presidente Chávez, hoy entendí que usted es tan peronista como yo”⁴⁵. Chávez contestó con una sonrisa que dibujaba un *sí* sin saber por qué. Desde ese año ha leído, escuchado y conversado suficiente sobre Perón y peronismo como para sentirse peronista.

Durante el año 2003 se registran tres declaraciones del presidente venezolano aludiendo a Perón y a Evita. En 2004 aparecieron siete, en 2005 once, en 2007 veintitrés y desde entonces se mantuvo como una referencia constante en sus declaraciones, discursos, en algunas de sus columnas semanales “Las líneas de Chávez”. Los dos momentos más importantes de esta identificación con el peronismo kirchnerista fueron el homenaje que le brindó la Asamblea Nacional en pleno a la presidenta Cristina Fernández de Kirchner el 19 de abril de 2010 y el acompañamiento que hizo Hugo Chávez al féretro y a la viuda de Néstor hasta casi el fin del mundo, en Santa Cruz, en la Patagonia argentina.

Argentina se convirtió en nación estratégica para el Estado venezolano entre 2003 y 2005, pero no por razones ideológicas, sino por las que derivan de la complementación económica, geopolítica, financiera y energética de ambos países. Chávez lo ha dicho de muchas maneras, pero fue Cristina Fernández de Kirchner quien lo expresó en una frase ante 300 empresarios españoles en Madrid en 2008, cuando advirtió que “la ecuación suramericana no funciona sin Venezuela”. Es decir, el *peronismo* que se puede probar en Hugo Chávez nació de una necesidad geopolítica y una aproximación de Estado que terminó en una relación de amistad personal y una convergen-

45 Testimonio del autor, Mar del Plata, 6 de noviembre de 2005.

cia simbólica de discursos. Por eso tiene como punto de partida el año 2003, cuando ascendió a la Presidencia de Argentina el político peronista que quiso renovar el peronismo sin romper con él: Néstor Kirchner.

El aciago día cuando se volvió conspirador

Un día de octubre de 1977 Chávez vivió un espasmo de rabia y fundó el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela (ELPV), se hizo conspirador nacionalista sin advertirlo. La única contrariedad es que cada miembro de tan extraño grupo pertenecía a las Fuerzas Armadas; más grave aún, el grupo nació dentro de un batallón antiguerrillero. Mayor paradoja, difícil. Del fulano Ejército de Liberación no quedó más que el borroso recuerdo, pero algo dejó en claro: ese día marcó su destino. Fue un eslabón fundamental en la cadena que lo condujo a 1992.

El año crucial comenzó en 1974 cuando volvió del Perú nacionalista cargado de inquietudes, angustias y deseos “de hacer algo”, como dijo. Los seis meses siguientes, de enero a julio, los dedicó a prepararse para los exámenes que le permitirían aprobar su graduación en la Academia. Por las noches y en los fines de semana se dedicaba a leer afanosamente los libros, folletos y revistas que había recopilado en Lima, Ayacucho y en cuanto pueblo estuvo con los cadetes peruanos, de farra y conversaciones.

En febrero de ese año obtuvo un permiso para leer en la biblioteca cuando el resto de sus condiscípulos se fuera a dormir. Muchas veces lo encontraron en la madrugada con la cabeza sobre un libro en la mesa de lectura, más dormido que los oficiales que le permitían la riesgosa libertad de formarse intelectualmente. Fue en una de esas mañanas que el historiador y teniente coronel Jacinto Pérez Arcay, su segundo maestro, le dijo: “Usted lee tanto que los ojos le quedaron chinos, apenas una línea. Siga así”.

El 7 de julio se graduó de Licenciado con el grado de subteniente en artillería, especializado en Ciencias y Artes Militares, en la rama de Ingeniería. En este período realizó un curso de capacitación en la Escuela de Comunicación y Electrónica. Tanta preparación académica y técnica le serviría de poco, pues en breve cambiaría la carrera militar por la militancia conspirativa que lo llevaría a la vida política. Chávez no ejerció los saberes técnicos adquiridos en la Academia, salvo en momentos dispersos. Su

proceso de radicalización era ya avanzado, sin tener aún una definición de carácter político. Desde 1974 hasta 1977 dio varios saltos que aceleraron su conversión rápida hasta el aciago día en que el desespero lo llevó a fundar un “Ejército de Liberación”, sin ejército y sin saber por dónde comenzar la liberación.

Así, todo lo que era sensación, sensibilidad social y conciencia primaria se fue definiendo en forma paulatina pero inexorable. Desde que volvió del Perú revolucionario de Velasco Alvarado sabía que debía “hacer algo”. Ese impulso hacia una actividad social o política tenía el límite objetivo de la estructura militar a la que estaba sometido. De allí que no haya definido con la palabra “política” lo que quería hacer. Fue lo opuesto a lo que hicieron sus amigos del grupo barinés y el resto de su generación radicalizada. Ni su madurez intelectual y política se lo permitían, ni el laberinto en el que se había metido en 1971 tenía una salida fácil. Ariadna no pululaba en la biblioteca de la Academia. Por otro lado, es un hecho que Chávez estaba en pleno proceso de asimilación a la vida militar. Más aún, que la carrera militar lo había conquistado. Cuando se sintió ya graduado y en carrera, algunos tropezones con la autoridad interna casi lo ponen afuera. Chávez creyó que podía oponerse al carácter represivo de la estructura y salir como si nada.

En estos tres años Chávez anida una contradicción existencial que poco a poco se fue volviendo una contradicción mayor en su conciencia. Explotó varias veces en forma de rebeldía, dentro de los códigos y maneras castrenses. “Es que yo soy respondón”, se definió Chávez para explicar su conflicto con las autoridades. En realidad, estaba manifestando su paso entre una radicalización de tipo social y otra de carácter político. Fue un proceso de acumulación que explotó en octubre de 1977, como reacción ante la cruda realidad de verse en conflicto con su existencia militar. Así, de salto en salto por la forma más atípica y espinosa, el *homo militari* comenzó a adoptar formas de *homo politicus*. El cambio era inexorable en su personalidad dentro de las circunstancias y condiciones en las que estaba atrapado.

Se hizo conspirador porque era la única vía para seguir siendo militar, y siguió siendo militar porque no encontró mejor ubicación para buscar un camino rápido y nuevo a la rebelión. Si hubiera sido obrero, su radicalización lo habría llevado al sindicato o al grupo secreto de fábrica, o a ambas opciones a la vez. Si hubiera sido estudiante, profesional civil o intelectual, el camino habría sido la actividad pública en un partido de izquierda, un centro de estudiantes, una revista crítica o una organización cultural de barrio. Pero era militar; esa era su principal circunstancia, sobre ella cabalgaban sus angustias.

Latencias guerrilleras en La Marqueseña

Esas angustias las transformó en febril actividad desde que llegó a Barinas en agosto de 1975, al mes de haberse graduado. Como en el cuento del hijo pródigo, pero en un país petrolero, lo primero que hizo fue comprarle

a su abuela Rosa Inés, aún atrapada en la pobreza, todo tipo de enseres domésticos que le dieron de la noche a la mañana un inesperado confort de clase media. Chávez también había cambiado de clase. De campesino pobre había pasado a hijo de un modesto maestro de escuela y de ahí, en siete años, a profesional castrense de clase media, con 2000 bolívares de sueldo, algo más de tres veces el salario mínimo de 1977:

Llegué a Barinas de subteniente, con cierta ventaja sobre otros oficiales. Tenía muchos deseos de cambiar las cosas y estaba, además, en mi patio. A lo mejor, si me hubieran mandado a Maracay no hubiera podido participar en tantas cosas⁴⁶.

Eso es cierto, pero también lo fue que su inquietud política y social lo habría hecho buscar otras opciones para darle cauce a sus impulsos. En Barinas lo instalan como comandante de Comunicaciones en el Batallón de Cazadores Manuel Cedeño en un Teatro de Operaciones antiguerrilleras, a pesar de que hacía muchos años no había un solo subversivo. A falta de guerrillas, Chávez se encontró con su pasado y con el pasado de su pasado. Como pocas veces, su destino parecía marcado como en un juego de naipes. El Teatro de Operaciones “TO3” –según las siglas usadas en la década de los sesenta cuando los yanquis lo diseñaron para combatir grupos guerrilleros– estaba situado en las tierras de La Marqueseña, donde su bisabuelo Maisanta había vivido con Claudina Infante hasta que se rebeló contra Gómez en 1914. La hacienda y Claudina eran dos puntos de partida de su historia personal. Por sus laderas habían cruzado Hugo, Adán y los amigos de infancia cuando iban a los pueblos vecinos a Sabaneta a jugar béisbol, hacer travesuras o bañarse en el río Boconó. Era demasiada latencia para que el atribulado subteniente no fuera presa de reflexiones inquietantes. “Todo aquello era como llegar a un punto de encuentro de muchas cosas”, declaró en 1995, rememorando aquel viaje. “De vuelta a la semilla”, diría el colombiano Dasso Saldívar respecto de García Márquez cuando regresó a Aracata para inventar Macondo.

Chávez no inventó una ficción, pero a sus 21 estaba por vivir una experiencia que lo haría reflexionar con gravedad sobre su carrera militar. Ocurrió como si lo hubieran arreglado manos furtivas que lo anduvieran persiguiendo: una historia donde el tiempo de Maisanta se le mezcló sin orden temporal con el “tiempo de guerrilleros” engendrados por la Revolución Cubana. Pero en 1976 no eran más que seres imaginarios: “A mí me nombraron comandante del pelotón que custodiaba La Marqueseña donde el gobierno había estacionado un TO, Teatro de Operaciones antiguerrilleras”⁴⁷. Esas tierras habían sido cobijo y base de operaciones de milicianos y caudillos desde la Guerra Federal hasta las rebeliones en las que participó Maisanta.

46 *Chávez nuestro*, p. 343.

47 *Ibíd.*, p. 48.

En 1976 el bisnieto del “último hombre a caballo” fue el encargado de cuidar La Marqueseña, esta vez contra guerrilleros sin memoria. En los pajonales de la finca encontraron

... unos equipos de comunicaciones que valían una millonada (...) traídos de los Estados Unidos de los Centros de Operaciones Conjuntas (COC). En La Marqueseña había un pequeño cerro donde comienza la inmensa sabana de los llanos venezolanos. En el pico habían colocado la antena⁴⁸.

Ese era el ambiente en pocas pinceladas y esto, lo que pensó años después:

Recuerdo que yo reflexionaba sobre muchas cosas en ese punto de comando, en particular mi infancia y mi vida de antes (...) Yo reflexionaba sobre todos esos cuentos de mi infancia, y los que me contaba mi abuela Rosa de cuando acampó allí en La Marqueseña el general Zamora en el año 59 en tiempos de la Campaña Fulgurante. Todo ello era para mí como llegar a un punto de encuentro de muchas cosas. Yo apenas tenía 21 años. Y había un carro, muy viejo allí, un Mercedes Benz negro, perforado de plomo y en la maletera había libros. Todos o casi todos, marxistas⁴⁹.

El comandante Chávez ordenó hacer un inventario de lo encontrado en el auto abandonado aproximadamente en 1965 cuando diezmaron la guerrilla de Barinas. Estaba agujereado de balas por lo que presumió que sus ocupantes habían sido acribillados adentro. En vez de un fortín antisubversivo, a Chávez se le ocurrió lo que a ningún comandante de su generación se le hubiera ocurrido:

Hicimos una biblioteca. Descartamos algunos, yo tomé algunos para mí. Y en ese revisar de libros y arreglar la biblioteca, recuerdo que consigo el libro de Brito Figueroa *Tiempo de Ezequiel Zamora*... Había 20 soldados que se entrenaban en las mañanas y hacían deporte en las tardes. Las noches se hacían largas, sin más que hacer que leer y pensar⁵⁰.

Chávez relata que además de leer los libros marxistas y los no marxistas estudió los viejos planos diseñados para combatir guerrilleros. Un día, haciendo un recorrido por el pie de la montaña encontró un cementerio con varias cruces. Los campesinos le dijeron que ahí estaban enterrados los guerrilleros. Eso nunca se pudo probar, pero a él le dejó una preocupación: “Todo aquello me fue llenando de cosas, de reflexiones...”⁵¹.

En las tierras de La Marqueseña se le apareció la historia familiar mezclada con recuerdos difusos de la guerrilla y, en el medio de eso, él convertido

48 *Ibíd.*, p. 343.

49 *Ibíd.*, pp. 48-49.

50 *Habla el comandante*, p. 49.

51 *Ibíd.*, p. 50.

en militar sin saber para qué. Todo en forma de incógnitas, sensaciones. A través de ellas ingresa a regiones complicadas de la vida. Su propia existencia de oficial entra en conflicto bajo los signos de aquel episodio. Pero no fue el único, como era de esperarse. Hubo otro, quizá más impactante, aunque haya sido lejano de su punto de encuentro con muchas cosas: “La segunda experiencia en ese orden de cosas fue el patrullaje por... la frontera caliente del Cutuffi, el Nula, La Victoria, donde está el ELN y la guerrilla colombiana”. Ocurrió a finales de diciembre de 1976, según recordó en 1995.

Andaban persiguiendo guerrilleros en la frontera “que nunca aparecían”. En un pueblito de la selva de San Camilo encontraron a un niño y una señora recién asesinados y otro hombre herido. “La gente dijo que eran los guerrilleros”, recuerda que le contaron. Sin embargo, algo lo impulsó a dudar. En el informe que pasó a su comando militar registró que “no teníamos ninguna evidencia de que hubiera sido, en efecto, de la guerrilla. Pudo haber sido un robo”. Esos días finales del año 1976 los pasó con su pelotón en el pueblito colombiano de Sarare:

Ya era casi el 28 de diciembre. Conversando con ellos... preguntándoles por la guerrilla colombiana, también me puse a reflexionar: guerra de guerrillas, ejército, pueblo miserable, niño muerto. Entonces, uno que viene de abajo, de ser un niño pobre también, de haber vivido todo aquello y además de haber tenido un poquito de conciencia del proceso histórico venezolano de donde veníamos, la reflexión se hizo mayor.

Para comprender que no se trataba de un extravío de un soldado en estado de locura, veamos lo que dijo uno de los tantos oficiales de su generación que pasó por el mismo impacto. Jesús Urdaneta Hernández, otro ex comandante de la rebelión de 1992, contó en 2003 que después de un año de entrenamiento antiguerrillero en El Tolima y el Magdalena terminó en un lío de conciencia por la miseria que debió afrontar: “Veía a las Fuerzas Armadas de ellos, a sus soldados tan humillados, tan maltratados... les lanzaban patadas, les decían groserías y la comida que les daban causaba tristeza”. Esa realidad y la contradicción de andar persiguiendo insurgentes sin saber al servicio de qué lo llevaron a decir en medio de una cena de oficiales: “Si yo fuera colombiano, sería guerrillero”. Bastó para que todos voltearan hacia él y que algunos lo miraran como si estuviera loco.

En realidad, como le estaba ocurriendo a Hugo Chávez en otros lugares, pero bajo las mismas circunstancias generacionales, Urdaneta era presa del contraste entre su mundo interior y el otro que le ordenaban reprimir: “En aquel momento yo era apenas un joven de 22 años. Y fui muy criticado por todo el mundo; pero lo dije con toda responsabilidad”⁵². Historias similares han contado Arias Cárdenas, Yoel Acosta y Diosdado Cabello. Esas “reflexio-

52 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, IIES/FACES/UCV, Caracas, 2003, pp. 45-47.

nes” se fueron convirtiendo en un embrollo existencial, como lo afirma el propio Chávez:

A mí me gusta mucho la historia y siempre revisaba libros viejos. Y lo hacía siendo muchacho y más aún siendo cadete. Fue como naciendo allí una contradicción: guerrilla, hambre, miseria, democracia, los jefes con los gobernadores, los soldados con el pueblo... Hacer reflexiones profundas sobre las causas de la guerrilla. Y entonces comencé a leer sobre la guerrilla, al Che de nuevo, Mao, buscar textos en las librerías. Tratar de conocer las causas de esos procesos. Esa fue la segunda experiencia que se fue dando allí⁵³.

Esos hechos le abrieron de nuevo el “desespero” por el conocimiento. Se pasaba las noches y los ratos libres –después de los entrenamientos y deberes administrativos de su comandancia– leyendo lo que podía en la biblioteca del batallón. Casi un año más tarde estaría enfrentado al desencuentro definitivo con su existencia militar. Esa zozobra dentro de la vida militar la ha confirmado en otro plano su primer mentor, el “viejo comunista” José Esteban Ruiz-Guevara. En 2001 le contó al profesor Sant Roz que varias veces quiso pedir la baja entre mediados de la década de los setenta y comienzos de los ochenta. Se enteraba cuando Chávez viajaba a Barinas y se encontraba con sus hijos en la vieja casa donde había aprendido las primeras ideas sociales. El viejo recordó que un día andaba angustiado con la decisión de volver a la vida civil y que lo paró con este argumento: “Tienes que seguir allí porque yo supongo que no he perdido mi tiempo metiéndote todas esas cosas en la cabeza para que ahora vengas a pedir la baja”⁵⁴.

Considerando que esto lo dijo en el año 2001, cuando su discípulo ya era presidente, y que habían pasado más de veinte años, hay derecho a pensar que una cosa era para el joven confundido Hugo Chávez y otra para su maestro, aunque ambos tuvieran la misma base. Dicho como lo dice el viejo Ruiz-Guevara en 2001, pareciera que Chávez fue parte de un plan conspirativo a largo plazo que estaba a punto de derrumbarse por la insoportable angustia de Chávez. En realidad, se trataba de un oficial desesperado sin saber cómo resolver su crisis, y de un viejo acostumbrado a conspirar que veía en él, a finales de los setenta, una posibilidad de algo más que una simple “baja” de la Fuerza. Los hechos hablan por sí solos. Hugo Chávez se quedó, se convirtió en conspirador cuartelario, y el viejo Ruiz-Guevara, irreductible en sus ideas, no acompañó a su discípulo en ninguna conspiración.

Junto con las lecturas mantenía como complemento las actividades que más le gustaban, entre ellas estaba la de contestarle a sus “superiores”, sobre todo cuando se trataba de cuestiones de historia nacional bolivariana:

53 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., p. 51.

54 José Esteban Ruiz-Guevara, entrevistado por José Sant Roz, diario *El Regional*, Mérida, 2001.

Fue una etapa muy intensa, en la que andaba metido en el deporte dentro y fuera del Batallón, hacía periodismo y campañas para captar estudiantes, y cuando se elegían las reinas de belleza en Barinas, hacía la presentación. No me faltaron cosas que hacer, hasta me hice animador de Bingo. Lo más importante es que el Batallón Cedeño comenzó a tener otro perfil, ya no era una tropa antiguerrillera separada del pueblo, odiada a veces por la gente, sino la de unos muchachos que participaban en la vida cultural y deportiva de Barinas⁵⁵.

Además, les enseñaba a pintar y dibujar a soldados que tenían aptitudes para el arte y daba charlas en los colegios secundarios para llevar alumnos a la Academia Militar. Esta experiencia humana en la oratoria de coloquio y de salón (no de tribuna) y en el proselitismo para la captación de adeptos, la veremos más adelante expandida en la labor organizativa de la conspiración y sobre todo desde que se convirtió en líder político desde 1995. Ese estilo de oratoria es su marca como presidente. Sin pensarlo y sin saberlo, constituyó un paralelo formativo con una actividad similar realizada por sus amigos convertidos casi todos en militantes, pero en la “vida civil”.

Este Chávez “cultural” y charlista se explica por el buen nivel educativo que recibió en la Academia a partir del nuevo plan curricular modernizado desde 1971. Se reflejaba en el uso de conocimientos sociales adquiridos y en lo que abrevó y potenció en un ambiente creativo. Fue el mismo que despertó la vivacidad o el interés social en muchos cadetes y oficiales de esa camada de “licenciados militares”.

El resultado de tanta actividad fue que Chávez se destacó en Barinas como organizador deportivo regional: le dio dos campeonatos seguidos a su batallón en los juegos interbatallones en cinco disciplinas: béisbol, atletismo, vóleibol, fútbol y básquetbol. Esto le granjeó el respeto de las autoridades regionales. Al poco tiempo firmaron con él un convenio para el entrenamiento conjunto con el Instituto Regional de Deportes⁵⁶. En esas competencias se destacó como pitcher otra vez, a pesar de que ya no era su sueño, como le había confesado en secreto a su ídolo Isaías en el cementerio caraqueño. En varias oportunidades la radio de Barinas transmitía los juegos y destacaban los lanzamientos de pelota “del comandante Chávez”. Esto lo cuenta él a sus entrevistadores de *Chávez nuestro*, pero tuve la oportunidad de confirmarlo con gente vieja de Barinas que solía escuchar la transmisión de los partidos⁵⁷.

Al mismo tiempo, en los liceos de la zona se lo veía como una suerte de catequizador de muchachos a los que quería conducir al rebaño verde oliva de la Academia Militar en la que se había formado. Por destacarse en esa actividad proselitista, lo habían nombrado “Encargado de Campaña de

55 ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., p. 348.

56 *Ibid.*, p. 347.

57 Fuentes: ELIZALDE, R. M. y BÁEZ, L., p. 347; y entrevistas del autor con vecinos de Barinas, octubre de 2005.

Captación de Aspirantes a la Academia Militar”. Con la autoridad de ese cargo al hombro realizó varios programas de radio con el objetivo de captar cadetes. Fueron los primeros ejercicios de su vida de propagandista penitente. Una actividad anunciadora de lo que sería el *Aló, Presidente* de sus años de gobernante⁵⁸.

Su nombre fue registrado durante casi quince meses como columnista semanal del diario *El espacio*, de Barinas, donde escribía sobre eventos culturales, deportivos y muchas veces sobre temas de historia nacional. De la lectura de varios artículos resulta un Chávez de prosa ampulosa y expansiva con exceso de adjetivos y ripios, vicios propios de la edad. La mayoría de los artículos desprenden fulgor juvenil y entusiasmo patriótico. Otros son crudamente aburridos por la sumatoria de datos sin brillo que presenta. Las ideas nacionalistas que aparecen en esos artículos son difusas. Un ejemplo es cuando se refiere a la “unidad cívico-militar” que promovía desde el Batallón Cedeño, definida por la actividad deportiva con la población y el Instituto de Deportes. El valor de esa idea no está en que revele una concepción o un proyecto, sino en algo más simple. Era un reflejo de su práctica cotidiana desde el Batallón. Vista a la distancia, esa idea es recurrente en su trabajo conspirativo y en los debates de preparación del golpe del 92. De hecho, con el tiempo se constituyó en el dilema de sobrevivencia de su Gobierno, sobre todo cuando ha sido atacado por sus enemigos o cuando sus amigos han querido congelar el proceso político. La “fusión cívico-militar” lo salvó en 2002, 2003 y en agosto de 2004. Aunque no le ha podido dar una solución teórica a ese problema, el desarrollo de los Consejos de Poder Popular tiende a buscar una salida a ese asunto.

El teniente licenciado Hugo Chávez también desarrolló huertas frutales con cría de conejos que llamaron la atención de vecinos y autoridades militares, quienes veían trabajar a los soldados como si fueran campesinos. Promovió y llevó adelante —desde 1976— la construcción del estadio de béisbol profesional más grande de Barinas. Ese era su terreno, allí iba desprendiendo las cualidades y tipos de conducta que luego desarrollaría como líder político y presidente. En aquellos años creativos de Barinas, el campo de juego deportivo le sirvió para mezclar a los soldados a su mando con los muchachos de distintos pueblos de Barinas: “Lo inauguramos con una fiesta que parecía una feria”, contó en 1995. Tanto barullo en tan poco tiempo, en un pueblo tan pequeño y con tantos resultados públicos, produjo los primeros encontronazos de charreteras entre el licenciado militar Chávez y sus jefes no licenciados.

El capitán del batallón solía recordarle: “Eres militar, no pelotero”. En su cabeza esas dos actividades no encontraban mucha diferencia en la vida social; eso lo condujo a la celda de castigo. Un día lo arrestaron por violar la orden de no salir a jugar un partido de noche. La buena suerte le trajo mala suerte. En ese partido bateó un *jonrón* que fue transmitido con alborozo por

58 *Ibíd.*, p. 347.

la única radio AM de Barinas y escuchado y celebrado en el cuartel por los soldados. Esto fue así hasta que el capitán se despertó y mandó a los soldados a dormir con grito de capitán. La siguiente orden de esa noche beisbolera fue el arresto inmediato del comandante Chávez.

Ahora bien, si repasamos los relatos de la vida militar de Chávez, el resultado es que casi siempre él afectó o subvirtió los reglamentos militares. El registro da cuenta de los motivos más curiosos e impensables en una vida tan rigurosa como la militar. Por “respondón”; por comer con los soldados siendo oficial; por protestar cuando algún centinela se dormía; por debatir ideas; por hacer cantar marchas prohibidas a los cadetes que entrenaba; por recitarles el Corrido de Caballería de Maisanta; por castigar faltas haciendo leer juramentos al Libertador o a Zamora en vez de sanciones físicas; por leer olvidando que era un soldado; por mezclarse demasiado con estudiantes universitarios; por pintar el rostro de Bolívar en algunos destacamentos sin permiso de los superiores; por vivir hablando de Bolívar y arengar a la tropa “como si fuera un político”. Y por hacer una vida social y cultural tan pública y libre que no parecía la de un militar, sino la de un militante o algo “peor”.

Pérez Arcay sostiene que esta actitud de Chávez se debió a “la fuerte personalidad y carácter insumiso para contradecir órdenes incorrectas”. Esa podría ser una parte de las razones. La relativa certeza de esos elementos adquiere valor cuando la ponemos en armonía con el proceso de radicalización social, política e ideológica que vivía en esos mismos años. El propio Chávez lo expresa con sus propias palabras, como era de esperarse en un hombre oral: “Enfrentado como ya estaba, en ese pequeño mundo con la superioridad...”. Eso era lo que definía su conducta en 1976 y su memoria en 1995.

Malestar en la conciencia de un joven oficial

Las vivencias fecundas en Barinas lo llevaron a un estado de incomodidad dentro de la Fuerza y un desagrado creciente que a mediados de 1977 ya le era difícil controlar. En ese estado lo envían al oriente del país para combatir algunas acciones aisladas del último reducto guerrillero de los años sesenta, las del Frente Américo Silva, en Cumaná, Anzoátegui y Barcelona, al borde de las playas del Caribe. He consultado con dos militares que lo acompañaron en el Batallón de Barinas y con otros que estando en La Placera, en Maracay, sabían de sus actividades en su provincia, y coinciden en la opinión de que fue trasladado al oriente para apartarlo del ambiente excesivamente “social” que había desarrollado en Barinas. Chávez sospecha eso mismo en su declaración de 1995. Si no tuvo ese propósito consciente, funcionó como si lo hubiera tenido. Ya era demasiado para las autoridades militares ver a un oficial al mando relacionado de tantas maneras con la población civil, promoviendo actividades que alteraban el carácter de casta de la institución castrense.

La dinámica de los acontecimientos en la vida militar de Hugo Chávez y el rebulicio que se le había formado en la cabeza produjeron algo más im-

portante que la sospecha por sus actividades en Barinas. Ni él ni los superiores que lo mandaron a combatir guerrilleros para someterlo a prueba podían presagiar que de ese viaje a la guerrilla ya no volvería de la misma manera.

El primer choque lo tuvo al llegar a oriente, en el pueblo de San Mateo, estado Anzoátegui. Se debió a un criterio técnico que puso en cuestión su autoridad de rango. Lo habían designado como Oficial de Comunicaciones, pero el comandante del Centro de Operaciones decidió la instalación de la antena en el lugar más peligroso para los soldados que lo resguardarían y de la manera técnica menos adecuada, según el criterio de Chávez relatado en 1995. Chávez se opuso con insistencia y se dijeron de todo en los salones del batallón. Al final del altercado la cosa se hizo como había decidido el comandante enfrentado a Chávez. Lo que pudo ser un accidente más, una rabieta de un oficial por una competencia de comandos o diferencia de criterios, resultó una espita volátil. En 1995 Chávez reflejó el sentimiento de aquel momento con esta frase: “Ya yo estaba enfrentado”. Apenas era el comienzo:

Y ese pequeño problema disciplinario se incrementó cuando, como a los dos días, estando yo en el puesto... llega un coronel retirado de la DIM (Dirección de Inteligencia Militar) con unos prisioneros: unos campesinos delgaditos como casi todos nuestros campesinos muertos de hambre⁵⁹.

Horas después el coronel de la Dirección de Inteligencia Militar y sus tres matones estaban torturando a los campesinos pegándoles con un bate de béisbol. Los soldados se habían ido a dormir y se comenzaron a escuchar gritos desgarradores en la carpa de oficiales del campamento. Chávez se acercó con dos soldados de la guardia, observó la tortura y la sangre y les ordenó que pararan y abandonaran de inmediato el Centro de Operaciones:

Yo soy el jefe aquí. Así que usted tome su decisión: o me da los prisioneros y yo los trato a mi manera –le dijo, según su recuerdo de 1995– o se retira con ellos de aquí. Y se fueron. Por cierto, uno de ellos se suicidó, no sé si ponerle comillas⁶⁰.

Chávez se reunió al otro día con los soldados a su mando en el campamento y los convenció de las razones que lo habían llevado a algo tan grave como echar del sitio a una autoridad militar e impedirle su trabajo. En sus palabras a los soldados usó los argumentos que le salían de la formación cristiana dada por la abuela Rosa, pero mezclados con el sentido general que brotaba de la currícula de la Academia, orientada por las doctrinas desarrollistas de los ejércitos y no por el combate a guerrillas derrotadas. Este enfrentamiento con el coronel de la DIM le salió caro. Lo denunciaron con un informe ante el Estado Mayor, acusándolo de rebelión militar e irrespeto

59 *Habla el comandante*, pp. 54-55.

60 *Ibíd.*, p. 55.

a la autoridad. Tras una breve consideración, le llegó la comunicación del cuerpo castrense. Casi lo enjuician y lo echan de la Fuerza. Prefirieron castigarlo por insubordinación. Se salvó de que le resolvieran la crisis existencial con la expulsión, pero no de que le sacaran la tropa y el comando del puesto. Desde ese día lo mandaron a patrullar sin destino ni horario por pueblos perdidos, a la orden de un oficial del mismo rango. Una presión moral que contenía a su vez una forma de degradación.

Pocos días después ocurrió otro hecho político-militar, pero esta vez con efectos más intensos en él. En octubre de 1977 un pequeño grupo guerrillero secuestró al hijo de un ex ministro, hay enfrentamientos, emboscadas y persecución en las zonas rurales de Anzoátegui y Barcelona. Entre otras actividades de oficial relegado y humillado, Chávez se dedicó a atender heridos que llegaban al campamento a buscar comida. Esas escenas decisivas las reconstruyó por primera vez como declaración pública, en 1995, para el historiador Agustín Blanco Muñoz. Hasta ese año, ningún oficial había realizado tamañas declaraciones sobre la vida interna en las Fuerzas Armadas venezolanas:

Recuerdo un muchacho que me conocía, era del puesto de Comando, y me dice: “Mi teniente, no me deje morir”. Y me agarra muy duro. Después se murió en el hospital. De allí me fui al sitio de la emboscada. En la noche volvió la reflexión sobre aquellos muertos de allá, de aquel pueblito de El Nula (en la frontera colombiana donde había estado cazando guerrilleros el año anterior). La reflexión de las torturas, los palos a los campesinos, la reflexión sobre la corrupción de los militares, la Gran Venezuela. Y entonces allí ocurre algo que no sé si lo declaré alguna vez.

Ese día descubrió que estaba entrando a una nueva dimensión de su “vida militar”. La contradicción existencial se revelaba en forma de conflicto de la conciencia y ambas cosas en un borbotón de angustia irreprimible que explotó en la forma más asombrosa. Chávez relata el vericuetto escabroso que siguió su mente para llegar a tamaña decisión:

Enfrentado como ya yo estaba, en ese pequeño mundo con la superioridad, me volvieron a mandar a mi carpita de comunicaciones, después de la emboscada. Y con tres soldados, uno es sobrino mío que por casualidad estaba sirviendo allí, y dos muchachos más que eran sargentos, llaneros los dos, y de mucha confianza, formamos un grupo y decidimos ponerle un nombre: el Ejército de Liberación del Pueblo de Venezuela. Lo llamamos *ecolimapapavictor*, que son las siglas en alfabeto fonético. Recuerdo que los muchachos hicieron un hueco y escondieron unas granadas de mano. ¿Qué íbamos a hacer? No teníamos ni la menor idea de lo que íbamos a hacer en ese momento⁶¹.

61 Ibid., pp. 56-57.

No faltó casi nada en este detallado *autoidentikit* de la tribulación política que lo llevó a la ruptura más importante de su vida. Hasta el detalle cultural de ser llaneros, una buena razón para confiar en una decisión tan riesgosa dentro de una institución tan sensible a ese tipo de cosas. Esta ruptura, al revés de las que tuvo con la pintura a los 14 años y con el béisbol a los 18, le marcó una perspectiva y un destino que superaba a las anteriores. No era lo mismo que abandonar el deseo de ser artista o de ser pelotero. Ahora se estaba enfrentando a dilemas de otro tipo, donde los márgenes pueden ser sutiles pero los efectos suelen ser demoledores para la vida personal. Podía costarle su carrera profesional, el procesamiento en el tribunal militar, la expulsión de las Fuerzas Armadas y la degradación. La desesperación individual fue el camino, pero ya no era posible devolverse.

Poco después consideró la opción de pedir “la baja” y retirarse del Ejército. No lo hizo y fue uno de esos momentos críticos en que se fue a Barinas cargado de angustias y se encontró con el viejo del que aprendió sus primeras lecciones políticas. Y este le dijo que no fuera pendejo, que en vez de pedir “la baja” aguantara mejores momentos políticos para descargar la ira. De alguna manera funcionó en su cabeza el consejo de Esteban Ruiz-Guevara. No armó con él una organización clandestina ni fue parte de ningún plan con el comunista barinés. Hizo algo similar por sus propios medios.

Como todo acto humano empírico, intuitivo, suele deslizarse en formas mudas y sordas hacia el conocimiento. Así fue. Chávez comenzó a descubrir que estaba parado ante un movimiento militar rebelde, y que él estaba en el medio. Así fue que comenzó a hacer lo que se hace en esos casos: buscar aliados, sacarse lo que lleva por dentro y compartirlo con los de mayor confianza.

Esos candidatos a aliados andaban viviendo los mismos enfrentamientos y contradicciones que el teniente Chávez, y por las mismas razones. Era el mismo país, la misma institución. Es que pertenecían a la misma generación setentista que se encontró en la Academia una forma atípica de hacerse militar, dentro de un país que caminaba inexorable a una crisis social. Ellos, aliados o solitarios con sus crisis, estaban en el medio.

En Maturín encontró a sus futuros cófrades con nombre y apellido a los pocos días de fundación del grupo originario. Esto fue a finales de octubre de 1977. Los convidados eran Jesús Urdaneta, Jesús Miguel Ortiz y Felipe Acosta Carles, tres piezas fundamentales de lo que luego fue el Movimiento Bolivariano 200 y la rebelión militar de 1992. Jesús Urdaneta recordó la conversación, pero no está seguro de que le haya dado un sí a Chávez para esta primera experiencia conspirativa: “Pero en esa conversación, que yo recuerde, no hablamos de algo que tuviese que ver con lo que fue después el proyecto bolivariano”. Ciertamente, Chávez no tenía proyecto alguno, y menos bajo el nombre de bolivariano. Solo estaba juntando amigos confiables para sacarse la rabia en una forma más política que la queja. Sin embargo, Hugo Chávez aseguró en 1995:

En la noche salimos Urdaneta y yo solos, y le comenté lo que habíamos hecho con tres soldados y yo en el Batallón Cedeño. Y lo invité, le dije: “Hermano, yo no voy a seguir en esto toda la vida, yo ya veo que aquí esto no es lo que habíamos pensado. ¿Por qué no creamos un movimiento aquí adentro? A las guerrillas no nos vamos a ir. Creo que eso ya pasó... sería un movimiento de las Fuerzas Armadas. Esa era la concepción inicial. Y apoyar este sistema, como ya lo estamos viendo, tampoco. Yo no voy a pasar la vida en esto”. Esos fueron los primeros pasos que dimos⁶².

El valor testimonial de esta declaración asoma uno de sus dilemas políticos; Chávez solo vio una opción más allá del mundo militar: la guerrilla.

Para la memoria de Jesús Urdaneta Hernández, la conversación sediciosa fue posterior al momento que recuerda Chávez: “Ya en los paracaidistas, cuando estamos de tenientes a capitanes, un día se me acercó y me dijo: ‘Jesús, quiero hablar contigo’”. Se encontraron con cierto sigilo en el turno de la guardia nocturna y aprovecharon la tranquilidad dejada por la ausencia de los oficiales. “Esa noche llegó y me dijo: ‘Yo te he observado bastante, ¿qué opinas tú de la realidad del país?’”. Y entonces comenzamos a hablar de todo lo que estaba sucediendo”. Siguiendo el relato de Hernández, al parecer coincidieron en todo en pocas palabras. Esa noche, entre gallos y medianoche, a la luz de la luna y a espaldas de la oficialidad, Chávez captó al teniente Urdaneta para un proyecto de conspiración cuyos derroteros no estaban claros⁶³.

El interés biográfico que revisten estas actividades de Chávez es más complejo que su solitaria actividad conspirativa. En realidad, se inscriben en un proceso de resistencia y reagrupamiento de la izquierda venezolana en esos mismos momentos. La suya fue una expresión radicalizada dentro del ejército, pero era la misma angustia política que vivía una parte importante de esa generación. Chávez actuaba por cuenta propia pero en relación muda y sorda con lo que hacía el resto de los jóvenes que andaban cada vez más incómodos con la corrupción, la represión policial a las universidades, la persecución sindical en las fábricas, la caída del nivel de vida, el debilitamiento del país petrolero. Entre 1979 y 1981 se reconformó una parte importante de la izquierda venezolana, un hecho que culminó con la derrota de la huelga nacional de los textiles y otros retrocesos en las industrias de Guayana y Zulia.

Otra muestra de esa transición de la que Chávez era una expresión individual más, la encontramos en las propias Fuerzas Armadas. Mientras él “fundaba” su simiente del movimiento conspirativo militar en Maturín, el oficial aviador William Izarra andaba haciendo lo mismo en Caracas, después de cuatro años de maduración política.

Por su lado, a su modo y con sus ideas, se había embarcado en la misma búsqueda el legendario guerrillero Douglas Bravo, pertinaz conspirador mi-

62 Ibid., pp. 57-58.

63 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, pp. 55-56.

litar desde antes de 1958. A finales de 1977 le encargó al experto conjurado del PRV Nelson Sánchez, conocido como “Harold”, la construcción del Frente Militar de Carrera, o sea, células políticas de izquierda dentro de las Fuerzas Armadas⁶⁴.

En el mundo de la militancia política no militarista ocurrían signos que identificaban la misma tendencia. Entre 1976 y 1977 varias organizaciones de izquierda nacieron sincrónicamente en las formas de “grupos fundadores”, “revista de debate” o “núcleo político”. Por lo menos ocho de las dieciocho agrupaciones de la izquierda venezolana se dividieron y se reagruparon para expresar alineamientos más radicalizados hacia la izquierda “que rompieran con el electoralismo complaciente del MAS”. Cinco tuvieron carácter conspirativo dentro de universidades, sindicatos clasistas y buscaron contactos en las Fuerzas Armadas⁶⁵.

Una diferencia para destacar en estas historias paralelas que explican su aparición posterior como un héroe nacional es que fueron matrices distintas de un proceso. No solo por los ámbitos y los modos, también por el carácter cualitativo de esa formación. Chávez no tuvo la ventaja del acumulado teórico, la tradición y la “escuela política” que se abrevaba en la militancia “civil”. Él nació sin programa, sin fundamentos teóricos ni concepciones histórico-sociales. Lo interesante de su caso es que sin esos recursos de *la política* tuvo la capacidad de expresar una forma organizativa “fundadora” similar a la que hacíamos los otros. Lo hizo reflejando una conciencia política básica apoyada en conocimientos históricos y valores que chocaban con su realidad cotidiana. Fue impulsada por un sentimiento eruptivo, una comprensión de los hechos (represión, corrupción, autoritarismo militar) y la convicción de no seguir un solo día más sosteniendo “el sistema”. Su construcción tuvo la marca del acto revelador que impone el empirismo en las condiciones especiales de un medio militar. La conspiración y la doble vida era la única posibilidad.

El Chávez que apareció en el escenario nacional en 1992 adoptó forma política consciente desde 1977 y forma organizativa regular desde 1982. Parafraseando al Marx de *La ideología alemana*, con su acto de rebelión de 1977 comenzó su “historia consciente”, cuya prehistoria arranca en dos puntos posibles: en las “conversaciones políticas” en la biblioteca “del viejo comunista” José Esteban Ruiz-Guevara o en el día que pisó las Fuerzas Armadas tras un sueño que a los seis meses cambió por otro. El corte, arbitrario como siempre, solo tiene la utilidad de guiarnos en la dinámica de su desarrollo. Podríamos acudir a Jean Piaget para ayudarnos en la comprensión tanto de la psicogénesis del personaje como de su evolución política. Bajo el concepto del biólogo, psicólogo y filósofo suizo, diríamos que Chávez fue una invención

64 GARRIDO, A., *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, capítulos 1 y 2, Edición del autor, Mérida, 2002.

65 Fuentes: GUERRERO, M. E., *Desafíos y tentaciones del nuevo sindicalismo*, Maracay, 1980, Edic. PST, pp. 7-8. HEYDRA, P., *La izquierda, una autocrítica perpetua (50 años de encuentros y desencuentros del marxismo en Venezuela)*, Edición de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, Caracas, 1982, pp. 225-239.

y un descubrimiento al mismo tiempo, en un largo proceso de “acomodación y superación” dialéctica que tuvo tres “saltos a lo nuevo”: 1977, 1982 y 1992.

“Enfrentado como ya estaba, en este pequeño mundo, con la superioridad”, y convencido de que había que organizarse en forma secreta para “hacer algo” por los pobres que se encontraba a cada paso y contra los corruptos y represores de las Fuerzas Armadas, se dedicó a buscar descontentos como él. Los encontró de sobra en cada cuartel, unidad o batallón al que iba. Después de concertar con Urdaneta, Ortiz y Carlés en oriente, lo trasladaron a Maracay, la conocida “ciudad militar de Venezuela”. Y no por casualidad. Allí se asentaba casi el 50% de la fuerza armada nacional de entonces, sobre todo la mayoría de la aviación de guerra y el cuerpo de paracaidistas. Tampoco es una carambola que, desde la Guerra de Independencia hasta el golpe de Estado de abril de 2002, haya sido un teatro de operaciones político-militares clave del país.

En San Mateo existió el fortín más grande de la II República; en sus valles de maizales se escenificaron algunas de las principales batallas. Por sus anchos cañaverales ordenaban sus tropas los jefes federales durante la guerra campesina de 1859 a 1862. Ezequiel Zamora surgió como caudillo máximo de esa gesta en Villa de Cura, al sur de Aragua. En esta estratégica ciudad centralizó su poder la dictadura más larga y sólida que tuvo Venezuela: la de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez entre 1899 y la muerte del segundo en 1935. También, fue en los cuarteles de Maracay donde se alzaron los insurrectos del 23 de enero de 1958.

En sus barrios pobres y cuarteles, sobre todo en su principal plaza de Aviación, se concentró la resistencia cívico-militar al golpe de Estado del 11 de abril de 2002. El día 13 de abril estaban alistados miles de soldados y civiles para marchar a Caracas. Horas después desembocaría en la insurrección caraqueña que dio al traste con la ridícula “dictadura” de 47 horas, entre la noche del 13 y la madrugada del 14 de abril de 2002. Fue de Maracay de donde salieron los soldados y oficiales al mando de Hugo Chávez para deponer al presidente Pérez en 1992, y fue esa la primera plaza tomada por los bolivarianos al mando de Jesús Urdaneta Hernández.

En esa ciudad, paso migratorio central entre los cuatro puntos cardinales del territorio, se instalaron los primeros cuadros de la conspiración en ciernes. En medio del sopor vegetal de ese valle anchísimo alquiló el apartamento que fue su base de operaciones clandestinas durante más de una década. Allí mantuvo dos reuniones fundamentales en su historia política, indicadoras del perfil izquierdista de su formación y de sus dudas más ocultas. En ambos casos fue con jefes ex guerrilleros. La primera, en 1977, fue con Alfredo Maneiro, para entonces el gurú ideológico de la Causa R; la segunda, con Douglas Bravo, cuatro años más tarde.

Fue en un cuartel de Maracay donde le nació la idea del asalto militar, una tarea que no podía realizar sin la fuerza de aparatos de guerra, salvo que fuera un asalto imaginario como los cuentos de la abuela Rosa:

Me cambiaron a Maracay, a los blindados y te digo [en el relato de 1995 al historiador Blanco Muñoz]: la primera vez que caminé por el caney y vi los 40 tanques MX30 que estaban en todo su esplendor –no como ahora– me dije: qué hago yo con radio si estos tanques, estos monstruos de acero, son como los caballos de antes. Son la caballería⁶⁶.

Esta imagen de los tanques recordada casi veinte años después tiene el valor de indicarnos la ruta secreta de su pensamiento y de su evolución política. Es la imagen del concepto que conduce a la acción. Entrenado en eso de la fantasía y las proyecciones, los cuarenta tanques deben haber simbolizado formas y sombras de una marcha, de una batalla imaginaria, como las sombras de los “cuarenta caballos” del poema sobre Maisanta que andaba recitando de memoria en los cuarteles desde 1975. Su conclusión fue inmediata: ¿cómo alcanzar el poder de los tanques? El paso era cambiar de disciplina en las FAN. Aquí ya tenemos al *homo politicus* subordinando la tarea castrense al objetivo social:

Y ya pensando en el movimiento, fue que pedí el cambio de comunicaciones a blindados; me lo dieron al año siguiente; pasé a ser Oficial de Blindados. Allí estuve tres años y medio. En ese tiempo llegó también Urdaneta a los paracaidistas. Lo cambiaron de oriente y seguimos trabajando y buscando gente allí en Maracay... en el 78 ascendimos a tenientes, y ya estaba yo en Maracay. En ese año, el Mayor Alastre López, subteniente, recién graduado, llegó al batallón y comenzamos a hablar con él también⁶⁷.

Otro recién graduado que también enviaron a Maracay fue el subteniente Díaz Reyes, en una combinación de decisiones e intenciones de la jefatura militar y de Chávez. De inmediato Díaz Reyes fue atraído a la conjura fundacional. En Maracay ya no era un ejército de liberación imaginario que escondía granadas en el patio de un cuartel, sino “un grupo de discusión, de inquietudes”, algo mucho más peligroso. Chávez, que al parecer siempre andaba inventando nombres y metáforas para sus actos, lo llamó “LR-200”, sigla que pasó al olvido en breve. Haciendo un parangón con la tradición del movimiento obrero socialista, estábamos en presencia de un “grupo fundacional” o una “célula básica”.

Más adelante, entre 1981 y 1982, conduciría a un desarrollo superior: la organización, el programa, los principios y los objetivos de un movimiento militar-político. Pero antes hagamos un rápido repaso por lo que hacían “otros conspiradores” en otros ámbitos. Sin este aspecto, lo que planeaba Chávez quedaría descolgado y convertido en una aventura individual, y no, como fue, la conspiración más inspirada de una generación de conspiradores.

66 *Habla el comandante*, p. 58.

67 *Ibíd.*, p. 58.

Pensando en la toma del poder

Una muerte dolorosa y un juramento sagrado le dieron a 1982 el contenido de una fecha de transformación vital a Hugo Chávez. El joven impulsivo no perdería su carácter impulsivo e inspirado, pero daría paso a la madurez del líder militar, que ya pisaba sus 28 años de edad. Los siete años que siguieron serán de preparación política, muchas lecturas y sobre todo de organización del movimiento. Las sensaciones trocaron en ideas, las reacciones anímicas en conceptos, la angustia, la incomodidad y el desespero se transformaron en objetivos conscientes. Todo ello condujo a la preparación práctica del asalto al poder.

Entre finales de 1981 y los primeros meses de 1982, Chávez y Arias proponen la conformación del Ejército Bolivariano Revolucionario 200 (EBR-200) en la fuerza terrestre. Después cambian por MBR-200 cuando se amplía el pacto con el grupo ARMA del general de la Fuerzas Aérea William Izarra, un oficial miembro del Comité Central del Partido Comunista venezolano, verdadero precursor de lo que fue el movimiento bolivariano desde 1982. También se nutrió con oficiales de otras ramas de las FAN y por una relación lateral con la Causa R y el PRV-Ruptura. Hasta 1989 se usaron EBR y MBR en forma indistinta según el batallón o el oficial que se cite. Desde ese año todos usaron MBR-200. Ese fue el nombre con el que quisieron asaltar el poder y así quedó para la historia.

Poco antes de 1982, Chávez, Ortiz, Carlés y otros habían inventado una protoorganización a la que llamaron “LR-200”, cuya mención no pasó del aciago día del Juramento del Samán de Güere. En los tres casos fue Chávez el autor de los nombres, según versión de Kléber Ramírez, su asistente intelectual hasta 1991.

Además del grupo ARMA y del animado por Hugo Chávez y Francisco Arias Cárdenas, funcionaron otras dos agrupaciones. Una la conducía el famoso coronel Hugo Trejo, héroe del alzamiento de 1958, que no por ser viejo y retirado de la vida militar dejaba su maña de conjurado por su ideal nacionalista. La otra agrupación actuaba dentro de la Marina, nunca tuvo expresión

pública, sus conductores se mantuvieron en reserva y pasaron a la historia oculta de la sedición; por lo menos así lo certifican dos fuentes primarias: Douglas Bravo, que comandaba la captación de oficiales para el Frente Militar de Carrera, y un enemigo que los andaba vigilando: el general de División Iván Darío Jiménez Sánchez, ex ministro de Defensa, ex jefe de Inteligencia Militar, autor de *Los golpes de Estado en Venezuela*. Jiménez Sánchez basa su informe en el privilegio de acceder a información clasificada de inteligencia militar y del Ministerio de Defensa antes y después de 1992.

Desde el mes de abril de 1980 ya el PRV había conectado a Hugo Chávez en las instalaciones del Fuerte Tiuna a través del sigiloso “Harold”. El contacto fue facilitado por Adán Chávez. Pocos meses después se relacionaron con Arias Cárdenas, quien a su vez venía conversando por su cuenta con otros oficiales sin haber definido un proyecto. Arias no quiso reunirse más con el PRV, hasta el congreso del movimiento en 1985.

A mediados de 1982 las tres figuras dominantes de la conspiración eran, sin duda, Chávez, Izarra y Arias, en ese orden. Otros comandantes ya se destacaban pero ninguno adquirió el carácter de líder militar del conjunto del movimiento, excepto en sus batallones o cuarteles. A la sombra quedó un oficial de alto rango y carisma; fue el coronel Rafael Isaías Baduel, de las Fuerzas Aéreas de Maracay, cuya estrella brillaría entre el 11 y el 14 de abril de 2002 y nunca más.

1982 no fue cualquier año para los tres grupos de conjurados dentro de las Fuerzas Armadas. El ambiente internacional estuvo cruzado a fuego por la guerra de Estados Unidos-Irak contra la revolución iraní y el surgimiento masivo del nuevo nacionalismo islámico. En América Latina vivimos la guerra de las Malvinas, un acontecimiento que impregnó la opinión pública de Venezuela, especialmente en sus cuadros militares. Se sabe que los bolivarianos tenían a las Malvinas como uno de sus motivos de preocupación. Era una guerra de Gran Bretaña con el apoyo de Estados Unidos, amparada en el TIAR y la OEA. No se conocen muchos testimonios orales o escritos sobre esa preocupación, lo que sí se sabe es que varios de sus oficiales fueron parte de una operación secreta para ayudar a Argentina. Resultado de esa operación fue el traslado de un avión de combate que, por irresponsabilidad de los conductores militares de la guerra en Buenos Aires, quedó desarmado y enterrado en un hangar de la provincia de Tucumán, muy cerca de Bolivia y bien lejos de las Malvinas⁶⁸.

En esos mismos años vivimos la profundización de la rebelión en El Salvador y en partes de Centroamérica. Chávez, como otros cuadros militares, se tragó las informaciones que llegaban sobre el nacionalismo islámico y la crisis centroamericana que tenía en sus narices. Con ella pudo absorber elementos de análisis durante su breve estadía en Guatemala, en 1988, adonde lo enviaron a hacer un Curso Internacional de Asuntos Civiles. Llama la

68 Confesión del ex jefe del Estado Mayor de Argentina, Rómulo Sánchez para el libro *Reportaje con la muerte*, GUERRERO, M. E., Buenos Aires, 2002, Ediciones B, p. 176.

atención la ausencia de alguna opinión suya sobre ese proceso y su lamentable final.

En Venezuela fue inmediato el impacto de los efectos financieros y políticos de esas crisis internacionales. En 1983, la banca y la bolsa venezolana las vivieron en forma de “viernes negro”, o como titularon los diarios: “El día que se paralizó el país”. Ese mismo año comenzó el ciclo de caída histórica del PBI que reventaría a los sectores pobres y medios de la sociedad hasta pasado el año 2000. Venezuela estaba involucrada en forma directa a través de la OPEP, por el Pacto de Costa Rica, y por la participación en las negociaciones “de paz” de Contadora y de Esquipulas en Centroamérica.

Al interior lo vivimos como un retroceso político de la izquierda con demoralización de los trabajadores. En octubre de 1982 fue derrotado el movimiento huelguístico que había comenzado a mediados de 1979. Entre 1983 y 1985 la izquierda clasista perdió 351 puestos en sindicatos y fue desplazada de la dirección de centros de estudiantes en las universidades.

En 1985, cuando el MBR vivía uno de sus ciclos expansivos, el 82% de la opinión pública se repartía entre AD y COPEI. No era el ambiente más propicio para que un grupo de conjurados captara e hiciera congresos como si el resto del país los acompañara en su entusiasmo. La única señal política positiva de esos años fue la emergencia del “Movimiento 80” en las universidades, que le dio nuevos bríos a la vida estudiantil con su irreverencia apartidista y sus multitudinarias asambleas. Más de treinta años después se encuentran expresiones individuales de aquel movimiento estudiantil durante el gobierno de Chávez en dos asesores presidenciales como Aiman El Troudi y Luis Vargas, entre otros funcionarios: “Hay un proceso que como que nos llevaba y ya las lecturas de aquellos años indican una inquietud”⁶⁹. Es cierto, pero este proceso intelectual y político estuvo atravesado por las contradicciones del país y del mundo de entonces. Recordando la dinámica de aquellos años, señala:

Es un desarrollo bien dificultoso, no es nada lineal, ni uniforme, sino sumamente quebrado. En bastantes ocasiones el movimiento se sentía que llevaba vigor y por un acontecimiento u otro se venía en picada y yo varias veces pensé que no iba a ser posible adelantar las acciones militares⁷⁰.

El estado general pasivo de la lucha de clases convivía con las pasiones desbordadas de un grupo de conjurados; también determinaba sus declinaciones y caídas temporales. El movimiento militar lo vivía como una tensión que iba del impulso organizativo a la retracción y el peligro de marasmo. Esas tendencias ponían nervioso a cualquiera que anduviera metido en algún proyecto conspirativo. En el caso de Hugo Chávez se tradujo en desasosiego intelectual y riesgo.

69 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 122.

70 *Ibid.*, p. 124.

En esos años fue designado como instructor en la Academia Militar, junto a Cárdenas, Ortiz y otros comandantes bolivarianos. Este hecho personal hizo que el centro de la conspiración se trasladara a esa institución. Si medimos esta fase de la conspiración por la difusión de ideas y la captación individual mediante la propaganda, se puede entender el éxito que comenzó a tener en las nuevas promociones de cadetes que se enrolaban en la “casa de los sueños azules”. En ese tiempo a Chávez le vino uno de esos ataques de lectura enfebrecida: se tragó todo lo que pudo de la biblioteca de la institución y de la prensa nacional, comenzó a estudiar Ciencias Políticas en la UCV, sacaba libros de las bibliotecas de Pérez Arcay y del viejo Ruiz-Guevara y, como es impulso bibliofílico, viajaba a Maracay o a Valencia con su “carga doctrinaria” encima.

Su psicodinamia personal iba a contracorriente del ritmo social del país y varios pasos adelante del más militante entre el grupo de comandantes. Es por estos años que Jesús Urdaneta Hernández le dice que no lo moleste más con su “filosofía” y que le avisara cuando llegara la hora de “echarle pichón”. Así lo relató en su memoria de 2003.

Quienes conocen a Chávez desde esos años aseguran que entre 1982 y 1983 le brotó el “tic” nervioso que mostró en el rostro hasta bien entrada su tarea presidencial. Con “tic” o sin él, para Chávez fue “... un año de muerte, de vida y de compromisos. Ya había cuajado la conciencia de la necesidad de cambiar el estado de cosas, si no queríamos que ese ambiente que despreciábamos nos tragara a nosotros”⁷¹.

La “muerte” lo asaltó por el lado más doloroso: el 3 de enero de 1982 murió su abuela Rosa Inés, que había sido como su madre, la que le alimentó la imaginación épica desde niño. Tomó esta muerte con el mismo dramatismo con que había vivido el accidente mortal de su ídolo, el “Látigo” Chávez, quince años atrás y como viviría después, en 1989, la de su amigo y camarada Felipe Acosta Carlés. En el poema que le escribió a su abuela la misma noche que llegó a Barinas, se notan las angustias, dudas y vivencias de la construcción del movimiento en ese momento: “Me salió de un tirón. Fue una especie de juramento ante Rosa Inés, una memoria que es para mí sagrada”⁷². Doce meses después estaba haciendo otro juramento ante otro ser sacramental del imaginario nacional.

71 *Chávez nuestro*, p. 351.

72 *Ibíd.*, p. 366.

Cuatro soldados y un juramento

Cuando pararon el trote y se acomodaron frente al desvencijado Samán de Güere no tenían seguridad de cómo terminarían; solo sabían algo: no soportaban más la doble vida que llevaban en el Ejército. El movimiento había entrado en una fase que solo podía conducir a la complicada prueba del asalto al poder, aunque ese objetivo no se expresaba aún con palabras. Pero su idea era suficiente para que la tensión creciera, sobre todo en un ambiente internacional y nacional lleno de señales propiciatorias. En Chávez adoptó expresiones dramáticas, como era su estilo: “Tenemos una gran confusión, una angustia que nos llevó a hacer un juramento y a tomar un camino que aquí nos condujo a la formación de un movimiento”, esa fue la memoria de su sensación de 1982, relatada en 1995⁷³.

En esa situación de “confusión” y “angustia” salieron a trotar desde el cuartel La Placera el 17 de diciembre de 1982, después de las dos de la tarde. Carlés y Urdaneta tomaron la delantera por sus mejores condiciones físicas, atrás los seguían Chávez y Baduel. No era un día común para el país y las Fuerzas Armadas; mucho menos lo era para estos cuatro conspiradores embebidos de las ideas de Bolívar. En esa fecha se conmemoraba la muerte solitaria del Libertador en Santa Marta de Colombia, en 1830. Eran demasiados “puntos de encuentro” para una personalidad como la de Chávez.

El hecho que desató la tormenta emotiva que terminó en juramento fue un acto oficial. Uno más en la rutina de las Fuerzas Armadas desde la década del veinte cuando fue instaurado por el gobierno de Juan Vicente Gómez. Por andar “con Bolívar para arriba y para abajo” fue invitado por el comandante del regimiento de paracaidistas del estado Aragua para que “pronuncie una palabras para conmemorar la muerte de Bolívar”. Esta invitación contenía dos señales. Por un lado, la presencia de un fanático bolivariano en las filas del Ejército; al mismo tiempo retrataba la descomposición del cuerpo de oficiales “viejos”, aburridos de Bolívar y de cualquier otra cosa que

73 *Habla el comandante*, p. 123.

no fueran trapisondas, negocios y ascensos. Designaron al “fundamentalista bolivariano” para evitarse ellos la incómoda tarea.

Chávez se entusiasmó tanto con la propuesta que él mismo se encargó todo el día 16 de llamar “... a todos los batallones para transmitirle la orden de mi comandante”. A la una de la tarde del día siguiente, cuando estaban formados esperando las palabras del teniente Chávez, el oficial de ceremonia fue sorprendido porque el orador no tenía ningún papel escrito en las manos: “Yo no escribo discursos”, le dijo, pero el oficial retrucó: “Eso va contra el reglamento”⁷⁴. Ese hecho generó tal estado de confusión, malestar y embarazo en el jefe, que fue resuelto de la peor manera: diciendo que el discurso de Chávez ya había sido consultado con los comandantes del regimiento. Ningún soldado le creyó la “mentira piadosa” al superior. A esa calamidad se agregó la tensión por lo que dijo Chávez en su discurso al minuto siguiente. Así, comenzó citando una invocación de Martí sobre Bolívar en la que el poeta cubano habla de su “obra inacabada”, luego se refirió más de 15 minutos a la miseria que padecía el pueblo, y terminó con Martí, de nuevo, diciendo: “... Cómo no va a tener qué hacer Bolívar”⁷⁵. En cada palabra parecía que la conspiración se le escapaba por la boca. Ahora bien, el sargento maracayero que nos contó este episodio dijo risueño:

Los oficiales no sabían dónde meterse sus caras largas. Miraron a mi teniente Chávez como si fuera un enemigo. Le cruzaron miradas de arriba abajo y viceversa y a un mayor de nombre Flores Gilán se le escapó esta frase bíblica: ¡Chávez, usted parece un político!⁷⁶.

Si para los oficiales asaltados en su buena fe aquello fue una afrenta “contra el reglamento”, para Chávez, Urdaneta, Acosta Carlés y Baduel se convirtió en una necesidad irrefrenable de hacer algo. Es que vivieron aquel discurso de casi media hora, quizá el más corto que dio en su vida, como una proclama anunciatoria de lo que les corría por dentro y no sabían qué era. Ese mediodía fue el “punto de encuentro de muchas cosas”, pero concretas; eran las que ocurrían en el escenario internacional y nacional. Esa tarde ellos cuatro fueron sus reflejos personales en los cuarteles venezolanos. Así, se fueron a trotar para drenar la espesa situación. Se dirigieron al Monumento del Samán de Güere, un viejo árbol de casi 600 años que, junto a otros, utilizaban los indios precolombinos *arawak* para concentrar sus poblaciones. Allí trabajaban rayando la yuca, su base alimentaria hasta la llegada de los españoles (“Güere” es la versión castellana del pensamiento nativo que significa “donde se raya la yuca”). Hasta que los conquistadores exterminaron las poblaciones aborígenes, el sitio y sus árboles gigantescos

74 *Chávez nuestro*, p. 351.

75 *Ibíd.*, p. 350.

76 Entrevista con el Sargento XXX, cuartel La Placera, Maracay, 21 de octubre de 2005. La última frase es tomada de *Chávez nuestro*, p. 352.

fueron lugares sagrados de invocación. Allí hacían los rituales relacionados con la siembra y la alimentación. Cuando la economía de la yuca decayó, hacia finales del 1500, el Samán se convirtió en un tótem al que le pedían que volviera la yuca y sus beneficios.

Simón Bolívar no sabía nada de esto cuando decidió acampar bajo el mitológico árbol el 3 de agosto de 1813, en su “Campaña Admirable” desde oriente hacia Caracas. La casualidad también quiso que un día como aquel otro comandante homónimo, Rafael Urdaneta, “el general de la República”, como lo llamó Bolívar, pisara sus raíces.

El Samán es el árbol al que más han cantado los poetas nacionales. Humbolt le dedicó elogios en sus tratados botánicos “por sus tupidas copas” y en 1857 fue fotografiado como si se tratara de un dinosaurio por el afamado fotógrafo e investigador húngaro Pal Rosti. Presidentes del siglo XIX y del XX le confirieron tantos actos, cuidados, decretos y discursos que lo convirtieron en el único ser inanimado capaz de competir con Dios bajo el cielo venezolano. Se convirtió en Monumento Nacional en 1933 por un edicto del dictador Juan Vicente Gómez. Cuarenta y nueve años después cuatro oficiales llegaron sudorosos y cansados de trotar para hacer un juramento que revolucionaría sus vidas y la de Venezuela. Un juramento que resultó mucho más que eso: ese día, con ese ritual nació la semilla del movimiento militar nacionalista que torció el rumbo del país. Cuando se pararon enfrente del gastado tronco y sus pocas hojas, rodeado por una verja de hierro, parecían poseídos por el espíritu del Monte Sacro, del Cid combatiendo musulmanes o de los Horkios griegos cuando vigilaban los juramentos de los guerreros.

Chávez inició el Juramento parafraseando las palabras que se dice usó el adolescente Simón Rafael Bolívar de la Concepción en el Monte Sacro, a las afueras de Roma en 1805, junto a su ilustrador Simón Rodríguez. “Andábamos con la indignación por dentro”, cuenta Chávez en 2004. Al día siguiente estaban llamando a cuanto oficial tenían “contactado” para comenzar a organizar una conspiración... “un camino que *aquí* nos condujo a la formación de un movimiento”⁷⁷. Desde entonces, la ciudad utilizada para las operaciones conspirativas fue Maracay. Dos datos se combinaron para ello: se trataba de la plaza militar nacional con una ubicación equidistante a los cuatro puntos cardinales del país, “encrucijada de todos los caminos”; y estaba tan cerca de Caracas por autopista como de Valencia, ambos caminos usados para el golpe del 4 de febrero.

Maracay es una ciudad con tradición de izquierda. No era la única; estaban Valencia y Mérida, pero Maracay es la más central. Allí se fundó el PCV y funcionó una central obrera clasista en la ciudadela obrera de La Victoria. En 1958 fue escenario de organismos de poder social en varias partes de la ciudad. A finales de 1988 funcionaban fuertes corrientes militantes en el poderoso movimiento obrero textil y en la UCV. Ruptura (PRV), La Chispa (del PST), la Escuela de Formación Obrera, incluso hubo algunas corrientes in-

77 *Habla el comandante*, cursiva nuestra, p. 123.

ternas del MAS que mantenían posiciones izquierdistas. Este era un ámbito propicio, supieranlo o no los oficiales. En 1988 Maracay vivió tres ocupaciones de fábrica, un suceso extraño a las tradiciones del país, las tres dirigidas por el autor de este libro. Hasta entonces, solo se conocía un caso diez años antes en la textilera Toronto situada al este de Caracas, dirigida por el jefe sindical clasista y actual funcionario del Ministerio de Electricidad, Joaquín Osorio. Una de esas ocupaciones la hicimos con el secuestro del Inspector del Trabajo. Fue en Maracay donde un grupo de obreros colgó a un patrón por humillar a un compañero en abril de 1988 en una pequeña metalúrgica de Santa Rita. Esta ciudad vivió una rebelión estudiantil y popular en 1991 que casi puso en jaque al gobierno regional. Esa dinámica social de Maracay le serviría al movimiento bolivariano como crisol de cuadros y usina de la conspiración.

Sordo rumor en los cuarteles

1984 no comenzó como un buen año para Chávez. Los grupos militares que orientaba atravesaban por conflictos internos y casi lo sentaron ante un tribunal militar por una delación en la Academia. Lo habían designado para impartir clases de historia militar, dirigir el entrenamiento deportivo y atender el Departamento de Cultura. Pocos meses bastaron para que algunos padres comenzaran a quejarse de “las ideas subversivas” que los instructores les enseñaban a los cadetes de la Promoción 1985. La Dirección de Inteligencia Militar comenzó a investigarlos con alguna seriedad por primera vez desde 1980. Parte de esa operación fue la asignación de un enemigo jurado en la dirección de la Academia: el general Peñalosa. Este oficial había ordenado la investigación y les seguía los pasos desde 1980. En tres oportunidades –según relata el general derechista Iván Darío Jiménez– alertó directamente al gobierno central sobre las actividades subversivas de los “bolivarianos”, sin que sus informes hayan sido atendidos. En menos de un año los extraños profesores bolivarianos estaban echados de la institución y separados como grupo. A Chávez lo enviaron bien lejos a las selvas de Elorza. Los otros comandantes fueron destinados a lugares sin destino, o reclusos en oficinas vigiladas.

En Elorza vivió una experiencia considerada por él como transformadora. Al estilo de lo que había hecho en Barinas. Respondiendo a su marcada tendencia por el trabajo social se dedicó a investigar sobre los cuica y los yarure, los originarios habitantes de esa frontera. Allí reflexiona sobre las condiciones de un sector social del que conocía poco. La exclusión aberrante de los pueblos originarios, considerados “no venezolanos” por los pobladores y las autoridades, reprimido por el ejército y asesinado y robado por los estancieros de ambos lados de la frontera. Los “indios” venezolanos no estuvieron registrados como “ciudadanos” hasta 1999 cuando fueron incluidos por la Constitución Bolivariana. Hasta bien entrado el gobierno de Chávez odiaban todo lo que oliera a “blanco”. Al gobierno bolivariano le costó que lo aceptaran en las tribus más apartadas.

Chávez se hizo amigo de ellos durante el año que pasó en Elorza. Logró que los soldados confraternizaran, y desarrolló trabajos comunes. Ganó la confianza de los indios y la desconfianza de los estancieros. Los mandos militares en Caracas o Maracay nunca se enteraron porque no era lugar de sus viajes turísticos. En Elorza, además, completó una parte de su investigación inédita sobre Maisanta. Pudo hablar con gente que conservaba recuerdos de su paso por esos lugares.

Todo indica que Chávez fue impresionado en varios sentidos sociales e íntimos: “Siento que en Elorza terminé por descubrirme a mí mismo”, confesó sin explicar más⁷⁸. En diversas declaraciones posteriores ha aclarado esta escueta expresión. Se refiere a tres aspectos que lo movilizaban en estos años: su convicción de lanzarse al asalto al poder, confirmar su ancestro indígena y haber encontrado huellas tan vivas de su bisabuelo que sintió su presencia en Elorza. Como es natural en estos casos, el aislamiento y la persecución despertaron dudas y aparecieron depresiones con las consabidas rupturas. El movimiento vivió una nueva crisis. Sin embargo, las ideas sembradas y la pertinaz actividad de los oficiales llevaron, en pocos meses, a la recuperación y a una nueva expansión.

En contradicción con los golpes recibidos de 1984 a 1986 ahora comenzaron a registrar importantes desarrollos personales y grupales. Chávez fue clave en esa etapa de construcción. Mantuvo su ritmo de actividad y se dedicaba a dar ánimo a los que se desanimaban. La lejanía de Elorza no le impidió mantener una constante comunicación y reuniones furtivas en Maracay, Barinas y Caracas durante las escapadas de los fines de semana. Uno de los resultados fue la reunión nacional en Maracay. Allí estuvieron representadas las tres corrientes de las tres Fuerzas. También participaron algunos jefes del PRV y del grupo que mantenía el viejo coronel retirado Hugo Trejo. Este encuentro secreto lo registramos en esta historia como el 2º congreso de los bolivarianos.

Sentían que estaban ante un importante aprendizaje “político” a pesar de las sanciones. Sobre todo porque se trataba de una institución donde eso estaba prohibido. De allí que estaban obligados a llevar una “doble vida”; una existencia en dos dimensiones. Tanta contradicción existencial lo indujo a decir ese año: “Yo tengo una doble vida; en el día soy un oficial de carrera que cumple con su trabajo, pero en la noche estoy trabajando para lograr las transformaciones que necesita ese país”⁷⁹. Esa es la memoria de Hugo Chávez desde el año 1996, pero en realidad en ese momento eran reuniones dedicadas a objetivos más modestos, como la organización del movimiento.

Lo que resultó tras varios años de acción denodada fue la consolidación de dos realidades estrechamente conectadas: una corriente de opinión nacionalista en las Fuerzas Armadas, identificada con “los bolivarianos” de la Promoción Simón Bolívar de 1975, creada por el Plan Andrés Bello. Y, como

78 *Chávez nuestro*, p. 355.

79 H. Marksman, citado en *Chávez sin uniforme*, p. 96.

expresión de ella, una agrupación hermética de no menos de cien oficiales en tres de las cuatro Fuerzas. Su peso decisivo era el Ejército, pero se apoyaba en las otras Fuerzas, compuesta por una red discreta de varios centenares de suboficiales, sargentos y cadetes “adoctrinados” y alimentados por visitas, charlas, entrenamientos, folletos y conversaciones.

En esta fase el movimiento bolivariano adquiere perfiles ideológicos más definidos, aunque estuvo lleno de debates y contradicciones. Un último elemento en esta fase de desarrollo es que se estableció una relación estable no menos conflictiva con una parte de la izquierda ex guerrillera venezolana. Las tres realidades atravesaron por momentos de expansión y otros en los que parecía que el movimiento se desvanecería en la dispersión total.

La expresión orgánica más avanzada de esa experiencia fue la aparición, por primera vez desde 1957 y 1962, de un comando de nueve oficiales convertidos en *grupo dirigente* de un proyecto y un movimiento militar nacionalista: Hugo Chávez Frías, Francisco Arias Cárdenas, Isaías Baduel, Felipe Acosta Carlés, Jesús Miguel Ortiz Contreras, Jesús Urdaneta Hernández, Luis Reyes Reyes, Willmer Castro Soteldo y Ronald Blanco La Cruz. Ellos motorizaron, organizaron, inspiraron, difundieron y asumieron las mayores responsabilidades en forma permanente entre 1980 y 1992. Casi todos tenían carreras militares destacadas, algunos figuraron entre los primeros de su promoción, casi todos terminaron una o dos carreras universitarias humanísticas o técnicas con altas calificaciones. Algunos, incluso, produjeron escritos académicos, como William Izarra. Alrededor de ellos emergieron otros oficiales con roles destacados que por momentos fueron irremplazables, sobre todo cuando alguno de los nueve se caía momentáneamente o era aislado por el Alto Mando a un lugar lejano. Algunos jefes de alto rango prefirieron hacerse a un lado hasta estar más seguros. Un caso destacado en esta historia fue Isaías Baduel. Él decidió apartarse de las acciones de 1992 y guardarse. Su rol protagónico contra el golpe de 2002 le ahorró historia.

Hugo Chávez se transformó en la personalidad individual con mayor desarrollo entre ellos: la síntesis del grupo de comandantes y del proceso conspirativo. Eso se puede medir de varias maneras. Fue él quien captó a la mayor cantidad de oficiales y suboficiales, uno de los que más riesgos asumía en la tarea conspirativa, el que más propagaba las ideas del movimiento. En 1986 había organizado a alrededor de 100 oficiales y suboficiales de las Promociones de 1975 y 1980. De esta última captaron a todos los alféreces, según confiesa uno de ellos, Pedro Carreño:

Allí estaban juramentados no menos de treinta alféreces que nos graduamos ese año, y fuimos diseminados por todas las unidades militares del país. Antes de graduarnos asumimos, cada uno, el compromiso de dejar al menos dos cadetes contactados para que no muriese el movimiento. Allí empezó a multiplicarse⁸⁰.

80 BLANCO MUÑOZ, A., Pedro Carreño, p. 92.

El capitán Luis Valderrama agregó en 2003 algunos datos de interés para reconstruir esta curiosa historia secreta de la captación dentro de las Fuerzas Armadas: “Había más de treinta oficiales militares a los cuales tuve el honor de juramentar con el juramento oficial de nuestro movimiento”. Eso fue unos días antes del 4 de febrero. Luego narra hechos que habrá que registrar con más cuidado porque los usa para competir con el que hacían los comandantes paracaidistas en Maracay. Reviste interés porque se refiere a capitanes de Valencia: “Hicimos un trabajo muy fuerte para crecer a nivel de nuestras generaciones: los que se graduaron en los años 80, 81, 82, 83, 84, 85 para integrar a mucha gente amiga”. Y aquí viene la competencia. “Y así es como el movimiento crece realmente. No a partir de los comandantes. Crece a partir de los capitanes... Pasó luego a Maracay, a los paracaidistas. Así es como el movimiento crece”, afirma Valderrama⁸¹.

Aunque le pese al ex capitán Valderrama, lo más probable es que el mérito de la captación marchó en ambos sectores y en distintas ciudades con ritmos similares. Los datos indican que Valderrama tuvo una actuación destacada en esa tarea. La noche que Chávez lo propuso como el jefe de la zona, nadie entre los capitanes dudó en elegirlo. La captación resultó mayor en Maracay y Valencia porque en estas dos ciudades se concentraron los jefes de la conspiración desde 1989. Nada más. Lo demás es competencia póstuma sin interés histórico.

Esta energía en el despliegue del trabajo de organización ha sido reconocida por adversarios tan públicos como Douglas Bravo. En 2002 declaró: “El hombre más activo fue Hugo Chávez, tanto en el aspecto teórico como en el práctico. Un hombre incansable que se movía al Táchira, a Guayana, a Falcón, al Zulia, a organizar oficiales”⁸². No es la única opinión que tiene sobre Chávez, claro, hay otras muy críticas sobre su Gobierno. Lo escogemos porque se trata de alguien que lo conoció de cerca, que se separó políticamente cuando no hubo más acuerdos y tuvo la honradez de delimitar con ecuanimidad sus opiniones sobre el personaje de lo que que piensa sobre los hechos y las políticas contingentes.

Otro testimonio de mucho valor es el de Herma Marksman, su asistente más cercana y amante por casi diez años. Ella declaró en 2004 cuando ya llevaba doce años de enemistad con él:

Hugo fue la cabeza, el que trabajó sin descanso en función de su proyecto todos los días del año. Yo lo vi de cerca. Él era quien fijaba las reuniones, él definía la agenda, contactábamos a la gente... esos años trabajó sin parar⁸³.

Otro antagonista, mucho más alejado de Chávez que los anteriores, es Pablo Medina, de la ex Causa R. Compartió con él reuniones desde 1985; en

81 Ibid., L. Valderrama en *La maisontera de Chávez*, pp. 47 y 85.

82 GARRIDO, A., Douglas Bravo, *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 96.

83 MARCANO, C. y BARRERA, A., H. Marksman, en *Chávez sin uniforme*, p. 17.

2004 reconoció que Chávez “ya había logrado crear una corriente importante de oficiales en el Ejército, hasta el punto que estaba pensando efectuar una asamblea y tenía una lista de cien oficiales”⁸⁴.

Una de las personalidades ocultas más respetadas del proceso conspirativo de los años sesenta y durante los ochenta es el misterioso profesor “Harold” o, lo que es lo mismo, el viejo experto de las FALN y el PRV, Nelson Sánchez. Con su imperturbable honestidad señaló estas características en 2002, más de diez años después de haber roto relaciones políticas con Chávez: “El mismo desarrollo de los acontecimientos lo demostró así”. Esta fue su respuesta cuando el entrevistador le preguntó si coincidía con Douglas Bravo en que Hugo Chávez había sido “el más carismático”.

“Harold” Sánchez aportó una definición categórica que sirve para orientarnos en la búsqueda del perfil de Chávez en esa fase del movimiento conspirativo. Por ejemplo, esta: “Hugo siempre fue sensible, sencillo, conversador, carismático. Hugo llega fácil. *Nos llegaba a nosotros...* a los otros oficiales, a los cadetes”. Con la expresión “nosotros” Sánchez se está refiriendo a los cuadros del PRV, es decir, a una generación que tenía en ese momento décadas de militancia encima. Entre los que percibían el carisma personal del oficial Chávez estaban figuras de amplia experiencia como Douglas Bravo y Francisco Prada o el mismo “Harold”. Este buen hombre completa su caracterización honesta del personaje contando algo que le sorprendía cuando lo hacía y lo seguía sorprendiendo en su memoria:

Debo referirte algo: después de sus guardias nocturnas Hugo se movilizaba, por lo general pasando de la medianoche, a las ciudades más importantes, a tocar su gente para darles esa alimentación política necesaria para fortalecer el proyecto y regresaba antes de que amaneciera, para que no se notara su ausencia. La gran capacidad de trabajo que tuvo y tiene Hugo es indiscutible⁸⁵.

En sus particulares maneras también lo reconocen dos respetados comandantes de la conspiración: Jesús Urdaneta Hernández y Luis Valderrama. Ellos también rompieron con Chávez desde muy temprano. Años después en las entrevistas que le concedieron al historiador antichavista A. B. Muñoz, ambos coinciden en señalar que fue el más activo entre los comandantes. Valderrama, por ejemplo, declara en 2005: “De los comandantes, obviamente, los más trabajadores, sin lugar a dudas, fueron Chávez y Arias Cárdenas. Trabajadores comprometidos con esta maisantería”⁸⁶.

Estos perfiles de Hugo Chávez en esta etapa de su desarrollo personal y político sirven para ubicarlo como un personaje vivo, mortal, en proceso de

84 Ibid., p. 99.

85 GARRIDO, A. Profesor Nelson Sánchez, “Harold”, *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 38.

86 BLANCO MUÑOZ, A., L. Valderrama, *La maisantería Chávez y Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, Caracas, 2003 y 2005.

maduración. Alguien que crecía con la actividad y la lectura desaforada de libros y se potenciaba como líder desde dos fuerzas distintas pero complementarias. Una, externa a él, era la “doble vida” cuartelaria; una suerte de militancia clandestina atípica, parecida a la que se practica en dictaduras o en movimientos insurgentes. La otra fuerza latía en su seno y buscaba cauces. Eran sus cualidades individuales, su carisma, histrionismo, proyección heroica y la obsesiva militancia detrás de un sueño. Como cualquier persona colocada en su rol, se nutrió del movimiento, del desarrollo propio de los otros comandantes y del contraste que vivía con la crisis social.

Lo particular en Chávez es que esas energías externas e internas le sirvieron para potenciarse como el más inspirado de los comandantes bolivarianos. Eso que Jesús Urdaneta quiere decir cuando habla del “Chávez filosófico”.

La “R” de revolución

Sus charlas y conferencias legales sobre “ideología bolivariana” dentro del Ejército y en la Academia Militar pueden contabilizarse por centenares. Sin embargo, la difusión de la obra de Zamora, Maisanta y otras figuras poco visitadas en los cuarteles traspasó la legalidad castrense y se transformó en una labor ecuménica en cualquier rincón y oportunidad. Muchas veces fue desproporcionada para el ambiente y tuvo sus costos en la seguridad del movimiento. En momentos álgidos adoptó formas de labor impenitente hasta extremos patológicos. Chávez parecía un fundamentalista bolivariano.

Solía comprar (o fotocopiar), junto con otros comandantes, decenas de ejemplares de algún libro “político” recién aparecido para regalarlos a oficiales, alféreces y cadetes. En muchos casos los firmaba con proclamas y dedicatorias inflamadas de pasión y heroísmo. En un ejemplar del libro de Federico Brito Figueroa sobre Zamora, regalado a un sargento del Cuartel Páez de Maracay, escribió:

Querido hermano (...xxx...) en este libro encontrarás las ideas y las lecciones que alimentan y fluyen en nuestro proyecto revolucionario bolivariano. Con ellas, si tú quieres, podrás elevarte al deber patriótico que tu ser y tu conciencia te imponen en esta Venezuela que amamos tanto y que están destruyendo⁸⁷.

El propio Chávez, en 1995, relata esta práctica de proselitismo bibliográfico. En 1982 compró a crédito el libro *Venezuela, una democracia enferma* en la librería del Instituto de Previsión Social de las FAN, en Maracay: “Saqué como 20 ejemplares y se los regalé a mis amigos”⁸⁸. Esa práctica la conservó después de la cárcel. En el año 2007 cuando esta biografía hacía ruidos en las librerías y canales de televisión de Argentina, se me acercó en

87 Fotocopia de portadilla de *Tiempo de Ezequiel Zamora*, dedicada por Chávez en 1982. Maracay, 2005.

88 *Habla el comandante*, p. 122.

una charla un señora con un libro “firmado por Hugo Chávez” en octubre de 1995. La señora, que era inválida, era miembro del Consejo Nacional Peronista, una especie de cofradía de un sector conservador de ese movimiento. Ella había conversado mucho con él en Caracas y en agradecimiento, después de horas de llenarle la cabeza con recuerdos de Perón, el líder bolivariano le obsequió *Humor y amor* de Aquiles Nazoa, con la primera página en blanco firmada con una dedicatoria: “Para una peronista incansable, de un bolivariano incansable. Con amor, Hugo Chávez”.

Su obsesión lo empujaba a desear que los demás vivieran lo mismo que él estaba viviendo. Este proceso de ideologización es conocido en la historia de la militancia revolucionaria bajo el nombre de “radicalización”. La hemos observado en obreros y estudiantes cuando superan con la lucha y la organización su condición de explotados y oprimidos. En esos momentos sienten la necesidad de reproducirse en quienes los rodean.

Otro elemento que sirvió al desarrollo a Chávez en esta etapa fue la lectura de temas tan variados como política, sociología, ciencia e historia militar, economía y novelas latinoamericanas. Además, seguía encontrándose con sus oráculos preferidos: Pérez Arcay, Hugo Trejo y “el viejo comunista barinés”.

Fue el que más avanzó junto con William Izarra en las “ideas sociales” dentro del grupo de los comandantes. En Chávez se dio por el sinuoso camino de la experimentación y la lectura desaforada. Si bien esperó hasta 2004 para convencerse del ideal socialista, tampoco le daba urticaria ese paradigma. No era “tercerista” como Perón. “Ni yanquis ni marxistas. Peronistas”, gritaba en las décadas del cuarenta y el cincuenta. Más cercanos a esa idea estaban otros oficiales como Arias Cárdenas, Urdaneta Hernández, Baduel, por nombrar los más conocidos. Chávez acudió a una fórmula más original aunque también más ambigua que la de Perón. “No soy marxista, pero tampoco soy antimarxista”. Esta declaración contiene las determinaciones intelectuales que lo llevaron a preferir el nacionalismo de izquierda. Lo distancia de otros nacionalistas del pasado latinoamericano, pero lo dejaba en el medio de una nada ideológica. Se puede estar en transición, pero no ser ambas cosas al mismo tiempo. De todas maneras, tenía una virtud la formulación abstracta de Chávez en 1995: no se declaraba enemigo del marxismo como sus predecesores. Chávez permaneció varios años en otra zona ideológica, difusa pero no indeterminada:

No me da piquiña hablar de ello... Marx recoge corrientes históricas de una época, las reelabora y he allí su genio, las contextualiza, las teoriza y lanza su tesis que tomó vigor y recorrió medio mundo. Yo no diría que el marxismo ha muerto.

Esto no se le hubiera ocurrido a Getúlio Vargas, a Juan Velasco Alvarado, a Cárdenas o a Perón. Esta declaración tiene un valor agregado. Se desarrolló en 1995, cuando la propaganda sobre la muerte del socialismo había adquirido fuerza de moda mundial. El tiempo es clave en política.

Este Chávez contiene las señales culturales de su generación setentista, la que se negó a tragar el “gullag” como sinónimo de socialismo. Pero tampoco es presa ideológica del cuento según el cual “el socialismo” y las “ideologías” desaparecieron bajo las ruinas de la URSS y el Muro de Berlín: “Se derrumbó un modelo que se trató de llevar a la práctica y vemos el resultado”⁸⁹.

En esa idea general puede situarse la semilla de lo que propuso en enero de 2005: buscar una idea de “socialismo del siglo XXI”. Tanta casualidad no existe en una sola cabeza humana. También ha dicho dos años después que “su” socialismo no tiene como base el “marxismo-leninismo”, porque “no se adapta a nuestro país”, advirtió en 2007. En contradicción con esto, le hemos escuchado una treintena de veces por televisión hacer elogios fundados del marxismo y mostrar textos subrayados de Marx como *El Capital*, o el *Estado y la Revolución* de Lenin, que anduvo estudiando. También otros libros de pura factura marxista, como el de su amigo Mészáros *Más allá del capital*, que lo llevó a las Naciones Unidas, lo puso en el estrado, lo mostró a las cámaras y lo citó contra la depredación capitalista del planeta. Nada de esto lo convierte en un marxista en el sentido riguroso del término, pero lo aleja del nacionalismo tradicional del que se espantaba al solo escuchar la mención del barbudo de Tréveris.

Un reflejo previo, quizá anunciador, fueron las discusiones dentro del grupo de comandantes y capitanes por la letra “R” de las siglas del movimiento. Chávez defendió el uso de esa letra en el nombre del movimiento como indispensable: “En la evolución de la discusión, hubo mucho recelo en algunos oficiales por la R de revolución... por supuesto que no se la vamos a quitar... es un signo que identifica a un movimiento revolucionario”, fue su respuesta de entonces⁹⁰.

Si bien es cierto que el Socialismo no era su paradigma aquellos años, la convicción irrevocable de hacer una revolución lo metería, a través de un camino empírico, casi por aproximaciones sucesivas, al escabroso y al mismo tiempo creativo laberinto que fue del 2002 al 2004. Durante esos tres años el asedio del enemigo lo puso varias veces contra la pared. De ese laberinto salió por la puerta izquierda, la del “socialismo del siglo XXI”. Un camino similar, aunque distante en varios sentidos, solo lo conseguimos en el Movimiento 26 de Julio y en Fidel en persona. Eso explica sus relaciones regulares con la izquierda de origen marxista en los primeros años de la conspiración. No le daban espasmos, incluso se puede afirmar que mantuvo relaciones más o menos “orgánicas”. El viejo insurgente del PRV, Francisco Prada, testimonió en 2003 que Chávez “nunca asistió a una reunión de nuestros organismos regulares, pero tenía estatus de miembro de nuestro Comité Central... En 1985 se desintegra el aparato y se nos pierde Chávez”⁹¹.

89 Ibid., p. 117.

90 Ibid., p. 59.

91 GARRIDO, A. Francisco Prada. *Notas sobre la revolución bolivariana*, Ediciones del Autor, 1ª Edición, Caracas 2003, pp. 17-18.

La memoria de Herma Marksman registró el mismo dato biográfico en 2004. La relación con Douglas Bravo, Kléber Ramírez y “Harold” fue regular (con Kléber hasta los días anteriores al golpe del 4 de febrero). Siempre tuvo una característica poco advertida: Chávez se manejaba como un “independiente” con personalidad propia para definir sus ideas y hacerse escuchar. Seducción y distancia. Este desarrollo como líder del movimiento permite hacer un parangón relativo con la evolución de un cuadro político dentro de un partido marxista. Su dedicación a la tarea conspirativa lo había transformado en algo parecido a un “secretario general”.

Como toda comparación, en algún momento se hace insoportable. Chávez no tenía la posibilidad de hacer la experiencia social, teórica y política de un “cuadro” político “civil”. Se lo impedía el medio en el que actuaba y el método de trabajo que usaba a diario: la clandestinidad absoluta en un ámbito militar. Al contrario del militante político, el conspirador militar reduce su accionar a una sola de las instituciones. El militante “social” actúa sobre todas contra el aparato de Estado, contra su gobierno y contra las manifestaciones del capitalismo en los lugares de trabajo y estudio. Así se hacen los mejores aprendizajes personales y las tradiciones políticas desde que nacieron los partidos con la Revolución Francesa. Para la militancia revolucionaria esta experiencia nació con el movimiento obrero, el marxismo y el anarquismo a mediados del siglo XIX.

En esas dimensiones y relatividades, Hugo Chávez es un político tardío, formado en una militancia clandestina *sui generis* por su efusividad organizativa interna y por sus relaciones con la izquierda. De allí surgió convertido en líder a los 38 años en un saltó meteórico a la Presidencia siete años más tarde que se reducen a cinco al descontar los dos que estuvo encerrado.

Extraños conjurados

Lo anterior es útil para destacar un elemento especial descuidado en los análisis sobre el movimiento bolivariano: el funcionamiento y los debates ideológicos que vivió a su interior durante algunos años. Por algún tiempo, el MBR-200 y ARMA mantuvieron suficiente democracia interna en la actividad organizativa de sus cuadros, en las discusiones y decisiones. Del grupo de Arias Cárdenas se sabe poco de su vida interna. Nadie olvidaba las charreteras, pero a pocos se les ocurría pensar que eran determinantes para imponer una opinión entre los miembros de las reuniones secretas de estos movimientos. En cualquiera de los casos, no debemos olvidar que estamos hablando de organizaciones conspirativas de estricta clandestinidad dentro de una institución militar. Sus miembros están educados en cualquier cosa, menos en la libertad de opinión, acción y debate. Las Fuerzas Armadas junto con la Iglesia son las dos instituciones más jerarquizadas y antidemocráticas de las creadas por la burguesía desde la formación del Estado decimonónico. No podía esperarse que los movimientos de Chávez, Arias o Izarra funcionaran con la democracia de un partido o un sindicato

revolucionarios. Tampoco era imaginable que esa manera de hacer ideas y políticas fuera usada por militares.

En su polémica del año 2005 contra Chávez, Luis Valderrama afirma en el libro-reportaje *La Maisantera Chávez* que el movimiento bolivariano tuvo carácter “horizontal”. Esta evidente exageración la basa en un solo hecho: que él fue elegido por consenso de todos los capitanes complotados en Valencia para estar “a cargo” del levantamiento en esa ciudad⁹². El error del capitán es creer que “consenso” es sinónimo de “democracia” en todos los casos. La cultura militarista le impidió aprender que la democracia revolucionaria tiene como punto de partida el derecho a la información seguido del debate libre de las ideas, rematado con la decisión soberana de la opinión, sea en minoría, en mayoría o por consenso. Él fue electo esa vez porque el teniente Hugo Chávez lo propuso como jefe de Valencia y los capitanes presentes asintieron. La escena develó dos datos: la autoridad moral ganada por Chávez en ese momento y el carácter esencial jerárquico del funcionamiento de los tres movimientos conspirativos. El tipo de régimen político surgido en Venezuela y el excesivo rol individual de Chávez en él, definido en 2009 por los intelectuales chavistas como “hiperliderazgo”, se debe, en buena medida, al carácter de los organismos que produjeron al líder y al régimen.

Lo novedoso en la historia de las conspiraciones, de los ejércitos y de los movimientos insurgentes es que los bolivarianos de Venezuela practicaron en determinados momentos para determinadas tareas la democracia del debate libre y la resolución soberana. Esto se puede verificar de varias maneras.

Realizaron cinco congresos en tres años, un hecho que sorprende si lo comparamos con el promedio de congresos realizados por cualquier Partido Comunista del planeta, salvando las diferencias. La participación era “abierta” para todos los conjurados, con la sola condición que imponían las medidas de seguridad, el permiso reglamentario y el espacio a usar para la reunión. Todos los testimonios coinciden en que Chávez fue el promotor y animador principal de esos encuentros nacionales. El primero se realizó en Caracas en 1983 con alrededor de 15 oficiales, o sea, casi todos los conjurados. El segundo lo organizaron en la ciudad de Maracay, con unos 45 asistentes dentro de las instalaciones de un Comando. El tercer congreso decidieron reunirlo en el estado Táchira, en la ciudad fronteriza de San Cristóbal. Este fue el más rocambolesco. Se apretujaron en un apartamento repleto de armas, granadas de mano y mecanismos de escape. Todo “por si acaso”, como relató Arias Cárdenas. Decidieron congregarse lejos del “centro” del país porque el teniente coronel Hugo Chávez había sido confinado a las selvas de la región indígena.

Desde Elorza, a unos 300 kilómetros de San Cristóbal, se vino con un grupo de tanques que dejó apostados en el pueblito de Vega de Asa, a unos 20 kilómetros del lugar del congreso de conjurados. Era el año 1985, el movimiento apenas llevaba tres años de maduración y ellos estaban en uno

92 Op. cit., p. 85.

de esos momentos en que la fiebre revolucionaria los consumía, al punto de hacer tamaña temeridad en las soledades de un pueblo andino.

En este encuentro nacional fue donde Chávez y Arias Cárdenas diferenciaron públicamente sus puntos de vista sobre el proyecto y las tareas inmediatas de la conspiración. Lo primero que hicieron fue formalizar con el juramento de ley el ingreso del grupo comandado por Arias Cárdenas. Chávez, que andaba en medio de uno de sus ataques “de desespero”, quería planificar acciones de sabotaje a puentes, torres de electricidad y cosas así, en medio de una situación nacional adversa y una fuerza grupal que no permitía tales acciones. Arias prefería la táctica de seguir avanzando en el trabajo de captación y consolidación del movimiento dentro de las fuerzas. Esas eran las posiciones en sus rasgos principales.

En esta reunión nacional Chávez presentó la teoría de las Tres Raíces (Bolívar, Rodríguez y Zamora) como ideología del movimiento y Arias Cárdenas defendió “otra interpretación del pensamiento de Bolívar”⁹³. Las consultas que hicimos a dos conjurados que estuvieron presentes en este cónclave nos permitieron saber que en ese debate de tipo conceptual le fue mejor a Chávez que a Cárdenas. Este respetado coronel de brillantes notas académicas hizo gala de un amplio conocimiento del pensamiento bolivariano, pero le faltó traducir el discurso a programa. Chávez lo hizo conectando los tres tiempos de Rodríguez, Bolívar y Zamora: el proyecto, la acción y los derechos sociales.

Los debates se desarrollaron todo el fin de semana. Discutieron y conversaron con suficiente libertad, tanta que comenzaban a desdibujarse las charreteras y olvidarse de que eran complotados dentro de una institución castrense tan verticalista. Nadie usó su rango para imponer posiciones ni sacó su arma de reglamento para intimidar una posición contraria.

Los ejércitos guerrilleros nunca fueron buenos ejemplos en esto de procesar con democracia las diferencias políticas. Es conocido que en El Salvador, en Colombia y en otros movimientos guerrilleros dirimieron a tiros sus discrepancias políticas y no políticas (territorios, armas, dinero). Los peores fueron los de Mao Tse Tung en China y el de Pol Pot de Cambodia que practicaron la liquidación en masa de oponentes y críticos del régimen, al estilo de los Talibán en la década del noventa.

El máximo “ataque” al que llegaron en estas reuniones de encendidos debates entre Chávez y Arias Cárdenas fue que Rolando La Cruz, un jodador impenitente, y el mismo Chávez le gastaran chistes amigables aludiendo al pecado original de Cárdenas: ser o haber sido copeyano: “Lo que pasa con esto es que tú llegas hasta un momento en la revolución, pero tienes un socialcristiano metido por dentro”, endosó Chávez y todos se rieron sin que nadie saliera herido del enfrentamiento verbal.

Al circunspecto oficial andino Francisco Arias Cárdenas no le debe haber gustado el “chiste”. Pero en un ambiente como aquel era inevitable, más

93 GARRIDO, A. Francisco Arias Cárdenas, *Testimonios de la...*, p. 127.

aún tratándose de “mamadores de gallo” incorregibles como Chávez y Rolando La Cruz, dos capaces de pararse firmes y hacer política sin perder el buen humor.

Los debates y el encendido estado de ánimo de este congreso hay que comprenderlos dentro del contexto nacional de entonces. Las posiciones ultraístas y tremendistas de Chávez se parecían a la angustia de muchos oficiales presentes. Reflejaban en el terreno de la psicología del grupo la cara inversa de lo que ocurría en el descompuesto mundo de la burguesía y el Gobierno. Ellos eran un aspecto de la negación moral de la sociedad media contra la corrupción y el desastre social.

El presidente en 1985 era Jaime Lusinchi, su nombre quedó en el olvido pero no su fama: borracho, dormilón y putañero. Blanca Ibáñez, su amante en el poder, creó la mayor red de negocios personales que jamás tuvo Venezuela desde Pérez Jiménez. En su período se acumuló una cantidad escandalosa de deuda externa, desempleo, expedientes con casos de corrupción: más de 1.000, según documentos de la Contraloría General en 2001. Había generales y miembros del Alto Mando Militar involucrados. Unos conocidos fueron los enjuiciados por los casos “Turpial” y “Margold”, pero hubo muchos más.

Un detalle que tensó al máximo el escozor en la oficialidad bolivariana (incluso a muchos miembros de la otra oficialidad) fue aquel día en que la amante presidencial se paseó en un acto oficial sobre una limusina descapotada con un uniforme de gala militar, regalado por un general que era parte de sus transacciones. Los biógrafos Marcano y Barrera lo definieron así: “El tufo de la gestión anima a los conspiradores”⁹⁴. El comandante Jesús Urdaneta Hernández retrató ese estado anímico de rechazo y odio que vivía la mayoría de los oficiales por la afrenta presidencial a los valores de las Fuerzas Armadas:

Yo creo que ese fue el elemento que más me golpeó. Yo le decía a mi mujer: “La verdad es que yo me siento inconforme con todo lo que está sucediendo... me siento cómplice de esta vagabundería”. Porque cada día era peor. Inclusive yo viví la catástrofe de El Limón. Fue cuando vimos a Blanca Ibáñez uniformada y los generales adulándole... Y de alguna manera yo me sentía muy mal. Entonces le dije a Chávez: “A mí no me invites más para esas reuniones. Yo voy cuando haya que echarle pichón”⁹⁵.

Otra señal de democracia interna fue la participación de algunos “no militares”, o sea, militantes “civiles de izquierda” como Herma, entre “otros” que participaban de las reuniones.

La concepción central de Francisco Arias Cárdenas entre 1985 y 1991 fue la de mantener el carácter militar del movimiento y de sus objetivos: “Si queremos tomar el poder para producir cambios efectivos, tenemos que

94 *Ibíd.*, p. 93.

95 *Op. cit.*, p. 61.

comprender que no podemos salirnos del papel de las Fuerzas Armadas”⁹⁶. Las diferencias develadas en estas definiciones de Cárdenas mostraban dos opciones distintas del movimiento nacionalista bolivariano: una proponía el carácter militar excluyente, típicamente bonapartista, como el de las logias de la tradición militar latinoamericana; la otra, postulada por Chávez en ese momento, tendía a lograr apoyo de algunos segmentos de las masas, en alianzas con algunos grupos de la vieja izquierda guerrillera. Este pensamiento no estuvo curado de contradicciones. La latencia militar continúa dentro del régimen, pero el peso “civil” en el gobierno y sobre todo en el movimiento de las bases contrarresta esa tentación inmanente.

En 1985 causaban molestias las relaciones del MBR-200 con el PRV y la Causa R. Algunos de los más cercanos partidarios de Chávez, como el aviador Luis Reyes Reyes, estaban bastante incómodos: “¿Conspirar con Douglas Bravo?; tú estás loco”, le dijo a Hugo Chávez al salir de esa reunión en los Andes⁹⁷. Chávez siempre mantuvo una relación contradictoria y ambivalente con la izquierda. Se le formó en su adolescencia y la tuvo en los años de conspiración. Se manifestó en sus formas más crudas cuando tuvo que afrontar una relación política con los viejos héroes de la subversión armada venezolana. A esta relación la podríamos llamar “seducción y distancia con la guerrilla”. Dos cosas contrarias en la misma conducta. Un dato en el imaginario de su generación de pertenencia.

Luego vino el cuarto encuentro nacional en 1986. Se realizó en la típica localidad de Paraguaipoa en el extremo superior del Zulia sobre un brazo de la costa del Golfo de Venezuela, muy cerca de la frontera con Colombia. En esta reunión se discutió por primera vez en forma abierta sobre el poder como objetivo inmediato. La metáfora que sostuvo esa estrategia fue la llamada “teoría del chinchorro”. Según ella, el asalto al poder debía ser preparado para el punto más bajo de popularidad del gobierno que iniciaría funciones en el mes de febrero de 1989. Pero había otra razón. Esperaban que el “punto bajo” del chinchorro coincidiera con los ascensos del 5 de julio de 1991, cuando todos tendrían mando de tropas.

En 1987 Chávez era Mayor y, en una de esas ironías solo comprensible por el carácter *lumpen* de la burguesía venezolana, lo enviaron a servir al centro del poder nacional: Miraflores. Este era el año en que la larvada conspiración se enfilaba hacia ese Palacio. Más curioso fue el hecho de que le asignaran un puesto en el Consejo Nacional de Seguridad y Defensa. Pocas veces la presa y el cazador se encontraban tan cerca sin habérselo propuesto. El último congreso lo realizaron en 1987. “Lo hicimos en las riberas de Apure”, contó Chávez en 1995, el estado llanero situado en la frontera sur del país, colindando con Colombia y el Amazonas. Estuvieron representados centenares de oficiales, suboficiales y algunos mandos altos de las tres fuerzas.

96 *Testimonios de la revolución bolivariana*, p. 127.

97 *Chávez nuestro*, p. 354.

Los tres últimos congresos se hicieron en tres estados fronterizos porque ofrecía más seguridad y resguardo de los mandos y la DIM. La segunda razón era que Hugo Chávez andaba castigado por aquellas “siberias” caribeñas y era él quien más motivaba y coordinaba esos encuentros.

Antes de cada reunión nacional, Chávez, Arias, Izarra y Marksman se encargaban de que los documentos destinados al debate llegaran a los oficiales y suboficiales invitados. En esta tarea organizativa fue clave la capacidad organizativa de Herma Marksman y las trampas que hacían los demás oficiales para hacer llegar los materiales a cada “invitado”, encubiertos entre otros papeles del quehacer militar, en la vitualla o en enseres de cocina.

Sobre la libertad con la que se debatía en estas reuniones tomemos lo que contó Arias Cárdena en 2002, cuando era enemigo público de Chávez, o sea, cuando fue mayor el riesgo de que modificara los hechos:

Pero ese Congreso de San Cristóbal marcó una referencia histórica muy importante, porque cada uno defendió puntos de vista enfrentados sobre lo que tenía que ser la participación militar en un proceso revolucionario. Para Chávez debíamos impulsar la agitación, como fórmula para avanzar hacia una situación revolucionaria... una concepción revolucionaria guerrillera⁹⁸.

En el mismo sentido fue la versión dada por el actual presidente venezolano sobre la vida interna de aquellas reuniones conspirativas de 1995:

Pasábamos dos días, un fin de semana, cada quien exponiendo los problemas de su área, con láminas, proyectos, estudiando el pensamiento de Bolívar, Rodríguez y Zamora, la revolución, las ciencias políticas. Era una escuela... no había condiciones⁹⁹.

Estas prácticas de relativa democracia interna vividas por los oficiales bolivarianos tuvieron su mejor momento al final del encuentro de 1985. Quizá fue el más extraño momento de resolución soberana vivido en un cuerpo militar. Arias Cárdenas había logrado convencer a la mayoría de los miembros de aquella asamblea de su posición táctica, que era la de seguir “consolidando el movimiento”. Con ella derrotó la propuesta ultrosa de Chávez sobre los “saboteos” a las centrales eléctricas. A la hora de la votación, la sorpresa fue que la mayoría de los votos obtenidos por Cárdenas eran de oficiales seguidores de Chávez¹⁰⁰. Esto ya era demasiado pedir en el funcionamiento de un grupo secreto de conspiradores militares formados en las jerarquías de las “cadenas de mando” y las charreteras dominantes.

No existen suficientes datos para saber si esa práctica fue permanente y menos para saber que se mantenía fuera de los congresos. Lo más probable

98 *Ibíd.*, p. 126.

99 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 126.

100 GARRIDO, A., *Testimonios de la revolución...*, p. 128.

es que no, que fuera el agradable desvarío democrático de un grupo de hombres acostumbrados a obedecer. Su valor demostrativo es enorme para la historia del movimiento bolivariano y para las organizaciones revolucionarias en general. Prueba que hasta un órgano jerárquico de militares puede asimilar la democracia interna en reuniones dedicadas a debatir ideas. No es necesario idealizar al MBR-200 ni convertirlo en paradigma de democracia revolucionaria, pero sí registrar que son muy pocas las noticias de algo similar en América Latina, excepto en algunas corrientes políticas de origen marxista. Un caso similar del que se tiene memoria ocurrió en Venezuela durante los años sesenta. En las FALN y en el MIR se hacían debates ideológicos, aun en medio de la más estricta clandestinidad en la montaña¹⁰¹.

Un año después de la última reunión nacional del movimiento, Chávez y Acosta Carlés cayeron presos y casi se ganan la expulsión bajo sumario militar. Era el último año de gobierno de Lusinchi y ya nadie daba medio por él y su Gobierno. El país respiraba aires de tormenta social. La angustia, derrota y depresión que se vivió desde 1982 estaba a punto de cambiar. Unos meses después explotó el país en una insurrección que cambió su historia y dejó en crisis a las Fuerzas Armadas.

En ese ambiente, Chávez y Acosta Carlés fueron acusados ante un Consejo de Investigación de las Fuerzas Armadas de estar detrás de un hecho borroso de ese año 1988. Un coronel había sacado una formación de tanques a su cargo para rodear el Ministerio de Defensa en Carmelitas. Eso fue entendido como un acto de rebelión, pero nunca se pudo demostrar si era eso u otra cosa. En todo caso no era extraño que ocurriera. El ambiente nacional se prestaba para cualquier acto borroso o desesperado. No solo a nivel de la sociedad, sino también dentro de los cuarteles.

Desde febrero comenzaron a circular panfletos y volantes de un grupo secreto que se conoció como “los COMACATE”, apócopes de Comandantes, Capitanes y Tenientes. Denunciaban la corrupción y la entrega del país a Colombia y Guyana. Si nos guiamos por sus textos, parecían escritos por el sector más conservador del movimiento o, simplemente, por oficiales sueltos cuya única preocupación eran esos dos temas. A Hugo Chávez y a Acosta Carlés no los expulsaron del Ejército porque no pudieron probar su participación en el curioso tanquetazo, pero los “castigaron” otra vez separándolos y enviándolos a regimientos lejanos. Chávez fue puesto bajo vigilancia del general Ochoa Antich, siguiente ministro de Defensa, en la ciudad oriental de Maturín, donde en 1977 el joven oficial impulsivo había creado el EPLV. Para despistar la vigilancia, Chávez se “dedicó” a estudiar el curso de Estado Mayor y la carrera universitaria de Ciencias Políticas.

101 Nahuel Moreno, un dirigente del trotskismo argentino, resaltó este detalle en las cartas que cruzó con Douglas Bravo y otros jefes guerrilleros. Luego lo registró por escrito en sus escritos de polémica sobre el foquismo con el Che Guevara y Peter Camejo. Charla, Valencia, Venezuela, octubre de 1980. Archivos, Fundación Nahuel Moreno, Buenos Aires, 2011.

Quería “simular que estábamos haciendo trabajos para mejorar la institución armada”¹⁰².

Otro hecho que casi los lleva al desastre ocurrió a finales de 1990. Hacían un encuentro de oficiales para evaluar fuerzas y planificar la sublevación dentro del cuartel de Blindados de Maracay. En pleno desarrollo de la reunión se les apareció un general llamado Rondón, a quien poco le importaba lo que estaban haciendo y lo que estaba pasando, siempre que no le incomodaran su vida, y les dijo: “El gobierno sabe...”. Lo que no sabía el desentendido general es que su actitud, la del resto del generalato, como el desespero riesgoso de los conjurados, eran apenas señales de la crisis militar y social que dejó instalados el Caracazo. Sin embargo, Rondón tuvo razón, el gobierno les estaba pisando los talones.

El aislamiento forzado, la vigilancia creciente y los “castigos” en zonas alejadas de frontera produjeron una modificación imprevista en el funcionamiento de la conspiración. Casi de un día para otro la responsabilidad organizativa central quedó en manos de Herma Marksman, su compañera desde 1982. Ella hizo lo que pudo para evitar el descalabro y desmembramiento de la organización de oficiales. Tenía dos factores en contra: era civil y era mujer. Desde esa complicada posición, coordinó los desplazamientos, la redacción de papeles y documentos y las conexiones entre los comandantes. El movimiento había quedado maltrecho, en peligro de desbande y al mando de una mujer. Esto sumaba un mérito para ella, pero significaba un enredo para oficiales machos que debían atender sus orientaciones. De este hecho, por tratarse de la amante de Chávez en ese momento, debemos colegir que las principales responsabilidades de organización y orientación las conducía él.

102 *Chávez sin uniforme*, p. 103.

El Caracazo, dos días sin retorno

Así, a tumbos y a saltos llegaron al Caracazo el 27 de febrero de 1989, el acontecimiento que aceleró todos los procesos, tanto los sociales como los institucionales y también los personales. Esta insurrección modificó de tal manera la relación de fuerzas en la vida social que, después de ella, la gente entró en un camino del que solo podía salir por una vía extrema, extraordinaria, “anormal”. Junto con el quiebre de la gobernabilidad, el Caracazo dejó instalada una seria crisis en las Fuerzas Armadas, de la que pudo salir por breve tiempo de la mano del propio Chávez desde 1999.

El nombre popular dado al fenómeno lo remite a la capital, a pesar de que conmovió a toda la nación, sus clases e instituciones, además de su imagen y relaciones internacionales. En menos de 36 horas fueron saqueados más de 20.000 comercios grandes y medianos en siete ciudades, paralizada la policía, impactado el ejército y rotas casi todas las relaciones de dominación establecidas desde el Pacto de Punto Fijo. En la cabeza de los trabajadores y pobres comenzó a marchar otra historia, con otros valores y signos. El suceso fue frenado a tiros en menos de 48 horas. Dejó más de tres mil muertos y la suspensión de las garantías constitucionales, un hecho desconocido desde 1962.

Esta masacre no impidió que la movilización social continuara. Al contrario, la potenció con el combustible del odio contra el Gobierno, su presidente y la crisis interna en las fuerzas policiales y militares. Muchos de sus componentes y oficiales comenzaron a preguntarse si su tarea como militares era la de matar a mansalva a un pueblo hambriento. Esta pregunta y su respuesta condujeron a los oficiales bolivarianos a la preparación inmediata del asalto al poder.

Mientras el pueblo saqueaba Caracas y sus alrededores desde la mañana del 27 de febrero de 1989, Chávez permanecía inmovilizado en el Hospital Militar de Caracas curándose una enfermedad. Desde la radio y por los comentarios de las enfermeras y médicos, además de los informes de los camaradas que lo visitaron, se enteró de los acontecimientos. Su angustia

aumentaba con las horas y esto lo compartía con los principales jefes del movimiento que fueron al hospital. Él y Acosta Carlés andaban vigilados desde el año anterior, cuando se los implicó en un intento militar frustrado el 26 de octubre de 1988. Ese hecho menor ocurrió cuatro meses antes de la explosión del Caracazo. Cuatro meses cargados de tensión, huelgas en diversos gremios y sindicatos, algunas con ocupación de plantas en la ciudad de Maracay, como la de electrodomésticos INELEC, la maderera Di Marco y las oficinas de la multinacional Rena-Ware, además de la ocupación de la Inspectoría del Trabajo seguida del secuestro de su titular.

Estas acciones arrojaron un dato sintomático del curso de la situación que mantenía nerviosos a los oficiales bolivarianos y angustiados a los trabajadores y al pueblo. Mientras dirigíamos esas acciones huelguísticas, el inspector del Trabajo, el abogado Juan Darío Carvajal, nos dijo lo siguiente cuando lo teníamos cautivo: “¿Ustedes no se dan cuenta de que estas acciones pueden provocar un golpe?”. Reflexionando a la distancia de los hechos nos preguntamos cómo se le ocurrió la imagen del “golpe” cuando de eso nadie sabía, ni siquiera los golpistas. Si estaba enterado o no de la conspiración en marcha, no lo sabemos. Nos conformaremos con la perspectiva social de los sucesos y la conductas, incluida la del secuestrado: nuestras acciones expresaban un río profundo. Lo que no pudo prever este inspector “visionario” es que el fulano “golpe” comenzaría poco después en su ciudad y que él sería, en todo caso, una de sus víctimas propiciatorias en nuestras manos.

La situación se hacía tan insostenible que varias personalidades advertían el peligro. Los estudiantes no paraban de salir a las calles y quemar autobuses y carros de empresas transnacionales. Se conocieron casos aislados de saqueos en Miranda, Vargas y Aragua que luego se convirtieron en el método de acción general el 27 y el 28 de febrero. En algunas fábricas el odio por la sobreexplotación llevó al punto de muerte. En una fabricadora de piezas mecánicas del estado Aragua, 27 obreros colgaron a su pequeño patrón de una grúa porque les redujo el salario y gritó a un trabajador. La agudización de la crisis había llegado hasta las oficinas de la Dirección de Inteligencia Militar. Así lo testimonió el general Iván Darío Jiménez:

A finales de 1991 el país se encuentra en una enorme tensión, se registran más de 2.500 huelgas y manifestaciones de diferente índole... Los medios publicaron encuestas donde los más altos porcentajes de popularidad lo encabezaban Uslar Pietri y los militares (...) Se creó una gran zozobra, pero los partidos políticos se encontraban como siempre disputándose migajas del poder, enfrascados en riñas de segundo orden, ajenos al país nacional, divorciados de sus necesidades¹⁰³.

La temperatura nacional comenzaba a aparecer en los termómetros de los dirigentes de los principales partidos del poder. Luis Herrera Cam-

103 JIMÉNEZ, I. D., *Los golpes de Estado desde Castro a Caldera*, (GD) p. 171.

pins, ex presidente, dijo el 3 de diciembre de 1988: “Hay en el ambiente gérmenes desestabilizadores en toda América Latina”. Oswaldo Álvarez Paz declaró cuatro días después al *Diario de Caracas*: “Efectivos militares con sede en Monagas tomaron la base Aérea de Barcelona y algunas unidades del ejército llegaron a la sede principal de la DISIP (...) en Maracaibo y Caracas aviones sobrevolaron ambas ciudades, cosa que no es normal”. Estaban poniéndose nerviosos. El 11 de noviembre de 1991 el monseñor Mariano Moronta fue tajante en su previsión: “Yo creo que estamos caminando sobre un polvorín”¹⁰⁴. Del total de protestas, disturbios, huelgas, cortes de vías, saqueos y enfrentamientos con la policía, ocurridos entre 1989 y 1998, casi el 30% aconteció entre el Caracazo y la rebelión militar del 4 de febrero. Un total de 2094 protestas populares de las 7092 de la década¹⁰⁵.

La investigadora Margarita López Maya sistematizó la protesta social en cuadros y estadísticas rigurosas que cubren el decenio 1989 (Caracazo) y 1999 (primer gobierno de Chávez). Un total de 7092 protestas. A ellas hay que agregar una centena de paros laborales en la industria, en el Estado y servicios portuarios. 2094 protestas violentas ocurrieron entre septiembre de 1990 y septiembre de 1992. Refiriéndose a la cualificación de las acciones, la profesora López Maya escribe:

Es de destacar que no solo aumentaron en estos años considerablemente las protestas callejeras y los paros laborales, sino que las formas de protestas más comunes también cambiaron, así como la naturaleza de la protesta, que se hizo más confrontacional y violenta¹⁰⁶.

Visto en esa dinámica de acontecimientos sociales, se entiende que desde el 27 de febrero de 1989 hasta el 3 de febrero de 1992 ya nada sería igual para los conspiradores. Fue su fase decisiva. Como el tren que no pasa dos veces por la misma estación. O se alzaban o se clausuraban en la historia como el recuerdo de un grupo de oficiales que no pudo ir más allá de lo que quiso. Roland Dénis hace una inteligente puntualización de *ese momento clave* del antes y el después del golpe del 4 de febrero:

El año 92 aparece en el calendario arrastrando el calor de las continuas movilizaciones que abarrotaron las calles del país durante el año 91. La represión ha aumentado de manera inclemente elevando a alrededor de 25 la cifra de estudiantes asesinados en las manifestaciones del año que termina. Al mismo tiempo, al lado del asambleísmo popular

104 *Ibíd.*, p. 170.

105 SÁNCHEZ, F. y GUERRERO, M. E. Cronología Política desde el 4 de febrero, en *Después del 4-F. ¿Cuál es la salida?*, Valencia, p. 11.

106 LÓPEZ MAYA, M., *Protesta y cultura en Venezuela, los marcos de acción colectiva en 1999*; con SMILDE, D. y STEPHANY, K. Colección Becas de Investigación CLACSO/Asdi, Buenos Aires, 2002, pp. 13-14.

creciente, empiezan a multiplicarse los lugares de encuentro de los liderazgos nacionales¹⁰⁷.

Y pintando los efectos combinados de ambas rebeliones, el mismo autor comenta:

De allí en adelante pasarán innumerables acontecimientos que servirán para entretrejer con mayor firmeza los hilos de la resistencia, ahora acompañada del aliento militar. El 27 de febrero del 92 la Asamblea Popular de Barrios hace un primer llamado a cacerolazo en conmemoración del día de la rebelión (del Caracazo) (...) Sin embargo, la protesta toma dimensiones totalmente sorprendentes, incluso para los convocantes¹⁰⁸.

Desde la insurrección del Caracazo, esta conciencia social estaba y tendía a convertirse en franco reto revolucionario. Aunque se trataba de una conciencia donde se mezclaba el desafío con la incertidumbre, la gente no le veía un claro destino político a sus incesantes acciones, entre otras razones, porque ninguna de las fuerzas de la izquierda representaba en ese momento una solución nacional creíble. La situación del país se volvió tan resbalosa para el régimen que cuando el movimiento militar decidió echar a andar el plan de acción, a mediados de agosto de 1991, nada lo podía detener, aunque eso no significara la victoria.

En julio de ese año los comandantes logran mandos de tropa en siete batallones importantes del país. Chávez sigue castigado, ahora en la antigua ciudadela oriental de Cumaná, a las orillas del río Manzanares, donde lo recluyen en un escritorio a revisar aburridos papeles administrativos. Pero la suerte le vuelve a sonreír: el 28 de agosto de 1991, un mes después de haber ascendido y tener derecho a mando, un coronel de Maracay abandona la carrera militar; esto le permite solicitar que lo trasladen a Maracay con mando de tropa. Lo logra y, con ello, el centro de la conspiración vuelve al lugar donde había comenzado en 1982. Se reúnen en septiembre de 1991 en un encuentro tan cargado de ideas y deseos como de nerviosismo:

Fuimos recibiendo comandos militares constituidos y se comenzó a activar el plan Ezequiel Zamora, con misiones militares y políticas, el proyecto de constituyente y proyectos económicos, pensando siempre a quiénes íbamos a llamar para gobernar, etc. Toda una actividad de día y de noche¹⁰⁹.

“Zamora” fue el ícono de identidad propuesto por Chávez para el asalto al poder. No sería la última vez que usaba el nombre del líder campesino para una batalla, aunque en esta resultó derrotado.

107 DÉNIS, R., *Los fabricantes de la rebelión*. Editorial Primera Línea/Nuevo Sur, Caracas, 2001, p. 29.

108 *Ibíd.*, p. 32.

109 *Habla el comandante*, p. 131.

Lotería conspirativa

Listos los comandos, listos los proyectos, solo faltaba el plan de ataque, el modo, los medios y apoyos sociales para el asalto al poder. Ya estaban –según creían– en la parte baja del chinchorro: el gobierno parecía un cadáver insepulto. El país se había insurreccionado de nuevo y todos los indicadores sociales señalaban un nuevo Caracazo. El 87% de la población desaprobaba la gestión del presidente según encuesta de *El Nacional*, y el *New York Times* con su titular “Venezuela incierta” indicaba que el Departamento de Estado ya no estaba tan seguro de la gobernabilidad en Caracas.

Antes de ser trasladado a Maracay, Chávez arregló con algunos comandantes un simulacro de asalto como aquel con los tanques en San Cristóbal. Esta vez fue más completo, como si ya estuvieran tomando el poder. Lo ganaba el desespero. Usó a los 600 soldados estacionados en el estado Cojedes, la provincia donde había nacido su bisabuelo Maisanta en el pueblito de Ospino. Construyeron maquetas que simulaban la capital, convirtió a los cabos y sargentos en oficiales con mando independiente y practicaron “combate nocturno, tomas de edificios, etc.”¹¹⁰.

Cargados con esa adrenalina militar durante los primeros días de septiembre, programaron tres fechas posibles para el asalto. El 6 de diciembre, aprovechando un acto presidencial en Maracay, donde capturarían al presidente CAP para crear el vacío de poder; el 16 de diciembre, en el medio turno del permiso reglamentario y de algunos desplazamientos de unidades militares entre varias ciudades que usarían como cobertura del ataque; finalmente, el 24 de diciembre, al finalizar la cena de Navidad, cuando los oficiales leales estuvieran rebozantes de ron y las tropas en calzoncillos.

Ninguna de estas fechas pudo ser. En el camino se cruzaron dos momentos no programados por los jefes de la rebelión. El primero fue a finales de octubre. Si hubiera ocurrido, podría haber quedado en la historia como una rebelión de tono antiimperialista. El plan era desobedecer la orden presidencial de participar en la invasión a Haití, ordenada por Estados Unidos y operada por el TIAR y las Naciones Unidas. Prepararon todos los pertrechos, tanques y aprestamientos de batallones y oficiales en las principales ciudades... pero de Puerto Príncipe desembarcarían en Miraflores.

A Chávez, que comandaba el cuerpo de paracaidistas de Maracay, le asignaron la conducción de ataque al desguzado país caribeño. La operación se cayó porque el Gobierno, debilitado como estaba, decidió a última hora no acompañar la ocupación. Hay quienes sostienen que el gobierno desistió porque estaba al tanto de la intranquilidad militar. Puede ser. De todas maneras, en las calles decenas de movilizaciones cada semana gritaban contra el envío de tropas al admirado país de Petión y Desalines. El ambiente social y los rumores cuartelarios lo desaconsejaban.

110 *Ibíd.*, p. 131.

La segunda fecha abortada fue el 10 de diciembre. Seis días más tarde, el 16, volvió a malograrse la decisión. Esta vez la causa nació al interior del movimiento. Hubo una división en esos días tensos donde las fechas y las tácticas suplantaban a la estrategia y al método insurreccional. Entre el 10 y el 16 casi hubo un alzamiento de una parte de los capitanes contra los comandantes del movimiento. A Chávez lo acusaron de lo mismo que él había acusado a Francisco Arias Cárdenas en el congreso de San Cristóbal: miedo a la acción. En la reacción de los capitanes y la acusación contra Chávez intervino en forma activa el grupo Bandera Roja, que influía sobre algunos de ellos y desconfiaba de Chávez. El capitán Valderrama se refiere a ese episodio en *La Maisante-ra Chávez*. Cuenta que cuando el Directorio conformado por Chávez y Arias Cárdenas decidió cortar relaciones con los “civiles” de Bandera y el PRV le ordenaron que cerrara los contactos con los dirigentes políticos de Valencia. La reacción de los capitanes influidos por Gabriel Puerta condujo al llamado “Pacto de San Antonio”, mediante el cual los capitanes estaban decididos a rebelarse sin esperar por los comandantes, incluso contra ellos¹¹¹.

Sin que se lo hubieran propuesto resultó la primera versión de un “chavismo sin Chávez”, algo que luego volvería a aparecer desde el año 2003 en nuevas circunstancias. En aquella ocasión casi le cuesta la vida a Hugo Chávez, que era, como se nota, el centro operativo del movimiento. Los capitanes más molestos habían planeado “sacarlo del medio” en una acción planificada por la dirección de Bandera Roja. Chávez sostuvo en 1995 y en 2004 que “el movimiento fue infiltrado por grupos de extrema izquierda”. Se refiere a Bandera Roja. Como acusación es por lo menos inadecuada. Las relaciones con la izquierda guerrillera las habían cultivado él, Castro Soteldo y muy pocos del movimiento, desde antes de 1982. Para un capitán o un sargento era habitual escuchar la opinión de la izquierda, tal como lo hacían “sus” comandantes. Así, el secreto de la rebelión de los capitanes hay que buscarlo en otros intersticios de aquel momento. Bandera Roja solo azuzó los ánimos, no fue determinante.

Más importante como causa objetiva fue la imprecisión de las fechas del asalto, la ausencia de organizaciones del movimiento de masas. Sobre esos parámetros resbaladizos se movió la conducta *lumpen* de la izquierda que acompañaba al golpe. Pesaban más las rémoras de sus derrotas pasadas que las estrategia ciertas para un presente complejo. Valderrama retrata ese momento con varios elementos ciertos en su entrevista de 2005, pero lo deforma con una carga desproporcionada de odio personal a Chávez. Asegura que “Chávez engañó por igual a civiles y militares”, como si hubieran estado en presencia de un demiurgo creador de todas las cosas que se mueven en este mundo. Por su parte, el historiador Agustín Blanco Muñoz pintó más correctamente esa realidad en una de sus preguntas a Chávez cuando hacía el libro *Habla el comandante*:

111 Op. cit., p. 91.

Ciertamente, el día 16 de diciembre es clave. Se considera como la hora cero. Y me refiero a lo que se comentaba en la UCV (el centro universitario más politizado del país). Desde principios de diciembre se comenzó a decir que el día era el 16, o el 17. Luego decían “esta noche” y nada. Pasadas esas fechas se comenzó a decir que Chávez se había echado para atrás, había traicionado el movimiento y que los capitanes actuarían por su cuenta (...) En general, puede decirse que el clima estaba definido por la incertidumbre y la tensión. La proliferación de horas cero sembraba incredulidad porque uno suponía que no se produciría una sublevación precedida por tanta información a nivel del corrillo, de chisme¹¹².

¿Era posible una insurrección social bajo mando cívico-militar?

Hugo Chávez cuenta dos hechos singulares de la lucha de clases de esas semanas. Ambos hechos sorprenden vistos a la distancia. Los cuenta como si la insurrección que ellos estaban planificando no tuviera relación con esos sucesos.

El primero fue la confraternización de un batallón de soldados bolivarianos con el movimiento estudiantil en el Cementerio General del Sur, en Caracas. La ocasión, nada fortuita, fue el velorio y entierro de un estudiante asesinado por la policía. El comandante Ortiz Contreras, uno de los conjurados fundadores, pronunció unas palabras de solidaridad. Esa misma tarde casi lo sancionan. “En el cementerio hubo consignas de los soldados y de los estudiantes contra la represión”¹¹³. Esas escenas aparecieron por televisión con el comandante Ortiz hablando como si fuera otro “político”. Era el Caracazo que se manifestaba mediante los militares.

El segundo hecho fue la rebelión popular y estudiantil que explotó en Maracay en noviembre de 1991. La ciudad quedó paralizada. Para enfrentarla, le ordenaron al comandante Chávez ocupar la ciudad con sus paracaidistas. Nunca se pudo saber si la orden era en realidad una prueba. La verdad, ya no tenía importancia. La maravillosa dinámica de los acontecimientos sociales terminó convirtiendo aquella acción en una prueba para Chávez. El jefe del regimiento “se molestó –contó Chávez en 1995– porque habíamos dado la orden a los soldados de mantener los fusiles apuntando hacia abajo”¹¹⁴. Desafiando la autoridad de su jefe, Chávez mantuvo la orden de no disparar contra la movilización. Sin advertirlo, estaba protagonizando su primera insubordinación militar. En circunstancias como esas la conducta humana se manifiesta sorda y muda. Ese cuestionamiento a la autoridad en medio de una acción social masiva casi lo conducen a él y a sus soldados a la confraternización con el pueblo. Eso lo pudimos observar en los rostros

112 *Ibíd.*, p. 207.

113 *Ibíd.*, p. 137.

114 *Ibíd.*, p. 132.

de los soldados y en la mirada del comandante Chávez aquel caluroso día de insurrección en los alrededores de la UCV. Pudo ser el comienzo de otra insurrección. Su conclusión ayuda a comprender la confusión reinante y el punto de conciencia al que habían llegado los conjurados: “La situación era tensa, si estallaba una rebelión tomábamos Maracay. El país en general estaba igual”¹¹⁵. Toda la realidad social, política y militar estaba a punto de desbordamiento como un río crecido que ya no cabe en su cauce.

A pesar de tantos elementos favorables a una insurrección social con apoyo militar, el final de la historia fue otro. Terminó como un golpe de Estado sin ninguna mediación social. Todo el carácter progresivo que manifestó no anula ese defecto. Las causas no hay que buscarlas solamente en la metodología militar de los preparativos del MBR, como los simulacros, por ejemplo. También tuvo responsabilidad política la izquierda que dirigía los levantamientos sociales. No tuvo capacidad teórica y política para preparar la insurrección en alianza con los bolivarianos. Aunque también es cierto que en la mayoría de los casos no estábamos enterados. Yo recuerdo la sugerencia velada que me hizo el cuadro de la Causa R, en Aragua, Lenin Aquino en marzo de 1990. Entre las huelgas obreras en las que andaba metido y la desbocada actividad política que desarrollaba, aquella sugerencia de Lenin quedó así... velada.

Más difusa fue mi relación con los conspiradores en 1983 cuando publiqué en el diario *El aragüeño*, donde trabajaba, un artículo de opinión titulado “Rumor en los cuarteles”. Me habían llegado informaciones de varias fuentes que hablaban de eso. Estábamos en medio del nerviosismo financiero del “viernes negro” y el rumor corrió por muchos pasillos; cuando Oscar Yegres, el director del diario, me llamó a su oficina para preguntarme por el origen de mis informes, le dije: “Los escuché en la calle”. Pero al otro día un oficial llamó a la redacción y solicitó hablar conmigo. No me encontró, era mi día libre, y tampoco me llamó más. Los conspiradores andaban conspirando.

115 *Ibíd.*, p. 132.

Buscando el día decisivo

Los treinta y cuatro días siguientes al 1° de enero de 1992 en Venezuela todo el mundo sabía que venía un golpe. Su desencadenamiento ya había comenzado en diciembre. Pero nadie podía saber ni cuándo ni cómo. La fecha escogida fue el 3 de febrero porque en esa fecha volvía el presidente CAP del exterior. Los comandantes tenían apenas doce días de margen si querían atraparlo y hacerse con el poder en Miraflores. Si no era ese día u otro muy cercano, todo el plan podría descalabrarse. La razón esta vez era práctica: el 15 de febrero volverían a “castigar” a Chávez. El Alto Mando lo quería mandar a la frontera con Colombia, bien lejos del foco insurgente. La misma medida disciplinaria le iban a aplicar a otros comandantes bajo sospecha. Estaban pagando los costos del rumorero. En esa fase de los preparativos, el oficial Chávez concentraba la jefatura del movimiento junto con Arias Cárdenas en el pequeño directorio. Pero el más activo y concentrado era Hugo Chávez. Ese fue el único castigo que Chávez no recibió en su vida de sedicioso y “respondón” y el único que agradeció para siempre. Habría terminado como el accidente que desencarriló la rebelión del 4 de febrero. Hubiera tenido que esperar otro momento.

Antes de esa fecha lo que predominaba en Caracas y Maracay, los centros de la conspiración, era la incertidumbre y la ausencia de perspectivas claras. Valencia, bajo el mando del capitán Valderrama, no era un centro neurálgico, quizá por eso estaba más estable y bajo control de los conjurados. En realidad, la conspiración estaba a punto de entrar en la zona de descomposición moral. De hecho ya funcionaban dos proyectos con varios mandos y una ola de rumores golpistas en la que el único secreto era ¡por qué había tantas fechas! En la jefatura de los insurrectos dominaba la inseguridad y la incertidumbre: “En enero seguimos la discusión sobre las fechas”, cuenta Chávez.

El jueves 30 de enero se vieron por última vez. Todas las piezas estaban listas. Ese día comenzó la cuenta regresiva. Era tal la fuerza del encadenamiento de los hechos y las voluntades puestas en marcha que ni siquiera la

delación del lunes 3 de febrero, casi al mediodía, logró frenar lo que se había desatado. Los mandos y la Dirección de Inteligencia Militar ya no tenían capacidad para controlar un fenómeno que trascendía las “fronteras militares”. Para ese momento el brote golpista era parte orgánica de la rebelión social que conmocionaba al país.

Chávez tuvo la razón en 1995 en una breve polémica con el historiador Agustín Blanco Muñoz en medio de la entrevista para el libro. El reportero adujo la teoría del “golpe provocado”. Se refería a la acción sediciosa que se deja correr para “depurar” las Fuerzas Armadas, como lo hizo Rómulo Betancourt ante el portañazo. Eso no funcionó el 4 de febrero por una razón simple: el gobierno estaba peor que los rebeldes. Chávez le contestó a Muñoz con esta razón cierta: “La única crisis que no se había hecho evidente era la militar”¹¹⁶. En realidad, ese aspecto de la crisis había comenzado con el Caracazo. De todas maneras, el argumento de Chávez fue al fondo del asunto y Muñoz no lo advirtió.

Ni siquiera una delación faldera de última hora pudo detener lo desbordado. Resulta que un capitán bolivariano enamorado contó lo que sabía de la conjura al director de la Academia Militar, a cambio de que lo ayudara a conquistar a su hija¹¹⁷. A pesar del peso de la información dada por el desafortunado capitán enamorado:

La operación se activó en el momento en que me dan la información del día y hora en que llega Pérez al país. Esa decisión la tomé el lunes en la madrugada. Recuerdo que la noche anterior estuve hasta tarde con la gente de la Fuerza Aérea, analizando el plan... yo les expuse el plan militar y el político, y les dije que ya no podíamos aguantar más¹¹⁸.

Chávez había llegado a su hora decisiva. La insurrección militar era su ola histórica. Para ella se preparó en forma consciente desde 1979 cuando se “rebeló” creando el EPLV, o tres años después, cuando juró ante el Samán de Güere y fundó con sus amigos el EBR. Pero antes, mucho antes de ser consciente, había iniciado un aprendizaje que lo llevó a cambiar de sueño en 1971 y a descubrir siendo un adolescente que Maisanta, la duda que lo condujo a la política, era apenas una señal de los tiempos que siempre cambian. Ahora estaba frente al destino que se había construido en más de veinte años. Todas sus tribulaciones se resolvían en un acto: asaltar el poder.

La noche del 2 de febrero, faltando unas veinticuatro horas para ese acto excepcional en su vida, fue a su casa en Mariara, se despidió de los tres hijos y de Nancy, su esposa, le entregó el cheque con el último salario y el efectivo que sobraba de la cuenta del banco. Fueron sus últimos gestos. Actos preñados de patetismo de quienes se sabían protagonistas de una acción

116 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 159.

117 *Ibíd.*, p. 209.

118 *Ibíd.*, p. 139.

épica. Con ellos le dijo adiós a su pasado. Otro Chávez estaba a punto de nacer. Ese estado especial lo metió como pudo en estas palabras:

No dormí esa noche revisando documentos, teniendo esa especie de sentimiento de que llegaba al fin de una etapa de la vida y quién sabe si al comienzo de otra, o que todo terminaba ahí. Me paseé por los recuerdos, vi a los muchachos dormidos y, finalmente, salí¹¹⁹.

Salió como a las 6 de la mañana vestido con ropa deportiva, en su carro. En el camino paró, llamó desde un teléfono público a “Pancho” (Arias Cárdenas) y le dijo cuál era la hora “0”, más adelante volvió a llamar a los otros once batallones comprometidos: “... Todos con la misma clave, llegó el día”. La contraseña era “el *score* quedó 2 a 1”. Nada mejor para un grupo de militares beisboleros¹²⁰. Casi todos los comandantes cumplieron el mismo ritual de entregar el último sueldo a sus esposas o familias. Sabían que esa podía ser la última vez. A las 9 de la mañana del día 3 comenzaron a aprestar tropas, armas, carros, cargas y posiciones. Quisieron aprovechar una exhibición militar en El Pao, cerca de Maracay, que ocurriría el día 4: allí se concentrarían el ministro de Defensa y varios generales del Estado Mayor, la prensa y “un show con los paracaidistas”. La llegada del presidente unas horas antes del “*show*” les ahorraría la sorpresa. Citaron a las 8 de la noche a treinta conductores con sus autobuses privados para transportar las tropas hacia Caracas.

La casualidad, que suele hacer jugarretas en la historia, juntó a los mismos personajes en la misma escena que un 17 de diciembre de 1982 decidieron trotar hasta el Samán de Güere para comenzar una conspiración: en el Cuartel de San Jacinto. Diez años después el vacío de Acosta Carlés lo ocupaba Ortiz. Luego de las cinco de la tarde se despidieron en el cuartel, cada uno a su objetivo militar y a su destino personal. Dos horas más tarde, después de las 9 de la noche, Urdaneta, conocido por su aplomo en las acciones, llamó a Chávez por teléfono y le dijo: “El pájaro está en la jaula”. Jesús Urdaneta Hernández había comenzado el golpe con la toma de las Brigadas que le asignaron, aquellas que estaban ubicadas en el cuartel Páez, hacia La Morita. En pocos minutos, con un golpe de asalto que jamás olvidarán, metió en prisión a todo el comando de oficiales, tomó la primera radio que encontró y llamó para dar la noticia de un golpe que había comenzado apenas dos horas antes.

A las 9 de la noche Urdaneta y Ortiz tenían bajo control el Cuartel Páez y los principales regimientos. Los regimientos del oeste de la ciudad quedaron paralizados. El comandante asignado, López Rivas, huyó despavorido hacia El Pao, allá se escondió con todas las baterías de combate. Dos horas después cuatro capitanes al mando de Luis Valderrama tomaron sin resis-

119 *Ibíd.*, p. 139.

120 *Ibíd.*, p. 140.

tencia los dos principales regimientos de Valencia. Esta fue la única ciudad donde funcionó la llamada “fusión cívico-militar” del proyecto. Valderrama desató el orden del Directorio dada por el comandante Chávez el día 3 de febrero y decidió mantener las relaciones con la gente de Causa R y el PRV. Así fue que pudieron participar decenas de militantes de la Universidad de Carabobo y de algunos barrios pobres¹²¹. En Caracas, Maracay y Zulia fueron suspendidas las conexiones con los “civiles”.

El apoyo civil de Valencia fue como iba a ser en el resto de las ciudades. Cuadros de Causa R, el PRV o Bandera que acompañarían con acciones decididas por el Directorio. Solo podemos acudir al único caso en que ocurrió. Valderrama afirma en su relato de 2005 que en Carabobo “los civiles” se portaron bien: “Cumplieron al pie de la letra las misiones que yo les di”. Es una curiosidad que en este reconocimiento los reduzca a la ridícula tarea de coser unos brazaletes. “Yo fui a buscarlos con ellos a la casa de una señora el 3 de febrero”. Por muy digno que haya sido coser los brazaletes, suponemos que no fue la única tarea militar que le asignó el comandante Valderrama¹²².

El resultado de las acciones civiles no se tradujo en acciones sociales de la población, de sindicatos clasistas, de centros de estudiantes o de otro tipo de organismo de base social. Esto redujo la estrategia a su aspecto militar. Las masas serían convocadas desde Miraflores mediante un video de televisión. El propio Chávez confiesa bien esta debilidad:

Pero por razones obvias y lógicas nosotros no podíamos en forma directa, hasta ese momento, asumir un llamado a la población. Sí lo hicimos durante años a esos grupos que te mencioné (...) fue un grupo de civiles (...) que debía bloquear la subida a Valencia, desde Puerto Cabello. En Barquisimeto también con otro grupo de 50 hombres. En Barinas, con casi cien hombres¹²³.

Grupos en alguna ciudad y un video convocando desde las pantallas; no existe mejor forma de no hacer una insurrección. El resultado, en caso de triunfo, ya estaba contenido en el proyecto. Sobre los resultados de actos similares durante el siglo XX lo más probable es que hubiera surgido un régimen militar bonapartista. Esto es lo que se desprende de las siguientes declaraciones del comandante Chávez: “Esta era la concepción, crear el vacío de poder, y nosotros mismos llenarlo”. O esta: “... nuestra concepción fue la maniobra y la sorpresa”¹²⁴.

Este “conflicto” lo resolvió en Maracaibo el Mayor Francisco Arias Cárdenas de la única manera que lo había aprendido en la vida militar. Cuando habían pasado unos minutos de las 11.30 de la noche, el Mayor informa desde la ciudad petrolera de Maracaibo que la Gobernación y la plaza mi-

121 *Ibíd.*, p. 90.

122 *Ibíd.*, p. 90.

123 *Habla el comandante*, p. 153.

124 *Ibíd.*, pp. 148-149.

litar eran suyas. No solo puso preso al gobernador con su familia, un socialcristiano desvaído: en el mismo acto se declaró sucesor del derrocado sin consultarle a ningún maracucho. Diez minutos antes de las doce de la noche entraron a Caracas 500 paracaidistas de Maracay al mando de Hugo Chávez, Acosta Chirinos, Centeno, Yoel Acosta y otros comandantes. Cinco minutos antes, el Palacio de Miraflores había comenzado a recibir las primeras metrallas de los rebeldes. El general Iván Darío Jiménez, que actuó contra los sublevados, les reconoce que "... actuaron con admirable diligencia...", a pesar de que estaban delatados desde las tres de la tarde: "... los golpistas contaron con la ventaja de conseguir a los soldados en calzoncillos y al oficial de día... desesperado por ir a dormir"¹²⁵.

A medianoche, con la capital bajo fuego ya estaban tomadas las ciudades donde se concentraba el poder militar, económico y político de la nación. El resto se decidía con las leyes de la política. Caracas fue la única plaza donde hubo batalla. Duró tres horas en dos escenarios, salvo tiros sueltos en distintos lugares: Miraflores y el aeropuerto militar de La Carlota, al este de la ciudad. A las 4.10 de la mañana, según informes de inteligencia registrados en el libro del general Darío Jiménez, el gobierno tenía asegurados el Palacio de Miraflores y el presidente, los dos instrumentos del poder nacional. La ventaja de la sorpresa y el arrojo en el asalto entre las 5 de la tarde y las 12.30 de la madrugada se convirtieron en retroceso y descalabro a partir de las 3.30 de la madrugada.

Hugo Chávez, cuyo rol central era comandar las acciones militares y políticas a nivel nacional desde Caracas, solo tuvo tres horas de protagonismo en el Museo Histórico Nacional. Desde ese lugar se habían dirigido todos los golpes triunfantes del siglo XX venezolano, por su ubicación estratégica. El general Jiménez opina que esta vez los jefes de la rebelión de 1992 se equivocaron al escoger esa posición. Ya las condiciones técnicas y la ciudad son otras y permitían actuar en forma directa alrededor del Palacio de Miraflores.

Aun si esa opinión fuera cierta, no alteraría en nada las razones de fondo de la derrota en Caracas. Chávez hace un resumen de ellas en 1995:

Ahora, ninguno de los supuestos se dio: ni el apoyo aéreo, ni el de sectores de la población, ni la capacidad mía para coordinar, para movilizar las unidades en el tablero. ¿Cómo entonces tú podías continuar operando disperso, desarticulado, sin saber lo que pasaba en Maracay, Maracaibo, ni siquiera en Caracas? Era imposible pelear a ciegas¹²⁶.

Es que hasta los aparatos de comunicación radial fallaron, los teléfonos no eran atendidos, las horas no se cumplieron en las esquinas de Caracas

125 Informe del Ministerio de la Defensa: "Acciones y Órdenes del Comandante General de Ejército en relación a los hechos de sublevación militar acontecidos en el país durante los días 3 y 4 de febrero de 1992". Reproducido parcialmente en *Los golpes de Estado desde Castro hasta Caldera*, general Iván Darío Jiménez, pp. 206-208 y 216.

126 *Habla el comandante*, p. 151.

donde se había convenido, la izquierda caraqueña no recibió las armas a las 11.30 de la noche a la entrada de Caracas y el capitán encargado de pasar el video por el canal estatal con Chávez hablando no sabía –ni preguntó– que no es lo mismo “VHS” que “U-Matic”, dos formatos incompatibles en sistemas de televisión. Antes de las 7 de la mañana, con el sol caribeño bien alto, tres ciudades tomadas, la batalla de Caracas totalmente perdida y un pueblo boquiabierto que no entendía nada frente al noticiero, Chávez tomó la decisión de rendirse.

Para el gobierno y el Alto Mando Militar su posición en La Planicie, donde está el Museo Histórico, era el centro político de los insurrectos. Incluso a pesar de que el poder de fuego era inofensivo. Su figura militar era el fundamentalista bolivariano Hugo Chávez, un oficial conocido dentro de las Fuerzas Armadas, pero totalmente desconocido fuera de ellas. Unas cuatro horas después, convencidos ya el gobierno y el Alto Mando de que “la situación está totalmente controlada”, como dijo el presidente a las siete de la mañana en su segunda declaración, Chávez apareció por todos los canales de televisión.

La gente, arremolinada en masa frente a las pantallas seguía boquiabierto, pero ahora miraba la televisión con “otros ojos”: lo que diría el comandante del golpe lo iban a sentir como un acto de redención. Pero nadie lo sabía. Pues lo que dijo fue suficiente para que lo vieran como una aparición providencial y a sus camaradas como héroes nacionales. Estaba naciendo Hugo Chávez. El *homo politicus* comenzaba a ganarle terreno al *homo militaris*.

QUINTA PARTE
1994-1998,
EL DESIERTO Y LA CIMA

Solo y con un proyecto

Para llegar a la Presidencia tuvo que atravesar lo que él llamó “un complicado desierto de soledad”. A ese desierto podríamos agregarle los siete años de aprendizaje político que tuvo en la vida civil, si tomamos como punto de partida 1992. Este fue el año de su aparición como rebelde fuera de las Fuerzas Armadas para el conjunto de la sociedad. Sería una experiencia distinta por completo de la que había vivido bajo la sombra de la conspiración en los cuarteles. En estos siete años de vida no militar se encontró en forma directa con las leyes de la lucha de clases y los secretos de “la política”.

Apareció en medio de una sociedad desgarrada, con una clase gobernante que se desmoronaba inexorablemente ante sus ojos, un país oprimido que buscaba su destino dentro de un mundo conmocionado por el derrumbe del Muro de Berlín y las locuras del neoliberalismo. Suficientes escenarios para ejercitarse en las actuaciones políticas más inesperadas. Muchas de esas acciones las había soñado desde su adolescencia cuando escuchaba a Esteban Ruiz-Guevara hablar de “revoluciones”.

Esa historia comenzó el día que se enteró –en la soledad de su celda de presidiario– que en la calle era un personaje popular. Que la gente, incluyendo la clase media, los veía a él y a los otros comandantes como héroes nacionales, redentores de los pobres. Al revés de la mayoría de sus camaradas, Chávez dedicó sus dos años de cautiverio, los siguientes tres de “militante ultra” y los dos de candidato presidencial a una sola tarea: darle una perspectiva y una dirección política a esa rebelión sin destino. “Alguien dijo alguna vez que los cerros bajaron en 1989 y no han vuelto”, se dijo a sí mismo como si quisiera preguntarse su papel en ese momento indefinido de la vuelta.

Hugo Chávez se dedicó a buscar “los cerros” mientras sus camaradas de armas se retiraban paulatinamente del proyecto. Por “cerros” cualquier militante venezolano de esos años entendía dos cosas: las clases sociales de ubicación y un paradigma político, aunque fuera indefinido. Cerros era un programa y una perspectiva revolucionaria al mismo tiempo. En esa bús-

queda se había quedado casi solo. Como en toda derrota, el primer efecto fue la dispersión y la desconfianza.

Tres de los principales comandantes que actuaron junto con él pasaron a servir al régimen que los mantuvo presos. Solamente el general William Izarra y muy pocos otros más se mantuvieron activos, pero cada uno por su lado. Poco después de entrar a la cárcel, el gobierno de Rafael Caldera tomó contacto con el comandante Francisco Arias Cárdenas. Con la misma maestría que había logrado la pacificación de los guerrilleros en 1969, el avezado jefe socialcristiano negoció con Cárdenas una salida institucional a la legalidad. Al abandonar Yare pasó a ocupar un puesto gubernamental en el estado Zulia como director del PAMI, el programa alimentario. Jesús Urdaneta Hernández recibió la oferta de irse como cónsul a Vigo, España, y allá se fue con los malos recuerdos de un golpe frustrado. Valderrama, el jefe en Carabobo, se fue a trabajar con Arias Cárdenas en Maracaibo. Otros se dedicaron a sus vidas privadas después de atravesar períodos de desempleo y malas miradas de gente que antes les sonrió. Muy pocos quedaron a la espera de una nueva oportunidad para alzarse y dedicaron sus vidas a un proyecto revolucionario.

Solo Chávez, íngrimo y casi solitario, se lanzó a una nueva militancia por los pueblos de Venezuela y viajó a varios países para seguir buscando lo que se había cortado el 4 de febrero de 1992: “Nosotros andamos trabajando desde hace años en un proyecto que es holístico, integral, que parte del reconocimiento de que aquí se dañaron las estructuras, en todas sus partes... la solución aquí es total, no por partes”.

Hay una continuidad esencial en Chávez que no ocurrió en los otros comandantes. Esta no era una virtud, sino una convicción. Aunque retirarse no constituye un pecado, pues las opciones de vida son derechos personales, la diferencia con el resto de los jefes habla por sí misma de las personalidades reveladas. Chávez era el más inspirado de la generación de militares nacionalistas rebeldes de Venezuela. Ahí estaba ese elemento que Urdaneta Hernández llamaba “filosófico”, Valderrama prefirió definir como “alma de fiesta” y Kléber denominó “convicción y perseverancia”. Lo llamaremos inspiración, vena romántica y proyección heroica, tres marcas continuas desde su adolescencia. Es un elemento constitucional de la personalidad que nace en lo subjetivo y termina siendo determinado por las pruebas de la vida social. 1992 fue la gran prueba de esa generación de militares rebeldes. Los resultados y las dinámicas personales indican que Hugo Chávez se preparó mejor para soportarla. Lo que para unos fue derrota definitiva para él significaba un “punto de encuentro con muchas cosas”. Su formación intelectual y el tipo de base ideológica que adquirió, más nutrida con ideas de izquierda, más conceptual que el resto aunque haya sido difusa, le sirvió para superponerse al examen de la lucha social. Un golpe, por más militar que sea, es una expresión particular de ella.

Allí se manifestó su convicción sobre el proyecto nacionalista. En el mis-

HUGO CHAVEZ FRIAS
PARTICULAR

Yare, 3 de Octubre de 1992.



Apreciado Compatriota
Nicolás Guerrero
Director de "La Chispa".
Valencia. Edo. Carabobo.

Tengo el honor de acusar recibo a su atenta y gentil co municac[i]n y me apresuro a extenderle nuestro saludo Boliva- riano y comprometido con la causa popular venezolana.

Acabo de recibir "La Chispa" y hoy mismo analizaremos cu[ua]les son los planteamientos pol[itu]ticos que all[í] se plasman, as[í] como los cuestionamientos, cr[í]ticas y dudas que, en rela- c[i]n con nuestro Movimiento y sus propuestas, son all[í] refle- jadas. Posteriormente y con el mayor de los gustos, haremos - llegar a Uds. nuestras opiniones al respecto, para iniciar a- s[í] el "debate franco, honrado y abierto" al cual Ud. gentil- y acertadamente convoca.

Agradezco a Ud. profundamente extender un abrazo solida- rio de nuestra parte a esos valerosos obreros venezolanos que en Carabobo luchan por conseguir la nueva independenc[i]a que - necesita la Patria humillada y dominada.

Finalmente, me parece conveniente que nos haga llegar Ud. el cuestionario al que se refiere en su comunicac[i]n, pa- ra revisarlo y poder tomar una decisi[n] al respecto.

¡¡Por ahora y para siempre!!

Hugo Ch[avez] Frias.
Comandante

mo escenario aprendi[er]o que faltaba la fuerza social para sostenerlo. Tambi[en] comprendi[er]o que hab[í]a adquirido un rol personal en la sociedad, para el que no estaba preparado. Ese proceso de aprehensi[n] de lo nuevo fue superior al zigzaguo de su conducta pol[itu]tica posterior, a veces err[á]tica en lo ideol[og]ico, a veces principista por exceso al punto de parecer "ultra izquierdista".

El breve período de cárcel fue su punto de encuentro con esas nuevas experiencias, pero en su cabeza y en las conversaciones con sus compañeros de encierro. Por los testimonios de algunos de sus compañeros en Yare y de gente que lo visitó con cierta frecuencia, se puede establecer un itinerario marcado por la obsesión de salir para continuar la búsqueda de escenarios para desatar la rebeldía. Eso fue acompañado de vez en cuando de caídas y depresiones en lapsos cortos, asaltados por las visitas, las ofertas políticas, incluso las de tipo sexual. Entre una y otra fase, Chávez completaba sus días escribiendo cartas, leyendo libros, folletos y revistas, rayonando documentos que volvía a rayonar porque no lo convencían, mamando gallo o haciendo conversaciones interminables sobre los temas que los presos hablan cuando están presos.

En paralelo a su vida en el cautiverio, se desarrollaban dos procesos que lo acompañarían hasta el día de hoy. Su fama, el sentido de la transfiguración heroica que lo acompañaba desde el 4 de febrero, y la trastienda de arreglos y negociaciones de las más diversas, todas llegadas desde afuera. Con algunas de ellas tendría que lidiar desde que puso el primer pie en la calle en 1994. Otras quedarían en el camino. Una de esas fue la propuesta que le hice en una carta bajo el seudónimo de “Nicolás Guerrero”. Desde la Dirección de la organización político-sindical *La Chispa* le proponía la edición de un semanario dedicado a agrupar a la vanguardia de izquierda. A los pocos días me respondió con una carta redactada con amabilidad y reconocimientos por lo que hacíamos en el movimiento obrero. Incluso dejaba abierta la posibilidad de hacer el semanario político y el debate de ideas. Le sugerimos llamarlo *Por Ahora*, para promover con él una corriente política nacional que buscara la revolución social desde un programa clasista y antiimperialista. Esa fue una de las ofertas de trastienda que se quedaron en el camino. Su lugar fue ocupado por otras de distintos tipos y objetivos. Años más tarde, cuando el golpe de 2002 develó viejos datos, nos enteramos de que el grupo de Miquilena había frenado la idea por considerarla “decimonónica”, o sea, “sospechosa de marxismo”.

De esos años duros es el recuerdo de un hombre que lo acompañó muy de cerca: Manuel Vadell, abogado, político y editor de libros. Su casa en el tradicional barrio español La Candelaria fue refugio, lugar de descanso itinerante y sobre todo para reuniones del comandante en su travesía por el desierto de 1994 a 1997. En 2007 Vadell contó las peripecias que hacían Chávez y sus camaradas para evadir el control policial del gobierno de Caldera y el peligro de muerte que lo acompañaba por todos lados:

Él entraba en un carro por el estacionamiento o a veces por la puerta principal, dependiendo de la hora. Se sentaba ahí (señala un mueble) y comenzábamos a trabajar, pero abajo se quedaban los hermanos Otaiza “guardando la zona”, cada uno en las dos esquinas de la cuadra y bien armados por si acaso.

Chávez se hizo amigo de la familia y solía jugar con los dos hijos de Teresa y Manuel Vadell. En el chifonier de la sala reposa inclinada una amplia fotografía del comandante abrazando a los pequeños Vicente y Valentina, con una sonrisa abierta y la mirada auscultadora de conspirador que no ha perdido con el tiempo. Relata el viejo Vadell:

Ese carajo parecía un perseguido, no paraba en ningún lado y siempre andaba con un mar de ideas en la cabeza. Hablar con él era un placer porque podías recorrer temas históricos y literarios; con la misma frescura se ponía a cantar coplas; pero vivía muy perseguido.

Además del asedio policial estaba otro que era de mayor riesgo por lo sigiloso y seductor: un sector de la burguesía venezolana e internacional le puso precio y se dedicaron a “cazarlo”, haciéndole propuestas de todo tipo para “integrarlo”. Consciente de ello, confesó: “Si en alguna ocasión de mi vida yo necesito fortaleza, indomable para no desviarme, para no oír los cantos de sirena, es ahora. Mucho más que antes”. Ese *ahora* era precisamente la travesía desierta con la que se encontró al salir de la cárcel. Aquí aparece el Chávez que aprende y muta con la circunstancia, a veces adaptándose a ella, a veces superándola por el lado correcto. Estaba sometido a tal grado de presiones que llegó al límite de plantearse su propia derrota:

Esto no quiere decir que no haya posibilidad –la reconozco– de que Hugo Chávez termine siendo un ser despreciable, porque llegó a la Presidencia de la República y terminó siendo uno más. Eso es posible, yo no digo que sea imposible¹.

1 MUÑOZ BLANCO, A., pp. 506 y 520.

Años radicales y resbalosos

Además de estudio y reflexión, los años de cárcel fueron de fuertes discusiones y rupturas con varios de sus compañeros de armas. La principal controversia fue con Arias Cárdenas, el más formado, con quien había compartido el bicéfalo Directorio que dirigió la rebelión militar. Arias se fue alejando en tiempos acelerados hasta convertirse en su oponente más tenaz dentro y fuera de la cárcel. Como era natural a su formación, no dejó de conspirar con sus amigos políticos y camaradas de armas desde afuera. Esa conducta llevó su nombre a las primeras planas de los diarios al día siguiente del intento insurreccional de noviembre de 1992. Para ese momento aún compartían algunas cosas. Tanto Arias Cárdenas como Hugo Chávez se vistieron en trajes de combate esa mañana. Les habían prometido rescatarlos con un grupo bolivariano de asalto desde un helicóptero. Todo terminó en derrota, la segunda en menos de un año.

Este segundo intento fue conducido por almirantes, generales y oficiales de alta graduación, con mayor participación de grupos de la izquierda ex guerrillera. Esas fueron dos distinciones respecto de la intentona de febrero. A partir de este segundo fracaso, los dos años que le restaban en la cárcel los pasó concentrado en el estudio de documentación sobre la Asamblea Constituyente.

Cuando podía hacer llegar a la prensa declaraciones prohibidas por el reglamento de sus carceleros, utilizaba a familiares, amigos o a periodistas deseosos de “fama”, sobre todo mujeres. En buena medida esta relación con la prensa produjo fisuras entre los comandantes. Luis Valderrama y Jesús Urdaneta Hernández llevaron hasta niveles de paroxismo las “filtraciones periodísticas” de Chávez desde su celda en Yare. Ambos sostienen que lo hacía para regodearse en sus ambiciones personales o para dorarse a sí mismo en la fama que había adquirido con el esfuerzo de todos. Así lo declaran en sendas entrevistas convertidas en libros por Agustín Blanco Muñoz.

Vistas esas declaraciones a la distancia son, como mínimo, insensatas, aunque ambos comandantes se apoyen en elementos de la realidad para acusarlo de lo que lo acusan. A diferencia de ellos, que en sana ley personal ha-

bían decidido retirarse o pactar con el régimen que los tenía cautivos, Chávez seguía conspirando a su manera y con los recursos de que disponía. Sus desviaciones o excesos personalistas estaban subordinados a su conducta más esencial: la militancia conspirativa desde su cautiverio. En esa medida, como recuerda el poeta y ensayista argentino Luis Franco, sus defectos se reducían a “efectos decorativos” en la personalidad de alguien que decidió seguir en el mismo camino, aun en las cuatro paredes de su celda. Así llegó a sus años más radicales cuando un decreto presidencial lo sacó de la cárcel de Yare, y la revolución, esa que había intentado dos años atrás, solo la entendía como la vivió su bisabuelo: a los tiros. Podríamos caracterizar esta fase como la de sus “años ultra”, si la evaluamos por sus primeras alianzas, sus posiciones políticas, su vida en la cárcel y por el método elegido: insurrección armada.

Douglas Bravo, que fue su consejero durante los años de conspiración, opina que se fue haciendo conservador desde la cárcel: “Cuando salió ya había rechazado sus ideas”, le declaró al sociólogo argentino radicado en Venezuela, Alberto Garrido. Es posible que esta reductiva visión del viejo guerrillero corresponda a lo que él siempre entendió como *radicalidad* o *izquierda*, que en general lo definía a partir de la cultura conspirativa. Por ende, los hechos muestran a un personaje mucho más contradictorio y complejo en su conducta. En sentido contrario a la opinión de Douglas Bravo, más bien notamos que desde su salida de la cárcel pesaron más los elementos “ultraístas” o, como se suele decir en el lenguaje de la izquierda, “extremo izquierdista”. O algo parecido a eso, pero no conservador. Un conservador no proclama la insurrección. Chávez salió de prisión como un abstencionista impenitente, rechazando toda opción electoral y denunciando a los partidos de la izquierda tradicional como “oportunistas”. “Por ahora, por ninguno”, fue la consigna de batalla que lo identificó en las elecciones de 1995 ganadas por Rafael Caldera. Según cuenta en 1996 el periodista Miguel Salazar en el folleto *Un tal Chávez*, fue en la casa del propio Douglas Bravo, en medio de una fiesta, cuando dijo que estaba dispuesto a tomar las armas nuevamente: “Y aun a riesgo de parecer fastidioso lo voy a repetir nuevamente: si las clases dominantes no ceden en su empeño antihistórico, la Fuerza Armada bolivariana y el pueblo de Venezuela volveremos a cantar con el huracán”².

A los pocos días de caer presos apareció en la prensa nacional un comunicado a página completa firmado por decenas de personalidades políticas e intelectuales que defendían a “los comandantes bolivarianos” y demandaban su liberación inmediata. Lo encabezaban tres firmas de la izquierda histórica: Domingo Alberto Rangel, Pedro Duno y Manuel Vadell. El primero había fundado el MIR y su fuerza guerrillera en 1962, cuando la gente lo llamaba “el cabeza caliente” no solo por su pronunciada calvicie, sino también por su iracundia revolucionaria. A más de 90 años sigue siendo el mismo iracundo que descubrió la revolución en los años treinta en las páginas de la *Historia de la Revolución Rusa*, de León Trotsky. Su libro autobiográfico

2 SALAZAR, M., *Un tal Chávez*. Caracas 2007, p. 53.

lo tituló *Alzado contra todo*, escrito a esa edad cuando muchos se enchinchorran en vez de alzarse³. Duno había sido por varios años el hombre de confianza del Che Guevara en Venezuela.

Poco a poco cada uno fue saliendo de su entorno. Con Rangel, Duno y Vadell rompió en menos de un año, aunque sigue respetando a Manuel Vadell y reconociendo públicamente el valor de la sabiduría de Rangel. “Viejo, siempre te leo”, le dice a veces por *Aló, Presidente*, en referencia a las punzopetrantes críticas y denuncias que le escribe el anciano intelectual anarquista desde diarios, revistas y libros. A Vadell lo ha convocado en distintas oportunidades desde que es presidente, para tareas específicas en las que es especialista. Por ejemplo, para ayudar a confeccionar una ley del libro; en 2007 lo consultó sobre el proyecto de estatutos del PSUV, pero no le gustó nada que el viejo editor le respondiera que el primer proyecto le recordaba al programa de AD de 1945. Otra colaboración de Vadell con el gobierno fue la edición de la obra de István Mészáros *Más allá del capital*. Vadell es uno de los conductores del grupo de opinión *Aerópagos*, junto al ministro más duradero del régimen, Jorge Giordani. Nunca rompió con los tres viejos militantes, excepto con Pedro Duno porque se fue al infinito.

Desde 1994 participó como uno más en huelgas obreras, en conflictos estudiantiles, actividades barriales y en la búsqueda política de una insurrección con apoyo de masas. Hasta abril de 1997 recorrió alrededor de doscientos sitios distintos entre ciudades, pueblos y poblados de casi todos los estados del país. Andaba en una vieja camioneta con un chofer que lo protegía con una pistola. “Cuando salí de Yare me lancé por los caminos como arrastrado por un huracán”, le confesó a Marta Harnecker en 2002, retratando uno de sus rasgos más íntimos: sentirse parte de una situación política y meterse dentro de ella con la pasión de un explorador. Era la proyección heroica queriendo salir de sus entrañas. Cuando lo presionaban para que fuera candidato respondía: “Eso no está planteado, por ahora. Seguimos siendo soldados”. Y cuando el gobierno lo intentaba comprar o lo acosaba con la DISIP o la DIM, entonces desenfundaba su metáfora más corriente en esos años: “Volveremos a cantar con el huracán”⁴.

El “desierto” al que se refirió cuando habló de esta fase de su vida tuvo componentes variados. A comienzos de 1996 bajó bastante su popularidad. Su imagen declinaba en las encuestas. Al mismo tiempo recibía el rechazo de la mayoría de la izquierda “oficial” venezolana y de la otra izquierda de América Latina. Haberse convertido en la figura heroica de la rebelión de 1992 no le salía de gratis en todo. También reportó altos costos. Tuvo que cargar con la marca de un *putch* golpista parecido a los tradicionales, que además fue derrotado.

El otro componente de su desierto personal fue la penuria económica que cargó por varios años, con una pensión militar dedicada a su familia

3 Vadell Hermanos, Caracas, 2004.

4 SALAZAR, M. *Un tal Chávez*, LVM Editores, 2005, p. 53.

y viviendo del favor de sus amigos. Cargaba la dura realidad familiar de estar separado de Nancy, la madre de sus hijos, andar alejado de ellos y abandonado por el amor más intenso hasta 1992: Herma Marksman. A esta carga debía sumar la constante persecución de la policía del Gobierno, la vigilancia seguida de la Shin Beth, la celosa policía del Estado de Israel que lo puso bajo sospecha de antisemitismo por sus relaciones con el argentino Norberto Ceresole.

En el libro *El encuentro*, de los periodistas cubanos Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez, se cuentan peripecias reveladoras de la persecución a la que fue sometido desde 1992. Las cuenta una ex funcionaria de la DISIP, llamada Silvia, reportada por los autores. A ella le encomendaron la funesta tarea policial: “Cuando él sale de la cárcel, en 1994, se le empezó a dar un seguimiento más estrecho”. Como era previsible, el viaje a Cuba ese mismo año disparó los fusibles de la seguridad. Ya no era solo un asunto interno: “Después de aquel encuentro con Fidel Castro todo cambió”.

La señal de que la cosa había pasado a mayores la dio el gobierno de Estados Unidos al mandar a dos de sus matones de la CIA a completar el trabajo de vigilancia y seguimiento estrecho del comandante rebelde. Desde 1992 mantenían fluida información con la DISIP a través de la Embajada en Caracas y en forma directa. La preocupación subió de rango: “En marzo de 1998 vinieron dos analistas de la CIA y yo les hice una presentación sobre Chávez (...) Pero en esta ocasión ellos estaban más interesados y preocupados”. No era para menos; el hombre vigilado estaba a punto de convertirse en Presidente, suficiente para abrir un nuevo escenario geopolítico con Cuba y Venezuela. El más viejo dolor de cabeza de Washington en la región podía convertirse en una patología mayor si el petróleo venezolano salía de su control. El seguimiento “teórico” de esta analista de la DISIP se complementó con el acoso y los montajes policiales más variados al desgarrado comandante que andaba buscando otra rebelión por otros medios. Chávez, metafórico como siempre, metía la búsqueda de esta fase ultraísta en la palabra “huracán”.

Más huracanada resultó la conciencia de la mujer que rastreaba en secreto al comandante vigilado. Una suerte de “síndrome de Estocolmo” se posesionó de ella, pero a distancia. La agente policial terminó imantada por el líder bolivariano. En este accidente actuaron la imagen romántica que había adquirido Chávez, los signos redentores de sus discursos, ambos nutridos en las raíces de su origen social: “Pude vivir este proceso sin prejuicios porque procedo de una familia muy humilde... Mi origen me permitió valorar la propuesta de Chávez. Sabía perfectamente que lo que decía era cierto”. Este autorretrato habla de ella y de la contradicción de un Estado burgués que debe arriesgarse en tomar personal ajeno a la clase que defiende. Este carácter intrínseco al sistema del capital descubierto por Marx produjo en Venezuela un caso extraño, el de la cazadora que terminó cazada por el hábito de su presa⁵.

5 Op. cit., pp. 83-87.

Por otro lado, estaba tensado por el tironeo de grupos, personalidades, partidos y de sectores internacionales que lo jalonaban hacia las más encontradas opciones políticas. Las perspectivas iban desde las más radicales, como las ofrecidas por el grupo de Domingo Alberto Rangel, hasta las más conservadoras que le ofrecían Luis Miquilena y Alfredo Peña, o una de inspiración más derechista que le presentó el periodista neoadeco Rafael Poleo. Desde afuera el canto de sirena le llegaba de las aguas imperialistas de nuevo tipo llamada Tercera Vía. O la ofrecida por el Grupo Albatros y sus asociados en el peronismo de Argentina. Entre estos tirones a los que no estaba acostumbrado atravesó “su desierto” noventista. Hugo Chávez no salió ileso de ellos. Arrastró algunas mañas del modo burgués de hacer política, como el pragmatismo, además de un grupo de aliados “despreciables” que casi lo conducen al desastre entre 1999 y 2002. Contra todo pronóstico, pudo continuar su camino con el proyecto bolivariano al hombro. Como si nada le importara.

En una noche de salsa y merengue en 1996 Luis Miquilena dijo, en la casa de Douglas Bravo, que solamente él podía convertir a Chávez en presidente; no estaba fabulando. La expresión le salió en medio de una agria polémica con Carlos Urrieta, uno de los aliados “ultras” de Chávez ese año. Quienes presenciaron la escena confirmaron el suceso como “la vez que Miquilena mostró lo que quería”. Así lo recordó Manuel Vadell, uno de los selectos convidados al ágape de conspiradores insurreccionalistas y oportunistas de última hora: “Con ustedes Chávez no llegaba a ninguna parte, yo sí lo voy a hacer Presidente”, espetó Miquilena⁶. Efectivamente, año y medio más tarde Chávez ganaba las elecciones presidenciales y Miquilena se consagraba como el tutor operativo y financiero de tal hazaña institucional. Sin embargo, ni Miquilena ni sus aliados “ultras” sospechaban siquiera que el enfundado líder bolivariano tenía en la cabeza una visión del momento distinta de la de ellos. Esta visión convertía en contradictorio lo que parecía una dulce fiesta de votos y de cargos ministeriales. Para Miquilena el proyecto de constituyente representaba la escalera de ascenso a sus intereses de burgués insepulto. Parece que en la cabeza de Chávez era otra cosa.

Mientras era elevado a candidato emergente, Chávez declaraba que no pretendía quedarse en una “reforma estéril” de la Constitución, como llamó a la hecha en 1961 que dio origen al Pacto de Punto Fijo. Con la misma convicción decidió que no estaba dispuesto a seguir en el “desierto” noventista al lado de aliados y conspiradores que no tenían fuerza social para alcanzar el poder. Vistas así las cosas, la apariencia puede llevar a la magnificación de Hugo Chávez y creer que fue como una mano negra que los manejó a todos al servicio de fines secretos. Eso afirman algunos amigos y algunos enemigos, olvidando que los hombres no son demiurgos y que las realidades sociales, cuando son revolucionarias, no son inocentes. Lo que aparenta ser una maniobra en realidad era una transformación subjetiva a partir de dos

6 *Un tal Chávez*, p. 53.

realidades estrechamente combinadas: lo que pasaba en el país y lo que pasaba en la cabeza de Chávez.

El 19 de abril de 1997 un complicado plenario de cuadros del MBR-200 decidió por difícil mayoría “salir del camino de la insurrección y presentarse a elecciones”⁷. Manuel Vadell, que ocupaba un lugar destacado en la jefatura del MBR-200, me contó en 2007 que “aquello fue un loquero, por momentos parecía que todo se iba al diablo y que Chávez no ganaría la asamblea. Eran muchos los que se resistían a dejar el camino revolucionario”. Uno de los que dudó esa tarde caliente en el estado Carabobo fue Diosdado Cabello. En 2004 dijo que “Chávez escogió el camino más largo, pero el más seguro”⁸. Cuando Diosdado dijo esto no advirtió que para Chávez las dimensiones “largo” o “corto” son relativas al proyecto que tenía en la cabeza y no al sistema institucional, como creyeron muchos de los que sostuvieron su campaña electoral. Tampoco previó que lo demás dependería de la resistencia de sus enemigos adentro y afuera, no del camino señalado por el voto.

Mientras Miquilena y los que se parecían a Miquilena hacían cuentas electorales y proyectaban tiempos y cargos gubernamentales, el embebi-do líder bolivariano diseñaba una estrategia en cinco fases. Las denominó “situaciones”. Este gusto teórico por “las situaciones” y “las transiciones”, aprendido en la historia militar, lo llevó poco después de llegado al gobierno a instalar “Salas situacionales” en varios ministerios donde se hacen los análisis de coyuntura y tendencias. El líder popular argentino Carlos “Perro” Santillán las conoció en 2004 como parte de una delegación que llevé a Caracas. Dijo de ellas: “Parecen hechas para un estado de guerra de posiciones”. Su percepción no estaba muy alejada de la realidad, por lo menos de la que fluye en la cabeza del presidente venezolano.

No hay un solo acto o declaración de relieve suya sin esa particular visión de que está metido en una “guerra política”. Para él las piezas deben moverse según las leyes de la estrategia y la táctica en movimiento. Ese modo de hacer política tiene su raíz en las aulas de la Academia Militar, pero mezcladas empíricamente con una dialéctica primaria en su forma de pensar. Chávez no funciona con esquema fijos o prefijados. Para él todo está en movimiento y eso le facilita esa visión dinámica de las cosas de la política. Aunque a veces se equivoca.

Además, responde a su ubicación política en la actual dominación imperialista sobre el continente y el mundo. “La globalización va a acabar con todo sobre el planeta, pero no en forma figurada, en forma física”, dijo en 2001 a las reporteras irlandesas Kim Bartley y Donnacha O’Brian⁹. Se mueve en política de Estado como lo hacía en las horas nocturnas de su larga formación conspirativa. Tiende a verse en el centro de una batalla contra

7 *Habla el comandante*, p. 597.

8 *Chávez nuestro*, 2004, Caracas.

9 *The Revolution will not be Televised or Chavez - Inside the Coup*, Caracas/Londres, 2002.

enemigos que se lo quieren tragar vivo. Eso, que le sirve para darle forma dinámica a su actuación, en ocasiones lo hace resbalar en exageraciones sobre riesgos inexistentes o menores que él hiperboliza como gigantescos. Desde 2002 advierte varias veces al año que lo quieren matar. La hipótesis de asesinato está inscrita en su agenda de vida; es parte de su condición heroica, de su valentía en atreverse a desafiar al imperialismo y la burguesía. Pero no siempre tiene estado presente. Depende de condiciones objetivas y cálculos políticos que no dependen de su temor o su advertencia, ni siquiera del deseo que tengan sus enemigos de eliminarlo. Las decisiones políticas a esa escala son más complejas en sus determinaciones. Así, con exageraciones o sin ellas, él se ve en el centro de una batalla incesante, lo más parecido al Quijote de los molinos. En su caso esos molinos no son imaginarios, incluso cuando los exagera.

Desde 1994 el enemigo fue identificado como “neoliberalismo salvaje”, tomándole prestada al Papa la expresión. Luego lo llamó simplemente “neoliberalismo” o “imperialismo” hasta 2004-2005. Desde estos años pasó a ser el “capitalismo”, sin excluir a las potencias dominantes. Esa comprensión es profunda en su carácter político y la ubica correctamente en su dinámica histórica. Veamos su apreciación al respecto en 1997:

Es que estamos en un tiempo de transformación, en un tiempo en que se acaba una era y comienza otra... En Venezuela indica que llegamos al punto final de una era y hay que buscar entonces abrir la página de otra era, ¿cómo hacer para ir a una transición de ese fin a ese inicio?¹⁰.

El abordaje dialéctico que le otorga a los procesos sociales o históricos los señala con la exacta palabra-concepto *transición*. Pero Chávez es Chávez. Es capaz de desdibujarlo en el siguiente discurso público. Esto le pasa cuando reemplaza el análisis científico por sus impulsos de llanero mediúmico, oral y creativo. El 22 de marzo quiso hacer una correcta ironía anticapitalista y le salió una morisqueta cuando dijo que el planeta Marte tuvo alguna vez una civilización que fue destruida por el capitalismo y el imperialismo:

En Marte yo siempre he dicho, oído, no sería extraño que en Marte, haya habido civilización [hace una pausa]... pero a lo mejor llegó allá el capitalismo, llegó el imperialismo y acabó con ese planeta. ¡Ojo! Cuidado, miren que ya aquí hoy en el planeta Tierra...

Siendo correcta la advertencia y sana la intención de construir una ironía para hacer comprender el riesgo de desertización planetaria, perdió la carga crítica al querer hacerlo pasar por realidad. Al día siguiente la plataforma *YouTube* registró casi 10.000 visitas de Venezuela, México y zonas de

10 *Habla el comandante*, p. 529.

Centroamérica que representan unas 40.000 personas. Los canales enemigos de América Latina lo usaron para burlarse con titulares como “Otra vez Chávez” o “Una más de Chávez”, o esta: “¡Y si Chávez lo dice...!”. El resultado fue contradictorio. Le dieron una propaganda masiva entre millones de personas de habla castellana. Muchos se burlaron, pero otros entendieron el mensaje, la ironía. En los comentarios de los internautas aparecen los detractores que no entienden en qué mundo viven. Otros lo defendieron con los mismos argumentos que él quiso convertir en ironía:

No comparto las mismas ideas de Chávez, soy mexicano pero más que burlarse de lo que dijo, tiene razón, lo dijo en sentido sarcástico, y créanme, tiene razón, entre Estados Unidos y el G7 están acabando el planeta –escribió el usuario spencer8572 el 22 de marzo¹¹.

Aunque la ironía no le haya salido como quería, hay un mérito gigantesco en el punto de partida de la visión social de Hugo Chávez. Asume los graves problemas humanos como asunto de Estado y personal; como tarea política. Trata de hacer propaganda sobre ellos y alertar del lugar que ocupan. Esa actitud tiene un origen no galáctico; Hugo Chávez y el movimiento insurgente que dirigió nace en un gran acontecimiento social, la insurrección del Caracazo. Ese hecho se incrustó en la comprensión conspirativista y militar aprehendida desde mediados de los setenta, una formación basada en la experiencia peruana y en la determinación castrense de su vida. Lo nuevo en él es que haya aprendido a elevar la fuerza social como sujeto bajo las denominaciones de “pueblo” o “masa”. Él les agrega un rasgo histórico tomado de Simón Rodríguez y otros autores: las pone en movimiento permanente. A diferencia de otros movimientos nacionalistas, su visión de “pueblo” es plebeya aunque no tenga perfil clasista, marxista. Tiene la virtud de excluir a la burguesía como protagonista o columna de su régimen político, aunque ella permanezca como pequeñas sombras bajo la montaña de inversiones petroleras.

En 1996 reemplaza el método insurreccional por el institucional “pacífico y democrático” y asume los mecanismos funcionales e instrumentales del régimen burgués. Aunque no lo hizo con el mismo sentido que sus aliados en el gobierno de 1999 a 2002. Ese ingreso a los mecanismos del régimen lo definió como un “proceso constituyente que demuela lo existente”. En sentido contrario, sus aliados se acomodaron a cada circunstancia según la tarea y la necesidad.

Lo que no cambió desde 1992, cuando apareció en escena, es su creencia de que está protagonizando una “guerra” por la independencia nacional, una guerra que se le fue convirtiendo en anticapitalista sin que se lo hubiera propuesto. No era su programa. “Te lo he dicho muchas veces, para mí esto es una guerra, una guerra política”, advirtió en 1998, en plena campaña

11 <http://www.youtube.com/watch?v=Jz2uvsronUs>.

electoral¹². Es en este punto donde Hugo Chávez se aleja de los aliados electorales, con los que gobierna, y se acerca al signo revolucionario que percibe en “la época”, en “la masa”, con la que no gobierna. También es verdad que en la acción gubernamental de 1999 a 2001 decidió políticas que tendían a llevar todo al lado opuesto de lo que decía. En los discursos hablaba de revolución, pero en la política y los personajes nadie la veía. Esa fue la sospecha de su primer maestro [Esteban Ruiz-Guevara] cuando lo saludó a la salida de un acto en el Teresa Carreño a mediados del año 1999: “Bueno, Hugo, ¿qué pasa aquí? Porque yo no he visto revoluciones sin presos ni muertos”. Se lo dijo así nomás, lapidario, con la impunidad que usan los viejos cuando quieren ahorrarse palabras tanto en las preguntas como en las respuestas. Según él, Chávez le contestó que había que esperar la Constituyente, “pero mientras llegaba la Constituyente los camaleones cuadraron de nuevo sus fortalezas con métodos diferentes...”¹³.

Esa contradicción de discurso fue evidente casi tres años seguidos entre lo que expresaba lo dicho por Chávez y lo que decían sus principales ministros. Era más contradictorio si ambas cosas se contrastaban con las aspiraciones de cambio radical que sentían y hacían los trabajadores, el pueblo y parte de la clase media. El viejo consideraba que los “discursos desafiantes” de Chávez en 1999 y 2000 confundían y debilitaban porque no había correspondencia con las políticas aplicadas. Para un gobierno la realidad comienza por lo que dicen sus funcionarios.

“¿Qué puedes decir del discurso desafiante de Chávez?”, le pregunta el profesor Sant-Roz. El viejo comunista contestó: “Que provoca confusión en el pueblo y en cualquier ente pensante. Y lo agrava el hecho de que a veces él dice una cosa y entonces un ministro plantea lo contrario”.

Eso se resolvió a los tiros en abril de 2002, pero, hasta entonces, Chávez declaró muchas veces desde 1998 que su participación en el proceso electoral no terminaba con el triunfo en diciembre de ese año, o con la conquista de la silla presidencial. Que la Constituyente para él no era “una política”, o una “estación final”, sino apenas un paso: “Nosotros la vemos como un proceso de transformación revolucionaria de las estructuras del régimen, que nos llevará a otro proceso económico social”. Este sentido dinámico de su pensamiento en 1998 fue visto por sus futuros ministros como el decorado necesario del discurso electoral, no como una convicción. Probablemente, tampoco era una decisión programática del presidente, sino más bien una idea difusa, un deseo sin elaboración y estrategia, una pulsión sin base teórica. Quizá eso explique el contraste entre discurso y realidad y sobre todo la confusión creada entre sus seguidores y el nerviosismo sembrado en sus adversarios.

Ruiz-Guevara atribuyó esos dislates a la impulsividad del joven presidente. Andaba en sus 46. Este elemento psicológico era cierto, había consti-

12 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 507.

13 Entrevista con José Sant Rotz, *La Razón*, 17 de agosto de 2001.

tuido por mucho tiempo una parte sustancial de su personalidad. Muchas veces cumplió roles positivos, por ejemplo, cuando funcionaba como uno de los motores de su proyección heroica. Pero no podía ser determinante en su conducta presidencial. En realidad, sus impulsos iniciales como jefe de Estado delataban texturas más profundas del personaje. Una fue suponer que los caminos revolucionarios buscados desde que salió de Yare los podía recorrer con la compañía seleccionada y dentro del mecanismo del régimen que pretendía derribar. La otra razón es más esencial al personaje: había llegado tarde a la política. Sus fisuras conceptuales respecto de lo que son las clases sociales, el capitalismo y el imperialismo fueron el costo intelectual de no haberse formado en la lucha de clases. Eso lo superaría posteriormente, pero mientras lo pagó caro.

En aquel contexto su virtud fue sobrevivir con lo que tenía acumulado hasta entonces. El costo de ese destiempo en su formación era inevitable. Lo pagó en imagen pública de incongruencias. Dos años después la factura sería mayor. El adelanto más incomprensible de esa paradoja fue su confianza en la Tercera Vía y las amistosas relaciones pasajeras con el gobierno de Bill Clinton. El 27 de enero de 1999, cuando lo fue a visitar en la Oficina Oval, días antes de asumir la Presidencia, no tuvo idea del efecto ambivalente que produjo. Nadie cuestionaba la legitimidad oficial de la visita. Sin embargo, hubo una señal de alto valor biográfico: las clases altas y medias y buena parte de sus funcionarios sintieron que el muchacho de Sabaneta no era tan demonio como lo pintaban. La sensación fue opuesta en la amplia vanguardia de izquierda que lo acompañaba, en los jóvenes y las mujeres trabajadoras que un mes atrás habían votado por él. Todo se reducía a sensaciones, pero la confusión era la misma para ambos sectores. Quienes lo querían y quienes lo rechazaban se debatieron entre dos sentimientos contrarios: creerle o no creerle. Menos lo entendieron cuando volvió y dijo:

Le he transmitido al presidente Clinton que estoy dispuesto a ser un pregonero y un luchador por la integración de Mercosur y de otras organizaciones para que en la próxima década tengamos un continente americano unido (...) Estoy a favor de un modelo energético que satisfaga a todos los países. Venezuela está dispuesta a continuar siendo distribuidor de petróleo para Estados Unidos¹⁴.

Sabemos por ex funcionarios que lo acompañaron en su oficina de Miraflores en aquellos años iniciales que a Hugo Chávez le entraron algunas dudas sobre lo hecho y dicho en la reunión *no oficial* con Clinton. Esas dudas fueron fagocitadas por el remolino de los acontecimientos de 2001 y 2002. La maquinaria gubernamental y el estilo de gobernar instalado impidieron su procesamiento adecuado. En su entorno, en cambio, fue más clara la importancia del viaje a Washington y camino abierto por lo que dijo e hizo. En

14 NOTITARDE, Valencia, 28 de enero de 1999.

vez de peligro ellos vieron señales promisorias de futuro común de armonía y felicidad. En las oficinas adyacentes del Salón Ayacucho de Miraflores celebraron con whisky y sonrisas cuando se enteraron de que Chávez había seguido el libreto en la reunión con Clinton. Tres meses más tarde, el 22 de abril, Miquilena y su grupo le proponen dar a conocer una carta pública dirigida al presidente de los Estados Unidos. Este texto oficial consolidaba el curso de peligrosa asociación semicolonial iniciado con la agenda de enero:

Compartimos su criterio de que «nuestra asociación económica puede ayudar a mejorar la situación». Por eso, señor Presidente, nuestro país está abierto a todo tipo de iniciativas que surjan tanto de la empresa privada como de los entes públicos de los Estados Unidos, en función del desarrollo de ambas naciones. Comparto en forma absoluta, asimismo, el firme propósito de lucha contra el narcotráfico y toda forma de delito vinculado a ese morbo. Atentamente, Hugo Chávez¹⁵.

Chávez había ingresado a un peligroso laberinto pero al revés. Hizo al comienzo de su gobierno lo que sus antecesores en el nacionalismo hicieron a mitad o final de sus caminos. Fue un intento frustrado de adaptación semicolonial al imperialismo. Allí comenzaba la contradicción entre el hombre, el programa y el movimiento social. El dilema era cómo salía de ella. Las guerras en Afganistán e Irak y el golpe de abril lo aventaron hasta la salida del laberinto.

El primer desencuentro fue con su base social. Lo que estaba haciendo no coincidía con el sentimiento y las acciones de la mayoría de sus seguidores. También es cierto que el pueblo carecía de la madurez política requerida y aún no contaba con organismos sociales y políticos adecuados para resolver dudas y contradicciones. Eran masa anónima, sentimiento y líder. Todos los indicadores sociales y estadísticos de la Venezuela anterior a 1999 demostraban que el pueblo no solo deseaba, sino también estaba decidido a protagonizar un cambio radical. Pero no sabía cómo.

Lo que el Caracazo significaba como potencia social contrastaba con la sombra de su debilidad dentro de la misma conciencia. Cuando se enteraron de que era candidato a presidente se levantaron por millones para acompañarlo. En esa perspectiva, Chávez aparece como un símbolo de redención y al mismo tiempo la personificación de un cambio histórico que entonces era mudo y sordo.

En gran medida su temperamento explosivo le servía para ser antiimperialista, pero no había definido su ubicación en la clase social de pertenencia. Parte de su conducta estaba determinada por el carácter de la mutación social que cabalgaba. Como toda realidad, la suya no era pura, menos la de sus aliados electorales de 1998 y la de sus funcionarios desde 1999. La mayoría de los “políticos de izquierda” que lo acompañaban tenía carrera

15 Carta de Hugo Chávez a Bill Clinton, Miraflores, 27 de abril de 1999.

de oportunistas, algunos de la peor especie, como el director de la orquesta electoral.

Luis Miquilena era un hombre gastado desde hacía décadas como buena parte de su generación de izquierda. Miquilena es un Teodoro con mejor olfato. Su pasado habla mal de sí mismo desde los años cincuenta cuando trabó relaciones privadas con la dictadura de Pérez Jiménez mediante la conocida carta al esbirro Pedro Estrada, al que llamó “mi amigo”. Lo que siguió fue una trayectoria de oportunismo que terminará solo con su día final en este mundo. Miquilena estaba asociado a Carmona y a personajes oscuros de las finanzas más ocultas de Caracas y Miami. Era *partner* financiero del estafador Tobías Carrero y Bujanda con quienes tenía una empresa de publicidad y promoción llamada Micabú, apócope de los nombres de cada socio. En marzo de 2001 se dio a sí mismo, a través de Micabú, el contrato millonario para hacer una campaña de propaganda defensiva de la Constituyente, que ya comenzaba a ser atacada por Fedecámaras, donde estaba su amigo Carmona. En el gobierno armó su propio *lobby* de negocios y poder con estos personajes, el embajador enviado ese año a chupar cirios a la Santa Sede en Roma, con el ex fiscal general Javier Elechiguerra y el diputado étlico Ernesto Alvarenga, tan conservador como el añejamiento de los whiskys que metía al parlamento en su portafolio. Eso explica la conducta mafiosa de Miquilena en el Ejecutivo que presidía Chávez. En 2001 fue el autor de la moción favorable a las multinacionales de pesca de arrastre, para que la Ley prohibiera la cacería solo hasta las tres millas de la costa, y no hasta seis, como sugería Chávez. Ese mismo año crucial de las 49 leyes que dispararon el golpe, propuso que el Fondo de Pensiones del Seguro Social fuera coadministrado por empresas privadas, algunas de ellas manejadas por Tobías Carrero, su socio.

Esas “impurezas” marcaron a fuego el régimen que Chávez encabeza desde 1999 y condicionaron la veta sana de su proyecto y su personalidad. No era un asunto de personalidades o un error de valoraciones. El propio gobierno reflejó ese carácter de alta contradicción de Chávez, su proyecto y su pasado inmediato. El nombramiento de Carmen Ramia en la Oficina Central de Informaciones, siendo la esposa de Miguel Henrique Otero, el dueño de *El Nacional*; de Alfredo Peña, y de Hiran Gaviria, un derechista masón del sombrío mundo financiero, hablan de un extraño régimen político en el que un presidente proclamaba revoluciones imaginarias que sus ministros traducían en otras cosas.

Desde la derecha, el mejor retrato de ese estado de extravío político se lo escuché a Pedro Carmona, el mismo que luego fue “El breve”, en un reportaje para el diario *Clarín* de Buenos Aires. Aunque el objetivo era la contraída economía petrolera del país, fue inevitable que hablara de lo que más le preocupaba: “Este gobierno es un arroz con mango, hay para todos los gustos; gente confiable en puestos clave y aventureros de la vieja izquierda fracasada y un presidente al que uno no le ve el queso a la tostada”¹⁶. No aclaró nombres, pero

16 GUERRERO, M. E. Entrevista, Caracas, 14 de abril de 1999.

es fácil verlos en el portarretratos de la familia gubernamental. El interés que devela este episodio en la vida de nuestro personaje es que la contradicción era para él, no para su entorno ni para Pedro Carmona.

La idea de Chávez en 1995 de alcanzar “los cerros” antes de que volvieran tuvo que atravesar primero, como dijo él mismo, por el “desierto como el elefante de Nietzsche”, plagado de peligros. En esa complicada travesía él anduvo casi solitario cargando con sus contradicciones propias y las que sumaban sus alianzas políticas. Ahora bien, hay una diferencia cualitativa entre el Hugo Chávez que salió de la cárcel convertido en un irredento revolucionario nacionalista y el candidato y presidente que llegó de la mano de Miquilena al poder: sus proyecciones heroicas se modificaron con el cambio de rol en la vida social y sus relaciones políticas.

Así, desde la salida de Yare todas las condiciones sociales, anímicas y personales funcionaron para que se sintiera como si fuera un profeta. La gente a la que había sorprendido con el *por ahora* de 1992 lo fue adoptando como si fuera eso. La mimesis entre el hombre y la masa sustituía a la organización y la teoría política. La parábola existencial de estos años de “desierto” lo acercó sospechosamente a la fase de los años finales de su bisabuelo Maisanta. Acudió al filósofo alemán iconoclasta Friedrich Nietzsche para autorretratarse:

Él hace sus reflexiones sobre la transmutación del espíritu en Zarathustra. Quizás es un poco eso. El Chávez de hace cuatro años (mañana se cumplen cuatro años, yo salí de la cárcel un sábado de gloria) sale a la calle acosado. Yo andaba como el elefante en el desierto, a la defensiva. Aquí me rodeaba la DISIP. Yo salía a la esquina y andaban cuatro motos atrás. Me acusaban de que andaba matando soldados en Carabobo, que hice pactos con Fidel Castro. Dondequiera que iba inventaban algo, una bomba. “Ahí viene el terrorista”, titulares de prensa. Así que cuando yo iba a un programa iba en defensiva, sobreviviendo en el desierto¹⁷.

Esta confesión es importante para ingresar a una veta fundamental de la personalidad política de nuestro personaje. En distintas oportunidades ha dicho –y es probable que tenga razón– una expresión de alto valor confesional: “Soy un hombre de contraofensiva, me gusta la contraofensiva”. Eso se reveló en cinco escenarios clave: después del 14 de abril de 2002, en enero de 2003, en agosto de 2004, tras la derrota de 2007 y la cuasi derrota de septiembre de 2010. En ellas mostró que tiende a debilitarse cuando la relación de fuerzas es adversa; una vez que el movimiento asciende, se acomoda mejor y pasa a la ofensiva. Este juego de posiciones entre la energía subjetiva y la realidad exterior determinó los roles de casi todas las personalidades en todas las revoluciones y guerras. No todos los dirigentes funcionaron igual en todas las situaciones, quizá porque la personalidad humana no nace como *tabula rasa*, no es un ente frío. Sus potencialidades internas

17 BLANCO MUÑOZ, A., *Habla el comandante*, p. 510.

son desiguales y no siempre se acoplan con las potencialidades externas. De esa desigualdad surgen los roles.

Este modo de ver las cosas y adaptarse a ellas ha sido percibido por amigos y enemigos como una fragilidad de su personalidad y una tendencia constante al populismo y la demagogia. Puede ser que haya algo de ello debido al carácter nacionalista, ambivalente de su proyecto, sin definición de clase. Quienes opinan así no advierten lo principal de la dinámica de Chávez: su *continuidad* en el tiempo, sus *reacciones* a la adversidad, a pesar de sus contradicciones y zigzagueos en la coyuntura. Las facetas de esta conducta se manifestaron en 1992 y el 11 de abril de 2002. En el primer caso no supo resolver en términos de táctica el entramamiento de la comunicación con los mandos de La Carlota, Miraflores, Maracay, Valencia y Maracaibo. No tuvo la caracterización precisa que le indicara la acción justa. En abril 2002 quedó paralizado ante un golpe anunciado. De ambos salió como héroe ubicándose a la izquierda del proceso abierto.

Otras maneras de manifestar esa ambivalencia de conducta de su primera fase de gobernante: la visita que hizo a Marcos Pérez Jiménez en Madrid en plena campaña de 1998 y sin importarle la diferencia; la carta de solidaridad enviada al venezolano más famoso del terrorismo internacional de izquierda: Carlos Illich Ramírez, “El Chacal”, preso en Francia. La naturaleza de su formación política y su condición de militar le hacen desestimar que Pérez Jiménez fue el carcelero de la mayoría de quienes lo acompañan, torturador del “viejo comunista barinés” de su adolescencia. Por otro lado, que el Chacal no representa nada superior a su patología de aventurero individualista a sueldo de gobiernos árabes. Algo similar intentó hacer con el fundamentalista de derecha argentino, el coronel Mohamed Seineldín, aunque eso se frustró en 2001. Son acomodamientos dentro de una personalidad que gira de izquierda a derecha y viceversa, sin los límites que impone una concepción de clases de la vida y la política.

Petkoff y los biógrafos Marcano y Barrera tampoco alcanzan a ver lo esencial de su conducta contradictoria. Se solazan en compararlo con Zelig, el personaje creado por Woody Allen “que se mimetiza según el interlocutor que tenga por delante. En efecto, este encantador de serpientes, que busca seducir a todo aquel que cruza palabras con él, es Zelig”¹⁸.

Para Douglas Bravo es un hombre “inseguro” para un proyecto revolucionario porque “arma alianzas con la misma facilidad que las rompe”. Algunos datos podrían ser usados para darle la razón al viejo insurgente. En la cárcel perdió la relación con una parte de sus camaradas de armas, incluyendo a Herma Merksmann. Aunque la mantuvo con otros muy importantes como Castro Soteldo, Reyes Reyes, Porras, Diosdado Cabello y otros que volvieron a la Fuerza. Luego se distanció de Domingo Alberto, Duno y Vadell. De Ceresole se separó, en silencio, en 1999 y con Miquilena rompió lanzas a comienzos de 2002. Sobrevivió José Vicente Rangel, aunque este en

18 Teodoro Petkoff, en *Chávez sin uniforme*, de MARCANO, C. y BARRERA, A., Caracas, p. 7.

diciembre de 2006 se alejó en buenos términos de la Vicepresidencia. Sabemos que se fue por diferencias ideológicas de grueso calibre y el entorno de ese año, pero su lealtad y honradez individual lo convencieron de volver al vigilante oficio de periodista de televisión. Desde allí ejerce una influencia decisiva en la opinión pública chavista.

En 2007 rompe en forma abrupta con su “hermano del alma” Isaías Badiel, esta vez por algo más simple: al místico general paracaidista lo agarraron con las manos en la masa en su inmensa finca repleta de ganado, caballos pura sangre y ganado raza brahma, todo adquirido con dinero de la caja de las Fuerzas Armadas. La pluma del académico Heinz Dietrich hizo quedar el asunto como si hubiera sido una retaliación política por su diferencia con el proyecto de reforma constitucional. Luego vivió una de las rupturas políticas más dolorosas, la de su otro *pater politicus*, el general Müller Rojas, el hombre que lo acusó en 2009 de permitir que lo rodee “un nido de alacranes”. Algunos de esos “alacranes” salieron, pero los que siguen adentro eran suficientes para envenenar el tiempo de durabilidad del régimen. Estos hechos son ciertos. Lo que Douglas Bravo no advierte es que esa misma ubicuidad de Hugo Chávez le ha permitido salir de las rupturas por la puerta izquierda, cuando ha podido hacerlo por la otra.

El periodista Miguel Salazar, hoy convertido en “chavista crítico”, asegura que Chávez son muchas cosas, cada una incompatible con la otra.

Con Hugo Chávez es imposible llevar una secuencia porque definitivamente es un elegido (...) Pocas veces como ahora entendí que se creía un predestinado, por eso no pude dejar de asociar su imagen con aquella calamitosa descripción de Simón Bolívar transcrita por Gabriel García Márquez en *El General en su laberinto*¹⁹.

Enemigos, amigos y ex amigos tienden a sombreadarlo con aires misteriosos, esotéricos que solo sirven para alimentar la mitología sobre él y terminan potenciando el personaje que quieren rechazar: un súper Chávez, demiurgo capaz de crear, manejar y destruir todo a su antojo. En realidad se trata de la personalidad que más se mimetizó con su tiempo de cambio y se fundió desde la empiria política con la fuerza social que empujaba ese cambio. Lo otro existe, pero está subordinado. Salazar creyó descubrir el “misterio” de Chávez. Hizo una categorización en seis sentencias bíblicas que considera definitivas para sellar la personalidad del campesino barinés que llegó a ser presidente. Es útil recorrerlas. Son creativas como asertos literarios, no como definiciones científicas de una historia personal, aunque se basan en hechos reales:

Es un hombre complicado, sobre todo porque nadie ha logrado dar con el ser que esconde detrás de esa imagen dicharachera (...) En la cárcel pare-

19 SALAZAR, M., *Un tal Chávez*, Caracas, 2007, p. 8.

cía más bien un coplero llanero, sonriente ante todo, mientras muchos de sus acompañantes lucían distantes y derrotados (...) Resulta difícil calificar de fanático al jefe bolivariano. ¿Egocéntrico? Muy a pesar de aparecer como un hombre extrovertido, estamos ante un personaje taciturno y reservado que exterioriza muy poco sus sentimientos. Se trata de un apasionado del poder.

En la génesis misteriosa del poder, el ex amigo de Chávez cae en la misma trampa de enemigos como Marcano y Barrera. Ambos se sorprenden de lo que es “natural” en todo proyecto revolucionario, sea antiesclavista, campesino medieval, anticapitalista, nacionalista del siglo XX o socialista del XXI. El futuro de Chávez no se definirá porque haya luchado por el poder, sino por el uso que haga de él:

Es evasivo en sus respuestas –sigue el autor– aunque demuestre lo contrario (...) Simula escuchar detenidamente mientras prepara una respuesta de antemano (...) Chávez intenta en vano presentarse como una persona común, pero se siente elegido (y lo que es peor, lo es) –asegura Salazar– y no es verdad cuando se autodefine como una brizna de paja arrastrada por un huracán revolucionario; sin él no hay revolución y punto (...) El gran dilema de Chávez es cómo evitar que dándole un ropaje distinto al proyecto revolucionario (de tal manera de hacerlo pasar lo más desapercibido posible ante el enemigo) este no termine desfigurándolo en la más grotesca de las visiones populistas e incluso fascistas del mundo²⁰.

Miguel Salazar señala rasgos reales de la personalidad del líder bolivariano. De todas maneras, es un error definir a Chávez por sus eventualidades, contingencias, peripecias, ornamentos de personalidad o por incidentes de su desarrollo personal. Chávez se formó como un hombre que sueña, un hombre con proyecciones heroicas que no siempre sabe cómo resolver. Pocos en la historia lo lograron. En consecuencia, para acceder a una aproximación teórica a su rol histórico debemos estudiarlo por lo que resulte de él, pero en una visión de conjunto, histórica y dinámica. No subjetiva y anecdótica. Lo evaluamos por lo que es, no por lo que no es; por lo que dice, no por lo que no dice. Todo eso en estado de movimiento, no en recortes fotográficos.

Cuando era nacionalista a secas no podíamos exigirle que actuara como socialista, salvo advertirle que su camino era muy corto y tenía muy malos precedentes en la historia del nacionalismo. Al definirse como socialista, no importa de cuál siglo, lo medimos por esa definición con las leyes de esa categoría y sus condiciones sociales. Su actual dilema personal es conducir el país al socialismo, o negarse a sí mismo en esa proclama. Desde allí se probarán tanto su convicción revolucionaria como la tentación bonapartista incrustada en su rol actual.

20 *Ibíd.*, pp. 64-65.

El sueño americano

Cuatro meses después de la salida de Yare, Chávez quiso organizar una “Internacional Bolivariana” para promover el sueño antiimperialista por América Latina. Con esa idea revolucionaria de hondo halo internacionalista en la cabeza, se fue a Argentina, Colombia, Chile, Brasil y otros países del Istmo centroamericano hasta terminar en La Habana, encontrándose con Fidel. El proyecto fracasó casi al nacer por razones tan crudas como combinadas: las corrientes de liberación nacional estaban en franco retroceso en el continente y en el resto del Tercer Mundo. Si algo predominaba no eran sueños libertarios, sino dispersión y desmoralización.

El avance del neoliberalismo en los Gobiernos, sus economías y sociedades, la sensación de derrota y retroceso que dejó la implosión soviética y las rebeliones en Europa del este, la invasión a Grenada, la derrota militar del converso Noriega en Panamá, y sobre todo la evitable derrota del sandinismo en Nicaragua en 1989 impidieron el proyecto bolivariano que Hugo Chávez metió en la maleta el día que salió de Yare.

A estos hechos de la realidad mundial se sumaba su imagen negativa en los países que decidió visitar, incluso en Cuba, donde hubo que esperar unos meses para que algunos jefes despejaran sus dudas. En todas partes lo veían como “un golpista más”. Nadie con cierto peso político le daba crédito a un hombre que venía de liderar un golpe de Estado en un continente donde estaban de regreso todos los regímenes nacidos con esa marca. Al revés de Chile, Paraguay, Uruguay o Brasil, la Junta Militar de Argentina fue derrotada por su aventura en Malvinas, luego enjuiciada en 1984 al volver el régimen parlamentario, sus oficiales eran abucheados en las calles y las Fuerzas Armadas vivían un enorme desprestigio. Este sano rechazo democrático a toda señal de golpe y de golpistas se acrecentó en forma considerable por el levantamiento de los “carapintadas” en 1986: el alzamiento de Mohamed Seineldín, el último carapintada. El otro nacionalismo, el de izquierda, andaba más bien de regreso, adaptándose al régimen o, en el mejor de los casos, resistiendo en pequeñas agrupaciones sin peso social.

La periodista argentina Estella Calloni cuenta que muchos fueron sorprendidos cuando se enteraron de que “el golpista venezolano” andaba buscando reuniones con organizaciones reconocidas del antiimperialismo del Cono Sur. Chávez quería congregarse en la Internacional Bolivariana a las huestes de Sagastizábal con ex montoneros de izquierda, o gente combativa como Pino Solanas y a seguidores del ex general Líber Seregni en Uruguay o de Marignela en Brasil. Esto era lo que sorprendía a sus anfitriones derechistas del nacionalismo en Buenos Aires. Uno de ellos era Norberto Ceresole, él contó la misma historia en 2002²¹.

El ingeniero Jorge Venturini, quien estuvo al frente de la organización de las reuniones de Chávez en la capital argentina, testimonió para este libro, en febrero de 2011, que tuvo la misma sensación de extrañeza: “Muy pocos entendieron eso de una Internacional Bolivariana”. Tuvo mala suerte. No lo quisieron recibir el general Liber Seregni del Frente Amplio de Uruguay ni el escritor Eduardo Galeano, tampoco figuras del llamado “peronismo de izquierda” de Argentina²². Casi la misma respuesta recibió en Chile, El Salvador, São Paulo y París, adonde viajó entre 1994 y 1995 buscando aliados para su incomprendido proyecto antiimperialista²³.

A la charla más politizada en Buenos Aires —si la medimos por la presencia de cuadros con alguna militancia en el pasado— no asistieron más de 25 personas, a pesar de que se esperaban unas 80. La edad promedio rondaba los 55 años. Se realizó en el pequeño y húmedo local del Sindicato de Farmacia, en la calle Salta del barrio San Cristóbal de la Capital Federal argentina. También estuvo presente y en silencio el hermano del Che Guevara²⁴. Era tan deprimente la escena que el reconocido periodista Félix “Chango” Arrieta, de la televisora estatal, le jugó una chanza: “Comandante, le va a ser difícil construir su movimiento bolivariano, casi todos pasamos los 50 y no vino casi nadie”. Chávez lo miró, sonrió y le contestó: “No importa, Chango, si le tengo que hablar a las sillas vacías, pues le hablaré a las sillas vacías”²⁵. Dos días más tarde le organizaron otro acto, esta vez con más gente, en el club *Unionne y Benevolenza*.

El acto fue sostenido por los militares nacionalistas de Sagastizábal con el público de la organización Los Sin Techo, asistieron unas 300 personas, en su mayoría familias muy pobres de casas tomadas de la Capital Federal, muchas con sus hijos en brazos o correteando por el salón, interrumpían al comandante cuando hablaba. Él los miraba, se reía y continuaba²⁶.

21 GARRIDO, A., *Testimonios de la Revolución Bolivariana*. N. Ceresole, entrevista. Edición del autor, Mérida 2000.

22 *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, 1ª edición del autor, 2002, p. 180.

23 Un seguimiento a los viajes internacionales de Hugo Chávez Frías, Ramón Alfredo López Martínez, *Diplomacia Presidencial*, pp. 19-21. Caracas, 2000.

24 Estella Calloni, testimonio, Buenos Aires, marzo de 2007.

25 Félix Arrieta, testimonio, Buenos Aires, 2006.

26 Aníbal de los Santos, testimonio, Buenos Aires, 2005.

Los Sin Techo (LST) no tenían ninguna formación o conciencia política, participaban de esa organización como lo haría la mayoría de “los piqueteros” cuatro años después: por absoluta necesidad humana. La organización que llenó el tradicional club italiano para escuchar a Chávez era dirigida por Javier Iglesias, un militante de la Falange Española (fracción “Auténtica”), una corriente antifranquista dentro del falangismo ultramontano del reino español. Iglesias había fundado la LST en 1983 cuando se radicó en Argentina, donde se fundió con diversas agrupaciones peronistas y católicas²⁷. Iglesias murió tiroteado por la policía en 1996 cuando asaltaba un camión de caudales en el barrio de Once en el centro de la capital.

Chávez tuvo que esperar casi diez años para retomar el camino del sueño americanista que había iniciado al salir de la cárcel. Lo que no encontró en la gastada militancia de 1995 apareció en la batalla continental contra el ALCA, la OMC, el G7, el FMI, pero a caballo de las luchas y rebeliones latinoamericanas de 2001 en adelante.

La Alianza Bolivariana de las Américas fue el encuentro de ese sueño desde 2004. Quizá sea esta su más importante contribución a la lucha antiimperialista. América Latina no tuvo nunca una organización de Estados de este tipo, definidas por el antiimperialismo y el socialismo. El ALBA ha permitido comenzar a superar los retrocesos del nacionalismo latinoamericano, sumar cientos de miles de la nueva militancia socialista del continente. La mayoría de ellos ya no se siente contenida en las organizaciones tradicionales de la izquierda, tanto las radicales como las institucionalistas. Esa militancia cuenta desde 2010 con la puesta en marcha de los movimientos sociales del ALBA que nutren el sueño americano con vida propia, relativamente autónoma de los gobiernos. Chávez se ha dedicado a esta organización como si fuera su partido internacional, o la prolongación externa del proceso revolucionario que conduce al interior de Venezuela. Lo que en 1995 comenzó como un sueño trata de concretarse diez años después como una entidad internacional que retoma algunas de las mejores tradiciones de Bandung y el tercermundismo.

Desde que Hugo Chávez se convenció de la idea general del socialismo, quiere que todo se convierta en socialista; si pudiera, también el planeta Marte. Esa obsesión progresiva tuvo buenos efectos en el ALBA. Desde 2007 sus nueve Estados miembros cuentan con un Estatuto que proclama el socialismo como base de la entidad. Este grado de definición programática no se conoció en ninguna de las agrupaciones tercermundistas de Estado desde la década de los cincuenta, ni siquiera en la OLAS, la Organización Latinoamericana de Solidaridad armada por Cuba en 1964. La capacidad proyectiva del líder bolivariano, esa que alienta sus sueños heroicos, le ha servido para alimentar políticas en el terreno internacional. Esto es más interesante si lo contrastamos con casi todos los nacionalistas que lo precedieron. Solamente Nasser y Fidel se atrevieron a tanto, a pesar de los resultados.

27 Javier Iglesias, “Volveré y seré millones”, *Cuadernos El Corazón del Bosque*, Buenos Aires, 1996, pp. 5-11.

Hugo Chávez subió su apuesta. El 20 de noviembre de 2009, durante la clausura del Encuentro Mundial de Partidos y Movimientos de Izquierda, cuando ya los delegados internacionales preparaban sus maletas, los asaltó con la propuesta de fundar una Quinta Internacional. Sus propios asistentes en el PSUV se sorprendieron. La idea de darle continuidad a las primeras cuatro internacionales creadas por el marxismo es, en sí misma, buena. Se agotó al nacer. Un propósito de tal envergadura mundial no puede desarrollarse con una lista de convocados tan heterogénea, de tan poca vocación internacionalista y anticapitalista, excepto para disfrutar los encuentros en el Hotel ALBA de Caracas. Definida con el mismo concepto de Simón Rodríguez que a veces usa Chávez, es “una idea que se adelantó a su tiempo histórico”.

Al revés del ALBA, que surgió de una batalla internacional contra Estados Unidos, la Quinta Internacional no pasaría de un acuerdo aparatoso y caro de partidos gastados por el tiempo, derrotados y sin reconocimiento social en sus países. Nacería muerta si se hubiese echado a andar en 2009. Su urgencia está en absoluta contradicción con sus bases de sustentación. La Quinta, como el ALBA, son retratos hablados del hombre que las impulsa. Es Hugo Chávez transmutado en este mundo detrás de sus sueños, que a veces le salen mal, a veces le salen bien. Esta base intuitiva y empirista de su comportamiento en la esfera política internacional tiene menos costos que cuando actúa en la vida nacional, pero es la misma. La pulsión le gana la batalla a la razón y a la experiencia. En cualquiera de los casos, es de alto carácter progresivo que se le ocurran ideas tan sorprendivas y que tenga la iniciativa de promoverlas.

Ceresole, el iluminado de Buenos Aires

El último día de febrero de 1999, cuando Hugo Chávez apenas llevaba un mes en el Gobierno, explotó un escándalo en los pasillos del poder en Caracas. En el centro de ese escándalo estaba un argentino. No se trató de un brote de corrupción o el descubrimiento de un crimen pasional en las alturas. Tampoco se estaba develando una conspiración cuartelaria, que era el principal desvelo en el Palacio de Miraflores después del complot urdido desde Washington tres meses atrás para impedir el ascenso de Chávez a la presidencia, como lo testimonió Isaías Rodríguez, ex senador chavista y ex fiscal general²⁸.

La causa era más simple, no por ello más comprensible: un sociólogo argentino al que muy pocos conocían tanto en Caracas como en Buenos Aires, llamado Norberto Ceresole, había aparecido en la tapa del diario más leído del país diciendo que Chávez era un invento suyo desde hacía mucho tiempo. “Yo diseñé este modelo”, dijo Ceresole, como si fuera Nostradamus revelando el origen del oro: “Mi atracción por Chávez es que representa un modelo político que yo diseñé desde los años sesenta (...) Esto es lo fascinante para mí. Es como un novelista que inventa un personaje y luego se lo encuentra en la calle”²⁹. Estas ampulosas frases las tradujo el diario en un titular a ocho columnas, así: “Norberto Ceresole ve su ficción hecha realidad: ‘Yo diseñé al personaje Hugo Chávez y luego me lo encontré en la calle’”³⁰. La prensa burguesa encontró el primer *bocatto di cardinale* en un gobierno que apenas daba los primeros pasos. Se trataba de algo muy extraño, raro en la historia política. Exhumaba un cierto aire de extravagancia. Pocos comprendían lo que pasaba.

Aquel reportaje fue como un matrimonio entre el hambre y el plato de comida. A la avidez de los editores por publicar un escándalo mediá-

28 GUERRERO, M. E. Entrevista realizada en Caracas, el 15 de enero del mismo año.

29 *El Nacional*, 28 de febrero de 1999, SIETE DIAS, páginas H1, H2 y H3.

30 *Ibid.*

tico, correspondieron a plenitud las ansias de un sociólogo que aseguraba haber previsto un profeta treinta años atrás y encontrarlo en Caracas treinta años después. Ya ser argentino era un detalle espinoso para una zona del Caribe acostumbrada a verlos como “echones” desde su primer exilio masivo en la década de los setenta. Las argumentaciones de estos pensamientos circulaban en copias de un texto que había escrito apenas unas semanas antes y que lo mostraba como la última revelación de una verdad desconocida: *Caudillo, ejército, pueblo. El modelo venezolano o la posdemocracia*. Lo sorprendente es que Norberto Ceresole era un completo desconocido en la sociedad y la opinión pública venezolana, excepto dentro del ambiente más cercano a Chávez, entre los jefes policiales de la comunidad judía en Caracas, y la DISIP que lo había despachado por Maiquetía durante el gobierno de Caldera.

No se trataba de alguien que por su peso intelectual, influencia partidaria o figuración internacional pudiera convertir en noticia o en escándalo cualquier declaración sobre el líder venezolano. Develaba por lo menos dos cosas: que fue usado para una operación de prensa o que él se prestó gusto. Sus declaraciones sirvieron con frugalidad a los enemigos del Gobierno, pero al mismo tiempo fueron útiles a la incontenible personalidad de un sociólogo que se creía iluminado con el fuego creador de Demiurgo. Y una cosa llevaba a la otra. A Ceresole le convino aquél escándalo para presionar dentro del círculo del poder a favor de su proyecto.

Que el libro de un desconocido y un escandalete de prensa hayan provocado tanto lío en Miraflores y sus alrededores planteó varios interrogantes: ¿Quién era este sociólogo argentino? ¿Cuáles fueron sus relaciones con Chávez y otros jefes del nacionalismo bolivariano? ¿Cómo se conocieron en Buenos Aires? Y lo más importante: ¿cuáles eran sus ideas, cuál era el origen de su ideología? ¿Qué explica su aproximación al neonazismo al final de su vida? ¿Por qué le propuso a Chávez en 1999 la militarización de Venezuela y la concentración de todo el poder en “el Líder”? ¿Pudo este intelectual argentino con su libro cambiar el curso del fenómeno social que se conoce como “revolución bolivariana”? ¿Qué condiciones locales permitieron tamaño desvarío?

¿Qué dijo Ceresole?

Del controversial libro extraemos las afirmaciones que más irritaron y se transformaron en lío mediático y político en los círculos del chavismo de ese año.

- 1) El problema de Hugo Chávez es que no tiene partido.
- 2) El único partido disciplinado es el Ejército.
- 3) Es así: no hay otra alternativa. O Hugo recurre al Ejército o no tiene nada.
- 4) Se le dio un mandato a una persona, no a un partido o a una idea. No hay una idea.

- 5) Será necesario oponerse con toda energía a cualquier intento que pretenda «democratizar» el poder.
- 6) La Constituyente no puede ser «un proceso independiente».
- 7) Los constituyentes, en tanto personas físicas, deberían ser los apóstoles del presidente...
- 8) Democracia y Dictadura se continúan una a otra para producir una curva decreciente en el proceso de producción de poder.
- 9) En el “actual entorno regional e internacional” no debe haber una distribución «democrática» del poder («hacia abajo»).

Para no dejar alguna duda sobre su pensamiento, Ceresole agregó a estas expresiones una que puso en movimiento al *lobby* sionista en Caracas: “El Holocausto no es como se dice (...) Eso es una gran mentira... los muertos no llegaron a 400.000 personas”³¹. Con estas y otras ideas se convirtió en estrella política por unos días en los titulares de la prensa venezolana de 1999. Su nombre ya había aparecido en los medios en 1995 cuando lo deportó el gobierno de Rafael Caldera por su colaboración con Chávez y los militares bolivarianos. Pero aquel hecho quedó sepultado en la vorágine de sucesos que se vivieron en el país y en América Latina. *Clarín*, el diario más leído de su país de origen, Argentina, le dedicó un pequeño recuadro reseñando el hecho casi como una curiosidad.

Esta historieta se torna tentadora si hacemos presente que, aun siendo un desconocido, aquel sociólogo argentino tuvo la posibilidad de desviar el curso del proceso político venezolano. Basta con pensar que estaba en el centro del poder. Esa posibilidad nacía de una combinación resbaladiza: la lábil vida política del país y su izquierda gobernante, y la estrecha relación personal e intelectual que estableció con el líder bolivariano desde 1994, cuando se conocieron en Buenos Aires. La compenetración ideológica se extendía a varios de sus colaboradores militares y civiles. Así, lo que comenzó en 1994 como una atracción intelectual e ideológica, mediada por la idea común del nacionalismo antiyanqui, se había transformado en 1999 en el diseño de la estrategia política para el nuevo jefe de Estado. De allí que el libro *Caudillo, ejército, pueblo* tuvo carácter programático, destinado a orientar la acción gubernamental de Hugo Chávez en Venezuela y en el mundo.

Hay una diferencia entre 1994 y 1999. Tanto lo que dijera Ceresole como lo que creyera Chávez recién salido de la cárcel no tenía efectos más allá de algunos escritos y personas. Pero en 1999, con Chávez en la presidencia de un país de frágiles estructuras sociales y políticas y pocas tradiciones conceptuales, el recetario ideológico ceresoliano representaba un riesgo, un alto riesgo, sobre todo para las libertades conquistadas con tanto sacrificio

31 Fuentes: *El Nacional/Siete Días*, 28 de febrero de 1999. *El Universal*, 4 de marzo de 1999. *Caudillo, Ejército, Pueblo. El modelo venezolano o la postdemocracia*, N. Ceresole, Caracas enero-febrero de 1999. Reportaje a Norberto Ceresole, por los oficiales Rolando Blanco la Cruz e Iván Freitas, enero de 1999.

humano desde *el Caracazo*. Eso explica la reacción en el centro del poder. La protagonizó el canciller José Vicente Rangel, quien, además de ser la segunda figura pública del régimen, estaba investido de un peso político e intelectual propio desde 1967. En este punto crítico de la relación entre el sociólogo argentino y Hugo Chávez nace el interés por lo que dijo, escribió e hizo, o sea, la justificación de este capítulo en la biografía de nuestro personaje.

La pequeña conspiración de Ceresole

Vale la pena preguntarse qué factores entusiasmaron tanto al sociólogo y lo condujeron a un error de cálculo político. Posiblemente haya sido la actitud pusilánime que paralizó intelectualmente a los jefes políticos del chavismo. Aunque también vale la pena registrar que él se sentía prevalido por la simpatía del propio Chávez hacia algunas ideas suyas. Creyó tener más influencia de la que tenía. Supuso que su estrecha relación con el presidente era suficiente para imponer su programa. “Estos pelotudos no tienen argumentos para enfrentarme y yo tengo a Chávez de mi lado”, fue su expresión el 23 de febrero en una reunión de amigos en el Gran Café en Sabana Grande. De los nueve participantes en esa reunión, siete eran oficiales retirados. Con ellos y otros venía trabajando sus ideas desde que ingresó en secreto al país durante los primeros días de octubre de 1998. Los únicos dos civiles eran él y un gerente del *holding* argentino Pérez Companc de apellido Argumedo, encargado de las inversiones del grupo en Venezuela y hombre fuerte en la Cámara Argentina de Comercio en Caracas. El interés de Pérez Companc nació en 1994 cuando sus operadores vieron con “buen ojo” al comandante bolivariano y habilitaron una entrevista con él, previendo que podía convertirse en el próximo presidente del país del petróleo³².

Manuel Vadell me contó en 2006 una historia similar pero en el escenario de su editorial en el barrio La Candelaria en Caracas. “Se sentaba ahí en ese mueble”, Manuel señala con los labios fruncidos un viejo sillón desvaído donde se sientan las frecuentes visitas, casi todas de mucho rango, que van a conversar con uno de los más agradables conversadores de la vieja cultura caraqueña de izquierda: “Y ahí se despachaba contra todo el mundo, porque el carajo sabía, estaba informado y desconfiaba de muchos del entorno de Hugo, hablaba mal de muchos de ellos... tú sabes, era un argentino de esos”.

A mediados de febrero de 1999 el sociólogo había logrado convencer al nuevo jefe de Estado de publicar el libro-programa *Caudillo, ejército, pueblo* en una edición popular de 100.000 ejemplares. El propósito era promover

32 Testimonio de la periodista argentina Estella Calloni, quien fue la encargada de organizar la rueda de prensa en el Hotel Panamericano, en Buenos Aires, marzo de 2007. El propio Ceresole ha confirmado varias veces esta información y sus relaciones con empresarios argentinos inversores en Venezuela. Ver: GARRIDO, A., *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, Caracas, 2002.

sus ideas como programa oficial y doctrina masiva, como si se tratara de una nueva religión. Las fuentes de esos años iniciales –consultadas en el Palacio de Miraflores– confirmaron que Chávez le había prometido la súper edición del libro. Pero contaron otra cosa de la que no se enteró Ceresole en esas agitadas semanas: le habían sugerido a otros intelectuales y políticos, entre ellos a José Vicente Rangel, que escribieran respuestas y controversias para “hacer un debate nacional en los marcos de la campaña por la Constituyente”³³. Sus declaraciones aparecieron en un momento de alta tensión política. En el país se abría el debate sobre “la Asamblea Constituyente Soberana” que comenzaba a disolver el modelo bipartidista.

El fenómeno social y cultural despertado por la elección de Chávez promovía los debates en escenarios más amplios que en los cenáculos políticos y de la prensa. En el movimiento sindical clasista, en los barrios pobres, en las universidades y en la nueva militancia bolivariana, leían y debatían el contenido del millón de copias repartidas del “Proyecto de Constitución Bolivariana”. Hasta los vendedores ambulantes se informaban y cruzaban opiniones en las esquinas de Caracas sobre las propuestas de la Asamblea Constituyente, como lo reseñó, muy sorprendida, una corresponsal del diario argentino *La Nación*³⁴.

El presidente asumió el 2 de febrero. El original de *Caudillo, ejército, pueblo* fue redactado entre los primeros días de enero y mediados de febrero y leídas sus primeras copias desde la segunda semana de ese mes. El escándalo del último día de febrero fue apenas la coronación mediática a dos semanas de tensión entre los que estaban leyendo el libro en esos días agitados. En diciembre de 1998 Ceresole había ganado algunos adeptos en las conversaciones que se hacían en los círculos cercanos a Chávez, donde se reflexionaba sobre el tipo de régimen que construir. Sus opiniones eran vistas con simpatía por un funcionario clave como Luis Miquilena y por otros funcionarios de origen militar como los oficiales Dávila, Blanco La Cruz e Iván Freitas. Estos dos últimos mantuvieron dudas sobre el concepto ceresoliano de “la concentración” absoluta del poder y “la posdemocracia”, así lo manifestaron en una entrevista pública que les hicieron después.

La derrota y el sueño

Ceresole fue derrotado en dos semanas, a pesar de que *El Nacional* lo había consagrado en la opinión pública venezolana, con algunas repercusiones en la prensa de Colombia, España y Argentina. El precio pagado fue una crisis de gabinete de por lo menos cinco días que llevó a su deportación inmediata. Fue suficiente para que desde entonces en algunos países lo llamaran “el inventor de Chávez”, ironía socarrona que él dejó correr en charlas y entrevistas en España y Argentina, con la soltura de quien sabe

33 Miraflores, Caracas, julio de 2006.

34 *La Nación*, 23 de marzo de 1999.

que le sirve a su patológica necesidad de ser reconocido como ideólogo. El resultado, sin embargo, era inexorable: Ceresole sería sacrificado para mantener la unidad del Gobierno. A falta de debate ideológico, se acudió al poder del aparato. En breves días pasó de ser consultor intelectual del presidente a estorbo político.

José Vicente Rangel le respondió por *Globovisión* el 1º de marzo, por algunas emisoras de radio y en una breve declaración en *El Nacional*. La mayoría de la jefatura chavista no se atrevió a contestarle. Eso dejó casi libre y en buena posición de fuerza a la prensa derechista, que aprovechó las ínfulas del argentino para pegarle al gobierno donde más le dolía: la militarización de la política. Cinco días después del escándalo mediático, el 5 de marzo de 1999, fue deportado por orden del entonces canciller José Vicente Rangel. El presidente y el ministro del Interior dijeron que “fue usado por la oposición contra el Gobierno”. Esto era cierto, pero un tercio de la verdad. Otro tercio era que ellos se negaron a abordar los graves problemas conceptuales planteados por el sociólogo en su libro³⁵.

Un hombre capaz de proponer tamaño programa de reacción bonapartista, con invocaciones teóricas de franqueza autoritaria y militarista, merecía un debate público abierto para que el pueblo se eduque en las ideas democráticas del proyecto de Constituyente y Constitución Bolivariana. El aparato policial y el espíritu corporativo reemplazó al debate de ideas. Sus viejos amigos en el poder le guiñaban el ojo tratando de que nadie se diera cuenta. El presidente reconoció su “aprecio” personal por el ideólogo argentino, al que había conocido en 1994, pero negó que fuera su asesor presidencial o consejero en el Despacho. A Ceresole le aplicaron el poder del aparato estatal en forma de delito de opinión, para salvar un conflicto de poder, pero también fue una reacción por defecto debida a una debilidad teórica del proyecto bolivariano.

Jesús Urdaneta Hernández afirma que Luis Miquilena lo defendía más que el propio Chávez. Cuando le preguntó al presidente por el origen y el rol del sociólogo peronista y se entera ahí mismo por su jefe que “él es un amigo nuestro, pero no tiene que estar aquí dando declaraciones y metiéndose en los líos nuestros”, a Urdaneta Hernández, entonces jefe del aparato policial, se le salió el militar que lleva en el alma. Fue a buscarlo y le dijo que tenía dos formas de irse del país: “Por las buenas o por las malas”³⁶. Hubo un intento de hacer funcionar la primera opción, pero fracasó. Luis Miquilena hizo las paces con el complicado personaje. Lo convenció de retirar su amenaza de enjuiciar al canciller Rangel por “injuria y daño moral”. José Vicente, que tiene pocos pelos en la lengua, le había dicho “asqueroso” y “detestable”; pero sirvió de poco. A Ceresole lo seguían llamando de la prensa y él, gustoso, seguía declarando.

35 *El Nacional* D/2, sábado 6 de marzo de 1999.

36 BLANCO MUÑOZ, A. *Habla Jesús Urdaneta Hernández, el comandante irreductible*, pp. 143-145.

En menos de 24 horas un grupo especial de la policía política lo escoltó al aeropuerto para tomar un vuelo sin retorno a Madrid, con 10.000 dólares aportados por el Despacho de Miquilena. El ideólogo aprovechó el espectacular operativo para decir a la prensa en el aeropuerto: “Me querían matar”, pero nadie le dio crédito a su denuncia. Si la DISIP hubiera tenido el propósito de eliminarlo, no lo fletaban en un avión a Madrid. Pero el ego ceresoliano era intranquilo, siempre más grande que su pequeña realidad³⁷.

A pesar de su megalomanía, Ceresole tuvo razón cuando denunció que era expulsado por ejercer el derecho de exponer sus ideas, después de cinco años de relación intelectual estrecha con Chávez y algunos jefes bolivarianos y de haber colaborado en la redacción de varios documentos del movimiento. Uno de ellos fue el texto conocido como “Libro Azul”, de 1995, donde adelantó algunas de las ideas de *Caudillo, ejército, pueblo*. Resume el sociólogo especializado en chavismo, Alberto Garrido:

En el *Libro Azul* se habla del fin de las ideologías, del subconsciente histórico, del ser y del alma nacional. Se define a Simón Bolívar como “el Líder”. Se plantea que el Proyecto Nacional Simón Bolívar debe cumplirse en 20 años. Se habla de necesidades geopolíticas internas. Se habla del “azimut histórico”. La huella ideológica de Ceresole aparece por todo el documento³⁸.

Entre los comandantes activos en el MBR ese documento tuvo poca prédica. Muchos no lo leyeron nunca, otros no entendieron su lenguaje cargado de conceptos herméticos, algunos lo leyeron y simpatizaron más por la autoridad intelectual de Chávez sobre ellos que por comprensión. La historia de la “revolución bolivariana” les agradecerá el servicio inconsciente de no haber asimilado ideas tan extemporáneas a las conquistas democráticas del mundo y tan extrañas a las razones por las que se habían levantado los trabajadores y pobres en Venezuela. El capitán Luis Valderrama dijo que nunca lo leyó, en 2005 lo ridiculizó como “El libro gordo de Petete”³⁹.

A pesar de sus invocaciones bíblicas, el folleto de Ceresole tuvo razón en algunos aspectos. Se basó en algunas realidades de la historia social del país descuidadas por Chávez y sus acompañantes. Era cierto que “Hugo Chávez no tiene partido”, en 1999, y que “el único partido disciplinado es el Ejército”. Sobre esa realidad el sociólogo montó su ideología corporativa. Los defectos de la “revolución bolivariana” no habilitaban a Ceresole a concluir un programa de corte nazi para Venezuela. Los otros seis puntos centrales de su “programa” eran el resumen teórico de lo que hicieron todos los regímenes

37 En el libro *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, Norberto Ceresole relata su deportación: “Miquilena me llamaba a cada rato (...) y Miquilena me ofreció un dinero, me da un dinero que yo acepto (...) Miquilena compra mi salida...”. Caracas, 2000, p. 207.

38 GARRIDO, A., *Testimonios de la...*, p. 151.

39 *La Maisantera Chávez*, p. 100.

bonapartistas del siglo XX, incluyendo el peronismo. Esa carga ideológica de alto valor educativo era lo que había que someter a debate, en vez de al uso de la fuerza. La imagen resultante de aquel episodio rozó el absurdo. De la noche a la mañana un atropello policial convirtió a un semifascista en perseguido de la “revolución pacífica y democrática”. Esa especie divulgó en España, en Buenos Aires y en los medios que lo entrevistaron.

El gobierno de Tel Aviv no lo perseguía porque no representaba nada, pero lo mantenía vigilado. Sobre todo desde que lo marcó en 1992 y en 1994 a causa de escritos donde afirmaba que los atentados a la embajada de Israel y a la Mutual Judía AMIA, ambos en Buenos Aires, fueron hechos por “un sector radical del mismo pueblo judío”. Esta hipótesis nunca se confirmó pero lo convirtió en amigo del gobierno de Irán y de factores de poder en el mundo árabe, sobre todo de Siria y de Hezbolá del Líbano. El ex jefe de Inteligencia de la DISIP, Israel Waisser, era un cuadro de la MOSSAD, el aparato policial del Estado de Israel en América Latina. En términos formales y policiales, la deportación de 1999 a cargo del gobierno bolivariano no se diferenció de la que le aplicó el régimen socialcristiano en 1995. lo único distinto fue el regalito injustificado de 10.000 dólares sacados de la caja del Ministerio del Interior.

Ceresole era antisemita. Esa creencia lo llevó a escribir dos libros en los que planteó que existía “un mesianismo postsionista” y que “el Holocausto fue una mentira”. También le sirvió para criticar a Chávez: “El enemigo peor de Chávez era su tendencia a ser absorbido por ese marxismo internacional lleno de judíos falsos, que todo lo corrompen”⁴⁰.

La aventura bolivariana alrededor de Chávez fue para Norberto Ceresole la realización de uno de sus sueños: estar en el centro de la escena política. Él siempre había sido un opinador marginal, sin regulación social ni política de ningún tipo. “Soy representante de mí mismo”, confesó en 2002, a propósito de su participación en la Secretaría de Asuntos Estratégicos de Brasil⁴¹.

El momento indicado

Cuando Ceresole dijo lo que dijo, el país vivía un ambiente muy sensibilizado. Comenzaban a definirse las cuotas de poder y las líneas generales de actuación nacional e internacional en medio de la debacle del precio del crudo a 9,15 dólares el barril. Aquella realidad vulnerable apenas sostenía a un régimen vidrioso, nacido por acuerdo de tres sectores. El más fuerte, la corriente militar bolivariana encabezada por Chávez; luego, el sector socialdemócrata representado por el canciller y periodista José Vicente Rangel. El tercero estaba a cargo del ministro del Interior Luis Miquilena, el empresa-

40 BAU, Ramón. “Murió el escritor Norberto Ceresole”, España, mayo de 2003, www.libertarias.com.

41 *Ibíd.*, p. 192.

rio Manuel Quijada y el coronel Luis Alfonso Dávila. Ellos tres vinculaban al gobierno con una pequeña fracción de la burguesía comercial y agraria venezolana y con el Partido Demócrata de Estados Unidos. Ese pacto explotó en abril de 2002, pero hasta entonces estos tres hombres del régimen se movieron, como los definió correctamente Ceresole en Madrid en 2002 “entre negocios y *real politik*”.

A los tres les gustaba el proyecto autoritario de Ceresole porque les resolvía un problema, definido por Miquilena así: “No tenemos mucho tiempo para reordenar las instituciones, pero eso no lo lograremos si no superamos ese berrinche de movilizaciones en las calles, que nos puede conducir a la anarquía”⁴². Dávila quería ir más allá y más rápido que el propio Miquilena; aspiraba a un “gobierno fuerte en alianza con Estados Unidos”⁴³.

De las tres corrientes, la de Rangel era la más alejada del argentino. No tenían trato personal, pero sobre todo estaban en las antípodas ideológicas y culturales. Rangel era un demócrata radical honesto en la acepción clásica del término. Según Ceresole: “Es un miserable liberal”, como espetó el 27 de febrero, al salir del acto por el Caracazo en Miraflores, aludiendo al sentido que tiene el vocablo “liberal” en Argentina: “conservador”, “de derecha”. Despreciaba a José Vicente. Por tanto, la aparición de un libro-programa de corte fascista –como el de Ceresole– no podía producir otro efecto que el espanto entre quienes comenzaban a sentarse en sus sillones ministeriales y aún no tenían muy en claro qué hacer con el Gobierno.

El “chavista duro”

La derecha burguesa, siempre superficial, simplificó el asunto diciendo que se trataba de una pelea entre “chavismo duro” y “chavismo *light*”, colocando a Ceresole y a Chávez en el primer grupo y a Rangel en el segundo⁴⁴:

Los apasionados discursos de Chávez, vestirse de militar en la frontera, su intento de radicalizar el Ejército, se explicarían dentro del discurso de Ceresole, en el intento de realizar esa revolución desde Miraflores. Hay un chavismo, pues, ceresoliano, y un chavismo democrático representado por gente como José Vicente Rangel. ¿Es posible seguir los consejos de Ceresole? Ni locos⁴⁵.

Ceresole estaba atrapado. Su visión cesarista del poder y las fuerzas armadas chocaban con el clima cultural y político medio del país político y

42 Declaración a *Radio Nacional*, sábado 5 de marzo, a propósito de manifestaciones estudiantiles en la ciudad de Cumaná. Al día siguiente, en el diario *El Nacional*, amenazó a los estudiantes: “tendremos que adoptar medidas disuasivas (si son necesarias)”, manifestó. Caracas, 6 de marzo, Sección Sucesos/Tribunales.

43 GARRIDO, A. *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 190.

44 *El Universal*, Roberto Giusti, 3 de marzo de 1999.

45 “Ceresole pone el dedo en la llaga”, *El Nacional* D/2, sábado 6 de marzo de 1999.

con el nuevo movimiento social que aparecía. Su modelo político glorificaba tanto el poder militar que representó un retroceso, incluso respecto de su propia matriz peronista, que fue autoritaria pero no nazi. Los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón se apoyaron en el movimiento obrero y en un sector de la clase media profesional. Sus columnas gubernamentales fueron el Ejército y la burocracia sindical. Con ellas contrarrestaba las presiones dislocantes desde el interior de las Fuerzas Armadas y desde Washington. Ceresole no cuestiona a Perón o al peronismo por la estatización del movimiento obrero y la vida social y cultural argentina. Él se conformaba con el desarrollo industrial-militar autónomo de los yanquis alentado desde 1945. Este elemento lo extrapoló, lo “purificó” de todo elemento social y lo llevó al extremo hasta convertirlo en una ideología autoritaria de perfil militarista. “La alternativa es el populismo armado; es decir, el populismo militar, la militarización de la política”, dijo en 2002 para que nadie se confundiera sobre el programa que le ofrecía a Chávez⁴⁶. Sin embargo, aun en ese terreno el sociólogo iluminado se equivocó. Olvidó lo que cualquier autor serio sabe sobre el desarrollo industrial argentino entre 1945 y 1955. A pesar del peso militar como “factor de desarrollo” y la montaña de dinero que invirtió el Estado, el crecimiento fue más *extensivo* que intensivo en la composición orgánica del capital⁴⁷. La única burguesía latinoamericana que pudo hacer algo parecido a una revolución industrial clásica fue la brasileña después de la derrota social de 1964, o la propia burguesía argentina, pero entre finales del siglo XIX y los primeros años del XX.

Desde que su libro comenzó a circular en fotocopias, a mediados de febrero, figuras principales del régimen rechazaron sus ideas. Las expresiones más usadas fueron: “son conceptos antidemocráticos”, “contraría los objetivos del movimiento bolivariano” y “es un libro filo nazi”; estos y otros calificativos se decían en los pasillos y reuniones, pero nadie se atrevía a decirlos en público, evadiendo un debate libre para no incomodar al presidente. El poeta y ex fiscal general Isaías Rodríguez, que en ese momento era una figura central del chavismo, me dijo en mayo de 1999: “Contiene un cuerpo de ideas, que si aplicáramos la mitad nos llevaría a un régimen claramente autoritario, no creo que pase”⁴⁸.

A Chávez lo habían seducido los libros donde habla sobre desarrollo militar y tecnología, la autonomía militar en el mundo. De la tesis ceresoliana de la función bonapartista del caudillo apoyado en el ejército legitimado por el voto, dijo: “Me interesa estudiarla, me llama la atención, pero no creo que se pueda hacer en nuestro país, no veo que pueda entrar en nuestro proyec-

46 Norberto Ceresole en *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 184.

47 TESTA, Víctor. “Crecimiento (1936-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina”, revista Fichas, Buenos Aires, abril de 1964, citado en *Método de interpretación de la historia argentina*, de los autores Nahuel Moreno y Hugo Kasevich, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1973, pp. 187-193.

48 GUERRERO, M. E. Isaías Rodríguez, entrevista telefónica, Maracay-Buenos Aires, 29 de febrero de 1999.

to de democracia bolivariana”⁴⁹. Aun así, el presidente leyó con atención en febrero de 1999 las propuestas de *Caudillo, ejército, pueblo*, igual que lo estaban haciendo otros jefes chavistas. El libro parecía reflejar con la frialdad de un espejo una parte de la realidad del país en 1999.

1994, contacto en Buenos Aires

En julio de 1994 Ceresole conoció a Chávez a través del prefecto naval Raúl de Sagastizábal, un militar nacionalista ultraconservador, líder del Grupo de Asalto Albatros de la Armada argentina. Ambos dirigían el Centro de Estudios Argentina en el Mundo. Este Centro fue el que llevó a Hugo Chávez a la capital argentina. Eso explica que la mayoría de los grupos que lo recibieron en Buenos Aires pertenecieran a la llamada “derecha militar peronista”, relacionados con Seineldín, Rico, De Sagastizábal y otras corrientes similares.

En aquel ambiente de derrotados derechosos fue que Norberto Ceresole descubrió en Chávez al “coronel que le faltaba” a sus libros. Tuvo varias conversaciones. En una de ellas participaron los oficiales retirados del Centro de Militares para la Democracia en Argentina (CEMIDA), casi la única organización progresista del nacionalismo militar argentino. Fue inevitable que lo vieran como “un continuador de Perón”, pero no les entusiasmaba mucho su discursiva adornada con citas de Gramsci, Martí, Bolívar, Mariátegui, Guevara, Zamora, Rodríguez, Mao o Plejanov. “Estaba muy lejos de nosotros en el campo ideológico, nuestros universos filosóficos son distintos, pero lo consideramos un aliado contra el gobierno mundial del FMI”, me confesó el coronel Mohamed Seineldín en una entrevista que le hice en su cárcel de Campo de Mayo⁵⁰.

En una acción simultánea, Chávez fue seducido en dimensiones arrebatadoras por los únicos dos “atributos” de Ceresole: su brillo intelectual y su hermosa novia, la periodista Graciela Baquero, una catira a la que sus amigos llamamos “Jackie” por su parecido con la viuda de J. F. Kennedy. Desde entonces se transformó en su amigo político y fuente para temas del nacionalismo militar y la geopolítica. Es probable que algo del “peronismo” que Chávez ha comenzado a lucir desde 2003 se lo deba a conversaciones con Ceresole, un enfurecido peronista del ala más reaccionaria.

Ambos compartían en sus memorias el impacto que les había causado el general peruano Juan Velasco Alvarado y el proceso nacionalista de Perú de 1968 a 1975. Pero no representaba lo mismo para ambos. Para el sociólogo argentino, Velasco y Chávez no eran más que prototipos descartables del “coronel necesario” tras el cual anduvo por varios países. También le era útil

49 Entrevista, *Radio Nacional de Venezuela*, transcripción, Archivo radiofónico Ministerio de Información y Comunicaciones, Caracas, 11 de abril de 2002.

50 GUERRERO, M. E. Entrevista con Mohamed Seineldín, Campo de Mayo, Buenos Aires, 2000.

para restablecer su forma de vida como escriba *attaché* de Estado. Con Hugo Chávez ese objetivo comenzó comiendo “pollo frito” en los pueblos venezolanos adonde lo llevó por unos meses el líder bolivariano desde que llegaron a Caracas. Chávez había dejado en Buenos Aires un alma quejumbrosa de dos amores, el estable y el pasajero.

Desde Buenos Aires viajó con Ceresole a Colombia. Allá tuvieron reuniones públicas y privadas con cuadros de las FARC y del M19 en la búsqueda de la Internacional Bolivariana, gente de la que Ceresole se expresó con el mayor de los desprecios en la entrevista que le hizo Alberto Garrido. De la “hermana República” pasaron a Venezuela, donde Ceresole acompañó a Chávez por un tiempo en su campaña militante por el interior del país. Recorrió algunos de los 123 pueblos y 14 estados que el comandante visitó con su proyecto al hombro, “comiendo pollo frito en los caminos”, relató Ceresole en 2002. En sus entrevistas afirmó que le molestaba mucho lo que él definió como “perversión izquierdista” de Chávez. “Esa es su gran debilidad: él ve el mundo bajo la óptica de izquierda-derecha”⁵¹. Aun así, lo siguió acompañando y comiendo “pollo frito”, porque veía en él al héroe necesario que se le había perdido desde las derrotas de los años setenta en Argentina.

La *Palabra* revelada

“Es en este punto de la trama cuando yo tomo contacto personal con el comandante”, dice en su libro⁵². El “punto de la trama” fue 1994, año revelador para Ceresole y también para el venezolano, según Ceresole. ¿Por qué? Porque ese año Chávez tuvo la oportunidad de leer sus libros. Veamos cómo lo cuenta Ceresole:

Quiero decir que Chávez fue, para mí, como yo lo conozco, la única continuidad que había entre mi pensamiento anterior y el futuro. No había ya nada más porque Seineldín estaba preso y Rico, que era la otra opción pública, ya se encontraba en pleno proceso de corrupción económica (...) Chávez viene a ocupar un espacio realmente clave en un momento único⁵³.

Como se demostró luego, era el “momento único” que Ceresole anduvo buscando siempre. Entre el pensamiento de Ceresole y el futuro de la humanidad faltaba un héroe que leyera “la Palabra” contenida en sus escritos. Él se la proveyó: “Es más, en Buenos Aires le preparé a Chávez, para que se llevara a Venezuela, un portafolio lleno de mis libros”⁵⁴. Cuando el entrevistador le recuerda que “la influencia de Ceresole sobre Chávez es muy

51 GARRIDO, A. *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, 1ª edición del autor, 2002, p. 180.

52 CERESOLE, N. *Caudillo, ejército, pueblo*, capítulo I, p. 5, Caracas 1999.

53 GARRIDO, A. *Testimonios...*, p. 180.

54 *Ibíd.*, p. 179.

grande”, el sociólogo-profeta responde entusiasmado: “Bueno, claro, porque yo le dejé todos mis libros”⁵⁵.

Maquiavelo necesitó de su Príncipe; Hegel, Hobbes y Rousseau del Estado y la Ley; Marx apostó al proletariado; los bolcheviques a los sóviets. Dios, Mahoma, Veda y Buda necesitaron de profetas y de iglesias. A Ceresole le bastaba un jefe militar con carisma que leyera sus libros y un ejército y un pueblo que sostuvieran esa pirámide del poder concentrado en “el Líder convertido en Jefe nacional”. El personaje dispuesto a ser *médium* entre su pensamiento y el resto de la especie creyó haberlo encontrarlo en 1994, a cinco mil kilómetros de Caracas.

La fuente ideológica del “hombre fuerte” de Ceresole se instaló en buena parte del mundo durante el primer tercio del siglo XX y continuó en nuestro continente a través de los regímenes militares conducidos por caudillos. Surgió en la Europa de los años veinte al calor del fascismo, el nazismo y el estalinismo y en la vida intelectual bajo la inspiración de intelectuales pesados como Max Weber. Tres fenómenos de conformación totalitaria con tres “hombres fuertes” al frente de la nación. Ellos dominaron la opinión mundial hasta 1945 y se reprodujeron cuanto pudieron. En el caso del estalinismo hasta mucho después. Esa moda ideológica ganó influencia en dos sectores de la izquierda latinoamericana durante los años treinta: los partidos comunistas orientados por la *Comintern* y las corrientes antiimperialistas, conocidas en algunos países como “izquierda nacional”, “nacionalistas de izquierda” y, desde la segunda posguerra, como “movimientos de liberación nacional”⁵⁶.

Los especialistas Samuel Edward Finer, Virgilio Rafael Beltrán y Edwin Lieuwen estudiaron con detalle empírico y profundidad histórica la novedad durante los años cincuenta, sesenta y setenta⁵⁷. Mostraron dos hechos: más del 70% de los países del mundo estuvo bajo control militar durante más de sesenta años del siglo XX. Los “líderes militares carismáticos” surgieron en forma simultánea en la Europa fascista de los años veinte y en la América Latina de los treinta y cuarenta. De esas vertientes se nutrió el pensamiento autoritario de Norberto Ceresole:

Entonces yo conozco a Chávez en un momento en que el tema militar en Argentina estaba muy elaborado. Con Seineldín, Rico y con otros militares habíamos hecho largas sesiones de crítica y autocrítica, pues no olvidemos que la guerrilla (en Argentina) y otros grupos trotskistas tenían su centro en París. No así los Montoneros⁵⁸.

55 Ibid, p. 206.

56 CABALLERO, M. *La Internacional Comunista y la Revolución latinoamericana 1919-1943*, Editorial Nueva Sociedad, capítulos 6, 7 y 8, Caracas, 1987.

57 FINNER, S. E., “Los militares en la política mundial”, Buenos Aires 1962; BELTRÁN, V. R.: *El papel político y social de las Fuerzas Armadas en América Latina*, Caracas, 1970; LIEUWEN, E., *Armas y política en América Latina*, Buenos Aires, 1960.

58 CERESOLE, N. en *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 179.

Hacerse la “gran Chávez”

Ceresole no fue un nazi o un fascista *stricto sensu*. Si queremos evaluarlo con propiedad, debemos ver su práctica como la de un aventurero ideológico, un hombre lumpenizado por la derrota. La matriz política en la que se formó en Argentina, el curso ideológico declinante que siguió desde la derrota de 1976 y la implosión de la URSS en 1991-92, hicieron de él un tipo *sui generis* de doctrinario. Era más parecido a los gurús que orientan pequeñas sectas políticas que pululan en la izquierda de algunos países con mucha clase media, que al “intelectual orgánico” que postulaba Gramsci y rescata Perry Anderson. Cumpliendo la ley de todo gurú, Ceresole tuvo siempre a su alrededor un grupo de adherentes que lo escuchaban. Al volver a Buenos Aires, en 1986, fundó una pequeña comunidad ideológica que tuvo vida intermitente hasta 1994 cuando Chávez se lo llevó de parranda al Caribe.

Su aproximación a derivados ideológicos locales del viejo nazi-fascismo –también concentrados en pequeñas sectas con un charlatán al frente y un periódico– surge de su fe “nacionalista” sin criterio de clase, desde un país semicolonial, en un continente sometido. Este carácter social y continental explica el dato casi incomprensible de su fervor antinorteamericano. Era antiyanqui con la misma pasión con que despreciaba al socialismo en general y a Cuba en particular. Su contradicción insalvable radica en que vivió y murió con la idea patética de que “en América Latina no puede haber revolución sin acudir al Ejército” como si eso fuera un postulado teórico. Pocos días después de su muerte, uno de sus admiradores tradujo a palabras simples lo que Ceresole ensayaba en libros y revistas con sofismas, paralogismos y palabras raras. Dice su admirador:

Todo método es legítimo mientras se pueda cambiar todo de un zarpazo: es hacer la “gran Chávez” (...) una sola votación, un triunfo indiscutible y no estar pululando años de manera inservible como varios partidos “nacionalistas” de nuestro país...⁵⁹.

A los 26 años ya se miraba a sí mismo como candidato a Maquiavelo de Argentina. “La contradicción que aprisiona a Maquiavelo se repite en cada escritor político que considere a su obra como parte concreta de un desarrollo político real: el *pensar* en política como *hecho* político”⁶⁰. A los 60 años contó una visión fabulosa de lo que hizo para pasar del *pensar* político al *hecho* político:

Fui al Palacio Pizarro (...) toco el timbre y digo: “Mire, yo escribí este libro (...) A mí me parece que lo que ustedes están haciendo y lo que yo digo que hay que hacer está aquí, en esta obra”, y ahí me quedé⁶¹.

59 GARAYAL, J. M., “Norberto Ceresole: La Inteligencia detrás de la Corona”. Centro de Estudios Evolianos Altermedia, 5/6/2003. Buenos Aires, 7 de mayo de 2003.

60 *Ibid.*, p. 11.

61 GARRIDO, A. *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, pp. 193-194.

Nadie me pudo confirmar su participación como asesor del general Velasco Alvarado. Debemos suponer que fue una más de sus fantasías. Algunos viejos militantes que apoyaron al general peruano lo recuerdan como uno más de los que llegaban a Lima a apoyar aquel proceso antiimperialista y obtuvo un lugar bajo el sol de la “Revolución Peruana”. En 1971 reapareció en Buenos Aires publicando una revista apologética llamada *Sol del Perú*.

Después de ellas, el abismo

En 1968, en su primer libro *Ejército y política nacionalista*⁶² Ceresole muestra desde el comienzo su irrefrenable vocación por las Fuerzas Armadas como institución central de la sociedad. Tampoco era una idea original. Varios autores la habían planteado mucho antes que él en América Latina. Uno de ellos fue el escritor trotskista argentino, convertido en menemista, Jorge Abelardo Ramos durante los años cincuenta. Él habla de que “una comunidad nacional que no disponga de órganos políticos que puedan convertirse en herramientas para lograr su desarrollo económico, debe recurrir a los factores estructurales de esa misma sociedad”⁶³. La solución la encuentra en la corporación más reaccionaria de la sociedad:

En nuestro caso, y por un progresivo proceso de decantación, el único factor con esas características es el Ejército (...) Su particular relación con el desarrollo industrial básico y su permanencia como única estructura política aún no totalmente deteriorada son las dos circunstancias que le aseguran al Ejército argentino una particular proyección política a corto y mediano plazo⁶⁴.

Pensemos que esto lo escribe en 1968 en una sociedad, como la argentina, que vivía fracturada y en crisis recurrente por la intervención sangrienta de las Fuerzas Armadas desde 1929. Aunque su rol retrógrado había comenzado mucho antes con el genocidio en la Campaña del Desierto desde 1870, el rol del Ejército como institución central de la destrucción de Argentina se extendió hasta 1983 en forma cruda y abierta. Quizá eso explique por qué su libro de 1968 no tuvo la trascendencia que él le adjudica. Es que lo que predominaba en la opinión pública de izquierda, la nacionalista y la otra era de manifiesta contrariedad con sus opiniones. Incluso el sector más próximo a sus ideas, Montoneros y el ERP, le hacían la guerra al Ejército, no lo postulaban como “factor de desarrollo”. Algunos militantes ex montoneros consultados pudieron recordar su participación en aquellas polémicas, pero nadie recordó haber leído su primer libro.

62 CERESOLE, N., Editorial Sudestada, Buenos Aires, 1968.

63 *Ibíd.*, p. 18.

64 *Ibíd.*, p. 18.

Su trayectoria política es declinante. Por un breve período hizo parte de una tendencia de invocación proletaria dentro del movimiento peronista de esos años llamado “ERP 22”, una división del Ejército Revolucionario del Pueblo. Según testimonio del ex dirigente de Montoneros, Antonio Perdía:

Él participaba de los debates que se daban en la izquierda argentina de 1967 y 1968, donde tenían mucho peso los intelectuales. El debate era guerrilla o clase obrera, nacionalismo o socialismo, entre otros puntos. Ceresole se ubicaba en lo que se llamó “Alternativa independiente de la clase obrera”, una tendencia animada por los dirigentes peronistas ligados a delegados clasistas, Eduardo Luis Duhalde y Ortega Peña.

Buscando al general perdido

Entre Velasco y Chávez trató de encontrar su héroe en ocho oportunidades en por lo menos cinco países. Norberto Ceresole hizo un autorretrato en público sobre su extravagante itinerario político. Después de Velasco Alvarado encontró a otro general peruano, Mercado Jarrín, de quien dijo: “Y él, Mecado Jarrín, fue quien marcó mi destino”. Pero Ceresole no se daba por saciado; del general Jarrín pasó a su tercer héroe unos meses después: “...Él me presentó a un general soviético que vino a firmar uno de los convenios”, en 1971, por el cual Perú compraría armas a la URSS⁶⁵. “Ahí empezó mi historia con los soviéticos”. Junto con el escalón soviético de su historia personal, dio su primer gran paso como “experto” en armamento de guerra, en calidad de geopolítico y operador entre productores y compradores de armas. Esta faceta está presente en casi toda su vida.

Desde entonces, antes de que fracasara en 1975 la experiencia nacionalista peruana, se fue a trabajar para el aparato militar de la URSS, de allí pasó al de Alemania Oriental. Fue entonces cuando comenzó a ser tomado en cuenta por algunos círculos políticos de Argentina y de España. Sus escritos comenzaron a ser conocidos bajo la sombra de la Academia de Ciencias de la URSS, donde lo pusieron a estudiar temas de seguridad y desarrollo militar en América Latina. Su travesía lo condujo en 1980 hasta el general Viola, uno de los miembros de la Junta Militar genocida de Argentina. Un año más tarde le tocó el turno al almirante Emilio Massera, otro jefe de la Junta Militar, cuando este intentó armar un partido político y buscó arreglos con el Centro Europeo de Montoneros en París y Madrid.

Al volver del exilio a Argentina apostó en 1986 a los coroneles Aldo Rico y Mohamed Seineldín en el alzamiento “carapintada” de Semana Santa; en 1987 se ligó a los generales y coroneles retirados progresistas del CEMIDA, pero no hubo empatía y se tuvo que ir. “En las elecciones presidenciales de 1989 integró un equipo de trabajo para la fórmula Menem-Duhalde. Poco

65 *Testimonios de la Revolución...*, ob. cit., p. 146.

después se convirtió en asesor y confidente del coronel Mohamed Seinfeldín”, reseña el periodista catalán amigo suyo, Ramón Bau.

En 1991 descubrió que “ese general” podía estar en el Estado Mayor brasileño. Se ligó a ellos por varios años (Ibíd.). Ceresole le contó al profesor Garrido en Madrid que también anduvo por el Chile de Pinochet buscando su “general” porque allá las Fuerzas Armadas eran gestoras del desarrollo económico. Pero no tuvo suerte: “Hacia 1995, por estos libros y otros... yo tenía una gran actividad intelectual y mucha relación con Brasil y Chile. Con Chile menos. Todo era más frío, más duro, por razones que usted conoce...”, dijo en 2002. La confesión de sus relaciones con los aparatos militares y de seguridad de estos Estados se las contó a Alberto Garrido en 46 páginas de la entrevista que le hizo en Madrid.

En los años 2001-2002 estuvo vinculado a dos políticos derechistas del peronismo provincial, Adolfo Rodríguez Saa y su hermano Alberto. “Más recientemente se había reencontrado con Aldo Rico e integrado a un equipo de trabajo por su candidatura a Gobernador de Buenos Aires”, informó R. Bau en mayo de 2003. La colaboración de Ceresole con el aparato de estrategia militar de la Alemania Oriental de la *Stassi* fue certificada por miembros del CEMIDA en Berlín del este en 1989.

En el libro que escribió sobre Malvinas, en 1983, Ceresole registra en primera persona su relación con el general Viola, uno de los miembros de la dictadura genocida. A Garrido le dice: “...Y a mí me contrata Viola... No era que Viola fuera una maravilla, pero significaba el fin de la oligarquía argentina”. El general quería contratar los servicios de Ceresole para negociar con la URSS la instalación de un parque industrial-militar en el Paraná medio⁶⁶. A Ceresole no se le puede acusar de incoherencia intelectual. Esa era una de sus tesis centrales desde su primer libro en 1968, traducidas en Caracas en 1999 al libro *Caudillo, ejército, pueblo*.

Amigos de sus enemigos

Su actuación como operador de armamentos ajenos comenzó en 1973 cuando participó como enlace en la extracción del cargamento de armas de Campo de Mayo, comandada por el Teniente Bavio. Pero esa vez tuvo el mérito de hacerlo en nombre –y al servicio– de movimientos guerrilleros, no de Estados y dictaduras. Su nombre apareció en el expediente militar que se le abrió al oficial; allí se le señala como “enlace” y lo acusan de “haber tirado las armas al Riachuelo”.

El coronel José “Pepe” García del CEMIDA, protagonista de aquel juicio militar, negó la existencia de Norberto Ceresole para protegerlo, de esa manera “los Servicios le perdieron la pista durante los años setenta”, recordó García⁶⁷. En el CEMIDA lo volvieron a ver en 1987. Le alquilaron una

66 Ibíd., pp. 196-197.

67 Coronel José “Pepe” García, testimonio, Buenos Aires, diciembre de 2006.

oficina en la sede de la agrupación de la que se fue a los diez meses sin pagar el alquiler. Sus fluidas relaciones con la URSS le permitieron lograr un financiamiento del Partido Comunista de Argentina. Con esa plata alquiló y equipó un piso completo en el cruce de las calles Salta y Av. de Mayo en 1988. Allí publicaba la revista *Defensa y sociedad*. Los oficiales del CEMIDA supieron de él siete años después cuando se apareció con Hugo Chávez en las oficinas de esta agrupación de militares retirados el 11 de agosto de 1994⁶⁸.

El “porteño” iluminado

Este relato de su aventura personal y su peregrinaje por los aparatos de seguridad militar de varios países adquiere relevancia en la medida en que pudo escalar a niveles de decisión gubernamental en varios países. El último fue la Venezuela Bolivariana donde casi logra lo que postuló en su primer libro: “convertir el *pensar* político en *hecho* político”. De allí la utilidad de conocer su trayectoria. Desde 1968 sus escritos y actividad política lo describen como un intelectual de conducta errática, *lumpen* y amoral. Tenía pocos límites, tanto en la política como en la vida personal. Era capaz de pasar de un banquete de lujo en Moscú o Brasilia a comer “pollo frito” con Chávez.

Todo era válido si le deparaba escuchas para sus ideas, lectores para sus libros y honorarios para vivir entre Madrid y Buenos Aires. “Siempre que fui a la Unión Soviética, y fueron muchísimas veces, cincuenta veces, era una maravilla (...) Yo vivía como un Dios”, contó en 2002⁶⁹. Lo caracterizó un personalismo desproporcionado, aun para sus pares “porteños” de Buenos Aires. Su labor de escriba al servicio de entidades militares lo alejó de movimientos sociales, sindicales o culturales. Aunque tuvo éxito al ver traducidos varios de sus libros al ruso, al inglés, a una lengua iraní y al árabe, en cada caso promovido por los aparatos estatales para los que escribía. Su primera militancia conspirativa, “de aparato”, en una de las fuentes originarias de Montoneros, lo marcó como un hombre sinuoso, escurridizo y contradictorio en sus definiciones personales. En sus años finales había comenzado a vivir una nueva mutación en sus creencias más profundas, esta vez hacia un catolicismo extremo que lo hizo enemigo del iluminismo y el racionalismo⁷⁰.

Quizá por eso durante los años noventa comenzó a ser reivindicado por corrientes de ultraderecha, entre ellas las identificadas con el falangismo español, el neonazismo y otras de similar inspiración totalitaria. “No tenía problema alguno en tratar con un nacionalsocialista...”, señala Ramón Bau en su testimonio póstumo de 2003. De hecho, no ocultaba su admiración por el sacerdote católico alemán Valerian Triffa, un criminal de guerra nazi, “oficial de las SS que tuvo a su cargo la eliminación de miles de rumanos durante la Se-

68 Ibid.

69 En *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, N. Ceresole, p. 189.

70 VenezuelaAnalíticacom – Entrevistas: Ceresole visto por él mismo.

gunda Guerra Mundial”⁷¹. El musoliniano argentino Juan M. Garayalde, del Centro de Estudios Evolianos, una organización que difunde el pensamiento de Julius Evola, famoso escritor fascista italiano de los años veinte, es autor de la teoría racial adoptada por el gobierno de Benito Mussolini, inspirada en la de W. I. Rosenberg de la Alemania de Hitler. Los evolianos se enorgullecen de divulgar “el ejemplo fascista de la Gran Italia”⁷².

En otra nota póstuma, fechada en Buenos Aires, el 7 de mayo de 2003, hace este excelente resumen del pensamiento de Norberto Ceresole: “Nadie entendió mejor la doctrina de la ‘Tercera Posición’ que Ceresole” y revela, con la crudeza del lenguaje de los fascistas, el secreto “filosófico” del libro *Caudillo, ejército, pueblo*:

En mi última conversación que tuve con él hablamos de la concepción del caudillo y de la elite: la conformación de una elite es condición indispensable para preparar el camino al caudillo. Estando la elite en distintos sectores de la sociedad: Fuerzas Armadas, Iglesia, Universidad, Justicia, dependencias de la Administración Estatal, etc., permite que, surgido el caudillo, la elite le allane el camino para la toma del poder. Todo método es legítimo mientras se pueda cambiar todo de un zarpazo: es hacer la “gran Chávez”; una sola votación, un triunfo indiscutible (y no estar pululando años de manera inservible como varios partidos “nacionalistas” de nuestro país), o la “Marcha sobre Roma”, donde toda una sociedad reclama el cambio y apoya la caída del gobierno de turno. Y una vez echo del poder, la transformación del sistema político en torno a la figura del caudillo⁷³.

Chávez “derrota” a Ceresole sin saberlo

En contradicción con Ceresole y consigo mismo, Chávez promovía en 1999 un tipo de Constituyente radical y soberana que refundara totalmente la institucionalidad del país y diversificara las fuentes sociales del poder. Esta correcta política democratizadora convivió con una tendencia objetiva a anularla. Entre 1999 y 2001 se verificó en la tentación del régimen a apoyarse en el Ejército para el desarrollo de sus políticas públicas, como se observó en la realidad y lo comentaron Francisco Arias Cárdenas, Alberto Garrido, Steve Ellner y Daniel Hellinger y el mismo Ceresole⁷⁴.

El 6 de marzo de 1999 el diario *El Nacional* planteó el debate en un largo reportaje titulado “La tentación política invade las Fuerzas Armadas”,

71 Moseñor Alfredo Suárez, *The History Chanel/La Nación*, 20 de mayo de 2003.

72 www.Centro de Estudios Evolianos.com.

73 Altermedia, 5/6/2003 “Norberto Ceresole: La Inteligencia detrás de la Corona”. Juan M. Garayalde de Centro de Estudios Evolianos Buenos Aires, 7 de mayo de 2003.

74 De Cárdenas, Garrido y Ceresole, las afirmaciones sobre la tendencia a militarizar la sociedad hasta 2001, aparecen en *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 152, y pp. 198-200. De ELLNER y HELLINGER ver *La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto*, pp. 121-143.

con análisis del general bolivariano William Izarra y de Fernando Ochoa Antich, un antiguo general de la IV República. Hasta 2002 las Fuerzas Armadas fueron la única organización nacional con peso territorial. Su desproporcionado rol social fue evidente en el desastre natural que devastó la ciudad costera de La Güaira, en 1999-2000. Buena parte de los mejores profesionales que han gestionado en los tres gobiernos de Chávez son oficiales con carreras universitarias, algo difícil de encontrar entre “los políticos” del movimiento bolivariano, donde predomina el lumpenaje de oficio o la piratería profesional. Este es un dato de la realidad venezolana, no un gusto personal. Esa propensión al uso de profesionales militares no solo se desprendía de una concepción y una cultura asentada en la cabeza de Chávez, sino también de algo más terrenal. El país no tenía el acumulado de organizaciones intelectuales, profesionales y culturales que se habían desarrollado en Argentina, Uruguay y Chile durante el siglo XX.

Esa estructura social débil fue agravada por un hecho político de 1999: las organizaciones tradicionales estaban pulverizadas o se habían ido al lado contrario al gobierno. El Colegio de Médicos y de Enfermeras prohibió a sus afiliados colaborar con el gobierno en la Misión Barrio Adentro. Ninguna de las clases oprimidas que apoyaban a Chávez contaba con fuertes organizaciones propias para asumir políticas públicas. Las nuevas apenas nacían y comenzaron a organizarse en 2002. Esta composición estructural de Venezuela explica que 14 Misiones Sociales fueron sostenidas por las nuevas organizaciones sociales, en paralelo a los aparatos ministeriales. En varios casos fue clave la colaboración del Ejército “como factor de desarrollo”.

Ceresole pasó tres décadas tras una ilusión que se demostró errada, si de lo que se trata es de hacer una revolución social que supere al capitalismo. Pero en los hechos la realidad le da la razón en un punto: en algunos países, las Fuerzas Armadas constituyen la estructura más sólida de la sociedad. Lo grave, lo peligroso, es convertir este hecho en paradigma ideológico, arrodillarse ante él y bautizar como virtud un defecto histórico superable. El libro de Ceresole representó en el ambiente venezolano de 1999 la glorificación ideológica de una tradicional debilidad social del país y de una realidad del momento. Él le dio forma orgánica y programática al vacío (y a la presencia dominante del Ejército en ese vacío) y lo quiso convertir en ideología de Estado. Ceresole transformó el defecto en virtud, como en los años veinte lo había hecho Nicolai Bujarín al servicio del poder del “hombre fuerte” de entonces: Iósif Stalin. Bujarín fue el teórico de la “adaptación a los hechos consumados”. En ese sentido, Alberto Garrido tiene razón al señalar:

Cuando aparece Ceresole en escena Chávez encuentra una persona con una cabeza organizada y con una posición que se puede, o no, compartir, pero la posición está ahí: tómela o déjela y Chávez la toma y la fusiona con lo que se ha denominado proyecto originario⁷⁵.

75 *Testimonios de la Revolución Bolivariana*, p. 200.

Entonces, lo que desde 1994 fue un ejercicio intelectual, en 1999 pudo ser doctrina de Gobierno. Por su parte, el Mayor Francisco Arias Cárdenas señaló en 2002:

La de Ceresole es una orientación distinta a la que nosotros planteábamos. Ceresole marca una verdadera diferencia con nuestra idea central de ir a una democracia participativa para hacer una revolución democrática. La de Ceresole es una idea fascista⁷⁶.

Esa tentación bonapartista no nació con el libro de Ceresole, sino con el tipo de régimen iniciado en 1999. Ahora bien, derrotado y deportado, Ceresole volvió a Madrid, donde dio charlas que luego continuó pronunciando en Argentina. Habló hasta el cansancio de su frustrada experiencia con el poder en Venezuela. Allí murió en 2003 en el partido de San Justo, una localidad de la provincia de Buenos Aires, convertido de nuevo en un consejero solitario sin héroe, sin ejército y sin destino.

A mí, el caso de Ceresole me recuerda a otro argentino, pero empresario, el productor de soya transgénica que vino a Venezuela en 2004 a ganar mucha plata con sus granos envenenados y se aburría de que los movimientos zamoranos del campo venezolano le controlaran sus cultivos y se fue a Colombia con sus inversiones. Ceresole se fue más lejos con la misma desilusión de un proceso que aprendió a diferenciar entre diversos tipos de ideologías transgénicas.

76 *Ibíd.*, Francisco Arias Cárdenas, p. 151.

“Cinco fases”, un candidato y un proceso

Para comprender la dialéctica de Hugo Chávez es preciso saber que, en 1998, cuando era el candidato dado por ganador, decía que su proyecto constaba de cinco partes o fases encadenadas en un solo proyecto político continuo. Como fue evidenciado por la realidad desde 1999, en la práctica resultó mucho más complejo que la formulación dada por él. Sin embargo, la dinámica de los hechos sociales y la de su conducta fue de tal manera asincrónica, imprevista, que contra cualquier pronóstico pesimista, a los doce años de haber comenzado a gobernar y casi veinte de haberse rebelado, el proyecto terminó por imponerse. Incluso, a pesar de sus vaivenes, retrocesos y contradicciones. Allí radica el interés biográfico de su personalidad.

Siguiendo la explicación pormenorizada que da en casi treinta páginas de conversación con el historiador Muñoz en julio de 1998 es que podemos aproximarnos a esa idea pentagonal⁷⁷. Así, vistas en forma de esquema resultan tres sencillas fases.

La **primera fase** consistía en “transformar la potencia (social) en poder”, siguiendo el pensamiento del dialéctico maestro de Bolívar: “La campaña electoral nuestra fue preconcebida con ese objetivo: acelerar ese poder”. Para ello buscó apoyo por fuera de las instituciones y de las finanzas mediáticas: “Tengo la visión de que el proceso necesario es la movilización de la masa”. A eso lo llamó “fase originaria de potencia en poder”. Siguiendo sus propias palabras, no se trataba de un esquema teórico:

La primera fase –te repito, desde mi punto de vista– comenzó hace años. Primera explosión visible: 27 de febrero de 1989. Segunda explosión visible: 4 de febrero de 1992. Pero es el mismo proceso que viene por debajo de la tierra y hace erupción, y vuelve a hundirse, y vuelve a hacer erupción y ahí anda.

77 Edición Cátedra Pío Tamayo, UCV, Caracas, 1998, pp. 529-558.

La **segunda fase** se concretaba el día del triunfo electoral del 6 de diciembre de 1998. Esa victoria fue casi triturada por un golpe de Estado que nunca ocurrió. Fue organizado desde Washington contra el presidente Caldera (posiblemente con su anuencia silenciosa), para evitar el inexorable traspaso del mandado en diciembre de 1998. Según me relató Isaías Rodríguez para una entrevista en el diario *Clarín* de Buenos Aires, la decisión nació dos semanas antes cuando las encuestas de sus opositores ya lo daban triunfador. El golpe terminó abortado porque el agregado militar venezolano en Estados Unidos le comunicó al periodista y político José Vicente Rangel y este hizo explotar la bomba en su programa de televisión el penúltimo domingo de noviembre⁷⁸. Esta segunda fase la justificó con la ideología republicana del siglo XVIII, tratando de indicar con esa referencia el carácter democrático de la transformación. Olvidó un detalle. Rousseau necesitó de Danton, Robespierre y la Revolución Francesa para saber cómo era eso de la democracia:

Así que el proceso electoral, si es que ocurren las elecciones, debe ser el 6 de diciembre de 1998. Aspiramos que ese día ocurra la segunda fase: la fase contractual, la fase del contrato social de Rousseau, donde un pueblo acepta una propuesta en un proceso electoral. Ahí ocurre el sello del contrato.

A partir del Caracazo, en Venezuela se prendió la manía por las nomenclaturas para designar los acontecimientos sociales (27F-80, 4F-92, 6D-98, 14A-04, 6D-06), en abierta contradicción con el desorden de sus ciudades, donde la burguesía nunca se preocupó por numerar sus calles, casas y avenidas.

La **tercera fase** era la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Para el presidente bolivariano no pasaba de ser una tuerca gigantesca dentro de una maquinaria social que él prefería llamar “proceso constituyente”; pero no cualquier proceso en cualquier circunstancia; sino de uno que avanza porque es empujado “por una masa en movimiento”. Ahora bien, tomando en cuenta que el Congreso quedó en manos de AD y COPEI por las elecciones forzadas de un mes antes de las presidenciales, y que la Corte Suprema de Justicia se negaba a convocar la Constituyente, entonces saltó varios pasos. El presidente electo dejó estupefacto a su auditorio el mismo día que recibió la banda presidencial: no solo dijo que juraba sobre una “Constitución moribunda”, fue más allá, y en el discurso de asunción aprovechó para decretar la convocatoria a un referéndum para aprobar el llamado a una Asamblea Constituyente. “¡Que el pueblo decida!”, gritó desde el estrado presidencial con la banda puesta frente a los rostros impávidos de sus opositores sentados en primera fila del Capitolio. Se aprovechó de lo prescripto en el art. 4° de una Constitución que exhalaba su último suspiro ese día. El pueblo

78 GUERRERO, M. E. *La mano derecha de Chávez*. *Clarín*, 9 de enero de 1999.

“soberano” estaba facultado para hacerlo mediante el sufragio universal. Él le dio el ropaje jurídico del caso: “Le sacamos punta jurídica e interpretativa a ese artículo que permite al presidente convocar a un referéndum”⁷⁹. Ese día, algunos de los encorbatados presentes comenzaron a sentir que estaban ante “un tipo muy raro, nunca sabes por dónde te va a saltar”. Esto fue lo que registró ese día el periodista y diputado chavista Francisco Solórzano de la boca del presidente de la Corte Suprema de Justicia.

Como si Teodoro Petkoff tuviera razón y a Chávez le fuera bien en política porque “es un hombre con suerte”, a los pocos días fue renombrado en el estado Zulia un juez de COPEI que andaba peleado con COPEI. Este hombre defendió el derecho del nuevo presidente a invocar el art. 4º desde dentro del cadáver constitucional. La división en las filas de la burguesía era tal que, en 1999, hasta un juez era capaz de usar sus diferencias internas para ayudar al enemigo de sus enemigos, que a la vez era su enemigo. Sea como sea, para Chávez fue un regalo del cielo. Allí comienza la extraña racha de un presidente que ha ganado desde 1998 todos menos uno de los enfrentamientos electorales en los que ha competido. Veamos:

- El 25 de abril de 1999 gana el Referéndum para llamar a Constituyente con el 92% de los votos emitidos, después de la rotunda victoria del 6 de diciembre de 1998.
- El 25 de julio gana 121 escaños de los 128 que componían la Asamblea.
- El 5 de agosto sella la “muerte de la IV República” de AD y COPEI y solicita a la Asamblea una “Declaración de emergencia nacional para intervenir en todas las instituciones del Estado”.
- El 9 de agosto pone a prueba su cargo presidencial y vuelve a jurar como Primer Mandatario ante la Asamblea Nacional Constituyente.
- El 15 de diciembre de este mismo año de 1999, otro referéndum aprueba la nueva Constitución, llamada ahora “Bolivariana”, para señalar la marca del paso del tiempo que estaban viviendo y del hombre que le imprimía su marca personal.
- Siete meses después, el 30 de julio de 2000 es elegido de nuevo presidente de la nueva República, denominada desde entonces *quinta*. Su partido, el MVR, conquista 76 bancas de las casi cien ocupadas por diputados chavistas o de izquierda (en 1998 había prometido renunciar a su cargo y competir de nuevo por la presidencia al terminar la Asamblea Constituyente).
- En agosto de 2004 gana el Referéndum Revocatorio con más del 60% y mes y medio más tarde los partidos que controlan su régimen recibieron más del 90% de las gobernaciones, alcaldías y consejos locales.
- Dos años más tarde, en diciembre de 2006, ganó por tercera vez la presidencia con más del 60% de los escrutinios.

79 HARNECKER, M. *El tránsito pacífico: un parto institucional muy doloroso* (I), 3 de agosto de 2002.

- Así de victoria en victoria, hasta que en diciembre de 2007 fue derrotado por primera vez. No fue suficiente para cambiarle tan extraña e inédita carrera de triunfos en la historia de los presidentes. No se conoce un solo caso que pueda mostrar esa estadística de votos y pruebas ganadas. La suma de todos los votos desde 1998 podría servirle para gobernar cien años, suponiendo que esa abstracción fuera posible en la vida real.
- Un año después ya andaba ganando nuevamente y en 2010 se produjo el fenómeno dialéctico imprevisto: ganó y perdió en el mismo acto. Obtuvo la mayor suma de diputados, con menos votos que sus enemigos. Fue la segunda señal.

Las clases desplazadas del poder en 1999 no han podido digerir tantas derrotas en tan poco tiempo. Las clases dominantes debieron esperar una década para comenzar a sobreponerse al embate. Las clases oprimidas tardaron para organizarse en forma de poder alternativo. Necesitaron sentir “el látigo de la contrarrevolución” en 2002, para asumirse como sujetos de su propia obra. Antes de que esto adquiriera fuerza, la gobernabilidad quedó en manos de personajes y grupos de poder cargados con las peores mañas de la vieja izquierda, sibilina y acompañados por esquirlas de la derecha enquistadas en el régimen.

Era una suma de contradicciones entre tres tipos de personajes distintos. El que ocupa la escena central de esta historia, los personajes con los que decidió armar el régimen y el pueblo. Allí comenzaban las dificultades para que las cinco fases cumplieran su cometido transformador. El 11 de abril demostró que las buenas aguas no siempre discurren por cauces dañados. Esta debilidad se vio superada por una mayor de sus enemigos en la derecha. Eran peores. Así nació la falsa imagen de un poder estable después de la primera conquista, la Constituyente.

A Marta Harnecker le contó en agosto de 2002 que él mismo se sorprendió de la fragilidad de sus enemigos entre 1999 y 2001: “Yo incluso pensaba que el adversario iba a tener mayor capacidad de resistencia en el año 1999, pero aquello fue un ataque fulminante. Les dimos hasta el corazón, no tuvieron tiempo de rehacerse, y aquí estamos hoy”. Decir esto a menos de tres meses de su alejamiento del poder a manos de ellos, así haya sido por 47 horas es, cuanto menos, una desproporción en el análisis. Chávez ha explicado que la teoría del autor chileno Carlos Matus le permitió proyectar los pasos de la transformación:

Mira, te puedo decir que la experiencia de la Unidad Popular no influyó mucho en mi forma de ver las cosas, pero sí influyó Carlos Matus, un economista chileno que fue ministro de Allende. En uno de sus libros plantea que una fuerza política para ser transformadora debe ser capaz de ejercer liderazgo (...) capaz de identificar el frente más débil del adversario –este es un planteamiento aplicable a la ciencia militar– (...) fue así como

decidimos comenzar el ataque por la estructura político-jurídica, porque era la más débil de todas y, fíjate, no nos equivocamos⁸⁰.

Como esquema algebraico, la idea de Matus puede tener coherencia. El problema comienza cuando se trata de aplicarla en términos sociales. En ese caso lo dominante es la dinámica, no la estructura; decide la combinación de factores desiguales en movimiento con intereses específicos de clase, sector o grupo. Hugo Chávez, que ha demostrado tener una mente bastante dialéctica, descuidó esta mecánica del poder entre 1999 y 2002. La “fuerza política” en la que decidió confiar resultó desatinada para “ejercer el liderazgo”. El resultado se fue convirtiendo en inevitable. Él como líder se debilitó con tantos “adversarios” a su alrededor. Era suficiente con los que andaban conspirando afuera. Al debilitarse el carácter de clase en el régimen, las cinco fases del desarrollo se trabaron; lo que fue bueno al comienzo, el triunfo electoral y la Constituyente se agotaron en poco tiempo y mutaron en su contrario.

Aunque el primer gobierno de Hugo Chávez incluyó a representantes de la clase capitalista, solo representaban sombras de la sombra que ya era ella en el poder político venezolano. Esas sombras pesaron, oscurecieron la visión del presidente y de mucha gente que confió en ellas. Afectaron con gravedad la coyuntura gubernamental. Aun así, no fueron suficientes para cambiar el curso histórico. El proceso de transformaciones comenzado en 1989, seguido en 1992, terminó por imponerse en la cabeza de millones. La marca social del acontecimiento se coló por la ventana hasta el Despacho Presidencial. Desde 2002 no hubo más representantes de las clases dominantes en el gabinete. No solo ya no querían, tampoco podían. Y las masas anónimas que habían protagonizado el acto revolucionario del 13 de abril no los aceptaban. Fue entonces cuando sus enemigos dentro y fuera comenzaron a comprender que algo se les estaba escapando de las manos.

80 HARNECKER, M. Entrevista, 3 de agosto de 2002, Caracas.

La ecuación social de Chávez

El Chávez militar no nació a la política en 1992 con una concepción social en la cabeza ni la tuvo en su grupo originario. La fue conformando desde las aulas de la Academia Militar y en su “desespero de conocimiento” saciado en libros políticos en los años setenta y ochenta. Lo más acabado de su ideología era el antiimperialismo siguiendo la tradición zamorista y bolivariana en el sentido que le dio el historiador cubano Francisco Pividal en su texto antológico: *Bolívar, pensamiento precursor del antiimperialismo*. Luego fue completado con influencias no sistematizadas del ejemplo del Che Guevara, de la experiencia peruana de Juan Velasco Alvarado y de la panameña de Omar Torrijos. Lo demás vino agregado.

A través de ese puente se conectó con la izquierda ex guerrillera venezolana que había roto con el Partido Comunista a mediados de los sesenta. Cuando salió de la cárcel no contaba con una estrategia para los movimientos sociales y menos desde una perspectiva de lucha de clases. Esa falencia no le impidió ligarse a ellos en forma directa y aprender un nuevo lenguaje y nuevos métodos de lucha, distintos del de la conspiración militar. En sus discursos, conversaciones y escritos de 1992 en adelante las expresiones “clase obrera” o “clase capitalista” casi no aparecen; predominan “sentimiento nacional”, “nación”, “patria”, “pueblo” y términos similares originados en las principales corrientes nacionalistas del siglo XX. De hecho, la primera fase de su Gobierno, que fue el mejor escenario para probar lo que pensaba, no se dedicó a desarrollar organismos sociales, aunque tampoco obstaculizó hacerlo. Esta ya era una diferencia con todo lo conocido. En su cabeza fluían ideas opuestas. Unas provenientes de su estrecha relación con las bases sociales clasistas con las que se relacionó los cinco años posteriores a la cárcel, pero otras le fueron insufladas intelectualmente por los consejeros que fueron decisivos en esta fase de su vida.

Lo peculiar del fenómeno Chávez es que no huyó al desafío de desarrollar los movimientos sociales cuando estos irrumpieron tras la derrota del golpe de abril de 2002. En un sentido puede ser visto como un acto defensivo

frente al embate de sus enemigos. Eso es cierto, pero es apenas una parte de la realidad. Sería inexplicable su conducta sin registrar el impacto emotivo que le produjo el acto revolucionario del 14 de abril y su transformación en aprendizaje político. Puede verificarse en su entusiasmo cuando vio la fuerza transformadora de la poderosa insurrección social que lo salvó de ser “uno más que lo intentó y no pudo”, como advertido en 1995 sobre su propia perspectiva política. Ese estado primario de reflexión lo tradujo al lenguaje de la política. Un ministro que lo acompañó desde 2002 nos contó el fervor con el que solía hablar en las reuniones de Gabinete de la “fuerza convertida en potencia que salvó el pellejo de nuestro Gobierno”, y “recordaba uno de los pensamientos de Simón Rodríguez que más le gusta: «La fuerza potencial está en la masa»”⁸¹.

En plena campaña electoral (julio de 1998) había marcado una hipótesis válida para cualquier personaje en su lugar histórico. “Si no logramos transformar el cuadro de fuerzas que compone el sistema y en consecuencia el sistema mismo, yo terminaré siendo una frustración más. Quedaré encadenado por el sistema. Ese es un riesgo que hemos aceptado...”⁸². Con ese riesgo a cuestas llegó hasta la cruda experiencia de abril. Allí se dio cuenta de que estaba a punto de ser víctima de su propio vaticinio. El carácter izquierdista de su nacionalismo lo llevó a ponerse al frente y potenciar los movimientos. Al mismo tiempo, el aspecto bonapartista contenido en la naturaleza de su régimen lo tienta a acomodarlos dentro de los moldes del Estado, como hizo el peronismo. En esa tensión viven desde entonces él y los movimientos.

Entre septiembre de 2001 y abril de 2002, cuando la realidad no soportó más la contradicción de la fórmula “revolución democrática y pacífica”, y lo *revolucionario* fue dominando la inverosímil ecuación, Chávez se fue “cuadrando” con la base social del proceso que lidera. Contraviniendo un pasado de nacionalismos poco amistosos con la independencia política de los oprimidos, decidió seguir la nueva señal: impulsó la movilización social y el desarrollo de sus organizaciones de base con una dinámica poco conocida hasta ahora. La diferencia de la etapa nacida en 2002 la marcó él mismo con una expresión que transformó en estandarte después del golpe: “Esta revolución será pacífica, pero no desarmada”. La realidad lo había llevado –sin que lo advirtiera– a modificar el peso de los factores en la ecuación, aunque esta continuara rigiendo los destinos institucionales “en las alturas”. Era eso lo que había querido significar el día que dijo en un discurso: “Esta es una revolución bonita”. Se refería a su carácter no violento, distinta de las del siglo anterior. Para expresarlo mejor se refirió a la derrota chilena de 1973 como el ejemplo de lo que no se debe hacer: “Con Allende la experiencia fracasa porque en realidad el gobierno de la Unidad Popular no contaba con la fuerza militar”.

Olvidar el fenómeno social en la explicación del desastre del gobierno chileno no le impidió tenerlo en cuenta a la hora de pensar en la defensa del

81 Testimonio, abril de 2007, Caracas.

82 BLANCO MUÑOZ, A. *Habla el comandante*, p. 603.

suyo. Así, el carácter “armado” de su revolución adoptó dos componentes: la fuerza militar y las organizaciones sociales. El contragolpe de abril hizo brotar en menos de un año más de cien mil Círculos Bolivarianos. La gente comenzó a organizarse de las más variadas formas, según su necesidad social. Este es uno de los aspectos más contradictorios del presidente venezolano desde sus inicios. Durante la rebelión militar se negó a darle participación a “los civiles”, que para ese momento se reducían a pequeños grupos de la vieja izquierda. En parte, por el carácter militar de la asonada, también por la poca fiabilidad política que brindaban los grupos afectos, bastante descompuestos históricamente.

Su ecuación social siguió cuando decidió ser candidato. Antes de lanzarse a competir con el voto por la Presidencia (el 19 de abril de 1997), trató de construir los “Círculos Patrióticos Electorales” sin el menor éxito: “Grupos de cinco, siete, nueve personas (...) En el mes de marzo, de 1998, en algunos estados se han realizado asambleas de círculos patrióticos”⁸³. El intento se disolvió en el tsunami electoral que sobrevino, donde a los partidos de Chávez les interesaba más los votos que la organización del pueblo trabajador. Sin embargo, él insistió en su propósito. En 1998 impulsó los “Frentes Constituyentes” que cumplieron un rol organizador y movilizador hasta el final de la Asamblea Constituyente, en diciembre de 2000. Luego la escena fue ocupada por los Círculos Bolivarianos hasta 2003-2004 cuando los oprimidos inventaron nuevos instrumentos de lucha, desplazando a los Círculos que para esa fecha tenían poco de bolivarianos y mucho de clientela estatal.

Para el Referéndum de agosto de 2004 aparecieron otros organismos de lucha y agrupaciones políticas. Fueron conducidos en persona por él a través del Comando Maisanta, pero esa relación estatal no les restó capacidad creativa en una batalla que entendieron como vital. En uno o en otro caso, independientes o creados por el Estado, el movimiento social no se congeló en una sola forma institucional, al contrario, mutó constantemente⁸⁴. “Organícense como quieran, pero organícense”, fue uno de sus llamados desesperados días después de la derrota de abril. Esta idea es subversiva en sí misma si la colocamos dentro del Estado capitalista que dirige. Fue complementada por otra aún más desafiante: “Yo puedo morir mañana, pueden matarme, pero el movimiento no puede depender de un solo hombre, ustedes deben organizarse para darle continuidad”⁸⁵. En ambas consignas aparece Hugo Chávez retratado entero en cuerpo y alma. Todas sus virtudes y la impotencia política de no tener un movimiento social propio lo conducen a la ambivalencia política.

Con esas señales la militancia de izquierda, sobre todo la nueva, comenzó a constituirse de manera masiva y multiforme como nunca lo había

83 *Ibíd.*, pp. 524-525.

84 GUERRERO, M. E. *Mutaciones y desafíos de la vanguardia bolivariana*, Herramienta, agosto de 2006.

85 *Con los pobres de la tierra*, Documental, enero de 2005.

hecho. Incluso superó la experiencia de organización política despertada por la revolución social que derribó a la dictadura de Pérez Jiménez en 1958. Hasta finales de aquel año surgieron embriones de organismos de doble poder en ciudades rebeldes como Caracas y Maracay, donde muchos soldados y oficiales confraternizaron con los militantes, y la jerarquía institucional burguesa se agrietó.

Desde 2002 el pueblo venezolano vivió una experiencia de reorganización social y desarrollo cultural inédita en su historia; algo similar solo conocimos en Bolivia y Ecuador desde 2001 y con un resultado político menos izquierdista en Argentina en 2002-2003. El director de la revista uruguaya *Brecha*, Raúl Zibechi, definió a los movimientos venezolanos como “difusos”, lo que es cierto si los comparamos con las tradiciones más orgánicas del Cono Sur. Pero es una definición equívoca si ubicamos los movimientos bolivarianos en relación con la composición de clases del proceso que cabalgan. Su mutación las hace “difusas”, pero ese carácter es el que las preserva de ser estatizadas y congeladas como inútiles adláteres gubernamentales.

Las formas de agrupación se multiplicaron en todas las ciudades y pueblos hasta alcanzar más de veinte tipos distintos que fueron mutando en el tiempo según el sector social, la necesidad y la tarea coyuntural. Una de las expresiones más motivadoras de Hugo Chávez en esa fase ocurrió en enero de 2003. Fue en medio del sabotaje a la industria petrolera que casi lo deja sin presupuesto para gobernar; dijo por televisión una frase que no tenía prevista en su locución: “Fábrica cerrada, fábrica ocupada”. Fue suficiente para facilitar una suerte de “revolución” en la cabeza del movimiento obrero. Este era el segmento menos movilizado hasta diciembre de 2002. El impacto de abril de 2002 y el susto de la huelga patronal que duró 62 días llevaron a la clase obrera a integrarse con sus propias credenciales a la “revolución bonita”.

En buena medida se debió al impulso que le dio el líder bolivariano. Las plantas ocupadas de PDVSA fueron escenarios de los “Comités Guía” de obreros, técnicos e ingenieros bolivarianos convertidos en un poder interno autónomo, en algunos casos con capacidad militar. En pocas semanas la pequeña vanguardia obrera venezolana se convirtió en un torrente social que terminó por construir, un año más tarde, una central obrera anticapitalista de más de un millón de afiliados. Fue fundada por un acuerdo de diversas agrupaciones político-sindicales de la izquierda, con protagonismo de los sindicalistas trotskistas, que era el ala más radical y prestigiada de esa corriente militante. Aunque desde el año 2005 la UNT se dividió entre “estatizadores” y “autonomistas”, logró conservar la fuerza de ser la única organización de clase con base territorial nacional. Eso pervive en los estados provinciales más que en la capital. Solamente el Ejército tiene esa capacidad de movilización nacional que tuvo en su mejor momento la central bolivariana. En 2010 las partes de la UNT se volvieron a juntar, pero el pagamento es frágil, conviven dos modos de ver al movimiento obrero y

a la revolución social. Junto a ellos se organizaron “los reservistas” de las Fuerzas Armadas con casi medio millón de miembros, muchas veces entremezclados en los barrios donde habitan. El mismo fenómeno plebeyo que dio origen al MBR y el chavismo treinta años atrás.

Los campesinos venezolanos no conocían una organización nacional desde 1859, cuando fueron organizados militarmente para la Guerra Federal por Ezequiel Zamora, Juan Crisóstomo Falcón, Wenceslao Casado, Antonio Leocadio Guzmán, José Gabriel Ochoa y Fabricio Conde. Desde hace una década cuentan con dos poderosas centrales campesinas, miles de cooperativas, guardias rurales, medios alternativos y otros elementos de agrupación de clase.

Entre 2001 y 2006 se fundaron más de 130 mil cooperativas en el país; una parte se transformó en agencias de precarización laboral y evasión de impuestos para patronos mañosos, otras sirven de fuente de vida a funcionarios chavistas, pero varias decenas de miles sirvieron para darle cauce a centenares de miles de hombres y mujeres de barrios pobres y del campo. Este fenómeno campesino se potenció en febrero de 2011 con la Misión Agro Venezuela que agrupó alrededor de medio millón de productores. Una fracción de esa masa son campesinos reales y sienten que su fuerza social crece.

En su tercer viaje a Argentina –cuando el país estaba sumergido en el ascenso revolucionario de 2002 y 2003– el presidente venezolano se impresionó de la experiencia que hacían más de 100 empresas “recuperadas” por sus trabajadores, abandonadas por sus patronos. “Coño, o sea que las fábricas siguen produciendo sin patronos”, fue su expresión de asombro ante los movimientos piqueteros y los dirigentes del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas que se reunieron con él. “Puso cara de muchacho sorprendido y muchos no comprendimos cómo un hombre de su talla se sorprendía por eso”, me contó Manuel Ugarte, dirigente de la cooperativa obrera del Hotel Bauen, presente en el encuentro. Contrastando con la suntuosidad capitalista que simbolizaba el Hotel Cæsar Park en el exclusivo Barrio Norte de la capital argentina, pidió a sus asistentes que estudiaran esa experiencia “no capitalista” de producción. Siete meses después llegó una delegación del Ministerio del Trabajo personalizada por el abogado laboral de formación trotskista Francisco López, director nacional del Trabajo, a reunirse con trabajadores y abogados. “La ministra y el presidente quieren conocer sobre el armaje jurídico y económico-técnico de las empresas que funcionan bajo control obrero”, me dijo Francisco.

En las once principales ciudades venezolanas surgieron agrupaciones barriales para luchar por el agua, la vivienda, la salud, la higiene laboral en las fábricas, la defensa militar, la propiedad de las tierras urbanas; para denunciar la corrupción oficial, el paramilitarismo, la narcoconspiración, las inversiones sociales en los Consejos Comunales. Los indígenas se organizaron de diversas maneras según sus modos culturales tribales asumiendo un rol de ciudadanos que nunca tuvieron; muchos conocieron por primera

vez la cédula de identidad, también ganaron parlamentarios y comenzaron a realizar programas de televisión y radio propios, emitidos en sus lenguas.

Cada segmento de la sociedad fue encontrando su lugar de identidad de clase y su forma de organización. Se calcula que hasta 2006 casi un millón de personas salían a diario por calles, oficinas, universidades, barrios, campos y fábricas a sostener con su militancia la “revolución bolivariana”. Esa masa de “militancia” anónima ha llevado adelante la mayoría de las “Misiones”, sobre todo aquellas que requieren mucho trabajo social.

Remediando la “falla tectónica”

El desarrollo de unos 420 medios de prensa y difusión de ideas, libres del control comercial y del gubernamental, es una de las expresiones más peculiares de la Venezuela de Chávez. Este desarrollo convenció a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad de La Plata a concederle el Premio Rodolfo Walsh “por el impulso a la comunicación popular” en Venezuela. La violenta reacción de sus enemigos en las cadenas de medio en Argentina y otros países hizo que la premiación pareciera la llegada del diablo al país sureño. El hecho es que los jóvenes y muchos trabajadores se organizan en diversos medios periodísticos que luego se agruparon en la poderosa organización no gremial llamada Asociación Nacional de Medios Comunitarios, Libres y Alternativos (ANMCLA) y en otras separadas de ella, o gremios como Periodismo Necesario. Abarca todas las disciplinas de la producción simbólica: el cine, con centenas de salas para distribuir sus videos documentales, canales de televisión, estaciones de radio, medios web, revistas semanales y productoras de libros.

Contra lo que indica la tradición del nacionalismo latinoamericano, fue el propio Chávez quien alentó en sus inicios el desarrollo de este tipo de medios. Revelando una de sus características, lo hizo para responder al asedio de la prensa enemiga que organizó el golpe de abril. También para contrarrestar la ineficacia del aparato de prensa gubernamental antes de la aparición de *Aló, Presidente*. A la realidad mediática mediocre de su primer gobierno la llamó “la falla tectónica de la revolución”. Al revés de lo que hicieron otros gobernantes de la estirpe nacionalista y origen militar en la historia latinoamericana, no estatizó esos medios por decreto ni por la fuerza ni usó presiones comerciales para sacarlos de circulación.

En Venezuela, al contrario, la prensa independiente se ha fortalecido y el resultado es que ha servido para defender las conquistas sociales y el Gobierno. Ni siquiera los 23 medios que se separaron de la ANMCLA por considerar que no era suficientemente “chavista”, no han dejado de criticar al gobierno cuando les ha dado la gana, por causas justas. Y lo más interesante: no se ha podido formar un sistema de censura, a pesar de los remezones del segundo trimestre del año 2011, cuando el gobierno se atrevió a censurar o perseguir a periodistas chavistas y de izquierda, incluso en medios oficiales como *Radio del Sur*. En todos los casos porque no coincidieron con

la política exterior hacia el gobierno de Juan Manuel Santos y UNASUR, que implicó al interior la entrega de una decena de luchadores insurgentes colombianos refugiados a fuerza de balas en Venezuela. Uno de los dos casos más relevantes fue en 2011 el de Joaquín Pérez Becerra, el que despertó la resistencia a las llamadas “entregas policiales a Colombia”. El segundo hizo conocido al cantautor Julián Conrado, un chavista reconocido de las FARC que se había refugiado en Barinas. Entre el primero y el segundo caso conocido, mediaron meses de denuncias y resistencias dentro y fuera del país. Respetados intelectuales de Venezuela y el mundo, como Mézszáros, Petras, Luis Britto García, Earle Herrera, entre casi doscientos, nos opusimos a “las entregas”. Solo un intelectual argentino (Luis Bilbao) decidió quedarse solo en la vereda de los entregadores de la historia, y, entre “un principio” y algunos amigos en el poder, prefirió a los segundos.

La ductilidad de Hugo Chávez, a imagen del régimen que dirige, permitió que la campaña internacional contra la entrega del artista Julián Conrado condicionara su actitud, retrocediera y lo mantuviera incomunicado en una celda de la DISIP en Caracas. A mediados del 2011 se conformó el movimiento social “Que no calle el cantor” para ejercer la defensa de Conrado; todo indica que se transformará en un caso testigo para defender un principio inalienable entre revolucionarios, el mismo que usamos para defender a los comandantes rebeldes desde el 5 de abril de 1992. Fue el fundamento de la defensa que hizo el propio Hugo Chávez del terrorista famoso venezolano Illich Ramírez, conocido como “El Chacal”. Illich permanecía preso en una cárcel de París, y Chávez le envió cartas solidarias y exigió su libertad. La personalidad de Chávez lo hace dubitar y vacilar ante casos donde alguna fuerza social actúa. Es una diferencia con otros líderes de su estirpe. En buena medida, la defensa del principio de solidaridad con un perseguido y el derecho de asilo se han basado en la conducta de la prensa comunitaria, que no dudó en mantener el derecho a la información y opinión sobre los refugiados de las guerrillas colombianas, como lo hizo ante la expulsión del activista etarra del país vasco en 2010.

La tentación bonapartista al control estatal ha chocado en todos los casos con la resistencia de ANMCLA y de los intelectuales chavistas. Al igual que la población, no soporta el recorte de las libertades conquistadas. Fue un grupo de intelectuales, periodistas y gente de medios comunitarios quienes frenaron cláusulas autoritarias dentro del proyecto de reforma a la Ley Resorte en diciembre de 2010.

Las opiniones y acciones valientes de una gran cantidad de personas revolucionarias, entre las que podemos mencionar a María Alcira Matute, Isidoro Duarte y otros miembros del Movimiento por el Periodismo Necesario; abogadas como María Alejandra Díaz; panas como el especialista en medios Reinaldo Iturriza, José Roberto Duque, Randolph Borges, Enza García, Alberto Nolia, camaradas de la *Radio del Sur*, la licenciada Helena Salcedo (directora de *RNV*) y muchos otros héroes y heroínas anónimas,

lograron que se modificara el borrador de la Reforma a la Ley Resorte, eliminando una gran cantidad de puntos controversiales que muchos habíamos criticado debido a que podían causar un daño gravísimo⁸⁶.

Desde 2002 Chávez alentó el desarrollo de los medios alternativos y les facilitó recursos materiales y financieros sin condicionantes editoriales. No solo porque lo creía, también porque no podía hacer menos: eran casi los únicos medios que lo apoyaban. En este como en otros casos y zonas de actuación del régimen, Chávez suele quedar atrapado entre sus convicciones y sentimientos y el rol arbitral de jefe de un Estado que, por su esencia jerárquica, tiende a ser totalizante. Ahora, fue Chávez un factor potenciador de esa situación, porque él les metió entre ceja y ceja la palabra “revolución”. Más aún desde que lo escucharon decir: “organícense como quieran, pero organícense”, en 2002. Antes de ser medios sus militantes ya se habían formado rebeldes.

La prensa alternativa venezolana contiene lo nuevo en varias dimensiones. El medio más leído del país no es de papel, sino digital, se llama *aporrea.org*, con más de 350 millones de visitas entre julio de 2002 y julio de 2006. Como si estuviera reivindicando al Gramsci del *Ordine Nuovo*, o al Lenin de *Iskra*, *Aporrea* se ha transformado en un verdadero “organizador colectivo” (según proponía el ruso) de una nueva opinión pública en curso y de la acción militante de decenas de miles de jóvenes, mujeres y obreros.

Tal Cual, un diario enemigo del Gobierno, definió a *Aporrea* como “el emblema de la revolución bolivariana”. Los medios alternativos no son dirigidos por viejos cuadros de la izquierda, sino por nuevos militantes cuya edad no pasa de los 30 años. La mayoría no ha egresado de una facultad de periodismo, lo que desafía el poder corporativo del Colegio de Periodistas. No son incondicionales del Gobierno, pero tampoco sus opositores. Apoyan lo que consideran bueno y critican a los corruptos y la burocracia. A Chávez también pero de otra manera, usando sus mismos discursos de *Aló, Presidente*.

En 2006 esa acumulación de fuerza organizativa a escala social adquirió la forma de Consejos de Poder Popular. Los propios ministerios adoptaron este apelativo, de clara evocación sesentista. El presidente se asaltó a sí mismo y a sus seguidores una vez más, el 17 de enero de 2007, cuando definió a los Consejos como “el quinto motor” de la revolución para llevar el país al socialismo. Chávez no se apoyó esta vez en imágenes de su memoria campesina, esta vez acudió al paracaidista concedor de la fuerza propulsora de los aviones. Cada “motor” pasa a ser, según él, una “potencia creadora” de la fuerza social que él conduce. Esa conducción la concentró desde este año 2007 en un partido que reunió a casi todos los anteriores, produciendo por segunda vez un cisma entre sus direcciones y cuadros. Algo similar había generado en abril de 1997 cuando decidió competir por la presidencia. Hasta

86 BRACCI ROA, L. *Removieron de la Reforma a la Ley Resorte los puntos controversiales sobre Internet!*, *Aporrea*, Caracas 5/12/10.

el Partido Comunista y una pequeña agrupación trotskista vivieron fracturas internas por el dilema implacable al que los sometió el líder bolivariano.

Esta vez fue más complicado. El PSUV se llenó de millones de venezolanos. Unos movidos por necesidades materiales primarias, otros por conciencia de la necesidad de una herramienta política. El PSUV pasó a ser el partido más grande de la izquierda latinoamericana, superando al desvaído PT de Lula, convertido en una entidad estatal más. Este parece ser el destino del PSUV según denuncian muchos de sus cuadros intermedios y varios de sus jefes nacionales. El más agudo fue el general Alberto Müller Rojas, extinto presidente del partido. Para él se había convertido en otro “nido de alacranes”. Varios diputados de los partidos que sostienen al Gobierno escucharon aquel discurso como una “travesura más del presidente”, según señaló un legislador del Movimiento V República. Mucho funcionario burocratizado tiende a ver como “travesuras” lo que los enemigos de Hugo Chávez sienten como afrentas. Una curiosa identidad de sentimientos y estados de vida⁸⁷.

- El primer motor es la nueva Ley Habilitante que lo faculta a legislar a discreción sobre políticas sociales,
- el segundo motor es la Reforma Constitucional para crear “un Estado de derecho socialista”,
- el tercero lo llamó “Moral y Luces” destinado a crear “nuevos valores y una ética socialistas”,
- el cuarto es “la nueva geometría del poder” dedicada al reordenamiento socialista de la geopolítica del poder”. No hay forma de saber si Hugo Chávez fue consciente de lo que generó en la conciencia de la gente el día que explicó que “el poder popular es alma, nervio, hueso, carne y esencia de la democracia bolivariana”⁸⁸.

En otro momento estas palabras pudieron constituir una proclama más, incluso vacía de contenido y demagógica. En la Venezuela de 2007 en adelante tiende a asumir formas de poder social entre sus seguidores. Eso es difícil de contener y controlar a no ser que se acuda a la fuerza. Allí radica el nuevo laberinto en el que se metió el presidente venezolano, al potenciar un fenómeno de poder popular independiente desconocido en escenarios similares. Quizá sea porque advierte peligros en el horizonte, un horizonte que nace fuera del país y se va volcando hacia adentro. “Yo no quiero terminar como Savonarola”, dijo varias veces en 2002, acudiendo a la metáfora de Maquiavelo sobre el héroe de Florencia que cayó en derrota por estar desarmado. Es la misma imagen usada por el escritor Isaac Deutsher para referirse al destino trágico de León Trotsky cuando quedó “desarmado”

87 Testimonio, 23 de junio de 2007, Caracas.

88 MINISTERIO del Poder Popular para las Comunicaciones, *Poder Popular, alma de la democracia revolucionaria*, Caracas, enero de 2007.

ante la naciente burocracia en la URSS de la década del veinte. Chávez estuvo a punto de terminar en el peor destino de alguien que busca una revolución social: derrotado dos veces en la acción militar y víctima final de su victoria electoral.

Sobre ese movimiento explosivo del proceso social y su protagonista nació la cuarta etapa de su vida pública, la que aún transita entre paradojas cada vez más volátiles. La diferencia es que se basa en una realidad opuesta a la que vivió hasta el 11 de abril de 2002. Dos victorias político-militares entre abril de 2002 y febrero de 2003 y la más grande transformación social y cultural conocida en el país desde hace medio siglo le han deparado la mayor suma de poder público y base social que haya soñado desde que salió de la cárcel. Exactamente en ese punto nació el contrasentido más extraño de su carrera política.

El largo y complicado periplo iniciado a su salida de la cárcel en 1994, llamado “desierto” por él, terminaba en 1998 en la cima del poder de la nación. Esta carrera paradójica contra su propia existencia fue marcando su destino desde el rol de rebelde militar al de perseguido de la DISIP y buscador de aliados continentales, para completar el ciclo envuelto en su mayor contradicción personal. Se hizo jefe de un Estado cuyo régimen comenzó a demoler mediante un gobierno de personeros que solo querían darle sobrevida al régimen, al Estado y al Gobierno. ¿Y él? Bueno, eso dependía —como siempre en estos casos— de la decisión que tomara como figura central. Para eso era el héroe político. Debía resolver su vida entre el paradigma de los dioses tutelares y la cruda realidad de gobernar con enemigos vestidos de amigos. No obstante, fue salvado por la dinámica de un proceso que era superior a él y a su régimen, regida por la dialéctica de *cinco fases* proyectadas en su soledad intelectual, cuya ecuación social fue resuelta en la arena de la lucha de clases, no en los cenáculos que viven a contramano de la historia.

SEXTA PARTE
Y EN ESO LLEGÓ FIDEL

Historia de un encuentro sin misterios

Quien se sorprenda del temprano encuentro entre el líder bolivariano y el comandante Fidel Castro cometería el mismo dislate de creer que los procesos y sus líderes y las relaciones entre ellos son cosas misteriosamente predeterminadas. La anécdota y las circunstancias que condujeron a la noche del 13 de diciembre cuando se abrazaron en la tórrida noche habanera no obligan a patentar el hecho como fortuito, inesperado o indeterminado.

Un militante promedio de buena parte de la izquierda latinoamericana cree, supone o imagina que aquel primer acercamiento de los dos líderes nació el mismísimo día en que ambos supieron de su existencia. En el caso de Fidel Castro, el 4 de febrero de 1992. No es así. Al contrario, pudo resultar un desencuentro. Esa fantasía está nutrida por el sentido común y la propaganda de Estado, o por la simple ignorancia de los hechos. En realidad, se trató de un acto políticamente inexorable. Estaba inscripto en la agenda multifacética del proceso latinoamericano de esos años. Iba a ocurrir en cualquier momento bajo alguna circunstancia. Pero inexorabilidad no es sinónimo de predestinación. Pudo ocurrir después de que se hiciera presidente, incluso sin Fidel, bajo una forma institucional menos sorprendente, ahorrándole a Chávez y a su acompañante, Rafael Isea, el impacto de ver allí, al pie de la escalerilla del avión, la mítica figura del comandante de la revolución de 1959. Una cosa es segura, en los avatares de ambos personajes durante aquellos años aciagos, ese encuentro no era inevitable. Simplemente, estaba inscripto en la dinámica política continental y mundial, pero también en la subjetividad de ambos.

El recibimiento personal brindado por Fidel y el rango protocolar dado por el Estado cubano no se rigieron por móviles misteriosos y menos por el azar. No había entonces una atracción fatal e irremediable o un reconocimiento mutuo surgido de trayectorias paralelas ni convicciones teóricas y culturas ideológicas comunes. Menos que menos una fulana omnisciencia de secretísima percepción mediúmnica, según la cual cada uno vio el des-

tino del otro enlazado con el suyo. Se trató de algo tan sencillo en la vida política latinoamericana como humano: la necesidad y la búsqueda. Los dos exploraban salidas bajo las mismas presiones locales e internacionales. Dos realidades desconocidas entre sí. Enemigos comunes y propósitos que se fueron aproximando. Aquel abrazo personal se hizo inevitable como el inicio de una vinculación que comenzó tentativa y terminó estratégica. Lo personal se convirtió en amistad y esta mutó en pacto de Estados desde 1999.

También funcionó el viejo animalito de la curiosidad humana, ese que a veces sirve para las aventuras más desconocidas. Ambos querían conocerse, se olfateaban y miraban de reojo como calibrándose. Este carácter indeterminado fue calificado por los dos periodistas cubanos con acierto y honestidad en su libro *El encuentro*, dedicado a reconstruir esa historia: “1994. Crónica de un encuentro no anunciado” (pág. 17). Ni en la historia política de Chávez ni en la de Fidel estaba prendida la idea o el gusto por conocerse. No antes de 1994. No estuvo en 1992 cuando en La Habana se enteraron del golpe de Estado contra Carlos Andrés y el presidente del Estado cubano envió su famosa nota de solidaridad frente al hecho:

La Habana, Prensa Latina, 4 de febrero 1992

Estimado Carlos Andrés Pérez

Desde tempranas horas del día de hoy, cuando conocimos las primeras informaciones del pronunciamiento militar que se está desarrollando, nos ha embargado una profunda preocupación que comenzó a disiparse al conocer de tus comparencias por la radio y la televisión y las noticias de que la situación comienza a estar bajo control.

En este momento amargo y crítico, recordamos con gratitud todo lo que has contribuido al desarrollo de las relaciones bilaterales entre nuestros países y tu sostenida posición de comprensión y respeto hacia Cuba.

Confío en que las dificultades sean superadas totalmente y se preserve el orden constitucional, así como tu liderazgo al frente de los destinos de la hermana República de Venezuela.

Fraternalmente, Fidel Castro Ruz¹

Castro no sabía nada, o casi nada, del oficial rebelde. Su reacción fue la de un hombre de Estado atrapado en su circunstancia frente a un golpe que le pareció como cualquier otro golpe. En 1992 Fidel no andaba propagando revoluciones. Más bien trataba de escapar al colapso del sistema opresivo de la URSS y a la espesa ideología reaccionaria que resultó. Su buena relación con el gobierno de CAP era parte de una diplomacia de sobrevivencia. Eso

1 <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-28404/>

explica las buenas relaciones con los gobiernos de Siles Suazo en Bolivia, Betancourt en Colombia, con el de México, su rol en Esquíputas y Contadora, etc. El embajador de Cuba en Caracas se encargó de resumir ese contexto en el cual apoyaron a CAP contra la rebelión del 4 de febrero. “Si miras el continente en ese año, hay un reflujo generalizado hacia la derecha como en el resto del mundo, y una clara intención norteamericana de absorber definitivamente la región y aislar a Cuba”. Uno tiene derecho a pensar si la carta de Fidel a un régimen tan reaccionario como el de Carlos Andrés fue apresurada o exagerada en su tratamiento frente a un hecho desconocido. Lo que no se puede negar es que el panorama pintado por el embajador era así de feo. Esto pudo complicarse en 1998. Cuando era candidato declaró en plena campaña algo que molestó mucho a La Habana: “Cuba sí es una dictadura”. Fue su respuesta al periodista de *Univisión* que le preguntó: “Para usted, ¿Cuba es una dictadura o no es una dictadura?”. Con la misma sonrisa fresca de llanero libre, advirtió al reportero que él no tenía derecho a “condenar a Cuba...” y le aclaró:

Sabe, hay un principio del derecho internacional que es la autodeterminación de los pueblos. Los pueblos deben darse sus gobiernos o deben hacer sus propias historias. Yo no puedo desde Caracas, sentado aquí, empezar a juzgar a los pueblos del mundo².

Contra lo que pudiera suponerse, las últimas frases no eran para “re-mendar” su afirmación principal. Eso se refleja con claridad en el video. Lo dijo con la misma franqueza que había abrazado cuatro años antes a Fidel. La Habana decidió respetar su opinión aunque le haya incomodado. Opinar eso no era un sacrilegio después de la traumática experiencia de la URSS, Europa del Este, Vietnam, China o Corea. Ya nadie se sorprende de los defectos ingénitos de un tipo de régimen surgido en el laboratorio del siglo XX. La parte más lúcida de la izquierda mundial defiende las conquistas de la revolución cubana, criticando al mismo tiempo su modelo institucional y las perversiones sociales que arrastra. Es lo mismo que haríamos con cualquier organismo vivo de la historia. E. Galeano, J. Saramago, E. Mandel, Alan Goods, Hugo Blanco, I. Wallerstein, E. Düssell, I. Mézázros, Tarik Alí, C. Katz, L. B. García, D. Harvey, Atilio Borón, entre muchos otros, han escrito o dicho similares opiniones a estas de Chávez en 1998, sin que eso les impida defender a Cuba de los ataques del imperialismo. Hace mucho se acabó el pensamiento único inspirado en el padrecito Stalin.

En la propia Venezuela bolivariana es común escuchar voces de queja en los pasillos gubernamentales de funcionarios chavistas que no gustan mucho de los modos “verticalistas de los camaradas cubanos”. Eso no les impide colaborar con ellos en las tareas comunes. Una de las costumbres que más molesta en la militancia bolivariana es el hábito de vigilancia

2 <http://www.youtube.com/embed/o2q8651-ISU>.

desmedida, casi paranoica, que traen de la isla y el cielo con los datos de algunas misiones, especialmente la de Barrio Adentro, cuyas estadísticas son casi secretos del Estado cubano. Al mismo tiempo, a miles de médicos, enfermeras y educadores cubanos que habitan en Venezuela les sorprende la particular combinación de pasión revolucionaria con democracia de la militancia bolivariana. A otros les aburren tantos debates en los Consejos u otros organismos sociales, y a algunos centenares se les dio por aprovechar la tarea internacionalista para enrumbarse con sus bártulos hacia otro destino. Ubicados en el año 1998 uno no puede saber qué entendía el presidencial Chávez por “dictadura” o por “Cuba”. Como el asunto es más complejo que la simple palabra *dictadura* sin aclarar de quiénes, a través de qué y sobre cuáles, preferimos conformarnos con que aquel Chávez irreverente es el mismo Chávez que años después sacó de sus casillas a un rey europeo y convirtió en “polvo cósmico” al dueño del planeta.

Chávez sabía mucho del Che y muy poco de Fidel y su gesta revolucionaria. Fue en la cárcel de Yare cuando pudo leer dos textos de y sobre Fidel Castro. Así lo reseñan los periodistas cubanos Rosa Miriam Elizalde y Luis Báez: “*La Historia me absolverá*, y la extensa entrevista que el presidente cubano le concedió a Tomas Borge, recogida en *Un grano de maíz*”.

El militar bolivariano y Rafael Isea se encargaron de despejar cualquier duda mientras volaban en el avión que los llevaba a Cuba el 13 de diciembre de 1994. “Yo estaba convencido de que no vería a Fidel”, les dijo a los periodistas en medio del relato sobre el alboroto que se armó en el vuelo de Viasa cuando los otros pasajeros se enteraron de que entre ellos iba “el comandante Chávez”. El avión se convirtió en un jolgorio aéreo de gente intrigada y curiosa. Un grupo se arremolinó a su alrededor mientras el circunspecto Isea trataba de poner un orden imposible tratándose de Chávez y del modo de ser venezolano. Cuando una mujer le preguntó si se encontraría con el jefe cubano, le dijo: “¿Por qué Fidel tendría que dedicarme una parte de su precioso tiempo?”.

La prensa capitalista y los interpretadores de oficio vistieron el encuentro con ropajes tan conspirativos y calculados que lo convirtieron en una rupestre novelita policial. Algunos le agregaron después aderezos psicoanalíticos. Eso hizo el ingeniero y político venezolano Leonardo Montiel Ortega cuando dijo en 2001: “Entre Chávez y Fidel hay una relación de tipo freudiana, sexual”. Teodoro Petkoff y el argentino Andrés Oppenheimer descubrieron en el abrazo extraños genomas solo portados por tiranos de nacimiento.

Tampoco ayuda a comprender el valor de aquel encuentro cuando se le endosan argumentos igualmente teleológicos, escabrosos y subjetivos. Por ejemplo, el que me dijo un militante del Partido Comunista argentino en 2010. “Es que la unión de Chávez con Fidel fue como la llegada de la luz del sol”. Tanto entusiasmo celestial oscurece el conocimiento. Con mayor seriedad, pero víctima de la misma visión, un embajador cubano aseguró: “Solo Fidel podía ver en Chávez un verdadero potencial para continuar la lucha

contra el imperio”³. Estos arranques proféticos sobre la aparición de Chávez no nacieron con el encuentro en La Habana. Unos meses antes, en Buenos Aires, Gregorio Pérez Companc, que en ese momento era el más grande empresario argentino, dijo lo mismo aunque desde una posición de clase opuesta: “Este muchacho puede llegar a ser presidente de su país, nunca se sabe”. En consecuencia, aportó su cuota de dinero a los gastos del venezolano en su primer viaje a ese país. Por si acaso. También tuvo razón. Otros habrán dicho lo mismo en otras latitudes. Bastaba ver a un hombre como Chávez armado de un proyecto y con tanta pasión cargada al hombro, dentro de un país institucionalmente quebrado como Venezuela, para advertir que él, o cualquiera como él, tendría un destino similar. Otros amigos de entonces, como Norberto Ceresole, entendieron que aquella visita era una aberración. “Hugo no entendió que su viaje a Cuba le hacía más mal que bien”⁴.

El valor de aquella reunión temprana en la capital de la Revolución latinoamericana, la escala de sus efectos y consecuencias estuvieron sembrados de condiciones más reales. Tanto en lo humano de los personajes como en lo político contingente para el Estado cubano y para el jefe solitario de un movimiento bolivariano que buscaba su lugar bajo el sol.

Una noche cualquiera

La historia del encuentro nació el 30 de junio de 1994 en un auditorio del Ateneo de Caracas cuando el recién excarcelado Chávez quiso escuchar una charla sobre Bolívar del historiador cubano Eusebio Leal. “Subí, pero cuando llegué ya se estaba terminando la conferencia. La impartía Eusebio Leal, el primer cubano que me invitó a la Isla”⁵. El buen Eusebio se había informado algunas cosas de Chávez; al verlo esperando al final de la última fila del teatro esperando con humildad, le dijo en voz alta, pero amable: “¡Hola, Maisanta!”. Fue suficiente para arrancarle una sonrisa al bisnieto y un sí cuando a los pocos minutos le propuso que viajara a La Habana invitado por él a dar una conferencia sobre el mismo prócer⁶. Eusebio se fue a su tierra con dos encargos: organizar una charla y darle –si lo veía– un saludo de Chávez a Fidel. El historiador cubano lo invitó por cuenta propia, sin ninguna indicación del Comité Central ni de nadie, pero al pisar su oficina en La Habana llamó al jefe del Departamento América del Partido. Le bastó contarle su impresión sobre el misterioso comandante para interesarlo por él. Este fue el segundo paso. Un encuentro casual comenzaba a tomar entidad oficial⁷.

3 OTERO, G. S. Ex Embajador de Cuba en Caracas, *El encuentro*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2005, p. 62.

4 Entrevista con Alberto Garrido, Madrid, 2001, p. 186.

5 Op. cit., p. 48.

6 Op. cit., pp. 48-49.

7 Op. cit., p. 50.

La prehistoria del encuentro con Fidel había comenzado apenas tres meses antes, muy pocos días después de que el preso más famoso de Venezuela pisara tierra libre y su visita a un canal de televisión se transformara en un escándalo de entusiasmo popular. Eso fue lo que le llamó la atención al embajador cubano en Caracas, Norberto Curbelo: “La primera noticia de Hugo Chávez que aparecía registrada en 1994 en los archivos del Consejo de Estado, estaba fechada el 28 de marzo de 1994”. La escribió este diplomático en nota directa al mismísimo Fidel. La debe haber leído con los mismos ojos de viejo conspirador que aprendió a leer más allá de las palabras y a percibir señales de coyunturas y personajes. El embajador Curbelo le recomendó: “El fenómeno Chávez hay que seguirlo con atención los próximos meses”⁸. Este fue el tercer paso hacia La Habana.

Esos meses fueron cruciales en la vida política de Hugo Chávez. Visitaría varios países y movimientos para crear una Internacional Bolivariana y volvería sin remedio, pero con el iluminado de Buenos Aires al hombro. Los archivos del Estado cubano registran lo que Elizalde y Báez definen como “una segunda evidencia” de la aproximación lenta y paulatina, pero inexorable, del venezolano a La Habana. Era: “Del 1° de septiembre, informaba brevemente de la conversación entre el líder bolivariano y Eduardo Fuentes, representante en Caracas del Departamento América del Comité Central”. Este contacto fue un pedido oficial del nuevo embajador, Germán Sánchez Otero, llegado un mes antes a Caracas. Este fue el cuarto paso hacia La Habana. Por segunda vez Chávez entregó al emisario sus saludos a Fidel.

Este contacto tuvo otro carácter. Todo lo casual comenzado por Eusebio y Hugo unos meses antes se iba transformando en un acercamiento de enamorados furtivos. Quizá ese sigilo de conjurados imprimió un toque de novela policial a la reunión de Chávez con el embajador cubano y el hombre del Comité Central: “Salieron en un carro de la embajada, y en cierto lugar previamente acordado, los esperó Lino Martínez en el automóvil de su hermana. Después de verificar que no eran seguidos por la DISIP, se dirigieron hacia el apartamento”. Esta vez, junto con el tercer saludo, Castro declaró en la reunión secreta en la casa de Miquilena, mientras la señora Miquilena ofrecía cafecito caliente: “...que, independientemente de las contingencias en Cuba, él siempre estaría a nuestro lado. Volvió a reiterar su admiración por Fidel, y su deseo de ir pronto a la isla y conversar con él”⁹.

Eusebio Leal no podía imaginar el efecto de su convite bolivariano. Lo que una noche en el Ateneo de Caracas comenzó como una invitación personal se estaba convirtiendo en algo demasiado serio para terminar en un silencioso salón de la Sociedad Bolivariana de La Habana. Por primera vez Hugo Chávez recibía una invitación oficial del gobierno de Cuba. Se la hicieron el embajador y el hombre del Comité Central el 12 de septiembre de 1994¹⁰. Bastaron

8 Op. cit., p. 57.

9 SÁNCHEZ OTERO, G. *El encuentro*, p. 58.

10 Op. cit., pp. 58-59.

diecisiete días más para que el Comité Central decidiera “dar curso a la invitación para que Chávez viajara a Cuba en la fecha propuesta”¹¹. Este fue el penúltimo paso. La jefatura política cubana había despejado sus dudas y titubeos sobre el líder bolivariano. De ahí en adelante hasta el día de diciembre de 1994 en que aterrizó en La Habana y se abrazó con Fidel fue un solo acto sin retorno.

El 13 de diciembre, al bajar la escalerilla y ver que lo esperaban Fidel y la jefatura del PCC, Chávez entendió que había comenzado un camino nuevo. No lo conocía pero estaba dispuesto a recorrerlo. Incluso sabiendo que con esa visita “se disparaban todas las alarmas” en Venezuela y en Washington, tal como contó la investigadora de la DISIP a Elizalde y Báez¹². Desde entonces, Chávez se convirtió en hombre de confianza de Cuba y la oficina de Fidel, en la Meca de Chávez. Los Partidos Comunistas latinoamericanos comenzaron a mirarlo con otros ojos después de haberlo condenado por el golpe de 1992. El cientista político argentino Atilio Borón me contó en 2008 que una vez lo visitó uno de los jefes del PCA para pedirle la firma por “el comandante bolivariano”. Además de dársela con dudas a causa del mismo hecho, se preguntó por qué lo defendían con la misma facilidad que lo habían condenado. De ese *encuentro* entre los dos líderes nacieron dos relaciones mutuamente correspondientes: una es de consejero-aconsejado; la otra, una relación de Estados entre Venezuela y Cuba solo superada por la que tuvieron las repúblicas de Colombia hasta el triunfo de la Cusiata.

Desde el año 2002 Chávez es visto como algo similar a un continuador de Fidel, que a su vez fue el continuador de otras figuras revolucionarias de nuestra historia. Pero Chávez es, al mismo tiempo, una superación en algunos sentidos. El desarrollo del ALBA, la textura social y el tipo de régimen que sostienen al bolivariano son tres de las posibles muestras. A Chávez lo ayudó el momento histórico, la inexistencia de la URSS, el peso relativo mayor del país en el mapa hemisférico, su presupuesto petrolero y el carácter del movimiento social que lo tiene sobre sus hombros. Sea como sea, desde el liderazgo revolucionario de Fidel desde el triunfo de la Revolución Cubana en 1959, no existió hasta Chávez una personalidad de similar atracción en el escenario internacional de la izquierda socialista. Ninguna de las rebeliones previas dejaron una figura de su talla. La heroica revolución nicaragüense no produjo una personalidad histórica similar, entre otras cosas porque fue derrotada y las derrotas borran epopeyas. Entre Fidel y Chávez median similitudes y diferencias dentro de una *continuidad histórica*. Dos tiempos, dos movimientos, dos estilos, dos líderes que aunque nunca se hubieran conocido se habrían encontrado en la inexorabilidad de la revolución continental.

11 Op. cit., p. 60.

12 Op. cit., p. 77.

SÉPTIMA PARTE
EN LA MIRA DE WASHINGTON

Chaque homme porte la forme entière de l'humaine condition.

Miguel de Montaigne

49 definiciones y un giro a la izquierda

Con el paso de los años Hugo Chávez terminó convertido por obra propia y por la insoportable vecindad de Estados Unidos en su enemigo número uno. El propio Fidel Castro –y sus barbas tan temidas en la Oficina Oval desde 1959– ya es como pesado recuerdo de noches de insomnio. Pero con Fidel tienen por lo menos una ventaja, pueden hacer cálculos y equivocarse, es previsible. Con Hugo Chávez es lo contrario.

Desde 1992 fue una señal para las oficinas que siguen la gobernabilidad venezolana desde el Departamento de Estado, un signo que fue creciendo desde que salió de la cárcel cuando vieron al oficial empeñado en continuar lo que había iniciado. Pero no más que eso, un indicio, un síntoma del riesgo que apenas comenzaba. Desde que se convirtió en candidato y las encuestas lo dieron ganador a mediados de 1998, la alarma disparada por su visita a La Habana sonó de nuevo y esta vez en serio. La tranquilidad expectante del imperialismo ante el primer gobierno de Hugo Chávez se manifestó en manoseos de todo tipo. Canales que luego lo demonizaron y publican pedidos de asesinato, como la *CNN* o *Fox News*, revistas y periódicos solicitaban entrevistas y evitaban las preguntas delicadas. Incluyeron las sonrisas de Clinton, Blair y Carter. Era el trato correspondiente a un presidente que le había dicho a Clinton en su despacho que quería convivir en paz con ellos y daba algunas muestras de que era cierto. El pago puntual de la deuda externa fue una de ellas, las declaraciones a favor del Mercosur y sus gobiernos también. Se quedaron más tranquilos cuando le aseguró a Clinton en Washington que el petróleo venezolano estaba garantizado entre Maracaibo, el Orinoco y Long Beach.

Como toda ilusión respecto de la buena vecindad con un Estado imperial, la que se había propuesto el presidente de Venezuela al llegar al poder en 1999 explotó el mismo día en que cayeron las dos Torres Gemelas. Fue como si el desplome de la imagen inexpugnable de Estados Unidos hubiera acelerado los tiempos de la política internacional y los de Hugo Chávez en

particular. La tranquilidad de su gabinete se alteró para siempre. Las reuniones que eran maratónicas comenzaron a ser más ejecutivas. El tiempo de los sermones del jefe de Estado a ministros remisos, a los que andaban en trapisondas presupuestarias, o a los que le presentaban informes mal redactados, sin acentos bien puestos y con proyectos sin sustentación, se fue reduciendo. Todo comenzó a acelerarse en la vida política venezolana. Fedecámaras, la Iglesia y Consecomercio comenzaron la primera fase de fragilización institucional y la NED y USAID comenzaron a ponerle el ojo a lo que pasaba en Miraflores y la plata a diarios como *El Nacional*, *Tal Cual* y a fundaciones como CEDICE. Como han develado los documentos de Eva Golinger: la conspiración había comenzado en los sigilosos del Departamento de Estado.

Las conquistas democráticas y el estado de movilización social desatado desde 1998 le dieron cauce a las luchas populares. Los trabajadores arreciaron sus luchas, los barrios comenzaron a organizarse en círculos bolivarianos y en muchas otras formas, los campesinos se pusieron en movimiento, nació la Fuerza Bolivariana de Trabajadores y la izquierda revolucionaria comenzó a transformarse en una potencia social. La caldera social se llenaba de presión mientras el mundo miraba las tropas estadounidenses invadiendo Afganistán e Irak.

Fue en esos meses iniciales de 2001 que varios asistentes notaron que el presidente comenzaba a ponerse tenso en las reuniones del Gabinete, más concentrado, dedicaba mayor tiempo a revisar papeles, libros, expedientes y proyectos. A mediados de 2001 comenzó a reaparecer el Chávez que se había quedado a medio camino entre el triunfo electoral y la visita a Clinton. “El jefe pareciera que anda pensando una vaina”. Nadie sabía qué, pero esta aguda percepción de una asistente de su equipo jurídico en Miraflores fue una clave para comprender la relación tensa entre el personaje y la realidad que tenía enfrente.

En las alturas comenzó a formarse un fenómeno de ambivalencias y dicotomías con fuertes olores a esquizofrenia política. El líder gobernaba en nombre de un gobierno que giraba a la derecha con un discurso saturado de frases que invitaban al camino opuesto. El pueblo actuaba, se organizaba y crecía su conciencia hacia la izquierda, pero comenzaba a sentir que su voto había instalado un régimen que cada semana se hacía más inentendible. Por lo menos entre lo que se hacía y lo que se decía.

Algo andaba a la deriva y Hugo Chávez estaba al mando. Un Chávez estaba emergiendo del otro que había dejado cuando se convirtió en candidato de una alianza dominada por oportunistas. Un tercer Chávez estaba a punto de salir del hombre de Estado cuya práctica ya no era la revolución. Siguiendo su propia advertencia de poco tiempo atrás, en 2001 estuvo a punto de convertirse en “uno más que lo intentó y no pudo”. Eso fue lo que percibió y se lo dijo personalmente a su antiguo discípulo el “viejo sabio y comunista” Esteban Ruiz-Guevara en 2001 cuando se saludaron a la salida del Teresa Carreño. En su discurso, dijo: “Provoca confusión en el pueblo, y

en cualquier ente pensante. Y lo agrava el hecho de que a veces él dice una cosa, y entonces un ministro plantea lo contrario”¹. Se equivocó en la señal del golpe que ya se andaba mostrando y creyó que no era posible. De este enrevesado laberinto Hugo Chávez salió por el lado que nadie lo esperaba a finales del 2001, después del corto camino recorrido de la mano de la Tercera Vía con Clinton, Blair y Miquilena.

Los 49 Decretos-Ley de septiembre de ese año fueron su Ariadna de un tiempo que condujo a otro tiempo. Pusieron en marcha lo que me había advertido socarronamente Pedro Carmona en la entrevista de un año antes. Cualquier cosa era soportable menos eso. La Constitución Bolivariana, la democratización general de la sociedad, el despertar político de la gente, incluso el discurso presidencial. Pero tocar el petróleo con la Ley de Hidrocarburos, el negocio de la pesca de arrastre y los dos mil millones de dólares anuales en el negocio turístico del Caribe y la costa oeste de Estados Unidos, y la propiedad de la tierra... eso no era tolerable. Aunque no estaba previsto en el programa de gobierno, en la acción presidencial ni en las declaraciones oficiales hasta mediados de 2001, fue suficiente su anuncio para que desde ese día se “dispararan todas las alarmas”.

1 SANT ROZ, J. *Entrevista*, semanario *La Razón*. Mérida, 17 de agosto de 2001.

2002, un golpe inexorable

Una terrible coincidencia quiso que la misma isla solitaria fuera el destino de dos nacionalistas latinoamericanos del último medio siglo. Juan Domingo Perón y Hugo Chávez Frías. Ambos bajo la condición de derrotados a cuarenta y siete años de distancia. Al primero le costó dieciocho años volver, mientras que al segundo solo 47 horas insólitas. Perón había llegado a la pequeña, lúdica y desierta isla caribeña La Orchila, a 180 kilómetros al norte de Caracas, huyendo de los “gorilas” que lo habían depuesto en septiembre de 1955. Alguna vez, hacia 1954, la isla tuvo unos cien habitantes que fueron echados para instalar una base militar y una frondosa casa presidencial de “recreación”. Hasta allá llevaron a Chávez desde la oscura base de Turiamo, a unos 160 km sobre la misma costa Caribe.

Cuando Perón viajó de Caracas a la isla andaba acompañado de la bailarina Isabel Martínez (luego de Perón), rescatada de un club nocturno donde bailaba para el “Ballet de Joe Herald”, un conocido cabaretero yanqui que conmovía las noches panameñas. La dictadura argentina había montado una cacería sobre los movimientos del jefe justicialista para asesinarlo; casi lo consiguen con un atentado en Caracas. Mientras Isabel departía y comía guanábanas con Susana Duijm en La Orchila, Perón buscaba otro camino para su vida de exiliado. A los pocos meses, Pérez Jiménez arregló su viaje a España a través de República Dominicana, donde Leónidas Trujillo, conocido como “el chacal del Caribe”, le garantizó seguridad, escolta, provisiones y vuelo oficial a Madrid, donde se instaló hasta 1973².

Casi medio siglo después, Chávez caminaba sobre las mismas playas a las 6 de la mañana del día 14 de abril de 2002, con un destino incierto en Puerto Rico, un juicio en Caracas o la muerte si algún accidente se interponía. Pero esa madrugada no lo acompañaba la muerte heroica, sino algo peor: caminaba bajo las estrellas del Caribe con el Cardenal Ignacio Velasco, pieza fundamental del golpe, quien había viajado tan lejos para convencerlo

2 YANES, O., Caracas, 2003.

de firmar la renuncia más manoseada de la historia de las renunciaciones presidenciales.

Desde el 12 a las 6 de la mañana, cuando ingresa al 35 Regimiento de Policía Militar de Fuerte Tiuna, lo “pasearon” como presidente preso de un golpe de Estado, entre Fuerte Tiuna el día 12, la base naval de Turiamo en el estado Aragua el 13 y, finalmente, a La Orchila, de donde lo pensaban enviar a Puerto Rico en un avión del Departamento de Estado de los Estados Unidos que encontraron en la isla³. Nunca se supo por qué Puerto Rico, pero sí quedó establecido que se trató de una de las dos opciones del grupo sedicioso. La otra –mantenida hasta el final por la mayoría– era hacerle un juicio y meterlo preso dentro del país. Matarlo no fue la opción predominante. No le iban a mandar un Cardenal si el objetivo era matarlo. En el pormenorizado relato de hechos de los libros de Alexis Rosas y de Ernesto Villegas, con sucesos casi minuto a minuto entre el 11 y el 14 de abril, no aparece el asesinato como la principal opción. Sin duda rondó en las cabezas del ala más radical de los insurrectos.

Chávez lo invitó a caminar para pedirle perdón por los errores cometidos que, según le dijo, habían contribuido a desencadenar los hechos. “Le pedí que habláramos a solas y nos sentamos a la orilla del mar”. Allí rezaron y Chávez le dijo que la asonada del 11 “es un llamado de atención para todos”. Días después, relatando ese encuentro, le puso su toque mediúmnico sin el cual Chávez no sería Chávez:

Estando en La Orchila, mirando el mar, poco a poco la situación fue cambiando. Hasta él se dio cuenta de que estaba hablando con el presidente. Y entonces yo le dije: “Como la cosa pareciera que está de nuevo en su sitio, yo le hago este comentario con mucho cariño y respeto y afecto... Vamos a agarrarnos de las manos, vamos a orar a la orilla del mar y miremos las estrellas y pidámosle a Dios”⁴.

Una insurrección social de millones, nacida casi a la misma hora entre Maracay y los barrios del sur de Caracas, desató una contrainsurrección que se fue armando con el pasar de las horas. Horas que transcurrían con la velocidad de la angustia social, la fragilidad golpista y la incertidumbre sobre el destino del jefe de Estado. Este fenómeno social motivó a los oficiales más leales al gobierno y al presidente. El mismo acontecimiento impuso la duda y la pusilanimidad entre otros jefes militares y radicalizó la posición de los más antichavistas. La rebelión social iniciada el 12 de abril echó todas las cartas militares. Fue a partir de esa dinámica política y militar abierta que se produjo la confluencia con la resistencia de decenas de altos oficiales dentro y fuera de Miraflores, en el Fuerte Tiuna pero también en las plazas militares del interior a medida que se enteraban de los hechos.

3 ROSAS, A. Boleta de Ingreso al Centro de Reclusión 35 RPM-LJSM por instrucciones del ciudadano General de División (Ej.) Efraín Vázquez Velasco, Comandante General del Ejército, 12,04,02/06 am. *La noche de los generales*, 2005, Caracas, pp. 86 y 182.

4 *Ibíd.*, pp. 184-185.

La base militar de la Fuerza Aérea del estado Aragua y unidades militares de Caracas, Valencia, Guárico, Portuguesa, Maturín, Valle de la Pascua, Cumaná, Barquisimeto y Táchira fueron conmovidas por el golpe, generando opiniones distintas entre sus oficiales. Alrededor del 80% de los comandantes con fuerza propia en las Fuerzas Armadas no se había plegado al golpe el 11 de abril. Una parte de ellos saturó los teléfonos y faxes de Miraflores y de la 42 Brigada de Maracay pidiendo información o declarando su adhesión a la resistencia⁵.

La fuerza de los hechos hizo que Maracay se convirtiera en el centro de la resistencia al golpismo porque el 12 a las 8.30 de la noche tenían rodeada la base militar de los paracaidistas. Fue la ciudad donde mayor gente salió a las calles desde los barrios obreros del sur y donde pudieron contar con una fuerza armada que se opuso a Fuerte Tiuna. La combinación entre fuerza social y poder militar les dio confianza política. Fue un hecho que comenzó por ser social y convergió con el malestar militar. Sin la insurrección de la gente desde los barrios rodeando los cuarteles es difícil pensar que los oficiales se hubieran atrevido a salir y ponerse al frente de la resistencia. Los oficiales no tenían esa práctica política, no era su hábito ni su aprendizaje en la vida. Aunque algunos demostraron capacidades de líderes en aquellas jornadas. Quizá el caso más conocido es el de García Carneiro, que arengó a las masas frente a Fuerte Tiuna. Y el de un olvidado coronel llamado Mario Arveláez que se transformó en orador en pocas horas frente a una multitud enardecida a las puertas de la 42 Brigada. “Él fue y se colgó ahí; mira, aquí lo vemos arengando a la gente”, certificó el ex general Isaías Baduel en una declaración al periodista aragüeño Perdomo Marín⁶. Arveláez fue el vocero del Comando armado por García Montoya y Baduel en Aragua cuando escribieron el manifiesto “Restitución de la dignidad nacional” el 13 de abril a mediodía. Un papel que pasó inadvertido en medio de la rebelión de los maracayeros y los caraqueños.

El rol político organizador y de agitación lo cumplió una parte de los cuadros y líderes de la izquierda de Aragua que estaban por fuera del MVR, como Carlos Lanz, Tito Vilorio y Edward Castillo, un personaje central en la resistencia aragüeña. Y algunos de adentro como Aristóbulo Iztúriz, la negra Antonia Muñoz en Portuguesa al convocar a la calle a los campesinos, o Manuel Grillo, entre otros en Vargas. No fueron los únicos, solo algunos ejemplos de inteligencia política y valentía en medio de los acontecimientos. Los principales dirigentes del Movimiento V República no pasaron la prueba de los acontecimientos. Algunos rayaron en la traición a las masas. El jefe de esa organización en Aragua permanecía escondido mientras en La Placera gritaban 50 mil personas. La psicóloga clínica Cristina Alfonso, del Comité Asesor de Maracay, cuenta en el libro *12 de abril. El ejemplo que Maracay dio* la respuesta de este dirigente del MVR el 12 abril, cuando el

5 PERDOMO, MARÍN, Oscar, *12 de abril. El ejemplo que Maracay dio*, pp. 61-62.

6 *Ibid.*, p. 57.

padre de ella lo llamó para que asumiera la dirección de las acciones: “Viejito quédate tranquilo. Esta vaina se acabó... Aquí nadie se va a mover... ¡Ya esto se murió!”. Esa fue su única respuesta. Esto pensaron muchos más dentro y fuera del MVR⁷.

En menos de dos días desalojaron de Miraflores a los golpistas. Las acciones callejeras en Caracas, según testimonios registrados por los videoastas de los medios alternativos y militantes que participaron, comenzaron a mediodía del 12 de abril, con enfrentamientos a la Policía de Alfredo Peña, el Alcalde Mayor de Caracas, ex jefe de prensa de Chávez. En el documental *La Revolución no será transmitida* aparecen algunos hechos ocurridos en las calles céntricas, alrededor de los Ministerios y Banco Central de las avenidas Urdaneta y Baralt. Algunas acciones fueron armadas, aunque sin centralización política, protagonizadas por jóvenes de barrios pobres y militantes de izquierda del oeste caraqueño. Era la misma señal que apareció en Maracay, donde miles pidieron armas para marchar a Caracas. Las masas no ingresan a una revolución para jugar a las escondidas.

Los barrios de las Parroquias de El Valle, el 23 de Enero y Pro Patria, al noroeste, Caricuao, al suroeste, y Petare, al extremo este de la capital, fueron las fuentes caraqueñas de la resistencia. No por casualidad, allí radican los más fuertes movimientos sociales y medios comunitarios de hoy:

En este momento es la una de la madrugada y a pesar de la lluvia el pueblo se mantiene en la calle (...) Miles de personas están en las calles de Caricuao, un barrio muy populoso en el sur de la ciudad. De El Valle y Coche, dos sectores del suroeste, ha salido una marcha multitudinaria, al igual que en la Pastora en el centro de Caracas⁸.

Unas horas antes, un *e-mail* enviado a Chile había logrado hacer correr por Internet, el 12 de abril, una carta en la que se alertaba del peligro. Firmaba “Carmen”, que resultó ser Carmen Hernández, una chilena radicada en Venezuela, ex directora de arte del CELARG:

Les participo, además, que es falso que Chávez renunciara o que se quisiera ir del país. Por el contrario, se negó a firmarles la renuncia que le llevaron preparada y está detenido e incomunicado en el Fuerte Tiuna. A esta hora, 9:41 de la mañana, se están produciendo algunas manifestaciones en apoyo a Chávez, pero la TV ni las muestra.

¿Dónde comenzó la resistencia?

Una radio alternativa, cuyo nombre se perdió en la marea de informaciones, emitió el siguiente informe, captado por onda corta en decenas de

7 Ibid., pp. 107-108.

8 GÓMEZ, J., *e-mail*, 12 de abril de 2002.

ciudades de América Latina. En Buenos Aires, la emisora comercial *Radio Mundo* la copió, transcribió y transmitió de inmediato con este contenido:

En estos momentos, a las 10:15 pm queremos reportar, desde la redacción de Espacio Autogestionario, los siguientes hechos: se están dando disturbios generalizados en la zona metropolitana de Caracas, concretamente podemos decir lo siguiente: La autopista Caracas-La Guaira se encuentra cerrada debido a que seguidores del presidente democrático de Venezuela, Hugo Chávez, han manifestado por el golpe de Estado que se vivió el 11 de abril de 2002 en el país. El Centro Comercial Trapichito y la zona comercial de Guarenas, en la zona metropolitana de Caracas fueron saqueados como consecuencia de los disturbios que se han producido.

En la zona del oeste de la ciudad se ha escenificado un cacerolazo, que todavía no termina, con escaramuzas y disparos, en protesta por el golpe de Estado que depuso al presidente democrático del país. Ruperto Lugo, Lídice, La Pastora y Manicomio están bajo el cacerolazo y escaramuzas fuertes. Atacaron la estación policial de Propatria. La Avenida San Martín y la principal de Antímamo se encuentran cerradas con barricadas, escaramuzas y cacerolazos. La Zona Central del 23 de Enero se encuentra bajo un fuerte cacerolazo, escaramuzas y en estos momentos un helicóptero del Ejército sobrevuela sus inmediaciones. En horas de la tarde en el Km 0 de la carretera panamericana, grupos de manifestantes protestaban por lo que consideran que está sucediendo con el secuestro del presidente, negándose rotundamente a reconocer la versión de que el presidente Chávez habría renunciado⁹.

La militancia de formación socialista jugó un rol fundamental en la organización de la resistencia a partir del mediodía. La contraseña para no confundirse con el enemigo, la motivación a la lucha y la relación con los militares bolivarianos estuvieron en sus manos, según cuentan tres de sus protagonistas ese día, Jacobo Torres de León, Rafael Chacón y Saida Liendo.

El principal medio de comunicación para organizar las movilizaciones y la defensa fue “Radio Bemba”, o sea, de persona en persona, por teléfono celular, *e-mail*. Una de las curiosidades de la resistencia fue la actuación de la radio católica *Fe y Alegría*: a pesar de creer en milagros, fue un medio clave en la resistencia. Su información democrática los días 11, 12 y 13 de abril fue clave para desmontar el “cerco informativo” de los medios comerciales en cuyas pantallas solo aparecían tiras cómicas, telenovelas y películas de Hollywood¹⁰. En Aragua y sus pueblos vecinos ese rol lo cumplieron las emisoras *Color 99.5 FM* y *Radio Aragua*.

Cuenta la militante y funcionaria Sofía Viloría que muy poco después del discurso de Carmona, alrededor de las 6 de la tarde del día 12, se sintieron varios cacerolazos en El Marqués y barrios aledaños de la clase

9 Copia fotostática obtenida por el autor en *Radio Mundo*, Buenos Aires, mayo de 2002.

10 Luis Britto García, Roberto Hernández Montoya, Gonzalo Gómez.

media del este caraqueño y que, en las calles de Guatire y Guarenas, gente trabajadora se había tirado a las calles en protesta. En el 23 de Enero jóvenes y militantes también comenzaron a tomar los callejones y esquinas, mientras que en Maracaibo y Guárico las acciones comenzaron el día 13 a media tarde: “Era impresionante ver el metro vacío, completamente vacío en todas las estaciones, la ciudad estaba en otra parte”. Esta vívida expresión de Sofía es una muestra del impacto subjetivo del golpe y la inmediata reacción de las masas. Es difícil establecer el lugar y el momento donde comenzó la resistencia, pero es fácil saber que fue una respuesta al discurso de Carmona y a la retirada de escena de la masa derechista que lo sostuvo el 11 de abril. Lo más probable es que ocurrió como una acción simultánea entre Maracay y zonas clave de Caracas y Miranda. Es una historia por registrar.

Un escenario especial se armó en la insurrecta ciudad de Maracay, donde el general Isaías Baduel, a cargo del mayor comando aéreo del país y del Cuerpo de Paracaidistas, había decidido resistir al golpe. Baduel se transformó el 11 de abril en un héroe nacional casi por casualidad. Su rol no fue central y sobre él aún pesan serias dudas sobre su conducta dubitativa hasta el 12 de abril, en que se puso al frente de algo que había comenzado a caminar por cuenta de la gente. Pero Baduel no había caído del cielo. En 1982 fue uno de los cuatro conjurados que se reunieron frente al árbol Samán de Güere para hacer el Juramento que dio vida al movimiento militar bolivariano fundado por Hugo Chávez y Arias Cárdenas.

El libro laudatorio de Perdomo Marín lo vistió de héroe nacional a pesar de que el mismo autor relata escenas que develan a un general más bien atrapado por sus dudas políticas, su posición de comando y las relaciones discretas que mantenía con gente de los más diversos tipos: empresarios, banqueros, ganaderos, algunos de ellos implicados en el golpe, samurais, brujos y escapularios chinos. El propio Shapiro le hizo dos llamadas telefónicas el día 12, como registra el libro de Marín. Es posible que la campaña de la prensa antichavista contra Baduel semanas antes al golpe respondiera a lo que muchos creen hasta ahora: su vacilación política y la necesidad de ganárselo para el golpe. La imagen resultante de los acontecimientos lo dejaron instalado como un héroe nacional de la resistencia. Los hechos relatados en los libros de Perdomo Marín, más las consultas a militantes que actuaron en aquellas jornadas y conocieron la conducta del general Baduel, me permiten pensar que no es tanto como dicen quienes lo creyeron un héroe ni tan poco como lo ven sus enemigos de hoy.

Baduel es un subproducto militar del acontecimiento, no su paradigma y menos su figura heroica. Esa imagen es una resultante fenoménica. La rebelión de las masas en Maracay había convertido a esta ciudad en el centro de la resistencia nacional y a Baduel en su figura por haber estado al mando de su centro militar. Si las piezas se hubieran ordenado de otra manera, su rol habría resultado ínfimo debido a sus posiciones conservadoras. En él ajusta parcialmente la vieja frase “estaba en el lugar adecuado a

la hora debida”. Lo demás le vino casi solo. Los hechos son como son cuando ocurrieron. Baduel jugó un rol de indudable valor en la resistencia. Sus dudas pudieron llevarlo al bando del Estado Mayor y no lo hizo. Sus ideas conservadoras y militaristas no le impidieron aceptar la rebelión popular de Maracay y compartir con ella su destino. Y el papel jugado en el rescate del presidente en La Orchila fue decisivo.

Como a los personajes de una acción se les mide por su conducta en el conjunto de su vida, Baduel no queda bien parado cuando su imagen de héroe la debe guardar en el rincón de una cárcel por usufructuar fondos de las Fuerzas Armadas. El siguiente informe personal, escrito por un militante del ex Partido Socialista de los Trabajadores que estuvo en el frente de los acontecimientos, revela la clave del drama y su epicentro social y militar: Maracay.

MARACAY, EPICENTRO DE LA RESISTENCIA NACIONAL

Desde la noche del jueves, cuando se supo que la guarnición militar de los paracaidistas, ubicada en La Placera, estaba en rebeldía contra la Junta de Gobierno, comenzaron a aglutinarse personas en las afueras del cuartel. A la mañana siguiente, el movimiento continuaba. Algunos vehículos salían hacia los sectores populares arengando la liberación inmediata de Chávez e invitando a concentrarse en La Placera, no teniendo mucha acogida al comienzo.

De pronto, a medida que la población sintió que se trataba de un gobierno de facto y que la democracia estaba en peligro, comenzó a juntarse y a marchar. Después de las 10 am, el río humano desde los barrios no lo paraba nadie, los autobuses de la universidad, que al inicio venían hasta la mitad, comenzaron a traer gente hasta en el techo.

Los reservistas se alistaban, solicitaban armas para avanzar hacia Caracas, las mujeres pedían su incorporación señalando que podían aprender a disparar rápido, todos defenderían la democracia y su expresión era la libertad de Chávez. Se repartía el agua y los alimentos, se intercambiaban abrazos de alegría y se sufría dependiendo de las noticias, las parejas se habían despedido de sus hijos y habían nombrado a nuevas cabezas de casa, el combate que se avizoraba era hasta la muerte.

Las tarimas fueron creciendo en la misma medida que la concentración. Al principio era una camioneta vieja y unos megáfonos, después una más grande con mejores cornetas. Al final llegó una tarima que fue armada debajo de un árbol que impedía el movimiento de las personas encima y ante esta situación la multitud la levantó en peso y la trasladó.

En el cuartel los oficiales y los soldados paracaidistas se animaban y se radicalizaban a medida que se incorporaba la población alrededor del cuartel, “Libertad para Chávez hoy”, “Viva Chávez”, “Paracaidistas, paracaidistas” eran las consignas del momento. Desde el interior informaban de las guarniciones que se iban sumando a la lucha y de los que estaban neutralizados.

Afuera se confirmaba por vía telefónica de los avances populares: cerrada la autopista regional del centro en distintos sectores por los habitantes de distintos pueblos; en Caracas avanza la movilización de millares por la Avenida Sucre sobre Miraflores y columnas de manifestantes avanzan sobre el Fuerte Tiuna; concentración masiva en Maracaibo frente al periódico *Panorama*.

A la 2 pm ya estaba confirmada la toma de Miraflores por la manifestación, también se constataba que una gran concentración rodeaba al fuerte Tiuna. Para regocijo de todos: Maracay se había convertido en el epicentro de la resistencia a la Junta Provisional.

La multitud que se reunió en torno al Fuerte Tiuna en Caracas y la guarnición de La Placera en Maracay desafiaban la posible acción represiva con armamento de guerra, pero la movilización fue muy grande, paralizando a los militares golpistas que tuvieron que retroceder.

Los militares de la Guardia de Honor de Miraflores se declararon con Chávez, y junto con las masas que ya habían arrojado a la casa de gobierno tomaron el control. A las 4.30 pm el general golpista señala que la nueva junta ha cometido errores y condiciona el apoyo. Veinte minutos después, el gobierno provisional en franco retroceso anuncia la rectificación de su decreto de disolución de los demás poderes públicos y dijo que Chávez se iba del país; fue el último respiro de Carmona en el poder. El Alto Mando Militar, que se había reunido en torno al comandante general del Ejército, Efraín Vásquez Velasco, se había fracturado, los oficiales subalternos se quedaron sin mando y el país quedó sin gobierno.

13 de abril, 6PM

A las seis de la tarde la concentración alrededor de los paracaidistas de Maracay era multitudinaria y nos informan que en el palacio de Miraflores era igual. Para ese momento ya se habían restituido la Asamblea Nacional y demás Poderes Públicos, los ministros de Chávez estaban regresando a Miraflores y se esperaba el nombramiento del vicepresidente como Presidente provisional. Hasta aquí se había logrado el triunfo sobre los que intentaron instaurar una dictadura disfrazada de civilista, así lo percibíamos y comenzó una gran celebración entre los que rodeábamos la guarnición de paracaidistas. En todos los barrios populares y en las calles se festejaba el triunfo, lo que faltaba era la aparición del presidente constitucional.

Ver a Chávez

Después de este momento lo que se quería era ver a Chávez, las noticias que daban los oficiales por momentos se tornaban angustiosas ante la posibilidad de que estuviera muerto. Tres helicópteros llegaron a la base, la multitud aplaudía y gritaba, se pensó que regresaba Chávez. Con pesadumbre, informaron que se estaban preparando para el rescate, ya que el presidente seguía detenido en La Orchila y así despegaron de nuevo.

Después de algunas horas regresaron, esta vez sí se trataba de Chávez, lo habían traído al Hospital Militar que está detrás de la guarnición para un chequeo médico, pues tenía costillas rotas, pero estaba fuera de peligro. Este fue el parte que dieron los oficiales, no explicando cómo fue el rescate. Esto ocurrió aproximadamente a las 2 am y en seguida la multitud que

aún permanecía intacta comenzó a corear “¡Volvió, volvió, volvió...!”. Todos esperaban ver al presidente, aunque fuera en camilla, sin embargo, no fue así, un último mensaje del general de la guarnición que había ganado reconocimiento en la población habló para agradecer todo el apoyo que le habíamos brindado, lo cual lo describió como un gran abrazo que les daban los civiles a los soldados, conminó a las personas a irse a sus casas, ya que el presidente debía guardar reposo y tenía que viajar a Caracas. Un poco desilusionados por no haber visto al presidente, nos retiramos a nuestros hogares para verlo a través de la televisión.

Fue así como Maracay contribuyó con la movilización revolucionaria de las masas que logró destruir las pretensiones de sectores empresariales, de la alta oficialidad, sectores políticos, quienes junto a los medios de comunicación intentaron acabar con las conquistas democráticas del pueblo venezolano.

Emilio Bastidas, Maracay, 16 de abril de 2002¹¹

Ernesto Villagas escribió el mejor libro periodístico sobre el golpe de Estado de abril de 2002 en Venezuela, así como el de Alexis Rosas es la trama más ilustrativa sobre la conspiración de los generales. Las luces y sombras de aquel suceso político-mediático-militar y el maravilloso papel jugado por la masa chavista anónima y sus cuadros de izquierda revolucionaria imponen un vacío en esta historia que rodea la vida de Hugo Chávez, el hombre que desató todas las furias enemigas y las pasiones amigas de los sucesos de abril. Ese vacío comienza en él y termina en él. Alguien deberá escribir la historia de la resistencia social y militar que lo devolvió a Miraflores el 14 de abril, un hecho que no estaba en su cálculo político ni en el de sus asistentes, salvo una excepción conocida.

Acorralado en Miraflores

Pero al 13 se llegó porque el jueves 11 de abril cientos de miles de opositores de baja y alta clase media y la burguesía en pleno también se insurreccionaron. No marchaban detrás de una pancarta que dijera “Golpe”, pues nadie jamás lo ha hecho en el mundo. No era necesario: los movía un sentimiento de odio y un miedo de clase, suficientes para sentir ganas de comerse vivo al presidente y a varios de sus ministros y diputados. Los medios de prensa capitalistas habían logrado ordenar el odio como una fuerza nacional mediante una campaña sistemática que convirtió a Chávez en el demonio creador de todo lo malo y lo feo bajo el sol venezolano.

Pero el odio no nació en los medios, ellos fueron sus reproductores masivos. Su raíz se encuentra en la insostenible convivencia de esas clases privi-

11 BASTIDAS, E. Relato enviado por *e-mail* al autor el 17 de abril del año 2002.

legiadas con un gobierno que les hablaba a diario de revolución y un pueblo, pobre y de piel morena, que avanzaba en su poder social sobre el conjunto de la sociedad. Y, por supuesto, un imperio al norte del hemisferio que se cansó de tolerar las intemperancias verbales y desplantes de independencia y soberanía del presidente Chávez desde septiembre de 2001.

Afganistán fue el desencadenante porque Chávez no acompañó a Bush en esa guerra, ni en la que siguió contra Irak. El mismo mes de septiembre de 2001, las “49 Leyes” hicieron el resto. En este sentido, tiene razón el periodista venezolano Miguel Salazar cuando afirma que los golpistas de abril fueron “los miembros de un grupo capitalista desplazado por los nuevos ricos”. En el centro estaba Gustavo Cisneros.

La arremetida de Cisneros puede ser el último intento de la burguesía emergida al calor del gobierno de Rómulo Betancourt (1959-1964) y enriquecida aún más durante la gestión de Carlos Andrés Pérez (1974-1978). Cisneros no habría hecho mucho sin la orientación política de Luis Miquilena y sus allegados, así como con el apoyo de la burguesía lusinchista que tiene en Omar Camero (Televen) y Guillermo Zuloaga (poderoso metalúrgico socio de Carmona). El frente fue tan amplio que incluyó a sectores tan alejados como el vendedor de armas Pérez Reaco, a la rica colonia sionista, además de apoyarse (vaya contradicción), acota Salazar, en el *Opus Dei*... archienemigos casi milenarios. En buena medida, a esta ensalada de intereses de grupos capitalistas tan enfrentados, se debe el fracaso de los conjurados¹².

El grupo de generales, sindicalistas y empresarios que estaban por condenar a Chávez dentro del país respondían a Pérez Reaco, hombre de Carlos Andrés Pérez, el ex presidente a quien Chávez no pudo tumbar en 1992. Al otro grupo, detrás de Cisneros, le bastaba quitárselo de encima, o sea, del país. Luego se supo que, una vez en Puerto Rico, podría terminar sus días como Noriega después de la invasión yanqui del 23 de diciembre de 1989.

Con el canto de los gallos

Lo que se produjo por un desencadenamiento de grandes fuerzas sociales en pugna, movidas por intereses y sentimientos opuestos y en estado de conflicto, terminó ahogado en los salones del palacio presidencial, entre la media tarde del día 11 y las 4 de la madrugada del día 12. En esas doce horas, más o menos, el más grave conflicto social venezolano desde 1989, o 1992, se transformó en una comedia de enredos. Por suerte, fue superada por la solución progresiva que dieron los trabajadores y barrios insurrectos y los militares que resistieron.

La transformación política de nuestro personaje fue inversamente proporcional al rol que tuvo al frente de los acontecimientos. Chávez, como casi

12 SALAZAR, M., *Un tal Chávez*, p. 9.

siempre, es su mejor retratista espiritual. En la declaración que hizo ante los fiscales que investigaron el golpe develó el desarrollo de su obra. En ella develó con honestidad su acción y su parálisis política como protagonista central del acontecimiento. El esquema es el siguiente: el presidente, con la idea de que está derrotado, se refugia en su Despacho de Miraflores, donde se reúne muchas veces pero casi siempre con militares, muy pocas con civiles, como José Vicente Rangel entre algunos más. “No se ha reunido con sus ministros; solo lo ha hecho con los militares en quienes confía...”¹³.

Las masas chavistas se replegaron impotentes, asombradas por la ferocidad de la violencia de la tarde y la ausencia de ofensiva gubernamental. Ni el presidente ni los dirigentes del MVR, del PPT o Podemos les dieron una sola orientación frente al enemigo. Solo la Asamblea Popular Revolucionaria de Caracas, una agrupación de vanguardia, ofreció una respuesta adecuada, la cual fue descartada por los jefes políticos del régimen. Una buena imagen de la errada comprensión de los hechos y su dinámica la dio el alcalde de entonces, Fredy Bernal, un hombre muy ligado a los movimientos sociales y de posiciones bien firmes en esos días. El 10 de abril en horas de la noche le dijo a varios miembros representativos de la Asamblea que el intento golpista fracasaría porque “el 90% de las Fuerzas Armadas respondían al gobierno y al presidente”¹⁴. También y por motivos similares, las masas golpistas se fueron de las calles al final de la tarde del día 11. En ese punto se produjo un fenómeno social sorprendente: “La gente en sus casas no acierta a comprender lo que ha pasado (...) El pueblo insomne sigue sumido en un profundo shock por la masacre (...) Cómo ha sido posible que se haya llegado tan lejos”¹⁵. La intelectual Carmen Hernández, una chilena radicada en Venezuela que habita en un barrio de clase media alta del este de Caracas, vivió ese cambio del estado de ánimo:

Mucha gente de este barrio que había salido a tumbar a Chávez se sintió defraudada cuando vieron la represión, que los canales no informaban nada, que decretaron la muerte de la democracia en la que habían vivido medio siglo¹⁶.

Así se produjo el siguiente movimiento tectónico: ambos movimientos de masas se retiraron de escena, pero mientras que el de derecha dejó suspendido en el aire al nuevo poder *de facto*, el otro, la vanguardia y la masa chavista reaccionaron al mediodía; pasado el impacto. Pocas horas bastaron para comprender que la salida de Chávez incluía la sepultura de toda esperanza. En ese punto objetivo de la historia nació la relación de fuerzas que terminó en acto revolucionario dos días después. Este hecho no ha sido

13 ROSAS, A., *La noche de los generales*, p. 61.

14 GÓMEZ, G., Testimonio, Caracas, 2007.

15 *Ibíd.*, p. 60.

16 Testimonio, C. Hernández, julio de 2007.

estudiado, ni siquiera reseñado en clave periodística por ningún texto. Dos clases, dos condiciones de existencia, dos impulsos morales opuestos, dos acciones que revelaron una paradoja.

La resistencia masiva de Maracay se trasladó al centro político de Caracas. Allí se concentró por dos días la tensión nacional y se dividió en dos poderes cuyo vértice era la estructura militar. No surgió una fuerza social y política capaz de asumir ese rol necesario. Por un lado, estaba Miraflores, acorralado, vacilante, con graves dudas y una sola pregunta: ¿cómo negociar una salida decorosa? Por otro, estaba el Estado Mayor en el Fuerte Tiuna, la principal plaza militar del país. Allí los golpistas permanecían firmes, resueltos y exigían al presidente que firmara su renuncia incondicional y que se fuera del país. El formato para firmar ya se lo habían enviado varias veces por fax, por celular, de boca, por teléfono “fijo”, por la Iglesia, por la televisión. También le pedían que destituyera al vicepresidente Diosdado Cabello para que el camino les quedara libre. Y que se desalojaran el Palacio y los Ministerios; caso contrario serían bombardeados. Un análisis más fino hubiera dado como resultado que no tenían la capacidad ni la unidad de mando para hacer tal cosa, pero lograron impactar en la moral de su enemigo en Miraflores.

A las 9 de la noche amenazan con desplazar dos poderosos batallones de tanques. Ahí comienza la cuenta regresiva de un reloj que hace rato estaba en manos de los golpistas. La batalla se había perdido desde hacía varios días, sobre todo desde la mañana del día 11 de abril cuando las masas chavistas se fueron a sus casas desarmadas de política y de poder de fuego. La defensa física quedó a cargo de militantes individuales o grupos menores; eso condujo al incidente de Puente Llaguno. Allí, a metros del Palacio del poder, dos cuadros políticos del chavismo dispararon contra las tanquetas de la Policía Metropolitana que disparaba contra los bolivarianos que defendían el puente. Esas fueron las imágenes que aprovechó el canal Venevisión, y los demás canales, para difundirlas con el comentario: “Vea usted cómo estos miembros de los Círculos Bolivarianos disparan a mansalva contra la marcha pacífica de civiles opositores”¹⁷.

Fue fácil demostrar semanas más tarde la mentira de esa “información periodística”. Lo que resultó difícil fue sacársela de las cabezas aterrorizadas de quienes las miraban. Con ellas y otras movieron la balanza militar y la opinión pública interna y del mundo a favor del golpe. La impotencia política del gobierno crecía con las horas y una de las mejores expresiones personales fue la cadena televisiva del presidente a media tarde. Habló dos horas en medio de una situación que se tensaba a cada minuto y requería resoluciones firmes y orientación política para la acción inmediata. Con el paso de las horas de la noche, toda la obra se fue reduciendo a un cruce de mensajes entre ambos poderes que llegó hasta las cuatro de la mañana. En ese momento estaban tan agotados que Fuerte Tiuna amenazó con disparar

17 Venevisión, 11 de abril, flash informativo de las 2pm.

cañones sobre Miraflores y el presidente ofreció su cabeza para evitarlo. Así lo cuenta el propio Chávez el 4 de mayo de 2002 ante la Comisión de Fiscales del Ministerio Público: “Y tenía la preocupación de que nos agarrara el amanecer, con el canto de los gallos y no terminaba esa situación tensa y había que darle una salida...”.

La salida estaba impuesta desde Fuerte Tiuna, como se lo dijo en la cara al general González González, como a las cinco de la mañana cuando Chávez llegó al Fuerte: “Entonces él viene y me interrumpe y me dice, ‘Aquí no hemos venido a discutir nada, aquí sabemos muy bien lo que vamos a hacer’...”¹⁸. El líder bolivariano, en su precaria condición de presidente en entredicho, les venía explicando y argumentando de varias maneras que él estaba dispuesto a renunciar, siempre que aceptaran sus condiciones, que tampoco eran del otro mundo. Pedía que lo dejaran irse con su familia entera, que respetaran la sucesión del vicepresidente, de la Asamblea Nacional y que se mantuviera la Constitución Bolivariana, el producto institucional más pesado de su gestión hasta ese año.

Según registra el mejor relato periodístico sobre esa *Noche de Generales*, de Alexis Rosas, hubo no menos de quince llamadas telefónicas, incluidas las de celulares, además de unas veinte frustradas; varias transmisiones del formato de renuncia a aparatos de fax entre el Despacho de Chávez y el Comando golpista en Fuerte Tiuna; unas siete reuniones de negociación desde las 9 de la noche, entre enviados de cada bando, y por lo menos cinco generales que parecían mensajeros de un golpe que no se decidía a ser golpe y de un gobierno en ruinas que ya no gobernaba. Veamos este diálogo relatado en el libro de Rosas.

—General, déme un fax de Miraflores para pasarle una propuesta al presidente —le pide Fuenmayor.

Le da el número y todos voltean hacia el fax, expectantes; al instante sale la propuesta. Chávez la coge, la lee y mira incrédulo a los presentes, pues el decreto implica que el presidente no solo renuncia sino que destituye al vicepresidente y a los ministros¹⁹.

Lo insólito de esta escena sobre el entusiasta cruce de faxes, mensajeros y mensajes en las horas cruciales de un golpe de Estado se completa con este detalle: donde el jefe de Estado se retrata a él y al tipo de proyecto político que lo mantiene atrapado en Miraflores. “Chávez decide, antes de responder, hacerle una serie de correcciones para adaptarlo a la Constitución”²⁰. Alguien acostumbrado a leer novelas de suspenso podría suponer que estuvimos en presencia de un juego de escenas entre enemigos a punto de caerse a tiros, pues no; se trataba del golpe más novedoso hasta entonces conocido.

18 ROSAS, A., *La noche de los generales*, p. 81.

19 *Ibíd.*, p. 63.

20 *Ibíd.*, p. 63.

Su relación de fuerzas social, política y militar se debatía en papeles que llevaban y traían ditirambos constitucionales. Vista a la distancia, fue una escena insólita, solo posible en la imaginación fantástica de un novelista o en la originalidad de un hombre atípico en la historia de la conducta política. Fue el propio Hugo Chávez quien se encargó de despejar esa duda: “Yo lo leo en voz alta y yo había comenzado a agregarle cosas, a darle un toque personal, buscando la Constitución”²¹.

Esta creativa manera de protagonizar golpes de Estado, y de enfrentarlos, puede resultar interesante para la literatura de ficción, pero en la política no puede sostenerse por mucho tiempo. Y como las acciones históricas crean personajes a su medida, apareció la figura del General de los Tres Soles, Lucas Enrique Rincón. Muchos lo condenaron con verdadera injusticia como un traidor al presidente cuando, en realidad, él solamente trató de salir del embarazoso papel de mensajero entre dos bandos que jugaban a las escondidas entre el 11 y el 12 de abril. Lucas Rincón, mano derecha del presidente hasta el 11 y un ponderado militar leal, asumió involuntariamente el papel de *hombre intermedio* entre dos posiciones irresolutas y una situación polarizada. No porque Lucas dudara de Miraflores, sino porque había quedado en medio con un mensaje cuyo contenido cambiaba de palabras, no de sentido. Así quedó atrapado en el acontecimiento, aunque esa no fuera su intención. La dinámica de los hechos arrolló su rol personal, como les ocurrió a casi todos los jefes políticos y militares.

Lucas Rincón fue uno de los jefes militares que más cumplió órdenes entre un poder y otro con el borrador de la renuncia presidencial. A las 3.25 de la madrugada se cansó de una actitud que no servía para definir nada en Miraflores ni en el Alto Mando golpista. Menos le servía a él, que intentaba mediar entre fuerzas que se negaban a definirse. Así registró su pensamiento el libro del periodista Alexis Rosas:

Le hice un planteamiento al señor presidente –dirá después, según cuenta Rosas en su libro de 2005– para calmar la tensión y evitar un derramamiento de sangre, el cual consistía en hablar de la renuncia que le estaban solicitando los oficiales (...) el señor presidente me manifestó que estudiaría la situación siempre y cuando estuviese apegada a la Constitución y se cumplieran ciertas garantías²².

Se fue al Fuerte Tiuna a cumplir su misión. Pero era un mensaje mal encaminado políticamente y sin destino cierto. Bajo esa presión, el fiel general Rincón terminó dando el menos adecuado de los mensajes en el peor de los momentos. Como se sabe, la política se rige por leyes específicas distintas de las de la cultura militar. Es posible que el general Lucas Rincón haya

21 CHÁVEZ, H. R., Declaración a la Comisión de la Asamblea Nacional, Ediciones de la Asamblea Nacional, octubre de 2002.

22 ROSAS, A., *La noche de los generales*, p. 65.

sido víctima de una trampa bien armada por Brewer-Carías y sus amigos oficiales. Así parece desprenderse del estudio ponderado del libro de Ernesto Villegas: “No importa la renuncia. Ya Lucas la va a anunciar por TV y eso es más que suficiente”²³. El periodista sospecha esa posibilidad y opina que “En política, como en el fútbol, también es posible jugar posición adelantada. Aunque riesgoso”²⁴. Como dato, no hay duda de que fue así. La cuestión es *por qué* se produjo en alguien con tan alta responsabilidad institucional que no tenía ninguna duda sobre su lugar en esa batalla.

Creemos que la famosa declaración fue el resultado objetivo de una situación, no de un hombre. La indecisión colectiva de un gobierno y una dirección política paralizada se escapó a través de las veinte palabras de este general, casi el único que escuchaban con respeto los golpistas. Dijo en Fuerte Tiuna por un canal de televisión que Chávez había aceptado renunciar, sin aclarar “las condiciones” del presidente: “Ante tales hechos, se le solicitó al señor presidente de la República la renuncia de su cargo, la cual aceptó”²⁵.

El 1º de junio de 2009 el general Lucas Enrique Rincón Romero me escribió desde Lisboa, donde es Embajador plenipotenciario, para aclarar su conducta en los hechos relatados en esta biografía. Por respeto a su carta y su derecho a réplica reproduzco este párrafo:

En este orden de ideas le manifiesto que mi conducta durante las jornadas del 11 y 12 de abril estuvo ajustada en todo momento a los más altos principios institucionales, cumpliendo mi deber con lealtad, obediencia, subordinación y disciplina, apegado estrictamente a la Constitución de la República y al mando del jefe de Estado, comandante presidente Hugo Chávez, al cual he sido, soy y seré leal e incondicional hasta la muerte²⁶.

Era cierto que Chávez les había dicho a todos que estaba dispuesto a renunciar, aunque se había negado a suscribir el formato de Fuerte Tiuna. Como reseña Villegas en la página 132 de su obra:

La renuncia era apenas un rumor a las 12 de la noche. A las cuatro de la madrugada, sin más fuerza moral ni política para seguir en Miraflores, se entregó. Yo decidí ir a Fuerte Tiuna y es así como salimos de aquí, creo, a las cuatro de la mañana²⁷.

Así pasaron los dos días más largos de su vida, hasta que el pueblo y las Fuerzas Armadas lo rescataron de La Orchila. El día 12, a las cuatro de

23 VILLEGAS, E., *Abril golpe adentro*, 133.

24 *Ibíd.*, p. 133.

25 *Ibíd.*, p. 66.

26 Carta enviada por correo electrónico. *Ciudadano Modesto Guerrero*, Lisboa, 1 junio de 2009.

27 *Ibíd.*, p. 79, Declaración del Presidente de la República ante los Fiscales, Caracas, 4 de mayo de 2002.

la madrugada, Chávez selló una derrota político-militar construida durante el día anterior, preparada en meses y anhelada desde 2001. Pero Chávez esperaba que el golpe fuera “apegado a la Constitución”, lo que nadie en su sano juicio podía concederle. En correspondencia, los golpistas proponían un golpe negociado a través de un borrador. No se atrevían a entrar a los tiros como en todos los golpes del siglo XX. Así, Lucas Rincón fue la conciencia involuntaria de la derrota y el costo personal de la indecisión gubernamental. Con bastante honestidad el presidente aclaró meses más tarde a Marta Harnecker que lo dicho por Lucas Rincón era de su responsabilidad política. La dirección política del gobierno hizo un cálculo de maniobra que le salió mal. El presidente quiso jugar a la táctica dilatoria, pero no resultó. Las cartas de la relación de fuerzas estaban echadas. El general Lucas fue la víctima propiciatoria en una madrugada borrosa del 12 de abril.

El golpe del 11 tanto como el contragolpe del 14 se parecieron a sus protagonistas. La única estrategia del gobierno y de Chávez fue “evitar el enfrentamiento en las Fuerzas Armadas y el derramamiento de sangre”. Ni lo uno ni lo otro se pudo evitar. Su más grave falla como eje del poder es haber reducido la reacción de toda la clase enemiga respaldada por el imperialismo a un lío entre oficiales, desarmando políticamente a la población y a sus propios oficiales leales.

Dos personajes clave del gobierno lo reflejaron con ribetes de patetismo. José Vicente Rangel, “el más veterano” —como lo suele definir Chávez—, rogó el 11 al mediodía a Marcel Granier, del canal golpista RCTV, y a Federico Ravell, de Globovisión, que hicieran algo para impedir la llegada de la marcha del este a Miraflores. El mismo día José Alborno y toda la dirección del partido chavista Patria Para Todos le suplicaron al embajador yanqui Charles Shapiro “su intervención para impedir una tragedia”²⁸. Aquella manifestación de impotencia política tuvo su complemento en otro sector de cuadros políticos formados en la guerrilla de la década del sesenta.

Con la buena intención de enfrentar al enemigo esquivaron la realidad y buscaron otra salida. Unos sesenta se reunieron clandestinamente en el barrio de San Bernardino y hablaron de irse a la montaña otra vez, “coger el monte” se dijeron a sí mismos. Quien relató esta peripecia en Buenos Aires en 2003, Jacobo Torres de León, jefe de la FBT, dijo hilarante: “Los miré a todos y les dije: ‘Quién sería capaz de correr una cuadra seguida sin un infarto. Mi barriga es como un círculo bolivariano en expansión y la gente no nos acompañará a la lucha armada’”. Jacobo tuvo razón. Coherente con su chiste, al día siguiente se le vio al frente del tsunami de chavistas que paralizaron el golpe en Miraflores.

Más profético resultó un anónimo funcionario y militante que aparece en el documental *La Revolución no será transmitida* diciéndole al Alcalde Menor de Caracas, Fredy Bernal, y al ex viceministro de Educación: “La gente no se la va a calar, ya vas a ver que la gente no se la va a calar”. Era

28 *Ibíd.*, p. 25.

como la medianoche y ambos funcionarios reposaban en el piso de uno de los pasillos de Miraflores. La actitud y la pose de ambos contrasta con la activa convicción del anónimo chavista. Al parecer era un asesor político del viejo diputado bolivariano Morales. Sus palabras resultaron proféticas, aunque no pasaba de ser una sensación, pues no dijo cómo o de qué manera podría ocurrir tal cosa.

El conflicto ahogado en el Despacho Presidencial tuvo que ser resuelto en las calles por las masas insurrectas en combinación con los oficiales y soldados bolivarianos. La decisión final de Chávez resulta de un mar de indecisiones políticas previas cuya relación de fuerzas ya se había vuelto en contra días atrás. Eso explica la sorpresa de un golpe anunciado hasta en documentos capturados al enemigo. La naturaleza del régimen impedía preparar una defensa con métodos revolucionarios que disuadiera el poder de los golpistas. Tanto la llamada de Fidel como la aparición de Lucas Rincón por TV no variaban la relación de fuerzas. La resistencia armada propuesta en las primeras horas por los ministros Rangel e Istúriz llegó como una bala fría, a destiempo y sin conexión con las vanguardias bolivarianas, los organismos de trabajadores, los barrios y los batallones leales. Era un problema de poder y había que resolverlo por medios revolucionarios. La dirección política en general y Hugo Chávez en particular expresaron los límites del régimen y del movimiento social que los sostenían. No existían organismos políticos para superar la irresolución gubernamental. Desde las seis y algo de la mañana del día 12, la prensa lo presentó como un “asesino”; él se vio durante todo el día en la pantalla del televisor que le dieron en su pieza de recluso provisional, bajo el estigma de su bisabuelo Maisanta, de quien su abuela solía decir que fue un asesino.

“Otra vez preso, hijo”, fue la frase que le dijo su madre cuando se metía en el carro que lo llevó a Fuerte Tiuna. Aquella frase le debe haber revuelto la memoria de las derrotas que más había temido. De ellas sabía por su bisabuelo, cuando la obsesión lo llevó a descubrir que había sido un guerrillero derrotado, pero también por la izquierda que conoció en su adolescencia de la mano de un “viejo comunista barinés”. Era la misma memoria que guardaba del primer paradigma vivo que conoció del nacionalismo latinoamericano, a los 21 años, cuando fue a Perú y estuvo con Juan Velasco Alvarado, se impactó y luego, en 1975, lo vio depuesto por un general similar a los de Fuerte Tiuna. La derrota también tuvo el rostro de Manuel Noriega, cuya derrota había presenciado; o la entrega de Perón en 1955, de la que no sabía nada. También la recordó en el Bolívar exiliado para siempre en Santa Marta; en Sucre, asesinado en Berruecos, o en Miranda, recluido sin razones hasta la muerte en La Carraca. Demasiadas imágenes, demasiados fantasmas en sus horas tranquilas en La Orchila, adonde llegó como derrotado un día y al otro salió triunfante para comprobar, como aquel 4 de febrero de 1992, que la historia suele deparar sorpresas a los planes de sus hombres y mujeres.

Digamos, Hugo Chávez quedó atrapado en las contradicciones de un proyecto que pudo llevar hasta donde pudo: 11 de abril de 2002. Pero había

llegado a un punto en el que tenía que decidirse. Eso lo comenzaba a hacer con las leyes de septiembre, pero sin la debida organización social para resistir la inevitable reacción. Aprendió en abril que la profundización de la revolución era la única manera de salvarse de la condena que él mismo había pautado para esos casos cuando dijo “Que Hugo Chávez termine siendo un despreciable, porque llegó a la presidencia de la República y terminó siendo uno más”²⁹.

29 *Habla el comandante*, Caracas, 1998, p. 520.

OCTAVA PARTE

UNA FUERZA DESATADA
POR AMÉRICA LATINA

Un vecino complicado

La tensión se hace inevitable cada vez que el presidente venezolano declara a la prensa, habla a la masa que lo sigue o cuando hace su programa dominical *Aló, Presidente*. La maquinaria de Miraflores, las embajadas, la Asamblea Nacional y los ministerios suelen ponerse en marcha tras sus acciones y palabras.

El que trabaja con Hugo Chávez sabe que debe estar “siempre listo”, como los bomberos, y si no, se le incendia la casa. Francisco Arias Cárdenas dijo alguna vez que Chávez “es una máquina de moler funcionarios”. Maneja la diplomacia y la política como si se tratara de un teatro de guerra. Va creando situaciones que son sustituidas con nuevas situaciones, en un estado transitivo sin solución de continuidad. Es una dialéctica que le ha servido para resolver problemas, aunque a veces no le sale bien. El límite suele estar en la relación de fuerzas internacionales, que es el punto donde termina la ventaja relativa que Chávez tiene al interior del país: “Uno está trabajando normalmente en una vaina, en una agenda, y aparece una declaración del comandante y ahí entramos en estado de locura, todo el mundo se pone en marcha como si fuera una maquinaria de guerra”¹.

La reacción se potenció en los cuatro años que debió enfrentar al presidente George Bush, a quien ha calificado de maneras tan diversas como desconocidas en la historia política latinoamericana. En 2004 lo llamó “pendejo” y lo acusó de ser un presidente “borracho”, en respuesta a una frase en la que Bush cuestionaba la legitimidad del gobierno venezolano. También lo llamó “asesino”, “terrorista”, “cuatrero del oeste”, “Mister Danger”, “pavoso”, “canalla”, “el beodo de la Casa Blanca”. A su secretario de Estado, Donald Rumsfeld, lo llamó “Mister Dog” y a Condoleza Rice le hizo bromas como mandarles besos o compararla con la liviandad e insulsez de un grano de arroz, aprovechando el significado de su apellido.

1 RIVERO, J. R., ex ministro de Trabajo, Caracas, 2007.

Al ex presidente de México, Vicente Fox, le dijo que era “el cachorro del imperio” en octubre de 2004, al final de la Cumbre Presidencial de las Américas en Mar del Plata, cuando Fox cuestionó su denuncia al ALCA y su “falta de méritos democráticos”. También le dijo “cachorro del imperio” al presidente de ese año en El Salvador. Al aprista Alan García, presidente del Perú desde 2006, lo llamó “embustero” y “demagogo”, aunque Alan, un buen socialdemócrata acostumbrado a negociar prefirió la conciliación; sabe que Perú depende de la Comunidad Andina de Naciones, donde Venezuela sigue pesando a pesar de haberse ido. Un año después Alan García le propuso un pacto de lo que llamó “buena vecindad”. Chávez lo aceptó de buen agrado.

Su formación cristiana le impide guardar demasiados rencores personales y es proclive a acordar sin dificultad, sobre todo cuando la veta religiosa coincide con la oportunidad política. Lo ha demostrado en múltiples circunstancias, algunas de gravedad, como la del golpe de Estado contra él en 2002. Chávez y el fiscal Isaías Rodríguez, un abogado y poeta humanista, acordaron sin muchas vueltas liberar a los golpistas detenidos en Miradores. A pesar de que algunos de ellos lo querían ver muerto.

Uno de los rasgos llamativos del régimen bolivariano es que reposa sobre una amplia democracia política, lo que se expresa hasta en indulgencias oficiales que en algunos casos orillan el error. Un ejemplo de esto fue el perdón a los golpistas y a *Radio Caracas tv* en 2002 cuando impidieron a miles de chavistas la toma de la planta para convertirla en un gigantesco canal comunitario. Este tipo de régimen no autoritario es una rareza histórica si lo comparamos con cualquiera de los regímenes nacionalistas similares del pasado, cuyo signo fue el autoritarismo o el ahogo de libertades básicas. Es la misma perversión institucional que registraron los regímenes llamados del “socialismos real” del siglo XX.

En Venezuela no se conoce de ministros y altos funcionarios execrados, encarcelados, expulsados o fusilados por haber salido del poder debido a algún error grave o ineficacia. Se ha sabido de abusos o atropellos individuales de militantes o luchadores sociales; pero ocurre lo mismo que en la vida de la prensa: no existe un aparato de represión, de tortura a las personas o de cercenamiento de la libertad de prensa y medios. Un caso grave por sus efectos fue el del ex ministro Eduardo Samán, desplazado del gobierno por presión de funcionarios incómodos con su conducta revolucionaria contra empresas multinacionales. Otro, el del extinto general Alberto Müller, que prefirió huir del “nido de alacranes” antes de que fuera tarde. Dos embajadores venezolanos fueron despedidos de sus sedes diplomáticas de Buenos Aires en 2005 y en 2006 en tiempos sucesivos, por errores políticos, por abuso de poder y por personalistas. Lo que revela interés es que pudieron recrearse en el escenario político venezolano sin ser sometidos a la vindicta pública. Igual pasó con ministros que fueron dados de baja entre 2005 y 2007 por no cumplir planes sociales con presupuestos asignados, por ejemplo, para construir viviendas. Hubo ministros que quedaron olvidados, postrados y

apartados del poder por estar involucrados en corrupción, como Dávila y Albarrán o, más recientemente, el dispendioso gobernador de Apure. En una lista de este tipo deben ingresar aquellos que patrocinaron o participaron del golpe de abril, como Luis Miquilena y Alfredo Peña, además de los diputados chavistas que se vendieron el 11 de abril.

Para los políticos tradicionales, de izquierda y derecha, ha sido chocante que varios funcionarios hayan sido despedidos en público ante las cámaras de televisión, en varios casos dentro del programa *Aló, Presidente*. Sin embargo, el no haber sido condenados a la hoguera ni sepultados en el ostracismo fue visto como una expresión más de la democratización de la vida política. Hugo Chávez ha debido recurrir a la disculpa pública en algunos casos, donde el despido fue ejecutado con ademanes de burla y escarnio, como el de la primera semana de abril de 2002, cuando echó de la Gerencia Mayor de PDVSA a miles de gerentes golpistas, haciendo sonar una campanita y diciéndoles “pa fuera”, mientras iban pasando en “fila india”. A las dos semanas, cuando les solicitó disculpas por televisión y los repuso en sus puestos, el gesto político superó la anécdota. Fue visto como la continuidad de una forma atípica de ejercer la vida pública. En todo caso, lo contrario a lo que haría un régimen autoritario.

Uno de los mayores peligros de autoritarismo concentrado en la persona del líder ocurrió la primera semana de junio cuando reprochó a los intelectuales chavistas y de izquierda reunidos en el Centro Internacional Miranda por haber opinado que padecía el defecto de “hiperliderazgo”. No solo no fueron presos ni exiliados, ni escupidos en la calle, el mismo Chávez reflejó el aspecto democrático del régimen con estas palabras: “No estoy molesto con los intelectuales pero también puedo criticarlos”. Pero la tendencia bonapartista se coló por las rendijas de los niveles inferiores. Un viceministro propuso que el CIM fuera eliminado. En realidad, este vice hablaba por muchos más, algunos de ellos ministros que deseaban ver a “los presuntuosos intelectuales” fuera del gobierno.

Si es cierto el concepto marxista de que un régimen contiene la relación de fuerzas temporal entre las clases, sus sectores y grupos, debemos suponer que los intelectuales bolivarianos se salvaron de la hoguera porque la balanza no estaba a favor de los candidatos a Bonaparte, taimados en los pliegues de las faldas institucionales. Con su más poderoso enemigo interno hasta 2002, Gustavo Cisneros, amigo y socio del clan Bush, *factótum* del golpe de abril, acordó una suerte de “armisticio”. Fue a solicitud del empresario, en una reunión entre ellos dos solos el 15 de abril de 2004, patrocinada por James Carter en persona². Cisneros dejó de hacer campaña sistemática en su contra por su poderosa red de medios en todo el hemisferio y Chávez no se metió con la concesión del canal 9 (*Venevisión*) en el espacio radioeléctrico de Venezuela. El 11 de julio de 2007 Gustavo Cisneros declaró que “los cana-

2 SALAZAR, M. “El verdadero ejecutor de la orquesta del golpe fue Gustavo Cisneros”, *Un tal Chávez*, LVM Editores Caracas, 2005, p. 8.

les de televisión no pueden confundir sus funciones con la de los partidos”. Cisneros decidió recular³.

Otro caso emblemático fue el de Francisco Arias Cárdenas, su mayor amigo en las armas y peor enemigo en la política. Arias Cárdenas se alejó de Chávez en 1993 en la cárcel, se hizo aliado del gobierno de Caldera y terminó como el candidato de la oposición contra Chávez en las elecciones de 2000. Algunos años en el silencio de la soledad política lo convencieron de volver a su origen bolivariano al lado de su viejo camarada. Su acercamiento personal estuvo acompañado de solicitudes de viejos oficiales bolivarianos y de políticos allegados a Chávez. Lo convencieron sin mayor resistencia del reencuentro con el cerebral andino. Se trataba de un oficial bolivariano tenido como uno de los héroes de 1992, cuando tomó el poder en Maracaibo con una acción comando que duró menos de dos horas. Junto con Maracay y Valencia fue el mayor triunfo militar de la asonada de 1992. En 2006 se rejunieron. Arias pasó a trabajar en altos cargos de la Cancillería; Chávez le rindió un homenaje personal en el acto del PSUV el 19 de abril en el Poliedro de Caracas ante 9 mil militantes y todo el cuerpo ministerial. Hoy es una pieza fundamental de la estrategia diplomática del régimen. Esto era inencontrable en cualquier gobierno similar al de Chávez.

Al que no perdona ni que se lo pida Dios es al presidente George Bush. La confrontación con este jefe de turno en la Casa Blanca quedará para la leyenda en los anales políticos del hemisferio. Pocas veces se conoció algo similar, ni por tanto tiempo ni con el estilo discursivo que hemos presenciado. Así, en marzo de 2007, en la cancha de fútbol del Club Ferrocarril Oeste en Buenos Aires, llamó “cadáver político” al presidente más poderoso del mundo, mientras este sobrevolaba el Mercosur desde Brasilia hasta Montevideo. Lula y Tabaré, sus dos principales socios, tragarón grueso esa noche, pues ambos mantenían buenas relaciones económicas y políticas con Washington. Sobre todo Tabaré Vázquez que cometió la lujuria de firmar el “Pacto de protección de inversiones” el mismo día que Chávez y Kirchner se enfrentaban a Bush y Fox por el ALCA en Mar del Plata.

El presidente de Argentina casi cosecha sus propios costos políticos a pesar de ganarse el elogio de Chávez a Perón. Los gritos del venezolano salían de la capital de Argentina, donde la próxima candidata presidencial era Cristina Fernández de Kirchner, la mujer del presidente. En aquellos años ella era muy allegada a Hilary Clinton. Al asumir la Presidencia, en diciembre de 2007, la mujer resultó la continuadora de la obra de su marido, pero con más enfrentamientos con Washington que él. En enero de 2001 Cristina se atrevió a la acción soberana de controlar un avión mafioso del gobierno de Estados Unidos y devolverlo por donde vino. El propio Néstor se habría sorprendido de tanto atrevimiento. En 2008 cuando el caso del corrupto Antonini Wilson salpicaba a ambos gobiernos y el FBI aprovechaba, acusó a Washington de estar “sembrando basura”. Pero esa noche, mientras ella era

3 Aporrea, 12 de julio de 2007.

la candidata y mantenía buenas relaciones con la Clinton, Hugo Chávez se atrevió a decir en su país que Bush se estaba convirtiendo en “polvo cósmico”. Le puso el sello de presidente en desgracia con palabras que no tienen registro en la historia del nacionalismo:

Ya ni siquiera huele a azufre, lo que se inhala es el olor de los muertos políticos y dentro de muy poco tiempo se convertirá en polvo cósmico y desaparecerá del escenario, no hace falta ningún sabotaje, es una coincidencia la visita (...) No hace falta sabotear una gira que ya está perdida⁴.

Unas semanas antes de Ferro había llegado más lejos en las Naciones Unidas, tratándose de la rigurosidad protocolar de ese escenario del poder mundial. No solo le dijo que olía a azufre, además lo mandó a un psiquiatra y convirtió en *best-seller* un libro del escritor radical Noam Chomski, un investigador crítico de Bush. En 24 horas, el libro de Chomski, cuya lectura recomendó en su discurso, pasó del puesto 66.000 en el *ranking* de ventas al lugar número uno en el mercado yanqui:

Ayer –dijo pausado y medio risueño en la tribuna más respetada por los dueños del planeta– vino el diablo aquí (risas y aplausos), ayer estuvo el diablo aquí, en este mismo lugar. Huele a azufre todavía en esta mesa donde me ha tocado hablar. Ayer, señoras, señores, desde esta misma tribuna el señor presidente de los Estados Unidos, a quien yo llamo “El Diablo”, vino aquí hablando como dueño del mundo. Un psiquiatra no estaría de más para analizar el discurso de ayer del presidente de los Estados Unidos⁵.

Chávez, un “outsider” de la política –como lo llaman sus biógrafos enemigos Barrera y Marcano en *Chávez sin uniforme*– se convirtió desde el año 2002 en el político sobre el que más se escribe y se lee. Simplemente es noticia con la misma intensidad de un terremoto japonés. Un reportaje publicado por el semanario argentino *Perfil* del 8 de abril de 2007 señala que supera lo que se dijo sobre Charles de Gaulle, el único personaje que se le acerca en interés literario. El librero caraqueño Rafael Castellanos ha recopilado casi 1500 títulos distintos referidos al presidente bolivariano, aunque alerta que apenas dos tratan sobre el “costado humano” del líder caribeño. “Lo que él ha escrito y lo que se escribe sobre él ha rebasado todos los parámetros alrededor de cualquier experiencia bibliográfica de líder alguno en el mundo dentro de su tiempo”, comentó Castellanos⁶. Algunos años después Castellanos amplió su investigación y multiplicó por cuatro su hallazgo documental.

El interés que despierta a favor y en contra no solo responde, como pudiera pensarse, a la poderosa multiplicación mediática de la vida actual.

4 CHÁVEZ, H. Discurso en el Estadio de Ferro, Buenos Aires, 9 de marzo de 2007.

5 www.gobiernoonlinea.org.ve, 20 de septiembre de 2006.

6 *Perfil*, Buenos Aires, 8 de abril de 2007, pp. 8-9.

Hay mucho más. No tendría explicación sin por lo menos dos hechos: Chávez llegó al liderazgo social en 1992-1999, un momento mundial que parecía un “desierto” a favor de las ideas capitalistas. Pocos períodos del último siglo y cuarto fueron tan procapitalistas y proimperialistas como el de los años noventa, a partir del derrumbe de la URSS y el Muro de Berlín, las privatizaciones en China, Vietnam y el agotamiento de Cuba. Chávez apareció como una centella en una noche de fin de siglo y aún sin ser un anticapitalista, cuando apareció fue visto como una figura redentora contra lo existente.

Pero no olvidemos el factor humano: Chávez es el político menos “político” de cuantos han aparecido en el mundo de la política. Para que nos dé este resultado debemos medirlo con parámetros distintos al del “político profesional” formado en la sociedad burguesa, según ese modelo de Estado. Allí aparece una de sus paradojas. Hasta su tipología étnica y los modos culturales de sus poses públicas, la discursiva que usa y el estilo personal alimentan su mitología en este tiempo de fría posmodernidad y “muerte de las ideologías”. Él rompe los esquemas aun para el más trasgresor esquema de funcionamiento de la política. También es verdad que su posición dominante como jefe de un Estado que sigue siendo burgués lo aproxima hacia ese esquema de sociedad. Incluso, aunque él no lo sepa.

2007, un presidente sin apuros

El 29 de mayo del año 2007 el presidente Hugo Rafael Chávez Frías leía informes gubernamentales en su Despacho, acompañado de sus ineludibles cafecitos aguarapaos. Contra lo que pudiera suponerse, no era un día de nervios en Miraflores. El sol que entra por los ventanales del viejo palacio presidencial no traía los gritos de los estudiantes que ese mes protestan contra la decisión de no renovar la licencia al más antiguo canal de televisión, *RCTV*. Es que las manifestaciones eran poco nutridas, apenas centenares en cada salida y eso le quitaba la fuerza que tuvieron sus enemigos hasta 2004 cuando movilizaban decenas de miles.

Ese fulgurante año el jefe de Estado no se siente acorralado ni paralizado como aquel día en que **lo alejaron** cuarenta y siete horas del poder. “A cada 11 le llega su 13”, grita Chávez desde la tribuna ataviada a la entrada del Palacio de Miraflores, el 13 de abril de 2007 en la quinta celebración del triunfo antigolpista. Caracas y las principales ciudades se vistieron este año con afiches, volantes y portavoces que reproducen esa consigna con un pueblo y un líder que se sienten a buen resguardo de diluvios y terremotos. Aunque Washington seguía siendo su principal peligro, el desprestigio de George W. Bush y otras condiciones internacionales lo beneficiaban y “el imperio diabólico del norte”, como suele denominar a los Estados Unidos, no constituía una amenaza inmediata en aquel momento.

La economía estaba en su mejor período de facturación con las reservas monetarias más altas en la historia del país y el barril de petróleo por las nubes; la mayoría pobre consume, como no se recuerda, una renta petrolera que se derrama hacia abajo en obras sociales de alcance masivo en educación y salud, construcción de trenes, nuevas fábricas, cooperativas, expansiva inversión industrial y agrícola, recuperación de tierras ociosas; las Fuerzas Armadas son más chavistas que nunca y una parte de la burguesía interna gana tanta plata que no tiene tiempo para andar metida en conspiraciones. Hasta la clase media que antes salió a las calles esta vez dejó esa tarea a sus hijos, los estudiantes de colegios privados y de la UCV.

Y si algo le faltara para estar tranquilo en Miraflores, el 27 de mayo a las 12 en punto de la noche, sacó del medio por una vía legal a su principal enemigo mediático, *RCTV*. Al mismo tiempo, centenares de medios comunitarios expanden por ciudades y pueblos una nueva opinión pública, y los movimientos sociales están preparados y organizados para la defensa junto a los reservistas y los soldados bolivarianos. Chávez siente que está en el año estelar de su gobierno. Se nota en la calle y se ve en su cara.

En forma de insoportable agotamiento psíquico lo reflejó el sector más radical de sus enemigos internos y externos. A falta de votos para ganarle o apoyo para un golpe, claman casi a diario por su muerte en Miami, en Caracas, en Madrid y en Bogotá y a través de la Internet. En Estados Unidos, el mediático pastor evangelista Pat Robertson se atrevió a pedirle a Dios en su programa semanal, uno de los más mirados, que lo saque de este mundo por impío. En una cadena de televisión del medio oeste norteamericano se transmitió una serie, al estilo de los culebrones venezolanos, donde Venezuela es invadida y el presidente Chávez capturado y fusilado⁷.

El mismo destino sugirió el influyente diario del Estado español *El País*. El penúltimo día de junio de 2007 anunció, en amplios titulares de su tapa, el lanzamiento de un videojuego cuyo objetivo es matar al presidente venezolano. “Hay que verlo para creerlo. Los superhéroes son mercenarios y se dedican a lanzar misiles por los edificios de Caracas”⁸. Parecido al amor y al odio, que suelen viajar juntos, el deseo público de asesinarlo es, en realidad, una confesión de impotencia que revela una relación de fuerzas internas a favor de lo que parece ser una buena estrella del líder bolivariano.

Ese año el presidente cumplió su agenda casi en paz. Revisó viejos y nuevos libros que usó para un discurso al que le dio una importancia fundamental el 2 de junio en la Avenida Bolívar de Caracas. Ese día le dijo a los yanquis que el pueblo lo apoyaba y pidió a sus seguidores que se convirtieran en militantes del Partido Socialista Unido de Venezuela, el cual se fundó ese año con más de cinco (5) millones de afiliados en barrios y fábricas; crecido hasta más de los siete (7) millones a los tres años. De la noche a la mañana Chávez se encontró a la cabeza de la organización más grande de la izquierda latinoamericana. Las masas, el proyecto, la militancia. Y él, concentrando un poder simbólico y real cuya carga es mayor en un mundo que gira en sentido contrario y un pasado continental de derrotas y capitulaciones que no lo ayuda.

¿Como haría para resolver estos dilemas combinados? ¿Vendrían en su ayuda otros procesos revolucionarios? ¿Seguirá Estados Unidos descuidando su “patio trasero” a favor de guerras interminables al otro lado del planeta?

7 <http://www.youtube.com/cordonsanitario/aporrea,02/06/07>.

8 www.rafaal.com - www.aporrea.org, 30/06/07.

¿Lograrán matarlo en el camino, confirmando el “destino trágico” que siente delante de sí? ¿Cuánto más aguantarán sus seguidores el encontrarse entre el sueño de la “revolución bolivariana” y lo que más les molesta: la corrupción y la burocracia depredadora? ¿Se desarrollará el “poder popular” que proclama en barrios y fábricas para defenderlo del próximo embate y sanear la democracia enferma al interior? ¿Lo subestimarán menos sus enemigos? ¿Se superará a sí mismo dejando de ser tan contradictorio y paradójico al punto de parecer varios Chávez?

Es un juego de fuerzas sociales y ritmos políticos cuyo eje es él con toda la carga de su subjetividad. La sorprendente simbiosis entre su personalidad y el proceso revolucionario coloca en sus espaldas una responsabilidad histórica pocas veces vista. De la resolución de estos dilemas dependerá su tranquilidad en el Palacio, y sus infalibles cafecitos humeantes y “aguayoyados”, es decir, rebajados con agua, cuyo aroma suelen trasladarlo a Sabaneta donde sus abuelas lo criaron y lo llenaron de fantasmas.

Contra “loros” y “lacayos” del Mercosur

También ha sido capaz de condenar a la hoguera a dos bloques comerciales, diciéndoles que “están muertos” o “moribundos” o que desaparecerán “si no dejan de ser neoliberales”. Eso hizo con la Comunidad Andina en enero de 2006 y con el Mercosur tres meses después y luego el 2 de julio de 2007. El 28 de mayo de este último año acusó de “loros” que “repiten el discurso de Washington” a los senadores brasileños que lo atacaron por no renovar la concesión a *RCTV*:

Hoy veíamos una declaración del Congreso de Brasil instándome a mí a que le devuelva la concesión a ese canal; a esos representantes de la derecha. Les puedo decir que mucho más fácil sería que el imperio portugués vuelva a instalarse en Brasilia a que el gobierno de Venezuela vuelva a darle la concesión a *RCTV*⁹.

Al día siguiente Lula no pudo quedarse callado; desde la India, al otro lado del planeta, manifestó su solidaridad con sus compatriotas del Senado brasileño, a pesar de ser opositores a su gobierno. Es que además representan el *lobby* que trabaja para los dueños del Mercado Común del Sur en Brasilia, los mismos que treinta y tres días después llevaron a la reunión del Parlamento del Mercosur, los días 25 y 26 de junio, una propuesta de condena al gobierno venezolano. Fuentes de los gobiernos argentino y brasileño confesaron que “no esperaban” la respuesta que dio el líder bolivariano. Los sorprendió desde Moscú, adonde fue a visitar a Putin y comprar submarinos. “No nos desespera entrar a un viejo Mercosur que no quiera cambiar. Si no podemos entrar al Mercosur porque la derecha brasileña tiene más

9 Telesur/Aporrea.

fuerza, entonces nos retiramos... Yo incluso soy capaz, soy capaz de retirar la solicitud”¹⁰. Y para que supieran de lo que es capaz no asistió a la reunión de presidentes del bloque, se embarcó para Moscú a hablar de Carlos Marx, Lenin y “el contrapeso antiimperialista” que fue la URSS. Con este inesperado redoble de la apuesta Hugo Chávez llevó la situación hasta casi patear el tablero. Puso en acción todos los resortes parlamentarios y mediáticos enemigos suyos en la subregión, y obligó a Lula a responderle que si quería irse, pues que se fuera:

Obviamente que para entrar tiene que tener la aprobación de los cuatro miembros del Mercosur, tendrá que tener la aprobación de los cuatro Congresos nacionales del Mercosur. Ahora, para salir, no tiene reglas. Basta que no quiera quedarse y no se queda¹¹.

El *lobby* industrial de São Paulo se dio por satisfecho y Celso Amorín, canciller de Lula, el más distante de Venezuela en el bloque, se sintió aliviado en lo más profundo de su alma. Al día siguiente tuvo que intervenir el presidente del país que más perdería si Venezuela no ingresaba al bloque: Néstor Kirchner. Su amigo argentino lo llamó el 3 de junio para decirle que se calme que algo iban a hacer para buscar una solución. Al mismo tiempo le pidió a Lula por la prensa que haga “algo para acelerar la integración del venezolano al bloque”. Eduardo Sigal, ex secretario de Asuntos Latinoamericanos de la Cancillería argentina, lo retrató más claro diciendo que “Venezuela es indispensable” en el Mercosur. Al mes casi se encuentran de nuevo en el Estadio de Macaraná inaugurando los Juegos Panamericanos: una señal de Chávez, pero sobre todo del Mercosur. Al final del recorrido, Chávez ganó la partida a sus enemigos en el bloque sureño de comercio. En julio de 2012, ingresó al Mercosur por la puerta menos pensada. El pretexto se lo brindó el golpe institucional del Senado paraguayo al presidente Fernando Lugo, en el mes anterior, junio. La suspensión de Paraguay del Mercado Común del Sur significó, en forma automática, aunque cuestionada jurídicamente, la aprobación por unanimidad de la integración inmediata del Estado venezolano. Un diario llamó a ese mecanismo sorpresivo “la puerta giratoria”.

Este episodio pasó, como pasarán otros que serán inevitables tratándose de Hugo Chávez Frías. Lo que verán continuar es lo que más quisieran evitar: el vecino más incómodo del vecindario derechista. Aquí develó el líder bolivariano uno de los signos clave de su personalidad política. Su formación fuera de los moldes de la cultura política burguesa y de los partidos-aparato de la izquierda, dos razones que lo habían convertido en un adocenado de la diplomacia y del manual de gobernar, como ha ocurrido con tantos en el continente. Ese rasgo sostiene su naturaleza reactiva, que

10 *Clarín*, 1º de julio de 2007, p. 30.

11 DA SILVA, Ignacio “Lula”, *Presidente de Brasil*, O Globo/BBC, 04/07/07.

le impide el arrinconamiento o la pausa diplomática. “Viniendo de Chávez, nada debería sorprendernos”, señaló un importante editorialista del diario *Clarín* de Buenos Aires¹².

Chávez usó los dos mejores recursos de poder que tiene a mano en 2007. Por un lado, el nuevo peso geopolítico de Venezuela en Latinoamérica, donde es más necesaria su energía barata y sus copiosos petrodólares. Al mismo tiempo, Chávez sabía de su peso político en el hemisferio. Así lo señaló un periodista que lo combate a diario desde Estados Unidos y Buenos Aires, el argentino radicado en Miami, Andrés Oppenheimer: “El problema es que después de cuatro años, Chávez ha emergido como el único presidente que puede mostrarse a sí mismo como un líder continental”¹³.

Año y medio después de Oppenheimer, este creciente rol fue registrado por el diario *Clarín* pero respecto de Brasil. En medio de la amenaza de decirle adiós al Mercosur desde Moscú, el diario señaló: “En especial en Brasil, cuyo *establishment* tiene desde siempre una ambición de liderazgo regional que el bolivariano puso en cuestión con ayudas concretas a Argentina, Bolivia, Ecuador, Cuba, Haití, Nicaragua o Jamaica”¹⁴.

Él sabe que la movida dentro del Parlamento del Mercosur y en sus órganos ejecutivos es parte de una nueva ofensiva conocida desde junio de 2007 como “golpe lento”, comenzada el 27 de mayo a propósito del retiro de la licencia a *RCTV*. En los cuatro parlamentos del bloque sureño se tramitaron Proyectos de Declaración contra Venezuela exigiendo “respeto a las libertades”, etc. Hasta el mes de julio de 2007 esperaron turno de tratamiento tres Proyectos en el parlamento argentino, y en el de Uruguay ya se había comenzado a discutir un Exhorto y un Proyecto de Declaración. Lo mismo sucedió en el Parlamento de Paraguay, donde se espera el turno para tratar un Proyecto de Declaración en el mismo sentido de los anteriores. Los de Chile y Brasil fueron difundidos por la prensa y adquirieron ribete de escándalo cuando el presidente venezolano decidió llamarlos como los llamó: “loros” y “lacayos”.

Su respuesta a los chilenos llegó al extremo de poner en cuestión las relaciones diplomáticas durante unas semanas, con retiro de embajador incluido. Hasta la presidenta Bachelet tuvo que pronunciarse a favor de sus propios opositores locales, al estilo de Brasil. Dijo que “el respeto a la libertad de expresión es la regla de oro de nuestra historia política”, como si tratara sobre un asunto académico dentro de un ambiente aséptico, y no lo que es: una batalla más entre una medida defensiva de un gobierno nacionalista y un canal golpista por cuya pantalla se llama a matar a Chávez casi a diario. En el caso uruguayo no pasó a mayores, excepto en la prensa, porque los diputados del Frente Amplio votaron en contra del escrito presentado por el Partido Colorado. En Argentina sucedería algo similar. En

12 ROA, R., editor general adjunto de *Clarín*, Buenos Aires, 5/07/07.

13 OPPENHEIMER, A., *Miami Herald*, 6/2/06.

14 *Clarín*, 1º de julio de 2007.

ambos países hay mejores relaciones y amistades políticas con el gobierno venezolano¹⁵.

Tanto sus opositores duros en el bloque subregional como sus enemigos jurados en Washington y Europa siguieron el conocido camino de subestimarlos, y calcularon mal. Atacándolo por ese lado, le movieron la fibra más íntima de la formación ideológica y moral que adquirió desde adolescente: su antiimperialismo confeso. En 2007 sabe que el Mercosur necesita de sus proyectos y sus petrodólares en una proporción mayor a la que él necesita al Mercosur. Usa esa diferencia como recurso de poder y ataca creando situaciones incómodas a través de la palabra. Guerra de posiciones¹⁶.

La palabra es su instrumento de cálculo. Este método empírico –pero no inocente– que suele llevarlo a líos diplomáticos evitables le ha dado buenos resultados en relaciones de fuerza favorables como la de 2007, o tres años más tarde, durante y después del Referéndum Revocatorio Presidencial. Fue el mismo recurso usado en la conferencia de Presidentes de Iberoamérica en Santiago de Chile cuando el rey de España lo mandó a callar, pero no lo calló, porque siguió reclamándole al presidente-súbdito José Luis Zapatero por qué dejaron que el *lobby* de José María Aznar metiera sus manos peludas para defender a las empresas españolas que invierten en Venezuela, Nicaragua y otros países.

La misma suerte ha cambiado cuando el signo de la situación social y política ha sido el contrario; un ejemplo claro fue el 11 de abril de 2002, día en que tuvo que entregarse al enemigo sumido en la impotencia. Ocho meses más tarde estuvo ante una situación similar, durante el sabotaje petrolero, pero con una diferencia: sus seguidores en barrios y fábricas se habían organizado sindical, política y militarmente para defender al gobierno. Este hecho cambió la relación de fuerzas y permitió a Chávez hacer brillar de nuevo lo que él llama “mi instinto político”¹⁷.

Cada vez que Chávez responde como lo hizo en el *affaire* Mercosur, muestra su particular concepción histórica y el método de trabajo que fueron moldeando su personalidad política. Él combina métodos y teorías aprendidos en los cursos avanzados de estrategia y geopolítica de la Academia Militar, con parches de la sociología marxista aprendida en el camino. Teorías y desarrollos intelectuales de Gramsci, Mao, o de clásicos de la teoría de la

15 Los de Argentina fueron promovidos por los diputados Esteban Eduardo Jerez, Mario Raúl Negri y Nora Raquel Guinzburg, Trámite Parlamentario N° 58, 62 y 63/2007. Los de Uruguay fueron postulados por Daniel Peña Fernández, Washington Abdalá y Jaime Mario Trobo, el 16 mayo de 2007 bajo el N° de Carpeta 1735, los de Chile por los senadores Jaime Naranjo Ortiz, del Partido Socialista, Hosain Sabag, de la Democracia Cristiana, Roberto Muñoz Barra, del Partido Popular Democrático y Guillermo Vásquez, del PRSD.

16 BARRIOS, M. Á., *El significado geopolítico de Venezuela en el Mercosur*, Escuela Superior de Guerra del Brasil, Rio de Janeiro, Brasil. *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2007.

17 HARNECKER, M., op. cit., 2002.

guerra como Clautsewitz y otros contemporáneos como el chileno Matus. Todo eso aderezado con sus lecturas sistemáticas de Simón Bolívar, Ezequiel Zamora, Simón Rodríguez, Miranda, Artigas. Desde el año 2003 sumó a Perón a ese menú de autores. Esa fue la base de su formación en los años de la conspiración cuartelaria durante los años setenta y ochenta. Lo asume en forma consciente como un método de trabajo. Va creando situaciones relacionadas entre sí, subordinadas a uno o varios objetivos o estrategias. Las empuja tratando de que trasciendan hacia otra situación superior a su favor, casi como si se tratara de un juego de ajedrez. Es un cálculo empírico. A veces le resulta, a veces no. Allí radica el laberinto que lo va llevando de experimento en experimento por un camino de encuentros y desencuentros con aliados provisorios que pueden quedar en la ruta si entre una situación y otra encuentra aliados mejores.

Asalto al neoliberalismo

¿Qué explica la expansiva irreverencia de Chávez en su carácter de líder nacionalista del siglo XXI? ¿Cuánto hay de nuevo en sus modos y concepciones? Sobre todo si recordamos que gobierna un país mediano dentro del hemisferio hegemónico por el imperialismo de un mundo llamado “unipolar”, plagado de políticas neoliberales. ¿Cómo se mezclan su individualidad y su historia personal en la circunstancia que le tocó actuar? Si algo ha hecho incomprensible a muchos la personalidad del jefe bolivariano es ese talante de “presidente imprevisible” señalado por Eduardo Duhalde, ex mandatario peronista de Argentina, como si se tratara de un pecado contagioso. De mayor interés biográfico fue la visión telúrica que dio Ricardo Lagos, ex presidente de Chile, en el año 2006: “Hugo Chávez es una fuerza desatada de la naturaleza”, pero no aclaró si había que cuidarse de ser arrollado por tal cosa o hacer algo distinto¹⁸.

El Hugo Chávez de la reacción y la descarga no tiene explicación racional por fuera de la explosiva combinación de elementos que lo determinan de adentro hacia fuera y viceversa. Esta faceta de su personalidad y las condiciones de su rol social abren sus ventanas a través de las preguntas que se hace Irene Gendzier para biografar a Fanon: ¿Qué fuerzas interiores se combinan para que “un hombre público actúe como actúa”? ¿Qué “carácter privado resuelve en la vida pública”? ¿Por qué “la barrera entre el mundo exterior y el terreno circunscrito del ser interior de un hombre no es permanente”?

En el objetivo de este ensayo biográfico estas preguntas se subordinan a la pregunta mayor: ¿Llegará hasta el final de lo que señala como su propósito revolucionario o se quedará a medio camino como tantos otros líderes antiimperialistas que lo precedieron en la secular resistencia? Del destino

18 LAGOS, R., Aporrea/Agencias, 02/03/06.

de Hugo Chávez solo podrá responder Hugo Chávez, su circunstancia y las pruebas que le presente la historia política. Sin embargo, de algo no tenemos dudas: en el fondo inconfeso de las declaraciones de ex presidentes derechistas como Duhalde, Lagos y otros, vibró el asalto al que fueron sometidos en sus condiciones de gestores del neoliberalismo en América Latina. Hugo Chávez cabalgó desde 1999, sobre todo desde el triunfo revolucionario de abril 2002, un caballo de bríos desatados. Esa fue la sensación que tuvieron al verlo peleando contra el imperio de Bush, el ALCA, los “loros” y “lacayos” y contra todos los demonios neoliberales.

Más que a un presidente de un Estado burgués normal y autorregulado, vieron a un Quijote combatiendo molinos. La sorpresa para estos presidentes es que el Quijote era de verdad y los molinos también. Pasadas las batallas contra el neoliberalismo, el líder bolivariano ingresó a sus laberintos surcados de dilemas. Como él mismo ha dicho de sí mismo, es un político de “reacción”. Es un dilema existencial que carga al hombro desde que se transformó en héroe popular. En la entrevista que le hiciera la intelectual chilena Marta Harnecker en 2002, cuando Venezuela aún resoplaba la derrota del golpe, confesó:

Mira, Marta, yo tengo muy presente lo que dijo Bolívar alguna vez: “Solo soy una débil paja arrastrada por el huracán revolucionario”. Los hombres individuales nos sentimos ante una avalancha. Sería muy triste y lamentable que un proceso de cambios, que un proceso revolucionario dependiese de un caudillo.

Y mirándose en el espejo de la historia, reflexionó: “Es tan vulnerable un ser humano. Hay muchas razones: o lo compran, o se vende, o se corrompe, o se enferma, o lo enferman...”¹⁹. El líder bolivariano decidió cargar al hombro una nueva realidad latinoamericana cuya proyección internacional crece con los meses. Si bien él fue sorprendido en 1992 por un huracán que le impuso un rol que no tenía en sus planes, diez años después, cuando el pueblo y los militares bolivarianos lo devolvieron al poder con una insurrección, la situación fue la opuesta: “Se acabó el Chávez blandengue, esta revolución será pacífica pero no desarmada”. Ocho meses después esta amenaza se aplicó en el sabotaje petrolero, cuando las vanguardias armadas, la marina y el ejército retomaron las enormes plantas de PDVSA ocupadas por los golpistas. Tres meses más tarde, en un acto callejero con más de 200.000 militantes y seguidores, declaró: “Nuestra revolución ha entrado en su fase antiimperialista”.

Cada medida de profundización del gobierno generaba aspavientos en la prensa internacional y despertaba simpatías en las masas oprimidas y en la izquierda del continente y de otras partes del mundo. Es en esa medida que Chávez fue tomando el lugar histórico que hasta entonces solo había ocupado Fidel Castro. El proceso político conocido popularmente como “revo-

19 HARNECKER, M., *El tránsito pacífico: un parto institucional muy doloroso*, Caracas, 3 de agosto de 2002.

lución bolivariana” y Chávez en persona comenzaron a jugar un rol decisivo en la política hemisférica.

Dos claves

- La brutal reacción del gobierno estadounidense y la decisión de Chávez y el pueblo venezolano de resistir y profundizar las transformaciones. Chávez y su proceso, ambos indiferenciados, fueron como la punta de una ola en medio de un mar crispado contra una muralla. A cien años de imperialismo sobre el planeta, él aparece para desafiarlo como algunos allá lejos y hace tiempo lo hicieron desde un Estado. Es comprensible lo que ha despertado. Este es el punto de partida.
- La segunda razón está en la fuerza nueva que adquirió Venezuela en el mercado petrolero mundial, poseedora de las mayores reservas de crudo pesado del planeta. Es un peso relativo, pero es un peso cuya cualidad se diferencia de otro país similar. La pantalla de fondo de estos hechos es que la “revolución bolivariana” y quien está al frente de ella sostienen un proyecto nacional de independencia y una alternativa continental al dominio norteamericano.

A dónde llegará, no se sabe, pero le confieren a Hugo Chávez el vigor de esa resistencia junto a sus presidentes amigos. Consciente de ello, les recuerda a quienes lo atacan por usar la “billetera petrolera” para “gastar cientos de millones de dólares en una política exterior extravagante...” que él les habla desde el lugar de una nación que ya no es la misma que fue durante medio siglo²⁰. Desde el primer tercio del siglo XIX, finalizada la Guerra de Independencia, el país más nunca tuvo importancia hemisférica, hasta la llegada de Hugo Chávez. Con sus iniciativas se han formado decenas de entidades y asociaciones latinoamericanas, de las cuales resalta el ALBA como el más importante aporte. A nivel global, la estrategia internacional que asumió Chávez, conocida como *multipolaridad*, ha comenzado a superar al tercermundismo y al gastado esquema de los no alineados de la Guerra Fría.

La multipolaridad como estrategia de política exterior le ha permitido firmar la mayor cantidad de tratados, protocolos, acuerdos y convenios de que tenga memoria la nación venezolana. La suma de lo firmado con Cuba, Argentina, Brasil, Ecuador, Bolivia, Irán, China y Rusia superan los 1350 pactos en todos los órdenes de la vida social. Con el ALBA mantiene comisiones que van renovando acuerdos y hace imposible sumarlos. Con el resto de los países amigables y con algunos no tan amigables, suma unos 5000 acuerdos y convenios entre 2003 y 2011, según el registro de la Cancillería venezolana. Con Argentina, Brasil y Cuba mantiene las Comisiones Binacionales de Alto Nivel, sobre las cuales se van diseñando proyectos de

20 NEGROPONTE, J., *El Universal*, 1-03-06.

desarrollo y vinculaciones como jamás soñaron países sembrados de desconfianza e hipótesis de conflicto durante siglo y medio.

Hugo Chávez no podría ser autor de todo eso, pero las iniciativas que lo pusieron en movimiento tienen relación con él en formas directas o indirectas. Como es su estilo de trabajo, la oralidad pública le ha servido para plantear políticas que no tenía pensadas antes de comenzar a hablar. Ya sus funcionarios y muchos presidentes latinoamericanos se acostumbraron a escucharle propuestas *fuera de carpeta*. Es más usual dentro de Venezuela, pero en muchos casos ha acudido a esta manera de hacer política pública en escenarios internacionales. Sus ministros y asistentes mantienen abiertas sus libretas de apuntes o computadoras portátiles.

El 29 de marzo de 2011 armó en un solo acto, y bajo la luna, la producción de un libro y una película entre Argentina y Venezuela. Fue la noche de otoño en que la Universidad Nacional de La Plata, de ese país, le confirió el Premio Rodolfo Walsh por su labor de promoción de “la prensa popular” en Venezuela. Muchos de los miles de asistentes que lo acompañaron esa noche no entendían si se trataba de una sugerencia o de la orden presidencial más extraña de la historia de los Estados. Quizá eso explique el apodo que le puso su amigo y admirador Oliver Stone, el famoso director norteamericano: “Parece un toro, tiene la energía de un toro”²¹.

El conocido chiste de que Venezuela era más conocida por sus teleculebrones, el petróleo o la producción seriada de reinas de belleza expresaba una realidad, así fuera distorsionada por el humor. Desde 1999 la moda es la dinámica vida política venezolana concentrada en lo que hace o deja de hacer el presidente, en su enfrentamiento con Washington y la relación con sus aliados en el continente y en la guerra abierta contra sus adversarios al interior. Un escenario de ello fue el certamen de la Copa América 2007 de Fútbol. Los corresponsales deportivos no pudieron resistir la tentación de hacer reportajes políticos en medio de una fiesta deportiva, algo sin memoria en la historia reciente del país.

¿Cuándo apareció lo nuevo? El cambio sobrevino desde abril de 2002, a golpe de asaltos en el Palacio de Miraflores, en las calles y en los cuarteles venezolanos. Ese año se cruzaron líneas de tensión nacional e internacional sin las cuales Venezuela y Chávez no estarían “de moda”. Él mismo se sorprendió al descubrir este hecho de la realidad, con la misma franqueza que confesó haberse encontrado en medio de un huracán en 1992:

Pero la situación ha cambiado mucho –le dijo a Marta Harnecker en junio de 2002– después del golpe del 11 de abril. Se ha despertado una gran simpatía internacional por nuestro proceso. Creo que la reacción golpista de la derecha fue para mucha gente la mejor prueba de que algo serio estábamos intentando hacer en nuestro país.

21 Al sur de la frontera.

La primera línea de tensión fue la guerra que llevó al Ejército norteamericano hasta Afganistán a mediados de 2001 en respuesta al derrumbamiento de las Torres Gemelas de New York. El díscolo líder bolivariano adoptó un camino independiente en medio de una constelación de gobiernos que acompañaron la invasión o callaron y dejaron pasar. El 19 de septiembre acusó a George W. Bush de “combatir al terror con más terror”, mostrando fotografías de niños afganos despedazados por bombas americanas, como si fuera un reportero de guerra.

George Tennes, jefe del Pentágono, retrató la conducta de Chávez sin corduras diplomáticas: “Excesivamente independiente”, cuestionó. “Washington mostró su preocupación por las declaraciones del presidente venezolano; el jefe de la CIA lo acusó de estar relacionado con los terroristas de las FARC colombianas”, reseñó el día 12 la cadena *CNN*. Acto seguido, sin que mediara ninguna pausa, vinieron las “49 leyes habilitantes” del 28 de septiembre de 2001, que trasladaron la “revolución bolivariana” de la lucha política por el aparato de Estado a la batalla por el control de la economía. Un año después los precios del barril de crudo se disparaban hacia arriba. Sin esta combinación explosiva es difícil imaginar un golpe de Estado como el de abril de 2002. Y menos el rol internacional adquirido por Hugo Chávez.

El hombre intempestivo

Digamos que el líder bolivariano le puso su toque personal a la nueva época de antiimperialismo latinoamericano. Sus declaraciones han ido creciendo en ritmo y calentura. Y la vida política y periodística del continente comenzó a comprender que estaba ante un jefe nacionalista que hablaba de una manera desconocida en cualesquiera de los líderes del pasado. Tuvo razón el actor y dramaturgo argentino Eduardo “Tato” Pavlovski cuando escribió en el diario argentino *Página 12* que Chávez es “un hombre intempestivo”. Fue a propósito de una cumbre Iberoamericana de Chile, cuando el rey no soportó las interrupciones del llanero en un ambiente donde las reglas del protocolo deciden por los personajes.

El lenguaje de Chávez está lleno de exabruptos –se necesitan esos exabruptos–, muchos más serán para buscar un lenguaje que no sea el acostumbrado retórico y bizarro de las cumbres. La búsqueda de un lenguaje de exabruptos intempestivo, violento, sorpresivo, que rompa el lenguaje vacío y anodino de las reuniones de los presidentes.

Por la talla nacional de este intelectual su artículo causó el revuelo que hizo inevitable lo inevitable. Le respondieron de todos lados con todos los epítetos dirigidos a él para pegarle al comandante. Pavlovski, impertérrito, profundizó su concepto sobre el lenguaje de Chávez:

El exabrupto es la esperanza, aunque se ofendan los reyes por un rato, el nuevo lenguaje confrontativo del mestizo Hugo trae nuevas esperanzas, como cuando lo liberó bajando de los cerros la humildad humillada de los pobres y menesterosos que se convertían en humanos al liderarlos Chávez. Si el rey hubiera sabido que Chávez era tan “respondón”, quizá le recomiende a Zapatero que no lo provoque²².

22 PAVLOVSKI, E., *El exabrupto*, Buenos Aires, 13 de noviembre de 2007, p. 12.

El impacto del estilo discursivo del líder bolivariano traspasó las umbreras de la política y el periodismo, y ocupó la atención de una académica especializada en semiología y análisis del discurso. Elvira Narvaja de Arnoux, directora del Instituto de Lingüística y Análisis del discurso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Argentina, le dedicó un libro llamado *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Aunque centró su estudio en la inspiración nacionalista, escribe reflexiones útiles para comprender lo que menos se comprende de él. Más que un discurso es una conducta. Una historia biográfica formada en Barinas que ha resistido a la investidura presidencial. Desde ese punto de vista, el Estado no es Chávez.

La académica dice: “El discurso de Chávez altera el «complejo institucional de prácticas» propio del campo político desplazando los dispositivos de comunicación habituales”. Es una percepción inteligente de lo que está debajo de la superficie de las palabras:

De allí que el rechazo surja no solo del efecto de anacronismo al que nos habíamos referido sino también del disgusto que genera en diversos sectores esta ruptura gozosa con los moldes de comportamiento “social” y discursivo que implica la irrupción de lo otro dentro del habitualmente acartonado espacio institucional y anuncie, a su manera, cambios sustanciales en la estructura de clases²³.

El precedente más cercano, por sus expresiones violentas, solo se puede encontrar en los discursos de Fidel Castro a comienzos de los años sesenta. Lo más altisonante que se recuerda del líder cubano no se lo dijo al presidente de Estados Unidos, sino al de Venezuela, Rómulo Betancourt, a quien llamó “la rata de Miraflores” en 1962, cuando el caudillo venezolano propuso en la OEA lo que se conoció como la “Doctrina Betancourt”. La doctrina tenía un solo punto: expulsar a Cuba del organismo regional.

Ni los enfrentamientos de Velasco Alvarado desde Lima, o los de Torrijos por el Canal, y luego Noriega cuando la invasión de diciembre de 1989, o los de Bishop en Grenada, tuvieron el voltaje verbal que le puso el venezolano al tradicional enfrentamiento con Washington. Más atrás en el tiempo, solo se encuentran las incisivas respuestas de Juan Domingo Perón y su mujer Eva Duarte a la intromisión del imperialismo yanqui en su primer gobierno. El 12 de febrero de 1945, el entonces embajador yanqui en Argentina, Spruille Braden, publicó un libro llamado *El libro azul* y organizó una campaña nacional contra la candidatura y la figura del coronel Perón. Lo llamó “ambicioso coronel” y “agente del nazifacismo”. Perón estuvo muy impresionado con lo que hacía la Falange española y el modelo impuesto en la Italia de Mussolini, ambos con gran peso corporativo en la masa obrera y de baja clase media. Sin embargo, su admiración por el fascismo no tuvo la

23 NARVAJA DE ARNOUX, E., *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Editorial Biblos/Ciencias del Lenguaje, Buenos Aires, 2008, pp. 28-29.

misma aplicación en un país como el suyo. A pesar de que su gobierno fue autoritario, el carácter atrasado y oprimido de Argentina lo había llevado a convertirse en un líder nacionalista apoyado en la masa de obreros, campesinos pobres y pobladores de la baja clase media de las grandes ciudades; no en un fascista a lo Franco o a lo Mussolini. Esa contradicción entre lo que le gustaba como modelo político y el proceso social que acaudillaba, la resolvió poniéndose al frente de un movimiento nacional que enfrentó la penetración de Estados Unidos en la política y la economía argentinas y mantuvo por unos años la independencia de la nación frente al dominio estadounidense. A pesar de que eso cambió con el tiempo, Perón respondió con dureza al embajador Braden. Publicó bajo su firma el llamado *Libro celeste y blanco* invocando la bandera nacional como símbolo de respuesta a la injerencia. A lo sumo que llegó Perón, en 1967, desde su refugio madrileño, fue decirle al Fondo Monetario Internacional “Monstruo tan peligroso” y “agente putativo del imperialismo”²⁴.

Eva Perón podría asemejarse más al líder caribeño por sus modos “*outsider*” de hacer política en un Estado burgués. Quienes la trataron recuerdan que era temible por su manera de tratar a los enemigos del régimen de su marido. El intelectual y político trotskista argentino Nahuel Moreno, que estuvo en algunas reuniones sindicales con ella y con el general, reconoció la “capacidad de Perón para escuchar con paciencia a sus interlocutores, fueran estos obreros u oligarcas, mientras Evita era feroz, usaba palabrotas y gritos que se escuchaban en todo el edificio de la 9 de Julio”²⁵. Eva Perón no tuvo al imperialismo como el principal blanco de sus ataques. La mayoría de sus dicerios fueron dirigidos a la oligarquía interna y a sus opositores laboristas, del Partido Socialista y del Partido Comunista por su oposición al régimen de su marido.

No hay duda de que en la historia latinoamericana otros caudillos, como Chávez, deben haber proferido palabrotas contra los jefes de Washington. Si no pasaron a la historia, fue precisamente porque no constituyeron un rasgo distintivo, sino más bien un dato pasajero, excepcional. Getúlio Vargas y otros destacados nacionalistas fueron bastante comedidos en sus diferencias o enfrentamientos con el imperio dominante. A Vargas se le atribuye la frase “Estos americanos entrometidos”, pero nada más, y al mexicano Cárdenas, mucho más enfrentado por el petróleo y el mal recuerdo de Texas, parece que se le salió la expresión “¡Malditos gringos, hasta cuándo joderán!”, pero en ambos casos no hay registro que asegure ambas expresiones.

La misma fuente de la tradición oral recoge una embestida antiimperialista en Bolivia, más parecida a la de Hugo Chávez, aunque más cruda. Se cuenta que el presidente boliviano Mariano Melgarejo (1864 a 1871) en un breve enfrentamiento con la Corona británica, entonces dominante en la escena mundial, echó al embajador plenipotenciario del Reino de una ma-

24 Mundo Peronista, www.lucheyvuelve.com.ar.

25 VEIGAS, R., *El Tigre de Pobladora*, Buenos Aires, marzo de 1989, p. 23.

nera poco usual en la historia diplomática: lo hizo montar sobre un burro, lo sacó por la frontera de Perú amarrado y mirando hacia atrás. También se cuenta que esa “ofensa” le valió a la nación boliviana ser borrada de los Mapamundi y objetivos cartográficos fabricados en Londres. Si fue cierto o no, o algo parecido, sirve para recordar que las imprecaciones e insultos de nuestro personaje contra Bush y otros presidentes pertenecen a una larga tradición política y polémica en la historia de la resistencia de América Latina. Como en los matrimonios, los enfrentamientos entre jefes de Estado a veces adquieren el estilo de su tiempo y sus protagonistas.

Son tiempos distintos y personajes diferentes. Chávez refleja su tiempo, su país, sus llanos y la formación personal de su generación de pertenencia. Su rol actual es potenciado por los medios comunicacionales de una manera insospechada en décadas anteriores. Su enfrentamiento con Bush no fue obra de la casualidad, de un capricho o una malquerencia personal. El gobierno de Estados Unidos representa el concentrado de la globalización y la derrota del gastado experimento soviético: la más alta concentración de poder y la última tentación imperialista para dominar los recursos de sobrevivencia en este planeta por todos los medios, incluso la guerra.

Ante eso Chávez apareció como un bicho de cinco patas venido de otro planeta para aguarle la fiesta neoliberal. La derrota del ALCA, jalonada por tres años de organización y movilizaciones, terminó siendo identificada con Chávez. Él fue el único presidente que acompañó esa batalla antiyanqui en todas las cumbres del ALCA, la OMC, etc., y además propuso un mecanismo de reemplazo, el ALBA, con la autoridad que le brinda ser presidente de una nación. “¡ALCA al carajo!” fue el grito popularizado por él desde 2002. En un sentido paradójico, Chávez aprovecha el descalabro de la imagen de Bush y la debilidad de Washington en Latinoamérica. El escarnio chavista es directamente proporcional al desgaste de Bush. La conducta de Néstor Kirchner fue valiente en Mar del Plata pero no es comparable a la acción y propaganda desplegadas por Hugo Chávez.

Esa “brecha”, digamos, no sería bien utilizada sin una personalidad como la suya: reactiva, sin control de aparato en forma directa, independiente, acostumbrado al chiste burlón del llanero y a la sátira como recursos polémicos. Hasta el año 2007 se sabía prevalido de un apoyo interno y un reconocimiento internacional que cualquiera de sus colegas envidiaba. Esa concentración en su persona le brinda seguridad psicológica a la hora de contraatacar a sus adversarios. Se lo cantó al presidente Fox con la mejor pose del coplero que fue en su adolescencia en los llanos de Barinas: “Yo soy como el espinito que en la sabana florea, le doy aroma al que pasa y espino al que me menea”. La crisis diplomática llegó al punto del retiro del embajador mexicano y el 14 de noviembre de 2004 el mandatario azteca le solicitó “disculpas formales al pueblo y al gobierno mexicanos”²⁶. La respuesta se la mandó el venezolano por el satélite que transmite a México el

26 BBC, 15/11/04.

programa dominical *Aló, Presidente*: “No se meta conmigo, caballero, porque sale espinao”. Este episodio retrata de “cuerpo y alma” al líder bolivariano “y su circunstancia”, para usar la frase que más le gusta cuando habla de sí mismo. No solo es muy difícil callarle la boca a Chávez cuando lo atacan, es que además lo favoreció la realidad de esos años: Fox estaba en caída libre en la opinión popular dentro y fuera de México.

Hugo Chávez aprendió a colarse en las brechas de la realidad con la habilidad de una culebra cimarrona, acudiendo a los recursos de su memoria y de su imaginario cultural. Ese recurso no fue visible en sus años de conspiración entre cuarteles; se potenció en sus años de militancia social pública, desde 1994 en adelante. Lo que puede ser un agrio y fastidioso *affaire* diplomático lo convierte en un espectáculo mediático a veces risueño. Sus contenidos lo diferencian de las festicholas ramplonas y vacías de ideología que hicieron pares suyos como Abdalá Bucarán, Menem y Fujimori. Esa mezcla de buen *bagage* cultural y folclorismo simple, de cuya apariencia mediática solo destaca lo segundo, suele confundir a quienes lo reducen a la superficie de sus modos y maneras.

Uno de sus más inteligentes enemigos, el ex marxista venezolano Teodoro Petkoff, trata de zafarse de esa lógica simplista, pero queda atrapado por su desprecio al personaje. Señala que “Chávez ha tenido a su favor la subestimación de que ha sido objeto por parte de sus adversarios o enemigos. Apenas ahora es que buena parte de ellos comienza a darse cuenta de que está ante un formidable competidor”. Asegura que eso habría llevado al fracaso del golpe de 2002. Acto seguido, Petkoff salta de esa afirmación sensata a la brujería: “Aquella subestimación ha formado parte de su buena suerte. Porque Chávez es un hombre de buena suerte”²⁷.

¿Alguien imagina a la historia transcurriendo por los resbalosos caminos de la buena suerte, sin más protagonismo que la subestimación de sus hombres públicos? Petkoff lleva el resentimiento al individualismo más idealista y a ambos al barracón de los espíritus bondadosos. No es posible evaluar a Hugo Chávez y a los jefes nacionalistas del pasado como si estuvieran en la misma dimensión y sujetos a las mismas condiciones nacionales e internacionales. Los de medio siglo atrás reflejaron en sus gobiernos a sus burguesías nacionales. En forma directa. Aun las más débiles, como las de Ecuador o República Dominicana, aprovecharon la fractura producida por la guerra y la brecha abierta en la “agenda” de control imperialista en sus subregiones.

Chávez, en cambio, no es representante de la burguesía “nacional” venezolana, por una simple razón: casi no existe, él no viene de ella, ni se formó entre sus partidos, ni vive de un pacto con ella. Pero además: ella no lo quiere, excepto algunas de sus sombras, de las cuales se sirvió para su campaña electoral de 1998 y se separó entre septiembre de 2001 y 2002.

27 En: Prólogo, *Chávez sin uniforme*, de MARCANO, C. y BARRERA, A., Editorial Sudamericana, 2005, Buenos Aires, p. 9.

Entre 2005 y febrero de 2011 ha dicho centenares de veces que no pactará con la burguesía. Al final de su discurso por la premiación en la Universidad de La Plata, el 29 de marzo de 2011, se atrevió a darle un mensaje a sus escuchas peronistas: “Sólo hay dos opciones, o socialismo o capitalismo. No hay terceras vías”. Muchos de los kirchneristas presentes se preguntaron por qué dijo eso si la “tercera posición” fue la estrategia internacional de Perón hasta su muerte. Un cuadro político del movimiento Evita me dijo “Chávez no lo hace por descuidado”.

Es decir, el estilo político de Chávez, sus discursos y diatribas no contienen el regulador directo de un aparato o grupo capitalista en su gobierno. Ni siquiera se sujeta a las Fuerzas Armadas como cuerpo, que es lo más parecido a “su” partido político, antes y después de crear el Partido Socialista Unificado de Venezuela, entre enero y junio de 2007. Eso no significa que se representa a sí mismo, a Simón Bolívar, al espíritu de Maisanta o al proletariado venezolano. No. Como presidente de un gobierno de izquierda administra desde 1999 un Estado capitalista atrasado. El Proyecto de Transición al Socialismo y su propaganda por esa perspectiva es una propuesta en marcha. Eso determina la naturaleza de clase de su régimen político y las instituciones que lo sostienen, y ha ido imponiendo su cultura en el estilo de gobernar de la mayoría de sus funcionarios.

Su gobierno y la concentración del poder en Chávez, como su árbitro nacional frente al poder de Estados Unidos y a los grupos monopólicos internos, complejizan su dinámica y su rol personal. Y Chávez se encarga de complicar más las cosas con sus maneras reactivas, su “imprevisibilidad” y su intención de hacer una “revolución pacífica pero armada”. Es un régimen que vive asaltado por una doble fuerza, la de Washington, que no descansa, y la del propio Chávez que tampoco descansa, montado en el apoyo masivo de la población. En este punto de su historia personal y política, el líder bolivariano sigue sin saberlo un camino descubierto –más bien, intuido– por León Trotsky en sus años de exilio mexicano. De las largas conversas y acaloradas discusiones con sus seguidores entre 1939 y 1940, en Coyoacán, el caudillo de la Revolución Rusa y fundador del Ejército Rojo observó que en América Latina funcionaba un fenómeno particular de régimen político. Lo llamó provisoriamente “bonapartismo *sui generis*”, o sea, un sistema de instituciones y relaciones de clases que giran alrededor de un árbitro nacional de carácter muy específico, novedoso, opuesto al “bonapartismo” clásico analizado por Marx en el texto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.

Se trataba de un hecho desconocido en las revoluciones del siglo XIX y en las de comienzos del siglo XX en la Europa capitalista. Hasta entonces varios autores habían relatado los fenómenos revolucionarios antiimperialistas en los países de lo que hoy llamamos Tercer Mundo, pero nadie se había detenido en la particular conformación de sus regímenes. Gramsci usó la definición de “cesarismo” para los fenómenos nacionalistas que presencié en la Europa de entreguerras. El venezolano Vallenilla Lanz aportó el término-concepto “cesarismo democrático” para tratar de embellecer regímenes como

el de Juan Vicente Gómez. Son pocos los autores que hayan seguido el paso a ese tema.

Chávez es el presidente que más ha sabido aprovechar la oportunidad, en buena medida porque tiene las mejores condiciones personales para ese rol histórico indicado por Trotsky. No solo por dirigir una economía petrolera fuerte y tener el gobierno que más enfrenta “al imperio”, también porque su personalidad se lleva muy bien con la circunstancia, a la hora de aprovechar fisuras en el sistema mundial. Es una empatía que le ha permitido convertirse en el “anti-Bush” de esta historia, sinónimo actual de lo que en el pasado fueron muy pocos líderes nacionalistas. Desde 2009 se convirtió en el anti-Obama sin habérselo propuesto, aunque la mala relación con el negrito de Washington comenzó cuando lo trató de ignorante en Trinidad con un libro de Eduardo Galeano.

La economía y el Estado capitalistas crujen cada vez que sienten sus discursos radicales, sobre todo cuando asegura que Venezuela será socialista irremediabilmente y con él presidiéndola hasta el año 2025. Desde 2008 las “alarmas se dispararon” de nuevo cuando las estatizaciones, nacionalizaciones y recuperación de tierras dieron un salto y se convirtieron en política de Estado y acción del movimiento obrero y campesino. Centenares de fábricas, bancos, comercios, supermercados y emporios agrícolas pasaron al Estado. Es un nuevo aprendizaje político nacional. Chávez lo adelantó en 2008 cuando respondió a sus críticos de izquierda tras la derrota en el Referéndum: “Yo mismo me pondré al frente de la radicalización del proceso”. Y lo hizo para sorpresa de muchos que entendían la tendencia a adaptarse al sistema mundial de Estados, como si eso también se traducía en política interna.

Las caras largas no solo aparecen en el Pentágono y Europa. En el continente los gobiernos se han distinguido en tres tipos respecto de la dinámica del presidente venezolano. Están los que lo acompañan: Cuba, Bolivia, Nicaragua, Ecuador y varios más del ALBA. Luego están los que le guiñan el ojo cariñosamente por la cantidad de acuerdos bilaterales, pero le dicen “Dale, Chávez, lamento que ese no sea mi camino”. Esos son Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay y otros. Por último, los que miran al líder bolivariano como quien mira a un perro con sarna: Colombia, México, Costa Rica, Perú, Panamá, Chile. Estos seis países acordaron con Obama en marzo de 2011 formar un muro de contención a Chávez, al ALBA y a la nueva entidad continental, la Asociación de Estados Latinoamericanos y del Caribe.

La ancha avenida al socialismo que desea recorrer el presidente venezolano tiene acompañante en primera y en segunda fila. Pero se ha vuelto más compleja, sinuosa, difusa porque desde 2005 no surgen más rebeliones que empujen hacia adelante los procesos. Más bien ocurre lo contrario. Y Chávez es un hombre de contraofensivas.

Nuevo profeta del socialismo

El cruce de tensiones internacionales y la derrota política del golpe de Estado catapultaron al mandatario caribeño al centro del escenario internacional. Latinoamérica comenzó a girar alrededor de sus declaraciones y su figura. Muchos editores de medios enemigos o adversarios deben resolver con dificultad el dilema entre destacarlo porque es noticia o escamotearlo porque no les conviene.

En 2010 cuando se reunieron los presidentes de Iberoamérica en Mar del Plata para decirse más o menos lo mismo que se dicen siempre, varios medios de Buenos Aires preguntaron a la embajada si estaba asegurada la presencia del presidente venezolano. No querían muchos recursos y periodistas para cubrir una cumbre anodina. A uno de ellos le pregunté qué pasaba y me dijo: “Es que si viene Chávez es otra cosa, habrá para informar, lo demás lo podemos tomar de las agencias”. Este medio era enemigo. En sentido contrario, muchos medios amigos solo van cuando asiste él porque para ellos la información comienza y termina con él.

Cinco años después del golpe derrotado, ya era motivo de interés para cualquier ciudadano, como lo fueron los protagonistas de las revoluciones cubana y sandinista en sus momentos, o los jefes nacionalistas Omar Torrijos, Salvador Allende, Juan José Torres o Juan Velasco Alvarado. El espectáculo de mujeres iraníes rompiendo los velos de su sagrada castidad en el hotel de Teherán donde se alojó el 1° de julio de 2007 para tomarse una foto digital con Chávez no solo habla de los cambios culturales que vive ese país fundamentalista, sino también de remezones inquietantes en la casa de Mahoma. Es lo mismo que indican las casi doscientas solicitudes de entrevistas por mes, recibidas por el Ministerio del Poder Popular para las Comunicaciones y la Información, desde distintos países del planeta.

La conocida revista colombiana *Semana* eligió al presidente de Venezuela como “El hombre del año”. Reseñó que “pudo hacer en 2005 lo que siempre había querido” y que “alteró el mapa político del continente”²⁸.

Lo mismo planteó el más leído diario de Ecuador: *El Comercio* dice que Chávez “encontró en 2005 un año que le permitió consolidarse como líder regional”. Y agregó: “Hugo Chávez Frías encabeza la lista de los líderes internacionales”²⁹. La codiciada lista contiene a Bush, Kofi Annan, Jacques Chirac, Álvaro Uribe, Néstor Kirchner, Inácio “Lula” da Silva, Evo Morales. La publicación de Estados Unidos *Los Angeles Times*, cotidiana enemiga del bolivariano, reportó el 19 de septiembre de 2005 que “Chávez le gana a Bush”, en un amplio reportaje sobre la imagen del venezolano en el mundo. “Él gana con su imagen de hombre extrovertido”, dijo Javier Corrales, profesor de ciencias políticas del Amherst College y experto en temas de Venezuela.

Un funcionario anónimo del Departamento de Estado, citado por la revista, advirtió sobre uno de los factores en juego: la billetera petrolera. “Sería un error desestimar a Chávez como un fanfarrón, pues un petróleo a 67 dólares el barril le da muchos recursos con qué jugar”. Y Daniel Erikson, experto caribeño del instituto Diálogo Interamericano de Washington, registrado en el reportaje de *Los Angeles Times*, recordó que “los suramericanos quieren mantener relaciones cordiales con él”.

Time, una revista de los Estados Unidos más influyente que la anterior, lo seleccionó como “El personaje del año” en 2006: “El presidente de Venezuela, Hugo Chávez, fue designado hoy como uno de los 100 personajes más influyentes del mundo en la lista que anualmente elabora la revista estadounidense *Time*”, destaca la agencia *ABN* el 30 de abril de 2006. “Junto a cantantes, actores, personalidades de la política mundial y otros profesionales de distintos ámbitos, Chávez se incluye en una lista en la que no suelen reflejarse los líderes de países sudamericanos”, advierte la agencia.

En total son 104 los nombres reflejados en una lista de cien posiciones, en la cual Tom Anderson y Chris DeWolfe, fundadores de la web MySpace, y los ex presidentes Bill Clinton y George H.W. Bush también tienen su lugar.

La Organización Nacional de Derechos Humanos de Perú le concedió el reconocimiento del año 2007 “por la labor humanitaria que viene realizando en pro de nuestros hermanos latinoamericanos de escasos recursos”³⁰. Un escándalo mayor armó Chávez en Europa en mayo de 2006 cuando le tocó asistir a la IV Cumbre de la Unión Europea, América Latina y el Caribe, celebrada en Viena. La modosa y calculadora prensa británica tuvo que hablar de él, a su pesar, en las portadas de sus principales diarios. *BBC Mundo*, *The Guardian*, *Monitor*, *Financial Times*, *The Independent*, *The Times* y *The Daily Telegraph* reseñaron su paso por Londres como quien registra una vibración telúrica en un sismógrafo.

29 Agencias/Aporrea, 29/12/05.

30 Aporrea, 17/05/07.

El alcalde laborista de Londres, Ken Livingstone, se atrevió a desafiar al primer ministro Tony Blair, jefe de ese partido, condecorándolo y diciendo de él que un “referente de la democracia en el mundo” y aportó su propio informe: “Desde 1998, él [Chávez] ha ganado diez elecciones en ocho años, un récord y un éxito electoral sin precedentes en cualquier país”, afirmó el alcalde a la *BBC*. Esto, en la capital donde dos años antes, en la madrugada del 14 de agosto de 2004, *The Guardian* había tratado de sembrar la matriz noticiosa internacional según la cual el presidente había perdido el Referéndum. Esta información falsa casi lleva a la guerra civil en Caracas alrededor de las 3 de la madrugada. En aquellos días cubríamos el Referéndum en la Casa Sindical de El Paraíso. Desde esa trinchera de medios de la UNT decidí rebatir el infundio a través de la agencia argentina *Argenpress.info* con el informe periodístico que sostenía los resultados reales a favor del NO. A las pocas horas de esa mañana del 15 de agosto los principales canales de televisión de América del Sur tenían el informe en sus pantallas.

Por esta y otra razón, no se esperaban titulares favorables ni cobertura destacada a su visita a la antañona capital imperialista de los mares. La otra fue que apenas tres meses antes le había dicho a Blair que se fuera “al cipote”, o sea, al carajo, cuando este lo conminó a “respetar las reglas de la comunidad internacional”. El venezolano le agregó una palabrita que duele mucho a un buen británico que se precie de tomar té a las 4 en punto: “inmoral”, por su participación en Irak al lado de Bush.

“La revolución está en el aire de Camden mientras que Chávez –con su amigo Ken– recibe una bienvenida de héroe”, dijo *The Guardian*. “Ha sido llamado un terrorista por Washington, pero por tres horas y media ayer en Londres no hizo nada malo”, escribió con sorna un columnista de ese diario. El *Financial Times*, ponderado por Churchill como “la conciencia del imperio”, se atrevió a preguntar: “¿Por qué nos tiene que importar Chávez y sus políticas?”. Y respondió con este llamado a la conciencia de los dueños del mundo:

Pese a su retórica latinoamericana explosiva, que los anglosajones rápidamente desestiman, los señalamientos de Chávez son cosa seria: ofrece la idea de que la democracia liberal no es el vehículo apropiado, o incluso el enemigo, de la reforma social³¹.

The Independent, uno de los diarios más masivos en circulación, le dedicó una página entera en la que tituló que los “Aristócratas de izquierda salen a recibir a su héroe Chávez”. En el mismo sentido declararon *The Times* y *The Daily Telegraph*, haciéndose eco de la vibración registrada en la opinión pública británica, aunque el aristócrata *Times* aseguró que “Chávez no puede pintar la ciudad de rojo en Camden”. Cosas como esas se dijeron

31 LEHMANN, D., *Financial Times*, 15/05/06.

del bolivariano antes de que llegara ese domingo 6 de mayo de 2006 a Londres. Venía de una audiencia con el Papa en Roma, a quien denostó meses después desde Caracas, cuando el pontífice justificó en São Paulo el genocidio aborigen.

En Viena, una de las capitales fundacionales del socialismo y cuna del nazismo, Chávez habló de Marx y de Rosa Luxemburgo recogiendo el eco del poderoso movimiento marxista que cundió en sus calles hace ochenta años. Como si nada hubiera ocurrido desde entonces. La opinión pública austríaca ignora que este extraño mulato latinoamericano se adhirió apenas dos años atrás a esa corriente histórica de redención clasista. Acostumbrados a escuchar esos ruidos desde la década del sesenta, lo tomaron como si fuera “otro socialista latinoamericano más”³². Sin embargo, los adosados vieneses no pudieron evitar dos sorpresas: en esa conservadora ciudad nadie con rango presidencial y aureola de líder se había atrevido, desde hacía lejanas décadas, a incomodarlos llamando a hacer la revolución. Fue ante más de cinco mil jóvenes convocados por *Hand off Venezuela*, una red internacional liderada por el historiador marxista británico Alan Goods. Su discurso socialista en Austria, repleto de citas de los clásicos del marxismo que los vieneses ya habían olvidado, convocó a tanta prensa a su paso que un diario austríaco se preguntó: “¿Qué socialista es este que nunca supimos de él?”³³.

El líder bolivariano despertó al socialismo de su sueño centenario, por lo menos en la opinión pública y por unos días, un fantasma ya desahuciado en esa zona de Europa. Eso no le impidió proponer a los gobiernos reunidos en la Cumbre la formación de PetroEuropa, otro proyecto similar al de Petrosur, que sigue en veremos. Y tampoco le preocupó si molestaba a las transnacionales europeas cuyas propiedades fueron nacionalizadas en Bolivia por Evo Morales doce días atrás, el 1° de mayo. Ordenó que un avión de la Fuerza Aérea venezolana trasladara al presidente boliviano hasta la capital austríaca para que les dijera a las multinacionales en sus caras por qué nacionalizó sus yacimientos de gas y petróleo. Con la misma irreverencia se atrevió a hablar de “revolución” y “socialismo del siglo XXI” en los palacios de gobierno de Asunción y Buenos Aires, donde pronunciar esas palabras habría costado la vida en otro tiempo.

Por primera vez en la historia de Estados Unidos, miles de negros pobres declaran su admiración por un presidente latinoamericano. Antes ocurrió con los jefes de la Revolución Cubana, pero se redujo a círculos intelectuales de izquierda y a un público mayor en las universidades y sobre todo alrededor de la figura del Che Guevara. Es que por primera vez, también, un presidente latinoamericano se atrevió a hacer lo que hizo Chávez: caminar por las calles del Bronx, hablarles mal del gobierno y decirles que el capitalismo es malo y que lo mejor para ellos sería el socialismo. A Chávez

32 *Caracol*, 15 de mayo de 2006.

33 Citado por *RedGlobe*, 15 de mayo de 2006.

se le “olvidó” que estaba en la entraña del imperio y se comportó como si estuviera en el barrio 23 de Enero de Caracas.

Para hacer más insoportable su existencia, ordenó a Rafael Ramírez, ministro de Energía, que ordenara a su vez a CITGO, la petrolera venezolana instalada en la costa oeste del territorio norteamericano, la provisión de gas gratuito a los negros, indios y latinos pobres. Desde 2005 a 2007, más de 211.000 hogares recibieron “petróleo para calefacción con descuento de 40%”³⁴.

En los pueblos del Medio Oriente su nombre comenzó a sonar a redentor cuando defendió la causa palestina y árabe en general, atreviéndose a enfrentar al gobierno del Estado de Israel y retirando su embajador de Tel Aviv a raíz de la masacre que sus tanques aplicaron en Gaza y el sur del Líbano. Más sólida y estructurada ha sido la relación que armó con el gobierno fundamentalista de Teherán, no solo por el interés común de ser jefes de Estados petroleros. Ambos gobernantes se necesitan en la misma medida en que son atacados por el mismo enemigo y juegan a lo que Chávez denomina “la nueva geometría del poder mundial”. Irán es una pieza clave en ese juego.

El día que amenazó a Israel con romper relaciones diplomáticas y se negó a retractarse de haber acusado a su gobierno de “genocida del pueblo palestino”, un fantasma rondó en las cabezas de quienes conocieron la estrecha relación intelectual entre Chávez y el ideólogo argentino Norberto Ceresole. Este sociólogo peronista lo había inducido por los caminos enrevesados de la llamada “sinarquía mundial” del imperialismo y el sionismo, una rancia ideología que desprende hedores de los años treinta. Chávez reformuló esa frase como “nueva geometría del poder mundial” y le sacó el odio antisemita de Ceresole, pero una cosa le quedó clara de sus conversaciones con el intelectual porteño: Israel es una pieza clave en el dominio imperialista en Medio Oriente. Chávez aprendió desde su época de la Academia Militar que la causa palestina se parece mucho a la causa latinoamericana porque enfrentan al mismo enemigo mundial, al que el Estado de Israel le sirve como instrumento de guerra.

Este era un tema de análisis en las clases de Geoestrategia y Política Mundial, en un país como Venezuela donde la amplia población árabe ganó la simpatía popular por los palestinos hoy como en los años sesenta por Gamal Abdel Nasser. El día que murió el líder egipcio, en 1970, el gobierno socialcristiano de Rafael Caldera le rindió honores y las casas se cruzaron con un lazo negro, a pesar de la estrecha dependencia del gobierno venezolano respecto de Washington. Treinta y siete años después esa relación ha sido revivida por el líder bolivariano con su ataque al gobierno de Israel y su defensa de la causa palestina. Esa memoria trajo una nueva simpatía. Un dirigente palestino de Hamas, encerrado en las ruinas de Gaza, sin tiempo para andar mirando noticieros internacionales, que no sabe qué es ni dónde

34 COLL, E., *La Jornada*, México, 16/04/06.

queda Venezuela, le dijo a la periodista argentina Telma Luzani: “Ustedes en América tienen un presidente bueno, llamado Chávez”.

En las movilizaciones revolucionarias de febrero de 2011 esa memoria de simpatía hacia Chávez se pudo ver en las calles de Egipto en algunos sectores que mencionaban su nombre cuando reconocían reporteros de América Latina. En la Plaza Tahrir de El Cairo se pudo ver en un reportaje de *NTN*, el día 11 de febrero, un cartel con el rostro y la palabra “Chávez” al final de una consigna en árabe. Probablemente relacionándolo con Nasser, el líder de la revolución nacionalista de 1952. Pero en América Latina funcionó con un sentido contrario, negativo. Los enemigos del gobierno y del presidente venezolano lograron homologar en las cabezas de un sector de la población media y pobre, las caídas de los dictadores de Túnez, Egipto y Libia con la imagen del presidente Chávez. Esto fue más evidente en Venezuela, donde los estudiantes huelguistas de hambre lo expresaron con claridad. Pero en la opinión pública de una parte de América Latina hicieron correr la misma imagen. El canal colombiano de noticias *NTN* hizo varios programas sobre el rumor de que el dictador Gadafi se refugiaría en Caracas. El canal argentino *C5N* tituló: “Dictador latinoamericano refugia a dictador libio”.

Esta burda campaña pudo ser sofrenada o contrapesada, aunque fuera en medidas parciales, si el gobierno venezolano hubiera sido más expedito en su posicionamiento al lado de las masas rebeladas. En el caso de Egipto, lo hizo tarde, sin diferenciarse frontalmente del dictador Mubarak, y en el caso de Libia, es más complicado, porque Venezuela mantiene acuerdos y tratados, lo cual es legítimo, pero no es lo mismo cuando se trata de buenas relaciones político-personales entre el presidente venezolano y Muamar el Gadafi, un hombre que se asoció con el imperialismo para olvidarse de sus día rebeldes. Esta prueba será más candente si la rebelión árabe se extiende al pueblo llano de Irán contra el régimen teocrático que gobierna Teherán. Las relaciones de Estado, y las personales, tienen el límite de la rebelión social.

Y en esos países, a diferencia de Venezuela, existen razones para la rebeldía popular. Esto quedó demostrado desde febrero de 2011 cuando los pueblos de Yemen, Egipto, Libia, Arabia Saudita, Túnez, Argelia, Omán y Bahrein tomaron las calles para exigir libertades democráticas. Pocas veces en la historia se había visto tal marejada de levantamientos.

Cuando este nuevo “teatro de guerra” árabe se concentró en Libia, a Hugo Chávez le saltaron los tapones. Ahí estaba su amigo Gadafi, a quien había condecorado con la espada de Bolívar unos meses antes. Comenzó una nueva prueba en la que se manifestó tal como es desde que ha sido lo que es. Original y contradictorio como es su esencia, se opuso al imperialismo y se atrevió a la iniciativa de proponer una Comisión de Alto Nivel pero conformada por países del ALBA y otros similares del Tercer Mundo que medie entre las partes en Libia. La izquierda mundial y muchos gobiernos simpatizaron con la idea.

La misma gente arrugó la cara cuando el mismo presidente defendió al líder libio por razones de Estado y de amistad, sin importarle los muertos que había dejado en las calles de Trípoli y Bengasi. Nadie puede saber si lo sabía, si sus asesores en el mundo árabe lo habían informado sobre el cambio de bando de Gadafi. Sus brutales atropellos a quienes no opinen como él o el enriquecimiento ostentoso de sus ocho hijos. Su firme posición anti-imperialista ante los bombardeos a Libia quedó borrosa por su defensa a ultranza de Gadafi. Lo que nadie puede explicar es cómo hace Hugo Chávez para quedar igual que el día anterior, después de armar tamaña controversia ideológica internacional.

2010, el mismo líder pero en apuros

Tratándose de Hugo Chávez, el tránsito temporal entre aquel año tranquilo de 2007 y su máxima prueba en 2012 no podía ocurrir de otra manera que no fuera por el misterioso sendero de la paradoja y la sorpresa. Es insólito saber que el año de mayor fulgor político, con las mayores victorias, reconocimiento internacional y afirmación personal, haya sido, exactamente, el mismo que lo condujo a su primera derrota electoral y a la entrada a las “cinco crisis” de estructura más simultáneas que haya vivido su joven régimen. Todas ocurrieron entre finales de 2007 y finales de 2010, unos tres años de reestructuración completa de las bases sociales, económicas y políticas de la revolución bolivariana.

Como es evidente, estábamos en presencia de una fase nueva para el líder y el proceso. Sus fuerzas internas comenzaron a removerse, pero esta vez no se trataba de golpes o saboteos petroleros, mercenarios o anuncios de guerra civil. Ahora había que lidiar con debilidades propias del Estado nación, del equipo gubernamental, de las fisuras sociales o las debilidades de los movimientos y de una relación con el sistema mundial de Estados en la que Venezuela tiene más que perder respecto de otro país, excepto Cuba, Bolivia y Ecuador. Las cinco crisis revelaron otras “fallas tectónicas”. Esa no era la agenda que tenía en mente en el primer semestre de 2007 cuando los holgados resultados electorales de diciembre de 2006 dejaron a Chávez parado sobre una montaña de votos cubierto con una capa de triunfador inexpugnable.

Elías Jaua, su vicepresidente ejecutivo desde mediados de 2010, definió estas “cinco crisis” en su Informe ante la Asamblea Nacional en febrero de 2011. Dijo: “El gobierno bolivariano superó con éxito la crisis energética, la bancaria, la de relaciones bilaterales con Colombia, así como la emergencia por las lluvias y las estafas inmobiliarias”. Antes de darlas por superadas, el líder bolivariano tuvo que pasar por sus puentes movedizos. En cada uno fue sumando costos políticos y personales que no tenía previstos en su agenda. En todas asumió la misma dinámica que le hemos visto en las anteriores de

2001, 2002, 2003 y 2004. Se movió como si estuviera en un teatro de guerra asido a su tablero imaginario moviendo ejércitos y recursos en una guerra que siempre parece de posiciones. Y lo hizo con el espíritu reactivo empírico que le confesó a Harnecker: “Soy un hombre de contraofensiva”.

Esa contraofensiva esta vez no le dio los mismos resultados que en otras pruebas. Es más fácil derrotar a un golpe que hacer llover las nubes cuando se niegan a dar agua por once meses seguidos, o secarlas cuando deciden llover como en Macondo. No fue tan fácil escapar a la descomposición moral de las FARC y terminar engañado por uno de sus grupos en el escándalo por el hijo de Clara Rojas. Cuando se enteró que el niño hacía mucho que no estaba en poder de la organización, rompió relaciones con ellos. Lo que había comenzado con una buena imagen en la prensa por su mediación a favor de la “paz” en Colombia terminó en un fiasco del cual fue la víctima propiciatoria.

Chávez reaccionó como siempre. Comenzó su última batalla contra Uribe y las bases yanquis, por las que casi se rompe la UNASUR en Bariloche en 2009, y provocó un enfrentamiento que pudo llegar a niveles militares en la frontera. Su molestia con las FARC hizo que calificara a las guerrillas como “fuera del tiempo” y sin sentido, recibiendo críticas de una parte de la izquierda mundial que simpatiza con ellas. Hasta su maestro Fidel Castro se distanció conceptualmente en una reflexión mesurada sobre el valor de las guerrillas en la historia.

A los desmanes naturales o las locuras financieras del capitalismo mundial los enfrentó con lo mejor que tenía. Uribe terminó saliendo como un tipo malo con imagen favorable en la sociedad colombiana, en 2010 fue reemplazado por su asistente en el genocidio, y fue con este con quien pudo rehacer las relaciones, recomponer el comercio, las fronteras y las sonrisas presidenciales perdidas con el malhumorado hombre de Antioquia.

El día que pactó con Santos en Santa Marta bajo el halo de Bolívar y embanderado con la tricolor venezolana, no advirtió que comenzaba una prueba más difícil que la de Uribe. Quizá arrullado por los vítores populares que recibió en el camino al monumento donde lo esperaba paciente el colombiano, olvidó que no hay nada más peligroso para un político revolucionario que las babas resbalosas de una relación de Estado.

Casi un año después, como si se tratara de un vaticinio fatídico, se ajustó un poco más a las leyes de la relación entre Estados. El vacío ejecutivo dejado por Néstor Kirchner debe compartirlo en una Presidencia tan bicéfala como contradictoria. Se supone que ambos secretarios de la UNASUR representan políticas externas *incompatibles* en el terreno diplomático, más en una entidad dedicada a contener conflictos. Esta tendencia peligrosa se reforzó en abril de 2011 cuando le brindó legitimidad a Porfirio Lobo, un presidente electo en unas elecciones írritas promovidas por un régimen dictatorial surgido del golpe militar de Estados Unidos en Honduras. A la reunión asistió al lado del presidente colombiano Juan Manuel Santos.

Chávez ingresó en un laberinto cuyas salidas son tan peligrosas como su entrada. Uno de los riesgos es la ruptura con una parte del movimiento

social que lo apoya en Honduras, en Venezuela y otros países. Lo vieron como demasiado. Uno de los dirigentes de la resistencia hondureña escribió estas reflexiones en el diario web español *Rebelión*:

En mayo de 2010, durante la Cumbre Iberoamericana en Madrid, el presidente Chávez anunció que no asistiría si participaba el Sr. Porfirio Lobo Sosa, por ser un gobierno “ilegítimo”; once meses después el mismo presidente Chávez expresó en Cartagena de Indias, Colombia, “Con mucho gusto he conocido al presidente Lobo... y los resultados son muy positivos”, y explicó que “nosotros hemos hecho gestiones para tratar de ayudar a que Honduras se reintegre a todos los organismos internacionales y a los programas de cooperación con nuestros países”, en una clara referencia a la reincorporación del Estado de Honduras a la OEA y a normalizar las relaciones comerciales interrumpidas con el golpe de Estado. Acto seguido, aparece sonriente en una fotografía estrechando la mano del verdugo del Pueblo hondureño³⁵.

Una de las pruebas en la que el líder bolivariano ha mostrado más la comprensión del nuevo laberinto en el que anda metido desde 2008 es la de la vivienda, una de las “cinco crisis” de Jaua. Con ella descubrió que además de producir desastres, las lluvias pueden hacer perder elecciones. El megaplan de viviendas habla de una buena caja presupuestaria, pero además de un gobierno y un hombre. El primero comprendió tarde uno de los principales problemas estructurales del país desde hace medio siglo. El segundo se convirtió en general en su teatro de guerra imaginario. Desafió las lluvias, la hipertrofia ministerial y se dedicó a resolver el problema habitacional como si fuera el alcalde de la nación. Uno de los consejos dados por Fidel en 2004 era exactamente este: “Hugo Chávez no debe ser el alcalde de todos los problemas del país”. Fue la misma historia en la crisis eléctrica. Uno sentía actuar a un ministro desesperado, no a un presidente-estratega.

El desarrollo y resolución de cada una de las crisis desde finales de 2007 hasta 2011 lo fueron convenciendo de que los resultados electorales de esos cuatro años no contenían nada de misterio. La culpable ya no podía ser la “ultra izquierda” y los “chavistas desagradecidos” de diciembre de 2007, ni fuerzas extranjeras, aunque el segundo sujeto actúe en forma sistemática. Casi dos millones de votos chavistas se fueron congelando al punto de obtener en septiembre de 2010 menos escrutinios que la derecha. Debajo de cada diputado chavista hay menos votos que debajo de cada uno de los otros. Los gobiernos se sostienen en bases sociales, no en diputados. No haber comprendido este secreto lo condujo a una escena fea en octubre de 2010 cuando la corresponsal de la *BBC* y *Radio Caracol* logró alterarlo con sus preguntas.

Entre la primera y la última crisis comenzó a abrirse el camino que lo conducirá al 2012. No está regido por un almanaque electoral. Debajo del

35 MENCIA, Tomás Andino *Rebelión.com*.

calendario marcha un proceso social de modificación tectónica de su base social. Chávez lo comprendió a partir de esa pelea con la periodista. No es un camino sin retorno, tratándose de Hugo Chávez. Su actuación al frente de las crisis eléctrica y habitacional desde diciembre de 2010 hizo subir la puntuación de su buena imagen. Era su guerra de posiciones que a veces se le vuelve interna.

Fue esa urdimbre de desafíos, quizá, lo que hizo “disparar las alarmas” de la estructura mental del presidente. Entre 2008 y enero de 2011 hemos presenciado 19 regaños públicos a ministros, viceministros y altos funcionarios. El sociólogo venezolano Pedro José Fuentes reseñó en un escrito aparecido en *Aporrea* uno de esos casos escandalosos:

No dudo de que las orejas se le deben haber calentado a los funcionarios que fueron emplazados por el presidente Chávez, a propósito del encuentro realizado en Vargas, en los cuales se les llama a capítulo en cuanto al secuestro del PSUV por parte de élites regionales, llámense gobernadores o alcaldes. “O trabajan o se van”, o con otras palabras parecidas el presidente increpó, especialmente a los gobernadores de Apure, de Trujillo y al alcalde de Valera³⁶.

Al mes y medio estaba echado el gobernador de Apure. En diciembre de 2010 le dijo a su yerno que “si *las cosas* continúan como vienen” podían terminar todos muy mal. Fue la expresión momentánea de un estado de desesperación. Tiene menos importancia anecdótica que como mar de fondo bajo la superficie existencial del héroe de esta historia llamada “revolución bolivariana”. La conversación era privada, pero se filtró por el altavoz del teléfono y más de uno la guardó en su memoria con el respeto que le merecen las palabras del presidente. Sin sacarlas de su contexto se convierten en un aporte para comprender la evolución del personaje en el escenario que le tocó. “Ante tanto incumplimiento, ¿qué castigo creen ustedes que nos merecemos del pueblo?”. No era un reclamo personal, sino la exhalación de un enojo por la suma de incumplimientos de ministros y responsables de decenas de obras. Algunas menores como el reemplazo de la carabela de Colón por la corbeta de Miranda en el Parque del Este. “En ese caso yo mismo di la orden directa y es la hora que sigue allí”, dijo el presidente en una lista que se le hizo dolorosa. En la oficina corrieron segundos de un silencio pasmoso. Se reflejó en la expectación de los rostros. Se miraron como diciendo “¿y qué le respondo?”. No fue necesario que alguien contestara. Chávez les dio la respuesta que ellos nunca imaginaron:

Quizás ustedes piensen que el pueblo debería matarnos (...) aah, pero ¡no!, eso sería muy fácil, nos matan y ya, estamos muertos y se acabó (...) ¡No! Lo que el pueblo debería hacernos es colgarnos y mantenernos vivos,

36 *Aporrea.org*, 21-01-11.

pero a puntico de morir, sufriendo hasta siempre, ese es el castigo que merecemos!³⁷.

El destino de un hombre como Chávez no se decide en una elección como la del 2012. Pero el proceso político que lo tiene a él como su eje indiscutido tiene esa fecha como su prueba decisiva. Ahí nace su dilema más dilemático, ese donde la voluntad no decide sola. El escenario configurado por el riesgo del cáncer desde junio de 2011 retrató con patetismo socrático esta dialéctica entre el individuo, el movimiento y el régimen. Como a nadie se le ocurrió pensar en otra cosa que en la muerte, todo el mundo se hizo la misma pregunta. ¿Y ahora? Incluso Hugo Chávez se lo planteó a su manera sinuosa cuando dijo que, si él se entera de que el cáncer es terminal, sería el primero en decirlo “por el bien del gobierno”.

La simpleza de esa pregunta contiene, en realidad, la crudeza sobre la sucesión en la cima del poder. Como todo lo humano se paga en esta Tierra, el propio presidente tuvo que reconocerle al autor de la frase-concepto: “Tenemos un síndrome de hiperliderazgo” que tenía razón, aunque cuando lo dijo, en un Encuentro de intelectuales del Centro Internacional Miranda, el presidente no se lo perdonó. Pero el 12 de julio comenzando la mañana, en el programa televisivo de Ernesto Villegas, actual ministro de Información, el jefe de Estado intervino sin aviso, como es su estilo, esta vez por vía telefónica, para terciar en la entrevista que mantenían el periodista y el académico español Juan Carlos Monedero, amigo de Chávez y ex asesor de su Despacho.

Es lo que tú decías cuando aquella cosa sobre el liderazgo ¿cómo fue? hiperliderazgo. Insistiendo en la idea, el periodista Ernesto Villegas preguntó:

—Presidente, justamente ese reconocimiento suyo del hiperliderazgo, del cual habló aquella jornada del Centro Internacional Miranda, hacer ese reconocimiento. Presidente, es de esperar entonces que ese nuevo Chávez, reformateado ¿esté más inclinado hacia la dirección colectiva de los asuntos políticos de Venezuela?

Con convencimiento, el presidente respondió:

—Sí. Tengo que asumirlo, tengo que asumirlo³⁸.

Casi tres años después, la conmoción personal producida por unas diminutas células malas en el cuerpo de Hugo Chávez pudo más que la retórica del conocimiento sobre los riesgos de la sobredeterminación de los líderes en la vida del movimiento y de los gobiernos. Pero a la militancia chavista, cada vez más politizada, le comenzaron a preocupar otras expresiones del nuevo Chávez. El día que dijo a sus seguidores que había que sustraer la

37 Testimonio, enero de 2011.

38 Prensa del Centro Internacional Miranda. *Aporrea*, 13 de julio de 2011.

palabra “muerte” de la consigna “Patria, socialismo o muerte”, entendieron que la enfermedad también estaba presionando al líder hacia el “centro” de la vida política. Dicho de otra manera, que lo estaba haciendo mover desde una posición “de izquierda” como la denota la consigna.

Un detalle biográfico poco advertido por sus seguidores es que el líder bolivariano está tan compenetrado con el régimen que ha modelado a su imagen que ya no ve la frontera entre su vida personal y la del sistema institucional. Sacar esa palabra de una consigna de Estado, usada por millones de militantes y por las Fuerzas Armadas en actos oficiales, es como trasladar sus íntimos temores al conjunto de la sociedad y del Estado. Como si fueran lo mismo. Es una dialéctica irreversible entre el líder y el proceso. Nacida en 1992, su desarrollo se ha vuelto fatal: lo que pase con uno afectará sin remedio al otro.

Entre un principio y demasiados amigos

El camino de la “revolución bolivariana” está plagado de miserias humanas. Esta no es una novedad en la historia ni será la última vez que lo veamos; tampoco puede ser el pretexto para mantenerlas. A doce años del proceso político el líder-presidente ha comenzado a sentirse atrapado y nadie puede asegurar la salida. Al revés de un epifenómeno, la corrupción instalada en el aparato de Estado y colgada de la conducta de una minoría de sus funcionarios afecta al fenómeno principal. En Venezuela son el proceso revolucionario y su héroe desde 1992, ambos simbióticamente unidos en una sola cosa, como la soya transgénica. Ahí, exactamente en ese punto de cruce, nace el efecto político de la corrupción sobre la revolución.

En una sociedad “normalizada” bajo las reglas y el dominio general de la burguesía, la corrupción es como un fluido más del organismo social y estatal. Eso se convierte en su opuesto cuando se trata de una sociedad en marcha revolucionaria. El mismo fluido va dañando el organismo y socavando las bases de sustentación del régimen político. Hay quienes creen que el régimen se sostiene en las paredes de los ministerios y en la imagen del presidente, cuando en realidad sus raíces están en la cabeza de la gente, en lo que cree y piensa. Y la gente trabajadora cree y piensa según vive. Es en este plano donde el burócrata y el corrupto se autoengañan. Olvidan que un régimen que desafía al imperialismo y al capitalismo comienza por desafiar-se a sí mismo como lo que es.

Quizá esta sea la piedra más incómoda en los zapatos de Hugo Chávez. Él ha demostrado su probidad moral, pero nadie, excepto los burócratas, están conformes con ese límite individual. Quieren que el líder se atreva a más. Se lo dicen en miles de cartas y mensajes anuales por los medios alternativos, oficiales, a veces por *Aló, Presidente* y por *chavezcandanga*. Esta es la frontera en uno y otro Chávez. El primero, el incorruptible, depende de su voluntad, pero el otro no porque está sujeto al sistema institucional del Estado. En esa dimensión *mutatis mutandi* el Chávez de 2011 parecie-

ra haber ingresado a un laberinto como el que lo condujo al 11 de abril de 2002. No solo debe arreglárselas con Washington que lo tiene en la mira y no descansa en asediarlo en los organismos internacionales y con la prensa, también tiene que vérselas con sus propios corruptos y burócratas, que es lo más parecido a una bomba activada bajo sus pies.

Una de las contradicciones sobre la que cabalga Hugo Chávez es la conservación de una economía y un tipo de Estado donde se junta lo peor de lo viejo con lo perverso de lo nuevo. En muchas zonas del gobierno no puede diferenciar claramente entre lo uno y lo otro. Lo bueno y sano de la “revolución bonita” se sienten arrinconados en la impotencia. Esa impotencia muchas veces se apodera del presidente cuando siente que los corruptos están haciendo “su propia” revolución bolivariana. El contrasentido aparece cuando esa realidad choca con los discursos radicales del líder bolivariano, por un lado, y con la fuerza transformadora de las masas que lo acompañan y odian a los corruptos pero no tienen el poder político para desalojarlos del aparato de Estado.

Los remedios aplicados hasta ahora por el gobierno no impidieron la reproducción de la enfermedad. Como dice un científico marxista al que admira István Mészáros, la corrupción “es una función metabólica de la reproducción del capital”. El propio Chávez, siguiendo a este y a otros autores, comenzó a señalar la causa de fondo de la enfermedad:

Es necesario reconocerlo para combatirlo (...) los vicios de lo viejo, las características de lo viejo impregnan lo nuevo (...) me refiero a esos dos vicios que son (...) el burocratismo por un lado (...) y la corrupción (...) productos de la ofensiva ideológica alienante del capitalismo³⁹.

Muchos funcionarios se sintieron contenidos en estas palabras. Vieron en ellas un cambio de postura en el presidente. Antes de 2006 sus explicaciones del flagelo eran de carácter moral y espiritual, sin hurgar en las causas que llevan a la irreprimible tentación por las “comisiones” o “bajadas de mula” como se dice en Venezuela. En 2004 dijo a un amigo en el Palacio de Miraflores que no sabía cómo enfrentar a los corruptos: “Yo no estaba preparado para esto, yo me formé para combatir al imperialismo, no a corruptos en mi propio gobierno”, confesó en los pasillos al terminar una peleada reunión de gabinete.

Aun así, hay tres diferencias con todo lo anterior. A pesar de que los medios enemigos lo ocultan y el gobierno de Chávez no ha sabido comunicarlo, decenas de altos funcionarios, algunos con rangos de oficiales, viceministros, vicepresidentes, gobernadores y ministros han sido echados de la Administración, algunos condenados judicialmente, otros apartados del poder. De algo así no hay registro en Venezuela antes de 1999. En la Justicia, la Fiscalía, en INDEPABIS, en la prensa comunitaria y algunos medios del gobierno, se

39 *Crónica*, p. 7.

han hecho centenares de denuncias. La razón es simple: se democratizó la denuncia, se liberó la palabra política. Cualquier vecino puede hacerlo desde su organización social o a través de los medios comunitarios independientes. Y, si esto no da resultados, pueden solicitar la remoción de un funcionario a través del Referéndum Revocatorio o denunciarlo tantas veces como quiera hasta que se va. En enero de 2011 el ex presidente del Instituto de Ferrocarriles del Estado, despedido al mes siguiente por burócrata, había decidido desde el año 2008 poner en riesgo la vida de casi 80.000 personas cada 24 horas. La razón era simple. Su Directiva se negaba a aplicar el presupuesto para la compra de repuestos que garanticen la seguridad de los trenes. Quiso echar a decenas de técnicos que reclamaron, pero la movilización pudo más y el echado fue él. Uno de esos técnicos me contó:

La verdad es que parece increíble que un proyecto que Chávez tiene como bandera, la Directiva no le inyecte dinero para completarlo. Según el plan ferroviario nacional ya deberían estar concluidas y funcionando cinco líneas ferroviarias y solo hay una operativa y las otras con bajo porcentaje de construcción. Actualmente están operando once trenes y cuando falla uno todo colapsa. Los repuestos se han solicitado desde el año 2008⁴⁰.

Hugo Chávez ha cumplido el rol de vocero de la voluntad política de millones y legitimador de la denuncia. Los extravíos administrativos de su gobierno han sido denunciados por él mismo en 101 emisiones de un total de 279 programas del *Aló, Presidente*, registrados hasta el 27 de marzo de 2007. En algunos casos con nombres y apellidos, en otros con despidos ante la vindicta pública en la misma emisión. Tal cosa es desconocida e inusual en Venezuela. Ha sido vista como un acto de redención por los funcionarios honestos y por los militantes organizados en barrios y oficinas. Se sienten legitimados y respaldados para hacer lo mismo.

En los ministerios y en otras entidades públicas se puede verificar un fenómeno extrañísimo: hay incorruptibles a prueba de tentaciones. Lo curioso es que en muchos casos conviven con los otros, como si fueran agua y aceite en la misma paila, juntos pero no revueltos. Una rara *entente* provisional donde cada uno se las arregla para no dejarse tentar por lo que hace o se niega a hacer el otro. Varios de los denunciantes de ministros corruptos han sido directores del mismo Ministerio o gerentes de organismos, como ocurrió en el Ministerio de Salud en 2009, en el Ministerio de Agricultura en 2007 y en el Fondo Único Social en 2006.

La tercera diferencia es menos advertida, siendo la de mayor trascendencia: Casi el 70% de las denuncias registradas las hicieron militantes bolivarianos, organizaciones sociales, agrupaciones de luchadores locales, cooperativas, sindicatos clasistas o medios comunitarios. En decenas de casos

40 GUERREO, N. A., e-mail del 13 de enero de 2011.

las denuncias individuales aparecieron por *Aló, Presidente*, registradas en la página web del Gobierno. De las 1792 denuncias con pruebas documentales o testimoniales que publicó el diario *aporrea.org* entre abril de 2003 y mayo de 2007, una cantidad de 1397 acusaciones provinieron de asociaciones y militantes del movimiento popular. El resto fue hecho por algunos diputados, directores y gerentes chavistas de organismos, y por la Contraloría General.

Un dato singular es que la gente acudió en 2007 al instrumento constitucional de Referéndum Revocatorio para tratar de remover corruptos del régimen. Informa el diario *Últimas Noticias* del 16 de junio de 2007:

Hoy se inicia el proceso de recolección de manifestaciones de voluntad (firmas y huellas) para activar los referendos revocatorios a 9 gobernadores, 109 alcaldes y 49 legisladores de los Consejos Legislativos Estadales. El único requisito que necesitan los ciudadanos para expresar su voluntad es la cédula de identidad laminada.

Hasta 1999, los encargados de sacar la corrupción a la luz eran los medios periodísticos, diputados, o la Contraloría General en su informe anual. A veces la Iglesia. La norma era negociar entre las jefaturas de los partidos que dominaban esos organismos para que hubiera resultados nulos. Luis Tascón, una de las principales figuras parlamentarias del gobierno, dijo por un canal de televisión:

Muchas personas, políticos y empresarios, asociados al proceso revolucionario han abultado considerablemente sus riquezas. Más allá del carro o el apartamento, Chávez ha ido al fondo... El presidente está dando un golpe importante a lo que pueden ser las élites que se han constituido dentro del proceso revolucionario⁴¹.

Dos de las principales figuras intelectuales del régimen, el reconocido escritor y humorista Luis Britto García y la abogada y autora Eva Golinger, se atrevieron a seguir esos pasos. Luis Britto dijo el 2 de julio de 2007:

Ni controlamos los capitales que se lavan en Venezuela ni sancionamos el juego ilegal de acuerdo con el Código Penal. Por el contrario: abra usted la página web de la Asamblea Nacional y descubrirá que el diputado Hermes García (Podemos/ Sucre) clama por legitimar los casinos⁴².

Y por el mismo medio, Golinger, una de las preferidas de Chávez por haber develado en el libro *El código Chávez*, hecho con documentos del Pentágono, la intervención de Washington en Venezuela, advirtió: "Aquí no podemos dejar que caiga gente inocente porque hay desacuerdos internos, y

41 *Prensa Asamblea Nacional*, 13 de junio de 2007.

42 www.aporrea.org.

no podemos sacrificar a las personas honestas y comprometidas con este proceso. Hay que limpiar la casa, pero de los malos, no de los buenos”⁴³.

Existe una singular correspondencia entre el pensamiento político, la opción de vida de cada sector y la irresistible tentación por la plata oscura en la “revolución bolivariana”. El corrupto es casi siempre la misma persona que en Venezuela definen como “gradualista”, versión criolla del tradicional “oportunista” o “reformista”. Se trata de aquel chavista militante apoltroado, generalmente de clase media, pero a veces se encuentra más abajo, que confiesa que son suficientes las reformas realizadas y se siente incómodo con la profundización del proceso. Frente a él, están los funcionarios incorruptibles que piensan al revés: si no se profundiza la revolución, se perderán las conquistas y retrocederá todo hasta desaparecer. A estos suelen llamarlos los “profundizadores”. Chávez, que está con los segundos, hace malabares para no romper con los primeros, y normalmente queda atrapado entre los dos.

En esta zona medular de su gobierno, el líder caribeño muestra uno de sus rasgos esenciales: cabalgar dos caballos que no se ponen de acuerdo: uno trota hacia adelante, el otro hacia atrás. Eso no le impidió ser inflexible en los casos en que decidió ir hasta el fondo, pero aparece atrapado en un sistema férreo estructurado del cual no se puede salir sin demoler todo el sistema. El asunto es que hacerlo implicaría una pequeña “revolución dentro de la revolución” y eso tendría costos en el equilibrio gubernamental y las alianzas que él eligió. Ese es su dilema existencial.

Hasta comienzos del año 2011 la gente no se atreve a ir más allá de lo que él se atreve. Los intentos sanos como el de Eduardo Samán quedaron en el camino. Esta realidad se aceleró a partir de mayo del mismo año cuando unos 50 movimientos y organizaciones de masas se reunieron en el Parque Central de Caracas para decirle al gobierno y a *su presidente* que no estaban de acuerdo con varias de sus políticas externa e interna. Más aún, que saldrían a la calle con movilizaciones para enfrentar a la “burocracia” y la “corrupción” que frenan el proceso revolucionario y frena el tránsito al socialismo. En efecto, a las tres semanas, unos diez mil militantes de organizaciones obreras, barriales, campesinas y de medios comunitarios marcharon por las calles de Caracas. Pero esta vez Hugo Chávez los miró desde lejos, pues estaba en La Habana curándose con quimioterapia.

Una de sus frases más conocidas, quizá una de las más creativas de cuantas se le han ocurrido, es “Entre mil amigos y un principio me quedo con el principio”. Muchas veces ha quedado invertida. Se las arregla para seguir gobernando con “muchos amigos”. Mientras tanto, la gente espera su señal. Por sus reacciones altisonantes en las reuniones oficiales donde se trata el tema y por su sistemática acusación, se perfila un solitario que pretende acabar con los corruptos con el mismo espejismo con que el Quijote enfrentaba sus molinos de viento. No porque sean de fantasía, sino porque supone que

43 *www.aporrea.org*, 2 de marzo de 2006.

se podrá convivir con ellos hasta el 2025. Es la misma ilusión que lo llevó a creer que podía compartir con Blair y Clinton o con sus enemigos internos.

Tan solitario como muchos de los incorruptibles en funciones de Estado. Siente que “la ofensiva alienante del capitalismo” marcha más rápido que los correctivos y “el poder popular”. Frente a los corruptos, el “profundizador” Chávez se va convirtiendo en un “gradualista” involuntario o inconsciente. Aun así, su gobierno atacó la corrupción como pocos gobiernos venezolanos lo hicieron desde 1945. Metió presos o destituyó funcionarios que fueron agarrados con las manos en la masa. Hay dos casos emblemáticos que puede mostrar a su favor. Uno, el del coronel Luis Alfonso Dávila, ministro en su primer gabinete, fue echado junto con su mujer por derivar fondos millonarios y cobrar comisiones por contratos sin licitaciones ni control público.

Dávila fue de la segunda generación que se ligó al MBR-200 y uno de los dos hombres que acompañaron a Chávez en su primer viaje al exterior al salir de la cárcel. Sin embargo, por su carácter, sus propiedades inmobiliarias y agrarias y su objetivo personal, su participación en el MBR-200 fue siempre otra. Su “enganche” tuvo el tono de la mayoría que ingresó con Chávez al gobierno en 1999: vieron la oportunidad de seguir como antes, solo que con boina roja.

El argentino Norberto Ceresole conoció bien a Dávila y retrató en su imagen el espíritu dominante en aquella camada de funcionarios que ocupó el gobierno entre 1999 y 2002. Ellos fueron el puente entre la vieja y la nueva burocracia, y con ella se *aggiornó* la corrupción. El extinto ideólogo peronista contó:

Dávila jugaba independientemente de Quijada (un empresario agrario que apoyó a Chávez hasta 2002) y de Miquilena. Hasta donde lo conocí –recuerda Ceresole en una entrevista del año 2000– (...) Dávila era otra cosa (...) tenía una mentalidad distinta, una mentalidad, yo diría entre negocios y *real politik*.

Ceresole trata de contraponer la personalidad de personajes como el coronel Dávila, un militar empresario, amigo de Washington, con el espíritu soñador, romántico, “demasiado de izquierda”, de Chávez, un detalle que siempre le cuestionó. A Dávila también le molestaba esta tendencia del líder, cuenta Ceresole. Aunque ambos coincidían en la necesidad de un gobierno fuerte de tipo militar en Venezuela, divergían en un punto central: Dávila era proyanqui, Ceresole no. Dávila prefería “un gobierno fuerte en alianza con Estados Unidos, porque esa era, yo recuerdo, la gran proposición de Dávila (...) estaba muy preocupado por la mentalidad de Chávez”⁴⁴. Dos años después de estas palabras, el coronel y ministro Alfonso Dávila fue expulsado por corrupto. En los siguientes cuatro años fueron echados por la misma causa otros siete altos oficiales.

44 GARRIDO, A., *N. Ceresole, Testimonios*, Mérida, Edición del autor, p. 190.

Algo así, tocar a la corporación militar en sus cúpulas, no se vio nunca en Venezuela. “No me tembló el pulso cuando tuve que echar de mi gobierno a los oficiales y al ministro del caso Central Azucarera”, declaró orgulloso el presidente el 5 de marzo de 2006, apenas dos semanas después de iniciado el escándalo. El ministro implicado se llamaba Antonio Albarrán, un pintoresco personaje que usaba sombrero blanco de ala ancha como *Cocodrilo Dundee* y se pavoneaba con el presidente en sus giras de Estado. Su socio era el comandante militar Delfín Gómez Parra. Ambos fueron echados en febrero de 2004 por desviar 3.3 millones de dólares de la inversión en la Central Agroindustrial Azucarera Ezequiel Zamora, en el estado Barinas, el pueblo gobernado por el padre de Chávez. Junto a ellos salieron otros dos oficiales y quince altos funcionarios civiles⁴⁵. Los autores Marcano y Barrera y algunos “amigos críticos” sostienen que la familia de Chávez ha participado de varios de esos casos de corrupción.

Uno de los resultados políticos del impacto subjetivo causado por la sorpresa electoral en Hugo Chávez, el 7 de octubre de 2012, cuando sacó más votos de los esperados por todo el mundo, y por él mismo, fue la instalación de un departamento que se encargará de vigilar las inversiones, los proyectos, y a aquellos vivos que suelen quedarse con algo “de eso”.

El presidente de la República, Hugo Chávez, comentó este lunes que este nuevo período de gobierno, lo que viene es inspección y más inspección a todas las obras y proyectos del gobierno para garantizar la “calidad revolucionaria”.

En un consejo de ministros, desde el Palacio de Miraflores, comentó que estas inspecciones son “buscando la eficiencia política, económica y administrativa, y la calidad revolucionaria de lo que estamos haciendo”⁴⁶.

Aunque la medida puede ser evaluada como tardía, luego de doce años de gobierno, en realidad trata de darle expresión más firme a las incontables declaraciones suyas contra la burocracia y la corrupción, como a las quejas y denuncias permanentes de la militancia. El jefe bolivariano subió su propia apuesta, con un mensaje de alto contenido político para el amplio sector molesto de su movimiento. Abrió un correo electrónico oficial para que los ciudadanos envíen los documentos y pruebas que demuestren sus denuncias, algo que hasta entonces solo lo podían hacer a través de los medios comunitarios. Al frente de este organismo de su Despacho colocó a una Almiranta egresada de la Academia Militar venezolana, como si eso fuera una señal de “mano dura”, una de las expresiones más usadas por las bases chavistas cuando le piden a su presidente que radicalice “la revolución”.

45 Diario *Vea*, 11/03/06 y www.aporrea.org.

46 “Chávez: Lo que viene es inspección y más inspección para garantizar la calidad revolucionaria”, Agencia Venezolana de Noticias, lunes 5 de noviembre de 2012.

El líder bolivariano comprendió el 7 de octubre de 2012 que el destino de su gobierno se estaba jugando en el estado de ánimo de movimiento. Así lo dijo en varias oportunidades durante la campaña y en privado en el palacio, en reuniones ministeriales de los días 10 y 11 de octubre, en las que reclamó a su equipo: “Es que ustedes no hacen un seguimiento efectivo de los resultados, de la plata que se invierte y adónde va, ustedes tienen que hacerlo, yo no puedo alcanzar más desde mi lugar de combate, y después se quejan de que soy personalista, ¿no?”. Quien me relató esta escena se sorprendió por la cara de espasmo de los ministros. Daba la impresión, me dijo, de que habían comprendido de repente “que esta vaina se va pa’l carajo si no corregimos, imagínate tú eso y la enfermedad del comandante”. El presidente había logrado esa tarde del miércoles 10 trasladarles su impacto personal en forma de susto colectivo.

Dólares con sabor a tango

Cuando el gobierno venezolano decidió concentrar en Argentina buena parte de sus compras agroalimentarias y medicinales, en julio de 2004, comenzó una cacería de comisiones y canonjías como en los años dorados de Menem. Muchos empresarios y funcionarios aprovecharon el acercamiento entre Chávez y Kirchner y los protocolos firmados para desarrollar una amplia red de negocios. Puerto Madero, el barrio más caro de Buenos Aires a orillas del Río de la Plata, fue testigo mudo de esa historia. En 2005 tuvieron que buscar otros lugares más seguros porque el ligero ministro del sombrero blanco fue “descubierto” y puso en alerta a la prensa. Fue en esos años que a un hombre de negocios de antigua filiación peronista, que exportaba alimentos a Venezuela, se le ocurrió una reveladora expresión: “Venezuela es la provincia peronista más rica de la Argentina”⁴⁷.

Albarrán estuvo en este país tres o cuatro veces; en la última almorzó y negoció con empresarios del sector y algunos funcionarios de la Secretaría de Agricultura, en un exclusivo restaurante de Puerto Madero. Era junio de 2003 en Buenos Aires; a unos cuatro kilómetros el presidente se desgañaba en la explanada de la Facultad de Derecho explicando su revolución bolivariana en medio de un frío inmisericorde. Resultado de ese almuerzo fue la “coima” de 500 dólares de sobrefacturación por cada una de las inocentes vaquillonas que el Estado venezolano adquirió entre productores argentinos. El primer embarque fue de 2500 ejemplares de un total de 15.000 paridoras que se irán a los campos de Venezuela.

Otro funcionario echado por cobrar “coimas” en Argentina fue A. Benavides, ex director del SASA, el ente que provee registros para la importación de alimentos en Venezuela. El empresario argentino Carlos Yomal, exportador de carnes, dijo sentirse “sorprendido” por la facilidad con la que obtuvo

47 Testimonio, “Chacho” Contesti, abogado peronista, Buenos Aires, 2005.

todos los permisos de un año (enero a diciembre de 2003). Claro, tuvo que pagar “31 mil dólares de comisiones *cash* aquí en Buenos Aires”. El escenario también fue Puerto Madero.

El mismo año, un conocido ex juez argentino agenció una masiva compra de inyectables genéricos en laboratorios argentinos a nombre de la recién instalada oficina de PDVSA en Buenos Aires. “Lo que me llamó la atención fue que me pidieron triple facturación”, me relató el 19 de enero de 2005 Alfredo Brunstein, dueño de uno de los laboratorios elegidos. El empresario, acostumbrado a esas mañas como todo capitalista, murió sin entender para qué la tercera factura.

Los negocios legales e ilegales con Argentina se multiplicaron tanto que no solo elevaron las estadísticas del flujo comercial bilateral, sino también obligó a sistematizarlos, por un lado, y a vigilarlos, por otro. En diciembre de 2004 un grupo de funcionarios venezolanos que se enriquecían con las “bajadas de mula” al calor de los asados en Puerto Madero organizó sus operaciones como Dios manda. En este caso, Dios fue el sistema financiero no oficial. Registraron una *trader* de nombre “PCI”, que no refiere ninguna sigla del comunismo internacionalista, sino una firma de inversiones *off shore* en el Mercosur. Al frente, o más bien detrás, de esta operadora de comisiones millonarias estaba uno de los jefes de CASA, la Corporación venezolana encargada de compras gubernamentales de alimentos. Siete meses después de este hecho la agencia oficial de Venezuela, ABN, informaba de “100 casos de corrupción en MERCAL”, que es la red de bocas de expendio de alimentos de CASA. En MERCAL los precios son entre 3 y 5 veces más bajos respecto del llamado “precio de mercado”. Es uno de los mecanismos implementados por el presidente Chávez para “competir con el mercado capitalista” sin romper con él. Este beneficio popular es distorsionado en algunos casos por las manos negras del negocio oculto.

Durante el año 2010 un abigarrado manojito de frutas podridas salpicó los pasillos de Miraflores haciendo saltar de sus escritorios a ministros, banqueros estatales, entidades de alimentos y a un vicepresidente con su parentela. Un grupo de banquitos y financieras habían logrado controlar el 15% del Presupuesto Nacional entre 2007 y 2009. Una novedad había surgido. Estaba en las narices de todos. Percibieron sus hedores ese año porque fueron muchos. Se manifestó como siempre lo hace la corrupción: como escándalo. A esas alturas, una década de ejercicio, se conformaron cinco estructuras de manejo de negocios turbios y algunos no tan turbios. Se ordenan en redes separadas y en competencia, aunque vinculadas por las mismas fuentes materiales. Los tentáculos van de entidades clave del Estado a algunos bancos privados y viceversa. La base financiera tiene dos raíces: el petróleo y el carácter importador de la economía. Antonini Wilson fue apenas la flatulencia más tufarada salida de los meandros del Estado y la empresa privada en doce años.

En Venezuela se les llama “corruptos de boina roja”. Durante su primer gobierno, 1999-2001, a propósito del tema, solía quejarse en el Gabinete con

esta expresión: “Ustedes están matando a Chávez”, cada vez que se descubría un ilícito o un funcionario cometía una falla grave de gestión. Era una manera de decirles que estaban matando la única razón por la que ellos estaban sentados en sus poltronas ministeriales. En los últimos dos años despersonalizó esa reacción. Ahora dice: “No habrá socialismo si no nos armamos con la ética y con la moral socialista. Cero corrupción, cero burocratismo y atropellos”⁴⁸. Acudiendo a un conocido decreto de Simón Bolívar contra el imperio español, suele proclamar en *Aló, Presidente*: “Guerra a muerte a la corrupción”⁴⁹.

En el acto del 13 de abril de 2007, al final del discurso de celebración del contragolpe del 13 de abril de 2002, no soportó la tentación y preguntó desde su podio de orador, como si estuviera en un tribunal de ética: “¿Por qué hay ministros que no pueden ejercer sus funciones sin acumular riquezas? Invito a mis colaboradores a despojarse de bienes materiales y entregarse de corazón a esta revolución que es larga y exige sacrificios”⁵⁰. A ambos lados de él, en el tercer nivel del alto tinglado que hacía de tarima, cada funcionario escogía la mirada más acorde con su conciencia y su ubicación en el discurso del presidente. Algunos tuvieron que mirar lejos, más allá de la larga calle repleta de asistentes, como si no escucharan el reclamo; otros lo miraban, le sonreían y lo acompañaban en su filípica. Abajo, en la masa que lo atendía, las palabras de Hugo Chávez se traducían en apellidos reconocidos y en la imaginación brotaban dos marcas del dominio cultural imperialista: Hummer y Blackberry, símbolos fastuosos del sector conocido como los “corruptos de boina roja” que la gente sencilla usa por las mismas razones culturales. Lo único criollo de la cultura social que sostiene a la casta de burócratas son las tetas postizas de las jóvenes que quieren ser inmortales como Sibila. No saben que al final de sus días de mujeres bellas la vida les jugará una mala pasada y terminarán tan arrugadas como la del mito. Es el mismo destino que le espera a la burocracia corrupta que rodea al presidente, gane o pierda las elecciones. Al final del acto en la Avenida Urdaneta, en el alborozo de la celebración, la imagen no era la de un presidente a caballo derribando molinos malolientes, sino algo parecido a un Quijote bolivariano asediado por ellos.

48 Agencia Bolivariana de Noticias, 14 de octubre de 2006.

49 *Aló, Presidente* N° 253, El Tigre, estado Anzoátegui, Venezuela.

50 Caracas, Av. Urdaneta, Miraflores, 13 de abril de 2007.

NOVENA PARTE

DESTINO

*El hombre incapaz de renacer varias veces de sí mismo
es porque ya está embalsamado.*

Luis Franco, poeta y ensayista argentino.
Pequeño diccionario de la desobediencia

Encuentro con la muerte en La Habana

Muy pocas veces en la historia contemporánea el mundo vio y vivió, como lo ha hecho desde junio de 2011, el dramático tránsito entre la vida y la muerte de un líder político. En apenas 18 meses de intensas vivencias, dolores, cirujías, tratamientos intensivos, terapias, radiaciones, apartamientos inesperados del poder, dos campañas electorales victoriosas, las naturales incertidumbres políticas, especulaciones mediáticas, cálculos políticos morbosos, estigmas, deseos innobles y velas encendidas, plegarias masivas y preocupación en la militancia de cuatro continentes, y un lento y sostenido opacamiento de la figura presidencial han sido suficientes para revelar el agotamiento vital de un hombre y un líder.

Cada vez que intervinieron a Hugo Chávez en el hospital de La Habana, fue despedido como si se tratara de la última vez, y por cuatro veces hubo retorno. Un retorno nietzscheano, como le gusta evocar él mismo, citando el libro del filósofo alemán.

En enero, tras un silencio tan prolongado como tortuoso en La Habana y un episodio sorprendente alrededor del 10 de enero, la fecha marcada para la juramentación de su cuarto mandato, el jefe bolivariano comenzó a recuperarse y se preparaba para protagonizar su quinto retorno, confirmando el designio del poeta Luis Franco, quien advirtió: “El hombre incapaz de renacer varias veces de sí mismo es porque ya está embalsamado”. La genética, la voluntad y el espíritu de Hugo Chávez se niegan a tan fría envoltura. Contra todo pronóstico y apagando las velas encendidas por su muerte, el protagonista de esta historia se encontraba preparando sus maletas de regreso en la segunda semana de enero de 2013.

Pero en diciembre de 2012, como si se tratara de una señal en su calendario personal de Hugo Chávez, fue él mismo quien se despidió como si ya no volviera jamás.

El sábado 8 de diciembre, ante las cámaras del canal del Estado, levemente recostado a una mesa redonda en un despacho de Miraflores, empu-

ñando la espada de Bolívar y con sus dos gabinetes, el civil y el militar, a ambos lados, el líder bolivariano dio las dos señales del fin de su vida. Había regresado con la misma emergencia con que se había marchado a La Habana una semana antes bajo el permiso votado en la Asamblea Nacional.

El informe médico y la circunstancia política lo obligó el día 7 a hacer un viaje repentino y de alto riesgo. Llegó de madrugada al aeropuerto de Maiquetía, habló de Fidel y de las elecciones de la semana siguiente, relató cuentos, saludó y conversó con sus ministros, hizo chistes y chanzas y los invitó a disfrutar la pachanga decembrina, se fue al Palacio, compartió con su familia y allegados personales y luego descansó lo suficiente para sostener las reuniones indispensables sin las cuales no podía volver a La Habana para someterse a la operación menos segura de sus 18 meses de convalecencia.

La lealtad de sus camaradas de gobierno y partido bastó para que en pocas horas del sábado acoplaran las resbaladizas piezas de una transición gubernamental que podía no tener retorno. Así lo dijo con una voz calma y un espíritu tenso escapado por sus manos inquietas. Sosteniendo la espada en el puño de su mano izquierda, dijo: “Yo decidí venir, es verdad, haciendo un esfuerzo adicional porque los dolores, bueno, son de alguna importancia... estamos con tratamiento, con calmantes, en la fase preoperatoria y yo debo regresar a La Habana mañana con el favor de Dios”. El mensaje era más para que los medios informaran al mundo que para sus ministros, pero las miradas no pudieron evitar el asombro de lo inesperado. El presidente se estaba despidiendo por primera vez en catorce años del poder por el que luchó desde que se hizo conspirador revolucionario en la Academia Militar. La imagen no hubiera sido completa en este drama ontológico sin las siguientes cuatro palabras terribles, dichas por quien sabe que puede ser la última vez: “Estoy aferrado a Cristo”, dijo, luego de besar el crucifijo brillante que sacó del bolsillo derecho de su camisa azul, bajo la cual una franela roja recordaba el toque ideológico que abrazó en su vida de rebelde. Antes de colocar el crucifijo en la pesada mesa del despacho, develó la seriedad de su anuncio: “Y sigo aferrado al milagro”.

Nunca en año y medio el presidente Chávez fue tan preciso en la cifra de su mensaje. Estaba revelando la íntima relación entre el hombre humano que decae y el hombre político que sabe que puede irse. “Hay que estar preparado para que algo salga mal”. Ese fue exactamente el informe de los médicos antes de partir de La Habana el día anterior. El resto fue un peso que cayó solo en el silencio de aquella reunión palaciega. La memoria de los grandes hechos humanos nos conduce a dos escenas de patetismo similar, la socrática antes de la cicuta y la de Jesús con sus apóstoles en la última cena.

El acto inmediato fue la investidura de Nicolás Maduro para “concluir el período”, que puede culminar el 10 de enero de 2013 o prolongarse si logra recuperarse. Su voz pausada se trasladó con la mirada desde sus ministros al elegido. “Debo decir algo aunque suene duro, pero yo quiero y debo decirlo. Si,... (y esa brevísima pausa fue suficiente), como dice la Constitución, se pre-

sentara alguna circunstancia sobrevenida que a mi me inhabilite para seguir al frente de la Presidencia, Maduro debería concluir el período actual”.

Las palabras siguientes completaron el sentido exacto de su despedida. Adelantó que “en ese escenario”, el peor, el de su desaparición del centro del poder venezolano, Maduro debería ser el candidato a votar por su movimiento en las elecciones inmediatas que impone la Constitución Bolivariana a los 30 días exactos del vacío presidencial. El detalle casi barroco de su mensaje político a la compleja y rebelde base chavista, en el trance más delicado de un poder a otro, lo dijo como la fuerza de un líder que sabe del valor de sus palabras: “... Mi opinión firme, plena como la luna llena, irrevocable, absoluta, total, es que en ese escenario... ustedes elijan a Nicolás Maduro como presidente”.

Los dos días y medio que siguieron a estas palabras finales fueron espesos y sombríos, solo iluminados por la sorprendente luna llena que iluminó Caracas como si las palabras presidenciales la hubieran convocado a tan solemne reunión de un poder que debe transitar, como la luna llena. A los dos días y medio, el parte médico enviado desde la capital de Cuba le informó al presidente encargado que el presidente ido había sobrevivido a una operación de más de 6 horas y de pronóstico absolutamente reservado. El previsto sangrado, efusivo por su dificultad genética de cicatrización, fue tan desmedido y riesgoso que por momentos los cirujanos sintieron que los vencía. Maduro informó al mundo que el líder bolivariano había sobrevivido. El sarcoma que lo consume no le da sosiego a su cuerpo ni reposo a su espíritu, un drama personal cuyos efectos se sienten mucho más allá de él.

Un riesgo de muerte de espera con similares dimensiones solo se ha conocido en pocos casos de la historia del último siglo. Lenin, Eva Perón, y en cierto modo con las lentas muertes esperadas de Ho Chi Ming y Mao Tse Tung, postrados en sus camas finales ante la mirada de millones de chinos y vietnamitas que cada día miraban sus imágenes, solo para noticiarse si aún respiraban. No hay mucho más en la historia reciente.

El caso más latinoamericano y célebre es el de Evita Perón, víctima de un cáncer de útero que le convirtió la existencia en insoportable por casi dos años, aunque su patología fue informada más o menos un año después de confirmada, a mediados de 1951. Se supo cuando “el diagnóstico era irreversible“, relata Armando Pérez de Nucci en el diario *La Nación* (Buenos Aires, 26 de julio de 2012). Oficialmente se declaró una apendicitis, pero en poco tiempo se hizo evidente que algo peor le estaba minando todos los tejidos a una mujer que, como Hugo Chávez, tampoco dormía ni descansaba lo suficiente para reponer energías y evitar la corrosión masiva de las células. Así aparece relatado por sus íntimas asistentes en la película documental *Las Muchachas peronistas*. Ellas cuentan que la *Jefa espiritual de la nación*, como la había bautizado Perón unos meses antes, no atendía los consejos médicos, ni los de ellas ni los del mismísimo Juan Domingo Perón. El ambiente previo es el más parecido al vivido con la enfermedad de Hugo Chávez entre junio de 2011 y diciembre del año siguiente. Una larga espera de tortuo-

sa expectativa nacional. Con Hugo Chávez hay que agregar que tuvo un impacto internacional cuantitativamente distinto, porque el chavismo ganó raigambre en medio planeta con apoyo organizado en más de 120 movimientos sociales y políticos de Latinoamérica, otras decenas en el mundo árabe islámico, y también en una parte de la militancia izquierdista de Europa y entre sectores políticos e intelectuales de África negra y Asia. En Angola es tan popular como en la Franja de Gaza, Siria, Irán y Libia, pero en España, Portugal, Grecia, Suecia, Rusia e Italia cuenta con decenas de miles de adherentes. En ese aspecto del drama final, tiende a semejarse más al largo año de crisis que precedió a la muerte de Lenin, ocurrida en enero de 1924.

Siguiendo el registro periodístico del diario digital *Aporrea.org*, en nuestro continente se celebraron 198 misas públicas entre el 8 y el 15 de enero. En el mundo árabe se cuentan en el mismo lapso 56 plegarias, y en Europa actos y homenajes en 11 países. En Nueva York, organismos militantes de obreros e intelectuales realizaron cuatro actos de homenaje, y cinco barrios de Bogotá, una ciudad donde predomina el sentimiento antichavista, celebraron misas por su recuperación. Además de los saludos presidenciales, que son comunes en situaciones como estas.

Un caso parangonable en algunos puntos es el de Tancredo Neves, el primer brasileño electo presidente después de veinte años de feroz dictadura militar. Tancredo se agravó la noche anterior a su investidura y provocó una situación de incertidumbre institucional aproximada a la de Venezuela desde el 8 de diciembre, cuando Hugo Chávez depositó el poder en Nicolás Maduro. Hay dos diferencias. Tancredo no tuvo la estatura continental del líder bolivariano y, además, la transición estaba garantizada por el mecanismo del voto popular, previo a su muerte. En Venezuela el sucesor en un cargo es designado por el presidente, lo que obliga a una transición más compleja.

La publicidad y masividad en las circunstancias de la enfermedad de Chávez no se debe a la existencia de redes de medios de reproducción masiva superiores a 1924 o 1952, contra lo que pudiera suponerse con ligereza. En realidad, se combinan hechos excepcionales en un cruce geopolítico especial de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Chávez, una personalidad compleja de conducta atípica y original en la historia de los jefes de Estado, se cargó al hombro el tiempo histórico de un continente. Fue el primer líder rebelde y el primer presidente que enfrentó al neoliberalismo. Desde ese punto de partida, en 1992 y como gobernante durante trece años continuos, rehabilitó tres palabras-concepto venidas a menos tras la implosión de la URSS y Europa del Este, la conversión de China y Vietnam al capitalismo y la decadencia de Cuba, en medio de la noche más pesada del dominio neoliberal. Desde 1992, junto a los zapatistas y las rebeliones suramericanas, le dio nueva vida a la palabra *revolución*. Entre 2002 y 2004 a la expresión *antiimperialismo*, y desde febrero de 2005 al concepto *socialismo*. Esos tres proyectos permanecían como banderas indeclinables de movimientos y partidos marginales o disminuidos con el tiempo. Especialmente en América Latina, donde el Foro de São Paulo sembró, desde los primeros años del nuevo siglo, la idea de que

era bueno cogobernar con capitalistas, lo cual, para que fuera coherente, exigía evitar revoluciones, contemporizar con Estados Unidos y olvidarse de una buena vez del socialismo.

Las confusiones de Chávez sobre esas tres tradiciones y sus contradicciones en la experiencia de la Venezuela chavista se subordinan al mérito personal que significó legitimarlas en la cabeza de millones de trabajadores, jóvenes y pobres del mundo. Hugo Chávez fue el gran agitador de estas tres ideas cardinales del mundo contemporáneo.

Su legado, en caso de caer vencido ante su último enemigo en este mundo, el cáncer, es haberse “puesto un continente al hombro”, como dijo en 2005 el viejo revolucionario peruano Ricardo Napurí en una entrevista: “El comandante Chávez carga sobre sus hombros una responsabilidad superior a las fuerzas políticas que lo acompañan y al programa que levanta. Ese es su mérito, los resultados ya no dependen solo de él”¹.

Las acciones y resultados de su legado están relatados con la pausa necesaria en los capítulos de esta biografía.

Hugo Chávez podría repetir con hidalguía lo que al final de su vida dijo Simón Bolívar, el héroe más caro en su Olimpo personal: “Jesucristo, Don Quijote y yo, somos los tres más grandes majaderos de la historia”.

Con una diferencia. Ellos tres llegaron derrotados al final de sus vidas. Chávez podría culminar su existencia con la mayor suma de victorias electorales y sociales en un solo tiempo. No hay presidente de este hemisferio que pueda mostrar un legado similar. La caída tendencial del voto chavista desde 2008 no aliviana este dato pesado de su biografía.

Quizá los triunfos simultáneos en la elección presidencial del 7 de octubre de 2012 y las de Gobernadores dos meses más tarde, en las que el chavismo ganó 20 de 23 gobernaciones, confirman que estuvimos ante un *majadero* imbatible como fenómeno político.

El 10 de enero vimos una manifestación insólita, casi de realismo mágico, de ese extraño récord de ganar elecciones. Sin pronunciar una palabra, postrado en una cama, sin elecciones, ni masas, ni prensa, ni tribunas, y con una campaña mundial en contra de que asumiera como presidente por cuarta vez, Hugo Chávez ganó esa batalla como si fuera la primera, y seguramente sin que se haya enterado. La magnitud e intensidad del ambiente y el escenario creado por sus opositores contra la continuidad del mandato presidencial fueron solo comparables a la elección presidencial del 7 de octubre. En vez de “vacío de poder” el mundo presenció a Hugo Chávez ganando como si se tratara de un quinto mandato.

1 Aporrea.org, mayo de 2005. M. E. Guerrero.

2011, inicio del drama

Ni él, ni sus médicos de palacio, ni la Agencia Central de Inteligencia, los tres sujetos más enterados de su estado personal, tenían noticias sobre la actividad de las células cancerígenas en su organismo, antes de 2011. Como todo miembro de la especie humana, Chávez carga en su estructura genética una cuota de ellas. Sin embargo, para que se vuelvan peligrosas necesitan aprovechar desarreglos bioquímicos y psicofísicos.

“Su cuerpo venía dando algunas señales de alerta”, registra el libro oficial sobre su enfermedad, *Camino del retorno*, editado por Teresita Maniglia y Rafael Márquez en nombre de la Presidencia de la República.

La medicina milenaria china aporta un ángulo de interés para explicar por qué Chávez fue agotando lo que llaman su “reserva energética”, gastando su “uranio biológico” afectando su lado más fuerte que es la “energía ancestral” que lo acompaña desde siempre y le facilitó su rol de líder carismático. “Es que Chávez nació con una energía especial”, me dijo Eliduvina Salazar en Caracas el 14 de febrero de 2012, una perspicaz economista del chavismo estudiosa de esa disciplina. “Él ha abusado de su shen”, que serían, según mi interlocutora, “los malos hábitos” en el comer, en el hablar, con el café, el cigarrillo y el sexo. “Su dote personal se ha ido desvaneciendo”. Los chinos sabrán lo que dicen, pero hay algo cierto en esta visión de la enfermedad de Hugo Chávez. En esa mezcla de hábitos, el de hablar, el uso de la oratoria como principal instrumento de batalla, determina su psicodinamia individual, es la base del rol que ocupa como líder social.

Haciendo un repaso por decenas de presidentes y líderes sociales, sólo F. D. Roosevelt y Fidel Castro se le acercan en el uso de la palabra oral para la construcción de la política. Ni la suma de los famosos discursos de Fidel en los primeros años de la Revolución Cubana supera en tiempo el desgaste psicofísico del bolivariano.

Cuando a mediados de enero de 2012 habló casi 9 horas continuas en la Asamblea Nacional presentando la Memoria y Cuenta de la Nación, el mundo presenció con asombro a un hombre que sólo unos meses atrás estu-

vo sometido a los estropeos del cáncer. *Crónica TV*, un canal de la televisión argentina, tituló la noticia así: “No estaba enfermo, estaba de parranda”. Otros medios fueron más sensatos, pero reflejaron el mismo desconcierto. Sobre todo el diario *El País*, de Madrid, que lo dio por muerto cuatro días antes de que el mandatario bolivariano mostrara su “uranio biológico” con esa maratón parlamentaria.

Puede haber razón en estos argumentos de la medicina china, pero también podría ser cierto el diagnóstico psicopolítico de su maestro, el general Pérez Arcay, cuando le dijo que tenía tendencia al “sentido martiano de la muerte”. Es propio de los líderes que se convierten en mitos populares. Chávez es una mezcla de ambas cosas.

La peligrosa patología había iniciado un perverso juego como el de las “escondidas” que jugamos todos en la infancia cuyo sentido termina con la sorpresa del descubrimiento. Algo similar ocurrió hasta el 8 de junio de 2011, cuando verificaron bioquímicamente en La Habana que había algo más que una rodilla enferma y un presidente estresado.

Todos los informes serios, incluido el inevitable chisme ligero que recorre las cuatro esquinas de Caracas, permiten inferir que una mezcla de patologías adquiridas y heredadas actuaron para desatar un sarcoma en el bajo vientre, con metástasis acelerada por un estrés intenso de origen político, social y administrativo. Chávez no descansaba y dormía mal, cuando dormía. En esa medida fue una llama que se consumió en sí misma. Más de año y medio de dolores y cuatro operaciones condujeron a una colostomía con infecciones derivadas y deficiente cicatrización. Y lo más grave: la terrible sensación de que “el hilo de la vida comienza a acortarse”, señala el experto terapeuta argentino Sergio Landini. Según él, el síntoma más brutal de ese nuevo estado de vida es el dolor. Como en todo enfermo terminal de cáncer, los dolores continuos se vuelven insoportables para la psiquis y el equilibrio emocional. “Se debilitan los recursos emocionales, que en Chávez los percibo gigantesco”, sostiene Landini. Se trata de una fase clínica en la que aparece la “la rumiación”, un término que usa este médico especializado en las técnicas de *EMDR* de tratamiento postraumático: “El inquilino que llevamos en la cabeza se angustia y comienza a preguntarse por el pasado desde el presente y por el futuro desde el mismo presente”, como si estuviera en medio de una calesa descontrolada.

Así como los hechos relatados hasta aquí son ciertos porque ocurrieron, también lo fue que un periodista caraqueño llamado Manuel Isidro Molina informó que el presidente padecía de cáncer el 28 de agosto de 2010, diez meses antes, según registro de *Analitica.com*. Molina nunca pudo documentar su noticia y, aunque le informaron mal porque aseguró que se trataba de “pólipos paranasales”, es un dato biográfico de interés. No solo porque lo haya dicho primero, sino por el resultado histórico. El descubrimiento clínico del 8 de junio confirmó que el líder bolivariano padecía de cáncer.

Tiene el mismo significado personal que para el presidente Lugo, de Paraguay, o para Lula, de Brasil. La diferencia es la escala de sus efectos políti-

cos. Chávez, como bien definió Rafael Correa, mandatario de Ecuador, es un “Presidente histórico”.

El ex presidente francés François Mitterrand gobernó once años con un cáncer a cuestas y terminó su vida por otra causa, pero desde el día en que se lo detectaron su capacidad se redujo, según relata David Owen en una obra sobre presidentes famosos enfermos.

Lo relevante en términos biográficos es que un presidente de apenas 57 años, con un historial de salud que no registra alguna enfermedad importante, de repente caiga en tal estado de malogramiento. En su reciente registro clínico solo se conocen las ulceraciones gástricas del año 2003, curadas en 2004, y el nunca bien develado episodio de febrero de 2005, cuando tuvo que ser tratado de urgencia por un daño grave en una pierna. Sobre eso existen dos versiones en los pasillos de Miraflores. Una relata que el presidente recibió un tiro en una pierna dentro del Palacio por un “asunto de faldas”, cuando el esposo y oficial de guardia agraviado usó su arma de reglamento. La otra versión es más cándida. Cuenta que el presidente “se escapó” del Palacio a un motel de la montaña vecina de Los Teques con una amante furtiva, creando, sin advertirlo, un “vacío de presidente” que fue llenado, desde las 8 de la mañana, con los más desopilantes rumores. A mediodía Caracas se llenó de “bolas” (rumores), como si fuera el último chisme de una novela de amor. Ante la duda, las vanguardias rodearon el Palacio, suficientemente apertrechados para defender su gobierno y su presidente, de la misma manera que lo hicieron en abril de 2002. El hecho no tuvo trascendencia, ni siquiera fue utilizado por la prensa enemiga para difamar. Horas después, pasado el mediodía, un oficial de la Guardia Presidencial llamado Rogelio Vioria le confirmó por celular al diputado Luis Tascón que “El Jefe” estaba seguro. El diputado salió al balconcito de Miraflores y a través de un megáfono le dijo al pueblo expectante: “El Jefe está seguro”. Las vanguardias volvieron a sus casas con la seguridad de que todo estaba bien. Pero algo quedó en el misterio: ¿por qué el presidente cojeó durante los días siguientes?

En 2011 no hubo duda. Esta vez quedó recluido en un hospital oncológico, casi desde que pisó el suelo de La Habana, adonde recaló el 8 de junio desde Ecuador. Y desapareció por primera vez en trece años durante 22 días seguidos del centro del poder venezolano.

Dentro y fuera de Miraflores, todos coinciden en el peso de la presión creciente a la que está sometido y su modo personal de afrontarlas. El alto grado de coacciones y presiones que padece Venezuela no se registra contra ningún país latinoamericano. Y él es el punto de la mira. Al mismo tiempo, y en buena medida, Hugo Chávez ha sido víctima de dos signos personales. Uno es el tipo de sistema institucional, es decir, el régimen que se conformó alrededor de él desde 1999. El otro es la irrefrenable energía creativa que conecta su capacidad de pensar con la de actuar. La personalidad de Hugo Chávez rechaza la conducta burocrática o diletante. La sinergia con sus sueños, y luego con una parte del pueblo, le impedía poner el dedo en

el “botón de pausa”. Fue un militante a tiempo completo desde que se hizo conspirador y desde que ingresó a Miraflores. Es un fuego que se consume a sí mismo, como los héroes de la antigüedad.

La historia muestra que esa combinación puede ser de alto riesgo. En la Venezuela bolivariana hemos visto este fenómeno de sobrecarga de estrés, enfermedad o muerte inesperada en una decena de figuras del poder.

Inácio Lula da Silva tiene conciencia de que ningún cuerpo humano soporta una carga de responsabilidades como las que Chávez lleva al hombro. Cuando lo llamó a La Habana a mediados de octubre para saludarlo, aprovechó para “reprenderlo” por ese grado de concentración política en su persona, según me confió el político y diplomático argentino Oscar Laborde.

Esta relación entre estrés gubernamental, salud presidencial y gobernabilidad fue estudiada por David Owen, ex médico y ex ministro del Palacio de Westminster en Londres. En su libro *En el poder y en la enfermedad. Enfermedades de los jefes de Estado y de Gobierno en los últimos cien años*², el autor ausculta las enfermedades de más de 50 líderes que gobernaron entre 1901 y 2007. Aunque su método analítico es limitado y subjetivista, sin contextos ni condiciones sociales, tiene el valor de mostrar los efectos políticos de una grave dolencia presidencial. Uno de ellos es el definido por él como “síndrome de Hibrys”, según el cual se produce un fenómeno de excesiva autosuficiencia individual, cuyo resultado más probable es la crisis recurrente, sea en sus actos políticos como en su vida orgánica.

En el caso de Chávez, hay un detalle biográfico sin el cual se vuelve incomprendible la peligrosa revelación del 8 de junio, y sus derivaciones fatales en marzo y diciembre. Chávez es un apasionado de lo que hace, incluso cuando se equivoca. Se coloca al frente del desafío y concentra su máxima energía frente a los problemas, aunque no siempre los pueda resolver. Una imagen que da soporte a este argumento es la de él en persona, manejando un jeep en enero de 2011 por los barrios escarpados de Caracas, procurando resolver en los barriales que dejaron las tormentas del 2010, lo que su maquinaria gubernamental debería hacer por dinámica funcional propia. Es como una contravención al otro “regañó”, esta vez de Fidel, que le dijo en 2001 que no se podía convertir en “el alcalde de cada pueblo”. Otro hecho que lo delataba ocurrió el 8 de octubre de 2012, cuando convocó a sus ministros y jefes políticos al palacio, luego de la agotadora campaña de tres meses, realizada con la tercera operación a cuestas. Los más cercanos entre los cientos de miles que fueron a verlo al balconcito de Miraflores el 7 de octubre a la noche, para celebrar su última victoria, advirtieron lo mismo que el mundo pudo observar por *Telesur*: su rostro hinchado. Una imagen doliente de desgaste revelaba los dolores y el límite en que había ingresado su vida más vital. Era Hugo Chávez reflejando su esencia en el molde mortal de su existencia.

El mismo Hugo Chávez en persona, convertido en paciente en Miraflores, reconoció en público esa desviación. Fue el día que ingresó por teléfono

2 OWEN, D., Edic. El Ojo del Tiempo, Ediciones Siruela, 2010.

al programa de Ernesto Villegas, a las 8 de la mañana, y le dijo al politólogo español amigo suyo, Juan Carlos Monedero, que los intelectuales habían tenido razón en 2009, cuando definieron en un encuentro nacional en el Centro Internacional Miranda que en Venezuela existía un síndrome de “hiperliderazgo”. Lo más parecido al “síndrome de Hibrys”.

Los últimos meses del año 2010 y el primer semestre del 2011 fueron particularmente plétóricos de problemas económicos, climáticos, administrativos, sociales, internacionales, además del revés sufrido en las elecciones a la Asamblea Nacional el 26 de septiembre de 2010. Una novedad imprevista a finales de 2010 fue la fisura entre el gobierno y la mayoría de su vanguardia política por las entregas de militantes perseguidos a los gobiernos de Colombia y España. A una personalidad como la de nuestro personaje, formado desde muy joven entre miembros y agrupaciones de esas vanguardias, aquel alejamiento de una parte vital de sus cuadros y base representó una ausencia seria y tuvo efectos subjetivos convertidos en contradicciones para su rol de jefe de un Estado que debe pactar con pragmatismo ciego con otros Estados del sistema capitalista regional. Esos efectos se mezclaron en su Despacho con otros, producidos por sequías prolongadas, seguidas por lluvias armagedónicas, la crisis internacional capitalista con caída vertical del precio petrolero, una inflación interna demoledora acompañada de un crecimiento inusitado de la delincuencia y, en el centro de todo, una abigarrada burocracia gubernamental y partidaria de efectos dislocantes. Todo esto, en medio de sucesivas campañas internacionales enemigas desde los centros de poder imperial. Las distinciones entre estos problemas no evitó un efecto común sobre su psiquis, su estado de ánimo y su salud corporal. Pocas veces se lo vio al líder bolivariano con peor humor y más aislamiento reflexivo como entre 2008 y 2011. Hacía rato que no se expresaba en regaños tan seguidos a sus ministros y funcionarios más cercanos.

Un curioso dato político cruzó las presidencias latinoamericanas de la primera década y media del nuevo siglo. Casi todos los que emergieron de grandes crisis nacionales y se vieron sometidos a presiones constantes de enemigos internacionales sufrieron algún efecto patológico grave. Sólo Evo Morales rompió esta mala racha, según algunos de sus seguidores más fervorosos, debido a la fuerza mítica de su sangre aymara, al igual que Mujica, inmune al paso del tiempo a pesar de sus largos 80 años. Pero Chávez, Lula, Lugo, Cristina y Correa son suficientes muestras empíricas de ese fenómeno de estrés pronunciado. Aunque es cierto que en el mismo lapso dos presidentes reaccionarios, como los colombianos Uribe y Santos, también manifestaron síntomas leves de cáncer, llama la atención la concurrencia de tanto estrés, acompañado en algunos casos con tumores cancerígenos, en presidentes tan similares que alguien los metió en la imprecisa etiqueta de progresistas. Los hechos ahuyentan cualquier explicación conspirativa de inoculaciones venenosas, pero imponen una causa común: la presión internacional de Estados Unidos y otros poderes fácticos, decididos a no dejar un día en paz a gobiernos que no se ajustan, como el resto, a sus decisiones imperiales.

Hugo Chávez es el presidente más presionado, coaccionado y atacado de esta lista de *progresistas*. Además de ese hecho, hay un dato particular. Chávez no tuvo formación previa dentro del aparato de Estado ni siquiera en sus órganos parlamentarios. La acción política que determinó la formación de su estructura subjetiva siempre fue militante, clandestina o pública, pero militante y enfrentada al aparato de Estado. Esta formación personal no burocrática definió el tipo especial de sus relaciones con la militancia que lo sostiene, especialmente con los cuadros de la vanguardia de izquierda, que entre 2007 y 2011 tienen una relación conflictiva con algunas de sus políticas externas.

Desde el 8 de junio de 2011 su existencia material y espiritual ingresó a una nueva dimensión, algo así como otro plano de la que venía teniendo. Aquel fue el encuentro más cercano con la muerte, la compañera más íntima de la vida, o Hermana Muerte, como la llamaba San Francisco, con excesiva familiaridad.

No porque ese encuentro tuviera el sentido patético que le da un autor consagrado como Ernesto Sábato cuando la llama “presencia invisible” en el libro *La resistencia*, donde dice que la espera con paciencia filosófica. Más bien por lo contrario. En Chávez, como en cualquier líder de masas de su tipo, la muerte inducida o directa es siempre una posibilidad “visible” aunque no siempre se note. Fidel Castro es un caso clásico sobre todo porque logró evitarla más de cien veces; León Trotsky vivió una situación similar en atentados y acechos permanentes desde 1919, pero con un destino opuesto bajo la piqueta de un agente de Moscú.

Sus opositores aprovecharon para tratar de fragilizar el gobierno mediante recursos en la Asamblea Nacional similares a los del año 2002 cuando hablaron del “vacío de poder”. Los seguidores más furiosos de la oposición llevaron ese odio hasta el límite de celebrar la muerte ajena y el cáncer de Chávez, como medio siglo atrás hicieron los enemigos de Eva Perón cuando murió del mismo mal.

En un mensaje de *Twitter* se dijo: “Se están muriendo todos, falta el macaco mayor. La pelona está cumpliendo su deber”. Efectivamente, en meses previos habían muerto cinco figuras centrales del chavismo.

En sentido opuesto, movidos por otros valores humanos, el nuevo plano de vida del líder bolivariano produjo en la gente que lo sigue reacciones tan diversas como interesantes.

Un sector decidió negar la realidad, para ellos Chávez no estaba enfermo. La masividad de esta parte del chavismo tuvo a una parte que prefirió refugiarse en la religión con misas semanales y cadenas de oración. La dirección política del gobierno y el partido prefirió el incienso tranquilizador de los rezos, incluidos los que hicieron a las ánimas del llano y a Florentino el que peleó con el Diablo, que una respuesta política ordenada, basada en la educación ideológica y la organización social. Olvidaron un detalle sin el cual la historia no se mueve. Las derrotas ocurren cuando la fe sustituye a la acción racional y el pensamiento edificante, como sugería Kierkegaard

desde su cómodo montículo filosófico. Por eso la historia de los oprimidos y explotados cuenta con más derrotas que victorias.

Otro sector del chavismo militante comenzó a prepararse para el reemplazo o ante la posibilidad de la separación parcial de Chávez del centro de Miraflores. En este sector hubo de todo. Algunos jefes militares ex bolivarianos, conspirando desde los intersticios de las Fuerzas Armadas por una sucesión que consideran destinada a otro militar. Otros prepararon continuidades institucionales dentro de las letras legales, sin perder el sabor conspirativo de saberse el sustituto necesario o el que manda la Ley, o apoyado en el criterio de la mejor figuración mediática o social en las filas del chavismo. Una cuarta salida fue la que propuso un pacto con un sector de la burguesía para formar un gobierno de unidad nacional que le diera “continuidad y equilibrio” a la posible ausencia presidencial, sin percatarse de que en la Venezuela de 2012 produciría exactamente lo opuesto. Y no faltaron quienes se prepararon para acciones insurreccionales voluntaristas y emotivas.

Quizá eso explique lo que muchos cuadros políticos sanos definieron como una “crisis política grave del chavismo”. Para otros, como Roland Dénis, es más grave, la define como “crisis del régimen”, entendiéndolo por eso el tipo de instituciones conformado. Ambos se cruzan en el mismo camino de preocupación.

Una exploración de opiniones realizada en diciembre de 2011 por algunos altos dirigentes del PSUV entre cuadros y militantes de base dio un resultado que hizo saltar los tapones del tablero bolivariano. Entre los cinco nombres sugeridos para reemplazar temporal o totalmente al líder bolivariano, ninguno era militar. Nicolás Maduro, Elías Jaua y El Aissami ocuparon los tres primeros lugares en ese orden. De esa pequeña lista de figuras, Maduro es el político más popular en la base chavista menos profesional e intelectual; desde octubre de 2012, este activo y joven canciller, ex sindicalista del Partido Socialista, ocupa también la Vicepresidencia Ejecutiva hasta el 8 de diciembre, cuando fue ungido como el sucesor.

Como tantas cosas que giran alrededor del líder bolivariano, puede ser y no ser. Estar cerca de él puede significar dos cosas opuestas al mismo tiempo. Un jefe político del chavismo en Caracas me dijo el 1° noviembre de 2012: “Ponerlo no dice nada y dice todo, o es Maduro el elegido, o es la manera de alejarlo de esa opción”. Pues resultó lo primero desde el sábado 8 de diciembre de 2012. Maduro garantiza la unidad temporal del chavismo, basado en una positiva audiencia nacional e internacional, ganada como Canciller.

Este escenario de incertidumbres, reacomodos y corrimientos internos, vividos entre finales de 2012 y 2013, resultan todos de un solo hecho que dejó pasmada a la población venezolana, la chavista y la otra, y al resto del continente. El día 30 de junio de 2011, como a las 9 de la noche del hemisferio occidental, desde La Habana, el líder bolivariano pronunció el segundo discurso corto de su historia política, el otro lo dijo diecinueve años antes y una sensación tectónica similar. En ambos casos estuvo cercado por los anuncios de la muerte.

Fue la primera vez que apareció la palabra “cáncer” en el discurso oficial. La dirección gubernamental había caído víctima del estigma que ha envuelto a palabras como esa en la historia social. No solo fue blindada cualquier información, es que fueron sancionados quienes se atrevieron a informar sobre un dato clave de la vida política latinoamericana. Este recato contrastó con la cantidad de vocerías desde el 8 hasta el 29 de junio. Pero a nadie le cupo duda de que se trataba de cáncer. Incluso si el periodista Manuel Isidro Molina nunca lo hubiera adelantado.

El signo de muerte que contiene esa palabra la convirtió en huidiza desde el siglo XIX, como antes fue la lepra, o el sida en las postrimerías del siglo XX. Esto lo explican autores como Richard Parker y Peter Aggleton en la obra *Cultura, sociedad y sexualidad*. Desde su perspectiva más política, el británico David Owen cuenta que es el mismo estigma que mantuvo alejadas las palabras bipolaridad, neurosis o estados parciales de locura en los mandatos de Winston Churchill, Nikita Krushov y Abraham Lincoln, tres personalidades relevantes que padecieron las dos primeras de esas enfermedades de la mente. El célebre conductor de la Guerra Civil norteamericana, Lincoln, escribió una obra de teatro en la que se retrata sufriendola, pero atravesó dos crisis depresivas que afectaron gravemente su gobierno. Evita Perón fue víctima del mismo estigma desde que la película de Tristan Bauer *Evita, una tumba sin paz* reveló la imagen de radiografías del cráneo de Eva Perón, aludiendo a una lobotomía. En aquellas décadas esa técnica contra el dolor era poco menos que “pecaminosa”, sobre todo para personajes célebres. Medio siglo después, una investigación documental y testimonial rigurosa del doctor Daniel Nijensohn, neurocirujano argentino radicado en Estados Unidos, publicada por la revista especializada *World Neurosurgery*, confirmó la lobotomía (La Nación, Buenos Aires, 23 de diciembre 2011).

Churchill, en cambio, la convirtió en un compañero de barrio, la llamaba “mi perro negro”. Con el mismo sentido de buen humor, Hugo Chávez se dedicó a desmitificar su mal convocando a un “club de vencedores del cáncer”, al que no pudo ingresar Cristina de Kirchner porque su cáncer no era cáncer. Pero a Lula le dijo que su cabeza pelada no era tan linda como la suya. También le brotó el soplo cristiano tan íntimo en su biografía cuando proclamó el lema “Vivir viviendo”, contra la consigna anterior “Vencer o morir”.

Un ángulo también común a su cosmovisión personal es la integración del pensamiento de algunos filósofos en momentos cruciales. En este caso, acudió al alemán Friedrich Nietzsche, uno de sus autores de cabecera. En La Habana releyó en silencio la obra *Así habló Zaratustra*, de cuyo contenido temático de cuatro partes tomó el tercero, el que más se ajusta a su necesidad actual. En esa parte, Nietzsche desarrolla el concepto de “eterno retorno de las cosas”. Aunque no lo registra en sus dichos, Chávez sabe que esa obra se relaciona con el destino de los hombres. Y, como se sabe, no existe un destino predeterminado. Desde que Chávez se internó en lecturas históricas a los 16 años, siempre le han preocupado las derrotas en la historia. En 2006 quiso leer la obra de Isaac Deutscher sobre el destino de León Trotsky,

el profeta que fue derrotado después de haber sido cofundador del Estado soviético y creador del Ejército Rojo. En las partes segunda y tercera de la obra del filósofo alemán, advierte sobre el mismo dilema humano cuando se trata de personalidades que están al frente de procesos históricos. “Zaratus-tra regresa a su montaña, incomprendido por los hombres que no entienden lo que dice y se ríen de él”, relata Hugo Chávez.

Aunque al presidente venezolano lo toman muy en serio en el Departamento de Estado y entre sus enemigos más cabales del país, su cáncer, la caída del voto chavista entre 2007 y 2012, y el malestar acentuado de buena parte de su vanguardia lo acercaron en La Habana a las reflexiones sobre el destino de los hombres. El libro fundamental de Nietzsche y el opúsculo de similar vocación escrito por Simón Bolívar, *Mi delirio sobre el Chimborazo*, fueron sus textos de revisión. El inspirado líder bolivariano se encontraba ante una situación límite, como la vivida 181 años atrás por el héroe más importante de su Olimpo personal, cuando dijo: “Carajos (...) Cómo voy a salir de este laberinto”³.

El presidente, convertido en vocero político y clínico de sí mismo, explicó las causas de las intervenciones quirúrgicas y sus resultados, acudiendo a un detallado lenguaje galeno. Para quienes lo vimos en un televisor colgado en la pared del lobby de un hotel de Montevideo, fueron dos impactos casi fulminantes. Uno, escucharlo sin una sola sonrisa, una chanza o alguna referencia jocosa, concentrado en la lectura de su informe médico como si estuviera leyendo una proclama de guerra. El segundo impacto fue el que nos hizo saltar de los sillones a las veinte personas que esperábamos en el hotel y colocarnos en absoluto mutismo frente al televisor.

Cuando terminó, luego de una breve pausa general, un hombre mayor dijo la frase exacta para el momento exacto en ese punto de la historia: “Pocas veces se ha visto a un hombre así frente a la muerte”.

Ese fue el susto de junio.

3 GARCÍA MÁRQUEZ, G., *El general en su laberinto*, Editorial Magenta, México, 1989.

2012, la última victoria

Sus más perversos enemigos dentro y fuera del país apuestan desde junio del año 2011 a que el cáncer les resuelva en la vida política lo que ellos han sido incapaces de resolver durante más de doce años, con golpes de Estado, campañas demoníacas, sabotajes petroleros, intentos de magnicidio y 15 competencias electorales de las cuales sólo han ganado una a escala nacional.

Esa impotencia social, como clase y como agrupaciones políticas de derecha, los convenció de acudir a los rezos y los deseos, para que la grave enfermedad presidencial les ahorrara una nueva derrota electoral en octubre de 2012. Pero el cálculo pragmático y los sueños más innobles no fueron suficientes para ganarle al presidente que ha triunfado en más elecciones presidenciales continuas en la historia de las elecciones presidenciales desde el siglo XX, cuando estos se pusieron de “moda”. Chávez ganó el 7 de octubre con más de 11 puntos de ventaja, cuando los mejores pronósticos le daban entre 5 y 8 puntos sobre su oponente.

Los pronósticos más pesimistas se basaban en causas y hechos reales, como la caída tendencial del voto chavista desde diciembre de 2007, con casi 15 puntos perdidos entre 2006 y 2012, la migración de una parte de su base social a la derecha, la molestia de sus militantes más conscientes contra la burocracia, sin olvidar el desgaste “natural” de un gobierno que pasó la primera década sometido a las campañas más despiadadas. El 44% obtenido por su enemigo derechista fue la señal más seria del retroceso electoral del chavismo en los últimos años.

La fuerza del triunfo de octubre fue más de contenido que de números y porcentajes. En el centro de ese contenido estaba la figura política y humana de Hugo Chávez.

En ninguna de sus pruebas electorales fue tan determinante su existencia, tanto para sus seguidores como para sus enemigos. Por razones opuestas, ambos contuvieron la respiración entre junio de 2011 y junio de 2012, los doce meses más angustiosos de la república bolivariana, más

dolorosos para Hugo Chávez y de mayor incertidumbre para los chavistas y los centros de poder internacional. La angustia se podía medir en velas quemadas por los millones que rezaban por su vida y las miles de señoras encopetadas que lo hicieron para que “diosito santo” se lo llevara bien lejos a otro mundo donde no pudiera ser más nunca presidente, ni escucharlo por las cadenas televisivas inaugurando fábricas bielorrusas o chinas o elevando satélites espaciales, ni hablar más los domingos enteros por *Aló, Presidente*, ni agraviar con verdades “políticamente incorrectas” a vacuos presidentes de Estados Unidos o Europa o aliarse con gobiernos insumisos a los centros imperiales, que se lo lleve bien lejos, para no verlo expropiar, nacionalizar o estatizar empresas, bancos y tierras que modifican la vida de los explotados, que le impida burlarse socarronamente de sus enemigos internos y externos, y que no pueda llamarlos “majunches” o “escuálidos”, o decir lo que piensa cuando y como lo piensa, incluso cuando se equivoca, creando un grado de identidad animista con la mayoría de los pobres y sectores medios que ni la merma en su electorado, la crisis de su movimiento y todas la plagas sufridas por el país desde 2008 pudieron impedirle ser presidente de nuevo por seis años hasta el final de la segunda década del nuevo milenio.

La revista *Newsweek*, editada en Buenos Aires, tituló con inteligencia a mediados de octubre “Otra vida para Hugo Chávez”, con una semántica dual que sugiere dos destinos posibles, uno de ellos es que esta sea su última vez como candidato o presidente.

Más cruda y alevosa fue la información de los medios que lo adversan desde los cuatro costados del planeta. Entre enero y junio, todos dieron por seguro aquello que informaban los opositores venezolanos desde sus medios en Caracas cada semana, a veces todos los días. Que moriría antes de poder presentarse, que la enfermedad le impediría ser el candidato del PSUV, que si pudiera, haría la campaña desde una silla de ruedas o a través de pantallas gigantes en las plazas, adonde llegarían las señales de su imagen y palabras emitidas desde *VTV* o por la Internet, o incluso usando a algún actor que hiciera de “doble”, y, cuando nada de eso ocurrió, entonces aseguraron que el candidato Hugo Chávez moriría *ipso facto* en algún momento de la campaña.

La depravación moral de estos infundios no anulan un hecho real: entre febrero, mes de su segunda operación de cáncer, cuando la gente lo vio llorando con su familia y rogando a Cristo en Barinas por su vida como si se estuviera despidiendo para siempre, y los primeros días de junio, en el universo chavista no había seguridad de que Hugo Chávez fuera de nuevo candidato.

La dimensión de la operación mediática fue tal que produjo el efecto opuesto. Mucha gente, incluso de las clases medias, comenzó a verlo con indulgencia, lástima respetuosa o con el derecho a ser candidato. “Ese hombre será lo que será, pero le ha dedicado su vida a lo que piensa”, me confesó Julián Álvarez, un profesor universitario que no es chavista, aunque tam-

poco pensaba votar por la derecha. Algunos productores y conductores de canales televisivos enemigos de Argentina me sorprendieron con frases de condolencia y respeto por “un hombre que dice lo que piensa”. Un taxista de Buenos Aires, mientras me llevaba a un canal para una entrevista sobre la salud del presidente, me dijo esta frase inesperada en un taxista de Buenos Aires: “Es un buen tipo, no importa lo que opines de sus ideas”. El riesgo de su muerte debe haber despejado su figura de los elementos accesorios de la política y sus miserias humanas, develando a un personaje al que se le puede criticar en varios aspectos, menos en uno: no impuso en Venezuela un sistema de persecución política y se enfrentó al imperio como nadie en su lugar. La muerte, en paradójica contradicción con el nacimiento, define, ilumina la exacta condición humana.

Chávez, conociendo el riesgo clínico, enfrentó en silencio la campaña de octubre de 2012, creció moralmente a la medida de su compromiso y se puso al frente de la competencia electoral más grave y difícil de su vida, en la peor situación de su movimiento y con las fuerzas más menguadas de su existencia personal.

Este hecho humano y las transformaciones sociales vividas por el país desde 1999, se combinaron para darle los votos necesarios para prolongar su mandato hasta el año 2018, pero no son suficientes para ampliar más allá de esa fecha su perspectiva política. A pesar de no haber dicho aún que no se presentará en 2017, en los círculos más próximos a él se asegura que no lo hará. Se basan en cálculos clínicos y pronósticos médicos.

Desde las fuerzas sociales del chavismo y de los muchos movimientos que lo apoyan desde el exterior, las sensaciones fueron inversamente proporcionales a los sentimientos, deseos y cálculos de sus enemigos. Pocas veces una campaña para ser presidente en un país se vivió como si fuera para elegir un presidente de muchos países al mismo tiempo. A Caracas llegaron de las más distantes latitudes de Europa, Estados Unidos, Asia y América Latina centenares de militantes e intelectuales amigos o adherentes del líder bolivariano. Uno de ellos dijo en una charla en Buenos Aires una frase-concepto que retrata el estado de ánimo general: “Sentí que estaba presenciando un momento histórico”⁴.

La cantidad de periodistas que cubrió las elecciones superó los 12 mil, unos 4 mil más que los que cubrieron las Olimpiadas de Londres y el doble de quienes asistieron a México a informar del escándalo de fraude.

Chávez salió del triunfo con dos convicciones que, en realidad, son una sola y terrible verdad. Sus enemigos están creciendo mucho en la misma medida en que su vida más vital se le agota, en una sociedad que decidió girar alrededor suyo, para mal o para bien.

4 La frase fue dicha por Diego, un militante de Juventud Rebelde, el 2 de noviembre en el local de la Asamblea de Flores. Él y una treintena de activistas del Frente Dario Santillán, la Kiki Lescano, Socialismo Libertario y La Mella se fueron a acompañar la campaña.

El día que el líder bolivariano tuvo que presenciar en silencio el abucheo masivo a dos gobernadores de su gobierno, en los estados Aragua y Trujillo, entendió la certeza de su discurso radical en el balconcito de Miraflores el 7 de octubre a la noche, la urgencia de los cambios ministeriales realizados desde entonces, el giro a la izquierda en el mando y la política comunicacional del gobierno, la promesa de radicalidad contra los corruptos y burócratas y la nueva Secretaría de Seguimiento y Vigilancia de Proyectos. Él percibió lo mismo que percibieron sus seguidores más izquierdistas y militantes desde que comenzó la más complicada campaña de su existencia como político. O radicalizaba o retrocedía. Aunque ese dilema esencial no está resuelto, dos señales lo colocaron de nuevo en el centro de la escena, ambas se manifestaron como advertencias decisivas en las elecciones del 7 de octubre. La primera fue el día que se inscribió como candidato. Si Hugo Chávez no hubiera proclamado el llamado *Programa de la Patria*, con cinco estrategias medulares enfocadas en lo que más le preocupa a las vanguardia bolivarianas, socialismo, poder popular e independencia nacional, las posibilidades de su victoria electoral hubieran sido más remotas, menos probables. Eso lo expresaba cualquier activista del chavismo consciente dentro del país y podía percibirse afuera. El otro hecho clave con el que el presidente-candidato impactó a sus seguidores y a la prensa mundial fue el acto final de la campaña, el 4 de octubre en Caracas. Ese día, la simbiosis entre el líder, su masa y sus militantes más críticos resolvió lo que la campaña había arrastrado como dudas y señales de riesgo. La cantidad de gente que repletó siete avenidas de la capital fue superior en dos sentidos a las 200 mil convocadas por el candidato de la burguesía en una sola avenida. Las más de 600 mil personas que acompañaron a Hugo Chávez ese día de lluvia fueron la respuesta al terror producido al ver tantos escuálidos juntos y movilizados. Para la sensible psiquis de los chavistas, esa imagen les invocaba el 11 de abril de 2002. Eso fue suficiente para cambiar el estado de ánimo y resolver la dolorosa duda de ir a votar por el comandante o guardarse el voto con la impotencia en el alma.

Si alguna vez el inspirado líder bolivariano supo convertirse en figura mediúmnica, casi religiosa, y verter carisma por los cielos, las calles y las almas de su gente fue ese día de cierre de campaña, cuando las nubes decidieron inundar Caracas como nunca lo habían hecho desde las lluvias infinitas de Macondo. Allí nació la otra dimensión del triunfo, subjetivamente superadora de la cantidad de gente en la calle. De esa dimensión fue responsable sólo él.

No pudo hablar cuanto quería, pero hizo de la lluvia su escenario personal. Agradeció a San Francisco, el santo de las lluvias, cantó con la gente el himno nacional, proclamó vivas a Bolívar, a la juventud, los estudiantes, a un beisbolero venezolano triunfador en las Grandes Ligas, a la independencia nacional alcanzada, al socialismo, incluso a la lluvia, cuando esta comenzó a mojarlo y las lentes de las cámaras se empañaban. La chaqueta negra de cuero, con la que se atavió esa tarde, brilló más con el agua y le

dio a su imagen sobre la inmensa tarima de tres metros de altura un difuso tono sacramental de hombre elevado sobre los mortales. “Las circunstancias me obligan a ser breve”, dijo mirando la lluvia derramada, ante una masa enfervorizada en gritos y cantos de “¡Uh, ah, Chávez no se va!”.

Esa tarde repitió uno de los pensamientos más constante de su campaña presidencial. Cuando gritó: “¡Quién es el candidato de la patria!” y la gente contestó gritando: “¡Chávez!”; él les dijo: “¡Pero Chávez son ustedes!”; enviando una de las señales más secretas de su designio, en un momento de su vida en el que comprende que sus fuerzas tienen límites y su gobierno también puede tenerlo.

Y, ante un escenario tan incierto, lo más recomendable era transmutarse en pueblo, en masa, en el cuerpo de la historia que pretende moldear con su voluntad y su programa.

El hombre que sueña

Su último sueño, el “socialismo del siglo XXI”, lo vive como otro punto tensional de su existencia. Y lo disfrutó, mientras pudo, con la misma fruición y desdoblamiento con que ha vivido los tres sueños que pasaron por su cabeza desde niño: ser pintor, ser una estrella del béisbol o “un revolucionario como Maisanta”. Su certidumbre al decimotercer año de gobierno en el Palacio de Miraflores, la percibe y expresa con la visión holística de quien mira el camino recorrido y se reconoce en cada paso con cada fragmento de su construcción biográfica. Hugo Chávez vive de su historia personal con el mismo sentido mediúmnic con que un coplero del llano canta coplas y corridos contando sus vivencias.

El problema nuevo es que ahora se le apareció una mediación en su vida con la cual deberá lidiar en forma imprevista e indefectible. El cáncer y sus consecuencias en la psicodinamia de su cuerpo y espíritu se le han impuesto como una impronta existencial. No sólo lo obligaron a pensar de *otro modo* todo lo que haga y quiera hacer con su vida política, sino también con la personal. De esa manera, la proyección socialista que sostiene desde 2007 cambiará de ritmo y dinámica. De la misma manera, el régimen del cual es eje institucional y representación. La nueva mediación es incontralable, no acepta negociación. Eso explicó desde que volvió de Cuba en marzo, sus nuevos hábitos en comidas, tiempo de sueño, trabajo dentro y fuera del Despacho, viajes internacionales y peleas con sus asistentes. Tanto sus apariciones públicas como los viajes diplomáticos son menores, pero tampoco apareció más *Aló, Presidente*.

En ese punto nodal de su existencia su destino personal tiende a confundirse dramáticamente con los tiempos del destino de su proyecto político y su gobierno.

La politóloga norteamericana Irene Gendzier, en su estudio biográfico sobre Frantz Fanon, abre una hipótesis de trabajo sobre lo que llama la “psicohistoria”, que ayuda a comprender personalidades como la de Chávez. Ella se pregunta “las razones por las que un hombre actúa como lo hace”

y por “las fuerzas interiores que se combinan para impulsarlo en una dirección y no en otra”. Plantea que “sigue siendo fundamental” preguntarse por cuáles son “las cuentas privadas” que “se resuelven públicamente”. La autora resolvió este embrollo acudiendo a las claves sociológicas del materialismo histórico. Hay que buscar “en las raíces de su pasado personal” sin aislarlo de la sociedad “que lo moldeó en un mundo que encontraba, inicialmente, fuera del dominio privado de la psique del individuo”.

Advierte sobre una dialéctica inexorable: “No obstante, la barrera entre el mundo exterior y el terreno circunscrito del ser interior de un hombre no es permanente”. Este elemento decisivo ayuda a bucear en cualquier personalidad con responsabilidad histórica: el ser interior y el mundo externo se relacionan de maneras más fluidas de lo que permiten ver las apariencias y las formalidades. Sobre todo cuando se trata de un hombre de Estado, sometido a reglas, protocolos, disimulos, imposturas y límites diplomáticos. Condiciones de un modo burgués de hacer política que suelen desdibujar esa relación íntima entre el “mundo exterior” y el “ser interior” que reclama la autora.

Como si adivinara la personalidad del líder bolivariano, Gendzier dice del héroe jamaquino de la revolución argelina:

El lenguaje que utilizó Fanon y las formas que tomaron sus obras reflejan lo que llegó a ser gracias a su propio talento y la amplia educación que lo encauzó; pero lo que escogió decir no lo dijo meramente en función de sus condiciones psicológicas, de los excesos de un tipo particular de personalidad. Fanon escribió en medio de batallas políticas, impulsado por el deseo de oponerse a la deshumanización que veía en su entorno⁵.

Algo así pasa con Chávez. Sus aparentes excesos verbales de tiempo y modo contienen las condiciones culturales, sociales y políticas en las que se formó, al mismo tiempo que su expansivo mundo interior. Eso impide mirar la relación íntima entre los varios Chávez que hay en su memoria política. Es como si hubiera una sinuosa barrera entre él y su entorno. Como presidente o como zagaletón del barrio de Barinas donde leía y hablaba como un obseso de Bolívar, Maisanta y Zamora, siempre anduvo detrás de un proyecto o de una idea, a los que llamaba “sueños”. Este detalle rige su vida, aunque no siempre le haya ido bien con ellos. Eso explica que en sus alocuciones y discursos como jefe de Estado va y viene con su historia personal. Es que no es otra cosa que la historia de sus proyecciones y deseos, mediados por más de una frustración. Al revés de Frantz Fanon, Hugo Chávez ha escrito poco, y entonces se contaba en términos orales. Su vida hay que medirla en actos, discursos, decisiones de Estado, relatos vivenciales o imaginarios y chistes que muchas veces son más que eso. Como pocos hombres en función de jefe de Estado, suele ser el relator oral de la cadena biográfica que lo fue llevando hasta donde llegó.

5 GENDZIER, I. L., *Frantz Fanon. Un estudio crítico*, Serie Popular Era, México, 1977, pp. 9-10.

En 2006, cuando celebraba el séptimo aniversario de su primer gobierno, invocó a Víctor Hugo y las leyes del Tarot, para mirarse colocado en un punto culminante de su designio. “No hay nada tan poderoso como la idea cuya época ha llegado”, citó de memoria al autor de *Les Misérables*, ante sus cuatro mil selectos oyentes en el Teatro Teresa Carreño de Caracas. No conforme, le agregó lo siguiente a la cita:

Habla Víctor Hugo de la idea y la época, es decir, del tiempo; también pudiéramos agregarle allí otra variable esencial: el espacio, para agregar que cuando a una idea le llega su época, le llega su tiempo, y anida en un espacio, se convierte en la fuerza más poderosa.

Tiempo, espacio y fuerza social en la historia, tres conceptos que lo acompañan desde su adolescencia, cuando los aprendió en dos fuentes que se hicieron oráculos casi sagrados. Leyendo *Mi delirio sobre el Chimborazo*, donde el caraqueño mide con la escala de la historia los resultados de la guerra revolucionaria que acaba de ganar en cinco países. El otro es su bisabuelo Maisanta, que para él se transformó en “Un punto de encuentro de muchas cosas, como una energía que me impulsa”. ¿Será que la “idea” (el socialismo) ya encontró su “época” y se ha convertido en una “fuerza poderosa”? Es un desafío mayor que requiere una caja de herramientas distinta.

Chávez siguió relatando en detalles y anécdotas durante casi dos horas su recorrido. Desde aquel intrascendente día de agosto de 1971 en que ingresó a la Academia Militar, un hecho que él ve como clave en su conversión en conspirador siete años después, hasta el presidente que aspiraba a gobernar hasta el 2025. “De 1971 a 1978 fue para mí como esa génesis, la siembra, porque ya en 1978 nacía el primer germen de lo que se convirtió en el Movimiento Bolivariano Revolucionario 200. Era Maracay, 1978”. Le da otra vuelta de siete años a la rueda de su historia para llegar al momento de su revelación: “Y fíjense: del 78 al 92, dos veces siete, 14 años fueron... hasta el día de la erupción o de la irrupción del 4 de febrero de 1992”. La rebelión militar que protagonizó y le permitió ser lo que es:

Luego, de 1992 a 1999 fueron siete años más... incluyendo los dos años en prisión. Años de ofensiva, años de expansión de un movimiento que luego se hizo nacional, de una idea que luego se hizo bandera... impulso vital.

Y cierra el primer ciclo de su proyección con el día del año en que está hablando: 2 de febrero de 2006. “Y luego, de 1999 a 2006, siete años de gobierno...”. En la publicación oficial, de donde extraemos las citas anteriores, que compendia los primeros siete años de gestión lo definen como el “Primer año de una nueva etapa de siete años más”⁶. Y es aquí cuando hace aparecer

6 MINISTERIO del Poder Popular para la Comunicación e Información, Cronología. 7 años de acción política y gestión de gobierno, Caracas, 2006, pp. 5-6.

al Chávez mediúmnico, su más íntimo “compañero de viaje” en la política: “Ustedes van a pensar que soy cabalístico: me gustan mucho los números, sí, y trato a través de los números de entender e interpretar la vida. A través de muchas cosas, una de ellas, los números”. Convencido de lo que está relatando, afirmó: “Y es impresionante que estos siete años que hoy nosotros estamos celebrando, en mi caso se va repitiendo: siete, siete, siete, siete”⁷. El último siete corresponde al 2 de febrero de 2006, un año que define con la ayuda de uno de sus personajes favoritos en la iconografía revolucionaria del siglo XX: Mao Tse Tung:

Siete años más. Esos siete años más, hasta el 2 de febrero de 2013, anótenlo... deben ser precisamente los siete años del salto integral hacia adelante y el no retorno y la consolidación de un proyecto y un proceso revolucionario hasta la médula⁸.

El público lo escuchaba, disfrutaba el relato plagado de anécdotas y lo aplaudió sin advertir que debajo de esta proyección política y personal se esconde un fantasma: la soledad del que se adelanta a su tiempo y está obligado a hacer coincidir la palabra con la obra y, si no, a terminar sus días negándose a sí mismo. En su caso, quizá no se adelanta a un “tiempo” indeterminado sino a un proyecto sostenido en hombros equívocos.

Esa soledad se convirtió en sombra desde diciembre de 2012, cuando descubrió que la aritmética del poder, cifrada en sietes repetidos, como en el eterno retorno nietzscheano, hasta un infinito imponderable, podía dejar de ser 7.

La ingrata biología de su cuerpo lo convirtió en sombra espesa, tras la cual aparece la finitud de lo viviente. Incluso del poder. Milan Kundera descubrió en su soledad individual antiestalinista que el *ser* descansa en una levedad insoportable. Y asegura que “si cada uno de los instantes de nuestras vidas se va a repetir infinitas veces, estamos clavados a la eternidad como Jesucristo a la cruz”. El novelista checo agrega: “La imagen es terrible”.

Esa terrible imagen, esa sombra perseguidora, la descubrió el líder bolivariano el 5 de diciembre de 2012, cuando sus médicos le informaron en La Habana que la intervención podría ser la última. Sin retorno. Y así lo dijo el presidente venezolano, aunque en términos indirectos, tres días después, cuando se sentó acompañado de sus ministros y sus jefes militares para depositar en Nicolás Maduro un poder que se le escapaba lentamente de las manos.

Era la segunda vez desde aquella madrugada infausta de abril de 2002, cuando un golpe lo expulsó de Miraflores y un pueblo alzado lo devolvió para que gobernara para siempre.

7 *Ibíd.*, p. 7.

8 *Ibíd.*, p. 7.

La maldición garciamarquiana

En febrero de 1999, cuando Chávez volvía de La Habana para asumir el sillón presidencial, Gabriel García Márquez lanzó una hipótesis armagedónica que a muchos pareció la última llama del infierno. Pero lo hizo por el lado equivocado, movido más por un cauto pulso derrotista que por la compleja dialéctica de la vida de los líderes que él mismo ha usado para armar sus personajes magistrales. Eso es comprensible en un novelista, acostumbrado a escribir sobre las derrotas, traiciones y desilusiones reflejadas en obras como *El coronel no tiene quien le escriba*, *El general en su laberinto* y *El otoño del patriarca*, tres murales de la decadencia humana reducidas a la esfera de la política. Otras novelas del mismo signo son *Yo el Supremo*, de Roa Bastos; *La fiesta del chivo*, de Vargas Llosa; *Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias, entre otra veintena de obras que se dedican a auscultar la naturaleza y vicisitudes de los líderes carismáticos y sus destinos en el poder.

El día que conoció a Hugo Chávez vio a dos espectros caminando frente a él. En vez de un líder con final abierto compuesto de carne y hueso de este mundo, sujeto a circunstancias, presiones y contradicciones propias y ajenas, la memoria unidireccional del novelista vio en Chávez a un hombre que parecía destinado a ser el último patriarca del fin de los tiempos.

Mientras se alejaba entre sus escoltas de militares condecorados y amigos de la primera hora, me estremeció la inspiración de que había viajado y conversado a gusto con dos hombres opuestos. Uno a quien la suerte empedernida le ofrecía la oportunidad de salvar a su país. Y el otro, un ilusionista, que podía pasar a la historia como un déspota más⁹.

Esa imagen fatal se le metió en la cabeza cuando se despidieron al bajar del avión que los condujo desde La Habana a Maiquetía un día de febrero

9 GARCÍA MÁRQUEZ, G., *El enigma de los dos Chávez*, Cambio de Colombia, febrero de 1999.

del año 1999. El trayecto del vuelo lo pasaron conversando y mamando gallo hasta que se hicieron amigos. Poco después, la memoria y la pluma prodigiosa del novelista parieron una pieza periodística titulada *El enigma de los dos Chávez*. Le faltaban unos días para asumir como presidente de Venezuela, un acto que cambiaría el curso y las pruebas de su destino y puso en guardia al viejo novelista.

Hay un pecado en la hipótesis del genio de Aracataca: inventó una imagen fría y fija en blanco y negro. Una imagen en la que aparecen dos Chávez, uno a cada lado, opuestos en términos absolutos. Como si apareciera sin aviso dentro de un espejo maldito. Un espejo donde estaban marcados dos destinos y un hombre inmutable desde siempre y para siempre.

García Márquez olvidó lo que más había aprendido. La historia tiene rueditas cuando la ponen en marcha las clases oprimidas, y no las tiene cuando “la hacen” los individuos, los héroes, las figuras epopéyicas. Así, pueden existir los “dos Chávez” del enigma garciamarquiano, pero entre uno y otro actúan fuerzas sociales, vanguardias, nuevas organizaciones, movimientos y aprendizajes despertados. Esa es la “revolución bolivariana”, un proceso que tiene a Hugo Chávez como su figura dominante. No total. Esta anomalía social no fue producto de una conspiración suya o de un designio tercermundista.

De hecho, el propio presidente venezolano viene descubriendo desde diciembre de 2007 que su figura, por muy principal que haya sido desde 1992, 1999, 2000, 2002, 2004 o 2006, vive fisuras. Se manifiesta paulatinamente por el medio más pasivo, el voto, pero se manifiesta. Como se sabe, el voto es apenas la expresión electoral de un determinado estado de humor y de conciencia. Hugo Chávez ya lo sabe. Lo descubrió como se descubre la elevación y la declinación curva del arco iris. Los erráticos resultados electorales de septiembre de 2010, favorables a la oposición a pesar de la cantidad de bancas en la Asamblea, fueron, como diría Freud respecto del mal de las familias, “el síntoma”. Algo anda mal en el organismo social para que tantos se alejen del voto y de las instituciones, y por ese sendero sinuoso se acerquen al comandante presidente para decirle al oído, como si fuera un secreto o una confesión de amor: “¡Cuidado, mi Presidente, cuidado!”.

Esta conexión con el pueblo se ha manifestado muchas veces y él mismo la refleja en invocaciones mediúmnicas. Emulando una frase de Jorge Eliécer Gaitán, Hugo Chávez dijo en 2010 que por él “hablan millones”, transformándose en el *médium* de su pueblo bolivariano. Un año antes usó otro concepto: “Aquí estoy parado firme. Mándeme, pueblo, que yo sabré obedecerle. Soldado soy del pueblo, ustedes son mi jefe”¹⁰. Todo el mundo sabe que esa relación democrática de poder es complicada mientras no cambie desde la raíz el sistema institucional que lo tiene a él como su médula espinal y a la amplia burocracia estatal como la sangre esclerotizada del régimen político.

10 YVKE Mundial, 15 de febrero de 2009.

En 2010, cuando destacados chavistas críticos, entre ellos ex ministros reconocidos e intelectuales muy leídos, señalaron que las perversiones ponen en riesgo las conquistas, declaró: “Yo soy el primer crítico”, y acto seguido se puso al frente de la crítica a la corrupción y la burocracia y se dedicó a saldar deudas sociales, como la vivienda y la energía eléctrica.

El 29 de marzo de 2011 gritó cuanto pudo al cielo estrellado de La Plata en la Argentina que no hay *terceras vías* o *terceras posiciones*, el dilema es entre dos y sólo dos opciones de vida: *socialismo* o *capitalismo*. Esta es la determinante esencial que somete a Chávez a pruebas imprevistas en su itinerario de jefe de Estado. No sólo lo colocan en situaciones contradictorias con el tipo de régimen que sostiene y el sistema de Estados que lo rodea en el continente y en el mundo, también lo confrontan con su entorno y con su propia sombra. Una de las más hermosas y profundas definiciones del carácter positivo de una revolución la expresó Karl Marx en *La ideología alemana*, cuando advirtió:

La Revolución no sólo es necesaria porque *la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo*, sino también porque *únicamente por medio de una revolución logrará la clase que la derriba salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases*¹¹.

En este dilema de transiciones y desafíos vitales estuvo veinte años el líder de la “revolución bolivariana” y el movimiento social que la sostiene. De cuál sendero tomara para salir de su laberinto dependía el último Chávez de esta historia. Porque entre uno y otro mediaba un camino sembrado de múltiples determinaciones. Nacionales y externas, personales y sociales, coyunturales e históricas, objetivas y subjetivas. Entre esas determinaciones debió transitar Hugo Chávez, el líder político de izquierda más original de los últimos tiempos, para construir el final de su biografía. Su destino. Cuando éste llegue será un resultado, no una imagen fatal en un espejo imaginario colgado en una pared de derrotas.

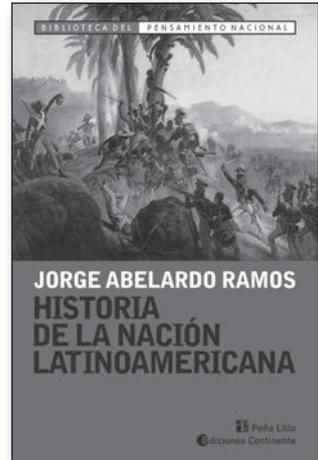
Lo que no advirtieron, ni García Márquez ni Chávez, es que el destino, precisamente por ser indeterminado, podía convertirse en fatalidad temprana en la vida de un hombre que quiso gobernar hasta el 2025 y aunque no pueda lograrlo quedará para la historia de este tiempo como el líder presidencial que desafió al imperio y se convirtió en *Chávez*.

11 Cursivas nuestras.

HISTORIA DE LA NACIÓN LATINOAMERICANA

JORGE ABELARDO RAMOS

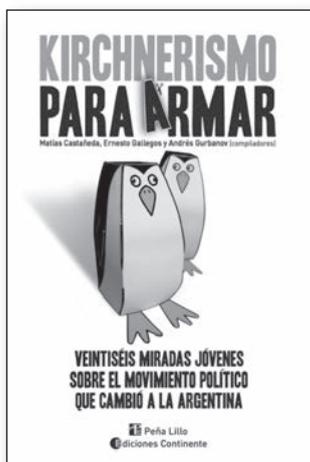
448 páginas
15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-327-2



Historia de la Nación Latinoamericana fue un libro de culto para la joven intelectualidad de izquierda de las décadas del sesenta y setenta. Al describir la balcanización del continente entre los siglos XIX y XX Jorge Abelardo Ramos inscribió una nueva narrativa en el pensamiento latinoamericano: por primera vez las categorías marxistas de interpretación de la historia se enlazaron con la perspectiva de la Patria Grande. Arturo Jauretche corrigió algunas de estas páginas; el líder tupamaro Raúl Sendic escondía el volumen bajo su catre cuando fue capturado; sus teorías fueron estudiadas con pasión por el intelectual uruguayo Alberto Methol Ferré. Hoy, constituye el más innovador aporte del revisionismo histórico en su tarea de derribar los mitos instaurados por los discursos historiográficos hegemónicos.

“Ramos fue el pensador político más importante que la Argentina produjo en la segunda mitad del siglo XX. Hoy muchas de sus teorías son moneda corriente porque ya han sido aceptadas, pero no se aprecia el coraje intelectual y político que implicó plantear estas teorías en ese momento. Ramos ligó la perspectiva revisionista a un pensamiento de izquierda. Y eso tuvo una profundidad y una originalidad que perduran hasta el presente.” (Ernesto Laclau)

“Jorge Abelardo Ramos es la mejor pluma política del país. Es la inteligencia más notoria de la promoción que irrumpe en la vida política argentina en 1945. A Ramos le corresponde, sin disputa, la prioridad de una concepción histórica y política del proceso nacional que invalidó las falsificaciones de la izquierda extranjerizante y las del nacionalismo reaccionario.” (Juan José Hernández Arregui)



KIRCHNERISMO PARA ARMAR

**Veintiséis miradas jóvenes
sobre el movimiento político
que cambió a la Argentina**

**M. CASTAÑEDA, E. GALLEGOS Y
A. GURBANOV (COMPILADORES)**

128 páginas - 15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-339-5

Kirchnerismo para armar es el resultado del trabajo de un grupo diverso de personas convocadas para unir sentimientos sobre un kirchnerismo que pasó —para no olvidar lo bueno que la dinámica del minuto a minuto político nos oculta—, pero también para forjar una serie de ideas sobre la Argentina de los próximos años, ante la posibilidad de una Cristina reelecta.

En este libro el lector encontrará lineamientos sobre la direccionalidad de la militancia, sindicalistas ingeniosos, historiadores que miran al mundo desde una Nación, economistas que quieren que le vaya bien a mucha gente, poetas, nihilistas positivistas, científicos que precisan que lo que se haga no sea una abstracción, artistas populares exiliados de las galerías de arte, luchadores por la igualdad, internautas incisivos, adolescentes sabios, sociólogos que miden lo que importa, periodistas que piensan por sí mismos; en fin, relaciones sociales epocales, de nuestra época.

Gente buena, sí, la que se ha reunido en estas páginas. Y con intenciones nobles, que quieren un mundo mejor para el país que viene. Personas que pudiendo optar por el camino facilista del crítico, encuentran en este movimiento la posibilidad de involucrarse en un proyecto nacional, popular y latinoamericano, impulsadas por esa anomalía llamada *kirchnerismo*.

REVOLUCIONES DESDE ABAJO

Gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica

ISABEL RAUBER

256 páginas - 15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-357-9

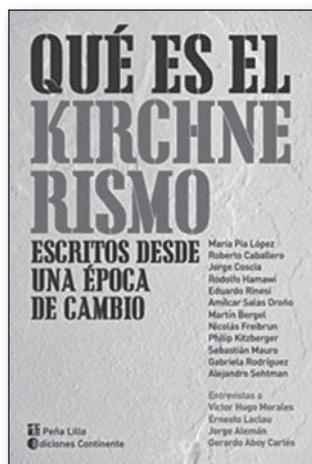


“Isabel Rauber es una mujer que marcha escudriñando en la realidad las tendencias, las fuerzas, la potencia, las limitaciones del comunismo, de la sociedad poscapitalista. «Existe una alternativa al capital», nos dice, pero esta conclusión no es una adscripción de fe. Lo que hace es decirnos: «La sociedad poscapitalista que va a ir más allá del capitalismo, se desarrolla ante nuestros ojos», en el sentido de Marx clásico. Ella no se acerca a la realidad con conceptos preestablecidos, que era la vieja manera de la izquierda; Isabel lo aborda de otra manera. No responde una cita de Marx con otra cita de Gramsci, sino que le responde con lo que viene pasando en la realidad. ¿Qué están haciendo los pueblos? ¿Qué están haciendo esos campesinos indígenas de Bolivia? Este es un texto para la discusión, no es texto a ser seguido, no está aquí el recetario de cómo se hacen revoluciones. Este es un texto para los revolucionarios que quieren ver lo que se ha hecho antes y sus limitaciones, lo que están haciendo ahora, sus límites y sus posibilidades.”

ÁLVARO GARCÍA LINERA
(Vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia)

“En este libro, Isabel Rauber deja muy claro que tenemos que enfrentar un cambio civilizatorio fundamental, requiriendo una larga transición desde el orden existente hacia uno que puede ser constituido en el presente y el futuro por la gran mayoría del pueblo. Los cantos de sirena para «salvar el sistema», proclamados a los cuatro vientos por las personificaciones ideológicas del capital, van a sonar más alto, mientras las contradicciones del orden establecido reafirman su carácter destructivo con creciente intensidad. El reto histórico de transformación radical está por lo tanto haciéndose más urgente cada día. Este libro, en manos del lector, es una contribución muy importante a encontrarse con él.”

ISTVÁN MÉSZÁROS



QUÉ ES EL KIRCHNERISMO

Escritos desde una época de cambio

R. HAMAWI, N. FREIBRUN Y
M. SOCIAS (COMPILADORES)

160 páginas - 15,5 x 23 cm

ISBN: 978-950-754-348-7

La democracia argentina de comienzos de siglo está marcada por el contrapunto entre la traumática crisis de 2001 y la recomposición política que significó, a partir de 2003, el ascenso de Néstor Kirchner al gobierno de la república. Luego de más de ocho años de “experiencia kirchnerista”, ninguna tentativa por pensar en profundidad los contornos de la Argentina actual puede evitar, simultáneamente, responder al título de este libro. No caben dudas de que se volverá sobre esta cuestión toda vez que quieran comprenderse los acontecimientos políticos que, desde 2003 en adelante, trazan el devenir de una democracia más compleja. Las intervenciones que componen el presente volumen ensayan respuestas a una época de cambio y conforman, al mismo tiempo, un nuevo punto de partida para futuros intérpretes. Son textos que se ofrecen al lector desde un registro plural, pues reúnen ideas fundamentales de los lenguajes sociales y cotidianos. Estado, democracia, república, pueblo, discurso, intelectuales, historia y generación son algunas de las piezas que pueblan este intento colectivo por construir qué es el kirchnerismo.

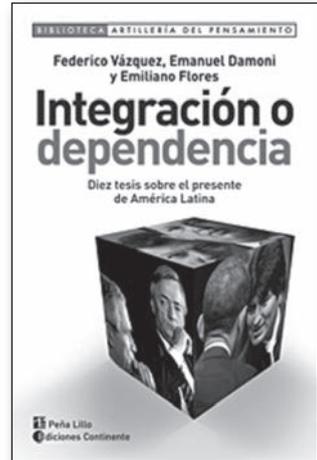
Ninguna transformación profunda puede concebirse sin la participación de actores colectivos que le impriman un sentido histórico. A lo largo de la historia argentina, las generaciones han sido actores clave en los procesos de cambio y en su interpretación social. En esa doble dimensión, se enfrentan a la necesidad de brindar respuestas desde su propio punto de vista. En consecuencia, una generación se afirma en la tarea compartida de constituir nuevos lenguajes y miradas comunes sobre el porvenir. Hoy, luego de más de un cuarto de siglo de vigencia del régimen democrático, nuestra generación, llegada a la política al calor de la crisis de principios de siglo, protagoniza la actual etapa de ampliación de la democracia en la Argentina.

INTEGRACIÓN O DEPENDENCIA

Diez tesis sobre el presente
de América Latina

FEDERICO VÁZQUEZ,
EMANUEL DAMONI Y
EMILIANO FLORES

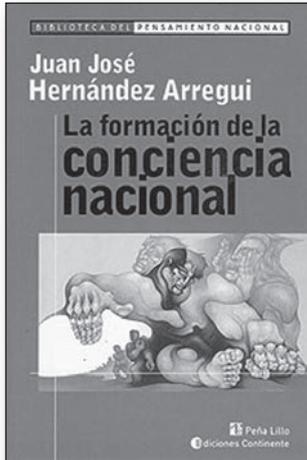
128 páginas - 15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-358-6



La palabra “problema” aparece en la primera página del libro, y éste resulta el primer dato esperanzador del texto que el lector tiene entre manos. La integración regional es un problema. Desde ahí arranca y recorre el paisaje de la “leyenda americana” para alumbrar sus puntos ciegos. Los autores indagan desde las convicciones y las ilusiones pero también desde la racionalidad política y económica cuáles son las condiciones y expectativas creíbles de la “integración regional”. El chiste retórico de su título (que intercambia la palabra “liberación” por “integración”) es preciso acerca del subrayado ideológico que pondrán a prueba y el momento histórico sobre y desde el que escriben: las democracias y capitalismo alcanzados en estos países, tramas complejas de una época de velocidad económica que, como un río, siempre va, y que también avanza sobre un consignismo estático.

Estas tesis apuntan muy por encima de los mitos políticos aunque se soporten también en ese espíritu de “alegre unidad”. Una región que compone una gran escena cultural mientras intenta mover los lentos mecanismos de las economías. Se trata de un texto que revuelve en concreto más que cualquier otro evangelio literario nacido para terminar en el candor de frases tatuadas en una agenda de papel reciclado. Sin nación no hay región, sin región no hay nación, y con esta consigna en la boca los autores saltan al laberinto histórico del presente escribiendo un libro fundamental para la ciudadanía del futuro.

Martín Rodríguez



LA FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA NACIONAL

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

256 páginas
15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-130-8

Hernández Arregui ha sido uno de los representantes más vigorosos del pensamiento nacional, y sus esfuerzos por compatibilizar su ideología marxista con la propia realidad política de la clase obrera mayoritariamente peronista, implicaron un punto de inflexión y ruptura con las formas de aproximación de la izquierda al peronismo.

Fue un hombre de indudable y decisiva influencia en la militancia de las generaciones del sesenta y del setenta. Un ser íntegro, modelo de intelectual revolucionario, profundamente ético, austero, riguroso y apasionado, inclaudicable en su combate cotidiano contra “los enemigos del pueblo”. Una vida ejemplar.

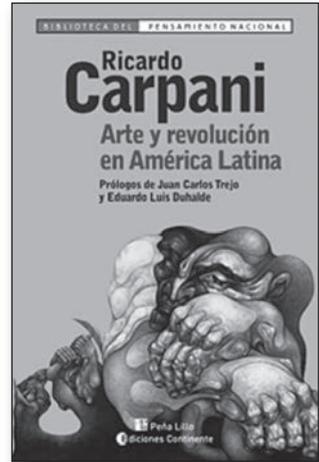
Su obra es de indispensable lectura para las nuevas generaciones. No sólo para comprender la formación intelectual de las generaciones precedentes, sino porque en ella hay páginas irremplazables, con análisis de indudable vigencia, especialmente en la valoración del análisis histórico y en la puesta en primer plano de la cuestión de la conciencia nacional.

(Fragmento del “Prólogo” de Eduardo Luis Duhalde)

ARTE Y REVOLUCIÓN EN AMÉRICA LATINA

RICARDO CARPANI

64 páginas - 15,5 x 23 cm
ISBN: 978-950-754-325-8



“La lectura de la obra escrita de Ricardo Carpani resulta hoy indispensable no sólo para rastrear el marco teórico-ideológico de su fecunda producción plástica, o para reflexionar en torno a la conflictiva relación entre arte y política, sino para entender una década, la del 60, en muchos aspectos fundante de una transformación intelectual y cultural en toda América Latina, con el despertar explosivo de procesos y posturas revolucionarias que marcarán como matriz la impronta de la subsiguiente década del 70, la de una nueva generación que advino a la política fáctica enarbolando banderas revolucionarias antiimperialistas, teniendo como trágico envés, las dictaduras militares terroristas que ahogaron en sangre aquellas utopías de transformación social.

[...] Este primer libro, editado en 1960, ampliación y profundización del Manifiesto del Grupo Espartaco, es de lectura imprescindible para la comprensión de la andadura teórica de un gran artista y maestro, del militante ejemplar y de un hombre que tras la apariencia de ‘duro’, escondía una sensibilidad y ternura inocultables.”

(Fragmento del “Prólogo” de Eduardo Luis Duhalde
de esta nueva edición)

Otros títulos de nuestra editorial

¿Qué es el ser nacional?

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

Peronismo y socialismo

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

Imperialismo y cultura

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

Nacionalismo y liberación

JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

Las masas y las lanzas (1810-1862)

JORGE ABELARDO RAMOS

Del patriciado a la oligarquía (1862-1904)

JORGE ABELARDO RAMOS

La bella época (1904-1922)

JORGE ABELARDO RAMOS

La factoría pampeana (1922-1943)

JORGE ABELARDO RAMOS

La era del peronismo (1943-1976)

JORGE ABELARDO RAMOS

Arte y militancia

RICARDO CARPANI

La política en el arte

RICARDO CARPANI

La deuda externa

*Todo lo que usted quiso saber
y siempre se lo ocultaron*

ALEJANDRO OLMOS

La deuda odiosa

*El valor de una doctrina
jurídica como instrumento
de solución política*

ALEJANDRO OLMOS GAONA

Che Guevara

El pensamiento rebelde
G. ALMEYRA Y E. SANTARELLI

La protesta social en la Argentina

(1990-2004)

GUILLERMO ALMEYRA

Los Perros

*Memorias de un combatiente
revolucionario*

LUIS MATTINI

Los Perros 2

*Memorias de la rebeldía
femenina en los '70*

LUIS MATTINI

La patria terrateniente

*Nueva burguesía
agroindustrial y formación
del Partido del Campo*

SEBASTIÁN ORTIZ

Los años del lobo

Operación Cóndor

STELLA CALLONI

Un grito en el desierto

VÍCTOR HUGO MORALES

Malvinas

La guerra de los neutrales

MATÍAS JOAQUÍN MORALES

Comentarios a la primera edición, publicada con el título *¿Quién inventó a Chávez?*:

Hace poco estaba leyendo un nuevo libro que salió por allí titulado ¿Quién inventó a Chávez? (...) Me lo enviaron y lo estoy leyendo por partes, y me estaba riendo de algunas cosas que en ese libro dice el autor sobre mi vida, sobre mi persona, que son graciosas... hay un buen análisis de la situación que había en Venezuela antes del 4 de febrero (...) El autor es un venezolano que vive en Buenos Aires; él descubrió una cosa, que es verdad: a mí me criaron varias madres y varias abuelas, y él dice: "a Hugo Chávez lo criaron sus abuelas y lo llenaron de fantasmas".

PRESIDENTE HUGO RAFAEL CHÁVEZ, 2007, Caracas

Esta compleja biografía del Comandante Hugo Chávez, escrita por un intelectual venezolano de reconocida trayectoria como Modesto Emilio Guerrero, devela los rasgos esenciales de un personaje extraordinario que por momentos pertenece al realismo mágico. Su pintura literaria y política encuentra una lógica histórica en estas páginas que no dejará indiferente a ningún lector.

ROGELIO GARCÍA LUPO, periodista y editor argentino

Este libro tiene la particularidad de estudiar al Presidente venezolano en una forma no parcial, sin que eso menoscabe el riguroso enfoque que sostiene la obra.

NELSON CASTRO, TN, Argentina, 2007

Este es el libro recomendado de este mes.

Revista de Cultura *Ñ*, diario *Clarín*, 3 de septiembre de 2007

En su obra ¿Quién inventó a Chávez?, Modesto Emilio Guerrero —periodista venezolano, quien vive en Argentina desde 1993— recorre la vida del "líder bolivariano" y permite conocer qué influencias forjaron desde su niñez a quien hoy es capaz de sacar de sus casillas al mismísimo rey de España.

Diario *Perfil*, Argentina, septiembre de 2007

ISBN 978-960-764-388-3



9 789607 643883